HISTORIA ORGANICA

DE LAS ARMAS

de

INFANTERIA Y CABALLERIA ESPAÑOLAS,

DESDE LA CREACION

DEL EJERCITO PERMANENTE HASTA EL DIA

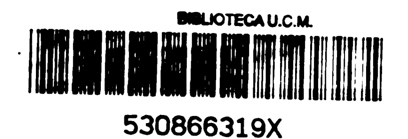
por el Teniente General

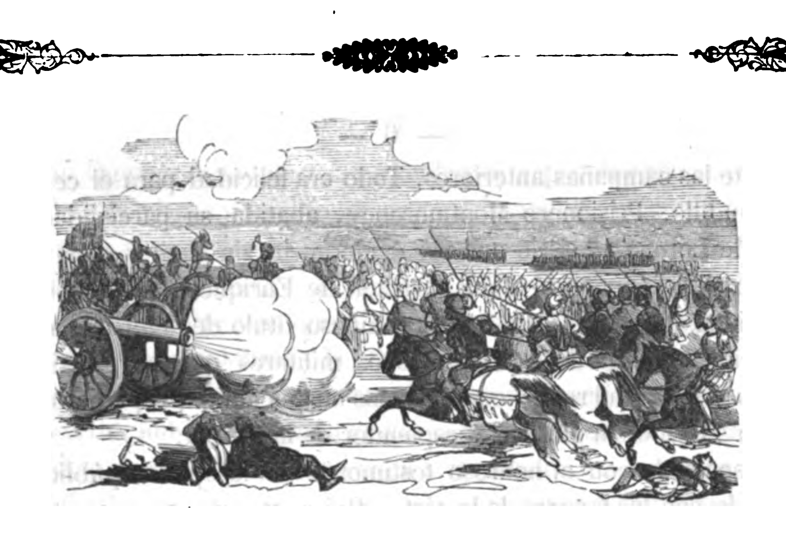
Conde de Clonard,

individuo de número de la Real Academia de la Historia.

TOMO IV.







CAPITULO XVI.

1558--1568.

EL DUQUE DE GUISA ES NOMBRADO LUGAR-TENIENTE DE FRANCIA.—ENTRA EN CAMPAÑA CON UN NUMEROSO EJÉRCITO.—TOMA DE CALAIS.—SITIO Y OCUPACION DE THIONVILLE.—EL MARISCAL TERMES INVADE LOS PAISES BAJOS.—BATALLA DE GRAVELINES.—TRIUNFO DE LOS ESPAÑOLES.—ESPEDICION DEL CONDE DE ALCAUDETE EN AFRICA.—DESASTROSO RESULTADO.—CONQUISTA Y PÉRDIDA DE LOS GELVES.—MEMORABLE SITIO DE ORAN Y MAZALQUIVIR.—RECONQUISTA DEL PEÑON DE LOS VELEZ.—SEDICION DE FLANDES.—EL DUQUE DE ALBA MARCHA CONTRA LOS INSURRECTOS.—REDUCCION DE CÓRCEGA.—SUBLEVACION DE LOS MORISCOS.



La Francia entera saludó al duque de Guisa con votos de ferviente entusiasmo, mirándole como á un hombre enviado por la Providencia para salvar la nacion del borde de su ruina. El ardor ciego é inmenso de la última esperanza hizo olvidar los reveses que habia sufrido últimamente en Italia, para rodearle con una aureola de gloria mayor que la que, en fuerza de la verdad, hubiese conseguido

durante las campañas anteriores. Todo era felicidad para el celebrado caudillo. Prisionero Montmorency, abatida su parcialidad, la casa de Lorena adquirió una preponderancia sin límites en la córte y sojuzgó fácilmente el débil carácter de Enrique II. Este príncipe confirió al duque de Guisa con el pomposo título de lugar-teniente la direccion general de las operaciones militares que se practicasen dentro y fuera del reino, con todas las atribuciones que pudiera ejercer un súbdito sin ofuscar el esplendor de la corona.

Lisonjeado con el honroso testimonio de la opinion pública, y alentado con los favores de la córte, Guisa se propuso acometer alguna empresa, cuya brillantez escediese aun á las esperanzas de sus compatriotas. Colocado á la cabeza de un ejército que no bajaba de treinta mil hombres, mercenarios los mas, alemanes y suizos, puso los ojos en Calais, plaza que los ingleses conservaban en el territorio francés desde los tiempos de Eduardo III. Calais tenia efectivamente una importancia de primer órden, bien por su situacion topográfica, bien por la facilidad que ofrecia á los ingleses de poder penetrar, siempre que estallara una guerra, hasta el corazon de la monarquía francesa. Esta plaza y puerto á la vez, está ceñida de un lado por el mar (Canal de la Mancha), y rodeada en todo lo demas por pantanos profundos y cenagosos, que se creian intransitables durante la estacion de las lluvias. Las dificultades que presentaba la naturaleza habian sido realzadas por el arte hasta el último estremo de la posibilidad. El castillo de Nivelay cubria la plaza y estaba unido á la misma por medio de un dique; el fuerte de Risbau y los denominados Rojo y Verde, protejian con sus fuegos la embocadura del puerto. Así Calais tenia la nota de inespugnable, y esta fatal persuasion, garantida por el trascurso de doscientos años, fué la que produjo su pérdida. En vano el previsor Felipe II habia llamado la atencion de María sobre la necesidad de guarnecer poderosamente un punto de tal interés; en vano ofreció para este fin un cuerpo de tropas españolas; la suspicacia inglesa rechazó los ofrecimientos del monarca Católico, y la custodia de Calais quedó confiada á la insignificante fuerza de quinientos hombres.

Guisa condujo sus operaciones con tanta habilidad como vigor. Amenazando alternativamente á la frontera de Flandes y á la plaza

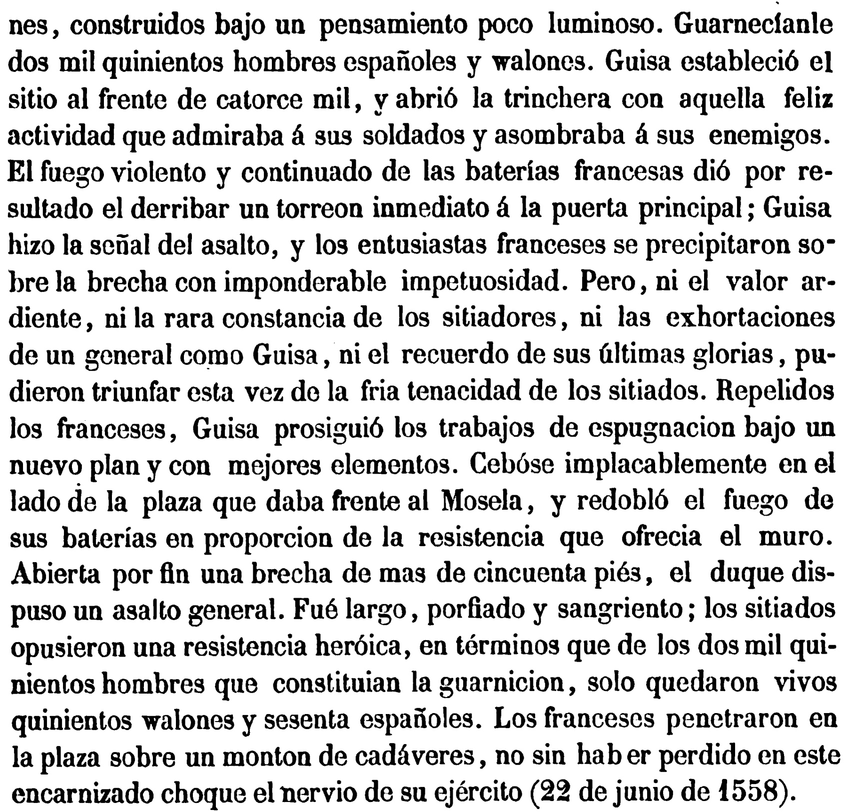


de San Quintin, hizo temer á los generales españoles por la seguridad de esta plaza, y mientras desplegaban algunas precauciones para frustrar el aparente proyecto del francés, este practicó un rápido movimiento de flanco, y se presentó á la vista de Calais el 1.° de enero de 1558. Por mas que el duque hubiese tenido en su abono la rapidez de sus maniobras y la novedad asombrosa de su empresa, todavia hubiera podido fracasar en ella, si el gobernador de Calais, lord Wenworth, hubiese prestado atento oido á la noticia que le trasmitió el capitan español Salinas respecto á la marcha de los franceses, anunciándole al mismo tiempo el deseo de encerrarse él mismo con su compañía y la de Mondragon en el recinto de la plaza. Desdeñó el inglés la oportuna y generosa oferta de Salinas, y se vió en la necesidad de sostener sobre sus débiles brazos, catorce mil hombres escogidos y provistos de un poderoso tren de artillería.

Guisa, conociendo que pendia de la sorpresa toda la felicidad de sus planes, emprendió el ataque con un denuedo y actividad indefinibles. Al primer ímpetu arrebató el parapeto de Santa Agueda; poco despues se hizo dueño del de Newnhambrihgge. Entonces dirigió el fuego de sus baterías y el lleno de sus esfuerzos contra el castillo de Nivelay. Los franceses peleaban con el agua á la cintura; pero estimulándose su ardor á medida que las dificultades, se enseñorearon del castillo y del fuerte de Risbau. La flaca guarnicion de Calais, desmembrada considerablemente y oprimida por el cansancio, rindió las armas el dia 8, y de este modo Guisa recuperó una plaza tenida por inconquistable, antes que pudiera ponerse en marcha una sola columna del ejército español.

El vértigo de entusiasmo que hizo brotar en la inflamable imaginacion de los franceses este acontecimiento verdaderamente inaudito, alteró todo el aspecto de la campaña. Creyóse poco honroso limitarse á recejar en el sistema de conquistas, tan prósperamente inaugurado, y el duque de Guisa, recibió órden para llevar su victorioso ejército bajo los muros de Thionville. Esta plaza, situada casi en el límite de Francia y la Flandes, era en igual grado interesante, pues se reputaba en estos dos paises como su llave militar por aquella parte. Las obras de fortificacion eran de poca importancia, pues consistian en una cerca poco sólida, flanqueada por algunos bastio-





nes, construidos bajo un pensamiento poco luminoso. Guarnecíanle dos mil quinientos hombres españoles y walones. Guisa estableció el sitio al frente de catorce mil, y abrió la trinchera con aquella feliz actividad que admiraba á sus soldados y asombraba á sus enemigos. El fuego violento y continuado de las baterías francesas dió por resultado el derribar un torreon inmediato á la puerta principal; Guisa hizo la señal del asalto, y los entusiastas franceses se precipitaron sobre la brecha con imponderable impetuosidad. Pero, ni el valor ardiente, ni la rara constancia de los sitiadores, ni las exhortaciones de un general como Guisa, ni el recuerdo de sus últimas glorias, pudieron triunfar esta vez de la fria tenacidad de los sitiados. Repelidos los franceses, Guisa prosiguió los trabajos de espugnacion bajo un nuevo plan y con mejores elementos. Cebóse implacablemente en el lado de la plaza que daba frente al Mosela, y redobló el fuego de sus baterías en proporcion de la resistencia que ofrecia el muro. Abierta por fin una brecha de mas de cincuenta piés, el duque dispuso un asalto general. Fué largo, porfiado y sangriento; los sitiados opusieron una resistencia heróica, en términos que de los dos mil quinientos hombres que constituian la guarnicion, solo quedaron vivos quinientos walones y sesenta españoles. Los franceses penetraron en la plaza sobre un monton de cadáveres, no sin haber perdido en este encarnizado choque el nervio de su ejército (22 de junio de 1558).

Dos conquistas tan importantes, tan breves, y que se habian considerado tan difíciles, elevaron la reputacion de los franceses á una altura que casi eclipsaba las glorias adquiridas por los españoles en San Quintin. A la verdad que, aun separando la hipérbole aneja á todos los acontecimientos grandes y estraordinarios, podia decirse que los franceses eran dueños de la campaña. Sus recursos se aumentaban en el mismo grado que se disminuian los del enemigo. Mientras la juventud francesa acudia en álas de los últimos triunfos á agruparse bajo las banderas de Guisa, mientras Enrique II veia llenarse las arcas del tesoro por la mano próbida de sus súbditos, mientras se robustecia con una fuerte alianza en Escocia, casando al Delfin con la reina María Stuardo, tan célebre por su belleza como por sus infortunios, el rey Católico se hallaba exhausto de caudales, habia licenciado por este motivo mucha parte de su ejército, y ha-

bia concitado contra sí, por la pérdida de Calais, el odio de los ingleses.

Pero una felicidad inesperada suele ser tan funesta como una desgracia continua, porque engendra esa confianza en el porvenir casi siempre seductora y fatal. Si los franceses no dejándose deslumbrar por sus últimas ventajas, teniendo ya restablecida su opinion militar, se hubieran limitado á la defensiva, probablemente el ejército español, acosado por la penuria y disminuyéndose con rapidez, habria renunciado á su posicion avanzada en San Quintin, y recogídose en demanda de auxilios á los Paises Bajos. El tiempo es el mayor enemigo de los desgraciados, y el tiempo en estas circunstancias hubiera alcanzado lo que no habia podido lograr ni el talento de Guisa, ni la intrepidez de sus compatriotas.

El ardor de los franceses no pudo, sin embargo, encerrarse en los frios y estrechos límites de un cálculo tan prudente. Quisieron contestar á una invasion con otra invasion, y hacer sentir á sus enemigos los mismos males que estos habian desencadenado contra ellos. Bajo la influencia de este sentimiento se dispuso que el mariscal Termes, gobernador de Calais, penetrara en los Paises Bajos y se apoderara de Saint-Omer y Gravelines, en tanto que Guisa amenazaba vigorosamente á Cambray, para atraer sobre sí el grande ejército de los españoles.

Termes salió efectivamente de Calais, se puso á la cabeza de doce mil infantes y dos mil caballos, precedidos de un poderoso tren de artillería, y avanzó audazmente sobre las márgenes del Aa. El paso de este rio es difícil, porque se divide antes de su embocadura en el mar, en muchos brazos, algunos de los cuales se deslizan por un lecho fangoso y movedizo. No obstante, los franceses lo efectuaron con rapidez y se adelantaron talando y saqueando cuanto veian á su alcance, hasta los muros de Dunkerque. Esta plaza, puerto escelente, fué arrebatada en un asalto furioso, con lo que, alentado Termes, se dirigió contra la ciudad de Neuport, é intentó enseñorearse de la misma antes de caer sobre Saint-Omer y Gravelines. Vino á contrariar su propósito la noticia de que Egmont se acercaba con un ejército que no era inferior al suyo, ni en el número, ni en la cali-

dad de las tropas. Resolvióse entonces Termes á emprender un movimiento retrógrado, repasando el Aa y refugiándose bajo el cañon de Calais; pero Egmont, por medio de una marcha casi fabulosa, y dejando atrás su artillería y equipajes, le alcanzó. Conociendo Termes que el combate era inevitable, tomó las precauciones mas idóneas para recibirle con ventaja. Estableció su ejército en un ángulo que forma el rio Aa al arrojarse al mar. Su ála derecha estaba cubierta por este rio, su centro se apoyaba en los bordes del Mediterráneo, y su izquierda se hallaba protejida por una doble hilera que formaban los carros del bagage. Habia ceñido el frente, que era el único punto vulnerable, con seis culebrinas y dos falconetes, cuyos fuegos debian abrasar de lleno á los españoles en el momento de dar principio al combate.

El animoso Egmont, si bien falto de artillería, no retrocedió ante la imponente actitud del enemigo. Tomó sus disposiciones con la pericia y tino de un consumado capitan, y las realizó con un denuedo indómito é inestinguible. Formó la derecha con su caballería ligera, confiándola al conde de Pontevany, puso á la izquierda igual número de ginetes con capitanes de confianza, y él se reservó la peligrosa honra de acometer por el centro al frente de los hombres de armas y herreruelos. Los cuerpos de infantería alemana, flamenca, sajona y española, respectivamente dirigidos por Huendi, Benicourt y D. Luis de Salazar iban soteniendo de cerca á los caballos, y en disposicion de protegerlos caso de retirada, ó de secundarlos en el momento decisivo.

Como se vé, el órden de ataque estaba perfectamente concebido. La caballería, con la rapidez de sus movimientos, podia romper en breve la línea de fuego que formaban las baterías francesas, y abrir un camino ancho y dilatado para que los infantes se lanzasen en el centro de las columnas enemigas. El impetuoso Egmont se precipitó en la pelea con imponderable furia; los hombres de armas, herreruelos, ordenanzas de Flandes, ginetes españoles y flamencos, seguian su ejemplo avanzando por entre una nube de balas; cae mortalmente herido el caballo de Egmont, pero este intrépido caudillo monta inmediatamente en otro y sigue combatiendo y alentando á los cuerpos que, en medio de los mayores peligros, hacen esfuer-

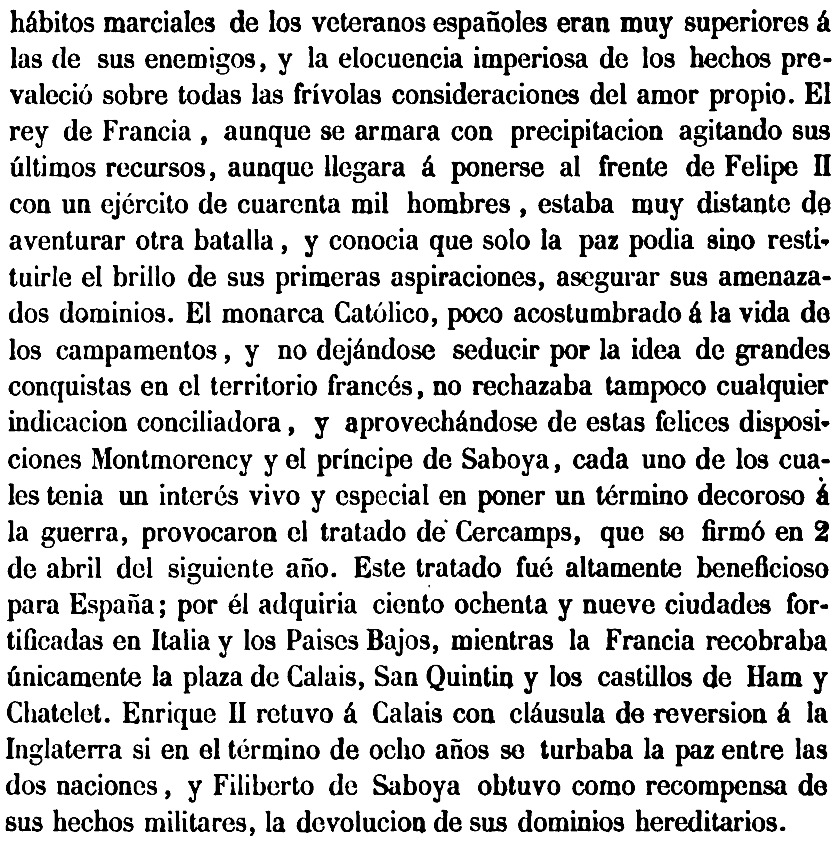


zos heróicos para penetrar el corazon de la línea enemiga. Los franceses, encajonados entre un rio caudaloso y el mar, y creyendo muy difícil, cuando no imposible, la retirada, se baten con el último aliento de la desesperacion; su caballería vuela al encuentro de la española, y como evolucionaba bajo la proteccion de los cañones, logra ventajas al parecer decisivas. Nuestros caballos, despues de haber dado pruebas de sobresaliente valor, se retiran en desórden, buscando el contacto de la infantería. El ardor destemplado de los franceses y la serenidad estóica de Egmont contribuyen á restablecer una batalla que podia creerse perdida. Avanzaron los ginetes franceses prosiguiendo la victoria con tan inconsiderada celeridad, que vinieron á destacarse completamente de su infantería, posicionada, segun hemos dicho, sobre el Aa y el Mediterráneo. Egmont esperaba este instante para renovar la carga con mejor éxito. Reorganiza rápidamente los escuadrones, los arenga, les infunde mayor denuedo y los lleva otra vez sobre el frente del enemigo, mientras algunas bandas escogidas de arcabuceros españoles saltan por cima de los carros que cerraban la izquierda de los franceses, y van á ceñir con sus nutridos fuegos el flanco y la retaguardia de la caballería de Termes. Esta bella maniobra fué tan rápida y simultánea, que los caballeros franceses casi no se apercibieron de ella hasta que se sintieron envueltos en un círculo de hierro y de fuego. Entonces reemplazó la confusion á la perniciosa é intempestiva confianza; los mismos que se mostraron antes mas ardientes para arrojarse sobre la línea española, comprendian ahora la imprudencia temeraria que habian cometido, desprendiéndose casi completamente de su infantería. El desengaño crea la reflexion, pero la reflexion nunca sirve de remedio para los males presentes, sino de preservativo contra los futuros. Al fin, quebrantada, rota, desmoralizada la caballería francesa, pudo arrojarse en brazos de su infantería. Este apoyo fué muy efímero. Los infantes españoles, abrazando los costados de sus ginetes, cayeron enérgicamente sobre el centro enemigo y lograron conmoverle. Las álas de Termes acuden al auxilio de su centro comprometido, y la accion se generaliza, peleando unos y otros con indecible furor. Sin embargo, toda la desventaja estaba de parte de los

franceses; su brillante y numerosa caballería, anonadada por los últimos golpes que habia recibido, servia mas bien de embarazo que de utilidad, la infantería, acosada con redoblado ímpetu, apenas se podia sostener, aun desplegando las fuerzas infinitas de la desesperacion. En este trance supremo, un accidente imprevisto vino á completar la derrota de los franceses. La escuadra de Guipúzcoa, que bogaba por aquellos mares, oyó el estruendo del combate, y forzando sus velas pudo presentarse oportunamente en la embocadura del rio Aa. Al punto disparó su artillería sobre la espalda de los alemanes que militaban á las órdenes de Termes; la rojiza arena de la playa se empapó en sangre humana, y los alemanes, á quienes habia perdonado la muerte, poseidos de terror, se abandonaron á la mas desordenada fuga. Los cuerpos franceses que continuaban aquella línea fueron arrollados sin dificultad, y el combate vino á convertirse en una carnicería espantosa. En medio de la confusion y el tumulto que reinaban entre aquel ejército, pocas horas antes tan compacto y formidable, una pequeña columna francesa, alentada por las exhortaciones y la presencia de Termes, resistia con una intrepidez ejemplar; pero su heróica constancia sirvió solo para hacer gloriosa su destruccion, pues fué envuelta al poco tiempo y despedazada por las lanzas de la caballería española. Termes, herido, cayó prisionero. Igual suerte obtuvieron todos los jefes que no exhalaron el último aliento sobre el campo de batalla. Tres mil hombres franceses y auxiliares mercenarios perdieron allí la vida; mil quinientos que pudieron salir de aquel horrible recinto, fueron á perecer en manos de los paisanos y aun de las mujeres, que añadian á la muerte todo el refinamiento de una codicia sórdida y el lujo bárbaro de tormentos que produce una venganza ciega. Cuantos salvaron la vida, perdieron la libertad, por manera, que de aquel ejército de catorce mil hombres no quedó uno que pudiese ir á deplorar en el seno de su patria tan grande infortunio. Los españoles solo tuvieron cuatrocientos muertos y mil heridos (13 de julio de 1558).

Una derrota tan sin ejemplo en la historia, desvaneció las brillantes ilusiones que se habian formado los franceses en un momento de imprevision.

Se empezó á comprender que la táctica de los generales y los



hábitos marciales de los veteranos españoles eran muy superiores á las de sus enemigos, y la elocuencia imperiosa de los hechos prevaleció sobre todas las frívolas consideraciones del amor propio. El rey de Francia, aunque se armara con precipitacion agitando sus últimos recursos, aunque llegara á ponerse al frente de Felipe II con un ejército de cuarenta mil hombres, estaba muy distante de aventurar otra batalla, y conocia que solo la paz podia sino restituirle el brillo de sus primeras aspiraciones, asegurar sus amenazados dominios. El monarca Católico, poco acostumbrado á la vida de los campamentos, y no dejándose seducir por la idea de grandes conquistas en el territorio francés, no rechazaba tampoco cualquier indicacion conciliadora, y aprovechándose de estas felices disposiciones Montmorency y el príncipe de Saboya, cada uno de los cuales tenia un interés vivo y especial en poner un término decoroso á la guerra, provocaron el tratado de Cercamps, que se firmó en 2 de abril del siguiente año. Este tratado fué altamente beneficioso para España; por él adquiria ciento ochenta y nueve ciudades fortificadas en Italia y los Paises Bajos, mientras la Francia recobraba únicamente la plaza de Calais, San Quintin y los castillos de Ham y Chatelet. Enrique II retuvo á Calais con cláusula de reversion á la Inglaterra si en el término de ocho años se turbaba la paz entre las dos naciones, y Filiberto de Saboya obtuvo como recompensa de sus hechos militares, la devolucion de sus dominios hereditarios.

Antes de finalizar el año de 1558, el conde de Alcaudete, gobernador de Orán, formó un pequeño ejército y se dispuso á penetrar en la entraña de Africa, conquistando primero á Mostagan y avanzando despues hasta donde le permitiesen sus recursos y los favores de la fortuna. Esta espedicion, concebida en un instante de arrebato religioso y ejecutada con imprudente valor, tuvo el éxito mas funesto. El conde llevó sus soldados, bisoños los mas y aventureros, hasta los muros de Mostagan, y ya se disponia para emprender el sitio, cuando supo que Hassen, bey de Argel, venia á su encuentro con poderosa hueste. Como no habia tomado precaucion alguna para asegurar sus comunicaciones, levantó el campo y fué á colocarse bajo las baterías de Mazagran. Caminaban los españoles envueltos en una nube de abrasadora arena, y devorados por la

sed, cuando descubrieron una fuente en las inmediaciones de Mazagran. La necesidad física, tan apremiante, rompió el lazo de la disciplina, ya de por sí muy débil; precipítanse desconcertados sobre aquella agua pura y abundante. Los mismos esfuerzos que hacian los gefes para contener el desórden, contribuyeron á aumentarle, y en esta situacion se presentó Hassen con la veloz caballería árabe. Aquellos noveles soldados, no comprendiendo que solo la union constituye la fuerza, peleaban en grupos aislados, que en pocas horas fueron completamente deshechos por los victoriosos argelinos. El conde, derribado de su caballo, pereció en medio de un tropel de fugitivos, y los que de estos se refugiaron en Mazagran, hubieron de rendirse faltos de todos los recursos materiales y morales.

Mientras la Europa se reponia en el silencio de la paz de las pasadas y estrepitosas agitaciones, D. Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, virey á la sazon de Sicilia, pensó en apoderarse de Trípoli, ciudad importante por su situacion en Africa, construida, segun se cree generalmente, sobre las ruinas de la soberbia y opulenta Cartago (1560). No era ya Trípoli la grande escala del comercio, pero servia de albergue á los piratas moros y turcos que infestaban todo el litoral del Mediterráneo y mantenian una perpétua alarma en nuestras posesiones africanas. Aprobó Felipe II este proyecto, y una escuadra compuesta de ciento cincuenta velas españolas, maltesas y pontificias, llevando á su bordo catorce mil hombres, zarpó del puerto de Mesina é hizo rumbo hácia el de Siracusa. Infáustos auspicios presagiaron aquí el resultado de la espedicion. Una enfermedad epidémica arrebató la vida á mas de tres mil hombres, sin que fuera posible evitar los terribles efectos del contagio con la traslacion de la armada á la isla de Malta. En esta estremidad, Cerda y los demas capitanes acordaron navegar á los Gelves, sitio de funesto recuerdo para los españoles, y muy peligroso en el rigor del invierno. La memoria del pasado ultrage encendió el valor de los cristianos, que arrollando con intrepidez heróica cuantos obstáculos oponian la violencia de las olas y la denodada obstinacion de los piratas, se hicieron á un tiempo dueños de la isla y del golfo que la rodeaba. Pero fascinados con el brillo de la victoria, olvidaron apoderarse de dos galeras enemigas en las cuales huyó precipitada-

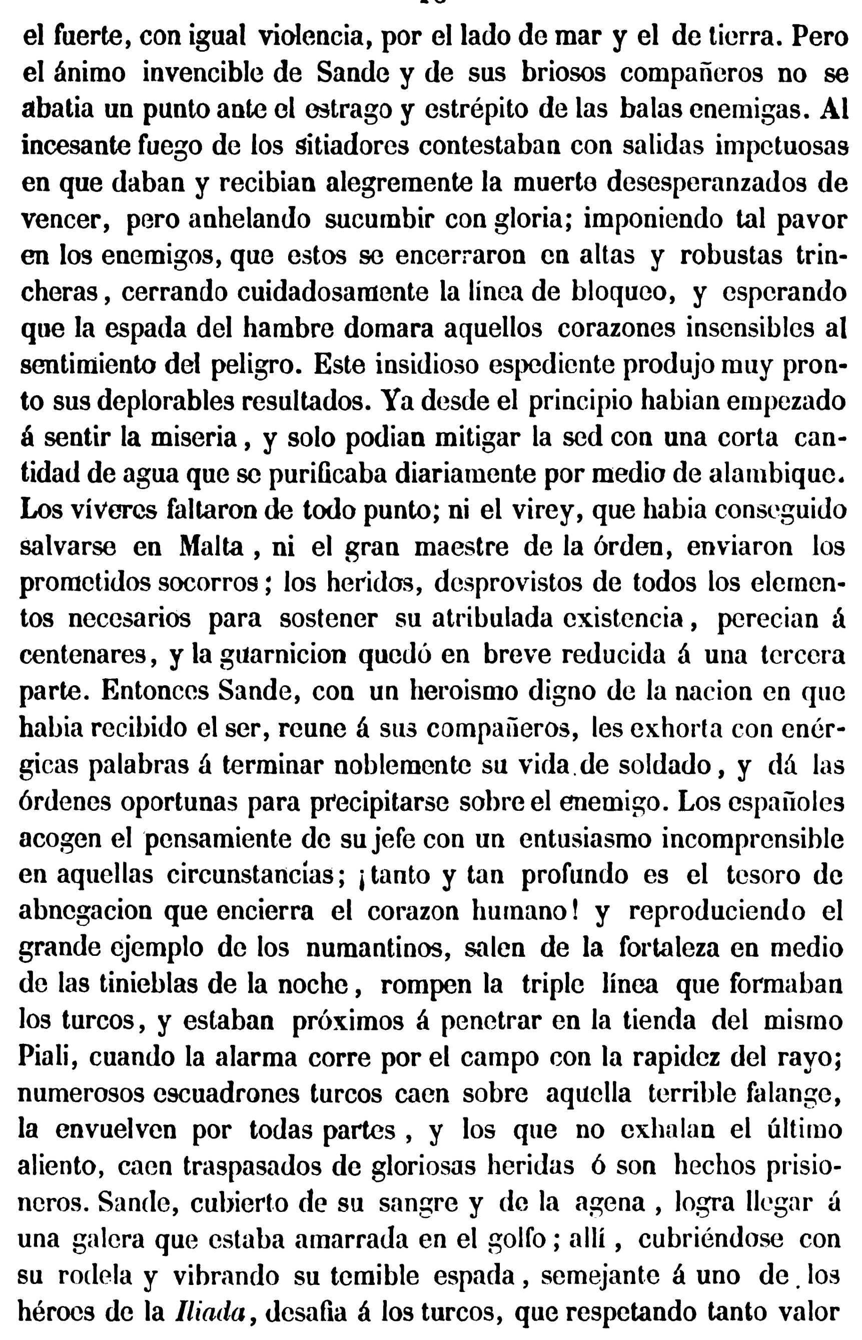


mente Uluc-Alí, dirigiendo la proa á Constantinopla, para demandar auxilios al sultan. Entretanto los españoles espugnaron valerosamente la fortaleza que dominaba á la isla, y Cerda, con precipitado consejo, se empeñó en fortificarla, guarneciéndola con dos mil quinientos soldados á las órdenes de Alvaro de Sande, baron esclarecido por singulares hazañas. Dos veces intentó Cerda bogar con direccion á Trípoli, y en ambas inútilmente; rechazada la flota por el ímpetu de los desencadenados vientos, quedó retenida en aquel golfo fatal. Para colmo de desventuras se declaró de nuevo la peste, y las tripulaciones, desmoralizadas, desfallecidas y desmembradas, eran incapaces de resistir el choque de algun nuevo enemigo.

No tardó éste en presentarse. A los pocos dias avisó Juan de la Valeta, gran maestre de Malta y uno de los guerreros mas sobresalientes de su época, que habia salido del Bósforo la armada otomana, compuesta de ochenta galeras y dirigida por el renegado Piali, hombre de una esperiencia afortunada. Faltóle la suya en este trance al duque de Medinaceli, quien en vez de retirarse con sus quebrantadas fuerzas, perdió el tiempo y no supo tomar determinacion alguna hasta que el cañon enemigo resonó con el mugido de las olas. Penetró el terror en el espíritu de los cristianos; convirtióse en fuga la retirada; mas de mil hombres perecieron sumergidos en el mar, ó cayeron bajo la cimitarra turca, y en este horrible conflicto solo supieron conservar la honra de su pabellon, combatiendo con singular bizarria, las galeras de Malta, mandadas por el español Maldonado, logrando abrirse paso por medio de la flota otomana, y salvándose con ligero detrimento. Las demas galeras, en número de diez y nueve, fueron presa del vencedor, y los apellidos de Arnedo, Cerda, Leiva, Requesens, Aldama, Aguilera y Cardona, anunciaban bien el lustre y gerarquía de algunos prisioneros, cuyo total ascendia á cinco mil.

El virey y Juan Andres Doria se refugiaron en la fortaleza de Bembo, pero los turcos, no satisfechos con una victoria tan fácil y tan fecunda en gloria y en botin, desearon completarla poniendo apretado cerco á la fortaleza de los Gelves.

Establecióse el sitio en toda regla, y Piali, despues de haber ofrecido inútilmente á Sande honrosas condiciones, empezó á batir



el fuerte, con igual violencia, por el lado de mar y el de tierra. Pero el ánimo invencible de Sande y de sus briosos compañeros no se abatia un punto ante el estrago y estrépito de las balas enemigas. Al incesante fuego de los sitiadores contestaban con salidas impetuosas en que daban y recibian alegremente la muerte desesperanzados de vencer, pero anhelando sucumbir con gloria; imponiendo tal pavor en los enemigos, que estos se encerraron en altas y robustas trincheras, cerrando cuidadosamente la línea de bloqueo, y esperando que la espada del hambre domara aquellos corazones insensibles al sentimiento del peligro. Este insidioso espediente produjo muy pronto sus deplorables resultados. Ya desde el principio habian empezado á sentir la miseria, y solo podian mitigar la sed con una corta cantidad de agua que se purificaba diariamente por medio de alambique. Los víveres faltaron de todo punto; ni el virey, que habia conseguido salvarse en Malta, ni el gran maestre de la órden, enviaron los prometidos socorros; los heridos, desprovistos de todos los elementos necesarios para sostener su atribulada existencia, perecian á centenares, y la guarnicion quedó en breve reducida á una tercera parte. Entonces Sande, con un heroismo digno de la nacion en que habia recibido el ser, reune á sus compañeros, les exhorta con enérgicas palabras á terminar noblemente su vida de soldado, y dá las órdenes oportunas para precipitarse sobre el enemigo. Los españoles acogen el pensamiente de su jefe con un entusiasmo incomprensible en aquellas circunstancias; ¡tanto y tan profundo es el tesoro de abnegacion que encierra el corazon humano! y reproduciendo el grande ejemplo de los numantinos, salen de la fortaleza en medio de las tinieblas de la noche, rompen la triple línea que formaban los turcos, y estaban próximos á penetrar en la tienda del mismo Piali, cuando la alarma corre por el campo con la rapidez del rayo; numerosos escuadrones turcos caen sobre aquella terrible falange, la envuelven por todas partes, y los que no exhalan el último aliento, caen traspasados de gloriosas heridas ó son hechos prisioneros. Sande, cubierto de su sangre y de la agena, logra llegar á una galera que estaba amarrada en el golfo; allí, cubriéndose con su rodela y vibrando su temible espada, semejante á uno de los héroes de la *Iliada*, desafia á los turcos, que respetando tanto valor

é infortunio, no se resuelven á disparar contra Sande balas y flechas.

Por fin, un renegado genovés, se acerca á él y le ruega que no esponga infructuosamente y por mas tiempo su vida contra un enemigo que podia matarle desde lejos; esta consideracion mueve á aquel hombre estraordinario que se resiste, sin embargo, á entregar su espada á ningun otro que no sea el general otomano. El renegado le condujo á la presencia de Piali, quien despues de celebrar sus heróicas hazañas, le trató honoríficamente, llevándole en su compañía, menos como esclavo, que como amigo. Piali regresó á Constantinopla habiendo en el camino saqueado á Siracusa y causado otros daños de consideracion en las costas de Italia.

El año 1563 es memorable por el apretado cerco y briosa defensa de Orán y Mazalquivir. Sobre todo la de esta última plaza escedió á cuantas esperanzas podian concebirse de la proverbial constancia española. Mandaba en ella don Martin de Córdoba, varon menos esclarecido por su ilustre nacimiento que por sus inmortales hazañas; su hermano el marqués era gobernador de Orán. Dragut, que habia heredado, sino el genio, la autoridad y la audacia de Barbaroja, quiso señalar su turbulenta carrera marítima con un hecho de primer órden, y ninguno podia lisonjear mas á su orgullo y codicia que la conquista de Orán y Mazalquivir, llaves del Mediterráneo, escudo de España por aquella parte, y poderoso freno para contener á los piratas.

Ciertamente las circunstancias que dominaban entonces, podian tentar otra ambicion menos fuerte y susceptible que la de Dragut; la armada española habia quedado sumergida el año anterior entre las olas, la de Italia se hallaba muy distante y protegiendo aquellas costas, y el mar estaba abierto para las mas atrevidas escursiones de los piratas.

Juntó Dragut un gran número de estos; escitó hábilmente el fanatismo de los moros africanos y llevó ante los muros de Orán y de Mazalquivir un ejército que ascendia á cien mil infantes y cuarenta mil caballos, segun el testimonio de historiadores dignos de fé. El ataque se dirigió al mismo tiempo y con indefinible violencia contra las dos plazas; pero la incontrastable fortaleza de Orán hizo que aflojara en breve el asedio de esta plaza, cayendo el golpe entero de

las fuerzas enemigas sobre Mazalquivir. Despues de muchos dias de horrible bombardeo, lograron los moros apoderarse de un baluarte que dominaba á la ciudad, con lo cual la situacion de esta fué estremadamente crítica. Pero no declinó el escelso ánimo de Córdoba; los soldados y habitantes, electrizados con su ejemplo y sus palabras, juraron solemnemente hacer ilustre el nombre de Mazalquivir en los ecos de la fama, sepultándose, si necesario fuese, entre sus escombros.

Los sitiadores plantaron una batería en el baluarte recien conquistado, abrieron un portillo en la muralla, y se precipitaron por él con la impetuosidad de un torrente. Pero se estrelló en los invencibles pechos de los sitiados. Despues de ocho horas de un sangriento combate, los moros, rechazados con pérdida de dos mil hombres, se replegaron á su campo, y los españoles, empuñando en una mano el arcabuz ó la pica, emplearon la otra en reparar el quebrantado muro. Sin embargo, como el fuego de los contrarios era tan superior, no tardaron en aparecer mayores brechas, y en el término de noventa dias se renovó diez veces el asalto con una obstinacion y encarnizamiento imponderables. Mas el hambre, ese enemigo insidioso é invisible empezaba á afligir á los sitiados; la fortuna misma parecia conspirar contra elllos, porque la armada de Italia que acudia á su socorro, se vió obligada á retroceder, impelida por vientos contrarios, y era imposible que la constancia humana prevaleciese por mas tiempo contra el choque de tantas calamidades.

La Providencia, que siempre remunera los sentimientos elevados, veló por la conservacion de aquellos ínclitos defensores. La noticia de su heroismo trasmitida de boca en boca por todos los ángulos de la península, encendió una centella de entusiasmo guerrero en el pecho de muchos hombres que reposaban en el seno de la paz á la sombra de sus laureles. En pocos dias se botaron al agua diez galeras, que, montadas por gran parte de la nobleza castellana y valenciana, fueron á reunirse con las que habian anclado en el puerto de Cartagena, bajo las órdenes de D. Francisco de Mendoza. Fuerte esta armada de treinta y cuatro galeras, hizo inmediatamente rumbo á Mazalquivir, para brindar con la batalla á los bárbaros. Pero el astuto Dragut no quiso aceptarla con fuerzas

desmoralizadas y muy disminuidas, y apenas supo el movimiento de la flota española, viró de bordo con la suya, y á todo el poder de remo y vela se refugió bajo el cañon de Arjel, dejando en su campo, á merced de los sitiados, gran cantidad de víveres y municiones, con la mayor parte de su artillería.

De las rápidas y magníficas conquistas debidas al esfuerzo de Pedro Navarro, y que derramaron tanto esplendor sobre el último período de Fernando el Católico, apenas nos quedaba mas que el recuerdo de una gloria estéril. La España, debilitándose en guerras lejanas é infructuosas, olvidaba sus verdaderos intereses, y retrocedia sensiblemente del punto en que hubiera podido hallar un cimiento sólido para su grandeza y poderío. Los vigilantes africanos, combinando la fuerza con el artificio, habian recuperado, no solo todas sus plazas, escepto Orán, que continuaba en nuestro poder, como un testimonio fiel é indeleble del genio de Cisneros, sí que tambien algunos establecimientos fundados por los españoles en la costa del Mediterráneo. Sobresalia entre ellos el Peñon de los Velez, fortaleza escarpada, asentada sobre la cima de una árida roca, en cuyo pié se estrellan las espumosas ondas del mar. Desde entonces el Peñon se convirtió en nido de piratas, que en sus audaces escursiones afligian el comercio é insultaban donde quiera el pabellon español. Justamente irritado D. Felipe II, mandó á D. García de Toledo que se apoderase del Peñon á todo trance (1364). Juntó D. García en breve tiempo una numerosa armada, montó en ella trece mil hombres, izó vela desde las costas de Italia á las de Africa, y se dispuso á embestir al Peñon con todos los auxilios del arte militar. Pero los piratas, llenos de terror, solo pensaron en salvar su vida por medio de una ignominiosa fuga, y los españoles, sin derramar una gota de sangre, se hicieron dueños de aquella fortaleza, cuya espugnacion podia haber sido lenta y penosa. Advertidos del peligro los moros comarcanos, volaron á auxiliar á los piratas; pero sus esfuerzos, aunque sostenidos con una intrepidez feroz y tenaz, no fueron suficientes para recobrar la perdida presa. Casi simultáneamente don Alvaro Bazan penetró en Tetuan, causando grave quebranto á los piratas que lo defendian.

Los estados de Flandes, rico patrimonio de la dinastía austro-española, sirvieron de téatro á una de las guerras mas obstinadas, sangrientas y memorables que conserva la historia de la Europa moderna. La pertinacia indecible de ambos beligerantes, los variados incidentes que surgieran en lucha tan prolongada, su estrecha articulacion con las violentas perturbaciones que estallaron en las grandes potencias limítrofes, el poderoso desarrollo que adquirió el arte de los sitios, el auge casi infinito de gloria que alcanzó la infantería española, y el lento pero progresivo influjo que ejerció esta lid tan terrible en la decadencia de nuestra nacion, todo autoriza á examinarla con aquella detencion asídua que, escluyendo la prolijidad, permite, sin embargo, que penetren los rayos de la luz histórica en los sucesos mas controvertibles ó menos conocidos.

Muchas causas contribuyeron á preparar esta guerra. La severidad intempestiva de Felipe II, que queria establecer en Flandes una autoridad tan absoluta cual la que gozaba en España; los rigores impolíticos de la inquisicion; la nueva circunscripcion de diócesis, y por consiguiente el mayor celo con que se perseguia á los protestantes, irritaron profundamente los ánimos. Los estados de Flandes, enclavados en el corazon de la Europa, y cuyas convulsiones debian ser por lo mismo mucho mas sensibles, habian disfrutado bajo sus condes un gobierno casi paternal, y el sentimiento de independencia, robusteciéndose y elevándose, habia llegado á tomar una consistencia de todo punto inflexible. El hábil Cárlos V, conociendo el carácter de esta nacion, puso al frente de ella á su hermana María, creyendo con fundamento que la potestad dulce y templada de una mujer era la única conveniente á hombres tan altivos. Felipe siguió al principio la misma línea de conducta, encomendando el timon del gobierno á su hermana Margarita; pero la autoridad de esta, precaria y subordinada, no podia ser grata á los flamencos. Habia echado en este pais hondas raices la doctrina reformada, y los sectarios distinguidos con los sobre nombres de martinistas y calvinistas, eran los mas inquietos y turbulentos, como que creian á cada paso levantada sobre su cabeza la formidable mano de la inquisicion. Pertenecian muchos á la hez del pueblo; pero contaban con la ambicion mal rebozada de algunos grandes, que anhelaban defender sus privilegios

con toda la tenacidad del orgullo y con toda la violencia de la ambicion. Bajo el influjo de estas circunstancias celebraron secretos conciliábulos, y presentaron á la gobernadora una esposicion de agravios, pidiendo en términos poco comedidos, el afianzamiento sólido de sus respectivos fueros. Los encargados de desempeñar esta mision se pusieson trajes miserables y desaliñados, como símbolo de su miseria y de su despecho, y como la gobernadora dijese que parecian *gueux*, mendigos (1), ellos adoptaron esta palabra como voz de confederacion, é hicieron público alarde de sus vestidos asquerosos y repugnantes.

Los gueux flotaban al principio entre la masa del pueblo sin punto alguno de apoyo, pero no tardaron en declararse abiertamente en su favor Valenciennes, Maestrick y otras poblaciones de menor importancia; otras muchas vacilaban, y en algunas los combustibles aglomerados de tiempo atrás, solo necesitaban una chispa para estallar en terrible incendio. Margarita, rodeada por consejeros, ó exagerados, ó infieles, ó sospechosos, no pudiendo prometerse recursos eficaces de la junta general de los estados, que deliberaban y obraban bajo el sentimiento de la independencia, y no teniendo á su disposicion las tropas que habian salido por órden de Felipe II y á virtud de reclamaciones dirigidas por los flamencos, se decidió no obstante á reprimir con algun acto de energía la insolencia de los sediciosos. Reunió, pues, un pequeño cuerpo de ejército y le confió á Noirquerme, oficial esperimentado, flamenco de nacion, pero adicto á la causa del rey. Noirquerme marchó aceleradamente contra Valenciennes, batió la plaza durante dos dias con tanto acierto como felicidad, y al tercero penetró en ella á la cabeza de sus tropas. Maestrick, aterrada con esta rápida conquista, capituló antes de abrirse la trinchera, y estas fáciles incursiones, juntas á un fuerte descalabro que padeció cerca de Ambéres un cuerpo de tres mil gueux, infundieron la lisonjera esperanza de que se restableceria la tranquilidad sin grande efusion de sangre.

No tardó en realizarse esta esperanza. Rudiminghen, con un buen golpe de tropas acometió á los gueux que habian salido de Ambé-

(1) Otros atribuyen esta palabra á Barlemont.

res; los derrotó, y precedido del terror de sus armas afianzó el respeto á las leyes en Lila, presa á la sazon de las mas violentas convulsiones; casi al mismo tiempo se apoderó Noirquerme de Tournay y los ciudadanos de Bolduc trataron de desviar el azote que les amenazaba implorando humildemente la clemencia de los vencedores. Ambéres, tan célebre por su opulencia como por sus deplorables agitaciones, siguió muy luego el mismo ejemplo, y las provincias de Holanda, Zelanda y Frisia, libres de la presencia de Brederode, alma y cabeza de la sedicion, depusieron su actitud hostil y acataron la autoridad de la gobernadora.

No obstante, este rápido triunfo del órden sobre la anarquía, se debió menos al vigor de las armas realistas, que á la reaccion producida por los inauditos escesos de los gueux iconoclastas. Estos miserables abandonándose á la violencia del mas bajo fanatismo, habian cometido desmanes de todo linage contra la razon y la religion, contra todos los elementos civilizadores en el sentido mas lato y absoluto de esta palabra. La parte mas sana de las poblaciones, sobrecogida al pronto, volvió en sí y reprimió el furor de aquellos séres monstruosos; algunos nobles, avergonzándose de hacer causa comun con los rebeldes, ofrecieron á la gobernadora el homenage, al parecer sincero, de su lealtad; el mas distinguido de ellos fué Egmont, ardiente y generoso patricio, gran soldado, franco, liberal y sencillo.

Contribuyó tambien eficazmente á este resultado la noticia de estarse disponiendo para venir á Flandes el rey Felipe II. El prestigio que á este príncipe habian grangeado sus esclarecidos talentos, enérgico carácter, su profunda política y la aureola de su alta dignidad, todo imponia en gran manera á los flamencos, y les inclinó á deponer las armas.

Los principales funcionarios, con el príncipe de Orange á su cabeza, huyeron apresuradamente y sus parciales subalternos pretendieron anularse confundiéndose en el seno de la multitud. Si en esta coyuntura Felipe II hubiera realizado su viaje y empleado en Flandes un feliz temperamento de rigor y dulzura, este pais se hubiera evitado terribles calamidades, la España irreparables pérdidas, y la humanidad inmensos dolores.

Pero Felipe, sobrado celoso de su dignidad, y no queriendo esponerse á un desaire, prefirió enviar al duque de Alba con poderes ilimitados.

Este guerrero, uno de los mas grandes símbolos de nuestras glorias militares, imprimia en todos los actos de su vida el sello de un carácter naturalmente duro y despótico. Era un espíritu profundo, tenaz, inflexible, en el que un sentimiento único predominaba soberanamente sobre todas las demas sensaciones dulces y tranquilas que constituyen el encanto de la vida social. Si el duque de Alba hubiera nacido sobre el trono, habria sido un conquistador; si en el fondo de una democracia, un tribuno turbulento; pero educado en medio de las campañas y al estruendo de los cañones llevaba á la esfera política toda la dureza de la disciplina militar.

El duque partió de Cartagena, pasó por Francia y formó en las fronteras de Flandes un buen cuerpo de ejército, menos temible sin embargo por su número que por la calidad de las tropas. Constaban estas de ocho mil setecientos infantes y mil doscientos caballos. La infantería, dividida en cuatro tercios, se componia de los veteranos de Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Lombardía, envejecidos en medio de los campamentos y adornados con laureles recogidos en inmortales campañas.

Los capitanes tenian en grado mas alto las mismas cualidades que los soldados; Alfonso de Ulloa, célebre por su denuedo impasible, por una esperiencia consumada y por el arte de conservar viva en el corazon de sus tropas la centella del entusiasmo; Sancho de Londoño, oficial severo, amante de la disciplina y mas propio para escitar con su ejemplo que con sus palabras á las acciones arriesgadas; Julian Romero, que adquirió fama de heróico en un pais y en una época en que el heroismo era una virtud nacional; y Gonzalo de Bracamonte, cuya brillante reputacion no se habia deslucido en una larga série de combates, dirigian los cuatro tercios de la infantería española.

El mando de la caballería se confió á D. Fernando de Toledo, hijo natural del duque de Alba, cuyas buenas prendas anunciaban en la flor de su juventud, un vasto porvenir de gloria y de fortuna. El maestre de campo, general Chapin Vitelli, florentin de nacion,



gozaba de una celebridad europea. Gabriel de Serbelloni, italiano tambien y capitan general de la artillería, era no menos distinguido por sus conocimientos, por su larga y luminosa esperiencia, y por su invariable adhesion á la causa española. Paccioto de Urbino, el mas sábio ingeniero de su tiempo, acompañaba al ejército, y su instruccion debia ser de mucho precio en una guerra principalmente de sitios.

Finalmente, Cárlos Dávalos, hijo del marqués del Vasto y digno por sus hechos de tan ilustre progenitor; D. Bernardino de Mendoza, que como César manejaba con fortuna igual la espada y la pluma; Cristóbal de Mondragon, señalado entre los mas valientes por haber sido uno de los diez españoles que se arrojaron al rio Elba para decidir la memorable batalla de Mulberg; Francisco Verdugo, Basti, el conde de Martinengo, Sancho de Avila, Gerónimo Salinas, Juan Despuche, Andrés Salazar y otros nombres queridos de la victoria, eran una garantía del triunfo, persiguiéndole bajo la conducta de un caudillo tan hábil como el duque de Alba.

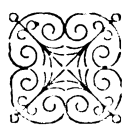
Llegó este general á Bruselas y al momento empezó á hacerse temible. Su primer cuidado fué distribuir las tropas españolas y quince mil auxiliares alemanes en las plazas de primer órden, y considerando con razon á la ciudad de Ambéres como la llave del Escalda y uno de los puntos mas estratégicos del pais, hizo construir en ella una fortaleza rodeada por cinco baluartes, obra en que brilló singularmente el ingenio de Paccioto. Al mismo tiempo mandó levantar cuerpos de milicias en todas las provincias del Artois, Hainaut, Luxembourgo y Namur, que seguian fielmente la comunion católica, precauciones que hacian honor á un genio militar; pero las deslució con un lujo de severidad intempestiva. Empleando un ardid indigno de la lealtad española, puso presos á los condes de Egmont y Horns; estableció en Bruselas un tribunal pretoriano que se llamó el tribunal de sangre, y proscribió á los nobles fugitivos, confiscando todos sus bienes. Estas determinaciones fomentaron los gérmenes de la guerra que habia de dar deplorables frutos en el siguiente año.

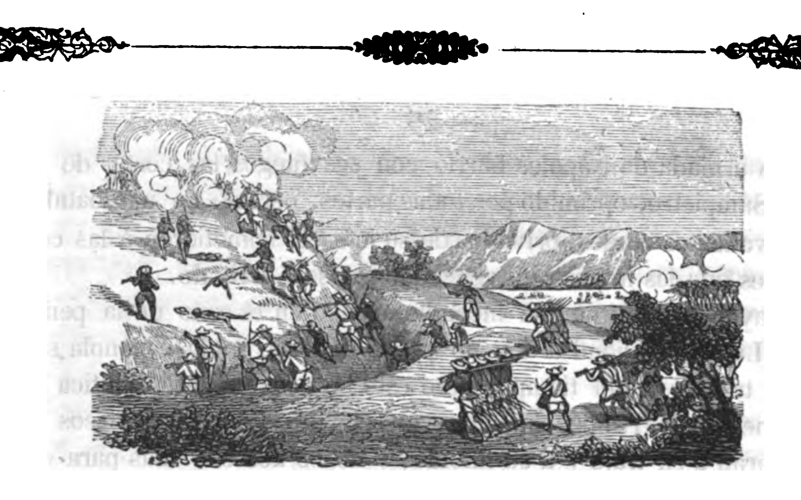
Corriendo todavía el de mil quinientos sesenta y siete, concurrieron los españoles con los genoveses á la reduccion de Córcega, donde el noble Sampietro sostenia la independencia de su patria.



La armada de Nápoles barrió con sus fuegos las costas de las islas; Sampietro, oprimido por todas partes, pereció en una batalla, y los valientes corsos, privados de su jefe, se sometieron á las condiciones que les impuso un vencedor celoso é irritado.

Mayor y mas temible incendio estalló en el seno de la península. La nacionalidad árabe no podia fundirse en la española sino con el trascurso del tiempo, pero esto no convenia á la política homogénea de D. Felipe. Mandó este príncipe que los moriscos renunciaran á su traje y á su idioma, y no se necesitó mas para que aquellos miserables, oprimidos de antemano con el peso de intolerables tributos, concibieran el temerario proyecto de levantarse contra sus opresores. La insurreccion estalló en Cadiar, pueblo pequeño, enclavado en el pié de las Alpujarras; los sediciosos eligieron por su rey á Aben-Humeya y se prepararon á contrastar las colosales fuerzas de la monarquía española. Aben-Farax, alma de la rebelion, marchó á Granada con intento de atraer á su partido los moriscos que habitaban el Albaicin, pero se frustró su plan; y perseguido por el marqués de Mondejar, se ocultó con su tropa en la áspera entraña de los montes.





CAPITULO XVII.

1568.--1571.

HOSTILIDADES EN LOS PAISES BAJOS.—DESCRIPCION DEL TEATRO DE LA GUERRA.—EL PRÍNCIPE DE ORANGE SE PONE AL FRENTE DE LOS INSURRECTOS.—SU PLAN DE CAMPAÑA.—DISPOSICIONES DEL DUQUE DE ALBA.—COMBATE DE SAINSOT.—BATALLA DE GEMMINGEN.—DERROTA DEL EJÉRCITO ENEMIGO.—GUERRA CONTRA LOS MORISCOS.—SITIO DE ALMERIA.—DON JUAN DE AUSTRIA TOMA EL MANDO DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES.— COMBATE DEL PEÑON DE FRIGILIANA.—ASALTO Y TOMA DE LA GALERA.—LOS MORISCOS SE HUMILLAN Y PIDEN LA PAZ.—BATALLA DE LEPANTO.



Las hostilidades clandestinamente fomentadas en los Paises Bajos iban á estallar de una manera estrepitosa y violenta. Pero antes de proseguir la relacion de los hechos militares creemos conveniente trazar en ligeros rasgos la fisonomía de aquel territorio destinado á ser, no solo el teatro de esta guerra asoladora, sí que en cierto modo, el gran palenque donde las principales potencias europeas viniesen á dirimir sus diferencias ante el terrible tribunal de las

armas. La Flandes, que tambien se llamaba Paises Bajos, y Bravante, por el nombre de la provincia en que se hallaba la capital Bruselas, comprendia, cuando Felipe II subió al trono, una estension de cuatro mil leguas de bojeo, ceñidas al Norte por el mar de Alemania, al Este por el continente germánico y la Francia, al Oeste por la Manga ó la Mancha, nombre estraño que tomó su orígen de la forma que presenta en esta frontera el mar del Norte. En este pais, enclavado en el centro de la Europa, donde el sistema feudal habia echado raices tan profundas, los límites y la denominacion correspondientes á las secciones en que se hallaba dividido, procedian menos de la naturaleza del terreno que del capricho, voluntad ó fuerzas de los conquistadores que habian establecido los feudos. Los territorios de Holanda y Zelanda, el obispado de Utrech, los condados de Güeldres, Groninga, Frisia, Over-Yssel, Namur y Hainaut, el señorío de Malinas, el obispado de Lieja, y los ducados de Mariembourgo, Limbourgo, Luxembourgo y Brabante, que constituian las diez y siete provincias de Flandes, no pueden ofrecer á la imaginacion la idea de circunscripciones análogas ni de elementos iguales en poblacion y riqueza, pues algunas de estas provincias, como la Holanda, tenian un millon de habitantes y grandes recursos para estender su industria marítima por todas las regiones del globo, al paso que otras no comprendian cien mil almas, y solo encerraban en su seno los gérmenes rutinarios de una agricultura atrasada (1). Sin embargo, el esplendor de la ca-

(1) Es casi imposible adquirir un conocimiento exacto de la situacion y medios de estas provincias en la época de Felipe II. Los historiadores contemporáneos, atentos á seguir el hilo de las operaciones militares, ó á examinar las complicadas tramas políticas, no han derramado sobre este punto importante mas que algunos débiles rayos de luz, que la diligencia mas esquisita no alcanzaria á reunir y á dar una consistencia sintética. Los geógrafos modernos, aun los mas distinguidos, solo describen estos paises en su posicion actual, y esta descripcion, lejos de disipar las dudas, viene á aumentarlas indudablemente, porque tanto la Bélgica como la Holanda han esperimentado durante los últimos tiempos graves y profundas alteraciones en su sér material, sin tener en cuenta las mas rápidas y sensibles en su desarrollo intelectual, lo que ha destruido los antiguos límites y aun la posibilidad de marcarlos con precision. Nosotros no nos lisonjeamos con haberlo verificado, pero sí aseguramos que las nociones generales suficientes para nuestro objeto, estan purificadas en el crisol de un exámen prolijo y en presencia de algunos documentos inéditos.

pital Bruselas, y la permanencia en ella de una nobleza brillante y fastuosa, daba mayor impulso al movimiento mercantil de las provincias confinantes, y aumentaba por consiguiente su poblacion. Tambien la situacion de algunas ciudades flamencas era tan feliz, que atraia de todos los ángulos de Europa los recursos vivificadores del comercio.

Pero la consideracion mas elevada y oportuna de Flandes es bajo el aspecto militar. Acaso la potente mano de la naturaleza en ninguna otra parte haya puesto tantos baluartes para proteger la independencia ó conservar la libertad de un pueblo, como en los Paises Bajos (1).

Tres líneas defensivas protegian á la Flandes contra un enemigo esterior. La primera, formada por una cadena de plazas fuertes, apoyada en el curso del Escalda, y robustecida por mil accidentes del terreno, cubria toda la frontera de Francia, envolviendo el ducado de Luxembourgo, las provincias de Namur, Haynaut, Flandes occidental, y estinguiéndose en el mar del Norte. La segunda ciñe la provincia de Zelandia, y estendiéndose por el golfo de Dullart, corre á lo largo del Escalda, abraza toda la parte septentrional de aquellos paises, y les protege contra la Alemania. La última línea, formando muchas sinuosidades, comprende las principales plazas marítimas, y cierra las comunicaciones con España.

Aunque en el período que vamos recorriendo se conocian muy imperfectamente los sublimes principios de la estrategia, y por consiguiente estas líneas no encerrasen todos los elementos de defensa que ha descubierto en ellas el genio de la moderna ciencia militar, sin embargo, tenian una importancia relativa muy grande, porque los medios de invasion no eran tan poderosos como en el dia.

Ademas de estas líneas esteriores, habia otras muchas interiores, formadas por las corrientes del Rhin, el Vahal, el Isel, el Mosa, el Escalda, el Ems y otros rios que arrastran un vasto caudal en la

(1) Las monarquías actuales de Holanda y Bélgica se han formado con las provincias sujetas en otro tiempo al poderío español. En el reino de Holanda están incluidas la Holanda propiamente dicha, la Zelanda, la Güeldres, Utrech, Frisia, Over-Yssel y Groninga, y al de Bélgica pertenecen el Haynaut, el Namur, Bravante, Malinas y una parte de los ducados de Limburgo y Luxembourgo (Balbi, compendio de la Geografía universal.)



estension de muchos centenares de leguas, perdiendo despues su nombre y su existencia en el seno del Océano. Pero la mas fuerte defensa de los Paises Bajos consistia en la estraña configuracion de su terreno. Un historiador (1) presenta la imágen bien sensible del aspecto que ofrecen algunas provincias, y especialmente las de Holanda, Zelandia y Frisia, situadas bajo el nivel del mar, suponiendo que el observador se colocara en lo alto de una torre, desde la cual descubriria un inmenso panorama, cruzado de canales, lagunas, y un sin número de hilos de agua, que rodean trozos cubiertos de una vegetacion lozana y engañosa, porque oculta muchas veces abismos donde pueden sumergirse hombres y caballos. Estos temibles pantanos se llaman *polvers* y son muy frecuentes en las provincias setentrionales y aun en las del Bravante. Los flamencos sujetan con fuertes diques la terrible cólera del Océano y la de sus caudalosos rios; pero rompiendo estos diques puede inundar su pais y cerrar con un muro de agua el paso á los mas audaces conquistadores. En otras partes el mar detiene su ímpetu ante montoncillos de arena, que se denominan *dunas*. Esta misma circunstancia hacia inespugnables muchas de sus plazas, las cuales, en el belicoso reinado de Cárlos V, para preservarlas de una invasion francesa, se habian fortificado con mucho esmero.

Tal era la situacion del pais en que iba á encenderse la guerra. Tocando por opuestos estremos con la Alemania y la Francia, donde las nuevas sectas religiosas habian adquirido un auge estraordinario, podia recibir en su seno á los prosélitos que lanzados de estas naciones por la violencia de la persecucion, ó atraidos por el amor de una vida aventurera, llevaban á todas partes las pasiones insaciables de la venganza y la avaricia, un furioso celo por propagar sus doctrinas y el valor frenético, que crea el fanatismo. Estos hombres ardientes, iracundos, insubordinados, necesitaban un jefe que acertara á dirigir sus sentimientos, y este jefe le hallaron en la persona del príncipe de Orange. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, era uno de esos seres que parecen espresamente formados por la Providencia para ser los instrumentos de una gran revolucion. Sufrido como un es-

(1) Estrada, Historia de las guerras de Flandes.

parciata, estóico como un romano, impetuoso como un francés y perseverante como un español, unia á estas prendas de carácter el talento para la intriga, que distinguia á los políticos italianos de aquel tiempo. Aunque frio y taciturno en apariencia, y dotado de un orgullo inmenso, sabia plegarse tan bien al carácter y exigencias de las personas con quienes trataba, que hablándolas una sola vez cautivaba sus corazones (1). Cárlos V, que tenia un genio tan penetrante para descubrir el mérito naciente, le habia elevado en la flor de su juventud á los primeros puestos del Estado y de la milicia, y no contaba todavía mas que veinte años cuando le nombró general en jefe del ejército de Alemania, sosteniéndole en su favor á pesar de sus muchos émulos y detractores. Su ambicion, alimentada por estos favores de la fortuna, no conocia límites. Sin embargo, es probable que si Felipe II le hubiera colocado al frente del gobierno en Flandes, como lo solicitaba con ardor, habria permanecido constantemente adicto á la causa española. Pero repelido del gobierno, se arrojó en brazos del partido popular, y observó con la gobernadora una conducta artificiosa y doble, hasta que se marchó de Flandes temiendo la severidad del duque de Alba (2).

No era posible que un hombre de su temple permaneciera en el ostracismo, deplorando esterilmente los males de su patria. Tan osado como activo, Orange recorrió la Alemania, entabló correspondencia con los protestantes de Francia, pintó con colores muy subidos la que suponia opresion de los flamencos, conmovió con su voz y su pluma la fibra del fanatismo en todas partes, y exagerándose á sí propio y exagerando á los demas el partido que tenia en Flandes, logró obtener fondos respetables, un buen cuerpo de ejército y eficaces alianzas.

Su plan de invasion en Flandes estaba perfectamente concebido y muy en armonía con la situacion moral del pais. Penetrando en él

(1) Estrada, Historia de las guerras de Flandes.

(2) Cabrera, Historia de Felipe II, refiere, que habiendo instado el conde de Egmont al príncipe de Orange para que acudiera á los estados generales, y rehusándolo este, le dijo Egmont: «Tu escesiva desconfianza será causa de que yo tenga un primo desterrado.» «Y tu nimia credulidad, repuso Orange, de que yo tenga un primo decapitado.» Ambas predicciones se cumplieron muy pronto.

por un solo punto, atraia sobre los invasores todo el golpe principal de las fuerzas españolas, cuya presencia comprimiria el espíritu público, que creia pronto á estallar en su favor.

Al contrario, acometiendo por diferentes puntos bastante lejanos unos de otros, divertiria la atencion del duque de Alba, que ó no podria acudir á todas partes, ó tendria para ello que desguarnecer las plazas fuertes, y especialmente Ambéres, donde los gueux eran numerosos, ardientes y feroces. En este concepto dispuso que Francisco Coqueville, jefe de los hugonotes ó protestantes franceses avanzara por la frontera del Artois; el duque Horchart, noble holandés, por el condado de Juliers, donde pululaban sus partidarios; y su hermano Luis por la Frisia cerca del golfo de Dullart, y en contacto casí con la Holanda. Así los invasores, partiendo de las estremidades norte y mediodia debian concentrarse sobre el corazon del Bravante. Orange mismo, á la cabeza de un poderoso ejército, podia seguir de cerca á estos espedicionarios, bien para esforzar las consecuencias de la victoria, bien para sostenerlos y rehacerlos en caso de una derrota. El movimiento general empezó á realizarse en los últimos dias de mayo.

El duque de Alba, que desde su entrada en Bruselas no habia cesado de prepararse; que habia formado cuerpos de milicias con el contingente en hombres, provisto por las provincias católicas, y que para asegurar la plaza de Ambéres, habia construido en ella, empleando el ingenio de Paccioto, una ciudadela que sirvió despues de modelo á toda la Europa; el duque de Alba, pues, cuando supo que Orange habia roto las hostilidades, conoció que su posicion era muy delicada. Temia y con fundamento que al emprender su marcha contra el enemigo, se le insurreccionasen á sus espaldas ciudades y aun provincias enteras, y para evitarlo apeló al recurso ordinario de enervar la energía pública por medio del terror. El tribunal de sangre comenzó á ejercer sus funciones con una deplorable exactitud; muchos de los iniciados en los últimos desórdenes perecieron en el patíbulo, pero la muerte de Egmont y Horns hizo olvidar todas las otras.

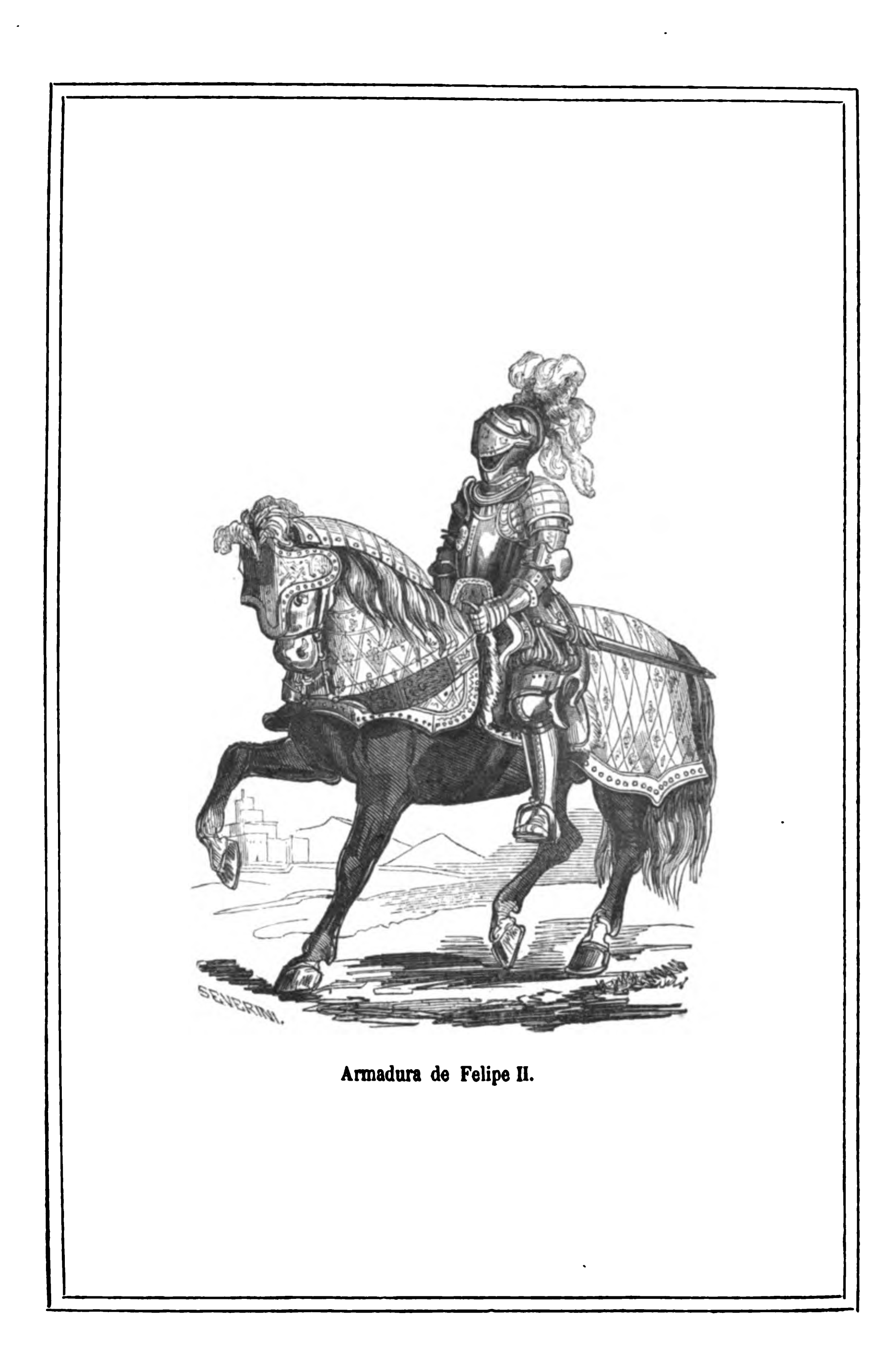
Egmont era el brillante símbolo de la gloria nacional, el jefe de la nobleza y el ídolo de la plebe; habia permanecido inviolable-

mente adicto á la religion católica, y la mano del verdugo, que acababa de quitarle la vida, habia herido el corazon de todas las clases. Los españoles mismos derramaron lágrimas en obsequio del hombre que los habia conducido tantas veces á la victoria (1). Pero el duque de Alba logró por entonces su principal objeto ; el estupor que este suceso inaudito produjo en todos los ánimos, ahogó por de pronto cualquier conato sedicioso, y aprovechándose de esta tranquilidad efímera, Alba adoptó las disposiciones mas cuerdas y enérgicas para contener al enemigo que avanzaba rápidamente por la frontera. Los primeros esfuerzos de los españoles fueron coronados por el éxito mas feliz. El cuerpo de Horchart, acometido impetuosamente por Sancho Dávila, sufrió una derrota completa ; sus principales jefes, Villers y Diupe quedaron prisioneros, y Horchart, malherido, se escapó á uña de caballo del campo de batalla.

No alcanzó mejor fortuna el francés Coqueville; asaltado de frente por los españoles, molestado en la retaguardia por las tropas francesas que el rey Cárlos IX envió á perseguirle, hubo de replegarse con desconcertada celeridad, encerrándose al cabo en la plaza de Villers. Pero no le fué posible, falto de víveres y comunicaciones, sostenerse en este punto, y reputó á dicha obtener una capitulacion que le salvaba la vida.

Entretanto el conde de Aremberg, oficial muy hábil y esperimentado, marchó contra Luis de Nassau, que habiéndose apoderado de Damme estableció un campo entre esta plaza y la márgen del Dullart. Las tropas que conducia Aremberg constaban de un tercio de espa-

(1) Los flamencos atribuyeron á un espíritu de rivalidad existente entre los Albas y los Egmont, la muerte de este último. Pero no faltan historiadores dignos de mucha fé que justifican sólidamente al de Alba, presentando las cartas que este escribia á Felipe II para disuadirle de esta sangrienta ejecucion. Mas la inflexible política del monarca desvaneció los escrúpulos del súbdito é hizo que se consumara aquel hecho. Por lo demas es indudable que las causas de Egmont y de Horns, se siguieron con una atencion estraña en las guerras civiles, pero que prueba el deseo de esclarecer la verdad; que se invirtieron en ellas nueve meses, cuatro de los cuales empleó el fiscal para formar su acusacion y cinco los reos para preparar su defensa. Así la muerte de Egmont fué acaso mas impolítica que injusta. El mismo Felipe II queriendo recompensar los méritos del padre en la persona de los hijos, colmó á estos de favores, los reintegró en sus bienes y dignidades y les ofreció emplearles en su servicio.



Armadura de Felipe II.

ñoles y otro de tudescos, soldados valientes llenos de resolucion, pero que irritados aquellos sobremanera contra los flamencos, tenian poca fé en su jefe que tambien lo era. A la vista de Damme los españoles, enardecidos con el recuerdo de la célebre victoria alcanzada en aquel sitio sobre el duque de Cleves, acometen con furia irresistible, desalojan al enemigo y le obligan á retirarse con menos órden que precipitacion. Luis de Nassau logró rehacer sus fuerzas, infundiólas nuevo aliento y se situó en Sainsot en una posicion verdaderamente formidable, cubriendo su frente un estenso olivar, y ocultando su estremidad derecha detrás de unas colinas. El prudente Aremberg conoce la dificultad de acometer al enemigo en esta situacion imponente y quiere diferir el combate hasta robustecerse con los refuerzos que debian traer de Groninga los condes de Meghen y Martinengo. Pero los ardientes españoles juzgan indigno de su valor el detenerse ante un enemigo fugitivo, creen ver en esta demora realizadas sus sospechas, y piden á gritos el combate, acusando al de Aremberg de connivencia con Nassau. Herido en la fibra mas sensible el pundonoroso jefe, quiere lavar con su sangre la nota de desleal, y dá al punto la órden de combatir.

Al principio se sostiene el choque con estremado denuedo de una y otra parte; pero observando Aremberg que Adolfo de Nassau vigoriza con su ejemplo los esfuerzos del centro enemigo, adelántase hácia él á todo el poder de su caballo, derrama sobre sus pasos cual otro dictador Décio, la muerte y el espanto; llega á enfrentar con su contrario, le arremete impetuosamente y le atraviesa el cuerpo con su espada. Mas este hombre heróico sobrevivió pocos momentos á su estraordinaria hazaña; herido mortalmente en una ingle, cayó del caballo cuando intentaba reunirse con los suyos.

La muerte de Aremberg fué la señal de la derrota; los españoles, que habian avanzado prósperamente por la izquierda y que habian permanecido firmes en el centro, cayeron en la emboscada de la derecha donde esperimentaron pérdidas muy considerables.

No obstante esto y los muchos accidentes del terreno, emprendieron su retirada á Groninga en buen órden, y se encerraron en esta plaza. Nassau, ufano con la victoria asedió inmediatamente á Groninga.

El duque de Alba, que por una estraña combinacion de su carácter, desplegaba oportunamente la violencia y la mas rara impasibilidad, no se inmutó al saber la derrota de Sainsot.

Comprendiendo que Luis de Nassau solo seria temible cuando pudiera basar sus operaciones en una plaza tan fuerte como Groninga, se apresuró á evitar este acontecimiento, y al efecto dispuso que Chapin Vitelli se encerrara en aquella con la vanguardia del ejército español. Los talentos y la intrepidez de Chapin le inspiraban la mas fundada esperanza, y este jefe la justificó plenamente rechazando con inalterable denuedo los terribles ataques de Nassau.

Alba partió de Bruselas al finalizar el mes de junio. Avanzaba con la rapidez posible, temiendo llegar tarde al auxilio de la combatida plaza; pero un error de sus esploradores (1) le hizo creer que tenia sobre sus brazos á todo el ejército enemigo, cerca de Deventer, sobre el Mosa, y produjo un retardo que hubiera podido ser funesto para la plaza.

Empero la vigorosa defensa de Vitelli habia obligado á Luis de Nassau á convertir el sito en bloqueo. Alba, pues, entró en Groninga el 15 de julio de 1568, y sin apearse del caballo, pasó á reconocer las posiciones del enemigo, que se hallaba distante tres millas de la plaza. Al dia siguiente, Alba, dejando en esta plaza un fuerte destacamento, mandado por el duque de Brunswick, marchó sobre los orangistas, que esperaban prevenidos para el trance de una batalla. Las fuerzas españolas consistian en diez mil infantes y tres mil caballos; la caballería de Nassau era inferior en calidad y en número; por otra

(1) En las inmediaciones de Deventer descubrieron los batidores cuatro banderas y un grupo confuso de hombres y animales, medio envueltos entre el polvo que levantaban con sus piés. Como en el caso de haber penetrado en Groninga Luis de Nassau probablemente hubiera dirigido sus pasos por aquel punto, ya para venir al encuentro de los españoles, ya para llegar al corazon del Bravante, los batidores volvieron las grupas á sus caballos y dijeron al duque que acababan de ver cuatro banderas enemigas. Alba puso inmediatamente sus fuerzas en órden de batalla, esperando que se presentase el enemigo. Pero el supuesto enemigo era una novia que se trasladaba de una aldea á otra, en un carro adornado con guirnaldas de flores, precedida por cuatro banderolas y rodeada de sus parientes, amigos y vecinos. Los españoles, convertida la prevencion en risa, saludaron á la novia con descargas de sus arcabuces, y la festiva imaginacion del soldado hizo de este chasco un medio para evitar en lo sucesivo los terrores pánicos, pues cuando se les hablaba de algun lazo, emboscada, ó proyectada sorpresa, contestaban con aire incrédulo y burlesco, «será lo de la novia.»



parte sus tropas, en las cuales el efímero sentimiento de entusiasmo suplia difícilmente al vínculo mas sólido de la disciplina, estaban casi en completa insurreccion; sobre todo, los mercenarios alemanes pedian con altivo ademan sus atrasados estipendios, y amenazaban, caso de réplica, con abandonarse á los últimos desórdenes. Mas las ventajas de su situacion compensaban estos inconvenientes y aun la falta misma de denuedo. Luis apoyaba su derecha en el caudaloso rio Ems, su izquierda en la ensenada de Dullart, su espalda en la plaza de Deinse, ciñendo su frente con anchos fosos y robustas trincheras. Los españoles no tenian mas paso para llegar á los reales enemigos que una estrecha calzada bañada por las aguas del Ems y la Ensenada, y enfilada por una batería de diez cañones. Semejante posicion parecia inabordable aun á la intrepidez mas determinada; pero Alba sabe de cuanto es susceptible el valor, conoce bien el de sus soldados, y no vacila en ordenarles una accion, que solo el éxito podia hacer que se calificase de temeraria ó heróica. El tercio español de Figueroa, compuesto de mil doscientos mosqueteros (1), recibe órden para atacar.

Aquellos heróicos soldados conocen que van á arrostrar una muerte segura, doblan espontáneamente la rodilla, imploran el auxilio del Dios de los ejércitos, se levantan y embisten corriendo, la formidable batería. Una lluvia de balas y metralla hiende la atmósfera y arrebata la cabeza de la columna; pero el resto sigue avanzando con creciente celeridad, desconcierta con el atinado fuego de los mosquetes á los artilleros enemigos, logra vencer la mayor estrechura de la calzada, y trepando á la izquierda por una pequeña colina, sorprende el flanco de la batería, mata á los que la defienden y se apodera de los cañones. Este rasgo de admirable audacia difunde el terror entre los enemigos; la victoriosa columna desprecia las picas y el estéril fuego de los arcabuces, y aborda las trincheras. Los demas cuerpos españoles la siguen apoyando de cerca, y al chocar con los orangistas la batalla se convierte en carnicería. Alba habia

(1) Al duque de Alba se debe la introduccion de estos cuerpos en la campaña, los cuales eclipsaron algunas veces la antigua gloria de los terribles arcabuceros españoles.

dispuesto su ataque con tanta precision y estendido tan hábilmente las mangas de sus tercios, que en pocos momentos se vió envuelto todo el campo enemigo. Los protestantes alemanes, que constituian su mayor fuerza, pensaban mas en huir que en defenderse, y se arrojaban á centenares en las aguas del Dullart; pero el peso de sus armas, llevándoles á fondo, hacia su agonía mas cruel y prolongada. Los infelices que conseguian sostenerse un momento sobre la superficie de las olas, servian de blanco á los vencedores, demasiado enardecidos todavía para poder ser generosos. Luis de Nassau se salvó á nado y casi milagrosamente. Mas de seis mil orangistas perecieron en esta batalla, que se llamó de Gemmingen. Los vencedores se apoderaron de banderas, artillería, bagages, de todo cuanto podia enaltecer y dar esplendor á su triunfo.

Quedaron muertos setenta españoles de los primeros que acometieron la batería, pérdida bien leve si se compara con la importancia y resultados de esta victoria.

El duque de Alba guarneció completamente á Groninga, confirió el mando de esta plaza al conde de Meghen, sobresaliente por sus láureles y pericia, y emprendió su marcha para Bruselas. Reuniósele en el camino su hijo D. Fadrique, con dos mil quinientos hombres, recien venidos de España, refuerzo á la verdad bien necesario, porque la tempestad que amenazaba á Flandes, y de la que las tres primeras espediciones no habian sido mas que síntomas precursores, iba á estallar con tanto estrépito como violencia.

En efecto, el infatigable Orange habiendo reunido un ejército de veinte y ocho mil hombres, rompió con él por la línea del Rhin. Su objeto era penetrar hasta la entraña del Bravante, donde creia hallar muchos partidarios, y así avanzó resueltamente hácia las márgenes del Mosa, acampándose cerca de Maestrick. Alba, seguido de sus valerosos tercios, voló al encuentro de este nuevo y mas temible enemigo, proponiéndose impedirle con su espada el paso importante del Mosa.

Impelido por este pensamiento, cubrió con sus tropas la orilla derecha del rio, protegió con eficacia la cabecera de los puentes y esperó en esta imponente actitud que el enemigo, escaso de víveres, y mas todaía de fondos, subsistiendo con las reliquias de un pais



devastado, se dispersase ó revolviese sobre la frontera. Mas el astuto Orange frustró cuantas medidas habia tomado su adversario. Remontando en la oscuridad de la noche el curso del rio, halló un vado estenso y poco profundo. Para quebrantar el ímpetu de las aguas, dispuso que toda su caballería se colocase en el rio formando cuatro líneas muy compactas y enlazando las opuestas márgenes. Este dique de nuevo género contuvo por algun tiempo la mayor violencia de las olas, y entre tanto pasó la infantería con sus trenes y equipajes.

El duque de Alba hizo justicia al ingenio de su enemigo dudando al principio que hubiera podido realizar el paso, no obstante los avisos que recibia. Cuando se confirmó plenamente esta noticia, hubo divergencia en el parecer de los cabos españoles respecto á la determinacion que debia adoptarse. El vehemente Chapin y algunos otros oficiales opinaban porque se marchara al punto sobre los orangistas, antes que estos pudiesen secar sus vestidos, rehabilitar sus armas, inutilizadas en parte, y colocarse en órden para resistir un combate sério. Segun ellos, la intrepidez española, inflamada por la idea del peligro, debia arrollar fácilmente á un enemigo mal dispuesto y precipitarle otra vez en aquellas aguas, que habia pasado con tanta audacia como fortuna.

Mas por lisonjeras que apareciesen estas probabilidades, no pudieron cambiar la inflexible resolucion del duque.

En vez de atacar al enemigo, rodeó su campo con atrincheramientos de nueva invencion, pero tan sólidos y hábilmente construidos que todas las vigorosas tentativas de Orange para penetrar en ellos fueron de todo punto inútiles. Trabábanse entretanto frecuentes escaramuzas, en una de las cuales sufrió un fuerte quebranto el ardiente Chapin, pero queriendo al dia siguiente volver por su honor comprometido, acometió á los orangistas de una manera tan súbita como terrible, introdujo en ellos la confusion, hizo cuatrocientos prisioneros, y regresó al campo lleno de gloria y de botin. Alentado por este venturoso suceso, instó de nuevo al duque de Alba para que presentase la batalla, mas este moderno Cunctator permaneció impasible.

Ciertamente el pensamiento de Alba era tan sábio, como fundado en las circunstancias dominantes y en la situacion precaria del de



Orange. Acorralado éste en el ángulo que forman el Mosa y el Geth, no podia recibir socorro alguno de Alemania y Francia sin tender violentamente la mano sobre las márgenes de uno de aquellos dos rios, operacion arriesgada y embarazosa teniendo sobre su retaguardia ó flanco un enemigo valiente y numeroso; por otra parte, el camino hácia el corazon de la Flandes le estaba completamente cerrado, y no debia lisonjearse con la esperanza de que sus parciales vinieran á robustecerle. Alba sabia tambien que el príncipe carecia de fondos, y el reciente ejemplo de los alemanes que militaban bajo Luis de Nassau, le hacia creer en una desercion ó insurreccion próxima. Por el contrario, pesando Alba las vicisitudes de una batalla, se esponia á las trascendentales de una derrota, porque Orange victorioso, pasaria sobre su cuerpo debilitado, se lanzaria en lo interior, y sublevaria á su paso muchas ciudades á las que solo retenia en la obediencia el frágil lazo del temor. Para apreciar bien esta línea de conducta, es necesario recordar que la gran mayoría de los flamencos consideraba á los españoles como estranjeros y como estranjeros odiosos.

Pronto vino el éxito á justificar la prevision del duque. Escasearon los víveres en el ejército de Orange; un sordo descontento, presagio de mayores males, empezó á cundir entre los soldados; quejábanse los mas fanáticos de una campaña sin gloria que desluciria su causa y acabaria por estinguir el ardor del proselitismo; los estipendiarios, indiferentes á toda causa política y religiosa, y no teniendo otro móvil que el lucro material, clamaban porque se les abonasen las pagas atrasadas.

Bajo la influencia corrosiva de estos elementos, el ejército de Orange se habria disipado, si este no hubiese recibido oportunamente la noticia de que se acercaba un auxilio respetable por el lado de Francia. Acaudillábale Genlis, teniente de Coligni, cabeza de los hugonotes franceses, y consistia en dos mil trescientos infantes y seiscientos caballos. Pretendió Orange hacer un esfuerzo omnipotente para pasar el Geth y recibir á sus aliados; Alba, permaneciendo estrechamente asido á sus trincheras, envió no obstante algunos destacamentos bajo las órdenes de su hijo y de Chapin Vitelli para que coronasen las alturas por cuyo pié habian de cruzar los orangis-

tas: empezóse un combate vivo y sangriento entre los españoles y la vanguardia enemiga; el coronel Soverval que la mandaba, quedó mortalmente herido; el duque de Horschart voló á su socorro con una parte del centro, pero fué herido tambien y le retiraron del campo con muchas dificultades; sus tropas, desmoralizadas, ofrecian su cuello á la espada de los españoles, porque desde el principio habia sido el ataque tan encarnizado, que solo se hizo uso del arma blanca. En semejante estado parece indudable que si el duque de Alba hubiera cargado con el golpe principal de sus fuerzas segun lo solicitaban vehementemente D. Fadrique y Chapin, la funcion de aquel dia hubiera terminado la campaña con mucha gloria, pero el de Alba, que tenia los defectos de sus grandes cualidades, convirtió la prudencia en obstinacion, envió refuerzos con mucha parsimonia y dijo á un mensajero de Chapin que «él conocia demasiado bien sus atribuciones como general en jefe, para tolerar por mas tiempo consejos poco respetuosos.» Perdió Orange en esta infructuosa tentativa mas de dos mil hombres, perdió á dos jefes tan acreditados como Soverval y Horschart, y perdió lo que sin duda era mas sensible que todo, la esperanza de conservar su ejército.

En efecto, desde aquel instante, se aumentaron las deserciones con estraordinaria rapidez; la indignacion de sus tropas, contenida hasta aquí en los límites del misterio, iba á estallar en los mas violentos desórdenes; Orange mismo se hubiera visto en la precision de rendir las armas á su implacable enemigo, si no hubiera evitado este peligro atravesando clandestinamente el Mosa con las reliquias de su ejército y refugiándose otra vez en el seno de Alemania. El duque de Alba volvió à Bruselas en triunfo; su victoria á la verdad era pura y bella.

En España continuaba con mucho ardor la guerra de los moriscos (1569). Despues de la inútil tentativa de Aben-Farax contra Granada, se derramaron aquellos en pequeñas tropas por la falda de las Alpujarras, y cometieron cuantos escesos puede sugerir el fanatismo religioso realzado por el espíritu de venganza. Marchó contra ellos el marqués de Mondejar á la cabeza de algunas tropas colecticias, y logró derrotarlos penetrando en seguida en la villa fuerte de Poqueira. Peleó tambien con próspera fortuna D. García Villarroel;

pero estos descalabros, lejos de intimidar á los moriscos, exasperaron su irritable condicion, y reuniéndose en un cuerpo numeroso, pusieron sitio á la fortaleza de Calahorra.

Defendiéronla gallardamente los cristianos, y acudiendo Pedro Arias con un buen golpe de gente, hizo levantar el cerco. Poco despues el marqués de los Velez reportó un triunfo distinguido en Oan, entregando el pueblo á la insaciable codicia del soldado; y el de Mondejar, supliendo las fuerzas que le faltaban con su actividad característica, logró salir airoso en diferentes acciones mas sangrientas que célebres.

Lo que importaba principalmente era impedir que los sublevados recibiesen socorros del Africa, y al efecto se dió á Gil de Andrade la órden de cruzar el Mediterráneo en toda la estension de las costas andaluzas, pero ni su esquisita vigilancia, ni el poder de sus buques fueron suficientes á cerrar completamente el paso, y los moriscos recibian municiones y víveres para sostener su rebelion. Abrigados en el corazon de las montañas, burlaban muchas veces las combinaciones mas hábiles de los capitanes cristianos; no obstante, Francisco de Córdoba trepó animosamente por aquellas asperezas, y hallando un cuerpo de moriscos, cayó sobre él, le derrotó, causándole gran quebranto y cogiendo un número considerable de prisioneros.

La estraordinaria pertinacia de los moriscos podia solo sostener una lucha contra las fuerzas de la poderosa monarquía española. Habia á la verdad una causa que afervorizaba su espíritu de independencia y hacia estériles ó lentas las operaciones militares. Esta causa era la indisciplina de las tropas cristianas. Soldados de nuevo apellido que volaban al campo del combate en alas de su entusiasmo ó de su indignacion, carecian de aquellos hábitos de sobriedad y constancia sin los cuales es imposible una victoria definitiva. Cebándose en las riquezas del enemigo, mas bien que en su persecucion, permitian á este rehacerse despues de sus derrotas, ó le impulsaban á la desesperacion, cometiendo crueldades gratuitas y actos de brigandaje verdaderamente punibles. Cuando los jefes querian reducirlos á su deber, ó se desertaban ó hacian alarde de su insolencia sin temor al castigo. Perecieron víctimas de este desenfreno militar al-



gunas partidas que ciegas con el aliciente del botin, cayeron en una emboscada hábilmente preparada por el enemigo. El marqués de Mondejar viendo vilipendiada su autoridad por los mismos que le debian reverencia y obsequio, y disgustado tambien porque el rey habia conferido la direccion de esta guerra á D. Juan de Austria, se retiró á Granada. Durante el intérvalo que medió entre la retirada del marqués y la venida del austriaco, la anarquia militar llegó al último punto, y á su sombra se cometieron actos de una crueldad verdaderamente abominable.

Los moriscos, que oprimidos por la desgracia mostraban una propension decidida hácia la paz, sacaron nuevos alientos de la desesperacion, y la llama de la guerra cobró un incremento tan rápido como temible. Fortuna fué que Uluc-Alí, gobernador de Argel, no les pudiera prestar los auxilios que imploraron, y que Selim, sultan de los turcos, creyendo peligroso engolfarse en una guerra lejana, les entretuviera con lisonjeras ofertas, pues en caso contrario podian haber complicado de nuevo el problema resuelto con tanta gloria y con tan inauditos esfuerzos por los reyes Católicos.

Los moriscos, reducidos á sus fuerzas y algunos centenares de turcos que introdujeron los buques piratas, quisieron imponer á sus insolentes enemigos con un golpe estrepitoso, y establecieron el sitio ante la importante ciudad de Almería. La vigorosa defensa de la guarnicion hizo inútiles sus esfuerzos, pero el rigor intempestivo que se desplegó despues con los habitantes moriscos, contribuyó á aumentar las calamidades de aquella ciudad.

Ciento cincuenta perecieron miserablemente; tres mil quinientos salieron de Almería en calidad de desterrados, y esta masa de poblacion activa, industriosa, inteligente, fué á consumirse en lo interior de Andalucía y en medio de enemigos poco generosos para compadecer al infortunio. Si se examinaran detenidamente los males que ha producido el fanatismo político y religioso, se hallarian en él los gérmenes de todas las desgracias que han afligido á la humanidad.

Entonces llegó á Granada el nuevo general D. Juan de Austria. Este escelso jóven, que estaba destinado á ser una de las primeras glorias militares de su siglo, iba á hacer el aprendizage de las armas

en aquella guerra oscura, pero terrible, que se prestaba poco á brillantes combinaciones, aunque requeria una actividad é intrepidéz de primer órden; y en la cual eran necesarios igualmente el vigor mas ejecutivo y la dulzura para templar la exacerbacion de los ánimos.

Rodeaban al austriaco en calidad de consejeros, su ayo Quijada, el marqués de Mondejar, el duque de Sessa y Requesens, hombres todos de una reputacion acrisolada, y algunos como el marqués, de una esperiencia luminosa en este género de guerra. Quijada, sobre todos, habia recibido del rey una autoridad tan ámplia que casi anulaba la del príncipe, lo que fué mas adelante causa de nuevos infortunios, pues contribuyó á desarrollar el pernicioso gérmen de la indisciplina.

A los pocos dias de haberse instalado en su mando el austriaco, recibieron las operaciones un impulso tan rápido como feliz. Aben-Humeya, temiendo la tempestad que le amenazaba con mayor fuerza, pretendió refugiarse en el seno de las montañas. Sus tropas, que se asemejaban mas bien á una horda que á un ejército, y en las que iban mezclados hombres, mujeres y niños, cayeron en una emboscada que les tendió el marqués de los Velez. Perdieron en ella los moriscos mil quinientos hombres, y veinte y cuatro los cristianos. Recogió el marqués diez banderas y considerables despojos, y marchó seguidamente á la villa marítima de Adra para tender la mano á seis mil hombres que le enviaba el austriaco.

Con igual celo y favorable fortuna peleó Requesens casi simultáneamente. Habíanse atrincherado los moriscos en el peñon de Frigiliana, posicion al parecer inaccesible, flanqueada de profundos y ágrios desfiladeros. Acometió Requesens intrépidamente la empresa al frente de seis mil hombres, entre los cuales se contaban ochocientos marinos.

Los enemigos se defendieron con la tenacidad propia de su carácter y con cuantos recursos podian proporcionarles su ventajosa posicion. Arrojaron sobre los espugnadores una lluvia de flechas, balas y piedras, pero nada pudo contener la arrolladora marcha de los cristianos. Lanzados los moriscos del peñon se derramaron por aquellos contornos, si bien la fuga no sirvió á muchos para librarse del rigor de la naturaleza y de la ojeriza de sus perseguidores.



Dos mil quedaron tendidos en el sitio del combate, y tres mil prisioneros fueron puestos en pública subasta. No reportaron los españoles este dificil triunfo sin grande efusion de sangre; mas de mil guerreros, algunos sobresalientes por su cuna y anteriores hechos, pagaron con su vida aquel acto de singular audácia. Poco despues Andrade, acaudillando un pequeño cuerpo de marinos, obtuvo sobre el enemigo algunas ventajas mas sangrientas que dignas de figurar en la historia.

El marqués de los Velez habia reunido un ejército de doce mil infantes y setecientos caballos, mas dejándose arrebatar por un orgullo intempestivo, rehusó obedecer las órdenes del austriaco, con lo que la disciplina, ya muy conmovida, acabó de recibir el último golpe. El ejemplo desciende siempre de las clases superiores á las inferiores; los soldados, corrompidos en el ócio de los campamentos, y atormentados por la penuria, perdieron el respeto al marqués y desertaron tumultuariamente. Estalló una sedicion en que el marqués estuvo á punto de perder la vida, y su hijo D. Diego quedó peligrosamente herido, y desde entonces aquel cuerpo que obrando con vigoroso impulso hubiera podido él solo sofocar la oscilante llama de la guerra, esperimentó sensibles vicisitudes y un sangriento desengaño en el valle de Bolodina.

La muerte violenta del jóven rey Aben-Humeya, que pereció á manos de los turcos mas bien víctima de su desgracia que de sus vicios, no concluyó la guerra como se habia esperado en un principio. Sucedióle Abdalla-Aben-Aboo, hombre á quien una ferocidad intrépida y un ardiente celo religioso habian granjeado entre los suyos grande consideracion. Queriendo señalar Aben-Aboo el principio de su reinado con algun rasgo brillante, puso cerco á la villa de Orbiga que se habia mantenido leal en medio del pais insurrecto. La guarnicion española, breve en el número, pero muy distinguida por sus cualidades, hizo prodigios de valor; y el príncipe morisco, no atreviéndose á recibir sobre sus brazos al duque de Sessa que avanzaba con un cuerpo escogido de caballería é infantería, levantó el campo y se internó en las Alpujarras. Despues de esto ocurrieron otros muchos combates oscuros ó sin nombre; lazos, embos-

cadas, escaramuzas y refriegas, género de hostilidades que convenia perfectamente á la antigua táctica de los moros, y que era el mas adecuado, tal vez el único posible sobre un terreno lleno de accidentes y dificultades.

Empresa de mayor importancia, aunque con éxito infelíz, acometió el marqués de los Velez en principios de enero de 1570. El pueblo fortificado de la Galera se hallaba en poder de los moriscos que habian hecho su principal plaza de guerra. Cercóle el marqués con diez mil hombres; mas sea que en estas tropas no se hubiera restablecido enteramente el quebrantado nérvio de la disciplina, sea que Velez no contara con los recursos suficientes á estrechar el cerco, sea finalmente que el brio de la guarnicion y el buen estado de la plaza resistieran á todos los esfuerzos del ingenio y del valor, lo cierto es que los cristianos se vieron en la precision de levantar el campo con no menos mengua de su fama que de su gente.

Este desenlace no desaminó al austriaco, quien se propuso establecer un nuevo asedio; quizás le estimuló el deseo de humillar con un acto sobresaliente el orgullo insubordinado del marqués.

Partió, pues, de Granada á la cabeza de diez mil hombres y un poderoso tren de artillería, y llegó sin obstáculo alguno frente de la Galera. Las primeras disposiciones que dictó fueron en igual grado vigorosas y atinadas: las baterías, colocadas convenientemente, fulminaron un fuego tan destructor, que los fuertes muros de la plaza vinieron á tierra dejando abierta una brecha practicable. Pero la guarnicion, compuesta de moriscos y turcos, contuvo con rara intrepidez estos progresos, acudiendo animosamente, ora á reconstruir el lienzo derribado, ora á paralizar con impetuosas salidas las obras de los sitiadores. Casi todo el calor de la campaña se fijó en este punto, y la España entera volvió los ojos hácia un sitio de que se creia pendiente el término de aquella guerra. Puso en juego el austriaco sus grandes prendas militares para domar la singular pertinacia del enemigo y sostener el valor vacilante de sus noveles tropas; á un tiempo capitan y soldado desafiaba con su presencia los mayores peligros, y evitaba con feliz prevision todos los accidentes que hubieran podido ser funestos.

El ejército cristiano, alentado con el noble ejemplo de su jefe,



desplegó tambien sus virtudes nacionales, la constancia y la intrepidez; abrióse una nueva brecha y los cristianos se precipitaron sobre ella arrollando á los musulmanes. Pero estos, decididos á vender cara su vida, siguieron combatiendo por las calles y las plazas hasta que les faltaban á la vez la existencia y la posibilibad de defenderse. Casi todos aquellos valientes cayeron de frente peleando, y se evalúa en dos mil quinientos el número de los que perecieron en aquel dia. Los españoles mancharon su victoria con algunos actos de crueldad, si bien la codicia sirvió pronto de freno á la inhumanidad, porque los prisioneros se vendian, y su importe se repartia entre los soldados.

Se recogió un botin muy cuantioso y gran cantidad de víveres. El austriaco mandó arrasar el pueblo hasta los cimientos, creyendo con razon, que su custodia era muy dificil y su socorro mas dificil todavía, pues la Galera se hallaba situada en el corazon de los fragosos montes que lindan con el territorio de Baza.

Este golpe postró á los moriscos, y otros, aunque menos sensibles que recibieron por entonces, apagaron en sus irritados pechos el fuego de la sedicion. El duque de Sessa, auxiliado por Andrade, se apoderó á viva fuerza del castillo del Hor, situado cerca de la costa, y aunque los moriscos procuraron resarcirse de esta pérdida acometiendo denodadamente las villas marítimas de Almuñecar y Salobreña, hubieron de retirarse con tanto quebranto como ignominia. En algunos otros choques la fortuna se mostró fluctuante, pero D. Juan acabó de fijarla espugnando las villas fortificadas de Tijola y Seron.

Los moriscos imploraron al fin la paz considerándola como el único medio de asegurar su existencia. Otorgósela facilmente su jóven vencedor, y á aquellos dias de deshecha borrasca, sucedió una aurora pura, tranquila y serena. Pero esta atmósfera desapareció muy pronto ante los preludios de una nueva tempestad. El ambicioso Aben-Aboo no podia renunciar sin sentimiento á la brillantez de una corona para sumergirse en la oscuridad de la vida privada. Sus promesas, sus sugestiones, acaso tambien y principalmente las violencias que ejercieron las tropas cristianas sobre los moriscos rendidos, hicieron que estos enarbolaran de nuevo el estandarte de la rebe-

lion. Aben-Aboo, acaudillando el cuerpo mas considerable, se internó en las Alpujarras; Melqui, seguido de una confusa multitud, buscó abrigo en la serranía de Ronda.

Inmediatamente se emprendió la persecucion contra ellos con un vigor que hasta entonces se habia considerado imposible. Los españoles, enardecidos por esta perfidia, se sentian capaces de esceder en prodigios de actividad y energia á los conquistadores de Granada. D. Juan y Requesens, dividiendo sus fuerzas en pequeños escuadrones, penetraron en las fragosidades de las montañas, marcando sus pasos con una huella de sangre y talando todo aquel pais implacablemente. El duque de Arcos marchó contra Melqui, y alcanzádole lo derrotó en el mismo sitio donde setenta años antes pereciera el bravo D. Alonso de Aguilar.

Los moriscos no pudieron resistir al terrible ímpetu de sus enemigos, y arrojando las armas, pidieron la paz de rodillas. Su debilidad y la muerte violenta de Aben-Aboo, eran una garantía sólida de la tranquilidad futura. El rey de España, que queria someter á aquellos súbditos industriosos, pero no esterminarlos, concedió un perdon tan político como generoso.

El espíritu belicoso de la nacion otomana no habia perecido con Soliman el Magnífico; su hijo y sucesor Selim, dotado de inferiores talentos pero de una ambicion insaciable, pugnaba ardientemente por dilatar los límites de su vasto imperio á espensas de los venecianos. Estos hábiles políticos habian adquirido parte con ardid, parte con la fuerza, la deliciosa isla de Chipre, uno de los puntos del globo en que la naturaleza ha derramado mas encantos, y una de las mejores escalas para la navegacion de los mares de Levante. El pensamiento de Selim fué puesto en planta con toda la brevedad de que son susceptibles los rápidos resortes del despotismo militar. Doscientas noventa velas se desprendieron del Bósforo y fueron á parar á la altura de Niccosia, ciudad fronteriza de la isla, y defendida por una corta guarnicion.

Espugnáronla los turcos y penetraron en ella á viva fuerza, sin que la armada cristiana que bordeaba las costas de la Morea, hiciera esfuerzo alguno digno de elogio para socorrer á los sitiados. Conquistada Niccosia, los turcos bloquearon á Famagusta, y la flota



veneciana abandonó aquellas aguas, recogiéndose en el seno de sus puertos.

La noticia de este desastre afligió profundamente á los venecianos, que imploraron al mismo tiempo el auxilio del papa y del rey de España. Ocupaba á la sazon la sede pontificia, Pio V, varon de esclarecidas prendas y el mas propio para relevar con el esplendor de sus propias virtudes la pureza de la fé cristiana, tan alterada por las torpes calumnias de los heterodoxos. Pio estimuló el celo de Felipe II contra el comun enemigo, y este príncipe, que por un rasgo de profunda política, anhelaba aparecer como el campeon de la Iglesia católica, y que deseaba quebrantar las fuerzas del turco para preservar de sus furores los dominios que tenia en Italia y Africa, no vaciló en ofrecer cuantiosos auxilios en hombres, buques y dinero. Bajo estos auspicios se firmó en Roma la liga santa, entre el papa, el rey de España y los venecianos, al tenor de la que, Felipe II, conservando la direccion de la guerra, debía contribuir con la mitad de los gastos; la república con la tercera parte, y el pontífice con la sesta.

Inmediatamente se dieron las órdenes oportunas, y la armada de la liga se reunió en Corfú el 30 de setiembre de 1571. Constaba de doscientas diez y siete galeras, de las cuales ciento veinte eran venecianas, ochenta y una españolas, doce pontificias, tres maltesas é igual número saboyanas. Iban ademas ocho galeazas de Venecia, buques de enorme tamaño que sólo vogaban al remo, y tenian dos órdenes de cañones y una artillería mas numerosa y considerable que las galeras; doce naves de carga españolas artilladas en guerra, y una multitud de vasos y bastimentos menores. Las tropas que montaban esta flota se componian de ocho mil ciento veteranos españoles, sacados de los tercios de Nápoles, Lombardia y Flandes, cinco mil doscientos ocho italianos, cuatro mil novecientos ochenta y siete alemanes, y mil setenta y seis voluntarios, los mas de ellos aventureros brillantes, de preclara alcurnia y esperimentada intrepidéz, que impelidos por el doble resorte del entusiasmo religioso y de la gloria, iban á buscar la muerte ó una nueva aureola en medio de los horrores de un combate naval.

Los príncipes de Parma y de Urbino, ambos en la flor de la ju-

ventud y de un valor heróico, eran los mas ilustres de estos voluntarios; Sebastian Venier, sobresaliente por sus conocimientos militares, y dotado de otras bellas prendas que afeaba un tanto su escesivo orgullo, mandaba la escuadra veneciana, teniendo por segundo á Agustin Barbarigo, guerrero educado en los peligros del mar; Marco Antonio Colonna, digno descendiente de Próspero y esperimentado en las últimas guerras de Italia, tenia á su cargo las galeras pontificias; Fr. Pedro Justiniano, prior de Mesina, regia las naves maltesas, Antonio Doria y D. Miguel Moncada y D. Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, representaban dignamente las glorias de Génova y España.

Por último, el mando general de la armada estaba confiado á D. Juan de Austria, aquel heróico jóven que habia ceñido su frente de veinte y dos años con los laureles recogidos en la guerra de Granada, y cuyo genio era preconizado solemnemente por el monarca mas hábil de este siglo al conferirle una mision tan importante.

La flota combinada partió de Coron y fondeó en Leguminizi, rada escelente del antiguo Epiro, tan célebre por las hazañas de su rey Pirro. Entonces se supo que la armada turca habia anclado en el puerto de Lepanto; y como se ignoraba los proyectos del enemigo, D. Juan dispuso el dia primero de octubre, su línea en órden de batalla, y mandó visitar el dos, todas las galeras; y no omitió diligencia alguna para precaverse contra los efectos de una sorpresa.

La situacion de D. Juan era tan delicada como difícil; no conociendo á punto fijo las fuerzas del turco, no podia tampoco arrojarse sin grave peligro en el seno de la Morea; porque ó se aventuraba á caer en brazos de un enemigo tal vez muy superior, ó á retirarse ante los fuegos de Coron si el bajá dudando de sus fuerzas las recogia bajo el cañon de esta plaza; en el primer caso se esponia á una derrota de incalculables consecuencias en la entraña de los dominios otomanos; en el segundo obtenia el triste fruto de una tentativa frustrada, y en ambos podia sucumbir la flor de la marina europea, la dignidad del nombre cristiano, y las inmarcesibles glorias de la nacion española.

Por otra parte, se acercaba la estacion del invierno, tan temible en aquellos procelosos mares; las galeras venecianas carecian de

muchos artículos indispensables para su subsistencia, y el orgullo republicano tolerando difícilmente la superioridad del austriaco, conmovia el vínculo de la disciplina, ya por sí demasiado débil en una armada tan heterógenea.

En estas críticas circunstancias D. Juan tomó una resolucion digna de su genio y de su intrepidez. Apenas alboreaba el dia 3 de octubre de 1571, la formidable flota cristiana se puso en movimiento. El austriaco habia previsto el caso de recibir al enemigo durante su marcha, é introdujo en la armada un órden admirable. Avanzaba ésta dividida en tres grandes cuerpos; ala ó cuerno derecho, batalla y cuerno izquierdo. Constituian el cuerno derecho cuarenta y siete galeras, á las cuales debian agregarse en el momento del combate tres galeras de vanguardia, é iban dirigidas por el marqués de Santa Cruz, hábil y afortunado general, «en cuyo valor precito y esperiencia,» confiaba singularmente el austriaco. Esta escuadra debia caminar á la distancia de seis ó siete millas de la ribera y un poco detrás de la batalla, distinguiéndose por sus pequeños gallardetes que flotaban á merced del viento en la punta del palo mayor. El ala ó cuerno siniestro se componia de cincuenta y dos galeras á cargo del proveedor veneciano Soranzo, la cual habia de apartarse dos millas mas de tierra que la de batalla, llevando por distintivo gallardetes de tafetan amarillo. El cuerpo de batalla en que iban la real y los buques mas veleros y maniobreros, y que formaba por esta doble circunstancia el nervio de la armada, marchaba un poco delante de las alas para recibir y quebrantar el primer choque de los enemigos.

La batalla comprendia sesenta galeras, que en caso de ataque habian de aumentarse con tres mas; estaba subdividida en dos cuernos; el derecho, dirigido por el príncipe de Parma, y el izquierdo por Pablo Jordan Ursino, cuyo nobilísimo orígen realzaba sus brillantes prendas personales. Seis galeras y dos galeotas al mando de Fr. Pedro Justiniano, prior de Mesina, llevaban la vanguardia á veinte y cinco ó treinta millas del grueso de la armada, sobre el que habia de replegarse en el momento del combate. D. Juan de Cardona, célebre ya por sus hechos militares y sobresaliente por

un denuedo casi temerario, tenia órden para cerrar la retaguardia con veinte y nueve galeras engalanadas con gallardetes de tafetan blanco. D. Juan debia recoger las galeras que se desprendiesen de las alas ó del cuerpo de batalla, procurando colocarlas de nuevo en línea, acudiendo con sus fuerzas, empeñado el ataque, al sitio ó sitios mas comprometidos. Las ocho galeras venecianas estaban repartidas en este órden: dos cubriendo el centro de la batalla; una en cada uno de los cuernos de esta, y las otras cuatro divididas en las alas derecha é izquierda. Finalmente, treinta y nueve naves de carga armadas en guerra y mandadas por D. Rodrigo Mendoza, iban adheridas al costado de las escuadras (1).

Esta armada, una de las mas formidables que hubiera salido de los puertos de occidente, avanzaba majestuosamente sobre las encrespadas olas del Adriático.

El número y variedad de los buques, las vistosas flámulas y gallardetes que heridos por los primeros rayos del sol resplandecian sobre las elevadas entenas; el fiero y marcial continente de los veteranos, acostumbrados á desafiar la muerte en cien batallas, los lucidos trajes de aquella noble juventud que despreciaba los voluptuosos placeres de la corte para lanzarse en pos de los peligros; todo esto ofrecia un espectáculo grande, estraordinario, que halagaba la imaginacion y que encendia el valor en los corazones mas apagados.

La armada ancló en puerto Blanco á las nueve de la mañana, y habiendo D. Juan reformado y mejorado el órden de batalla, zarpó de nuevo, navegó á vela tendida durante la noche del 4 al 5, y al amanecer de este dia fondeó en el canal de Cefalonia. Aquí se recibió la triste nueva de haber sucumbido Famagusta el 20 de

(1) Aunque sea fácil calcular el número de hombres que tripulaban cada galera, teniendo presentes los datos que hemos consignado respecto al número de las fuerzas combinadas, sin embargo no existe, ó por lo menos no ha llegado á nuestro poder, documento alguno que fije de una manera precisa el punto en cuestion. Tampoco se ha podido averiguar fuera de la region de toda duda, la dotacion de artillería que tenia cada buque, lo cual es tanto mas sensible cuanto que en la época á que nos referimos el arma de artillería era de una grande influencia en los combates, y especialmente en las batallas navales.



agosto despues de una resistencia briosa, siendo víctima su gobernador y guarnicion de la perfidia turca.

D. Juan comprendió entonces que debia redoblar sus movimientos antes que el enemigo satisfecho con su presa, se replegara bajo el cañon de los Dardanelos. La flota cristiana hizo rumbo hácia Lepanto, arribó en la isla de Cefalonia, y bogando toda la noche á merced de un viento próspero, llegó á las siete de la mañana del dia 6 de octubre, á las islas Escorzolaras.

D. Juan empleaba todas aquellas precauciones que en la guerra garantizan la victoria, impidiendo que el valor quede enervado bajo el golpe de la sorpresa.

Precedian á la armada, durante su marcha, varias fragatas y barcos ligeros, y cuando el grueso de la flota se recogia en algun puerto, estos buques esploradores, colocados de trecho en trecho y como centinelas avanzados, debian anunciar la aproximacion del peligro. En la mañana del 9 de octubre y en el momento de proseguir la armada su derrotero por un canal que conduce al puerto de Petala, una de las fragatas esploradoras avisó que se descubria el enemigo, y el guardia colocado sobre el calces de la galera real, esclamó á su vez con poderosa voz, que se divisaba una vela latina, medio envuelta todavía entre los límites del horizonte.

Eran las nueve de la mañana del dia 7 de octubre. A los pocos minutos se vió clara y distintamente á la armada turca que impelida por la fuerza del viento avanzaba á paso de jigante sobre las espumosas ondas.

Esta armada, fuerte de doscientas treinta galeras y sesenta galeotas, tenia á bordo veinte y cinco mil hombres de tropas regladas, entre ellos mil quinientos genízaros, la flor de la milicia otomana, que á su proverbial intrepidez reunia una gran práctica en las guerras marítimas. Ademas una multitud informe, bulliciosa y fanática atraida por el deseo del botin é inflamada por el ardor religioso, se habia desprendido de Lepanto y otros presidios otomanos para derramar su sangre en obsequio del profeta. Estos belicosos creyentes hacian subir la fuerza efectiva del ejército turco, segun se cree con fundamento, á mas de cincuenta mil hombres. Mandaba la flota tur-

ca, en calidad de primer almirante, Alí-bajá, general hábil y esperimentado, dotado sin embargo de valor brillante é impetuoso, que prevalecia á veces sobre las consideraciones de la prudencia. Asistíanle con sus luces y esfuerzo Pertau-bajá, general de tierra, guerrero encanecido en los combates, cuyo pecho palpitaba todavía con el fuego de la juventud y que reunia con feliz temperamento una intrepidez heróica al frente del peligro, á la mayor circunspeccion en el consejo; Yafer-bajá, gobernador de Trípoli, ilustrado en las campañas de Persia; Hassem-bajá, hijo de Barbaroja, que con talentos inferiores á los de su padre, tenia no obstante toda su tenacidad y una esperiencia luminosa en los combates navales; Dardalan-bey-bajá; Xiroco, virey de Scandinavia; Cayabey, gobernador de Hezmit; Abdujebar, gobernador de Chio, oficiales educados en la escuela de Soliman el Magnífico; por último, Uluc-Alí, gobernador de Argel, corsario en igual grado audáz é intrépido y astuto, conducia aquellas naves que habian llevado tantas veces el terror y el espanto á las costas de la cristiandad.

No todos estos capitanes abrigaban la misma opinion respecto á presentar la batalla. El impetuoso Alí insistió resueltamente en que se marchara contra el enemigo; fiando en sus propias fuerzas, en el indomable valor de los genízaros y spais, en la buena estrella de la casa otomana y en la superioridad moral que la marina turca adquiriera sobre la de occidente en los últimos veinte años. Este fogoso dictámen se apoyaba en una cédula del sultan que prevenia brindar con el combate á los enemigos, y en el ejemplo de Piali, á quien Selim habia desgraciado por rehusar el combate el año anterior y en circunstancias análogas.

Pero el prudente Pertau rechazaba con toda la fuerza de su prestigio y autoridad esta resolucion, graduándola de temeraria é insensata. Aunque no conociera á punto fijo el poder de la liga, presumia con fundamento, que debia ser formidable una vez que marchaba á su cabeza el hermano del mayor monarca de la cristiandad. Aconsejaba en su consecuencia que no se aventurase el honor de la media luna al trance de una batalla, y que replegándose al puerto de Coron, esperaran inmobles á que los elementos, y la falta de recursos materiales dispersasen la flota enemiga. Los veteranos



Yafer y Xiroco abrazaron con calor este pensamiento, mas prevaleció el de Alí y el de los generales jóvenes que fascinados por las mas atrevidas esperanzas, temian únicamente que el enemigo les privase por medio de una fuga anticipada, de los laureles, con que al parecer les brindaba la fortuna. El vulgo de los soldados, que medía sus fuerzas por el número, y que tenia por infalible la victoria, recibió con esclamaciones del mas ferviente entusiasmo la órden de emprender el movimiento progresivo.

La armada turca zarpó el dia 6 del puerto de Lepanto, bogó á lo largo de la antigua Etolia, y se presentó en la mañana del dia 7 á la vista de la cristiana. El valor presuntuoso de Alí se debilitó un momento al divisar á sus enemigos en actitud de combatir, y preguntó si eran venecianas ó *ponentinas* (1) las galeras que formaban la línea cristiana, y habiéndole contestado que muchas eran ponentinas, dijo volviéndose á los suyos: «El que hoy ganare la victoria será señor del mundo.»

En efecto, aquellas aguas parecian destinadas á ser teatro de grandes acontecimientos. Diez y seis siglos antes, y á poca distancia del punto en que se hallaban las armadas enemigas, se habian disputado el imperio del orbe, Octaviano y Marco Antonio, y el primero habia subido al capitolio sobre los laureles recogidos en Accium. Durante la lucha gigantesca que sostuvo la Europa con el Asia desde el siglo XI al XIII, los mares de Oriente se habian teñido con sangre humana, pero ninguno de estos sangrientos espectáculos tan fecundos en desastres de todo género, ni por la grandeza de los preparativos, ni por la habilidad de las combinaciones tácticas, ni aun por el genio y pericia bélica de generales y soldados, era digno de competir con el que iban á desplegar aquellas poderosas escuadras.

El mar en aquel punto toma el nombre de golfo de Lepanto, y forma un espacioso lago bordeado de risueñas islas, donde los primeros rigores del invierno no habian podido marchitar aun las bellezas de una lozana vejetacion.

El sitio era por consiguiente muy á propósito para las multiplicadas evoluciones de una armada numerosa.

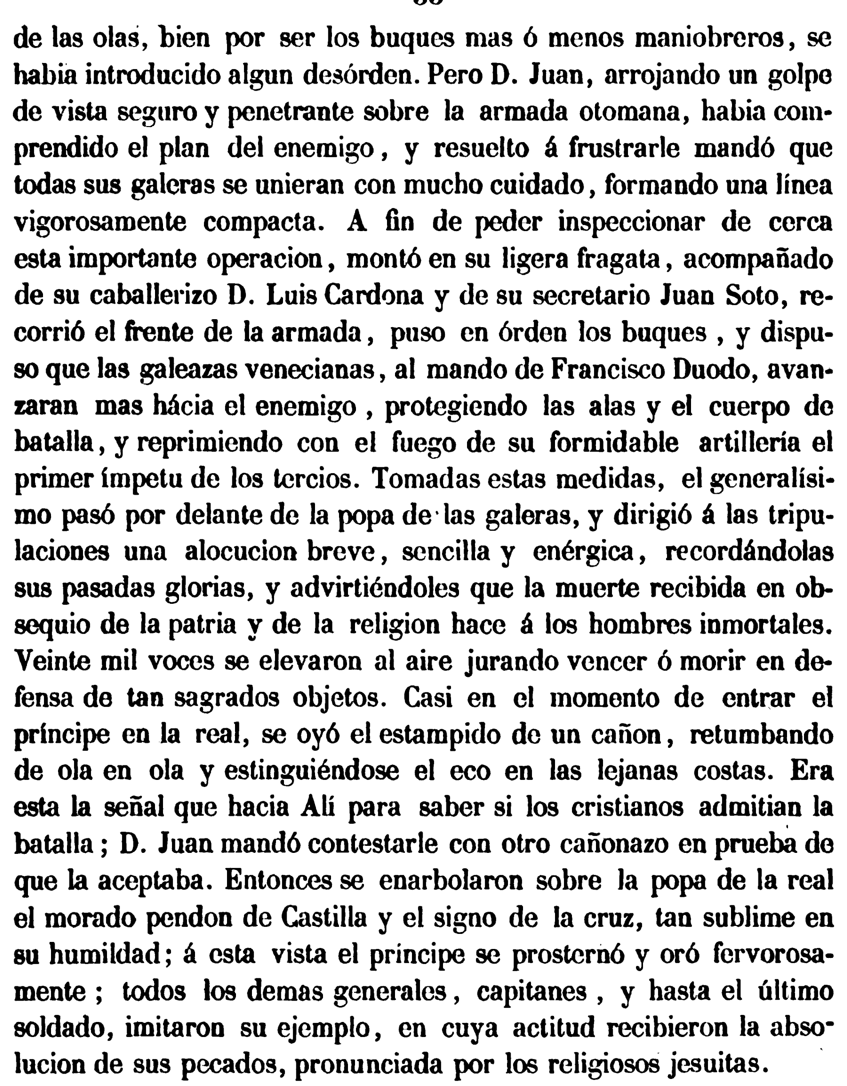
(1) O de Occidente.

La turca venia en figura de media luna con el cuerno siniestro un poco mas prolongado y muy inclinado hácia la costa. El pensamiento de Alí era envolver estrechamente la ala izquierda de los cristianos, atacar al mismo tiempo con furia el centro y la derecha, y separando unos de otros los bajeles de la liga, asaltarlos con fuerzas superiores y obligarles á rendirse (1). Para realizar esta idea, las galeras orientales en vez de acometer en línea cerrada, debian dividirse en grupos de dos, tres, cuatro, seis ú ocho; estas galeras, rompiendo la línea enemiga, habian de rodear á cada uno de los buques occidentales, cebándose en él con encarnizamiento, hasta que lograran apresarle ó echarle á pique. Esta audaz maniobra, considerada en nuestros tiempos como un esfuerzo venturoso del genio y coronada por el éxito mas feliz, era la que mas convenia al número de sus bajeles, á la impetuosidad de sus soldados, y al vigor de la iniciativa. El sagaz y valeroso Uluc-Alí tenia órden de combatir el ala derecha; Pertau habia de caer sobre la izquierda, y Alí, con la flor de la armada, se proponia empeñar el ataque mas honroso y decisivo del centro.

La flota otomana avanzaba velozmente impelida por viento oeste, pero al llegar á la distancia de dos millas de la cristiana, calmó completamente el viento; plegáronse las velas y fué preciso emplear los remos. A esta circunstancia, que la ardiente fé de aquellos cristianos calificó de milagrosa, se debió en gran parte, el resultado de la batalla.

En efecto, D. Juan se hallaba en una situacion muy crítica para recibir inmediatamente sobre sus brazos á un enemigo tan poderoso; su retaguardia, mandada por el marqués de Santa Cruz, se habia quedado á larga distancia; ocho galeras de la vanguardia, á las órdenes de D. Juan Cardona, habíanse destacado para reconocer un puerto, y en las estremidades de la línea, bien por la fuerza

(1) Nelson debió á una operacion casi idéntica el éxito de la tristemente célebre batalla de Trafalgar; sin embargo, en honor del marino inglés, es preciso añadir que Nelson tenia menos buques que la escuadra combinada de franceses y españoles, lo que hacia su maniobra muy aventurada y difícil, y los turcos por el contrario, contaban con una quinta parte mas de galeras que los cristianos, lo cual daba á este plan de ataque grandes probabilidades de éxito.



de las olas, bien por ser los buques mas ó menos maniobreros, se habia introducido algun desórden. Pero D. Juan, arrojando un golpe de vista seguro y penetrante sobre la armada otomana, habia comprendido el plan del enemigo, y resuelto á frustrarle mandó que todas sus galeras se unieran con mucho cuidado, formando una línea vigorosamente compacta. A fin de peder inspeccionar de cerca esta importante operacion, montó en su ligera fragata, acompañado de su caballerizo D. Luis Cardona y de su secretario Juan Soto, recorrió el frente de la armada, puso en órden los buques, y dispuso que las galeazas venecianas, al mando de Francisco Duodo, avanzaran mas hácia el enemigo, protegiendo las alas y el cuerpo de batalla, y reprimiendo con el fuego de su formidable artillería el primer ímpetu de los tercios. Tomadas estas medidas, el generalísimo pasó por delante de la popa de las galeras, y dirigió á las tripulaciones una alocucion breve, sencilla y enérgica, recordándolas sus pasadas glorias, y advirtiéndoles que la muerte recibida en obsequio de la patria y de la religion hace á los hombres inmortales. Veinte mil voces se elevaron al aire jurando vencer ó morir en defensa de tan sagrados objetos. Casi en el momento de entrar el príncipe en la real, se oyó el estampido de un cañon, retumbando de ola en ola y estinguiéndose el eco en las lejanas costas. Era esta la señal que hacia Alí para saber si los cristianos admitian la batalla; D. Juan mandó contestarle con otro cañonazo en prueba de que la aceptaba. Entonces se enarbolaron sobre la popa de la real el morado pendon de Castilla y el signo de la cruz, tan sublime en su humildad; á esta vista el príncipe se prosternó y oró fervorosamente; todos los demas generales, capitanes, y hasta el último soldado, imitaron su ejemplo, en cuya actitud recibieron la absolucion de sus pecados, pronunciada por los religiosos jesuitas.

Aquellos veinte mil veteranos postrados ante la idea de Dios y en presencia de un peligro incalculable, ofrecian un espectáculo grande, estraordinario, de una sublimidad casi indefinible, porque si el hombre puede mostrarse heróico bajo el impulso de varios sentimientos, cuando se humilla ante la divinidad para sobreponerse con sus hechos al resto de los hombres, es sin duda inmensamente heróico.

La flota cristiana avanzó lentamente al encuentro del enemigo, habiéndose incorporado á la vanguardia Cardona con cuatro galeras y cubriendo de cerca Santa Cruz la retaguardia. Como el austriaco habia formado la generosa resolucion de perecer ó triunfar, mandó que se alejasen de la armada las fragatas y buques ligeros, á fin de que nadie procurase buscar su salvacion en la fuga.

Cuando las dos armadas enemigas estuvieron á tiro de cañon, resonó en la cristiana el eco marcial de las trompetas. Eran á la sazon las nueve de la mañana; el sol irradiaba espléndidamente sobre el horizonte, y el mar en una calma profunda parecia declararse neutral entre ambos combatientes, dejando que la victoria perteneciera á la mayor intrepidez de los soldados y al genio mas venturoso de los caudillos.

La armada turca venia, segun hemos dicho, en forma de media luna, con el cuerno siniestro un poco prolongado. El plan de Alí consistia principalmente en envolver el ala derecha, destacándola del centro, que debia ser acometido simultánea é impetuosamente, pero en el instante de realizarlo, las galeazas venecianas cubrieron con sus fuegos todo el frente del enemigo, y aunque este procuró contestarlas, lo hizo con muy poco efecto, porque las galeras orientales eran mas altas que las occidentales, y sus disparos se perdian en la agitada atmósfera. Este fuego de las galeazas fué tan nutrido y terrible, que refrenó el ímpetu del enemigo y alteró el órden en toda la línea; especialmente la galeaza de Bragadino, hizo jugar su formidable artillería con tanto acierto, que logró abrir á cañonazos el ala izquierda de los turcos, destinada á tomar la iniciativa mas vigorosa. Esta circunstancia ha dado motivo á un historiador para decir que estas galeras contribuyeron principalmente al triunfo de aquel dia. Pero á la verdad faltaba mucho para conseguirle.

Los turcos, brevemente repuestos del susto y estrago que habian causado en ellos las galeazas, cayeron con indecible brio y atronadora voceria sobre las galeras cristianas. En un momento se encendió la pelea en toda la longitud de la línea; en el centro la pelea es mucho mas furiosa, como que se sostiene por la flor y nervio de ambas armadas y en presencia de los dos generales enemigos. En efecto Alí, divisando el estandarte de Castilla sobre el





Trofeos de la batalla de Lepanto

palo mayor de la real española, dirigió hácia él el timon de la suya que iba escoltada por otras siete galeras las mas fuertes y mas maniobreras ; D. Juan quiere ahorrarle la mitad del camino llevando á su popa la patrona de España , la capitana del comendador mayor de Castilla, y á los costados la capitana del Papa y la de Venecia, montada una por Marco Antoni Colonna , y la otra por el almirante Venieri. La real del turco avanza hendiendo rápidamente las espumosas ondas, y cuando se halla á medio cuerpo de galera de la española, Alí manda disparar tres cañones cargados de metralla que causan notable quebranto al enemigo ; la española hace fuego á su vez, y entonces chocan una contra otra, se aferran y de una y otra parte se intenta el abordage con un furor sin límites. ¡Cuántos prodigios de valor ilustraron aquella lucha memorable entre soldados igualmente intrépidos y capitanes que arriesgaban allí mas que su vida, su honor, su porvenir, y el laurel mas precioso que pudiera adornar la sien de un guerrero! Quinientos genízaros cubiertos de cicatrices y avezados á todos los horrores de las batallas defendian la real del turco, y el entendido Alí á su cabeza, inflamaba con su ejemplo el corazon de estos valientes. Quinientos veteranos españoles (1), guarnecian la real del austriaco, y este ínclito jóven , colocado constantemente en el estanterol de su galera, esgrimia su centelleante espada y atendia á todas las operaciones con una presencia de espíritu admirable. Rodeábanle Córdova , Benavides, Guzman Heredia, Mendoza y Soto, honor y gloria de la nobleza española, formando con sus pechos una muralla para proteger al príncipe, pero toda su generosa solicitud no pudo impedir que don Juan fuera ligeramente herido en la rodilla, si bien el príncipe permaneció impasible en su puesto y no permitió que le curasen la herida.

El comendador mayor de Castilla unas veces estaba al lado del estandarte, otras al del generalísimo, mas su providencia alcanzaba siempre á rechazar los mayores peligros.

(1) Es fácil formarse una idea del enorme tamaño que tenian las dos reales enemigas, si se considera que la dotacion ordinaria de una galera era de ciento veinte ó ciento treinta hombres.

Proseguia el combate con una obstinacion y encarnizamiento indescriptibles. Dos veces llegaron los españoles hasta el palo mayor de la real otomana, saltando sobre los cadáveres de los enemigos, y dos veces fueron rechazados con pérdida considerable por tropas de refresco, procedentes de las galeras que estaban en conserva; dos veces tambien los turcos entraron hasta la proa de la real española, pero sus inauditos esfuerzos se estrellaron ante la heróica constancia del maestre de campo D. Lope Figueroa. En una de estas violentas irrupciones cayó mortalmente herido de un esmerilazo Bernardino de Cárdenas; las tropas que traia de socorro, arrollaron con ímpetu irresistible al enemigo, batiéndose alternativamente con arma de fuego y blanca. Era tal el ardor y actividad de los soldados en este trance terrible, que se refiere de un arcabucero español, cuyo nombre omite injustamente la historia, haber disparado cuarenta veces su arcabuz en el espacio de una hora.

La pelea no era menos áspera y sangrienta con las demas capitanas enemigas.

El almirante Venieri, príncipe de Parma, el de Urbino y Pablo Jordan Ursino, adquirieron aquel dia laureles imperecederos; pero su heróico ardimiento solo servia para inflamar el combate, porque los turcos se defendian con una tenacidad digna de sus mejores épocas y de sus mas bellos triunfos.

Un escritor de aquel tiempo (1) traza en sombríos rasgos el horrible cuadro que presentaba en estos instantes supremos la línea de batalla. Una nube de humo impenetrable á los rayos del sol, envolvia como un manto fúnebre las dos armadas; el mar, tinto en sangre, estaba cubierto de cadáveres, de reliquias y fragmentos de las galeras que se iban á pique, y los lastimeros gritos de los heridos y moribundos se perdian entre el horrísono estampido de los cañones y la estridente detonacion de los arcabuces.

Por fin, una ráfaga de viento oeste arrojó el humo sobre los turcos y permitió á los cristianos ver el principio de su victoria. Al cabo de hora y media cayó Alí atravesado de una bala; los valientes genízaros estaban oprimidos de fatiga; los españoles por el contrario,

(1) Cabrera, Historia de Felipe II.

llenos de ardor, redoblaron sus esfuerzos, entraron en la real otomana, inmolaron ó hicieron prisioneros á cuantos habia en ella, y cortando la cabeza de Alí, colocaron este sangriento trofeo sobre el palo mayor de su real, que prosiguiendo su triunfo, desarbola y apresa dos ó tres galeras enemigas que se hallaban á su alcance. La patrona de España y las demas galeras capitanas que iban en conserva de la real, secundan su ejemplo con una intrepidez incomparable, y en pocos minutos la batalla de los orientales, el nervio de su armada y el principal apoyo de sus esperanzas queda deshecho completamente. Una circunstancia contribuyó á precipitar este momento felíz. Los cristianos que iban al remo en las galeras turcas, viendo que el poder de estos se debilitaba, sacudieron sus cadenas, armáronse tumultuariamente y lanzándose sobre los desapercibidos orientales les obligaron á someterse, ó los pasaron á cuchillo. Por el contrario los *forzados* ó *galeotes* que iban en la armada cristiana y á quienes el austriaco habia ofrecido su libertad en premio de su valerosa conducta, trabajaron y combatieron con un celo imposible de describir. Así el sentimiento de libertad, que es la fibra mas poderosa del corazon humano, suplió ventajosamente á las aspiraciones mas nobles, pero menos fuertes del honor y de la gloria.

Mas aunque la victoria se hubiera declarado en el centro, estaba muy comprometida en las alas. El cuerno derecho de los cristianos habia declinado bastante de la línea general y sus galeras se hallaban muy separadas, no obstante las repetidas prevenciones del generalísimo y los inauditos esfuerzos de Juan Andrés Doria que mandaba esta escuadra. El sagaz Uluc-Alí descubrió al momento la falta de su enemigo, y deseando esplotarle en beneficio propio, dejó parte de sus galeras en reserva y se arrojó con las restantes en la pelea.

Atacando con un grupo de dos ó tres galeras á cada una de las cristianas, logró rendir á varias, pasando al filo de su espada cuantos se defendian en ellas. La misma capitana de Malta no pudo evitar esta infausta suerte, porque el intrépido Uluc, viéndola destacada de su línea, revolvió impetuosamente sobre ella, y aunque los caballeros sellaron todos con su sangre el juramento que habian

hecho de defenderse hasta la última estremidad, sucumbieron por fin bajo las triplicadas fuerzas de los turcos. Por fortuna otras tres galeras de Malta, anhelando vengar esta afrenta, acometieron con denuedo irresistible al corsario, y le obligaron á abandonar su presa, pero solo hallaron sobre la cubierta los cadáveres de los caballeros, y al gran prior de Messina moribundo y nadando en su propia sangre. Sin embargo, Uluc creia muy probable su triunfo, porque esperaba aniquilar completemente la derecha cristiana lanzando su reserva por un ancho trecho que separaba aquella del grueso de la armada. La noble abnegacion y heróico brio de D. Juan Cardona evitaron este peligro inminente y que hubiera podido ser fatal. Apostándose con cuatro galeras en el trecho abierto entre la ala derecha y el cuerpo de batalla, permaneció allí durante todo el combate, haciendo frente á quince galeras turcas, bien resuelto á perecer antes que abandonar un punto cuya importancia decisiva habia comprendido perfectamente.

Tal era la situacion del cuerno derecho cuando llegó en su auxilio la escuadra victoriosa de D. Juan. Al verla Uluc-Alí, conociendo la imposibilidad de resistir á un golpe tal de fuerza, se puso en precipitada fuga, y aunque la real cristiana y las capitanas de Doria y Santa Cruz, impelidas por el viento oeste y movidas por el ardor de la persecucion, se adelantaron imprudentemente al resto de la armada, no pudieron dar alcance al corsario, que con treinta galeras se esforzaba en doblar el cabo de Lepanto. Sin embargo, veinte y una encallaron cerca de la costa, y su gente se salvó á nado y á favor de la oscuridad de la noche.

En el cuerno siniestro los venecianos, acometidos furiosamente por Xiroco, habian hecho prodigios de valor y de perseverancia. Agustin Barbarigo, su jefe, despues de sobresalir con hazañas inapreciables, y en el instante de levantar la visera para descubrir mejor el movimiento de los turcos, cayó herido mortalmente, habiéndole atravesado el ojo derecho una flecha.

Igual funesta suerte alcanzó á Andrés Barbarigo; Quirini y Canale realzaron con sus brillantes hechos el lustre de su esclarecida alcurnia.

El marqués de Santa Cruz, que observaba con ojo esperto y

vigilante todos los incidentes de la batalla, voló al auxilio de este cuerno con un buen golpe de galeras, y logró restablecer el combate con ventajas de la liga; pero los turcos seguian defendiéndose y ofendiendo con el valor infinito de la desesperacion. La aproximacion del austriaco hizo cesar toda resistencia; los orientales recurrieron á la fuga; muchas de sus naves dieron al traste contra la costa, otras fueron apresadas por los victoriosos cristianos, y pocas lograron incorporarse á la pequeña escuadra de Uluc-Alí. La ocurrencia de la noche, la fátiga de su gente, la inconstancia de aquellas aguas turbulentas, retrageron á D. Juan de la persecucion del enemigo, y recogiendo sus naves derramadas en el puerto de Régia-Fuente, esperó á que el sol del siguiente dia le hiciera conocer toda la magnitud de esta insigne victoria.

Así terminó la batalla de Lepanto, que por la grandeza de los preparativos, por la calidad y número de los combatientes, por la esperiencia y ardor de los generales, por las hábiles combinaciones tácticas que se desplegaron en ella, por el teson heróico con que se disputó la victoria, y aun por su influencia en el sistema religioso y político del mundo, debe considerarse como la primera y principal de cuantas hasta ahora se hubieran dado en toda la estension de los mares. Los resultados acreditaron bien el sangriento empeño con que se sostuvo aquella lucha estraordinaria.

De la armada turca, la mayor quizás que surcara las ondas del Océano, apenas se salvaron algunos restos; ciento setenta galeras, y veinte galeotas de doce bancos cayeron en poder de los vencedores; habiéndose ido á fondo en el calor de la pelea ó en la celeridad de la fuga veinte y cinco. El número de los muertos fué tambien muy considerable, y su evaluacion varia de quince á veinte mil. La acerada mano del vencedor solo perdonó la vida á aquellos enemigos cuya libertad podia producir un cuantioso rescate; entre estos prisioneros se distinguian los hijos del bajá Alí, ambos en la flor de la adolescencia.

No reportaron los cristianos un triunfo tan sobresaliente sin grave quebranto y efusion de sangre. Siete mil hombres quedaron fuera de combate; catorce galeras fueron apresadas por los turcos, si bien hubieron de abandonarlas despues, habiendo inmolado á su furor á los que habia en ellas.



El escritor español debe esperimentar un noble orgullo al consignar en la historia, que ni una sola galera montada por españoles pudo ser rendida por el enemigo. ¡Tanta y tan bizarra intrepidez opusieron aquellos soldados, y con tanto tino evolucionaron sus espertos capitanes!

El júbilo que produjo este triunfo en los vencedores fué inmenso y proporcionado á las dificultades que habia sido preciso dominar para conseguirle. D. Juan envió al punto mensageros que participasen á las córtes de España, Roma, Venecia, Saboya y Génova aquella tan fausta noticia, y la realidad del hecho, aumentada con la hipérbole que la imaginacion popular presta siempre á los grandes acontecimientos prósperos ó adversos, escitó en todas partes trasportes de alegría y de admiracion. El papa al recibir tan fausta noticia, levantó las manos al cielo y esclamó con el evangelista: *Hubo un hombre enviado por Dios, y este hombre se llamaba Juan* (1).

D. Juan queria aumentar el fruto de esta jornada con la conquista de Leucata, escelente llave del archipiélago; pero la fortaleza natural y artística de esta plaza quitaba toda esperanza de apoderarse de ella por un golpe de mano, y lo avanzado de la estacion impedia formalizar el sitio. Hubo, pues, de renunciar á este proyecto, y despidiendo á las galeras venecianas, llegó con las suyas al puerto de Messina, donde fué recibido con las mas fervientes aclamaciones.

(1) Fuit homo missus á Deo cui nomem erat Joannes. (Evang. de S. Juan.)





CAPITULO XVIII.

1572.--1576.

IRRITACION DE LOS ÁNIMOS EN FLANDES.—OCUPACION DE BRILLE POR LOS GUEUX.—LA INSURRECCION TOMA INCREMENTO.—DERROTA DE LOS REBELDES EN SAN GULAIN.—TOMA DE MONS POR LOS ESPAÑOLES.—PROEZA DE MONDRAGON.—SITIO DE HARLEM.—HERÓICA DEFENSA DE ESTA PLAZA.—ENTRAN EN ELLA NUESTRAS TROPAS DESPUES DE INAUDITOS ESFUERZOS.—DON LUIS REQUESENS REEMPLAZA AL DUQUE DE ALBA EN EL GOBIERNO DE LOS PAISES BAJOS.—RENDICION DE MIDDELBURG.—BATALLA DE MOOCK.—SUBLEVACION DE ALGUNOS CUERPOS.—CONTINÚA LA GUERRA CON INSTABLE FORTUNA.—MUERTE DE REQUESENS.—SUCESOS DE AFRICA.



La paz hubiera podido renacer quizás á la sombra de las últimas victorias, si un gobierno templado hubiera procurado dulcificar los odios existentes, cubrir con el velo de la impunidad algunos delitos, cuyos verdaderos autores se habian puesto lejos de la espada de la ley, y robustecer el sentimiento de lealtad en el pecho de muchos hombres que reputaban al príncipe de Orange como un ambicioso turbulento, y que se interesaban verdaderamente en que floreciesen bajo la égida de un poder respetado, los inmensos gérmenes de prosperidad mercantil que encerraban aquellos paises.

Pero el duque de Alba, bien fuera impelido por su carácter, bien que cediera al ascendiente de las circunstancias y á la imperiosa ley de la necesidad, tomó las medidas mas eficaces para escitar una terrible esplosion de la ira pública. Ideó un impuesto oneroso conocido con el título de *décima*, impuesto que paralizaba casi completamente la circulacion de la riqueza, estancándola en manos de los primeros poseedores, y condenándola á una estéril inércia. Los estados de Flandes rechazaron este tributo con suma pertinacia, mas el de Alba no dejó de exigirle de grado ó por fuerza. La irritacion que produjeron estas exacciones alcanzó á todas las clases, á todas las opiniones, á todas las creencias, porque en todas se hallaba vulnerada la fibra del interés. La córte de España trató en vano de desvanecer la efervescencia, concediendo una amnistía por los anteriores desacatos, porque las numerosas escepciones incluidas en ella la hacian casi ilusoria, y el impuesto como medida general, alcanzaba á los inocentes. En esta situacion, un suceso por pequeño que fuera debia precipitar los reconcentrados odios, al modo que una ráfaga de viento sirve para abrir las nubes cargadas de electricidad y suspensas, largo tiempo, en la atmósfera. Este suceso sobrevino, y la guerra se desenvolvió otra vez mas terrible que nunca.

Aunque la vista penetrante del duque de Alba alcanzara á todos los ángulos del pais confiado á su gobierno, no se habia fijado en los mares que rodean la Flandes, los cuales podian servir de asilo á los *gueux*. No tardaron estos en aprovecharse de aquella imprevision, y empezaron á infestar con sus piraterías todas las costas, aumentándose rápidamente su número, bien por el rigor de las persecuciones, bien por el aliciente de la ganancia. Estos piratas se llamaron *gueux acuáticos*, en contraposicion de los *urbanos* y *silvestres*, que se albergaban respectivamente en las ciudades y en los bosques. Era su caudillo Guillermo, conde de la Marck, hombre inquieto y revoltoso; pero cuya intrepidez, sostenida por un gran fanatismo, le hacia muy á propósito para este género de empresas. Durante los últimos meses del año 1569, en los dos siguientes 1570 y 1571, Guillermo buscó en vano el medio de asentar el pié en un punto de la Flandes; pero la fortuna, fiel á su audacia, se lo proporcionó á principios de 1572.

Envueltos entre las tinieblas de la noche, y guardando un silencio profundo, acometieron los gueux súbitamente á Brille, pueblo fortificado en la costa de Frisia. La pequeña guarnicion flamenca intentó defenderse, mas su valor, enervado por la sorpresa, no fué suficiente á contener la impetuosidad de los gueux. Señalaron estos su entrada en Brille con desórdenes y crueldades de todo linage; pero se prepararon á resistir con vigor el ataque, que creian inminente. En efecto, Bossu, noble holandés, gobernador de Frisia, marchó aceleradamente contra Brille y pretendió apoderarse de él por un golpe de mano, mas sufrió un fuerte descalabro y hubo de retirarse en demanda de mayores fuerzas.

Esta conquista de los gueux, y el revés esperimentado por Bossu, fueron como una centella que incendió los inmensos combustibles aglomerados y dificilmente comprimidos largo tiempo habia. A esta infausta nueva, Gouda, Leyden y otros puntos no menos importantes, se levantaron en son de guerra, y escepto Amsterdam y Sconou, que se mantuvieron fieles al rey en medio de horribles convulsiones, todo el vasto territorio comprendido en las provincias de Holanda y Zelanda, fué impunemente hollado por los gueux.

Y no fué este el último eslabon de aquella larga cadena de calamidades. Casi simultáneamente se apoderó de Zutfen el marqués de Berges, parcial de Orange, estendiendo su dominacion por la Güeldres, mientras que Mons, capital y baluarte del Haynaut, se rendia á los protestantes franceses y flamencos mandados por Luis de Nassau.

El duque de Alba recibió una en pos de otra, las noticias de estas insurrecciones, que iban avanzando como un círculo de fuego, y podian envolverle y aniquilarle en el seno del Bravante. Preveia ademas, que Orange volaria otra vez desde la Alemania para fomentar este movimiento, y era muy probable que, al partir él mismo de Bruselas con el fin de contener los progresos del enemigo, las semillas de sedicion brotaran sobre sus pasos y amenazaran su espalda como ya amenazaban su frente y sus costados. La grande alma de este hombre estraordinario no se doblegó bajo el peso de circunstancias tan alarmantes; conociendo que en una guerra incipiente el belige-

rante menos poderoso es el que mas duda de sus fuerzas, propúsose desconcertar los planes del enemigo con medidas en igual grado enérgicas y activas. Mandó que su hijo D. Fadrique y Chapin Vitelli, marcharan sobre Mons y no levantaran el sitio hasta rendirla; que Mondragon, en combinacion con Bossu, restableciera la superioridad de las armas españolas, y que de uno y otro lado se procurase reprimir el espíritu de sedicion enaltecido en la Güeldres. El mismo debia salir de Bruselas para ponerse á la cabeza del ejército principal tan luego como asentara sobre bases, un tanto sólidas, la oscilante tranquilidad pública.

D. Fradrique y Chapin llegaron á la vista de Mons, el 15 de julio, habiendo arrollado en el camino algunos cuerpos que intentaron disputarles el paso. Inmediatamente establecieron el cerco y plantaron las baterías. D. Fadrique, que en la flor de su juventud anunciaba talentos militares muy semejantes á los de su padre, aunque carecia en parte de la indomable energía que caracterizaba á este, y Vitelli, cuyo ingenio era universalmente reconocido y respetado, continuaron el sitio con una destreza y actividad sorprendentes; pero el número de la guarnicion, compuesta de ocho mil hombres, su valor denodado y encendido por las palabras y el ejemplo de Luis de Nassau, y la imponente situacion de la plaza, realzada con todos los recursos del arte, hacian casi imposible un ataque á viva fuerza. Como la posicion de Mons, llave de la Flandes por el lado de la Francia, era tan preciosa, Genlis acudió aceleradamente en su auxilio.

El ejército de los hugonotes constaba á lo mas de siete mil hombres, y no obstante el impaciente Genlis se atrevió á brindar con la batalla á los españoles. Fué breve, sangrienta y muy funesta para los agresores. D. Fadrique dispuso hábilmente sus tropas, logró atraer al enemigo hácia el fondo de una garganta, le envolvió por todas partes é hizo en él, con leve detrimento de los suyos, tremenda carnicería. En este combate sobresalió Chapin por una accion de singular heroismo. Habiendo sido gravemente herido en uno de los dias anteriores, y no pudiendo montar á caballo ni sostenerse en pié, mandó que le tendieran sobre un carro, y colocado en la vanguardia en medio de una lluvia de balas, dictó con admirable serenidad, las

disposiciones mas precisas y oportunas. Mil doscientos franceses quedaron tendidos en el campo y seiscientos prisioneros, de cuyo número fueron Genlis y otros cabos principales. Las reliquias del pequeño ejército francés, derramadas por aquellos contornos, perecieron á manos de los paisanos, cuyo vil coraje se ensañó implacablemente en los miserables é indefensos fugitivos. Esta completa victoria, llamada de San Gulenio por el sitio en que ocurrió el combate, solo costó á los vencedores la insignificante pérdida de treinta hombres. Pero ni el influjo de un desastre tan grave, ni la presencia del duque de Alba, ni el redoblado vigor con que se prosiguieron las operaciones del sitio, pudieron abatir el ánimo de los sitiados; continuaban defendiéndose en la esperanza de que Orange les tenderia una mano salvadora.

Esta esperanza no era infundada; Orange al frente de once mil infantes y seis mil caballos, rompió á primeros de julio por la desguarnecida frontera del norte, y se precipitó como un torrente sin dique en el interior de Flandes; Ruremonda, Nivelles, Diepe, Sicken y Tiemen, le abrieron espontáneamente sus puertas; la imprudente y desgraciada Malinas, que habia rechazado una guarnicion de españoles, cayó igualmente en su poder. Tillemont, Termunde y Oudenarde que se atrevieron á resistir al impetuoso vencedor, fueron espugnadas y saqueadas; y solo Bruselas en el Bravante pudo con sus murallas y firme continente, alejar al ejército protestante.

La guerra, pues, estaba encendida en toda la estension de los Paises Bajos; en el mar, en las fronteras del norte y sur, en el corazon mismo de aquel dilatado territorio, y se hacia con una crueldad y barbárie de que la historia ofrece pocos ejemplos entre naciones civilizadas. Todo el furor que pueden producir el fanatismo político y religioso que son los resortes mas violentos del corazon humano, toda la ira de que es susceptible una reaccion estremada, todos los desórdenes que pueden producir las pasiones bajas y turbulentas de un populacho ignorante, todo este cúmulo de choques, de repercusiones, de venganzas, de innobles represalias, de desacatos, afligian á la desgraciada Flandes. Los gueux celebraban sus triunfos incendiando los templos, muchos de los cuales eran obras



maestras del arte, ultrajando del modo mas sensible y grosero los atributos y símbolos de la Majestad suprema, inmolando á los sacerdotes católicos, y acabando en repugnantes orgías sus furiosas bacanales. Los católicos, especialmente los españoles, ejercian horribles represalias, y creian, vengándose, que vengaban á un Dios de paz. Así la guerra presentaba á cada paso las mas deplorables escenas. La resistencia era considerada como una traicion, el valor como un crímen, y los vencidos perecian inermes bajo el ardiente brazo de los vencedores. ¿Por qué la guerra es una terrible necesidad del género humano? ¿Y por qué el hombre, la creacion mas magnífica que haya en la naturaleza, no respeta, al menos en aquella, los sentimientos que elevan y magnifican la dignidad de su ser? A esta doble interrogacion el pensamiento del historiador y del filósofo debe recogerse en el seno de la Providencia, porque no puede hallar la clave de tan profundo é interesante problema.

El príncipe de Orange avanzaba á paso de gigante para presentarse á la vista de Mons antes que sucumbiera esta plaza. La constancia de los sitiados permitió realizar en esta parte sus designios, pero la previsora y circunspecta conducta de Alba vino á frustrar el fin de su espedicion. Orange quedó sorprendido al ver las trincheras españolas, esmerada obra de Paccioto y Serbelloni. Hallábanse construidas con arte tan nuevo y singular, que presentando al enemigo un frente inabordable, abrazaban con sus estremidades las baterías asestadas contra la plaza.

Orange anduvo rondando muchos dias por los flancos de estos atrincheramientos, donde encastillado el de Alba despreciaba las impotentes provocaciones de su enemigo y continuaba fulminando balas y fuego sobre los ya conmovidos muros de la ciudad. Esta actitud de sus contrarios perjudicaba mucho al príncipe, quien probablemente no se hubiera visto obligado á retirarse si un acontecimiento tan terrible como imprevisto no hubiera convertido las consideraciones de prudencia en una necesidad absoluta. La catástrofe de San Bartolomé (1), llegó á oidos de Orange como el último eco de las agonizantes víctimas.

(1) Cárlos IX y su madre Catalina de Médicis, cuyo carácter pintan los historiadores franceses con los mas feos colores, forjaron una estensa conspiracion para inmolar en

Los protestantes flamencos sintieron desfallecer su ánimo bajo este golpe fatal, y el terror fué mas grande en los hugonotes franceses, los cuales constituian el nervio principal en el ejército orangista. Desmoralizado de este modo no podia permanecer en presencia de los españoles; Orange, antes que la desercion diese á su retirada el aire de fuga, volvió sobre sus pasos, dejando préviamente ordenado á su hermano Luis, que rindiese la plaza con las mejores condiciones posibles. El despecho y la cólera aumentaban la indisciplina de los orangistas, y cometieron en su tránsito numerosos desórdenes; y los infelices pueblos no se vieron libres de aquel azote hasta su estincion en las fronteras de Alemania.

Luis de Nassau, falto de todo apoyo, fué bastante feliz para obtener del duque una capitulacion que garantía su libertad y la de las tropas encerradas en la plaza. Alba recobró en una sola marcha todas las ciudades tomadas por Orange, y permitió que sus soldados saquearan durante tres dias á la opulenta Malinas, que espió asi su resistencia á no admitir la guarnicion española.

Entretanto Mondragon, con un lucido cuerpo, marchó al socorro de Pacheco, estrechado en la ciudad de Goetz por un enjambre de gueux. La empresa no obstante parecia superior á la humana posibilidad, porque Goetz se hallaba situada en la isla de Sud-Bebeland, cuyas aguas recorria sin cesar una escuadra enemiga.

Pero Mondragon, incapaz de retroceder ante una órden peligrosa, idea un medio sin ejemplo en la historia, y de cuya realizacion solo se creyó entonces susceptible á la intrepidez española. Dos mil hombres de esta nacion (1) se arrojan en medio del Océano, llevando los mosquetes, arcabuces y sacos de pólvora sobre la cabeza; con el agua á la garganta, precedidos por Cristóbal Mondra-

la noche de San Bartolomé á todos los protestantes que hubiera en el territorio francés. La matanza empezó en Paris con la muerte del almirante Coligni y se repitió simultáneamente en casi todas las poblaciones. Algunos hacen subir á doscientos mil el número de las personas sacrificadas; otros presentan una cifra mas alta.

(1) Nosotros seguimos fielmente en esta parte al historiador Estrada, cuya libre imparcialidad y esquisitas investigaciones hacen que se le considere como el norte mas seguro tratándose de las guerras de Flandes. Miñana, sin embargo, sostiene que los dos mil hombres de la denodada tropa que se lanzó en el mar, se componia de españoles, flamencos é italianos.

gon y Teodorico Blomart, ¡nombres inmortales! estos heróicos soldados, realizando la atrevida y fabulosa invencion de los estridites, anduvieron en cinco horas el espacio de siete millas, y arribaron felizmente á la opuesta márgen del mar. Los gueux, admirados, sorprendidos de tanto heroismo, se pusieron aceleradamente en fuga, pero los vencedores del Océano, sin descansar un momento, les persiguieron con singular rapidez, prendiendo é inmolando á cuantos no pudieron hallar un asilo en sus naves ancladas á corta distancia. Lo que sirve para aumentar lo maravilloso de esta espedicion estraordinaria es que ocurrió á fines de octubre y en uno de los puntos mas frios de Europa. Rematada tan prósperamente esta empresa, volvió Mondragon al campo del duque de Alba, quien se fijó de nuevo en Bruselas para estar á la vela de ulteriores acontecimientos.

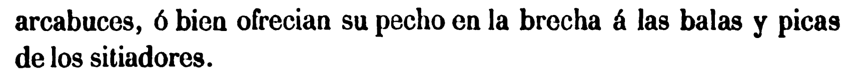
Poco despues D. Fadrique se apoderó valerosamente de Zutfen, espulsando de allí y ahuyentando al de Berges. Casi todo el norte de Flandes se sometió parte al poder de sus armas, parte al terror que inspiraba su nombre. La ciudad de Narda, fiada en su posicion casi inaccesible, se atrevió á hacer rostro al vencedor, pero habiendo salvado este los primeros obstáculos, y aproximada una numerosa artillería, se rindieron los nardenses á discrecion. Mas D. Fadrique, confundiendo la energía con la crueldad, descargó todo el peso de su cólera sobre aquella ciudad infeliz; la espada del soldado acabó con los habitantes, y el incendio devoró los mas bellos edificios. Este terrible ejemplar solo sirvió para encrudecer la guerra y para convertir el valor obstinado de los tudescos en un vértigo de desesperacion.

Muy pronto lo esperimentó el mismo D. Fadrique en el sitio de Harlem, ciudad fortificada y cabeza de la Holanda septentrional. Esta plaza, célebre por el nacimiento de Juan Scheeff, á quien se atribuye la invencion de la imprenta, en competencia con Gutemberg, estaba protegida por el mar del norte, en el que dominaban sin contradicion los cruceros gueux, tenia á su derecha un bosque secular y espeso llamado Harleminer-Busch, y recibia en su seno las aguas del Spaze, vehículo de las comunicaciones entre Haylen y las ciudades de Holanda y Zelanda. La muralla era antigua y flanqueada con



torres muy sólidas; ceñíala un foso ancho y profundo. La guarnicion, robustecida con cuatro compañías de Muller, jefe protestante, constaba de cuatro mil hombres; pero el valor de los moradores, inflamado por el celo religioso y exasperado con los recientes sucesos de Narda, debia hacer ilusorio el cálculo numérico, porque en la aritmética de la guerra no hay cifra exacta para espresar la fuerza de los héroes ó de los desesperados. Cuando los harlemenses supieron que se aproximaba el español, salieron á su encuentro y pugnaron por detenerle ante el fuerte de Sparedam; pero fueron inútiles sus esfuerzos; D. Fadrique estrechó vigorosamente la fortaleza, penetró en ella é inmoló á sus defensores.

Vencido este obstáculo y aterrado Lume, que se presentó con un cuerpo de auxiliares, acercóse D. Fadrique á la ciudad, abrió la trinchera (15 de febrero de 1573) y empezó á batirla con todo el poder de una artillería formidable. Habíanse suspendido las operaciones en la entraña del invierno; el frio era tan intenso, que los rios, las lagunas y los bordes del mar estaban helados; los esforzados españoles perforaban con dificultad suma la empedernida tierra, y sus fatigados brazos no hallaban en el ócio recurso para preservarse de aquella atmósfera glacial. Mas el rigor de la temperatura, lejos de entibiar parece que exaltaba el ardor de ambos combatientes; sitiadores y sitiados mostraban una intrepidez que solo podia compararse á su ejemplar perseverancia. Los españoles abrieron el muro, marcharon al asalto y fueron rechazados; renovaron sus tentativas y obtuvieron el mismo desengaño. Los harlemenses, electrizados, se multiplicaban para la defensa; no se conocia diferencia de sexo, edad, ni condiciones; se hubiera creido que el mismo espíritu animaba á un cuerpo compuesto de numerosos miembros, y que la energía del sentimiento comun habia vigorizado á las organizaciones mas débiles por naturaleza. Los viejos y los niños, como pesarosos de una vida que á unos les pesaba y á otros no ofrecia aun sus verdaderos encantos, se mostraban en medio del peligro, reparando con sus trémulas manos la parte derruida del muro. Pero el denuedo de las mujeres brilló mas alto sin duda; acaudilladas por una matrona llamada Kanova, compartian con la guarnicion todas las fatigas y riesgos del sitio; mostrábanse sobre las murallas armadas con sus



arcabuces, ó bien ofrecian su pecho en la brecha á las balas y picas de los sitiadores.

Una homogeneidad tan estraordinaria de esfuerzos, una resistencia tan pertinaz, y sobre todo, la influencia del clima, hicieron terribles estragos en el campo español. Perecian los soldados á centenares y los mas vigorosos acusaban á su general porque queria sacrificarlos en una empresa imposible.

Conmovido D. Fadrique al observar la situacion cada dia mas crítica de sus tropas, y creyendo incontrastable la obstinacion de los harlemenses, trató de levantar el cerco; pero habiendo participado su proyecto al duque de Alba, este le contestó en una carta, que revela bien su indomable carácter, «si no tienes, decia á su hijo, bastante valor para continuar el sitio, y mis dolencias me impiden ponerme al frente de las tropas, haré venir de España á tu madre y la confiaré el mando, á fin de que no quede mancillado, con una accion indigna, el lustre de nuestra casa.» Ofendido con estas duras palabras el pundonoroso jóven, juró perecer antes que aflojar en las operaciones; los capitanes y soldados españoles, irritados con la insultante arrogancia de los harlemenses, hallaron nueva energía en la violencia de su odio y redoblaron los trabajos con una actividad casi febril.

Mitigóse entretanto el rigor de la estacion; el conde de Bossu pudo penetrar con la armada española en el lago de Harlem, y atacando furiosamente á la enemiga, la derrota, apodérase de algunos buques, ahuyenta los restantes, y destruye los puestos que los harlemenses tenian para proteger sus comunicaciones marítimas.

Pero los sitiados, á medida que se iba cerrando para ellos el horizonte de la esperanza, cayeron en una especie de delirio. Sintiéndose oprimidos dentro de sus muros, y resueltos á soportar la muerte antes que la ignominia del vencimiento, hicieron una salida impetuosa sobre el cuartel de los alemanes, se apoderaron de algunas banderas, y las colgaron del muro como en señal de befa y de desprecio. Otras veces representaban á vista de los sitiadores las farsas mas repugnantes en ofensa de la religion católica; otras, finalmente, provocaban á los españoles con ademanes y gritos frenéticos. El ejército sitiador, ardiendo en ira, pedia á voces la venganza de es-



tos insultos, que afectaban tan grandemente su honor y á sus sentimientos religiosos. D. Fadrique se la proporcionó en parte, dando la órden de un nuevo asalto, y aunque los harlemenses mostraron un valor que parecia sobrenatural y perecieron á centenares, no pudieron impedir que su enemigo se hiciera dueño de un bastion importante y se conservara en él hasta la conclusion del asedio.

Aunque quebrantados los harlemenses no declinaron un punto de su resolucion; repitieron las salidas, si bien siempre con infeliz suceso, porque los españoles, reforzados con un tercio procedente de Lombardía, opusieron en todas partes una resistencia invencible. D. Fadrique y Chapin, creyendo que solo la espada del hambre podria humillar aquellos frenéticos, estrecharon en tales terminos la línea de bloqueo, que ni un solo hombre pudo entrar en la plaza ni salir de ella. Entonces los harlemenses, para continuar sus comunicaciones con el príncipe de Orange, que se habia aproximado á la frontera del Dullart y que les entretenia con promesas magníficas, pero poco realizables, soltaron palomas que volaban desde la ciudad al campo del príncipe y volvian llevando atado al cuello un papel con las noticias convenientes. Este ingenioso medio, aunque muy conocido y practicado en tiempo de los romanos, no se empleó hasta entonces en las guerras de la Europa regenerada. La casualidad hizo que le descubriesen bien pronto los sitiadores, y los aéreos mensageros pagaron con la muerte su cándida fidelidad.

Sin embargo, Orange, aguijado por las quejas de los suyos y estimulado por la importancia de Harlem, envió en su auxilio un fuerte cuerpo de ejército. Acaudillábale Ratembourg, general menos sobresaliente por su pericia que por su denuedo intrépido. Acometió con imprudente ímpetu el real de los sitiadores; pero fué recibido con tanto órden, constancia y esfuerzo, que sus tropas se desbandaron, habiendo esperimentado la pérdida de mil seiscientos hombres. Ratembourg, combatiendo como un soldado, cayó mortalmente herido sobre el campo de batalla.

Abandonados á sus propios recursos y á su creciente desesperacion los harlemenses, todavía no daban muestras de debilidad.

De los cuatro á cinco mil hombres que al principio componian la

guarnicion, apenas quedaban mil en disposicion de empuñar las armas; los demas habian perecido en los diferentes ataques ó reparaban dificilmente sus fuerzas en los hospitales. El hambre, ese enemigo siempre victorioso del valor, empezó á ejercer sus horribles devastaciones. Aquella ciudad infeliz, ciega con los furores del fanatismo, ofrecia un espectáculo deplorable y lastimoso. Los mas eminentes y hermosos edificios habian sido arruinados por la artillería enemiga; las calles, obstruidas de escombros y de cadáveres, apenas permitian el paso á las bandas de mujeres y niños que las recorrian con delirante afan, unas veces vomitando imprecaciones contra los sitiadores, otras elevando al cielo sus manos y sus corazones para pedirle con una muerte pronta, el remedio de tantos males, y muchas desfalleciendo á impulsos del sentimiento y de la miseria. Habia llegado esta á un estremo tal, que los habitantes se alimentaban con correas y suelas de zapatos cocidas, y con otros manjares mas repugnantes. De unos padres se refiere, que habiendo enterrado á una hija suya de pocos años, sacaron su cadáver del sepulcro al cabo de diez dias, y reproduciendo el ejemplo de la mujer judía en Jerusalen, le devoraron con una ferocidad insaciable.

En semejante estado, los desventurados harlemenses se sometieron sin condiciones á la clemencia del vencedor. Mostróla este hasta cierto punto, preservando á la ciudad del saqueo mediante la cantidad de doscientos mil escudos; pero la cólera de los españoles se desató contra los predicantes, contra los franceses é ingleses que, hechos prisioneros en Mons y olvidando su honor y sus juramentos, habian empuñado otra vez las armas con los corífeos de la sedicion. Todos ellos, en número de dos mil fueron pasados al filo de la espada (1).

(1) En este sitio tuvo lugar una invencion que creemos deber mencionar. Consistia esta en un medio que ideó un soldado español llamado Urito, para ver las operaciones del enemigo en el interior de la plaza. Hé aquí cómo lo describe Mendoza:

«Era un árbol de navío grande, y al pié de él, labrado en forma de husillo, distancia de 7 ú 8 piés geométricos, donde estaba puesta la puerquezuela, venia una caja de madera en forma de triángulo, horadada por medio, por donde pasaba el árbol de navío. Las paredes de esta caja triangular eran á prueba de mosquete, con sus troneras, espacio y altura para estar uno ó dos hombres sentados y cubiertos, y tirar con el mosquete ó arcabuz. Este árbol de navío se hincó en tierra, puesta la caja en la mane-



Algunos otros acontecimientos terminaron esta campaña. El conde de Bossu, peleando intrépidamente con solo la galera capitana contra veinte buques enemigos, se sostuvo durante veinte y dos horas, pero oprimido por el número y habiendo perecido casi toda la tripulacion, fué hecho prisionero. En compensacion de esta pérdida los españoles recobraron algunos lugares, y se apoderaron de Felipe Marnisio, baron de Santa Ildelgunda, uno de los principales fautores de aquellas revueltas, y cuyo especial ingenio para la intriga le hacia no menos temible á sus enemigos que precioso á sus amigos. Por este tiempo el príncipe de Orange, queriendo salir de su inaccion con algun hecho sobresaliente, puso sitio á Middelbourg, pero la narracion de sus operaciones corresponde al año siguiente.

Casi al principiar el de 1573, creyó Felipe II que la sistemática severidad del duque de Alba era la causa móvil é inmediata de las agitaciones en los Paises Bajos, y á fin de sosegar aquellos ánimos tan encendidos, pensó en separarle del mando, nombrando por sucesor suyo al duque de Medinaceli. Pasó este noble á Flandes en efecto; pero conociendo que sus fuerzas eran insuficientes para domar una insurreccion tan embravecida, no quiso admitir el espinoso cargo que se le confiaba, si bien no falta quien afirma que Alba rehusó desprenderse del gobierno ínterin no lograra restablecer la tranquilidad en los estados cortando la cabeza á la hidra de la heregía. Pero semejante asercion parece poco fundada si se considera que el duque de Alba, modelo de lealtad entre los leales, renunció sus funciones y se embarcó para España tan luego como

ra que escribo y para levantarla por él, habia unos canutos de madera largos de tres ó cuatro piés geométricos, que abrazaban el mismo árbol, los cuales se abrian y cerraban con unos goznes, para poderse poner y quitar entre la caja y puerquezuela del husillo, y con esto subia la caja la altura del canuto, ayudada con la puerquezuela, lo que duraba el husillo adonde se afirmaba el canuto con unos hierros, sustentando la caja y soldados que iban encima, en tanto que bajando la puerquezuela se ponia otro canuto entre el primero y ella, con que volvia á subir la caja hasta ponerla con esta ayuda de los canutos en lo mas alto del árbol, de donde el soldado reconocia á su salvo y tiraba, bajando con la caja de la suerte que se habia hecho para subirla. Ingenio que no es de mucha costa ni dificil en el componerle, y de provecho para reconocer lo que los enemigos fortifican de parte de dentro siempre que no tienen artillería con que ofenderle.»

se presentó el nuevo gobernador D. Luis Requesens, comendador mayor de Castilla (29 de noviembre).

Algunos espíritus rectos é imparciales censuraron como inoportuna la separacion del de Alba, y ciertamente aun vituperando su rigor como escesivo, es preciso convenir se eligió la peor hora para destituirle de su cargo. Las constantes victorias de los españoles, debidas al genio y prudencia de este caudillo, habian hecho su nombre tan respetable que los insurgentes apenas ensayaban ya temidas tentativas sobre las costas de Holanda y Zelanda cerca de las fronteras que en todo caso podian servirles de refugio; la disciplina de los reclutas se mantenia firme é inquebrantable bajo la autoridad imponente de aquel grande hombre, y los resortes mas gastados del gobierno recobraban á su voz nueva energía. Así es que el fundamento de esta medida puede apreciarse perfectamente por el juicio que acerca de ella forman los políticos contemporáneos (1), á saber: «que ó el duque de Alba no debió poner el pié en los Paises Bajos, ó no abandonarlos hasta humillar completamente á la sedicion ya muy quebrantada.»

Mientras se combatia con tanto furor en los Paises Bajos, verificábase una nueva espedicion de los españoles al Africa.

Fenecida la guerra con el sultan Selim, en lo cual influyó principalmente la inesperada defeccion de los venecianos, creyó don Felipe que debia reprimir severamente los desmanes de Uluc-Alí, que convertido de pirata en rey de Túnez con el auxilio de los turcos, era el azote y terror de las costas españolas. Ciento cincuenta y dos galeras, veinte mil hombres de desembarco y un Juan de Austria por general eran elementos suficientes para arrojar de las sienes del corsario la corona que empañaba con sus vicios. D. Juan recibió órden para penetrar en Túnez, quebrantar el nervio de los piratas y arrasar la Goleta hasta los cimientos. D. Felipe, dice un historiador (2), pensaba que se debia destruir en vez de edificar en Africa, pensamiento que si bien erróneo en su esencia, no dejaba de ser oportuno atendiendo á la situacion de España, afligida con los

(1) Estrada, Guerras de Flandes, tomo I.
(2) Miñana, Continuacion de la historia de España, tomo VII.



sacrificios y calamidades de una guerra en igual grado prolongada y dispendiosa. Pero los hombres perspicaces vieron mas bien que la esplicacion satisfactoria de consideraciones militares y políticas, el mal rebozado deseo de contrariar los planes ambiciosos de D. Juan.

Este jóven príncipe se hizo á la vela, (1) navegó prósperamente y desembarcó sin obstáculo alguno su ejército cerca de Túnez. Uluc-Alí, falto de medios para conjurar la tempestad, se habia dirigido á Constantinopla; la guarnicion turca, no atreviéndose á resistir á un enemigo mas formidable por su reputacion que por su número, huyó aceleradamente; los habitantes, sobre todo tímidos ó débiles, abrieron espontáneamente las puertas, y el ejército cristiano entró triunfante en Túnez sin haber disparado un arcabuz ni roto una sola lanza. Pocos dias despues se sometió Viserta, y era tal el terror que inspiraba en aquellos paises el nombre castellano, que no se advirtió el menor síntoma de resistencia en todo el diámetro que comprendia el antiguo reino de Túnez. D. Juan, humano y generoso, atrajo con la fama de su clemencia á los fugitivos, colocó sobre el trono á Muley-Mehemet, de la dinastía africana, y restableció en todas partes el órden y la tranquilidad. Pero lejos de obedecer las órdenes de su hermano respecto á la destruccion de la Goleta, mandó construir entre esta y Túnez una nueva fortaleza que guarneció con cuatro mil infantes y cien caballos al mando de Pedro Zanoguera. El cuidado de Viserta, guarnecida tambien, se confió á Francisco Dávila, quedando como gobernador de la Goleta D. Pedro Portocarrero. D. Juan regresó á Italia con breve y feliz navegacion. Hay quien supone que se opuso á los designios de Felipe, porque abrigaba el de ceñirse la corona de Túnez segun le habia prometido el papa; tal vez le movió el respeto á la grande idea del emperador su padre que queria afianzarse sólidamente en Africa; pero de cualquier modo fué motivo para que en el siguiente año ocurriera una catástrofe terrible.

(1) Componíase esta division de 6,345 españoles de los tercios de Nápoles y la liga, 5,515 italianos de las coronelías de D. Sigismundo y D. Octavio Gonzaga, y 788 alemanes con 5,342 soldados de los contingentes italianos, 744 zapadores, 400 caballos ligeros y un numeroso tren de artillería. Iban abordo de 34 navíos, 30 buques trasportes y 100 galeras.

El carácter dulce y moderado del nuevo gobernador inspiró alguna confianza respecto á la concordia de los irritados ánimos. Muchos flamencos en efecto, dotados de leales intenciones, y creyendo que el orígen y fomento de aquellas horribles agitaciones consistia en la arrogancia española, pedian únicamente que se respetase la dignidad de su nacion demasiado fuerte y poderosa, y nutrida ademas con brillantes tradiciones, para que descendiera hasta el triste y humillante papel de un pueblo conquistado.

Apresuróse Requesens á realizar estos votos; mandó derribar la colosal estátua (1) que el duque de Alba habia colocado sobre la ciudadela de Ambéres, esplicó en un sentido benévolo los últimos desórdenes; brindó á todos con la oliva de la paz, y quiso cubrir con el manto de una nueva aministia, crímenes que por demasiado estensos no podian ser comprendidos en el estrecho cánon de las leyes ordinarias. Pero estas medidas, aplaudidas por pocos, fueron miradas con indiferencia por los mas, y Requesens comprendió muy luego que pasiones tan ardientes como las que ya se hallaban comprometidas en aquella guerra solo se apagan con el triunfo ó con un completo esterminio. El estrépito de las armas llegaba á oidos del gobernador, y este prefiriendo inútiles combinaciones diplomáticas, trató de reprimir con los escasos elementos que tenia á su disposicion, la audacia siempre en incremento del enemigo.

Orange estrechaba, segun hemos dicho, á Middelburg, capital de la Walcheren y de las demas islas de la Zelanda (1574). La posicion de esta plaza, único baluarte que habia quedado en aquel estenso litoral, envolvia un interés de primer órden para los españoles, porque perdiéndola perdian tambien una parte principal en la línea del norte, con lo que el enemigo tendria sólidamente aseguradas sus comunicaciones con la frontera alemana, manantial de sus recursos y base de sus operaciones. Habíala conservado hasta entonces el veterano Mondragon, cuyo nombre pronunciaban con respe-

(1) El duque de Alba cuando regresó á Bruselas, despues de derrotar á Luis de Nassau y ahuyentar al príncipe de Orange, mandó erigir una estátua colosal de bronce con los cañones cogidos al enemigo, estátua que representaba al mismo duque en actitud de poner el pié sobre las figuras emblemáticas de la sedicion y del protestantismo, con varias inscripciones griegas y latinas alusivas á su último triunfo.

to hasta sus mas encarnizados enemigos. A la verdad él solo con su gran prestigio, con su fecundo ingenio y con su estraordinaria perseverancia, era capaz de haberse sostenido durante dos años en una plaza rodeada por agua y tierra de un enjambre de gueux, insuficiente para formalizar un sitio, pero bastante para establecer el bloqueo, haciendo sufrir á la guarnicion las mas duras privaciones. Por último, Orange, que fundaba en la celeridad el éxito de sus mas aventuradas espediciones, habia cercado á Middelburg con un ejército poderoso, al mismo tiempo que su armada abrazaba en toda su latitud el brazo principal del Escalda. El intrépido Mondragon resistió sin inmutarse al poderoso fuego de artillería, hizo varias salidas con grave quebranto de los sitiadores, y podia concebir la esperanza de obligarles á desistir de su empresa, si el hambre, cada vez mas sensible, no le hubiera obligado á implorar el auxilio de Requesens.

El gobernador, que conocia perfectamente la importancia de Middelburg, equipó presurosamente una escuadra y la confió al nuevo almirante Glimes y á los dos capitanes españoles Dávila y Romero. Esta escuadra debia dividirse en dos trozos; uno, bajo las órdenes de Dávila, estaba destinado á seguir el brazo principal del Escalda, imponiendo, con su presencia, á los buques enemigos anclados delante de Middelburgo; el otro, á las órdenes de Glimes, habia de caer sobre el costado izquierdo de la armada enemiga. Empeñada esta entre dos fuegos antes que pudiera soltar las áncoras y hacer uso de sus velas, debia sucumbir ó esperimentar al menos una pérdida considerable. Pero Orange, que adivinó esta maniobra, trató de prevenirla y lo hizo de un modo que honraba tanto á su genio como á la intrepidez de sus marinos. Cubriendo con fuertes baterías la márgen del Escalda en términos que contuvieran á una distancia respetuosa la escuadra de Dávila, dispuso que la mayor parte de la suya, bajo la conducta de Luis Busolo, oficial hábil y muy esperimentado, bogara rápidamente al encuentro de Glimes y Romero, y les batiera con ardor antes que pudieran levar el ancla. Era atacar el plan de Requesens con su plan mismo; pero con esta diferencia bien notable: que Dávila, privado de Glimes, tenia que mantenerse en inaccion forzosa, ó empeñar un combate temerario contra las

baterías y buques de Orange que habian quedado en las aguas de Middelburgo, mientras que Busolo contaba con elementos suficientes para destruir la escuadra de Glimes.

Busolo, favorecido por el viento, avanzó con suma velocidad y halló todavía á los españoles en el puerto de Berg-Opzom; inmediatamente les embistió maniobrando á barlovento, de manera que envolviese en una nube de fuego, las alas y el frente de su enemigo. Los españoles, aunque sorprendidos, se defendieron al principio con un denuedo digno de su reputacion; la capitana, que mandaba Busolo, sufrió considerables averias; perdió el árbol (palo mayor), y estuvo á punto de zozobrar; mucha parte de su tripulacion quedó tendida sobre cubierta, y el mismo Busolo fué gravemente herido, pero esta ventaja efimera solo sirvió para hacer mas sensible el desastre. Los gueux, superiores en número, lo eran mucho mas en táctica naval; sus buques, mas veleros, cedian fácilmente al influjo del timon, y evitaban con mucha destreza las descargas mortíferas de la artillería española. Sin embargo, Glimes y Romero peleaban como varones esforzados; aquel cayó mortalmente herido, y este logró salvarse casi por milagro en un esquife cuando ya toda la escuadra estaba deshecha y su galera se habia ido á pique. Muchas de las españolas encallaron en bancos de arena; otras quedaron completamente abrasadas por los fuegos arrojadizos que lanzaban los gueux, y cuya confeccion se asemejaba algo á la del famoso fuego griego.

Los vencedores recogieron un cuantioso botin y pensaron completar su triunfo envolviendo á la escuadra de Dávila, pero éste, noticioso de la derrota, logró escapar al peligro que le amenazaba.

Habia estado mirando Requesens, desde una torre de Bergen, el éxito fatal de aquel combate, que servia para inaugurar bajo infaustos auspicios su gobierno, y conociendo que Mondragon, falto de toda esperanza no podria sostenerse en Middelburg, le dió órden para que capitulase bajo las mejores condiciones posibles.

El valiente español, aunque reducido á la última estremidad, logró que Orange permitiera salir á la guarnicion con todos los honores de guerra. En efecto, aquellos heróicos soldados desfilaron por delante del enemigo, que con muda admiracion les tri-



butaba el mas lisonjero homenage, debido á su ínclita perseverancia.

Solo Mondragon fué considerado como prisionero, mas era tal la confianza que su probo carácter inspiraba á los enemigos, que le permitieron marchar á reunirse con Requesens, siempre que prometiera volver á constituirse prisionero si el gobernador no admitia el cange propuesto por Orange. Este rasgo de caballerismo en guerra tan ciega y destemplada, arroja algun brillo sobre los sombríos cuadros que vamos desenvolviendo. Requesens sabia cuán importante era la libertad de aquel varon esclarecido para revocar lo que habia estipulado; aceptó desde luego el cange con el baron de Santa Ildelgunda y otros capitanes rebeldes, y Mondragon pudo todavía concurrir á los campos de batalla á adquirir en ellos nuevo esplendor para su nombre y mayor gloria para su patria.

La pérdida de Middelburg hizo sobremanera crítica la situacion de los españoles. Podia considerarse como definitivamente perdida la Zelanda, cuya reconquista era en estremo dificil á causa de su situacion geográfica; habian perdido la ofensiva y con ella el prestigio que antes les rodeaba; habíase disminuido considerablemente su número en la última campaña; carecian de escuadra que restableciese sus comunicaciones con la península española, y podia decirse sin temor de presentar una metáfora atrevida, que les faltaba el escudo físico y moral para cubrir y protejer el Bravante.

El genio osado é infatigable de Orange habia concebido un plan para que su último triunfo ejerciera una influencía decisiva sobre el resultado de la guerra. Pensaba ponerse á la cabeza de un poderoso ejército, hacerse dueño de Ruremonde, llave del Mosa, cruzar audazmente este rio, penetrar en el Bravante, apoderarse de la opulenta Ambéres, procurarse por este medio inmensos recursos, y amenazar con la punta de su espada la misma capital, Bruselas. En combinacion con este pensamiento, Luis de Nassau, secundado por su hermano Enrique y Cristóforo de Baviera, hijo del elector palatino, levantó en Alemania un cuerpo de ejército, consistente en siete mil infantes y cuatro mil caballos. Al frente de estas tropas, Luis debia atravesar el Mosa, sitiar á Maestrick y tender la mano al de

Orange que avanzaria entonces desde la isla de Bomel, para incorporarse con su hermano. Si esta temida reunion llegaba á verificarse, la campaña quedaba resuelta, pero de la manera mas fatal para los españoles, que se hallarian muy débiles en todos los puntos para resistir á tan formidable golpe de enemigos.

Por fortuna las eficaces disposiciones de Requesens y la activa inteligencia de Sancho de Avila conjuraron este inminente peligro. El gobernador, agitando todos sus elementos, logró poner sobre un pié respetable la marina y reunir un ejército, fuerte de siete ú ocho mil infantes, con cuatrocientas lanzas, inferior en número, especialmente en caballería, al enemigo; pero en el que dominaban aquellos arcabuceros españoles, á cuya heróica intrepidez no habia hecho traicion todavía la fortuna. Los jefes eran dignos de mandar tales soldados; el bizarro Bracamonte, el invencible Mondragon, D. Bernardino de Mendoza, espíritu vasto, sintético y profundo, á la vez hábil capitan, sagaz diplomático y elegante historiador; Juan Bautista del Monte, italiano, que representaba fielmente á una raza entera de ilustres guerreros; veteranos llenos de esperiencia como Olivera y Valdés; jóvenes valientes y entusiastas como el italiano Perroto y el español Montes de Oca. Por último, Sancho de Avila, discípuló del duque de Alba, habia merecido por sus hazañas y talentos que aquel severo jefe le dispensara una consideracion especial.

Avila, previendo con razon que por muy rápida que fuera su marcha, no podria impedir que el enemigo sitiara á Maestrick, mandó al capitan Montes de Oca que con un cuerpo escogido se arrojara dentro de esta plaza. Oca desempeñó felizmente su comision, y Nassau puso inútilmente en juego todos sus elementos para penetrar en Maestrick.

No fué mas venturoso Orange en su proyecto de tomar á Ruremonde. Derramando el oro á manos llenas, habia conseguido corromper á algunos soldados franceses de la guarnicion, los cuales le ofrecieron abrirle una puerta en el momento que se presentara delante de la plaza. Pero se descubrió oportunamente esta trama inícua, y Sancho de Avila, desprendiendo de su ejército veinte y cinco banderas, mandó al maestre de campo Valdés que guarneciese con ellas á Ruremonde.



Frustrados de este modo los principales planes de Orange, no podia Luis de Nassau permanecer comprometido en el estéril sitio de Maestrick. Con efecto, le abandonó tan luego como supo que se aproximaba el ejército católico, y ciñó todos sus pensamientos al de abrirse un paso sobre las aguas del Mosa. Si lo lograba, aun dejando á sus espaldas Maestrick y Ruremonde, podia llevar el fuego de la guerra al interior del Bravante, atraer el cuerpo de su hermano, relegar en el fondo de la Zelanda al ejército español, y tal vez colocarle entre dos fuegos, haciendo concurrir por la frontera nuevos regimientos de alemanes. Esta operacion era igualmente decisiva; realizado este plan, toda la actividad y pericia de Avila, todo el ingenio y eficacia de Requesens, debian conducir á un resultado de seguro inútil probablemente funesto.

La presencia de Avila sobre la márgen izquierda del Mosa destruyó esta última esperanza de los orangistas. Siguiendo con vista perspicaz y firme todos los movimientos del enemigo, el general español hizo marchas paralelas, y se halló siempre fuerte en todos los puntos por donde Nassau pudiera intentar el paso. Mas, aunque semejante maniobra fuera suficiente á impedir la terrible invasion, no prevenia, sin embargo, todas las eventualidades. Luis, renunciando completamente á su primera idea, se hallaba aun en el caso de dejarse caer sobre la isla de Bomel, y enlazándose con Orange, emprender una retirada honrosa y segura. Por lo demas, para neutralizar la pérdida de Middelburg, para comprimir las esperanzas de los protestantes, para rehabilitar la reputacion de los españoles; en una palabra, para cambiar profundamente la fisonomía física y moral de la guerra, se necesitaba otra cosa mas importante; era preciso aterrar al enemigo con un golpe que le imposibilitara durante largo tiempo de tentar una nueva invasion. Requesens y Avila lo pensaron así, y éste, remontando el curso del rio, en direccion opuesta á la de Nassau, reunió precipitadamente algunas barcas y verificó el paso sin que le detuviera en la márgen derecha ni una sola lanza enemiga.

Cuando Luis llegó á saber que los españoles habian cruzado el Mosa y amenazaban su costado izquierdo, se atrincheró precipita-

damente entre el Mosa y el Vahal, procurando defenderse hasta el último estremo. Su posicion, sobre ser ventajosa topográficamente considerada, era tambien muy propia para sacar todo el partido posible de su infantería y caballería; aquella inferior á la española, pero esta decididamente superior. La lengua de tierra que por aquella parte divide los dos rios, tiene poco mas de dos millas de latitud, lo que permitia al ejército protestante enlazar con la estremidad de sus alas las dos orillas. Luis se colocó en esta lengua de tierra apoyando su espalda en la aldea de Moock, donde habia seis mil infantes; un poco á la derecha se elevaba una colina cubierta por diez banderas de infantería; entre la espalda y la montaña, inclinados hácia el norte, y por consiguiente separados todo lo posible del Mosa, estaban mil ochocientos caballos, que constituian el nervio de su ejército y que habian de cargar en el momento decisivo. Por último, todo el frente de la posicion se hallaba coronado por una trinchera de cañones. El pensamiento de Luis era bastante atinado; quebrantar la fuerza de la infantería española, empeñarla en el primer choque con la suya, y cuando estuviera mas engolfada en el combate, arrojar sobre sus flancos ó retaguardia su formidable caballería. Por esta disposicion se pueden comprender los adelantos que iba haciendo la táctica en aquel tiempo.

Pero la de los españoles era muy superior, merced á las últimas innovaciones introducidas por el duque de Alba. Sancho de Avila partiendo de Grave, hizo avanzar su ejército con bastante celeridad, estendióse la caballería por unas praderas, marchando la infantería por el mismo dique del Mosa. Así la fuerza principal del ejército iba á desembocar frente del punto mas vulnerable, que era la trinchera. Para compensar la inferioridad de la caballería se habian envuelto sus alas en dos mangas (1) de arcabuceros, y á fin de debilitar el primer choque del enemigo, se sacaron de cada escuadron veinte y cinco caballos, los cuales constituyeron una manguilla, invencion del duque de Alba, coronada hasta entonces por los mas felices resultados. Finalmente, y completando la misma idea de evitar que la caballería protestante arrollase á las cuatrocientas lanzas rea-

(1) No siempre se componian estas mangas de una sola arma; solíase tambien agregarlas algunos caballos en el tiempo á que nos referimos.



listas, se dispuso que en el momento del choque se dividieran estas en pequeños trozos, con el fin de revolotear alrededor de la contraria y envolverla por todos lados. En el mismo dia 24 de abril de 1574, y cuando ya escaramuzaban los españoles con las avanzadas enemigas, llegó al campo el señor de Hierges, noble holandés, de acendrada lealtad y no menos valor, con un refuerzo de quinientos peones y ginetes, el cual junto á la guarnicion de Maestrick, mandada por Montes de Oca, que tambien habia concurrido para esta operacion decisiva, elevaba el número de los infantes á seis mis hombres próximamente. La caballería hemos dicho que constaba de cuatrocientas lanzas. Algunos capitanes opinaban porque se esperasen algunas banderas de Valdés, que avanzaban rápidamente; pero Avila y Hierges no quisieron entibiar el ardor de sus soldados, y dieron la señal de acometer.

Los primeros esfuerzos se dirigieron contra la colina ocupada por las diez banderas de infantería, las cuales protegian la masa de caballos y el flanco mas accesible de la trinchera. El capitan Montes de Oca recibe la órden para desalojar al enemigo de esta posicion y empeña el ataque con cien arcabuceros españoles y doscientos walones, sostenidos por el tercio de Mondragon. Rómpese el fuego por ambas partes, y los católicos, colocados al pié de la colina y amparados en parte con los accidentes del terreno, le continuaron durante hora y media, sin pestañear. Al fin el intrépido Montes de Oca, poniéndose á la cabeza de su columna, trepa por la falda de la eminencia, y los enemigos, llenos de terror, se replegan aceleradamente sobre su trinchera. Pero Oca no quiere dejar su triunfo incompleto; se lanza dentro de la trinchera, desaloja al enemigo y le pone en dispersion. Esta ventaja fué efímera; las veinte y cinco banderas que cubrian á Moock se precipitan con estraordinario ímpetu sobre la trinchera, baten á los españoles y walones, y restablecen el honor de sus armas. Sin embargo, este revés no desalienta á los realistas; la trinchera es siempre su punto objetivo y se obstinan en recuperarla con nuevos y mayores esfuerzos. Montes de Oca, secundado por los capitanes Benavides y Lorenzana, y apoyado en cien ginetes que avanzan por la llanura, intenta otra vez la espugnacion. Entonces la trinchera aparece como ceñida de una faja de fuego; el intrépido Montes de Oca que marchaba el prime-

ro, cae traspasado de dos balazos; el alférez de Mondragon, Benitez, recibe quince, y sin embargo sobrevive á sus numerosas heridas; la agilidad de los españoles impide que el daño sea considerable, y su intrepidez impone en tales términos á la infantería enemiga, que sin llegar á lo estrecho de las armas blancas, huye derramada por aquellos contornos. Pero los soldados, como si adivinasen el pensamiento de sus jefes, permanecieron inmobles en la trinchera hasta ver el giro que daba la caballería orangista. Esta, que no habia tomado parte en la accion, se mueve entonces, formando una compacta masa, pero se detiene ante el fuego nutrido y acertado que fulminan sobre ella las mangas de arcabuceros. Rehecha en pocos instantes, lánzase de nuevo; entonces los ginetes españoles, realizando el pensamiento de Avila, se dividen con admirable rapidez y envuelven al enemigo; Juan del Monte le acomete por el frente; D. Bernardino de Mendoza despedaza su costado izquierdo y Juan de Alconete, ó Perroto (1), dá con veinte y cinco corazas una furiosa carga por la derecha.

En esta situacion la caballería enemiga desconoce el verdadero peligro; mientras se agita inútilmente, una lluvia de fuego cae sobre sus apiñados escuadrones; el campo se cubre de hombres y caballos muertos, y los que sobreviven, aturdidos, confusos, procuran retirarse con órden y en efecto logran ganar la eminencia, ocupada antes por la infantería. Pero estos hombres desmoralizados eran ya incapaces de una resistencia séria; Mendoza manda al capitan Olivera que permanezca con su escuadron en la llanura, y él á la cabeza de su tercio sube á la colina, arroja de allí á los orangistas, que perdido el aliento, caen en brazos de Olivera. Este les oprime, les acosa y los lanza á su vez sobre un refuerzo que acaba de llegar de Breda. Por último, los caballos que no perecen, se desbandan como los infantes, dejando enteramente á discrecion del enemigo el campo de batalla. Los españoles persiguieron á los fugitivos por espacio de legua y media. Quedaron tendidos sobre el teatro de la accion dos mil quinientos peones orangistas, y quinientos ginetes y caballos. Otros muchos se ahogaron en las lagunas y rios inmediatos, siendo

(1) El historiador Estrada adjudica esta carga brillante al italiano Perroto; Cabrera, por el contrario, sostiene que la dió su compatriota Juan de Alconete.



de este número los tres generales enemigos, Luis y Enrique Nassau y Cristóforo de Baviera, porque sus cuerpos no parecieron en ninguna parte. Los vencedores solo esperimentaron la pérdida de veinte infantes y otros tantos caballos, diferencia enorme, pero que se concibe bien teniendo en cuenta que la infantería enemiga azorada desde un principio, hizo sus disparos con mano trémula, y que la caballería, verdadera fuerza de aquel ejército, fué casi completamente inútil, gracias á las sabias disposiciones de Sancho de Avila.

Una sedicion de las tropas victoriosas impidió recojer los abundantes frutos de esta jornada. Los veteranos españoles llenos de turbulenta ira, porque en el largo plazo de treinta y cinco meses no se les habia abonado la menor parte de sus estipendios, rehusaron abiertamente proseguir la guerra, no queriendo, segun su enérgica espresion, «derramar mas sangre por un príncipe que les entregaba á la miseria.» Avila, impotente para refrenar la insurreccion que iba tomando por instantes formas mas amenazadoras, se evadió clandestinamente del campo; pero los amotinados sin desconcertarse por esta fuga, nombraron un *electo* revistiéndole con todas las atribuciones y deberes anejos al mando supremo.

En esta disposicion marcharon hácia Ambéres, cuya entrada trató de impedirles Requesens; mas las fuerzas que guarnecian la ciudad y el castillo, aquejadas de la misma dolencia, fraternizaron con los insurgentes y secundaron sus proyectos. Podia temerse que estas tropas tumultuadas en el seno de una ciudad opulenta, cometieran los mayores escesos, pero el admirable poder de la disciplina, prevaleció sobre la irritacion de las pasiones. La primera providencia que tomaron los insurgentes al entrar en Ambéres, fué la de establecer la ignominiosa pena de horca contra cualquiera que atentase á las propiedades públicas ó particulares, y esta pena, realizada en dos delincuentes, bastó para contener á los demas en el límite de sus deberes.

Durante sesenta dias permanecieron en esta actitud cuatro mil veteranos, al cabo de los cuales Requesens y los ciudadanos de Ambéres, mas conmovidos con la moderacion de las tropas que intimidados por sus amenazas, reunieron cantidades suficientes para satisfacer los atrasos de quince meses. Los soldados, sorprendidos



al verse dueños de una riqueza tan inesperada, se desprendieron de gran parte con mano pródiga; la codicia de algunas personas y corporaciones halló en su liberalidad abundante cebo, pero resplandeció entonces la equidad de los jesuitas, que lejos de apropiarse el dinero y efectos que les ofrecian los insurgentes, lograron con sus luminosas exhortaciones que los restituyeran á sus verdaderos dueños.

Estos rasgos revelan el carácter de la veterana milicia española en aquella época; carácter á la vez impetuoso, espansivo, resignado, terrible ó magnífico, segun el móvil que le impulsaba. Alegres y orgullosos los soldados con haber obtenido el éxito de su demanda, marcharon al sitio de Leiden, bloqueada tiempo habia, y defendida por Juan Douza, holandés intrépido, digno de los favores de Marte y de Minerva.

Leiden, reputada como la segunda ciudad de Holanda por su poblacion y magnificencia, se eleva majestuosamente en forma de anfiteatro sobre una eminencia que baña el Rhin con sus caudalosas aguas. Las ventajas de su situacion, la solidez de sus muros y el valor de sus defensores la hacian casi inespugnable; pero el hambre habia reducido á sus habitantes á tal estremidad que solo se alimentaban con yerbas ó con manjares inmundos. Orange, que anhelaba vivamente salvar esta plaza, y que carecia de fuerzas bastantes para envolver los reales españoles, trató de suplirlas por un medio tan ingenioso como atrevido.

Reunió ciento cincuenta barcos chatos, los colocó en la llanura que se estiende al pié de la plaza, y rompiendo los diques de los rios inmediatos, convirtió en un pequeño mar aquellos campos cubiertos antes con una vejetacion lozana. Avanzan con ímpetu por todos lados las desencadenadas olas; los españoles, que ven inundarse su campo, pretenden contener el peligro por medio de improvisados parapetos, pero el poder de las aguas, aumentándose incesantemente, venció al poder de los hombres que se debilitaba con la sorpresa y la fatiga; por último, los sitiadores, conociendo la inutilidad de sus esfuerzos, sacan del campo los efectos mas preciosos y se retiran á las alturas inmediatas que coronan con su artillería. Entonces, impelida por un viento próspero, se adelanta la escuadra de



D. Luis de Requesens.

Orange cargada de hombres y víveres; los españoles intentan todavía detenerla con el fuego de su artillería, pero los disparos ó son ineficaces por la larga distancia, ó se pierden en el seno de las crecientes ondas. La escuadra llega hasta las puertas de Leiden, que auxiliada tan singularmente no puede temer ya la prolongacion del sitio. Los españoles comprendieron lo mismo y se retiraron en buen órden sin ser molestados por el enemigo. Se asegura que perecieron en Leiden, víctimas de la miseria, mas de diez mil personas: ¡ejemplo de constancia que podria parecer estraordinario si no le hubieran precedido los de Harlem y Middelburg!

Despues de este notable acontecimiento prosiguió la guerra con instable fortuna. Fué derrotada de nuevo la armada española en las costas de Zelanda por la perfidia de los naturales y la criminal connivencia del almirante, pero en compensacion los españoles espugnaron algunos pueblos fortificados y pusieron en ellos buenas guarniciones.

Al mismo tiempo que ocurrian estos sucesos en Flandes se habia encendido la guerra en Africa entre españoles y turcos. El sultan Selim, que deseaba con vehemencia una ocasion para lavar la mancha que adquiriera su pabellon en la batalla de Lepanto, recibió favorablemente al pirata Uluc-Alí, y le ofreció todos los recursos de su vasto imperio para realizar la proyectada conquista de Túnez y la Goleta. Una armada, compuesta de doscientas noventa velas, llevando á bordo cuarenta mil hombres aguerridos, zarpó de los puertos de Lepanto é hizo rumbo al Africa. Sinan mandaba en jefe; pero Uluc, sobresaliente por su audacia y sus conocimientos marítimos, era el alma de esta empresa.

Apenas aquel formidable armamento tocó en las costas africanas, se procedió al desembarco, que verificaron los turcos sin obstáculo alguno, pues los tunecinos, con su natural inconstancia, abandonaron á su rey Mehemet, quien se reputó bastante feliz con hallar en la Goleta un asilo parà sustraerse por de pronto al furor de los orientales. Reforzado el ejército turco con auxiliares que acudieron brevemente de Argel y Trípoli, penetró en Túnez, habiendo desamparado préviamente esta ciudad las tropas españolas que pasaron á

guarnecer el fuerte recien construido y todavía no terminado sobre la laguna. Sinan y Uluc embistieron al mismo tiempo este fuerte y la Goleta. Mandaba en el primero Cervellon, varon de esclarecida prosapia é intrepidéz, y tenia á sus órdenes cuatro mil hombres, por mitad españoles y napolitanos. En la Goleta habia dos mil, si bien luego se aumentó su número con la guarnicion de Viserta. El ataque de ambas fortalezas fué recio y obstinado; la defensa briosa y digna de pechos españoles. Sin embargo, en la Goleta hicieron los turcos progresos mas rápidos y sensibles por la inesperiencia de Portocarrero que retiró la guarnicion del baluarte mas próximo al mar, que era el mas vulnerable y el combatido con mayor violencia. Aprovecháronse los turcos de esta falta, se lanzaron sucesivamente sobre el baluarte, y aunque á costa de mucha sangre, lograron espugnarle, penetrando hasta el foso principal de la Goleta. La guarnicion, aunque reducida por los asaltos á la tercera parte de su número, no dió señal alguna de desaliento, y los turcos, aflojando un momento en el ataque, se arrojaron sobre el pequeño fuerte que defendia Juan Zanoguera. Rechazados con mucha pérdida en el primer asalto, volvieron contra la Goleta, pensando, y con razon, que una vez conquistada esta imponente fortificacion, las demas no podrian sostenerse largo tiempo.

Entretanto D. Juan de Austria ardia en deseos de volar al socorro de los sitiados, creyendo interesados en ello su propia gloria y el honor de su pais. Reuniendo aceleradamente una armada, se hizo á la vela desde las costas de Italia, pero una furiosa tempestad dispersó sus buques á la altura del Africa, y la mezquina política del cardenal Granvela, virey de Nápoles, le quitó los medios de rehabilitarse. Así quedó frustrado el generoso pensamiento del austriaco, y la historia tiene algunos fundamentos para creer que Felipe II sacrificó á una nimia suspicacia la gloria de España y la vida ó libertad de heróicos guerreros.

Libres los turcos de este peligro, prosiguieron con doblado teson sus ataques contra la Goleta, y abriendo un ancho portillo en el lienzo principal de la muralla, dieron el asalto el dia 6 de setiembre. Los españoles, aunque estenuados con fatigas y privaciones, sostuvieron el choque durante cinco horas, y el enemigo no logró penetrar en el

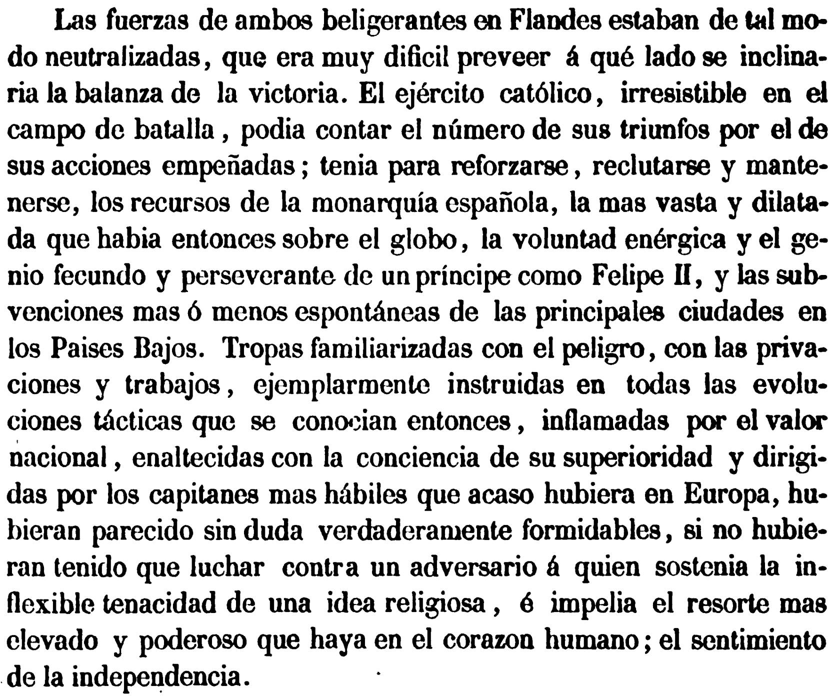
interior de la fortaleza hasta que solo quedaron vivos, cubiertos los mas de heridas, trescientos hombres. Mehemet y Portocarrero no pudieron hallar la muerte en esta lucha terrible, y recibieron las duras cadenas de la esclavitud.

La pérdida de la Goleta no pareció abatir el elevado ánimo de Cervellon y de sus intrépidos compañeros.

Resueltos á perecer gloriosamente con espada en mano, hicieron diferentes salidas, ocasionando tan grave quebranto al enemigo, que Sinan mandó levantar una trinchera tan alta como el fuerte para contener la impertérrita audacia de los sitiados y aniquilar el edificio con el nutrido é incesante fuego de sus cañones. Y como si no bastasen estos medios para sujetar á aquel puñado de valientes, hizo minar por diferentes puntos la fortaleza, en cuyas operaciones desplegaron los turcos un ardor que recordaba los grandes dias de su fanatismo religioso.

Al fin el dia 13 de setiembre saltaron las minas, jugó con mas fúria la artillería, y aparecieron muchas brechas practicables. Subieron los turcos al muro en espesas columnas sostenidas por todo su ejército, pero los seiscientos hombres que quedaban en el fuerte, único resto de su valerosa guarnicion, fueron aun bastante felices y esforzados para rechazar con considerable pérdida al enemigo.

Mas Sinan, avergonzándose de esta derrota, mandó renovar el asalto; los turcos, encendidos en cólera, se precipitan arrollando los primeros obstáculos; el combate se prolonga durante muchas horas; los cadáveres y las reliquias del muro obstruyen el paso de los combatientes, pero la multitud hace sucumbir al heroismo, y los turcos se apoderan del fuerte haciendo treinta prisioneros, únicos que habian quedado vivos. Entre ellos figuraba Cervellon para quien la historia debe reservar una brillante página en recompensa del indigno ultraje que recibió por mano de un bárbaro irritado. Zanoguera, abandonando el fuerte, logró salvarse con los cincuenta soldados que le guarnecian. Perdieron los turcos en esta série de combates treinta y tres mil hombres, y la España el medio de estender sus conquistas por la parte del mundo que puede ofrecerle mejores resultados.



Las fuerzas de ambos beligerantes en Flandes estaban de tal modo neutralizadas, que era muy dificil preveer á qué lado se inclinaria la balanza de la victoria. El ejército católico, irresistible en el campo de batalla, podia contar el número de sus triunfos por el de sus acciones empeñadas; tenia para reforzarse, reclutarse y mantenerse, los recursos de la monarquía española, la mas vasta y dilatada que habia entonces sobre el globo, la voluntad enérgica y el genio fecundo y perseverante de un príncipe como Felipe II, y las subvenciones mas ó menos espontáneas de las principales ciudades en los Paises Bajos. Tropas familiarizadas con el peligro, con las privaciones y trabajos, ejemplarmente instruidas en todas las evoluciones tácticas que se conocian entonces, inflamadas por el valor nacional, enaltecidas con la conciencia de su superioridad y dirigidas por los capitanes mas hábiles que acaso hubiera en Europa, hubieran parecido sin duda verdaderamente formidables, si no hubieran tenido que luchar contra un adversario á quien sostenia la inflexible tenacidad de una idea religiosa, ó impelia el resorte mas elevado y poderoso que haya en el corazon humano; el sentimiento de la independencia.

Los insurgentes, aunque batidos diferentes veces, jamás retrocedian ante las consecuencias de una derrota, ya por esa impasibilidad que crea el fanatismo, ya por la facilidad que hallaban en rehacerse con nuevos y ardientes auxiliares. Así se les ha visto reaparecer amenazadores bajo la victoriosa espada del duque de Alba, y á fuerza de constancia reportar triunfos que engendraban en su ánimo nuevas y brillantes ilusiones. Ademas tenian un elemento superior y de la mayor importancia tratándose de un pais rodeado por el Océano, y cruzado por los rios mas considerables de Europa; su marina aventajaba grandemente á la española, ya por el número de buques, ya por su mas acertada disposicion, ya por la luminosa esperiencia de sus tripulaciones, ya, finalmente, por la conviccion de que combatian en su propio elemento. Los gueux, como todo partido incipiente, solo podian ganar con la prolongacion de la guerra, porque bajo la mano analítica del tiempo habian de ir esplotando sus diversos recursos; los españoles al contrario, como todo poder represivo, debian tener vivo interés en reprimirla,

porque la energía que desplegaran en el principio, habia de irse debilitando con el choque violento y sucesivo de nuevos obstáculos.

Sin embargo, la mayoría del pueblo flamenco, que solo podia desplegar su instinto eminentemente mercantil á la sombra de un gobierno templado, suspiraba por la paz. Felipe tambien la deseaba con ardor y estaba dispuesto á hacer en favor de sus súbditos todos los sacrificios apetecibles, menos el de la libertad de conciencia; el emperador de Alemania, que temia penetrara en sus estados el fuego de aquellas discordias, se constituyó en mediador. A instancias suyas se reunieron en Breda los plenipotenciarios españoles y flamencos, pero despues de muchos debates inútiles prevaleció la fraccion mas ardiente, y se eclipsó de todo punto aquel rayo de esperanza. El príncipe de Orange, alma de los sublevados, fué la principal causa de esta ruptura que le devolvia toda su influencia amenazada y prestaba nuevos vuelos á su ambicion.

Requesens, conociendo el giro de las negociaciones, y probablemente adivinando su desenlace, no habia permanecido ocioso. Apenas se terminó el armisticio puso en pié un cuerpo de ejército respetable que bajo las órdenes de Egidio, señor de Hierges, debia combatir á Bueren, ciudad del principado de Orange, bien fortificada y protegida por una ciudadela. El sitio se estableció en toda regla; los españoles mostraron su acostumbrado valor, y los buerenses parecian estar resueltos á soportar los últimos rigores de la guerra. Al principio se defendieron y ofendieron briosamente á los sitiadores, pero como la artillería de estos hubiese abierto un ancho portillo en la muralla, replegáronse aquellos en la ciudadela, reputándose débiles para resistir un asalto. Por fortuna no habian tenido tiempo ó medios de abastecer la ciudadela, y viéndose amenazados por el hambre y por un enemigo muy superior, capitularon para salvar su vida, quedando en poder de los vencedores las armas y cuantos enseres pudo descubrir en la ciudad el penetrante ojo del soldado.

Enardecido Hierges con este triunfo, marchó aceleradamente contra Undewater en la Holanda meridional. Los habitantes coronaron las murallas é insultaron con palabras y hechos á los sitiadores, estos sin conmoverse, plantaron sus baterías, abrieron brecha y se lanzaron al asalto; mas la fortuna no correspondió á su intrepidez,



porque fueron rechazados. Mas encendido entonces el ánimo de los españoles, se dió un segundo asalto con impetuosidad irresistible, y los desgraciados undewartenses espiaron su insolencia de una manera terrible, pues todos fueron asados á cuchillo y convertida en cenizas la poblacion. Tambien Skonou sufrió un breve sitio, si bien no de tan deplorables consecuencias, pues una capitulacion aseguró la vida de los sitiados. Casi simultáneamente otra columna española sometió á Loredam, Asper, Huguet, Korkum y otros pueblos de menor importancia en el Bravante septentrional.

Por este tiempo concibió Requesens un proyecto verdaderamente gigantesco, y cuya ejecucion se hubiera creido imposible; á no existir para hacerla problable, la atrevida maniobra de Mondragon en Goetz. Propúsose penetrar hasta el corazon de la Zelanda, sobre que se estienden las islas de Douveland y Scaldien, y donde los enemigos dueños del mar dominaban sin género alguno de contradiccion. Fuertes razones autorizaban esta empresa y la hacian tan importante en sus resultados, como portentosa en su ejecucion. El primer pensamiento de Requesens era imponer al enemigo con un golpe de audacia estraordinario, el segundo el de asegurar los puertos de la Zelanda para ofrecer en ellos un abrigo á la armada que debia partir en breve de las costas españolas; y el tercero el separar á la Zelanda de la Holanda para estinguir en ellas el gérmen de insurreccion que allí habia echado raices mas profundas que en ninguna otra parte de la Flandes.

Las islas de Scaldien y Douveland servian de refugio despues de una derrota á las reliquias del ejército rebelde, y aun á los criminales que lograban escapar á la espada de la ley, convirtiendo como de ordinario sucede, en opinion política el temor de la justicia civil. Se las consideraba como inaccesibles. En efecto, colocadas sobre un terreno robado cuarenta años antes por la industria humana á las inundaciones, erizadas de pantanos y lagunas, rodeadas por el Scalda y por un brazo del Océano en que dominaba soberanamente la flota enemiga, solo caminando á pié por medio del mismo Océano podian los españoles abrir un camino para llegar hasta ellás.

Fijo en esta idea Requesens, se trasladó á la ciudad de Ambéres para tomar sus últimas medidas. Desde aquí mandó esploradores



que reconociesen la profundidad del Océano por el sitio en que debia verificarse el paso, la situacion de las riberas y el estado de los caminos, mandó construir barcos chatos, balsas y otros pequeños vasos en cuyas operaciones brillaron la inteligencia y denuedo del alferez español Juan Aranda, nombre oscuro hasta entonces y que despues figura en la historia como rayo de la gloria aneja á este gran suceso. Chapin por su parte no omitió diligencia alguna que pudiera conducir al buen éxito; ciñó con parapetos las costas de Zelanda mas espuestas á las escursiones del enemigo; puso espeditas las vias destinadas á los convoyes, levantó trincheras sobre las principales bocas del Scalda y las coronó de cañones para alejar con sus fuegos á las embarcaciones enemigas, é hizo en fin todo cuanto pudiera esperarse de un grande ingenio estimulado por la perspectiva de un fin colosal. Terminados estos preparativos se designaron los cuerpos que habian de formar la vanguardia. Aquellos soldados heróicos, familiarizados con los peligros, pedian todos á voces el puesto de mayor honra, pero solo se eligieron cuatro mil veteranos, la flor de la milicia europea, españoles los mas, y algunos alemanes é italianos. El intrépido Mondragon los mandaba. Dávila debia dirigir los buques de mayor porte, en los cuales se embarcarian con Mondragon dos mil de estos soldados, los que venian á constituir como un cuerpo de reserva ; otros dos mil próximamente que formaban la verdadera vanguardia habian de montar sobre frágiles leños trabados precipitadamente é incapaces de resistir á un golpe violento de las desencadenadas olas. Habíanse construido de este tamaño , ya para no alarmar al enemigo, ya para evitar los inconvenientes de la baja mar.

Esta singular escuadra sale de Ambéres, desciende á lo largo del Scalda, y siguiendo la ruta que se le habia prescrito, toca sucesivamente en Bergen y otros puntos y arriba á la isla de Filipisland. Todo cuanto se presentaba á la vista de los soldados debia afectar lúgubremente su imaginacion. Filipisland, envuelta entre las sombras de la noche , estaba de todo punto desierta ; el Océano , aquel terrible elemento que ellos iban á desafiar , habia arrebatado en pocos momentos como una irrupcion volcánica, casas , hombres y animales. Pero aquella valerosa hueste pone re-



sueltamente el pié en tierra y espera con impaciencia las últimas órdenes de sus jefes para precipitarse en medio de las aguas. Desde Filipisland á Douveland hay un estrecho de cuatro millas recien conquistado por el Océano, y en el cual durante la baja marea se veian á flor de agua los restos informes de los edificios sumergidos, que parecian disputar todavía su mutilada existencia al poder de las olas victoriosas. Estos puntos sobresalientes, enlazados en algunos sitios por bancos de arena y divididos en otros por la impetuosa confluencia de algunos rios, eran el único camino que tenian los españoles para llegar á Douveland.

El vigilante Orange, que habia tenido noticia de esta espedicion, puso en juego todos los medios que reputó necesarios para que fracasara. Hizo venir aceleradamente tropas escogidas de la Holanda y Bravante setentrional; guarneció con ellas todas las costas de Douveland, y no pudiendo sostenerse su escuadra por falta de fondos en el sitio por donde hàbian de cruzar los españoles, apeló para lograr el mismo fin á otro medio propio de su profunda inventiva. Dispuso que se diesen á la vela algunos navíos al subir la marea, y que cuando esta bajase encallaran aquellos en los bancos de arena que, como hemos dicho, forman articulacion imperfecta entre las reliquias de los edificios sumergidos. De este modo formaba con sus navíos inmóviles una especie de castillo dentro del mar, castillo que podia vomitar un fuego mortífero por todos sus costados.

Al promediar la noche del 28 de setiembre de 1575, la heróica tropa se lanza en el Océano dividida en tres cuerpos. El primero, cuya cabeza formaban los españoles, iba á cargo de Juan Osorio de Ulloa, y constaba de mil doscientos hombres; el segundo se componia de doscientos cincuenta gastadores protegidos por cien arcabuceros; y otros mil quinientos cerraban la marcha á las órdenes del capitan Gabriel Peralta. Todos marchaban desnudos de medio cuerpo arriba con calzoncillos y zapatos; en una mano sostenian una larga pica de que pendian dos bolsas, una con pólvora y otra con unos pedazos de pan y queso, únicos víveres con que contaban hasta procurárselos en el campo enemigo; con la otra mano sostenian en alto los arcabuces. Avanzaban de uno en uno, de dos en dos, ó lo mas tres á

la par, segun el ancho que ofrecia la inconstante base sobre que apoyaban los pies.

Es imposible reprimir un sentimiento de asombro al recordar esta espedicion nocturna emprendida por medio del Océano y á la débil luz que despedian los rayos de la luna, reflejándose trémulos sobre las turbias ondas. Ni la arrolladora impetuosidad asiática, ni la estóica firmeza de los griegos y romanos pueden elevarse á la altura de esta hazaña verdaderamente épica.

Cuando la imaginacion se familiariza con la idea de un peligro, su mayor ó menor intensidad no aterra á los corazones de buen temple, pero desafiar á sangre fria un peligro tan nuevo, tan inaudito, tan multiplicado, por decirlo así, es sin duda el último límite del heroismo y el mas hermoso floron que puede adornar la historia de la milicia española. Porque aquellos hombres iban amenazados de mil muertes y la fortuna mas propicia no podia evitarles una pérdida considerable. Si lograban dominar la violencia de las olas, el ímpetu de las corrientes y los lejanos tiros de la escuadra enemiga, debian ir á chocar contra los navíos encallados; era preciso que contestasen á sus fuegos, que pelearan dentro del mar contra enemigos ocultos detrás de tan estraños parapetos, y si este combate se prolongaba sobrevendria la marea, con la cual quedarian sumergidos ó serían irremisiblemente víctimas de la escuadra enemiga. Pero aun orillando estos obstáculos tan formidables, aportarian por fin estenuados de fatiga á una costa cubierta con trincheras, erizada de cañones y defendida por mas de dos mil hombres. Cualquiera de estos peligros parecia suficiente para aniquilar á aquella memorable legion.

El mar, la costa y la atmósfera ofrecian en aquellos momentos un espectáculo sorprendente, estraordinario, mas bien sublime. Mientras el valeroso tercio cruzaba el Océano con el agua al pecho, Requesens en la costa seguia con ávida mirada los movimientos y ondulaciones de su tropa, y un eclesiástico á su lado recitaba preces implorando el auxilio de la Providencia; el cielo se cubre de repente con brillantes metéoros, y los católicos españoles que creian ver en ellos el misterioso lábaro, se animan recíprocamente, fiando

en la proximidad de la victoria. Pero faltába vencer aun las mayores dificultades ; el terrible estampido de la artillería enemiga, retumbando de ola en ola como la voz de un gigante, anuncia el principio de la pelea, y al punto los gueux mas animosos abandonan sus lejanas embarcaciones, se arrojan á nado y armados con picas y espadas, se esfuerzan á detener la marcha de los españoles. Aunque impotente para causar un daño considerable, este audáz enemigo logra en parte su objeto, porque los españoles, embarazados con su presencia, no pueden llegar al frente de los navíos sino cuando el horizonte empezaba á teñirse con los purpurados reflejos del alba, es decir, cerca de la hora en que habia de sobrevenir la marea. Parte al mismo tiempo de los navíos una lluvia de balas, pero los españoles, que ignoraban este peligro, no se desconciertan, y ¡cosa admirable! maniobran en el mar con la misma seguridad y precision que si se hallaran en campo raso; los unos combaten mientras los otros avanzan, y los combatientes son reemplazados á su vez por los cuerpos que van llegando. De este modo la vanguardia salva el terrible escollo y se aproxima á la costa; mas el tiempo que se habia empleado en aquel combate singular es irreparable; la luz de la aurora brilla ya en el firmamento, y la temida marea, arrojándose con el ímpetu y estruendo de una catarata, inunda completamente los tristes vestigios de las rocas que pocos momentos antes salian á flor de agua. La retaguardia española, mandada por el capitan Peralta, desesperando reunirse con el primer cuerpo, se echa á nado y logra volver á la ribera de donde habia partido. Pero no sucedió lo mismo con los desgraciados gastadores. Estos, que iban colocados en el centro, viendo venir el flujo, pugnan por seguir los pasos de la vanguardia: ¡noble y funesto empeño! La armada enemiga, con la creciente del mar bogaba á vela tendida, y los soldados protestantes admirando un valor tan desgraciado, pero obedeciendo á sus jefes, dan una muerte segura á aquellos hombres heróicos. De doscientos cincuenta solo lograron salvarse nueve, y ni uno solo consintió en entregarse prisionero.

Entretanto la vanguardia habia arribado felizmente á la costa. La pequeña tropa que la constituia, empapada en agua, sin poder asentar aun el pié sobre terreno sólido y sin tomar un instante de

respiro, embiste impetuosamente las trincheras y las arrebata con poca dificultad, porque los dos mil hombres que las guarnecian, asombrados de tanto heroismo, huyeron en desórden hácia lo interior de la isla. Derramáronse por ella los victoriosos españoles, arrollando cuanto se oponia á su paso y haciendo en los fugitivos considerable destrozo. Entre los muertos se halló el gobernador de Douveland Cárlos Bozolo. La estraordinaria columna que acababa de vencer tantos peligros, habia solo perdido catorce hombres, los mas en el choque con los navíos; uno de ellos fué el capitan Isidro Pacheco, digno de suerte mas venturosa. Este heroe, sintiéndose gravemente herido, y viendo que algunos soldados acudian á socorrerle, les dijo con acento lleno de sublime dignidad: «Dejadme, amigos mios, dejad que muera honrosamente, y conducios de modo que mi muerte pueda contribuir en algo á la gloria de mi patria.» Dicho esto, y oponiéndose á que nadie se le acercara, cayó exánime en el fondo del Océano. Su cuerpo desapareció para siempre de la vista de los mortales, pero su recuerdo vivirá eternamente en la memoria de cuantos se interesan por el brillo de las virtudes que mas honran al género humano.

Apenas supo el de Orange que los españoles habian tomado á Douveland, suponiendo con fundamento que el golpe principal se dirigia contra Scaldien y su capital Zerickzee, hizo bogar su escuadra al amparo de esta isla. Pero semejante movimiento, lejos de destruir, favoreció los planes de Requesens, pues la armada española, contenida hasta entonces por la orangista, pudo abordar á las costas de Douveland, donde los dos mil hombres mandados inmediatamente por Mondragon, se reunieron á la gente de Ulloa. Enardecidos unos soldados con el ejemplo de los otros, y reputándose mas infelices los que habian soportado menos reveses y fatigas, se consideraban todos capaces de las empresas mas osadas. Operada esta reunion se condujeron los heridos á la ciudad de Ambéres, donde el entusiasmo producido por aquella ínclita hazaña, fué tan ferviente, que todas las tropas allí existentes querian asociarse á la espedicion, y el número de los voluntarios escedió en mucho al de las bajas. Mondragon, que emplea hábilmente el indomable ardor de sus tropas, quiere prevenir, si es posible, los refuerzos que han de llegar al enemigo,

y dá al momento la órden de marchar sobre Scaldien. Esta isla se halla tambien separada de Douveland por un brazo de mar; ¿pero cómo podia retraer esto á unos hombres que acababan de desafiar temerariamente la ira del mismo elemento? Todos se arrojan de nuevo al agua precedidos de Mondragon, que marchaba el primero y con la espada desnuda, y llegan felizmente á la márgen opuesta; los gueux al aspecto de aquellos guerreros que avanzaban siempre medio sumergidos en las ondas, y á quienes ellos llamaban mónstruos marinos (1), mostraron un continente fiero, y como su número era muy superior, y sus posiciones ventajosas, hicieron recejar un momento á los intrépidos españoles, pero estos vuelven á la carga con mayor furia, atropellan cuanto se les pone delante; saltan las trincheras y se apoderan una por una de todas las poblaciones de la isla.

La plaza de Bommen intenta detenerlos, pero su resistencia solo produce las deplorables calamidades del saqueo. Sin embargo, la capital, Zerickzee, sostenida por todos los dispersos que se habian refugiado en ella, por las tropas auxiliares que habia llevado la escuadra y por las magníficas promesas de Orange, se resolvió á sostener un sitio en regla.

El sitio de Zerickzee duró ocho meses. Orange hizo esfuerzos inauditos para descercar la plaza; pero obtuvo un amargo desengaño. Los sitiadores, previendo que podian temerlo todo de la escuadra enemiga, habian cerrado el puerto con una gruesa cadena de hierro, medio que emplearon felizmente los emperadores de Constantinopla para ahuyentar al enjambre de bárbaros que infestaban el Bósforo.

Mas Orange, siempre fecundo en espedientes, hizo forrar sus navíos con planchas de hierro hasta la quilla, y lanzándolos impetuosamente contra la cadena, logró quebrantar esta é introducir algunos de ellos en el puerto. Por fortuna la pequeña escuadra española se defendió con una bizarría ejemplar; las baterías del campo hicieron un fuego mortífero; las terribles bandas de arcabuceros ciñeron la márgen del Océano, y causaron grave quebranto al ene-

(1) Estrada, Guerra de Flandes, tomo I.



migo, por manera que este, despues de combatir hasta el último estremo, sufrió en pena de su arrojo una derrota completa. El almirante enemigo, Luis Bussot, hombre de consumada esperiencia marítima, fué arrebatado por una bala de cañon; sus buques, unos fueron á pique, otros muy maltratados lograron huir á favor del viento. Se recompuso la cadena y los sitiados, faltos de toda esperanza, se rindieron á discrecion.

La plena conquista de Scaldien y Douveland podia arrojar los mas faustos resultados para los españoles, no solo por la importancia geográfica de estas islas, por la pérdida inferida al enemigo, por la facilidad de sojuzgar la Holanda, sí que tambien, y principalmenmente, por el inmenso prestigio que habian dado á aquellos sus últimas hazañas.

Ellos, los vencedores del Océano, eran reputados mas que hombres; su temeraria empresa habia sido coronada con el éxito mas feliz, y podian decir con el noble orgullo de los soldados de César, «que la Providencia jamás hace traicion á los valientes.» Pero el prolongado sitio de Zerickzee destruyó estas grandes esperanzas. La muerte de Vitelli (1), uno de los guerreros mas distinguidos de su época, fué ya una pérdida irreparable; la de Requesens (2), autor y alma de aquellos sucesos estraordinarios, fué la fuente de males

(1) Chapin Vitelli fué gravemente herido durante el sitio, y al trasladarle de un punto á otro cayó de la silla en que iba colocado, y se dió un violento golpe. Desarrollóse en seguida la fiebre y en pocas horas falleció aquel hombre, que durante esta guerra habia sostenido tan dignamente el honor militar de la Italia, su patria natural, y de la España, su patria adoptiva.

(2) Requesens se hallaba en el mayor auge de sus deseos, y viendo tan prósperamente rematado su audaz proyecto, si bien la resistencia de Zerickzee contrarió un tanto sus planes, tenia aun la fundada esperanza de fecundizarlos. Para un espíritu poderoso y altivo que acarició por mucho tiempo una idea grande y difícil y la vé á punto de realizarse completamente, la ocurrencia de un incidente que la destruya debe ser mortal. Requesens, falto de dinero y sin probabilidad de recibirlo, supo que se habia sublevado la caballería demandando sus pagas. Requesens previó que este mal sostenido por las mismas causas se propagaria á los demas cuerpos, en cuyo caso todos los planes de conquista vendrian á tierra. En el primer arrebato de ira mandó que los pueblos tomasen las armas para repeler á los sublevados, disposicion que fué origen de las consecuencias mas deplorables. Atormentado su espíritu con tantos reveses sucumbió á los pocos dias de una aguda enfermedad (15 de marzo de 1576.) Requesens habia adquirido grande y merecido prestigio por su conducta en paz y en guerra.

bien funestos. Agregábase á esto la falta absoluta de recursos, la sublevacion consiguiente de la caballería española, y el peligro de que su ejemplo hallara numerosos imitadores. Para colmo de infortunio, Requesens no habia nombrado sucesor, y el senado que se apoderó del gobierno, mostró bien pronto su implacable saña contra los españoles.

Empezó este cuerpo á mostrar sus intenciones hostiles, admitiendo en su seno á los parciales mas fogosos de Orange, y negando sus haberes á los conquistadores de Scaldien. Ofendidos los españoles con semejante repulsa, parten de la Zelanda en número de mil y quinientos, penetran en el Bravante, se apoderan á viva fuerza de Alost, ciudad fuerte y rica, y cometen cuantas exacciones puede sugerir el espíritu de venganza, corroborado por un sentimiento de justicia. Este golpe fué como un rayo que desgarró la nube que el tiempo habia preñado de violentos ódios. El senado, escepto algunos individuos á quienes se arrancó violentamente de su seno; los nobles flamencos de dudosa fidelidad hasta entonces, los brazos popular y eclesiástico se desembozaron declarándose en abierta insurrecion; sedújose con cuantiosas y lisonjeras promesas á una legion de alemanes que mandaba el conde de Orvestein; el nombre español fué considerado como una bandera de guerra, se le proscribió del territorio flamenco, y en todas partes se requirieron medios para dar eficacia á las hasta entonces impotentes palabras de la ira. No tardó esto en verificarse, el fuego sagrado de la independencia produjo en el pueblo soldados llenos de resolucion; la ambicion, ó mal apagados resentimientos crearon jefes entre los nobles, y el ímpetu de la ocasion fué superior á las frias y escasas consideraciones de la prudencia. No era aquello una conspiracion, como dicen nuestros cronistas, era el galvanismo de las pasiones mas ardientes que desde la cabeza se estiende á todas las estremidades de una nacion, galvanismo mucho mas poderoso y temible que todas las conspiraciones urdidas en la sombra y bajo el velo del misterio.

De las diez y siete provincias que constituian la Flandes, solo la de Luxembourg permaneció fiel a Felipe II.

Los españoles apenas habian podido apercibirse de la tempestad que se formaba contra ellos, cuando la sintieron estallar sobre su ca-

beza. Demostráronles los flamencos su profunda ojeriza, prendiéndoles ó asesinándoles; el mismo Mondragon, no obstante el concepto que disfrutaba entre ellos, fué reducido en Zerickzee por sus soldados tudescos. Vargas, Romero y Roda, escaparon dificilmente á la ardiente cólera de la multitud.

Pero lejos de ceder ante esta tremenda esplosion, aquellas reducidas tropas, dispersas é insubordinadas algunas, solo pensaron en defenderse y en ofender á sus acérrimos enemigos. Protegió la fortuna su noble empresa, pues habiendo Vargas con mil doscientos caballos empeñado un choque con el flamenco Glimes, jefe á la sazon de dos mil infantes y ochocientos ginetes, obtuvo el español un triunfo completo, cubriendo el campo de cadáveres, obligándole á que se encerrara en Louvaine con las reliquias de su pequeño ejército. Obtenida esta victoria se dirigió Vargas á Alost con el objeto de aplacar á los sediciosos y reducirlos á su deber; pero ni las súplicas, ni las exhortaciones y autoridad de D. Fernando de Toledo, pudieron hacer mella en aquellos ánimos obstinados, ciegos de ira hasta el punto de no ver el inmenso peligro que los amenazaba.

Era este de dia en dia mas grave é inminente. Un considerable ejército flamenco, mas imponente sin embargo por su número que por su organizacion y acaudillado por los primogénitos de Egmont y de Horns, cercó repentinamente la ciudad de Gante, y logró penetrar en ella abatiendo la pertinaz resistencia de los sitiados. Alentados con esta ventaja, el enemigo avanzó sobre Ambéres resuelto á enseñorearse de esta plaza, á espulsar á los españoles de la ciudadela, y arrancar, si era posible, aquella espina del corazon del Bravante.

Obedeciendo á las intimaciones de Avila, que permanecia encerrado en la ciudadela de Ambéres, Toledo y Vargas salieron de Alost y marcharon rápidamente hácia el punto designado. De la realizacion de esta órden pendia en efecto la salvacion de los españoles. Si lograban reconcentrarse ó unirse bajo la autoridad de un jefe acreditado, en un sitio fuerte y que era por su situacion la llave del Bravante, la victoria corresponderia probablemente á su admirable pericia y á su reconocido denuedo, exaltado con los últimos brios de la desesperacion; mas si por el contrario continuaban dis-

persos é inficionados por el gérmen de la indisciplina, sucumbirian unos en pos de otros bajo la ardiente mano de sus enemigos.

Vargas y Toledo, asaltados por todas partes y faltos del apoyo que debian prestarles los alemanes de Orbestein, hubieron de replegarse sobre la rebelde ciudad de Maestrick. Para penetrar en ella emplearon un ardid singular. Avanzando rápida y sigilosamente lograron prender en paseo ó en las faenas agrícolas á varias mujeres de Maestrick, y las pusieron delante de sus columnas, de modo que recibieran el primer fuego de la plaza. Al mismo tiempo Vargas, con un cuerpo escogido, habia de escalar el muro por la parte opuesta. Los maestrikenses, conmovidos al aspecto de aquellas infelices mujeres, que les estaban ligadas con los vínculos del parentesco, del amor ó de la amistad, vacilan, dudan, titubean; Vargas se aprovecha oportunamente de esta vacilacion, aplica sus escalas, y entra en la ciudad espada en mano, matando ó hiriendo á cuantos intentan oponérsele; la guarnicion desfallece al sentir este brusco ataque á retaguardia; Toledo, protegido por la guarnicion española que custodiaba la puerta de Bruselas, se introduce tambien en la ciudad, y dándose la mano con Vargas, acaba de oprimir los últimos restos de resistencia. Fenecida esta conquista, los dos capitanes, acompañados por Montes de Oca, llegaron al castillo de Ambéres, cuya entrada hallaron fácil por la puerta del Campo.

Todas las fuerzas activas de ambos beligerantes avanzaban sobre Ambéres como si pretendieran resolver aquí de un golpe el sangriento problema de la guerra. Percunoto, señor de Champuí y hermano del cardenal Granvela, con un cuerpo de flamencos; el conde de Orbeistein, con su legion de alemanes, y otros cabos de menos nombre con diferentes refuerzos se incorporaron á Egmont y Horn, formando juntos un ejército de veinte y cinco á treinta mil hombres. El espíritu público les protegia altamente, y los ciudadanos de Ambéres ardian en deseos de espeler de su territorio á los que ellos calificaban de tiránicos opresores. Inmediatamente formalizaron el sitio del castillo, menos sin embargo con la esparanza de arrebatarle á viva fuerza, que con la de reducir por hambre á sus defensores. Este pensamiento era sin duda el único realizable; la fortaleza de Ambéres, debida segun hemos dicho al ingenio de Pacioto, y con-

siderada como una de las maravillas del arte en aquella época, tenia la forma de un pentágono regular y abrazaba cinco baluartes de una solidez estraordinaria; esta fortaleza, casi invulnerable al mas activo fuego de cañon, dominaba el curso del Scalda, y ejercia grande ascendiente sobre la ciudad misma, ¿pero de qué servian todas estas ventajas locales cuando en el diámetro de muchas leguas no habia un solo palmo de terreno que pudiera ofrecer á los espa-les recursos y vituallas? En su situacion, por consiguiente, solo les quedaba uno de los dos estremos de este terrible dilema; ó apoderarse de la ciudad de Ambéres, ó perecer de miseria. Lo primero era al parecer imposible, atendida la superioridad numérica del enemigo y las precauciones que éste habia tomado.

Una robusta trinchera rodeaba todo el frente del castillo y protegia á la ciudad contra sus fuegos; estra trinchera estaba flanqueada de cañones y ceñida por un foso profundo cubierto de agua hasta la altura de un hombre. Por manera que los españoles si querian arrojarse en Ambéres, tenian que atravesar el foso, cruzar la trinchera, desafiar las descargas de su artillería, arrollar un cuerpo formidable de flamencos, y recorrer las calles de una poblacion donde el ódio contra ellos podia armar en un momento crítico el vigoroso pecho de los jóvenes, el trémulo brazo de los ancianos, y hasta la delicada mano de las mugeres y niños.

En tanto se habia roto un fuego vivísimo entre la trinchera y el castillo, y se continuaba con poco daño recíproco ú con mayor quebranto de los sitiados, que siendo pocos habian de atender á todas las asechanzas de un enemigo numeroso, valiente y vigilante.

Los españoles, sublevados en Alost, se conmovieron al saber el peligro que corrian sus compañeros, y marcharon intrépidamente en su auxilio. Influyeron sin duda en esta generosa determinacion el mucho prestigio que entre ellos gozaba Avila y las exhortaciones de su *electo* ó comandante Navarrete, soldado de fortuna, y cuyas sobresalientes prendas militares le habian procurado aquel puesto de honor en un momento de entusiasmo. Esta invencible tropa parte de Alost, andubo sin desayunarse ni tomar aliento, veinte y cuatro mi-

llas, y entró en el castillo cuando el sol lanzaba sus últimos rayos sobre el horizonte.

Avila entonces no vaciló en emprender su ataque contra la ciudad, si bien antes quiso que descansaran y se alimentaran los soldados recien venidos; mas ellos se opusieron abiertamente á esta propuesta, esclamando todos á una voz: «Que habian de cenar en el infierno ó en Ambéres.»

En pocos minutos se forma una columna de cinco mil hombres, cuyo nervio principal constituian los conquistadores de Scaldien. Seguíanla algunos gastadores con los instrumentos propios de su profesion y fuegos de artificio para destruir ó incendiar los puntos inaccesibles de la trinchera.

Esta formidable columna se desprende como un rayo de la ciudadela, atraviesa casi incólume el foso, salva la trinchera y cae en medio de nueve mil hombres flamencos y alemanes que tenia preparados el jóven conde de Egmont. El número de los enemigos era como se ve duplicado; ¡pero cómo habian de resistir tropas bisoñas ó mercenarias, á soldados encanecidos en medio de los campamentos, acostumbrados á humillar cuantos obstáculos puedan oponer la naturaleza y la mano del hombre, y que entonces peleaban impelidos por el sentimiento de su conservacion, de su gloria, de su orgullo nacional; en fin, por cuantos resortes puedan impulsar al corazon humano hasta el último límite del heroismo!

El combate fué breve aunque sangriento; los españoles rompieron por todas partes las filas enemigas, cubrieron aquel sitio de cadáveres; prendieron al conde de Egmont, mas bien heredero de la desgracia que de la pericia de su padre, y se dividieron en varios cuerpos para penetrar por diferentes puntos en la plaza, donde suponian, con fundamento, hallar mas séria resistencia. Realizóse cabalmente esta presuncion; los fugitivos del primer combate, tropas de refresco y muchos cindadanos armados, formaron aquí una masa compacta é imponente bastante para detener el curso de la victoria si su ardor hubiera estado sostenido por el vínculo de la disciplina y si en el ánimo de los mas no hubiera abierto honda huella la reciente derrota. Los españoles practicaron con tanta precision sus movimientos, que todas sus columnas desembocaron simultánea-

mente y con igual ímpetu en la plaza. Enciéndese entonces una pelea atroz; los flamencos, apoyándose sucesivamente en sus nutridas masas, resisten algun tiempo con felicidad, mas no tarda la confusion en introducirse en sus apiñadas filas y el fuego incesante de los arcabuces españoles abre anchas brechas en aquel muro de cuerpos humanos.

Por último, los flamencos que aun conservaban energía, se retiraron á la casa del ayuntamiento para mejorar su defensa; los demas se dispersaron por las calles inmediatas, procurando inútilmente barrearlas y cercar á los españoles: muchos, arrojando las armas, imploraron la clemencia del vencedor. Emprendióse al punto el ataque de la casa consistorial y en medio de las sombras de los combatientes, entre el estridente ruido de los arcabuces, y los gritos penetrantes de heridos y moribundos, se oyó el chasquido de las llamas que consumia aquel edificio, verdadera obra maestra del arte y el mas magnífico sin duda que entonces hubiera en Europa. Fué tal la violencia del incendio, que consumió aquella grandiosa fábrica hasta los cimientos, y estendiendo despues sus gigantescos brazos por los alrededores, devoró mas de otras ochenta casas.

El horror que este espectáculo causó en los flamencos apenas les dejó fuerzas para huir, pero los vencedores, familiarizados con las sensaciones mas violentas, apenas se vieron dueños de este deplorable campo de batalla, entregaron al saqueo la infeliz y opulentísima ciudad. Se evaluó en dos millones de escudos el botin que recogieron los soldados, suma enorme en aquel tiempo y solo posible en Ambéres, que entonces era considerada como el emporio del comercio europeo.

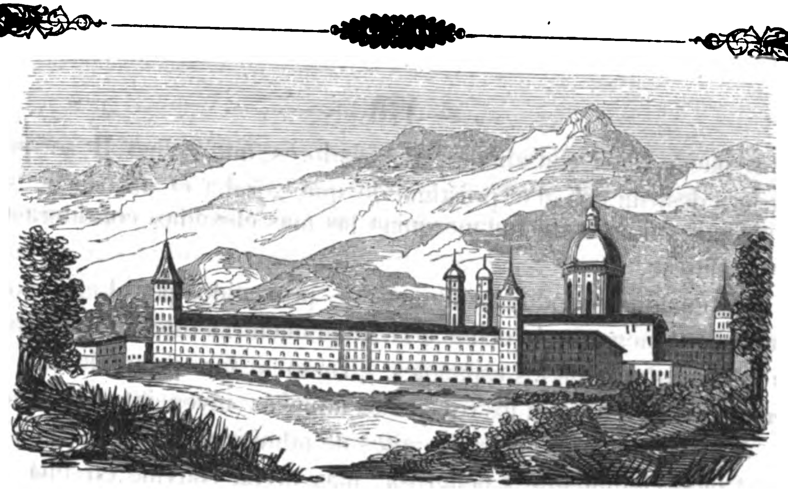
La pérdida de los flamencos en aquella funcion se hace subir á dos mil hombres y á doscientos la de los españoles. En estas tristes circunstancias ocurrió un incidente que parece inverosímil, examinado á la luz de la razon, pero que está comprobado por el testimonio de historiadores muy fidedignos. Despues que los flamencos esperimentaron en la plaza la segunda derrota, uno de los fugitivos, se arrojó con su caballo desde el muro y en una elevacion de mas de quince piés fué á caer en el foso lleno de agua. La violencia



del golpe parece que debia haber sumerjido al hombre y al caballo, pero el vigoroso bruto, se sostuvo en medio de las cenagosas aguas y nadando por algun tiempo logró sacarle á la orilla opuesta ileso y salvo al ginete. Menos afortunado fué el conde de Oberstein que procurando salvarse en una lancha por el Scalda, cayó al rio y se ahogó miserablemente: ¡justo castigo de su defeccion!

El incendio y saqueo de Ambéres escitaron hasta el grado de frenesí el odio de los flamencos contra los españoles. Los diputados de los Estados que se hallaban reunidos en Gante, se apresuraron á firmar la alianza que tomó el nombre de esta ciudad, y en virtud de la que las provincias flamencas hicieron causa comun con las de Holanda y Zelanda, teniendo los mismos amigos y enemigos. Estableciòse como base fundamental la espulsion de los españoles de los Paises Bajos, y se juró no consentir que volvieran á poner el pié en aquel territorio.

Tal fué el acto que consumó la insurreccion de la Flandes, y al que debió Felipe II la pérdida de una de las joyas mas preciosas que adornaban su corona. Este monarca, que al principio habia aprobado el que el senado se encargara del gobierno, sabiendo despues los escesos cometidos, confirió aquel eminente cargo á D. Juan de Austria, cuya reputacion era universal. Semejante eleccion era sin duda muy atinada, mas por desgracia la exaltacion de los ánimos habia llegado á una altura en que la España, solo venciendo, y venciendo constantemente, podia humillar á la prepotente insurreccion. Felipe II no quiso, ó no pudo comprenderlo así, y este príncipe tan hábil y tan celoso de su dignidad, supo, aunque tarde, que el sentimiento de independencia es como un rio desbordado, al cual ó es preciso dejar correr hasta que alcance sus límites, ó refrenarle dentro de su primer álveo con diques indestructibles.



Monasterio del Escorial (1).

CAPITULO XIX.

1576.--1580.

MISION DE DON JUAN DE AUSTRIA EN FLANDES.—EDICTO PERPÉTUO.—BATALLA DE GEMBLOUX.—TRIUNFO DE LOS ESPAÑOLES.—ENFERMEDAD DE DON JUAN DE AUSTRIA.—COMBATE ENCARNIZADO.—MUERTE DE DON JUAN DE AUSTRIA.—SUCÉDELE EN EL CARGO DE GOBERNADOR EL PRÍNCIPE DE PARMA, ALEJANDRO FARNESIO.—ESTRATAGEMA DE UN JEFE ESPAÑOL.—MARCHA ATREVIDA DE NUESTRAS TROPAS.—MEMORABLE SITIO Y TOMA DE MAESTRICK.—GUERRA DE PORTUGAL.



Don Juan de Austria habia recibido de Felipe II el caduceo de pacificador. Debia agotar todos cuantos medios le sugirieran su prudencia y moderacion para atraer por la dulzura aquellos espíritus tan irritados con los horrores de la guerra. Este pensamiento, aunque noble y generoso, era como hemos dicho imprudente é ineficaz, pero

(1) Fué erigido por Felipe II para perpetuar la memoria del triunfo que las armas españolas obtuvieron sobre las francesas en los campos de S. Quintin.

no se puede creer con algunos historiadores, que Felipe II se propusiera destruir con él el prestigio de que gozaba el austriaco, sacrificando á una ambicion mezquina las mas elevadas consideraciones políticas.

De cualquier modo, los flamencos, prevenidos por el artificioso Orange, se negaron á recibir á D. Juan mientras este no suscribiera á la espulsion de los españoles. ¡Tanto y tan profundo era el terror que infundian á los revoltosos aquellas invencibles legiones!

Vaciló mucho el austriaco antes de admitir una proposicion en igual modo humillante y peligrosa; mas al fin convino en ella temiendo contrariar con una negativa los deseos de Felipe II. Indignáronse los españoles de que se recompensasen sus heróicas hazañas con tan negra ingratitud, mas cedieron luego á las razones y autoridad de sus cabos, habiéndose retirado parte á Francia, parte á las fronteras de Italia.

La concordia ajustada entre los flamencos y el nuevo gobernador se designó con el impropio nombre de *edicto perpétuo,* y bajo su garantía hizo D. Juan la entrada pública en Bruselas con singular magnificencia. Las brillantes prendas del austriaco, la inmensa gloria que le rodeaba, su juventud, las gracias de su persona, sus modales llenos de dignidad, el esplendor de su cuna, el recuerdo de su padre, siempre grato para los flamencos, hicieron honda impresion en el ánimo de la multitud, pronta á inclinarse por todo lo que es grande, bello y heróico. El austriaco nada omitió para cultivar en buena hora estas felices disposiciones; derramó dádivas entre la masa del pueblo; procuró grangearse las simpatías de los nobles distribuyéndoles honores, cargos y pensiones, y á los que no alcanzaba su liberalidad, llegaba al menos la fama de sus escelsas cualidades. Por algun tiempo el regocijo fué universal: la ilusion completa y los odios mas envejecidos cedieron ante este torrente de entusiasmo; pero al fin era una ilusion y debia desaparecer muy pronto para dar lugar á terribles realidades.

Los satélites de Orange desfiguraron con los mas feos colores la conducta del gobernador; supusieron que sus virtudes no eran mas que una ficcion para destruir la vigilancia pública y aherrojar fácilmente al leon adormecido. El mismo Orange se negó á ratificar el

edicto perpétuo y á hacerle estensivo á las provincias de Holanda y Zelanda, donde él dominaba como soberano. Su ejemplo y sus pérfidas maquinaciones produjeron una revolucion completa sobre la versátil muchedumbre; el amor que se tenia al austriaco se convirtió en ódio; y en desprecio la especie de veneracion que se mostraba á sus relevantes dotes; prodigáronle groseras injurias; prepararon asechanzas contra su vida y libertad, y á los buenos oficios de Ariscot, Barlemont, Mansfeld, y algunos otros nobles flamencos, debió el no sucumbir en estas tentativas.

D. Juan soportaba todos los males de su situacion con constancia digna de una grande alma. Comprendia que el edicto perpétuo era una farsa inventada para oprimirle solo é inerme, pero deseaba conservar este simulacro de paz, ya para cumplir exactamente las instrucciones de su hermano, ya para no embarazarse con una guerra en Flandes, que le impidiese llevar á cabo lo que el pontífice y Felipe II proyectaban contra Isabel, reina de Inglaterra. Todas estas contemporizaciones se estrellaron ante la tenecidad flamenca, y don Juan no pudo preservar su persona de los últimos peligros, sino introduciéndose por sorpresa en la ciudadela de Namur, que pertenecia al Sr. de Barlemont uno de los pocos nobles que con invencible lealtad siguieron la causa de España.

El guante habia sido arrojado y recogido; la guerra estaba declarada y abierta; ¡pero cuan distinta era la posicion de los dos beligerantes! Los estados, que habian provocado las hostilidades y se hallaban apercibidos para todo evento, reunieron aceleradamente bajo los muros de Gembloux un ejército de quince mil hombres á las órdenes de Grigny, buen oficial, de conocida pericia y valor reposado, aunque poco emprendedor y mucho menos tratándose de una causa que él habia adoptado por compromiso mas bien que por sentimiento. Si Grigny con todo el golpe de sus fuerzas hubiera avanzado rápidamente sobre Namur, podia haber sofocado la guerra en su orígen, apoderándose de esta ciudad y prendiendo al austriaco; mas invirtió un tiempo precioso en esperar nuevos refuerzos, y permitió á D. Juan prepararse para una defensiva vigorosa. Al principio solo pudo reunir el austriaco cuatro mil hombres alemanes y flamencos, pero despues volaron á su auxilio desde el

fondo del genovés seis mil españoles que se habian quedado allí á la vela de ulteriores acontecimientos.

Con ellos vino Alejandro Farnesio, hijo de Octavio y de Margarita de Austria, jóven héroe que á la edad de veinte y tres años soñaba ya con la idea de adquirir la inmortalidad debida á los grandes capitanes (1). Tambien concurrieron Mondragon, el Hector de esta época, el animoso Antonio Olivera; el bizarro Acosta; el vehemente Perroti, Martinengo, Toledo, Pagano, los hermanos Montes y algunos otros cabos de merecida reputacion. Pero faltaba Julian Romero, veterano distinguido, no menos hábil capitan que soldado valeroso, el cual falleció durante el viaje, y Sancho de Avila, quien recibió mas adelante una muerte indigna de sus altos hechos (2).

Aunque su ejército era muy inferior en número al del enemigo, reforzado con tres mil hombres, D. Juan no quiso ceder á este el honor de la ofensiva. Apenas supo que Grigny habia emprendido su movimiento, salió de Namur á la cabeza de sus tropas, y con el pensamiento de ofrecer la batalla. Rehusola decididamente Grigny, ya porque temiera aventurarse con tropas bisoñas en presencia de los veteranos españoles, ya porque deseara apoyar sus espaldas en una plaza bien artillada. Replegóse pues sobre Gembloux; el austriaco le seguia á la distancia de cuatro millas, pero la noche que sobrevino en un terreno accidentado, le obligó á suspender su marcha progresiva. Tambien los flamencos hicieron alto detenidos por las mismas circunstancias. Al despuntar la aurora del siguiente dia ambos ejércitos rompieron otra vez su movimiento y siempre en la direccion de Gembloux. Grigny retrogradaba en una actitud fiera é imponente, y habia tomado cuantas precauciones le sugerian su larga esperiencia para evitar el ser envuelto caso de empeñarse el

(1) Carta de Alejandro á su madre, citada por el historiador flamenco Estrada (Guerras de Flandes, tomo I.)

(2) Sancho de Avila asistió á la conquista de Portugal bajo las órdenes del duque de Alba su maestro y amigo. A los pocos dias de morir este general, falleció Sancho á consecuencia de la coz que le dió un caballo. Fué natural de Avila, de la ilustre casa de Velada, pero su conducta militar eclipsó la brillantez de su nacimiento (Mariana, historia de España, tomo VI.)

choque. Formaban su vanguardia algunos tercios de infantería á las órdenes de Montigni, ceñidos estrechamente por bandas de dragones prontas á repeler cualquier ataque de flanco. El cuerpo de batalla iba mandado por el conde de Bosu y Perennoto Granvela, y se componia de tres mil infantes protegidos por algunos cañones.

Por último, en la retaguardia, fuerza principal del ejército, marchaban cuatro mil hombres veteranos, los mas flamencos y alemanes.

Tenian á su cabeza al jóven conde de Egmont y al de la Mark Luney, espíritu audaz y turbulento y primer fautor como hemos dicho de esta guerra.

El marqués de Havré y el mismo Grigny protegian los costados con gruesos cuerpos de caballería; algunas piezas de campaña cerraban el escuadron, y una nube de herreruelos, tropa que infundia entonces suma confianza, flotaba alrededor de la retaguardia. La fuerza numérica de este ejército, la reputacion de sus jefes, el escelente órden con que avanzaba, todo parecia favorecerle para el caso verosímil de trabarse la batalla; pero Grigny, veterano de Cárlos V y uno de los mas sabios de su tiempo, carecia de esa luz del genio que adivina ó descubre el sentimiento reinante en el corazon de los soldados, y que crea los medios de fomentarle hasta hacerle decisivo; su intempestivo alarde de superioridad avanzando sobre Namur habia producido una reaccion funesta al emprender la retirada; porque para tropas entusiastas y poco disciplinadas, dudar de la victoria equivale á una derrota.

D. Juan por el contrario, confiando en el denuedo de su ejército, acosaba cada vez mas de cerca al enemigo.

Habia dejado un grueso destacamento con el conde Mansfeld á las orillas del Mosa, previendo el caso de una retirada. El órden que los demas seguian en su marcha era el mas á propósito para hacer que el valor prevaleciera sobre el número. Una fuerte avanzada, dirigida por Antonio Olivera y Fernando Acosta, esploraba los dos lados del camino guarnecidos con frondosas arboledas y debia esforzarse á tender en paraje propicio un lazo á los flamencos. La vanguardia realista se componia de arcabuceros á la ligera, cu-



yos costados protegia un buen golpe de caballos, del escuadron de lanzas colocado algo detrás y de los armados de costa, formados en ala. Los capitanes con escolta de caballos ligeros marchaban delante de sus respectivas banderas. Era jefe de la vanguardia Octavio Gonzaga, general de la caballería, jóven é ilustre italiano que sabia templar los brios de la mocedad con la prudencia propia de la edad madura. El cuerpo de batalla dirigido por el austriaco, llevando á su lado al príncipe de Parma, constaba de dos escuadrones españoles de arcabuceros de á pié y de otro de piqueros, formados en cuadro. Por el campo de la batalla ondeaba majestuosamente el estandarte real, en cuyo fondo campeaba el signo de la redencion cristiana circundado por la siguiente inscripcion: «con esta señal vencí á los turcos; con esta venceré á los herejes.» Un tercio de walones, formados igualmente en cuadro y á las órdenes de Ernesto Mansfeld, constituia la retaguardia en que iban los bagages, abrigados por una doble hilera de carros, cerrando la marcha algunas bandas de arcabuceros.

Este órden que revelaba en el general una circunspeccion profunda, embarazaba sin embargo la celeridad en los movimientos. Es verdad que tambien el enemigo por la misma causa avanzaba con lentitud, pero conservaba siempre una distancia respetable, é importaba ante todo impedirle que se colocara bajo el cañon de Gembloux. Para lograrlo dispuso D. Juan que Gonzaga se adelantara con alguna fuerza y trabara con el flamenco una viva escaramuza, pero sin comprometerse en el trance de una batalla hasta que llegara la masa principal de las tropas. Gonzaga partió volando, se situó sobre el flanco del enemigo, y arrojó sobre sus herreruelos un cuerpo de dragones mandados por Perroto. Este ardiente jóven desempeñó su comision con mas valor que prudencia; en el primer ímpetu penetró en el cuerpo de los herreruelos; se vió envuelto por todos lados y continuó defendiéndose con una intrepidez admirable. Indignado Gonzaga de un imprudente valor que comprometia los planes del austriaco, envió órden á Perroto para que se retrasara inmediatamente; mas el animoso italiano esclamó volviéndose al mensajero: «decid á Gonzaga que yo nunca he vuelto la espalda al enemigo, y que si ahora quisiera ha-

cerlo olvidándome de mí mismo, no me seria posible.» En efecto, á cada instante afluian al sitio del combate nuevos cuerpos de caballería enemiga, desprendiéndose de su vanguardia y centro; Perroto y sus seiscientos compañeros podian resistir como héroes, pero debian sucumbir si no les llegaba pronto un refuerzo considerable. Grigny, seguia combatiendo, sin detener su retirada. En el momento en que se encarnizó mas la refriega con Perroto, el ejército flamenco marchaba por un camino estrecho y ondulado, ceñido á la derecha por una pendiente bastante agria. Gracias á este accidente del terreno, se creia á cubierto de cualquier nuevo ataque, y olvidaba cubrirse por aquel costado. Esta imprevision dió la victoria á los españoles.

El fogoso Alejandro, á quien D. Juan retenia dificilmente cerca de sí, pudo y obtuvo de su tio el permiso para observar con detencion al enemigo. Apenas llega al sitio del combate, un rayo de luz brota de su fecundo ingenio; comprende al punto la falta que ha cometido Grigny, y se decide á esplotarla con la prodigiosa actividad de que era susceptible su carácter. Acometido furiosamente el costado derecho del enemigo, este debia ceder á la primera sorpresa, y antes que se repusiera podia llegar el austriaco con su formidable infantería y decidir de un golpe la accion. Sin detenerse á esplicar el pensamiento, arrebata á su paje la lanza que tenia en la mano, salta sobre un caballo que llevaba Camilo del Moule, célebre por su ligereza, y volviéndose á los que le habian acompañado, «Id, les dice, señalando con la punta de su espada la profunda grieta que hay al lado del camino, y manifestad á mi tio que Alejandro, con el favor de Dios y la fortuna de la casa de Austria, va á sacar de este barranco una grande y gloriosa victoria (1).» No bien hubo acabado de proferir estas palabras, se colocó á la cabeza de un cuerpo de corazas que mandaba Mucio Pagano en el tercio de Mondragon, y hace un movimiento oblícuo para arrebatar el flanco enemigo. Mendoza, Vieni, los hermanos Montes, Martinengo, Toledo, todos los jefes de la vanguardia, seducidos por su au-

(1) Estrada, Guerras de Flandes, tomo I.

toridad y ejemplo, ó dominados por el ascendiente de la grande idea que ha concebido, le siguen con un cuerpo de setecientos ginetes. Trepan dificultosamente los caballos por las hendiduras del terreno, pero al fin se reunen formando una compacta masa sobre una meseta que coronaba aquellos alrededores. El príncipe de Parma, vibrando su refulgente acero, se precipita en medio de los enemigos, y se dá una de las cargas mas terribles que refiere la historia de aquella guerra, tan fecunda en sobresalientes hechos de armas. La caballería flamenca, sorprendida con este brusco ataque, opone una resistencia débil; los caballos ligeros, las corazas, los herreruelos, pierden aquel dia su reputacion; confundidos y envueltos se dejan caer sobre la infantería, que á su vez llena de asombro por una derrota tan inesperada, empieza á arremolinarse y á huir. En vano Grigny vuela de uno en otro punto, precipitándose en aquellos donde el peligro es mas inminente; sus soldados, ó no oyen sus órdenes ó no pueden obedecerlas poseidos de terror pánico. Entretanto Gonzaga y Perroto, libres del enorme peso que les oprimia, arrollan con violencia la retaguardia sobre el centro; el austriaco avanza á paso de gigante para alcanzar la gloria de esta batalla, y los refuerzos que envia incesantemente acaban de desorganizar al enemigo. Parecia imposible, si no se supiera cuánto mas poderosa es en la guerra la influencia moral que la física, que un ejército de veinte mil hombres, perfectamente ordenados, muchos de ellos aguerridos y que se batian con toda la conciencia de su superioridad material, sucumbieran enteramente en el breve término de hora y media bajo un cuerpo de mil doscientos caballos. Y la sorpresa sube de punto cuando se considera que la accion se empeñó en un terreno accidentado y difícil para los movimientos de la caballería, y que una masa de diez mil infantes se deshizo casi sin quemar una cuerda de sus arcabuces. Tal y tan prodigioso es sobre el ánimo do la multitud el ascendiente del genio y del heroismo.

De los diez y ocho mil hombres que constituian el ejército flamenco, siete mil quedaron tendidos sobre el campo de batalla ó en poder de los vencedores. Grigny, con otros cabos principales, despues de haber combatido con el denuedo de la desesperacion, quedó tambien prisionero. Las reliquias de aquella florida tropa se re-

fugiaron en Gembloux; otras, con los nobles flamencos Egmont y otros, se derramaron por el interior del Bravante, llevando la consternacion al seno de sus compatriotas. Esta célebre victoria, alcanzada el dia 31 de enero de 1578, solo costó á los españoles la pérdida de nueve hombres, hecho estraordinario y confirmado por el testimonio de historiadores dignos de todo crédito.

El austriaco marchó, sin tomar aliento, sobre Gembloux, y aunque las fortificaciones de esta ciudad eran susceptibles de una buena defensa, el terror de los refugiados les hizo implorar humildemente la clemencia del vencedor. Recogieron los españoles en Gembloux un botin abundante, porque esta ciudad era el almacen de guerra elegido por los estados, y en el que habian aglomerado inmensas cantidades de víveres y municiones.

Si una victoria hubiera podido apagar el fuego de la insurreccion, ciertamente la de Gembloux habria producido este resultado. La consternacion de los flamencos fué tan general, que ni la misma capital Bruselas se creyó á cubierto de los insultos del irritado español. Hallábanse en esta ciudad el príncipe de Orange, á quien en el primer fervor del entusiasmo se habia revestido con el honroso y estraordinario título de *Ruberto* (1), y que exonerado despues por la envidia de algunos nobles, era sin embargo el alma de todas las determinaciones, y el auxilio de Matías, archiduque de Austria, jóven de ambicion inconsiderada que habia sacrificado los verdaderos intereses de su casa al título nominal y precario de gobernador de Flandes. El príncipe y el archiduque huyeron aceleradamente de Bruselas al saber la derrota de Gembloux, y aquella ciudad, abandonada al frenesí de los partidos, entre los cuales sobresalia aun uno, aunque débil, favorable á los intereses de España, habria abierto probablemente sus puertas á las tropas vencedoras.

Pero si la fácil conquista de Bruselas lisonjeaba el amor propio del austriaco, no convenia sin embargo á sus intereses. Necesitaba antes afianzarse en las provincias de Namur y el Bravante, procurarse en ellas víveres y recursos, y habria sido una imprudencia

(1) El título de Ruberto, equivalente al de protector ó dictador, solo se conferia en circunstancias muy graves, cuando el pais al borde de un precipicio necesitaba para salvarse de un espíritu enérgico y de una mano vigorosa y ejercitada.

insigne lanzarse al corazon de la Flandes, dejando á sus espaldas mucha parte del pais rebelado, y no pudiendo establecer una línea sólida con su verdadera base de operaciones.

En las guerras de conquista, la audacia de la invasion es casi siempre decisiva; pero cuando el espíritu de resistencia se halla difundido por todas partes, la ocupacion de una capital entra por poco en la suma de las probalilidades para el éxito definitivo. Por otra parte la salud de D. Juan se oponia á la realizacion de un pensamiento mas brillante que útil. Una fiebre lenta consumia la flor de su juventud y se revelaba contra todos los recursos de la medicina. Acerca de su orígen surgieron varias conjeturas. Los mas perspicaces la atribuian al veneno suministrado por los parciales de Orange; otros la creian efecto de las fatigas que habia arrastrado con tanta constancia aquel ilustre caudillo. Pero de cualquier modo, la dolencia se hizo tan grave, que D. Juan delegó el mando en su sobrino el príncipe de Parma.

Este rayo de la guerra se dejó caer sobre Limburgo, y aunque esta ciudad estaba bien fortificada y los sitiados se defendieron con valor, hubieron de rendirse cuando ya los españoles tenian puesto el pié sobre la brecha. La guarnicion, compuesta de mil veteranos, pasó á sueldo del vencedor. Casi toda la provincia siguió el ejemplo de la capital: Louvayne y Felipeville se habrian entregado antes; pero se atrevió á resistir el pequeño lugar de Sichen, confiado mas bien en su fortaleza topográfica que en el número de sus defensores. Los españoles le arrebataron en un asalto impetuoso, y desfogaron su cólera contra los infelices habitantes. Diestein resistió tambien los rigores de un sitio y se entregó por capitulacion; pero todos estos progresos de los realistas quedaron neutralizados por la pérdida de Amsterdan, capital de Holanda, y la única plaza en aquella estensa provincia que se mantuviera hasta entonces fiel á la causa española. Penetró en ella Orange, valiéndose mas bien del artificio que de la fuerza. Sin embargo, los flamencos no podian olvidar la impresion que habia hecho en sus ánimos la derrota de Gembloux, creian al ejército español invencible combatiendo en campo raso, y necesitaban tiempo para reunir nuevos recursos militares. Con este objeto propusieron á D. Juan un armisticio de tres ó cinco meses;

mas el austriaco, descubriendo fácilmente adonde tiraban sus líneas, se negó á concederle.

En efecto, su interés mas vital consistia en no dejar las armas de la mano, y los refuerzos que recibió por entonces infundiéronle la esperanza de inclinar definitivamente á su lado la balanza de la victoria. Estos refuerzos consistian en un tercio de veteranos españoles que trajo del Milanés Lope de Figueroa; en dos mil italianos mandados por el célebre ingeniero Gabriel Cervellon; en un escuadron de cuatrocientos nobles, conducido por D. Alfonso Leiva, hijo del virrey de Navarra, mancebo de altos pensamientos y digno de la gloriosa estirpe á que pertenecia; tambien vino D. Pedro de Toledo, hijo de D. García, escoltado por caballeros jóvenes, que anhelaban vivamente realzar el lustre de su cuna con sus hazañas guerreras. Por último, D. Felipe envió al austriaco dinero suficiente para pagar á sus tropas los estipendios devengados, lo cual era á la sazon de necesidad absoluta.

La grande alma de D. Juan se inflamó al divisar un nuevo horizonte de gloria, y haciéndose este caudillo superior á las dolencias físicas, reapareció á la cabeza de su ejército. Su plan se reducia á convidar otra vez al enemigo con la batalla, y destruir con un nuevo golpe los medios que habia reunido. No eran estos á la verdad despreciables. Pasada la primera sorpresa, los flamencos habian levantado tropas de diferentes naciones, sobresaliendo entre ellas los ingleses y escoceses. Constituian en todo un ejército de doce mil infantes y cinco mil caballos, á las órdenes de Bossu, guerrero formado tambien en la escuela de Cárlos V y que habia servido al principio con mucho celo bajo el estandarte real, hasta que hecho prisionero creyó que mudando de causa mudaria igualmente de fortuna. Bossu conocia demasiado á fondo la ardiente intrepidez de los españoles para brindarles con la batalla en campo abierto; pero este mismo conocimiento le inspiró la idea de preparar una emboscada, fácil sin duda, atendidas las condiciones topográficas del sitio que ocupaba.

La aldea de Reimerant se elevaba en forma de anfiteatro sobre una colina rodeada de bosques.

El ejército flamenco tenia apoyada su espalda en esta aldea; el ala derecha tocaba en el bosque, y la izquierda se prolongaba bas-

tante hácia Malinas. Bossu queria aparentar que su objeto consistia en cubrir á Malinas, impidiendo que los españoles penetrasen en el seno del Bravante.

D. Juan propuso en el consejo de sus oficiales generales la idea de ofrecer al enemigo un combate decisivo; los mas asintieron á esta proposicion, considerándola muy en armonía con la moral del ejército y con la necesidad de conservar el prestigio nuevamente adquirido; pero con sorpresa de todos el fogoso Alejandro se opuso aduciendo en apoyo de su opinion razones de mucho peso.

La principal era que no teniendo el ejército enemigo recursos pecuniarios, y componiéndose de tropas mercenarias las mas, habia de disolverse poco á poco bajo la mano analítica del tiempo. Segun él jamás debia emplearse la espada contra un enemigo que podia perecer víctima de su penuria, porque la victoria, lote por lo regular muerto, pertenece casi siempre á las fuerzas infaustas de la desesperacion. Pero ni esta máxima digna de un gran capitan, ni la vigorosa elocuencia con que Alejandro espuso su consideracion, ni el distinguido concepto que ya disfrutaba pudieron contrariar la marcha del sentimiento dominante y muy pronunciado por la batalla. Parecia en efecto vergonzoso que los vencedores de Gembloux permanecieran inactivos ante un adversario cuya circunspeccion podia confundirse con la timidez.

Al romper la aurora del dia primero de agosto todo el ejército español se puso en marcha y avanzó con lentitud y buen órden hácia los reales enemigos. No obstante, D. Juan, desplegando las precauciones convenientes en sitio tan accidentado, dispuso que Alfonso Leiva con cinco mil infantes y seiscientos caballos practicase un reconocimiento prolijo por todo el frente de la posicion enemiga, pero sin empeñarse en un combate sério. Leiva partió inmediatamente; sus tropas le siguieron con estraordinario ardor, y no tardó en venir á las manos con el inglés Nort, jefe de un cuerpo de escoceses. Despues de una ligera escaramuza toda la línea enemiga se replegó sobre la aldea de Reimerant, y embestida aquí furiosamente, aunque Nort se batió con gallardía, abandonó con aire de fuga esta posicion culminante que denotaba ser de la última importancia. Una retirada tan pronta escitó en D. Juan vehementes sos-



D. Alvaro de Bazan.

pechas; temió que el cauteloso Bossu le hubiera tendido algun lazo y envió á Leiva un mensajero para que detuviera su marcha progresiva; pero este mensagero llegó tarde; aquella impetuosa legion acordándose de los laureles obtenidos en Gembloux, se habia precipitado como un torrente desde Remuseraint á un llano que se estiende por el otro lado al pie de la colina.

Entonces sintieron los españoles despedazados sus flancos por el fuego de una artillería formidable. La posicion en que se hallaban no podia ser mas calamitosa. El llano que ocupaban estaba bordeado á la izquierda por el profundo rio Dimel y á la derecha por una selva secular é impenetrable; al frente se levantaba una eminencia donde hormigueaban los peones y caballos flamencos. Allí estaban los verdaderos reales enemigos circundados con un foso y cubiertos con una alta trinchera erizada de cañones; habia Bossu, como jefe inteligente, llamado la naturaleza en su auxilio para esterminar á un enemigo que consideraba invencible en campo abierto. Los españoles comprendieron al punto todos los horrores de su situacion, pero no se desalentaron; lejos de eso formaron la heróica resolucion de espugnar los atrincheramientos enemigos.

Mas era este un empeño temerario, fácil de concebir por imaginaciones febricitantes, pero imposible de realizar sin un prodigio de la fortuna.

Avanzan, no obstante, los españoles, sostenidos por los seiscientos caballos italianos; á su aproximacion redobla el fuego de las baterías contrarias, y el británico North, que aquel dia sobresalió entre los mas valientes, se arroja de nuevo á su encuentro seguido por sus fieles escoceses. Entonces se traba una pelea encarnizada y terrible; la rabia de los combatientes cubre de pronto de cadáveres aquella estrecha lengua de tierra estendida entre el rio y el bosque. Los ardientes rayos del sol, cayendo perpendicularmente y como plomo derretido sobre la cabeza de los que peleaban, hacían su situacion mas angustiosa y casi insoportable. Muchos escoceses, no pudiendo sufrir el peso de sus armaduras y el contacto ígneo de sus vestidos, se presentaban desnudos en medio de aquella sangrienta lid.

Todo el heroismo que por momentos desplegaban los españoles debia hacer su muerte mas honrosa, pero inevitable; la retirada por la escarpada eminencia de Remuseraint era imposible teniendo todo el ejército confederado sobre su retaguardia; la espugnacion de las trincheras tantas veces intentada en vano, lo era igualmente y no vislumbraban mas porvenir que el de perecer aconchados sobre las márgenes del Dimel.

¿Mas el austriaco se decidiria á dejar sucumbir aquellos intrépidos soldados que espiaban su imprudencia con un valor tan inimitable? Profundamente irritado al principio, se negó á enviar un solo hombre en auxilio de aquella temeraria legion; despues comprendiendo que las tropas empeñadas constituian el verdadero nervio de su ejército, se decidió á protegerlas, si bien no adivinaba el medio de poder verificarlo. Aglomerar todo el ejército en la falda de la aldea hubiera sido una imprudencia irreparable, porque se le asociaba á la desgraciada suerte de Leiva y sus compañeros. Solo una maniobra de flanco podia ofrecer probabilidades de buen éxito, ¿mas cómo intentarla al través de una selva frondosa y cortada con paredes ó por medio del rio Dimel, invadeable en aquel punto?

Afortunadamente la vista perspicaz de Alejandro descubrió en el fondo de la selva un sendero estrecho bastante llano para que pudieran retroceder por él las columnas de infantería y caballería. El mismo se encargó de conducir esta retirada tan laboriosa y espuesta, y lo hizo con aquel tino y precision que revela un genio de primer órden.

Diseminó algunos centenares de arcabuceros sobre todos los puntos flanqueables de la selva, los cuales abrigados de los árboles y tapias, debian cubrir con sus fuegos la marcha retrógrada de la vanguardia, al mismo tiempo que los seiscientos caballos se batian ante los reales enemigos con la última tenacidad. Realizóse felizmente esta maniobra; la infantería de Leiva desfiló en buen órden y con poco quebranto, mientras la caballería desafiaba todos los esfuerzos del enemigo con un valor imponderable. Formando una nutrida columna, permaneció inalterable en medio de los choques mas violentos; en el instante en que caia un ginete, derribado por el hierro enemigo, le reemplazaba otro, y la columna, verdadera falange de

estos tiempos, conservaba siempre su asombrosa fuerza de estacion. Acaudillábanle los hermanos Monte que aquel dia adquirieron laureles inmarcesibles. Por último, puesta en salvo la infantería, se adelantaron las mangas de arcabuceros, y replegándose poco á poco al través de la arboleda, protegieron la retirada de los caballos. Tal fué el éxito de esta accion que Bossu pudo y debió hacer decisiva arrojando todo el golpe de su ejército sobre la vanguardia española, apremiándola y marchando despues audazmente sobre el cuerpo del austriaco. Pero sus débiles conatos solo produjeron una efusion de sangre inútil que en nada alteraba la fisonomia de la campaña.

En efecto, D. Juan, apenas hubo reunido todo su ejército se apresuró á ofrecer de nuevo la batalla al flamenco yendo á su encuentro, y éste, siempre circunspecto, se obstinó en rehusarla. Los españoles, satisfechos con haber acreditado su superioridad, se atrincheraron fuertemente cerca de Namur. Aquí las dolencias del austriaco se agravaron en términos que concluyeron con su existencia el dia 21 de noviembre de 1578. Sucedióle en el cargo de gobernador general el príncipe de Parma Alejandro Farnesio.

No era á la verdad lisongera la situacion del ejército realista, cuando el príncipe de Parma tomó el mando supremo. Hallábase aquel encerrado en sus atrincheramientos cerca de Namur, á cubierto sin duda de un ataque á viva fuerza por parte del enemigo, pero atormentado por el azote cada vez mas sensible de la miseria. Todo el pais que se estendia á sus espaldas estaba devastado, y en la márgen opuesta del Mosa, en el fértil Bravante, dominaba soberanamente Bossu con las fuerzas confederadas. Habíanse aumentado estas de un modo considerable, hasta formar un cuerpo de cuarenta mil hombres ingleses, escoceses, franceses y flamencos. No se incluian en este número ocho mil ginetes alemanes, tropa florida y esperimentada que obedecia á Juan Casimiro, hijo del elector palatino, príncipe jóven, sectario ardiente y uno de los caracteres mas turbulentos de aquella época belicosa. Por otra parte, algunas ciudades y muchos nobles flamencos celosos de la autoridad que se habia arrogado el de Orange, llamaron al duque de Alenzon, herma-



no del rey de Francia, espíritu poco sólido pero muy inflamable y á quien se podia aplicar lo que se dijo de un antiguo: «que en paz y en guerra era una calamidad para el pais donde habitara.» El duque entró en Mons, ciudad principal del Artois, y logró, empleando oportunamente las seducciones y amenazas, que el senado le nombrara gobernador de Flandes sin respeto á la persona y autoridad del archiduque Matias, investido poco antes con el mismo cargo. Alenzon se adornó entonces con el pomposo título de *defensor de los flamencos y protector de sus libertades*, y ciertamente no podia haber elegido mejor título para cubrir su ambicion hipócrita é insaciable. Así todos los hombres revoltosos que no hallaban en el resto de Europa medios para satisfacer sus desmesuradas pasiones, se arrojaban de tropel sobre la conturbada Flandes, al modo que suelen afluir los humores malignos del cuerpo, á la parte donde se ha abierto una herida. Rodeado por tantos enemigos igualmente encarnizados aunque con diferentes nombres é intenciones, los españoles hubieran quizás sucumbido si la discordia no hubiese enervado muchos de los elementos reunidos en su contra.

Ya hemos dicho que la rivalidad de algunos grandes habia provocado la venida de Alenzon. La gran masa del pueblo flamenco aunque no se asociase íntimamente á estos odios personales, vituperaba con toda la vehemencia revolucionaria el que el ejército flamenco permaneciese en la inaccion; el que no se procurase por todas las vias, abatir la preponderancia del ejército español, y que se la oprimiera con exacciones de todo linage, sin que viese fruto alguno de tan costosos sacrificios. Estos diferentes cargos se dirigian contra el de Orange, verdadera alma del gobierno, y rebajaban en gran manera su reputacion. Ademas, la diferencia de religion producia entre las provincias, en el seno de las ciudades y hasta en los pueblos de menos nota, profundas perturbaciones. La mayoria de los flamencos era católica y aun luchando tenazmente contra la dominacion española queria conservar incólume la fé de sus mayores. El príncipe de Orange, celoso calvinista, les repugnaba bajo este concepto, y como las ideas religiosas encarnan mas hondamente que otra alguna en el espíritu humano, no faltaba ya quien considerase dulce y equitativa la autoridad de Felipe II, y procurase con-

ciliarla con la idea de su propia dignidad. Aceptando este feliz temperamento, se dividieron de los estados las provincias de Haynault y el Artois, prometiendo la debida obediencia al monarca español, pero rehusando admitir para su defensa huestes estranjeras. Tomó cuerpo mas adelante esta diversion; en ella tuvo orígen la faccion que llamaron walona, á la que se adhirieron algunas tropas veteranas y varios nobles de gran prestigio, como Motta, Montigni, Ramengier, Egmont y otros menos notables. El mismo Bossu, se cree que estaba inclinado á este último partido, cuando le arrebató la vida un tósigo, dicen, suministrado por órden de Orange. Pero esto no impidió que la parte oriental de la Flandes se declarara tambien neutral (1579).

Mientras los flamencos consumian su tiempo y sus fuerzas en estas divisiones intestinas; mientras su ejército se mermaba considerablemente con la desercion, y Casimiro pasaba á Inglaterra seducido por fantásticas esperanzas, dejando á su brillante caballería llena de descontento, Alejandro recibia una buena legion de alemanes. Sintiéndose entonces bastante robusto para acometer una empresa importante, pensó en cruzar el Mosa, penetrar en el Bravante, pasar sobre el cuerpo de los flamencos y poner sitio á la fuerte plaza de Maestrick. Este plan ofrecia árduas dificultades, porque era preciso dividirse, guarnecer con tropas la márgen derecha del Mosa, para cubrir las provincias fieles de Namur y Luxembourg, pasar uno de los rios mayores de Europa en el corazon del invierno y á vista del enemigo, arrollar al paso un ejército todavía muy formidable y mandado por Orange en persona, y apoderarse de una plaza reputada como de primer órden, y en la que se arrojarian las reliquias del enemigo. Todas las partes de este plan se hallaban tan íntimamente enlazadas, que faltando la realizacion de una, venia á ser funesta la de las demas, y sin la conquista de Maestrick, corona de aquel pensamiento, el paso del Mosa sería quizás funesto.

Alejandro, que tenia fé en el buen espíritu de sus tropas, no vaciló como todos los hombres de genio vasto y audaz; acaso dejaba algo á merced de la fortuna. Mostróse esta desde luego favorable á los españoles en algunos combates parciales que ocurrieron por entonces. D. Pedro de Toledo, á la cabeza de sesenta caballos, pasó á nado

y de noche el Mosa, arrojóse con singular ímpetu sobre una partida de cien raitres enemigos y la deshizo completamente, dejando á sesenta tendidos en el sitio de la accion. Dueño de una bandera y de algunos caballos, repasó aceleradamente el rio, para poner á los pies de su general aquellos gloriosos trofeos.

Juan Bautista del Monte reportó otro triunfo distinguido, empleando una estratagema que merece referirse. Habia salido de las trincheras para esplorar el camino que conduce al Mosa, cuando vió á corta distancia mas de setecientos caballos enemigos. Los que él mandaba solo ascendian á setenta y cinco, cincuenta de ellos corazas y los demas carabineros. La fuga era mas que arriesgada, ignominiosa, y el valeroso Monte quiere correr los azares de un combate. Pero ¿qué probabilidades de éxito podia ofrecer un choque empeñado con tan enorme desproporcion numérica? Monte se oculta rápidamente á la vista del enemigo, y en la falda de una colina forma sus cincuenta corazas en cinco columnas bastante separadas entre sí, y de modo que presentaran el aspecto de un cuerpo formidable. Al mismo tiempo coloca dos clarines á bastante distancia, sobre los flancos de aquellas columnas, y pone detrás de ellos los veinte y cinco carabineros. Al acercarse el enemigo, Monte dá la señal de embestir y arrancan sus columnas con ímpetu tan terrible, que conmovieron la primera fila de los caballos flamencos: el vigor de este choque, aquella dilatada y fascinadora formacion, el ruido penetrante de los clarines que se percibian en diferentes direcciones y la aparicion instantánea de los carabineros, hacen creer al enemigo que tiene sobre sus brazos todo el ejército español, y dominado por un terror pánico, huye ó perece miserablemente bajo la fulminante espada de los realistas. Mas de cien ginetes perdieron la vida, y doscientos caballos fueron presa de los vencedores; los demas, prestándoles álas el miedo, lograron salvarse, arrojando vergonzosamente sus armas.

Estos prósperos sucesos exaltaron la intrepidez de los españoles, que recibieron con gritos de júbilo la órden de romper el movimiento. Emprendióse este el dia 8 de febrero del citado año 1579, habiendo quedado Mondragon con su tercio para proteger las provincias amigas y asegurar la retirada en caso necesario. El ejército, avanzando

con intrepidez y buen órden, llegó á las márgenes del Rura. Alejandro hizo arrojar un puente sobre este rio, y se efectuó su paso sin obstáculo de ningun género. Mas dificil debia ser el del Mosa.

Este rio, ensoberbecido con las abundantes lluvias y nieves, contenia tan gran caudal de agua que era casi imposible establecer en él un puente. Sin embargo, la industriosa actividad de Cervellon y el ardor infatigable de los gastadores españoles, vencieron este obstáculo; en una sola noche se construyeron dos puentes de barcas, á poca distancia uno de otro, y por los cuales habia de verificar simultáneamente el paso el ejército. La vanguardia y parte del centro llegaron á la orilla opuesta sin inconveniente alguno; pero entonces el rio, como si se sublevara contra la estraordinaria opresion que se le hacia sufrir, agitó furiosamente sus olas y sumergió en se seno dos de las barcas que habia en medio del puente. Este momento fué muy crítico. Si Orange se apercibia de la situacion en que se hallaban los españoles, podia caer sobre los que habian cruzado el rio, con todo el golpe de sus fuerzas, derrotarles y oponerse al paso de los demas. Por fortuna, ni una sola lanza ni arcabuz enemigo se descubrió en aquellas inmediaciones, y la intempestiva confianza del príncipe permitió al de Parma reconstruir el puente y reunir en la márgen izquierda todo el lleno de sus tropas. Componian estas un ejército de veinte y cinco mil infantes y ocho mil caballos; muchos de los peones eran alemanes, gente mercenaria y poco disciplinada, que no ofrecia á Alejandro la misma confianza que los sóbrios é intrépidos españoles. Como la grande empresa que empezaba á realizar, requeria de parte del ejército prodigios de constancia y denuedo, el parmesano dispuso que dos coronelías de alemanes pasaran á reemplazar á Valdés ocupado en un asedio, y que este jefe con su tercio español acudiera velozmente á reunírsele.

Cuando Orange y el archiduque Matías supieron la atrevida marcha de los españoles, se llenaron de terror, mezclado de admiracion. Apenas podian concebir que un ejército hambriento y desnudo hubiera inaugurado la campaña en el mas fuerte rigor del invierno y salvado con tanta rapidez la formidable barrera del Mosa. En un consejo tumultuario, y al que asistieron los principales jefes de la confederacion, se lanzaron recíprocamente injurias y reprensiones,

y acabaron por decidir que una batalla en aquellas circunstancias seria probablemente la ruina de la independencia flamenca. En su consecuencia, arrojaron parte de las tropas en Maestrick, Ambéres y otras plazas amenazadas; dejaron á los Casimirianos muy comprometidos en Fornhoult, y apostaron un buen cuerpo de infantería en Burgerholt, menos con el objeto de contener, que debilitar la marcha victoriosa de los enemigos. El príncipe y el archiduque se refugiaron en Ambéres. Solo la irreflexion propia de un temor ciego pudo hacer adoptar estas disposiciones tan opuestas á los principios militares que entonces ya se conocian. Dividir las fuerzas en presencia de un adversario poderoso, activo y valiente era esponerlas á una derrota segura, aumentando con ella en igual grado la consternacion de los flamencos y el prestigio de los españoles.

Alejandro comprendió al punto todas las ventajas de su situacion y resolvió aprovecharse de ellas con celeridad proporcionada á su audacia. Las treinta y dos cornetas de raitres alemanes y seis mil caballos próximamente, aislados en Fornhoult, llamaron desde luego su atencion. Las maniobras del de Parma fueron tan hábiles como vigorosas, y los Casimirianos que pudieran sacar la espada se hallaron envueltos en una red de cuerpos enemigos. Sintiéndose perdidos enviaron un mensagero á Alejandro pidiéndole algun dinero para regresar á su pais. El príncipe de Parma escuchó esta demanda con una sonrisa desdeñosa. «¡Están locos, dijo, esos alemanes al pedirme dinero, cuando ellos debian dármelo porque los dejara salir de la situacion en que se hallan!» No obstante, conociendo que una masá tan respetable de caballería, reducida á la desesperacion, podia hacer grandes destrozos antes de sucumbir completamente, concedió á los Casimirianos pasaporte para volver á su patria; pero imponiéndoles la condicion de que en el término de tres meses no habian de empuñar las armas contra la majestad católica de Felipe II. Desembarazado por un esfuerzo feliz de audacia y de genio de esta brillante legion, que debia formar el nervio mas fuerte en el ejército enemigo, Alejandro se dirigió contra la infantería, acantonada en Burgerholt. Esta fuerza desmoralizada, aunque en buenas posiciones, no pudo resistir al impetuoso choque de la infantería española; dispersa y en horrible confusion se refugió en la in-

mediata ciudad de Ambéres; los españoles, despues de hacerles cubrir el camino de cadáveres, llegaron, en el ardor de la persecucion, hasta los fosos de Ambéres; solo la artillería, disparando metralla, pudo hacerles retroceder á su campo, llenos de gloria y de botin. Perecieron en esta accion seiscientos enemigos; los españoles tuvieron ocho muertos y cuarenta heridos de poca gravedad.

La espada de Alejandro habia aterrado las fuerzas enemigas sobre la orilla izquierda del Mosa; no podia temerse ya un movimiento retrógrado sobre la derecha, y como el sitio de Maestrick exigia una gran reconcentracion de fuerzas, el parmesano atrajo á Mondragon con su valeroso tercio. Verificada esta incorporacion, Alejandro avanzó rápidamente, y el dia 8 de marzo de 1579 puso sus reales delante de Maestrick.

Esta ciudad era reputada entonces como una de las principales del Bravante septentrional y como la plaza mas fuerte del Luxemburgo. Situada sobre el Mosa, tenia una comunicacion fácil y estensa con las provincias rebeldes. El Mosa divide la ciudad en dos barrios, que se comunican por medio de tres puentes, lo que hace su asedio muy dificil, porque es preciso que los sitiadores se den la mano por uno de aquel gran rio, y se espongan á verse aislados ó divididos en tiempo de avenidas. El ataque separado de los dos barrios envuelve ademas otro inconveniente muy grave para el caso de un asalto, pues si este no es igualmente vigoroso y feliz por ambos lados, los habitantes pueden cortar sus puentes y recogerse en la parte de la ciudad donde el enemigo haya hecho menos progresos, arrollarle y crear allí una segunda plaza, susceptible de vigorosa defensa. A estas ventajas naturales reunia Maestrick otras muchas artificiales. Sus fortificaciones eran escelentes; flanqueadas con robustos torreones y circundadas por un foso profundo, que recibia fácilmente, por medio de conductos subterráneos, las aguas del Mosa. El gobernador Tapin, hombre de ingenio sobresaliente y de una imaginacion fértil en recursos de todo género, noticioso de los intentos de Parma habia hecho otras obras mucho mas formidables. Por sus órdenes y bajo su direccion se construyeron casamatas, se añadió un fuerte rebellin al baluarte correspondiente

á la puerta de Tongheren, se cavaron debajo de la contraescarpa diferentes hornillos, que llenos de pólvora habian de inflamarse en el momento en que el enemigo pusiese el pié sobre el borde interior del foso, se abrieron caminos subterráneos, los cuales tenian sus puertas ó trampas cuidadosamente ocultas, por donde saliera parte de la guarnicion para atacar la retaguardia del enemigo, una vez empeñado este en el asalto; en fin, se pusieron en juego cuantos medios pudo descubrir un genio luminoso, inspirar el arte, ó sugerir la desesperacion para hacer aquella plaza inespugnable.

No faltaban tampoco brazos que agitaran todos estos elementos de defensa. La poblacion de Maestrick ascendia en tiempos ordinarios á treinta y cuatro mil almas; pero entonces se habia aumentado grandemente con una multitud de aldeanos, que corrieron á encerrarse dentro de sus muros, algunos impelidos por el temor, los mas inflamados por el fanatismo de secta y su odio á los españoles.

La guarnicion se componia de mil doscientos soldados veteranos franceses, ingleses y escoceses; pero su aumentó con el refuerzo de una florida juventud, hábil para soportar todas las fatigas de la guerra, hasta el imponente número de ocho mil hombres. Por lo demas, la exaltacion del espíritu público hacia inapreciables las fuerzas activas existentes en Maestrick; las mujeres mismas se organizaron en tres regimientos, y prestaron servicios eminentes, ya protegiendo las contra-minas, ya cubriendo armadas las murallas, ya prodigando con tierna solicitud los cuidados mas esquisitos á los heridos y enfermos, ya principalmente alentando con su heróico ejemplo á sus esposos, hijos, amantes y amigos.

El sitio de Maestrick duró cuatro meses. Los incidentes, las vicisitudes que en él ocurrieron, la pertinacia é inaudito esfuerzo de los sitiados y sitiadores hacen que se le considere como uno de los mas notables de cuantos ocurrieron en aquella guerra. El príncipe de Parma estableció sus reales sobre el camino de Bolduc, y colocó á Mondragon con otro brazo del ejército en el lado de Tongheren. Ambos campos se comunicaban al través del Mosa por medio de dos puentes sólidamente construidos. Los sitiados desde su principio hicieron furiosas salidas para impedirles los trabajos; pero aunque ocasionaron y recibieron en ellas daños considerables, se prosiguie-



ron no obstante hasta su conclusion. Deliberóse entonces en consejo de oficiales acerca del punto en que convenia fijar la batería. Despues de vivos debates prevaleció la opinion siempre respetable de Cervellon, y se convino en batir la puerta fortificada de Tongheren. Pusiéronse en batería cañones de enorme calibre, los cuales jugaron con tanta actividad y acierto, que al cabo de pocos dias cayó un gran lienzo del muro.

A vista de este destrozo, los animosos españoles lanzan gritos de júbilo y se animan mútuamente para el asalto, pero su alegría se convierte en sorpresa cuando se descubre al través del muro derruido un nuevo atrincheramiento coronado de cañones y rodeado por un foso. Entonces fué preciso dirigir otra batería contra la puerta de Bolduc, aunque sin desamparar la primera para no dar aliento á los sitiados. El fuego que hicieron ambas baterías, fué verdaderamente terrible; en el breve término de cinco dias lanzaron sobre la plaza mas de seis mil proyectiles. Los sitiados, sostenidos por Tapin, no daban señal alguna de temor ó de flaqueza, acudian presurosamente á todas las partes donde su presencia era necesaria, y se disputaban á porfía el puesto de mayor trabajo ó peligro.

Mientras la artillería tronaba contra Maestrick cubriendo con denso humo las cristalinas aguas del Mosa, los sitiadores se introducian en el corazon de la tierra, procurando arruinar con minas aquellos formidables baluartes; los sitiados por su parte contraminaban con igual teson, y en el lóbrego fondo de las escavaciones, se empeñaban con frecuencia combates sangrientos y mortíferos. En una de estas ocasiones descubrieron los españoles una contramina practicada por los sitiados; se abalanzan impetuosamente á ella; derriban con sus hachas la pequeña puerta que la cubría, y al punto quedan inundadas con un rio de fuego. Formábale una composicion de aguardiente, alquitran y otras materias inflamables que los de Maestrick habian aglomerado é incendiado preventivamente; algunos españoles perdieron los pies sumergidos en aquella ola candente; otros soltaron las armas que no podian sostener en sus abrasadas manos, y todos salieron huyendo de aquella fatal caverna. Alejandro, para vengar esta cruel burla, concibe una idea que por

lo ingeniosa merece referirse. Mandó que los españoles penetrasen de dos en dos en la boca de otra mina; cada cuerpo de dos soldados iba cubierto por un fuerte escudo de madera, el cual estaba horadado en el centro. Los sitiados, que percibian el ruido, acuden á repeler á los minadores y arrojan sobre ellos una lluvia de balas, pero estas se embotan en los escudos al propio tiempo que los españoles hacen por las aberturas un fuego seguro. Perecieron bastantes sitiados antes que conociesen su error y comprendieron que su enemigo podia aventajarles en ingenio, intrepidéz y constancia.

Trabajábase en las minas con rara actividad. Una, dirigida por el ingeniero Rati, se estendia desde el campo de los sitiadores hasta el baluarte de Tongheren. Esta mina rebentó con horrible estrépito, derribando un gran trozo del baluarte y parte del rebellin que le protegia. Al punto ochenta españoles, acaudillados por el capitan Troncoso, se precipitan sobre el baluarte y pugnan valerosamente por afianzarse en él; los enemigos, al amparo de una trinchera interior, vomitan un fuego espantoso sobre los invasores, arremeten estos con nueva furia, y llegando á lo estrecho de las armas blancas, se traba una pelea atroz, en la que caen mortalmente heridos Troncoso, Mendoza y Beltran, esclarecidos capitanes y valerosos soldados. Sin embargo, los españoles permanecieron firmes sobre las ruinas y parte del foso que habian regado con su sangre; los sitiados, obstinándose en arrebatarles esta ventaja, desembocan de tropel por una puerta secreta que desde el baluarte conducia al foso; enciéndese de nuevo el combate, si bien no cambió su fisonomía, pues cada uno de los combatientes conservó las posiciones que habia adquirido al principio.

Durante este tiempo la artillería continuaba jugando con mucho efecto contra las puertas de Bolduc y Tongheren; los gastadores socaban con inestinguible afan los cimientos del muro y los bordes del foso; varias minas estaban preparadas para estallar en el momento crítico, y la vista de las brechas abiertas en aquellos dos puntos principales escitaban el belicoso ardor de las tropas y la impaciencia del general.

Al rayar el alba del dia 8 de abril, se dió la órden de un asalto simultáneo, sin preceder como debiera un reconocimiento detenido.



Todos los cuerpos del ejército se hallaban en pié esperando la última señal. El principal esfuerzo debia dirigirse contra la puerta de Tongheren. El tercio español de Figueroa, llamado el *viejo de Milan*, compuesto de veteranos encanecidos en los campos de batalla, debia tener la peligrosa honra de inaugurar el asalto. Hallábase inmediatamente sostenido por el tercio de Valdés, por diez banderas de alemanes con el conde Hierges á su cabeza, y cinco de walones, que abrazaban con la estremidad de su ala izquierda el espacio comprendido entre las puertas de Tongheren y de Lieja. Para espugnar la de Bolduc habia tambien preparadas fuerzas formidables. Al frente de todas formaba el tercio de Fernando de Toledo, honoríficamente llamado de la *sagrada liga*, por haberse distinguido con hazañas inmortales en la batalla de Lepanto; despues seguian mas á la derecha los alemanes de Fronsberg y Fuggier, mandados en jefe por el conde de Reux, y los walones de Barlemont. El ala derecha de este cuerpo se estendia en forma de semicírculo hasta la puerta de Bruselas. Alejandro, recorriendo al galope el frente de su línea, elevó hasta el heroismo el entusiasmo de los soldados. Pero acaso este ardor escesivo, tan necesario por otra parte en lances de esta naturaleza, influyó perniciosamente en el éxito del asalto.

Entretanto reinaba en Maestrick una animacion indescriptible. El fanatismo religioso, el hábito de los peligros, el espíritu de independencia, el sentimiento de la venganza, todos cuantos resortes pueden lanzar al corazon humano á los estremos mas violentos, obraban á la vez sobre el de los habitantes. En un momento se vieron coronadas las murallas por una multitud pródiga de su propia sangre y sedienta de la enemiga. La guarnicion conservaba un continente frio y marcial; las mujeres regimentadas, ó defendian los atrincheramientos interiores ó preparaban con febril actividad fuegos arrojadizos, proyectiles de todo género, maderas embreadas, calderas de aceite y pez hirviendo. La necesidad ó la desesperacion habia convertido en defensores aun á los hombres menos idóneos para las funciones militares. Los aldeanos, que hasta aquel instante solo habian prestado servicios en las obras de fortificacion, carecian de armas, bien porque no existiesen en la plaza, bien porque desconfiando de su impericia no hubiese parecido cuerdo entregárse-

las; mas ellos, no queriendo permanecer como espectadores pasivos, en las sangrientas escenas que iban á verificarse, se habian provisto de palos sólidos de diez piés de longitud, que tenian pendientes á sus estremos otros mas cortos y mas gruesos. Con esta arma tan estraña lograban rechazar desde lejos al enemigo, y descargando sobre él furibundos golpes, aterrarle é imposibilitarle de continuar la espugnacion. El genio de Tapin presidia á todos estos formidables preparativos, realzaba en lo posible el fervor guerrero, y regularizaba los hetereogéneos elementos de defensa.

El tercio viejo de Milán fué el primero que marchó al asalto. Iban á la cabeza de este, ademas de los capitanes españoles, algunos aventureros italianos, brillantes en audacia é intrepidez, y que inflamados por el fuego de la juventud, despreciaban los mas fuertes peligros. Al acercarse estas tropas al foso correspondiente al baluarte de Tongheren, vieron que estaba imperfectamente cubierto con las ruinas del muro, y que en muchos puntos el paso era muy arriesgado y aun imposible. Sin arredrarse ante esta dificultad llenaron apresuradamente con faginas la parte que les pareció indispensable, y se agolparon apiñadas sobre el foso. Dos jóvenes italianos, Pedro, conde de Nofrey, y Mario Antonio, saltan con una bravura indefinible sobre la brecha y pagan caro su temerario arrojo. Nofrey cae envuelto en una nube de balas, y Mario, en el momento mismo de poner el estandarte real sobre el baluarte, es arrebatado por un pedazo de metralla, que le levanta cadáver en el aire juntamente con su estandarte. Pero su heróico ejemplo ha infundido en los pechos españoles el deseo de la venganza y de la gloria; los capitanes mismos no pueden resistir á esta conmocion eléctrica, y las tropas se precipitan en masa compacta sobre la ya ensangrentada brecha. Entonces se empeña el combate con grande encarnizamiento; casi todas las balas que disparaba el enemigo se cebaban en aquella nutrida columna; en vano los españoles hacen prodigiosos esfuerzos para avanzar, porque los detiene una valla de picas y de palos que los aldeanos manejaban con mucho vigor y habilidad. Al propio tiempo las mujeres lanzan aros y cestos embreados; los infelices soldados sienten que el fuego consume sus vestidos, mutila sus manos y penetra hasta en sus entrañas. Una batería colocada en una

torre inmediata despedaza su flanco derecho, y en aquel horrible trance mil muertes les amenazan á la vez. Sin embargo, no ceden un palmo del terreno que conquistaron al primer ímpetu; por el contrario, menos atentos á la vida que á la gloria, se estrechan con doble fuerza, y procuran siempre, aunque inutilmente, penetrar por aquella fatal brecha. Algunos capitanes, viendo la deplorable situacion de las tropas y queriendo salvarlas por un rasgo de audacia, se arrojan con la espada desnuda en medio de las picas enemigas, pretendiendo arrastrar en pos de sí á los soldados. Estos intrépidos guerreros, cuyo nombre debe conocer la posteridad, eran Fábio Farnesio, primo del de Parma, mancebo de sobresalientes cualidades, y digno de ceñir una corona (1), Conrado, Pedro de Zúñiga y Agustin Echaffenati. Su heróico sacrificio es por desgracia infecundo, porque la masa de las tropas no puede romper al enemigo, y aquellos cuatro valientes caen uno despues de otro ó muertos ó mortalmente heridos. Igual infausta suerte alcanzaron los capitanes españoles, Carabantes, Alvarado y Angulo que volaron al auxilio de los primeros. La pérdida de estos hombres distinguidos hizo declinar el valor, hasta entonces indomable de los españoles, quienes procuraban ya mas bien defenderse que ofender al enemigo. A la verdad su situacion era desesperada. Ocupando la parte cubierta del foso y estando muy aglomerados en la brecha, no podian recibir socorro alguno de los alemanes, que contemplaban con impotente rabia el mal estado de sus compañeros y el próximo triunfo del enemigo.

No era mas felíz el ataque contra la puerta de Tongheren por la misma causa que habia hecho fracasar el de Bolduc. Los alemanes y walones, que segun hemos dicho formaban á la derecha, celosos de los españoles, quisieron arrebatarles el honor de la iniciativa, y embistieron atropelladamente por la brecha pocó practicable del baluarte. El español Manzano, que se habia pasado al partido de los flamencos, y obtenido en Maestrick un mando importante, les recibió á la cabeza de una manga de mosqueteros; y con fuego tan

(1) Este ilustre jóven tenia derechos y pretensiones al trono de Portugal, pero su prematura muerte en obsequio de Felipe II, dejó libre á este monarca de uno de los concurrentes que podian contrariar sus designios y esperanzas.

certero que los obligó á retroceder sobre el borde del foso. Tal era la situacion de los combatientes cuando Mansfeld idea un arbitrio para reanimar el valor de los suyos y abatir el de los contrarios.

Despachó mensajeros que anunciaran en cada una de las puertas la victoria reportada por los realistas en la otra. Este plausible fraude produjo al pronto un efecto estraordinario; los españoles que peleaban en el baluarte de Tongheren, como los alemanes que combatian el de Bolduc, inflamados por el sagrado fuego de la emulacion, hicieron esfuerzos inauditos, supremos, para penetrar en la plaza que creian ya ocupada por sus compañeros; pero era esto como las últimas llamaradas de una luz que se va estinguiendo, ó como el último estampido del trueno que anuncia la desaparicion de la nube; aquellas tropas estaban fatigadas, estenuadas con las diez horas de una lucha gigantesca; los vicios de su formacion no habian podido reformarse á pesar de todas las órdenes é intimaciones de Alejandro, y permanecian siempre acantonadas en parajes estrechos. Para colmo de desgracias las minas preparadas por los españoles en la puerta de Tongheren, reventaron entonces, pero en direccion opuesta á la que se habia pensado, causando por consiguiente grande quebranto á los sitiadores, sin pérdida alguna de los sitiados. Muchos de los flamencos perecieron miserablemente sofocados con el humo, ó heridos por las piedras; uno de ellos fué el conde de San Jorge, existencia en flor arrebatada á las justas esperanzas de sus amigos y admiradores. El capitan español Ortiz, impelido por la fuerza de la pólvora, subió hasta una altura considerable, cayó de pié y quedó envuelto entre una inmensa capa de tierra. Cuarenta años despues se halló su cuerpo en la misma actitud, intacto y completamente armado.

Tambien sucumbieron en aquella hora fatal Diego Hurtado de Mendoza, ilustre por su nacimiento y por sus hazañas; Alonso del Castillo y Pedro Pacheco, capitanes españoles dignos de mejor suerte.

La pérdida de tantos jefes, el desaliento de las tropas y la creciente obstinacion de los sitiados, hacian de todo punto imposible el triunfo. Era preciso disponer la retirada si no se queria el sacrificio completo y estéril de aquellos heróicos soldados víctimas de su

ardiente intrepidez. Pero cuando Alejandro, que se hallaba cerca de Bolduc; supo que los españoles se consumian en inútiles ataques por la mala disposicion de los cabos, pretendió, arrebatado por la ira, volar á aquel punto, ponerse á la cabeza de sus fieles tercios y sucumbir con ellos ó penetrar en la plaza arrollando cuantos obstáculos pudiera oponer el enemigo. Afortunadamente la voz autorizada y respetable del anciano Cervellon contuvo este proyecto temerario, y Alejandro dió, con la espresion del dolor mas acerbo, la órden de retirada. Verificóse esta con mucho órden, y el enemigo, admirando el fiero continente que, aun despues de su desgracia conservaban aquellas tropas, no se resolvió á molestarlas.

Bajo la influencia de fuertes reveses, las almas grandes estallan en resoluciones heróicas. Alejandro, que en este célebre sitio empezó á desarrollar su genio de primer órden, juró tomar á Maestrick ó perecer en la demanda. Entonces surgió en su espíritu una idea luminosa y de inmensos resultados; se propuso rodear á la ciudad de una línea de fortificaciones, que apoyándose en las dos cabezas del puente principal del Mosa, enlazara con firmeza todos los estremos del campo. Esta obra se llevó á cabo con una actividad, que aun en nuestros dias debe parecer prodigiosa. Diez y seis fuertes, capaz cada uno de contener una guarnicion de cien hombres, y bastante sólidos para resistir á los primeros golpes de la artillería, se levantaron en el breve término de un mes, sin que por eso se aflojara un punto en el servicio de las baterías ni en la ereccion de otra obra colosal, que mas adelante describiremos. Alejandro velaba por el auge de estos trabajos, y alentaba á los operarios con su presencia; muchas veces con su ejemplo, pues se le vió empuñar la piqueta con la misma mano que habia tenido el baston de general, y profundizar en la entraña de la tierra para poner los cimientos. Concluida esta série de fortificaciones, que entonces se consideraron como una maravilla del arte, se tenia asegurado el éxito del asalto. Porque guarneciendo con dos ó tres mil hombres estos fortines, se podian sacar del campo diez y ocho ó veinte mil, bien se tratara de dar un segundo asalto mas vigoroso y concertado, bien de establecer un bloqueo completo, ó ya de rechazar á un ejército protector de la

plaza. Este último estremo no tardó en realizarse. El príncipe de Orange no podia abandonar á Maestrick sin comprometer á la plaza de Ambéres y á todo el Bravante, y sin dar nuevo impulso á la opinion pública, ya muy desencadenada contra él. Decidido á socorrer la plaza, reunió un ejército, consistente en tres mil caballos y cien banderas de infantería (1), y avanzó con él osadamente hasta dar vista al campo de los sitiadores. Pero habiéndose acercado Holach con la vanguardia para reconocerle, y observando aquella línea de puntos fortificados tan vigorosamente, volvió diciendo al de Orange, «que para socorrer á Maestrick, era necesario conquistar antes otro Maestrick.» El príncipe retrocedió sin hacer tentativa alguna séria en obsequio de la plaza.

Mas los habitantes, aunque destituidos de socorro, contaban con muchos elementos de defensa y con su energía, al parecer, indomable. El genio de Tapin habia realizado nuevas y formidables creaciones. Presumiendo este sábio ingeniero que Alejandro dirigiria ahora sus principales ataques contra la puerta de Bolduc, considerándola la mas débil, habia practicado estraordinarios trabajos para protejerla. La principal y mas esterior de las obras, llamada el *Broquel* ó *Escudo*, para significar que con ella se cubria el corazon de la ciudad, era un rebellin mucho mas alto que el muro, que se destacaba en forma de flecha y estaba rodeado por un foso ancho y profundo. El Escudo se hallaba apoyado en otras dos trincheras interiores que tenian sus respectivos fosos; la última, triangular tambien, estaba protegida por una estacada.

Entre estos órdenes de fortificaciones habia casamatas llenas de arcabuceros, los cuales ceñian con sus fuegos los flancos del broquel, el borde de los fosos y todos los puntos vulnerables. El fuego distante de la artillería no podia hacer efecto en la maciza mole del Escudo ; era preciso que los sitiadores plantasen sus baterías inmediatas, y ningun punto dominante les ofrecia la posibilidad de hacerlo. Pero ¿qué no puede el valor cuando está dirigido por la luz del genio é inflamado por el amor de la gloria?

Alejandro, aunque admiró las soberbias obras de Tapin, conci-

(1) Veinte mil hombres próximamente.

bió al punto el medio de combatirlas. Por su órden se construyó frente del Broquel una trinchera gigantesca, en figura cuadrangular, que tenia ciento treinta piés de elevacion y ciento y quince de longitud. Era aquel un edificio inmenso, como brotado del seno mismo de la tierra, y formado con troncos de árboles, ramas fuertemente enlazadas y multitud de sacos de arena. En la plataforma se colocaron tres cañones, que dominaban con sus fuegos á las trincheras del Escudo y al muro mismo de la ciudad.

Al momento empezó á jugar esta artillería con una actividad destructora, y pocos dias despues ya estaba cubierto el foso esterior con las ruinas del primer rebellin. La infantería española se arroja sobre el fuerte, arrolla al enemigo, es repelida á su vez, vuelve á la carga, y á costa de mil sangrientos esfuerzos se establece sólidamente en la última de aquellas trincheras, que no era ya mas que un monton de escombros. ¡Tal y tan fuerte habia sido la accion combinada de la artillería, de la zapa y de la mina! Nuevas minas hacen saltar la contra-escarpa cerca de la puerta; los españoles se lanzan contra ella con su ardor acostumbrado, y logran afianzar el estandarte real sobre los muros de la ciudad indómita. En uno de los ataques que precedieron á la espugnacion de esta puerta, fué gravemente herido Sebastian Tapin, pérdida mas irreparable para los sitiados que la de aquella parte del muro.

Hasta aquí Alejandro, aleccionado por la esperiencia, habia reconcentrado todos sus ataques sobre la puerta de Bolduc, amenazando á la de Bruselas; la de Tongheren estaba abandonada por los sitiadores y casi tambien por los sitiados. Fortificada la puerta de Bolduc y sólidamente establecidos en ella los españoles, se dirigió el último ataque contra la de Bruselas.

No ofrecia este menos dificultades que los anteriores. El enemigo habia levantado delante de la puerta un robusto parapeto semicircular, denominado la Media luna. Alejandro conoció que un ataque de frente, aun empleando la mas gruesa artillería, seria de todo punto inútil, y se propuso destruir la media luna, colocando sus baterías sobre la muralla correspondiente al flanco derecho de aquel soberbio reducto. La realizacion de semejante pensamiento era su-

mamente arriesgada y difícil, porque se hacia preciso arrojar un puente sobre el foso, que tenia cuarenta piés de latitud, con otros tantos de profundidad, pasar por él los cañones de mayor calibre y subirlos á brazo hasta la muralla, todo bajo el fuego mortífero del enemigo.

Los gastadores vacilan, titubean al arrostrar un peligro tan inmenso; Alejandro trabaja con ellos en medio de una nube de balas, duerme á su lado sobre la desnuda tierra durante las altas horas de la noche, y no se aparta un momento de aquel sitio importante. ¿Qué soldado podia mostrarse tímido ó débil al ver en su general tales prodigios de actividad é intrepidez? La temida obra se concluye en poco tiempo, los cañones se trasladan al otro lado del puente, erígense las baterías sobre el muro y se rompe un fuego horrible contra la Media luna. Durante estas operaciones cayó mortalmente herido el conde de Barlemont, general de la artillería, noble flamenco en quien competia dignamente una lealtad á toda prueba con grandes talentos militares.

Quebrantada con el ímpetu de un fuerte cañoneo la parte mas vulnerable de la Media luna, los españoles procedieron á su espugnacion. El combate fué obstinado como una última esperanza, y tan terrible como el postrimer esfuerzo de la desesperacion; cada palmo de terreno costaba á los sitiadores un torrente de sangre, pero al fin la fortuna coronó su inaudita constancia, y los sitiados, abandonando la Media luna se replegaron en otra trinchera que habia al lado opuesto del muro.

Tal era el estado de ambos combatientes el dia 26 de junio. El ejército realista habia perdido la flor de sus tropas y sus mas intrépidos capitanes; el mismo Alejandro, víctima de sus incesantes y y prolongadas fatigas, permanecia en su tienda retenido por una aguda fiebre; pero aun aparece mucho mas crítica la situacion de la ciudad. La muralla estaba arruinada en diferentes puntos, el foso cegado en algunos, y en otro, allanado con un puente, habíase enseñoreado el enemigo de las dos puertas principales ; la guarnicion estaba reducida á cuatrocientos hombres, los cuales no tenian ya otro asilo que las trincheras de que hemos hecho mérito.

La conquista de Maestrick podia reputarse ya como segura, mas

el príncipe de Parma, queriendo evitar á la ciudad los últimos horrores de la guerra, envió un parlamentario para intimar la rendicion. Contestaron los habitantes con soberbio desden á la demanda, y resueltos á derramar la última gota de sangre en aras de su independencia, barrearon algunas calles, levantaron nuevos parapetos, de mas apariencia que solidez, y construyeron algunas otras obras mas propias para perecer con gloria que para resistir con probabilidades de buen éxito.

Sin embargo, su principal defensa consistia en la trinchera de Bruselas. Un soldado español, llamado Alonso García, se introdujo de noche en ella, observó que los centinelas estaban profundamente dormidos y que la fatiga habia sojuzgado por fin aquellos corazones tan inaccesibles al temor. Terminada su inspeccion volvió sano y salvo al campo de los sitiadores.

Alejandro, postrado en el lecho del dolor, supo estas circunstancias, y mandó que al brillar sobre el horizonte la aurora del dia 29, marcharan las tropas al asalto. Condujéronlas en efecto Mansfeld y Gonzaga; los maestrickenses, aunque sorprendidos, se resistieron con mucho vigor, pero esla vez fueron impotentes sus esfuerzos, arrebatadas una en pos de otra todas las trincheras y arrollados impetuosamente sus defensores. La rabia del soldado invasor convirtió pronto el combate en carnicería; derramáronse por las calles los alemanes y españoles cual ola desatada, hiriendo y matando á cuantos podian haber á sus manos, sin distincion de sexo ni edad. Verdad es que los habitantes en su último frenesí arrojaban sobre los realistas desde las ventanas y balcones, piedras, tejas, aceite y pez hirviendo, pero este inútil alarde de resistencia solo sirvió para encender la cólera de aquellos.

Los maestrickenses, confiando mas de lo que debieran en sus fuerzas, no habian dispuesto la voladura de los puentes que unen á la ciudad con el arrabal de Ubic. En el terror de la fuga los infelices se precipitaron sobre estos puentes; síguenlos los españoles con sus espadas desnudas y hacen en la confusa multitud horrible carnicería; sin embargo, algunos hombres determinados se arrojan sobre la cabeza de los puentes y la defienden con heróica constancia. Propusiéronse entonces las bases de una capitulacion que garan-

tizase la propiedad y vidas de los que se habian refugiado en el arrabal, pero mientras se altercaba acerca de ellas, los españoles de Mondragon escalan el muro, se precipitan en Ubic, vencen todos cuantos obstáculos se ofrecen á su vista, y renuevan las escenas de desolacion y esterminio que ya habian ocurrido en Maestrick. Sebastian Tapin, herido y casi moribundo, fué conducido á la presencia de Alejandro, quien le dispensó todas las consideraciones debidas á su genio y á su valor tan ilustre como desgraciado; pero las heridas del alma acibararon la del cuerpo, y á pesar de los cuidados mas esquisitos, falleció poco despues. Mas infáusta suerte tuvo el capitan Manzano, que descubierto por su compatriota Solís, recibió una muerte infame, digna de su deslealtad, á manos de los españoles. El saqueo de Maestrick duró muchos dias, y fué incalculable el botin que recogieron las tropas. La pérdida de la ciudad se calculó en ocho mil almas, en cuyo número se incluyeron mil quinientas mujeres; la de los sitiadores ascendió de cuatro á cinco mil hombres. Pero esta hubiera sido inapreciable si el príncipe de Parma hubiese sucumbido, como se temió fundadamente, á la violencia de la enfermedad; por fortuna su buena complexion y la fuerza de su juventud prevalecieron, y apenas restablecido hizo su entrada en Maestrick con una pompa militar que hacia recordar los antiguos triunfos de Roma.

Así terminó el célebre sitio de Maestrick; que hemos referido con todos sus detalles, para dar á conocer los progresos que habia hecho el arte en la espugnacion y defensa de las plazas. Todavía hallaremos en el curso de esta guerra esfuerzos mas portentosos de genio y perseverancia; pero el sitio de Maestrick marca la época del verdadero desarrollo en esta parte, y constituye uno de los rayos mas brillantes en la aureola de gloria que rodea el nombre de Alejandro (1).

La conquista de Maestrick fué desde luego fecunda en prósperos

(1) En el estado de desesperacion en que se hallaban los calvinistas, pusieron en juego todos los medios imaginables para sostener y alentar el espíritu público. Sus jefes hicieron acuñar una medalla que tenia en el anverso los cadáveres del conde de Egmont y Horns, con las cabezas pendientes de dos picotas, y en el reverso dos ginetes y dos infantes en ademan de pelear, con esta inscripcion: *Vale mas combatir por la patria, que dejarse sorprender por las ventajas equívocas de una paz simulada.*

resultados. En Bolduc y Malinas, el partido católico, alentado con esta victoria, oprimió al protestante, y se declaró abiertamente por el rey de España. Otro triunfo que reportaron despues las tropas españolas, teniendo por capitan á Olivera, contribuyó poderosamente á preparar los ánimos hácia una reaccion venturosa.

Con efecto, la provincia de Frisia, despodazada por las facciones, se sometió á la autoridad de Felipe II, juntamente con su gobernador el conde de Renneberg; Groninga y Valencienes aceptaron las condiciones propuestas por los legados del imperio en armonía con las intenciones de Felipe II; el duque de Ariscot abrazó la misma causa, y solos los artificios de Orange pudieron sostener la vacilante voluntad de los estados flamencos.

Si el monarca español, accediendo á la voluntad del príncipe de Parma, hubiese hecho entonces un esfuerzo formidable, tal vez hubiera recobrado por completo aquella rica joya desprendida de su corona; pero divertido á la sazon con la conquista de Portugal, convino en sacar de Flandes los veteranos tercios españoles, que parecian tener vinculada la victoria, segun lo pedian las grandes provincias reconciliadas, unas tal vez por orgullo nacional, otras con la siniestra intencion de contener el curso de sus progresos y rehacerse á la sombra de una fingida sumision.

Despedidos de Flandes los españoles, alemanes é italianos, y reconocido en Mons Alejandro por gobernador de los Paises Bajos, se trató de formar otro ejército. No era empresa fácil en aquellas circunstancias.

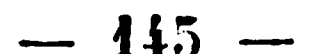
Las provincias reconciliadas rehusaban hacer grandes sacrificios y preferian mantenerse en la ofensiva á llevar el fuego de la guerra á lo interior de la Flandes; los nobles mostraban mucho mas celo por el mando, que por una causa que hasta entonces habian combatido con furor, y Alejandro carecia de fondos para asoldar la nueva milicia. Al fin se creó un ejército de treinta mil infantes walones y cinco mil caballos italianos y albaneses; pero estas tropas, bisoñas y poco dóciles al freno de la disciplina, no eran las mas propias para dilatar el calor de las conquistas.

Es verdad que el genio y el carácter de Alejandro convirtieron pronto estas masas informes en aguerridos tercios; él mismo les en-

señó á manejar la pica, á formar escuadrones y realizar todas las demas evoluciones de la táctica, y enalteciendo con su ejemplo una instruccion que desdeñaban los maestres de campo, logró escitar en estos una noble emulacion y grangearse el amor de los soldados. Confirmó al conde de Mansfeld en el cargo de maestre general, y confiriendo al marqués de Berges el mando de la caballería, no omitió medio alguno para atraerse las simpatías de aquella orgullosa nobleza.

Mansfeld inauguró dignamente su cargo, derrotando al orangista Nuan, veterano temible por su ingenio y esfuerzo, y que recientemente habia espugnado á Nínove, donde hizo prisionero al jóven conde de Egmont. Acaeció el combate en la aldea de Anglomunster, donde Nuan habia atrincherado sus tropas. Acometióle briosamente Mansfeld, y aunque su ala derecha fué rechazada al principio, sin embargo, acometió con tal oportunidad, á la cabeza de un buen trozo de caballería, al enemigo, que se habia descubierto con intempestivo ardor en la persecucion, que este no pudo resistir el golpe y se desbandó. En vano Nuan procuró iufundir en los suyos valor y confianza porque sus voces fueron desoidas y desechadas sus órdenes, hasta que él mismo, herido y rodeado por todas partes, hubo de entregarse prisionero. La pérdida de los vencedores fué insignificante; la de los vencidos ascendió á seiscientos hombres, tres cañones y diez y siete banderas. Por este tiempo se sublevaron algunos alemanes que habian quedado en Luxemburgo; pero Alejandro logró, parte con ruegos, parte con amenazas, reducirlos á su deber y aun empeñarlos á que continuaran el servicio bajo los auspicios de Felipe II.

Mientras se hacia la guerra en Flandes con tanto encarnizamiento, ocurrió en la península un suceso que abrió á nuestras armas nuevos campos de batalla. Muerto el 31 de enero de 1580 D. Enrique, rey de Portugal, creyéronse con derecho á sentarse en el trono lusitano, D. Antonio, prior de Ocrato, la duquesa de Braganza y Felipe II. El que alegaba este monarca era sin duda el mas robusto y luminoso, pero estimulados los parciales de D. Antonio por los ingleses y franceses, se negaron á reconocerlo, y comprendiendo el rey de España que solo por la fuerza de las armas podria entrar en



posesion del nuevo cetro que le correspondia, formó un ejército respetable para destruir las pretensiones de sus émulos. Este ejército constaba de los elementos que á continuacion se espresan.

Capitan general el duque de Alba.
Maestre de campo general D. Sancho Dávila.

Infanteria española.

Destacamento del tercio de Nápoles . . .	1844 plazas.
Id. del de Lombardía.	1330
Tercio de D. Rodrigo Zapata.	1566
Tercio de D. Martin Argote.	1566
Tercio de D. Luis Enriquez.	2805
Tercio de D. Antonio Moreno.	1497
Tercio de D. Gabriel Niño de Zúñiga. . .	1940
Tercio de D. Pedro de Ayala.	2000
Tercio de D. Francisco Valencia.. . . .	1666

Infanteria italiana.

Tercio de D. Próspero Colonna.	1940
Tercio de D. Cárlos Spinelli.	1260
Tercio de D. Cárlos Carafa.	1000

Infanteria alemana.

Regimiento de D. Gerónimo Lodron.. . .	3500

Caballeria de linea.

Doce compañías de Guardias viejas de Castilla.	846



Caballería ligera.

Siete compañías caballos ligeros.	400

Arcabuceros á caballo.

Seis compañías.	370

Artillería.

Cañones de gran calibre.	6
Medios cañones.	4
Medias culebrinas.	4
Falconetes.	16
Esmeriles.	27

Parque.

Carros.	9186
Tren de barcas.	50
Acémilas.	300
Gastadores.	2505

Abrió la marcha el 19 de junio una columna volante de cuatrocientos hombres de armas, doscientos arcabuceros á caballo y otros tantos á pié del tercio de Nápoles; esta fuerza se hizo dueña de Villaviciosa el 21, y á los seis dias pasó todo el ejército el Guadiana, yendo por las inmediaciones de Yelves á campar en Riotorto. El 30 se adelantó sobre Fuente de Zapateros, y de aquí se destacó el tercio de Ayala con alguna caballería, al mando de D. Martin Padilla, para ocupar á Yelves.

Dirigióse sobre Estremoz el 2 de julio el grueso de las fuerzas, y despues de algunas contestaciones con el gobernador del Castillo, ondeó sobre sus muros la bandera de Castilla. Evoramonte, Morera y Montemahor abrieron tambien sus puertas á las armas de Castilla,

y Setubal hubo de seguir su ejemplo, apelando sus defensores á la fuga, cuando despues de abierta la trinchera principiaba la artillería á jugar contra la plaza.

Mientras nuestro ejército atravesaba victoriosamente el Portugal, una fuerte escuadra al mando del marqués de Santa Cruz, sometia los puertos de Castro-Marin, Tavira, Faro, Villanueva, Portimaom y Lagos hasta el Cabo de S. Vicente. Al recibir la noticia de estos triunfos, Alba mandó poner sitio al fuerte de la Guarda, y encargóse de esta operacion la coronelía de próspero Colonna bajo la direccion del ingeniero Juan Bautista Antonelli. Abrióse la trinchera á tiro de pistola, y roto el fuego por nuestras baterías, se presentó la escuadra de Santa Cruz, que á beneficio de la niebla, apresó las galeras que defendian la fortaleza por la parte del mar. Este suceso provocó la rendicion del fuerte el 24 de dicho mes de julio.

En álas de este triunfo, y precedido de su imponente reputacion, Alba avanzó valerosamente hasta la vista de Lisboa. Aquí le esperaba un nuevo ejército portugués, si merece este nombre la multitud informe é indisciplinada que hormigueaba en la capital. Parte de ella quedó para defender á Lisboa, y parte, con D. Antonio á su cabeza, se situó entre esta ciudad y el fuerte de Belen. Esta fortaleza domina una vasta superficie que se estiende desde el pié de la eminencia en que está construida hasta la desembocadura del Tajo en el mar. Habia en el rio varios buques de diferente tamaño, bien artillados y que podian ofender con sus fuegos, bien á la escuadra española que se aproximase á Lisboa, bien al ejército del duque que intentara venir á las manos con el de D. Antonio. Pero estos obstáculos no eran capaces de contener á un guerrero tan esperimentado como el duque de Alba, ni á los veteranos tercios de Italia y Flandes. Alba se aproximó al castillo de S. Julian, que protege por el oeste al de Belen, y habiendo intimado al gobernador que se rindiese, éste, ó seducido por la esperanza del premio, ó aterrado por las amenazas del duque, abrió inmediatamente las puertas.

Apoderóse con mayor facilidad del castillo de Cabeza-seca, situado en la desembocadura del Tajo y abandonado por su guarnicion.

Habia llegado el momento de atraer la escuadra española al puerto de Lisboa y de combinar sus movimientos con los del ejército de tierra, pero esta operacion decisiva no podia verificarse sin apagar los fuegos de la fortaleza de Belen y de los buques anclados en el Tajo.

Alba dirigió contra estos sus baterías, y les puso en precipitada fuga, espectáculo que conmovió en tales términos al gobernador de Belen, que entregó esta fortaleza, no queriendo ser víctima de la implacable severidad del duque. El comandante de otro fuerte, asentado sobre una colina paralela, optando por los mismos sentimientos, siguió igual línea de conducta, y el duque de Alba pudo acercar entonces su ejército al de los portugueses que subian confusamente la opuesta ribera del Alcántara, línea de agua divisoria entre ambos campos (1).

(1) Hé aquí la órden general que el 24 de agosto dió el duque de Alba.

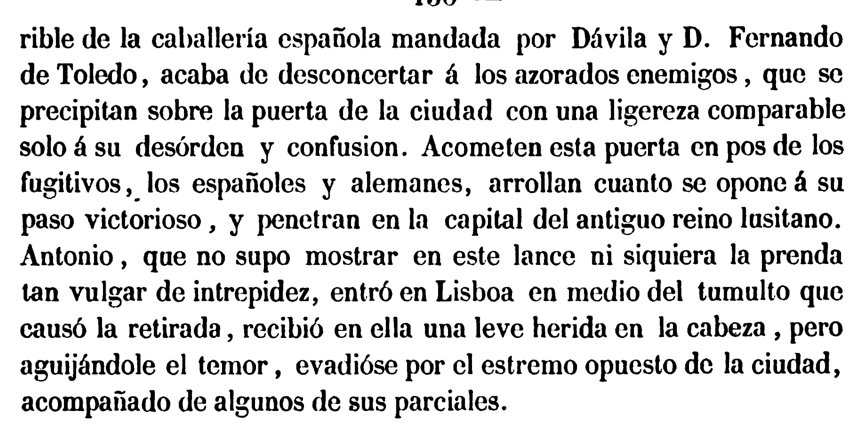
«Lo que se ha de hacer para mañana jueves veinte y cinco de agosto es lo siguiente: D. Frances de Alava pondrá siete piezas, cañones y culebrinas grandes para batir los escuadrones de la plaza de armas y á la mano izquierda tres medias culebrinas y un medio cañon en los sitios que le he dicho: y en la capilleja del alojamiento pondrá al través en la boca del rio de Alcántara dos piezas y tres medias culebrinas y sacará hasta veinte piezas de la torre de Belen que tiren hasta siete libras: y sino las pudiere sacar todas, serán las que pudiere. Las siete que se han de plantar en los molinos han de tirar á la plaza de armas y á los escuadrones que hacen los enemigos cerca de sus cuarteles y al del olivar. Las cuatro piezas que asoman al rio de Alcántara, han de tirar á repecho de la otra parte del rio, por no dejar parar allí á nadie, en la punta del olivar en el escuadron que hacen en él los enemigos, como está dicho. Asimismo tirarán á limpiar delante de aquel repecho para que no pare gente, y batirán la puente y el rastrillo, porque no quede adonde poder estar la guarda que allí tienen, volviendo tambien á la casa baja de las dos puertas, sobre la mano derecha, adonde tienen su guarda: porque batido esto, queda desembarazado, para que sin estorbo la gente pueda pasar: pasada nuestra gente de la otra parte del rio Alcántara, volverán algunas piezas á favorecer á nuestra armada, tirando al artillería que ellos pondrán esta noche en la plataforma que han hecho para contra la mar, y tirarán á los mismos navíos de los enemigos, mientras nuestra armada no llegare á zabordar con ellos. Esta noche, cuando D. Frances vaya á plantar el artillería, irán con él, la gente de los tercios de Nápoles Lombardía y Sicilia, y los coseletes que ha de dar el conde Gerónimo de Lodron para el escuadron que por aquella parte de los molinos se ha de formar. Por la parte de los molinos irán las banderas de Nápoles, Lombardía y Sicilia (como está dicho), y las picas alemanas, las cuales se guarnecerán con el arcabucería española. Hánse de sacar para aquella parte dos mil y cien arcabuceros en mangas sueltas, cada manga de á trescientos hombres, que vienen á ser siete, y en cada una ha de ir un cabo, y en retaguardia de la primera manga irán seis piezas. Los tercios irán en sus escuadrones, Nápoles, Sicilia y Lombardía en uno: D. Rodrigo Zapata y D. Gabriel Niño harán



El Tajo, que en este sitio toma la denominacion de Alcántara, era invadeable, y no habia para pasarle otro medio que el de forzar un puente guarnecido con artillería, y en cuya cabeza habia puesto Antonio el nervio de sus tropas. Despues de haber practicado un detenido reconocimiento, se colocó sobre una eminencia y dió la señal del combate. Al punto avanzan sobre el puente las nutridas columnas de la infantería española, pero retroceden ante el horrible fuego que vomitan los cañones y arcabuces enemigos. Colonna acude á sostenerlas con una columna de españoles; renuévase la pelea; pero los indisciplinados portugueses, ceden, abandonan el puente, se arremolinan y llevan el terror al centro de su línea. Un golpe ter-

otro escuadron con las banderas de sus tercios. D. Luis Enriquez hará otro escuadron de sus banderas, y sacados los dos mil y cien arcabuceros que está dicho que se han de sacar para las siete mangas, podrá cada uno hacer de los arcabuceros que le sobraren la manga para su escuadron. Toda el arcabucería de á caballo irá por la mano izquierda de los molinos, ginetes, caballos ligeros, y la gente de armas á cargo del gran Prior, mi hijo, subiendo mas arriba de donde ha de pasar la infantería, acercándose á la par de los escuadrones de los enemigos, y allí les volverá el rostro, tomándolos por el costado. Estarán en esta parte izquierda de los molinos trescientos gastadores á punto con sus armas, para si fuere menester abrir alguna esplanada en el vallon y quitar paredes de piedra, porque sé que se hallarán en el camino. Tendrá D. Frances con el artillería barriles de pólvora y de balas de arcabuz y mosquete hechas, y doscientas acémilas allí, despues que hubieren descargado la vitualla que yo he mandado que lleven á aquel lugar para refrescar la gente habiendo necesidad. A la parte del rio, por donde entra en la mar, irán tres coronelías de italianos, sacando una gruesa manga de arcabucería, segun la que les quedare: ha de ir la de los españoles con sesenta picas en retaguardia de la primera manga. Irán tambien allí las banderas que quedan del conde Gerónimo de Lodron y las de D. Martin de Argote y Antonio Moreno, que tenia á su cargo D. Diego de Córdoba, sacando una manga, segun la arcabucería que tiene, que vaya a la mano izquierda de la manga que vá de vanguardia de los italianos y guarneciendo su escuadron, haciendo mangas segun la ropa les quedare, dando sus cabos á cada manga. Meterse hán en el armada mil arcabuceros, quinientos españoles y quinientos italianos. Todo lo cual dos horas antes del dia ha de estar en su lugar, para que con el dia se comience en la forma que adelante se dirá. Toda la noche, á lo menos de medio abajo, se ha de dar arma á los enemigos por muchas partes, y por la parte de Alcántara el conde de Lodron y Próspero Colonna tendrán cuidado asimismo de dar arma, y por la de los molinos se tocará con cuidado, y por todas partes se ha de hacer de manera, que necesitemos á los enemigos á estar en escuadron en la plaza de armas al hacer el dia. Y á esta hora se comenzará en nombre de Dios y de la Iglesia en esta manera: el marqués de Santa Cruz acometerá con su armada á la de los enemigos, y el artillería que está en las postas dichas, toda volverá las bocas á los escuadrones que estan en la plaza de armas, fuera de seis piezas que estan en la casa del conde de Lodron, que





rible de la caballería española mandada por Dávila y D. Fernando de Toledo, acaba de desconcertar á los azorados enemigos, que se precipitan sobre la puerta de la ciudad con una ligereza comparable solo á su desórden y confusion. Acometen esta puerta en pos de los fugitivos, los españoles y alemanes, arrollan cuanto se opone á su paso victorioso, y penetran en la capital del antiguo reino lusitano. Antonio, que no supo mostrar en este lance ni siquiera la prenda tan vulgar de intrepidez, entró en Lisboa en medio del tumulto que causó la retirada, recibió en ella una leve herida en la cabeza, pero aguijándole el temor, evadióse por el estremo opuesto de la ciudad, acompañado de algunos de sus parciales.

han de tirar á la puente y á la casa de las dos puertas, adonde ellos tienen su guarda, como se ha dicho. Comenzarán las mangas del molino y de los trescientos y la de abajo á menearse para pasar la ribera. Y para comenzar esto, porque yo no podré hallarme abajo en la marina, les daré una señal, levantando en uno de los molinos una bandera blanca, porque á los que estan debajo de los molinos, yo les daré la órden de lo que han de hacer y esta seña será cuando se vea el escuadron comenzar á desordenarse. Y entonces por cada una de las partes se irá muy paso á paso, dando lugar que la gente que ha de seguir quepa en el pais que se fuere ganando á los enemigos. Si hallaren que los escuadrones de los enemigos tuvieren algun buen sitio de algun paredon que los cubra para que desde allí puedan jugar el arcabucería y mosquetería, paren: y desde allí los arcabuceen y deshagan, porque será sin aventurar ni desordenar nuestros escuadrones. Y en caso que Dios sea servido (como se espera en él y en la Iglesia) de nos dar victoria, tendrán todos los oficiales gran cuidado que siguiéndose el alcance, en caso que los enemigos tuviesen puerta abierta á Lisboa para entrar en ella, de acudir á la puerta para sostener que no entre nuestra gente para estorbar la ruina de la ciudad que su Majestad tanto desea, que segun yo sé de su intencion lo desea mas que ganar la ciudad, lo cual yo de mi parte les ruego y encargo mucho, y si por caso cuando los oficiales llegasen á las puertas hallasen alguna gente dentro, ciérrenlas y resistan que no entren mas, porque revotada esta, se recobrará lo que hubiere saqueado la gente que hubiere entrado. Y han de advertir á los soldados que no solamente no se les hará bueno lo que tomaren agora, pero que en cualquier tiempo que se sepa lo habrán de restituir. Y yo ofrezco á los que lo defendieren, y les empeño mi palabra como caballero, que su Majestad les hará mucha merced, y esto han de tener entendido todas las naciones. Y en caso (que yo no pienso que acontecerá) que los enemigos se hiciesen fuertes en sus cuarteles ó en otra parte que no se pudiesen arrancar desde luego, ha de tener cuenta el señor Sancho de Avila (que es el que ha de guiar la gente de la mano izquierda) que lo que hubiéremos ganádo nos quedemos con ello, ordenando los unos á los otros lo que para esto habrán de hacer, haciéndonos fuertes y encampanándonos con ellos. Y de esta órden se dará copia á los cabos para que todos sepan lo que han de hacer y ordenar á todos los que les tocare; porque nadie se mezcle á deshacer lo concertado. Fecha en el Monasterio de Belen á 24 de agosto de 1580.



Se creyó entonces que la caballería española pudo hacerle prisionero, y que el duque de Alba mostró poco celo porque se verificase un acontecimiento decisivo de aquella guerra, en cuya prolongacion se interesaban su ambicion y su gloria. Sin embargo, no faltan consideraciones que hablen en favor del noble duque. Los soldados vencedores se abandonaron al pillaje de las ricas alquerías, pero se preservó la ciudad por el ingenio y firmeza de don Fernando de Toledo. Al propio tiempo la escuadrra española envistió á la portuguesa que estaba en el puerto y la hizo prisionera con poca ó ninguna resistencia. Tal fué el éxito de la batalla ocurrida ante los muros de Lisboa el dia 25 de agosto de 1580; batalla que decidió la fortuna del reino, acaso mas floreciente, á la sazon, de Europa; y que habia estendido el calor de su vida hasta las mas apartadas regiones del globo. Perecieron en ella seiscientos portgueses, y de los vencedores solo ciento. Instalóse el duque de Alba en Lisboa y encargó á Dávila que prendiera al prior de Ocrato.

Este, escudado siempre por las simpatías del pueblo, llegó delante de Aveiro, y aunque algunos rehusaban admitirle para evitar las calamidades de una guerra civil, protegiéronle otros sin embargo, y habiendo penetrado en la plaza degradó su dignidad abandonándose al placer de la venganza y al mas vil todavía de la codicia.

Pero mientras que agotaba la paciencia de los aveiranos con rapiñas y suplicios, supo que los españoles marchaban á su alcance; no reputándose seguro en una poblacion mal fortificada y poco afecta á su persona, se dirigió apresuradamente á Oporto, la segunda ciudad del reino y una de las que mas aborrecen la dominacion estranjera. El Duero, que rodea esta plaza por el oeste, cerraba el acceso á los españoles, y la falta de barcas, junta á la presencia del enemigo, hacia imposible el establecimiento de un puente.

Pero el ingenio penetrante de Dávila descubrió pronto el modo de vencer estos obstáculos. Remontando el curso del rio logró apoderarse de algunas barcas, por las que pasó su infantería, al propio tiempo que lo verificaba con singular arrojo la caballería por un profundo vado. Los portugueses se llenaron de terror al ver que los españoles habian cruzado el rio de una manera tan imprevista, y abandonando su línea se refugiaron en Oporto. Pero las sólidas



murallas de esta plaza cruzadas de cañones no eran tampoco una garantía para aquella tropa tumultuaria; y la parte sensata de la poblacion no queria correr las vicisitudes de un sitio ni esponer su hermosa y opulenta ciudad á los horrores de un saqueo; bajo el influjo de estos sentimientos se concertó una capitulacion que ponia á cubierto la existencia y bienes de los sitiados. Algunos caballos ligeros despachados por Dávila fueron en seguimiento de Antonio, pero este logró salvarse para resucitar en el año siguiente sus pretensiones con mas audácia, si bien no con mejor fortuna.

De este modo se terminó en el breve espacio de quince dias la conquista de un reino que habia tremolado sus célebres quinas por casi toda la inmensa estension del Océano Indico y Atlántico, y en el que no se habia estinguido el recuerdo de las glorias adquiridas en Aljubarrota.

Felipe II ciñó á sus sienes una nueva y esplendente corona, y el septuagenario duque de Alba añadió un laurel mas á los muchos que habia alcanzado en su larga y venturosa carrera militar (1).

(1) El duque de Alba apenas disfrutó el placer de haber añadido un nuevo reino á los estensos dominios de Felipe, pues falleció en Lisboa el dia 4 de febrero de 1582.

Las eminentes prendas de este hombre singular, su influencia en el desarrollo militar de su siglo, y los brillantes laureles que alcanzó en su agitada vida, merecen que tracemos en ligeros rasgos su fisonomía biográfica. D. Fernando Alvarez de Toledo, tercer duque de Alba, nació en el año de 1508. Su abuelo D. Federico habia sobresalido en la guerra con los árabes, y su padre, el heróico D. García, pereció infaustamente en la jornada de los Gelves. Su ilustre nacimiento, el genio belicoso de su siglo y los dos grandes modelos que tenia en su familia, debieron inclinar á D. Fernando hácia la carrera de las armas; y con efecto, muy jóven todavía, pasó á Italia é hizo el aprendizaje de las armas en la campaña que se terminó tan gloriosamente con la batalla de Pavía. No resplandeció ni pudo resplandecer en edad tan tierna el ingenio de D. Fernando, si bien no hizo cosa alguna en mengua de su honor ni de su cuna; pero mas adelante, el jóven militar ya se distinguió por un rasgo de circunspeccion que se conciliaba mal con los brios de la juventud. Habiendo acompañado al emperador en su espedicion contra el turco, y como los mas ardientes consejeros y capitanes opinasen porque se persiguiera vigorosamente á Soliman, Alba sostuvo el dictámen contrario y le apoyó con razones tan sólidas como luminosas. Los hombres, que hablaban y obraban menos por razon que por sentimientos, los envidiosos del favor que ya gozaba D. Fernando con Cárlos V, y los que observándole imparcialmente le veian grave y recogido, pensaron muy desfavorablemente de su carácter y talento para la guerra. Esta creencia, difundida por el vulgo, dió motivo, dicen, para que le remitiesen un anónimo, cuyo sobreescrito estaba concebido en los siguientes términos: «Al señor duque de Alba, general de los ejércitos imperiales en tiempo de paz, y mayordomo de S. M. en tiempo de guerra.»



La envidia trató de acibarar sus últimos dias, formulándo contra él cargos que ponian en duda su integridad y pureza en el manejo de intereses. Pero el anciano guerrero desconcertó á sus detractores con la energía y franqueza de su carácter, y el rey puso su ilustre nombre á cubierto de la mancha con que sus cortesanos quisieron empañarle.

Pero no tardó el duque en confundir á sus detractores elevando su reputacion á una altura donde no podia mirarse sin admiracion respetuosa. Cárlos V, que despues del breve periodo de su inesperta juventud nunca se equivocó en la eleccion de sus ministros y generales, honró al duque de Alba con una confianza sin límites, y empleó ventajosamente sus luces é intrepidez en la famosa jornada contra Túnez. Desde entonces el duque de Alba adquiere un ascendiente reconocido sobre todos los generales contemporáneos, y su nombre en Alemania, en Italia, en Flandes y en Portugal solo se vé al través de los rayos de gloria que le circundan. Del duque de Alba se refiere como del dictador Camilo, que nunca dió batalla campal que no ganase, que rodeado de enemigos astutos y valientes, jamás fué sorprendido, y que el resultado coronó siempre sus planes mas complicados y difíciles. A pesar de estos constantes favores de la fortuna, solia decir, «que de todos los sucesos humanos el mas incierto es la victoria.» Tambien tenia por máxima favorita, «que nunca es tarde para vencer á un enemigo impaciente,» y fiel á este pensamiento, procedia en sus operaciones con una circunspeccion ejemplar. Dotado de un ingenio penetrante, de tenacidad estraordinaria, de una sangre fria inalterable, jamás se dejaba seducir por las apariencias ni aterrar con los peligros mas graves; y en méritos de justicia se le deben aplicar estas palabras de uno de sus biógrafos, «que si la victoria estuviera sujeta á las leyes de la voluntad, solo la del duque de Alba podria dictárselas.»

Aunque sinceramente católico, Alba sabia distinguir la fé de las preocupaciones; habiéndole preguntado Felipe II, si durante la célebre batalla de Mulberg se habia visto en el cielo una señal misteriosa, presagio del triunfo, el duque contestó discretamente: «Señor, estaba tan ocupado con lo que pasaba sobre la tierra, que no pude observar lo que sucedia en el cielo.»

Ya hemos presentado algunos rasgos de su inflexible carácter; el último que vamos á esponer prueba que aquella voluntad poderosa no se habia declinado un punto bajo el peso de la vejez. Despues de conquistado el reino de Portugal, los cortesanos de Felipe acusaron al general victorioso de que habia malversado los fondos públicos, é intentaron pedirle estrecha cuenta; pero el noble viejo, contestó con altivez: «yo no debo dar cuentas mas que al rey en persona, y si este me las pide, incluiré en ellas los reinos que he conservado, las victorias que he alcanzado, los sitios difíciles que he vencido y mis gloriosos sesenta años de servicios.» El rey no fué ingrato como sus cortesanos; abstúvose de arrojar una mancha sobre la reputacion del anciano guerrero, y le colmó de honores y distinciones.



CAPITULO XX (1).

1556.--1598.

COMPAÑÍAS DE HOMBRES DE ARMAS Y DE GINETES.—REDUCCION DE SU FUERZA.—HERRERUELOS.—SU TRAJE Y ARMAMENTO.—ARCABUCEROS MONTADOS.—SU MODO DE COMBATIR.—LANZAS DE LOS GRANDES, SEÑORES, PRELADOS, NOBLES Y CUANTIOSOS DE ANDALUCIA Y MURCIA.—COMPAÑÍAS DE CABALLERÍA AL SERVICIO DE ESPAÑA.—TÁCTICA.


Armadura del duque de Alba.

La caballería no dejó de sufrir algunas reformas en el reinado de Felipe II. Al tomar este príncipe las riendas del estado, los hombres de armas y los ginetes ó caballos ligeros, constituian la principal fuerza de esta arma. De los primeros habia diez y siete compañías, y de los segundos once. Por la ordenanza de 1560 la fuerza de cada compañía se redujo á cincuenta plazas, contribuyendo á que se dictara esta medida el estado nada satisfactorio en que se hallaba

(1) Véanse los capítulos XIV del tomo II, pág. 259; XXV de idem, pág. 515; VI del tomo III, pág. 135 y X de idem, pág. 521.

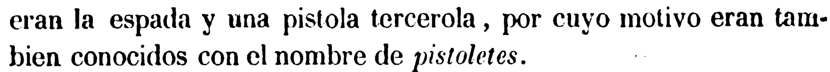
el tesoro. El sueldo de capitan de guardas ú hombres de armas ascendia á unos setenta y cinco escudos, y en la caballería ligera solo tenia cuarenta. En Nápoles, Flandes y aun Lombardía, gozaba el capitan mayor sueldo, subiendo este á ochenta y hasta cien escudos. Sin embargo, á no tener otros recursos que su paga, no hubiera podido sostener decorosamente su posicion; el boato y ostentacion que acompañaban entonces este empleo, ocasionaban muchos gastos y suponian por lo mismo una fortuna regular en los que debian desempeñarle, viéndose precisados los que no la tuviesen, á contraer deudas de consideracion ó á recurrir á la piedad del rey (1).

En la misma ordenanza á que nos referimos, principió á figurar el nombre de *herreruelos* en lugar del de *estradiotes* que quedaron ya suprimidos. El traje de los herreruelos lo formaban las calzas acuchilladas de negro y rojo, y una esclavina ó manto muy corto aforrado de lanilla encarnada. Sus armas defensivas consistian en el coselete y grebas, y cubrian la cabeza con una especie de chapelete empavonado de negro con buen número de agujeros á manera de criba, y adornado con una toquilla de color rojo. Las ofensivas

(1) En prueba de este aserto podriamos presentar muchos datos irrecusables; nos contentaremos con publicar una carta del capitan de caballos ligeros D. Diego Ortiz de Uriza, dirigida desde Nápoles á S. M. en 8 de marzo de 1575, carta en que se manifiesta «lo que ha menester un capitan de caballos ligeros *forzosamente para sustentarse* sin salir del pié á la mano, ni hacer ninguna desórden, sino viviendo concertado como canónigo.»

Primeramente ha menester, dice, por lo menos cuatro caballos: ha menester de dos mozos que los cuiden; ha menester tres pajes y un lacayo: ha menester un mozo que le aderece de comer. De manera que todos son once bocas, las cuales por corto que se quiera echar para su sustento, han menester á real por boca, que vienen á ser once reales, pues del salario de los dichos siete mozos, á un ducado cada mes, son dos reales y medio al dia, pues por lo menos los caballos, para hierros y adrezar las sillas y otras aderencias, han menester escudo y medio cada mes cada uno; de suerte que son dos reales cada dia. Y juntándose todo, vienen á ser quince reales y medio cada dia, en los cuales se van los cuarenta escudos que V. M. manda señalarnos al mes, y esto se entiende sin lo que el capitan ha de comer, que á lo menos ha menester cuando no quiera tener consigo sino un soldado, diez reales al dia; pues vestirse tiene y tratarse honrada y honestamente, para lo cual ha menester á lo menos cient ducados al año; y esto no mostrando el brio que han menester mostrar los capitanes de un tan gran rey como V. M.; pues si le ocurre alguna enfermedad á él ó algun sol-

eran la espada y una pistola tercerola, por cuyo motivo eran tambien conocidos con el nombre de *pistoletes*.



Véase la adjunta lámina: el número 1 representa un herreruelo tal como acabamos de describirle; el número 2 es un hombre de armas con coselete completo, grebas, quijotes, cañones, brazales, guardas, celada completa de hierro batido, espada de dos manos, sobrevista de paño amarillo y lanza de ristre con manija y banderola; el caballo lleva silla corcera, pretal y baticola.

Los herreruelos formaban por lo regular en línea al frente de los hombres de armas; avanzaban con pistola en mano, llevando colgada la espada del pulgar izquierdo, hacian la *rociada* ó descarga al llegar á la distancia conveniente, y empuñaban seguidamente la espada para precipitarse sobre el enemigo. Confiábaseles comunmente el servicio de las grandes guardias durante la noche, servicio que de dia desempeñaban los caballos ligeros, á quienes se proveyó tambien de una pistola que llevaban en el borren izquierdo. Unos y otros combatian en el órden estendido, al paso que los hombres de armas cargaban constantemente en *tropas* ó *escuadrones*.

Ordenóse en 19 de octubre de 1577 que cada cuatro meses mudasen de situacion las compañías, y por real disposicion de 4 de

dado, ¿de dónde ha de tener cuatro ó seis ducados para socorrelle ó ayudarse? pues si se le muere un caballo, para él ha menester dos ó tres meses del sueldo que V. M. le hace merced.

He querido aclarar todos estos puntos porque solo yo soy el que no tiene alguna merced particular de V. M. de los cinco que ha mandado criar, y hacienda con que ayudarse á suplir la corta paga que la que mis padres me dejaron y muchos dias ha que he dado fin della en servicio de V. M.; y aunque soy como digo el mas pobre de todos, pienso servir á V. M. con tanta limpieza, que no pienso ayudarme de su hacienda para sustentarme, salvo de la que me hiciere merced V. M. para ello, por lo que me he atrevido á dar á V. M. esta cuenta para que la mande ver, y conforme á la razon que para ello tengo, hacerme merced que oso decir á V. M., que aunque me haga merced de ochenta ó cient ducados al mes como se dan á los capitanes de caballos del reino de Nápoles, y á los de Flandes y algunos de Lombardía, que viviendo con la limpieza y cuidado que se debe, que no se ahorraran dellos al cabo del año cincuenta ducados para un caballo, no alterando mas de lo que arriba digo: torno á suplicar á V. M. mande que se vea mi razon y necesidad; y cuando V. M. no sea servido de crecer el sueldo, á lo menos suplico á V. M. mande hacerme merced de alguna renta que supla á mi necesidad, conforme al gasto forzoso que he menester tener para poder parecer capitan de V. M. Guarde nuestro Señor la sacra católica real persona de V. M. con el aumento de mayores reinos y como la cristiandad lo ha menester.

Pl 5



1 2

Gimenez del. Imp Lemercier Paris V Adam lith.

julio de 1579, se crearon en cada una de las de línea doce arcabuceros montados, en lugar de las secciones de escopeteros, subiendo de este modo la fuerza de aquellas á sesenta plazas. A estos arcabuceros se les dió en vez de los quijotes, grebas y zapatos herrados, la bota de cuero y espuela, adoptándose para cubrir el pecho y espalda una hungarina con mangas perdidas de paño amarillo y adornada con las cruces de Borgoña; completóse su equipo con la celada borgoñota.

Adoptóse tambien para los hombres de armas un capotillo de mangas perdidas, llamado *brandemburgo*, de paño color morado, con las cruces rojas en pecho y espalda, colocadas encima del coselete.

Los arcabuceros cargaban á los flancos de los escuadrones de hombres de armas, caso de que los herreruelos, por no haber podido desconcertar al enemigo, tenian que despejar el frente; fogueaban sin cesar la línea contraria y precipitábanse sobre su flanco durante el ataque de la caballería pesada. Empleábanse tambien en el servicio de esploradores, al mando de capitanes prácticos en el terreno, á quienes se daba el nombre de *despepitadores*.

Componíase, pues, en aquel tiempo el arma de caballería de cuatro institutos, á saber: los hombres de armas, los caballos ligeros, los arcabuceros á caballo y los herreruelos, formando las cuatro divisiones departamentales nueve mil doscientos sesenta caballos.

Ademas de esta fuerza, que no dejaba de ser respetable, podia el rey disponer de algunas otras en caso de necesidad. Estas eran suministradas por los grandes, señores y prelados, los comendadores y órdenes militares y por los cuantiosos de Murcia y Andalucía: haremos sobre ellas algunas indicaciones.

Lanzas de los grandes, señores y prelados. — Tenian estos generalmente armerías unidas y vinculadas á sus mayorazgos,. y cuando la corona les pedia su cooperacion para alguna empresa ú operacion militar, armaban inmediatamente en sus estados la gente que se les pedia y la ponian á la disposicion del soberano. Mas se echa de ver fácilmente, que no simpre reunian estos cuerpos todas las condiciones de una sólida y bien entendida organizacion. Ademas de que no todas las armerías estaban provistas de los ele-



mentos precisos, no presidia muchas veces en la eleccion de la gente la escrupulosidad que se requeria, y habia falta de homogeneidad, instruccion y órden. El número de caballos que suministraban estas clases, variaba naturalmente segun las circunstancias. Antiguamente entraban en campaña con crecidos refuerzos, pero despues muchos de ellos fueron entrando en el servicio del palacio, y con este motivo se escusaban de la obligacion de pagar su tributo de lanzas.

En 1535 dieron (1):

	HOMBRES DE ARMAS.	GINETES.
Los grandes.	190	720
Los títulos.	60	480
Los señores.	»	320
	250	1520

En 1542 suministraron:

	CABALLOS.
Los grandes, títulos y señores. .	1450
Los prelados.	410
	1860

Lanzas de los comendadores y órdenes militares.—Los caballeros comendadores de las órdenes militares daban igualmente, como carga afecta á sus encomiendas, cierto número de caballos, y hubo tiempo en que concurrieron á los campos de batalla con poderosos escuadrones; pero en el reinado que nos ocupa eran muchos los que estaban al servicio de S. M. en su real casa, y apoyados en esta circunstancia se libraban tambien de la obligacion de que se trata.

Lanzas de caballería de cuantía de Andalucía y Murcia.—Llamábanse caballeros de cuantía de Andalucía y Murcia los que poseian un capital que escediese de cuatro mil ducados. Estos caballeros estaban obligados á servir con su persona, caballo y armas en ocasiones de guerra. Ascendia su fuerza de cinco á seis mil hom-

(1) Archivo de Simancas.—Mar y tierra.—Legajo 804.

bres; pero decayó considerablemente por los trabajos y fatigas que debieron arrostrar en el levantamiento de los moriscos, en que hubo mucha pérdida de hombres y caballos. Por este motivo se suspendió por algun tiempo el pasarles alarde. Pero al finalizar el año 1571 se mandó á los corregidores y justicias que se apercibiesen y preparasen para el alarde que debia verificarse en marzo del año siguiente, y tratóse entonces de mejorar y fomentar esta fuerza, nombrando desde luego los capitanes, comisarios y generales.

La nobleza y gente principal de las ciudades, villas y lugares estaban tambien montadas y armadas, y se dedicaban á los ejercicios militares. Pero habian venido muy á menos á resultas de la larga contienda sostenida contra los moros; de suerte que muy poco podia ya esperarse de ellas, por mas esfuerzos que se hicieron para volver á despertar en ellas el entusiasmo y espíritu militar que las animara en otros tiempos.

Ademas de las fuerzas de que hemos hecho mérito, figuraban en los ejércitos de Felipe II varias compañías de alemanes, mandadas por distinguidos jefes. A este número pertenecen los comprendidos en la siguiente relacion:

CAPITANES DE CABALLERIA AL SERVICIO DE ESPAÑA.	AÑO EN QUE FUERON CONTRATADOS.
Baron de Wolchestein.	1555
Conde de Issembourg.	1568
Othon de Schawenbourg.	
Duque de Brunswick.	
Duque de Sajonia.	
Mr. Schenech.	
Mr. de Hanstenrode..	
Ernesto Mansfeld.	
Mr. de Lowestein. . , ...	
Duque de Holstein..	
Mr. de Helch. . . . -	
Mr. de Hanswalhen.	
Baron de Santenbourg.	

Mr. de Lancelot. . . . . Mr. de Hoyon.	1574
Mr. de Eckembourg. . . . . Mr. de Scheyhel. . . . . Mr. de Saint Ballamont.	1596

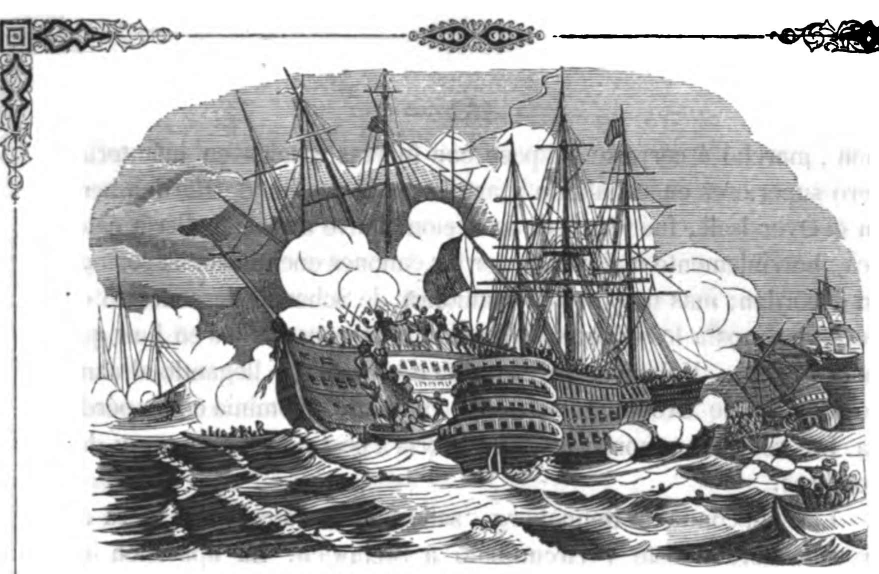
Hasta 1555 la caballería no conocia en general otros ejercicios que las justas y torneos; ejercicios, que sobre ser muy costosos y de mucha esposicion, ofrecian el inconveniente de gastar é inutilizar las armas y de resabiar los caballos. Bien es verdad que en ellos aprendian con perfeccion el manejo de la espada y lanza; pero la táctica iba ya ensanchando su esfera, y la caballería no podia menos de seguir sus progresos, dedicándose á las maniobras, que se iban haciendo indispensables.

En vista de estas consideraciones se la dispensó de los ejercicios de justar, tornear y correr sortija, dejando á su arbitrio el practicarlas cuando tuviera por conveniente el hacerlo por via de diversion y de pasatiempo (1), y en lugar de ellos se prescribieron á poco tiempo las maniobras siguientes:

Cada dos meses debia salir la gente al campo armada y montada, y pasar revista de caballos, sillas, frenos y demas guarniciones y arneses.

Concluida ésta, debian marchar de tres en tres, al paso, trote y galope, en toda clase de terreno. Se reunian despues en escuadron, y en esta disposicion cargaban á los tres aires, echando lanzas en ristre, y tornándolas á la pierna, dando frente á uno y otro lado sin desordenarse. Deshacíase despues el escuadron y volvian á marchar de tres en tres, dividiendo la compañía por mitades á una y otra mano, y hacian uno á uno escaramuzas lanza en ristre, acometiéndose unos á otros, pero sin tocarse. Ultimamente echaban mano de las espadas, y con ellas hacian las mismas evoluciones que con las lanzas.

(1) Archivo de Simancas, Registro del Consejo, libro 22.



CAPITULO XXI.

1581.--1585.

SITIO DE GRONINGA.—RENDICION DE VARIAS PLAZAS FUERTES.—BLOQUEO DE CAMBRAY.—TOMA DE TOURNAY Y DE OUDENARDA.—ADMIRABLE SANGRE FRIA DEL PRÍNCIPE ALEJANDRO.—BATALLA DE ESTEEMBERG.—SUCESOS DE PORTUGAL.—LOS ESPAÑOLES OBTIENEN NUEVOS TRIUNFOS EN FLANDES.—MEMORABLE SITIO DE AMBÉRES.—RENDICION DE ESTA PLAZA.



LA campaña de 1581 se inauguró con el sitio de Groninga y el combate de Hardemberg. Asediaba Holach á Groninga, capital de la Frisia, cuyo gobernador conde de Renneberg, se hallaba en el último apuro, atormentando á los cercados el hambre mas que el fuego del enemigo. Alejandro, que sabia la situacion y comprendia la importancia de esta plaza, envió en su auxilio á Martin Schench, oficial hábil, intrépido hasta la temeridad, con un cuerpo de tres mil hombres y ochocientos caballos. Holach, sabiendo su aproxima-

cion, marchó á cerrarle el paso con fuerzas iguales en infantería, pero superiores en caballería y artillería. El pueblo de Hardemberg en el Over Isell, fué teatro de la accion. Parte de la caballería católica, horriblemente maltratada por los cañones enemigos, se replegó en desórden; mas una diestra maniobra de Schench desconcertó en tales términos á los orangistas, que estos pensaron antes en huir que en defenderse. Holach se salvó á uña de caballo, y llegando al campo, delante de Groninga, se retiró con tanta ignominia como pérdida. Los realistas reportaron esta victoria á costa de cincuenta y dos hombres.

Libre el conde de Renneberg, salió de Groninga á la cabeza de la vencedora hueste y circumbaló á Steinwich. La aparicion de la escuadra holandesa hizo inútiles sus esfuerzos, y le obligó á desistir del cerco con ligero quebranto. El sitio de Steinwich es notable por haberse inventado entonces un medio cómodo y seguro de comunicarse las noticias entre los sitiados y las fuerzas auxiliares. Empleaban aquellos al efecto balas de cañon, que perforaban, y en cuyo hueco introducian los avisos oportunos, cerrándolas despues con plomo y barnizándolas con un misto ó fuego artificial que anunciase su aparicion. Los auxiliares, al ver brillar en la atmósfera aquellos estraños mensajeros, seguian con la vista su direccion, observaban su caida, los recojian, y lanzaban otros á la ciudad con las noticias que creian convenientes.

No se desalentó Renneberg con esta infructuosa tentativa, antes corriendo rápidamente las fronteras meridionales de Holanda, se arrojó súbitamente sobre Delf, plaza fuerte sobre el rio Ems, y se apoderó de ella, habiendo enervado la sorpresa el valor de los enemigos. Couward y Oldelfal cayeron sucesivamente en su poder, y como el conde Holach quisiera contener sus progresos, apostándose en las lagunas Bontanges, sufrió aquí un nuevo descalabro que le hizo mas sensible la pasada derrota.

En el entretanto el de Parma habia puesto sitio á Buchain con grande aparato de artillería. A los primeros disparos el gobernador de la plaza, Villers, ofreció capitular bajo decorosas condiciones. Aceptólas Alejandro y en su consecuencia Villers salió de Buchain con la guarnicion dirigiéndose á Cambray. Posesionáron-

se los españoles de la ciudad y de la fortaleza, pero casi en el instante de poner en ella el pié, resonó un estampido parecido al eco de cien truenos, estremeciéronse con horrible estrépito los edificios, y densas columnas de humo y polvo, eclipsaron los brillantes rayos del sol, é impidieron ver al pronto las ruinas de Buchain. El pérfido Villers, antes de evacuar la plaza, la habia minado juntamente con el castillo en la idea de envolver entre sus escombros á los victoriosos españoles. Por fortuna la sólida fábrica del castillo resistió á la accion de la pólvora, y la ordenada lentitud con que entraron en la ciudad los sitiadores, impidió que se realizase el cruel proyecto del enemigo. Rápida como un relámpago, se lanzó la caballería al alcance de Villers, pero este habia apresurado el paso y se hallaba ya bajo el cañon de Cambray.

Poco despues estalló la discordia entre los principales nobles flamencos que militaban en el ejército real. Ocurrió con presteza y sagacidad á este daño el príncipe de Parma disponiendo que Rubaix y Mansfeld, émulos irreconciliables, marchasen con diferentes cuerpos de tropas, el primero contra Cambray, y el segundo contra Nivelle. No podia el primero con escaso caudal de gentes embestir á una plaza notable por su fortaleza, y así limitó sus operáciones al bloqueo. Mas feliz Mansfeld, acometió con tanto vigor y habilidad á Nivelle, que la guarnicion, despues de algunos esfuerzos y desastres, hubo de poner á cubierto su existencia bajo la égida de una capitulacion. Alejandro, precedido de su reputacion, se puso á la vista de Condé. Tenia esta plaza sólidas fortificaciones, una buena posicion topográfica y ochocientos hombres de tropas regulares, pero no pudo resistir largo tiempo al genio y á la fortuna del parmesano, quien sujetó los ánimos de los habitantes mas bien con el dulce lazo de la clemencia que con el quebradizo vínculo del rigor.

Estos rápidos triunfos del ejército católico alarmaron vivamente á los bravanzones. Por su parte el príncipe de Orange, cuyo espíritu penetraba en todas las deliberaciones de los estados flamencos, conoció que era llegado el caso de realzar el sentimiento público con un gran acto de energía, empeñándole irrevocablemente en sostener sus hostilidades contra el rey de España. Corroboraba esta

idea política, su propia ambicion y aun sus resentimientos personales, ahora mas encendidos que nunca, porque Felipe II acababa de proscribirle, poniendo talla ó precio á su cabeza. El príncipe en represalias, y empleando todo género de artificios, logró que los aliados depusieran en la forma mas solemne y auténtica á Felipe II, declarándole caido de todos sus derechos como duque de Flandes y convidando con esta soberanía al turbulento duque de Alenzon. Este acontecimiento, que al parecer solo tendia á sancionar un hecho consumado, debia producir profundas modificaciones en la fisonomía de la guerra, porque Alenzon, clandestinamente protegido por la reina madre, Catalina de Médicis, y por su hermano, Enrique II, iba á arrojar en la balanza de la fortuna el nervio de las fuerzas francesas.

El archiduque Matías, indignamente desairado en esta nueva combinacion, comprendió al fin que habia sido juguete del de Orange, y se retiró á su patria para implorar en el seno de su imperial familia su injustificable ligereza, que tan perniciosa habia sido para los intereses de la causa de Austria.

Entretanto Altipenni se apoderó por sorpresa de Buda, plaza susceptible de vigorosa defensa.

Rubaix, obstinándose en el bloqueo de Cambray, habia reducido á sus habitantes á las últimas estremidades de la miseria. Esta plaza, llave de la frontera del Haynaut, inspiraba á los franceses el mas vivo interés. El orgullo nacional de este pueblo siempre entusiasta se sublevó á la idea de que Cambray cayera en poder de los españoles. Una nobleza guerrera é irritable, mal avenida con las delicias de la paz, ofreció sus servicios al de Alenzon, y marchó como á una cruzada en auxilio de aquella ciudad. El ejército del duque ascendió en pocos dias á treinta mil hombres, la mitad de los cuales, por lo menos, era de caballería. Ensoberbecido con estas fuerzas el nuevo gobernador de Flandes, lanzó una vanguardia de cuatro mil infantes al socorro de Cambray, y se aprestó él mismo á seguirla con el grueso de sus tropas. Rubaix recibió intrépidamente sobre sus brazos á los cuatro mil franceses, y precipitó á los mas en una fuga desordenada. Sobrevino al poco tiempo Alenzon, y Rubaix, que á lo mas tenia tres mil combatientes, se replegó lentamente y en buen

órden, para incorporarse con Alejandro, que le tendia la mano por cima del Scalda.

En efecto, el parmesano, apenas supo la invasion de los franceses, recogió apresuradamente sus tropas, en número de dos mil ginetes y cinco mil peones, y se colocó con ellas sobre la márgen izquierda del Scalda: Alenzon ocupaba la derecha, y durante dos dias ambos enemigos estuvieron observándose simultáneamente sin venir á las manos. Pero al tercero, noticioso Alejandro de que se acercaban nuevas fuerzas francesas, no quiso arriesgar temerariamente la batalla, y descendió á lo largo del rio, dejando al de Alenzon tranquilo poseedor de Cambray. Este duque, á fin de dar mas brillo á sus primeras ventajas, sometió algunas plazas mal guarnecidas, y de poca importancia, sumergiéndose despues en la inaccion.

Mientras el francés perdia estérilmente el tiempo en fiestas y regocijos, Alejandro quiso aturdirle con un golpe tan ruidoso como imponente, y cayó de súbito sobre Tournay. Esta ciudad, que en el dia apenas tiene mas que una importancia fabril, era considerada, en la época á que nos referimos, como el segundo baluarte del Haynaut; estaba rodeada con un muro sólido, robustecido con sesenta y ocho torreones. Once rebellines cubrian la puerta principal y enlazaban los dos estremos del ancho foso con puentes levadizos. El Scalda, que divide la ciudad, asegura sus comunicaciones y vituallas. Por último, un castillo de arquitectura gótica abrazaba con sus fuegos toda la parte del muro mas accesible á los sitiadores. La guarnicion consistia en mil hombres de tropas veteranas. Hallábase ausente el gobernador príncipe de Espinoy; pero su mujer, que reunia á la intrepidez de una espartana el febril ardor de una flamenca, supo arrostrar con mucha constancia los mas rudos trabajos de la guerra. Alejandro continuó las operaciones con su vigor y acierto acostumbrados. Despues de un fuego en que estuvieron jugando las baterías de sitio, aparecieron dos brechas practicables, y el parmesano arrojó sus tropas al asalto. Pero no eran estos soldados aquellos denodados españoles, cuyo valor se inflamaba con los peligros; los walones se batieron tibiamente, y retrocedieron en desórden ante el primer fuego de los reductos. Ni las instancias de los capitanes, ni el ejem-

plo del general que se esponia á los mayores riesgos, pudieron conducirlos de nuevo á la pelea. Este ardor temerario de Alejandro pudo costarle la vida. Queriendo presenciar de cerca los trabajos del enemigo, se habia situado en una casa medio arruinada, cuyas entreabiertas paredes le permitian satisfacer su curiosidad. Como de este punto emanaban todas las órdenes, acudian allí los capitanes, lo que observado por los turnenses, dispararon contra él una pieza de artillería. De repente vino á tierra el frágil edificio, sepultando en sus ruinas á cuantos se hallaban dentro. Circula por el campo, con la rapidez del rayo, la infáusta noticia; los soldados vuelan de todas partes á socorrer á su general; hallan á la puerta de la casa un cadáver; al levantar los primeros escombros descubren otro, y su dolor se exhala en lastimeros ayes, creyendo haber perdido para siempre á su ilustre caudillo. Pero la Providencia le reservaba para mayores cosas; y le hallaron ileso entre algunas piedras, que parecian haberse colocado en forma de cúpula para protegerle.

Libre Alejandro, casi milagrosamente de este inmenso peligro, discurrió el medio de sujetar á los de Tournay. Plantó al efecto baterías sobre las dos orillas del Scalda, de manera que sus fuegos cruzados impidieran el paso á toda embarcacion. Empero la ciudad empezó á sentirse afligida por el hambre; y aunque recibió un pequeño refuerzo de escoceses, no quiso esponerse á los últimos rigores del asedio, y capituló no obstante la pertinaz resistencia que opuso la princesa de Espinoy. Esta mujer singular, al avistarse con el conde de Lulini, su hermano y nuevo gobernador elegido por Alejandro, le dijo, dominada por la cólera mas violenta, «que si ella hubiera previsto la situacion á que se hallaba reducida, habria puesto fuego á las cuatro partes de la ciudad, y arrojádose en medio de las llamas.» Ocurrió la entrega de Tournay el dia 30 de noviembre de 1581, dos meses despues de haberse abierto la trinchera.

Poco antes reportó en Frisia una insigne victoria el español Verdugo contra el inglés Norris. El combate fué largo y sangriento, y Norris no declinó un punto de su celebrada habilidad y valor; pero abandonado por los suyos y herido en el rostro, debió reputar á favor de la fortuna el poder huir en los últimos momentos de la accion. Por el mismo tiempo Altipenni se apoderó de Egudovy, y se alcan-

zaron sobre las reliquias de la division inglesa otras ventajas menos notables. Bajo estos auspicios se inauguró el año de 1582.

Sobresaltadas las provincias walonas al observar la nube de enemigos que iba á caer sobre ellas, imploraron el auxilio de aquellas legiones estrangeras, poco antes tan aborrecidas. A la verdad, semejantes temores no eran infundados, ni innecesaria la demanda, porque si bien el ejército francés se mermaba de dia en dia con las deserciones, podian esperarse nuevos refuerzos, atraidos por el amor á una vida aventurera, tan análoga al carácter de un pueblo que, con las necesidades de una sociedad envejecida, conserva siempre vivas las pasiones ardientes de la juventud.

El duque de Alenzon, dominado por su ambicion versátil y fantástica, habia solicitado la mano de Isabel, reina de Inglaterra, y aunque este enlace fuera poco probable, sin embargo preocupaba á la sazon el ánimo de la Europa, y toda idea de una afinidad estrecha entre ingleses y franceses debia parecer temible á cuantos siguieran la causa de España.

Mientras se preparaban á emprender su marcha las fuerzas auxiliares desde el fondo de la península ibérica é italiana, Alejandro pretendió abrirse una puerta para la Flandes oriental, apoderándose de Oudenarda, plaza entonces de mucha consideracion. Habíala fortificado con tanto esmero el francés Nuan, que la llamaba su segunda *Rochela*; y generalmente era tenida por inespugnable. Reductos, casamatas, bastiones, caballeros, cuantas obras habia podido descubrir el arte para la defensa de una plaza, se combinaron en esta con tanto ingenio como solidéz. Cuando Nuan, que continuaba prisionero de los católicos, supo que Alejandro avanzaba sobre Oudenarda, le escribió aconsejándole «que no espusiera su fortuna en una empresa temeraria.» Pero el parmesano despreció esta advertencia, hija probablemente del orgullo, y puso estrecho cerco á la ciudad.

Su genio vigoroso dominó las primeras dificultades, y su indomable valor sostenia el de las tropas en medio de las mayores tribulaciones. Su carácter como el de César, Cárlos XII y Napoleon, y como el de todos los de primer órden que antes y despues de él han figurado en la escena del mundo, se inflamaba con los peligros y parecia complacerse en desafiarlos. Pocos dias despues de haber plantado

sus reales delante de Oudenarda, Alejandro, que deseaba abarcar con su vista de águila todas las operaciones de su ejército y del enemigo, y que apenas tenia el tiempo mas preciso para la satisfaccion de sus necesidades físicas, habia dispuesto que le preparasen la mesa en medio del campo, sobre unos tambores. Sentóse pues el parmesano, y á su lado Mansfeld, los maestres de campo, el auditor y los demas jefes de alta graduacion. Alejandro se habia propuesto celebrar durante la comida un consejo; pero cuando cada uno se apresuraba á emitir su opinion respecto al plan que debia seguirse para reducir la plaza, una bala de artillería, disparada desde el muro, vino á caer en medio de aquel círculo, arrebatando la cabeza á un capitan que habia venido á recibir órdenes de Alejandro, hiriendo mortalmente á un hermano del auditor, y salpicando con sangre los manjares que estaban en la mesa. Todos los convidados se levantaron despavoridos; pero Alejandro permaneció inmóvil, y como Mansfeld le instara á que se alejase de aquel sitio funesto, «no quiero, le contestó el magnánimo príncipe, conceder á los sitiados la satisfaccion de haber perturbado la tranquilidad de Alejandro.» Y habiendo pedido nuevos manjares, continuó comiendo con admirable serenidad.

Este rasgo revela bien el temple de su alma. Era uno de esos hombres que tienen una fé ciega en la Providencia, el hado y la fortuna, que cruzan por medio de los mayores peligros como los cometas por el disco ardiente del sol, sin temor de ser abrasados por él, séres verdaderamente estraordinarios, cuyo tipo épico delineó en la persona de Aquiles el brillante pincel de Homero.

Por último, la fuerte Oudenarda sucumbió al cabo de mes y medio. Los sitiadores tenian ya puesto el pié sobre la brecha, cuando se presentó al de Parma una comision de la ciudad. Concertáronse breve y fácilmente las bases de la capitulacion, y en virtud de ella salió la guarnicion de la plaza (15 de julio de 1582) con las espadas ceñidas, pero sin banderas ni tambores. Con la conquista de Oudenarda coincidió la de Liere, donde entraron los católicos, valiéndose de sus ocultas inteligencias con el capitan escocés Sempil. Esta última plaza, enclavada en la entraña del Bravante, servia como de centinela avanzado para reprimir á las de Ambéres, Malinas y Bruselas.

Por entonces llegaron á Flandes los tercios españoles. Eran los tres de Figueroa, Bobadilla é Idiaquez, que antes habian obtenido tan brillante reputacion en este pais, y que ahora venian coronados con la reciente gloria aneja á la conquista de Portugal. Ascendia su número á cinco mil cuatrocientos soldados, en cuyo pecho, surcado de cicatrices, palpitaba un corazon resentido por las anteriores ofensas, y capaz por el resorte de la emulacion, de producir los rasgos mas sobresalientes de heroismo. Pedro de Paz, veterano encanecido en todas las guerras marítimas y continentales de su época, era uno de los jefes; el otro era Mondragon, cuyo solo nombre dispensaba de todo elogio. Ocho dias despues se presentaron cuatro mil italianos, dirigidos por Mario Cardoyno, que dividió su mando con el marqués del Monte, tan ilustre ya por sus hazañas. Ademas, la fama del general y la índole religiosa de aquella guerra, trajeron de Italia y España muchos jóvenes voluntarios de la principal nobleza, que trocaban con júbilo las delicias de una vida cómoda y regalada por las duras fatigas y ásperos trabajos de un campamento.

El genio de Alejandro, comprimido hasta aquí por la falta de fuerzas y recursos, se dilató con estos elementos en medio de un vasto horizonte de esperanzas. Viéndose á la cabeza de un ejército florido y valiente, solo pensó en tomar la ofensiva mas vigorosa brindando con la batalla al duque de Alenzon, y aun obligándole á aceptarla caso de que la rehusase por prudencia ó debilidad.

Impelido por esta idea partió de Oudenarda en los primeros dias de abril. Alenzon, que ocupaba una posicion escelente, y que á caballo sobre el Escalda podia defender fácilmente todo el Mediodia del Bravante, no se creyó, sin embargo, seguro, y pretendió refugiarse bajo el cañon de Gante. Alejandro, previendo este movimiento retrógrado, habia lanzado sobre el flanco enemigo su vanguardia de caballería; pero esta no operó con la actividad que tenia acreditada en otras ocasiones, y permitió al duque apoyar sus espaldas sobre los muros de Gante. Las tropas confederadas francesas y bravanzonas, acumuladas en derredor de esta ciudad, constituian una masa de veinte mil hombres; el ejército español no pa-



saba de doce mil, dos de los cuales eran de caballeria. Habíanse atrincherado vigorosamente los primeros, cubriendo su frente con carros, y apoyando sus dos alas en las casas y molinos inmediatos á la ciudad. Una multitud armada y silenciosa coronaba los muros á cuyo abrigo estaban dos ó tres mil ginetes prontos á precipitarse sobre los tercios católicos tan luego como estos empezaran á flaquear.

Alejandro, al divisar el ejército enemigo, hizo marchar sobre sus trincheras á la valiente infantería española. Acaudilláronla en esta sangrienta funcion Mondragon y Paz, sostenidos por algunos cabos italianos. El deseo de acreditar su superioridad ante aquellos walones, que en su orgullo habian querido soportar solos todo el peso de la guerra, fué causa de que los españoles desplegaran en este choque un valor tan heróico como en los mas hermosos dias de su gloria.

El enemigo, aunque opuso al principio una resistencia tenaz, vino á quedar desalojado de sus posiciones, y colocado en desórden entre la muralla y los arcabuces españoles. Su derrota parecia segura; el ardor de los agresores se acrecentaba por momentos; pero entonces se desprendió del muro una lluvia de balas y de metralla, que contuvo el movimiento progresivo y victorioso de los españoles. Sin embargo, estos incomparables soldados soportan á pecho descubierto aquel fuego mortífero, y se obstinan en avanzar de nuevo, hasta que reciben una órden terminante del parmesano para emprender la retirada.

El combate fué vivo y encarnizado; los realistas tuvieron doscientos hombres muertos y bastantes heridos; de los confederados quedaron ochocientos tendidos sobre el teatro de la accion, y un número próximamente igual de heridos. Su esterminio habria sido completo si la caballería de Alejandro hubiese envuelto entre sus alas la retaguardia enemiga separándola del muro; pero esta falta de ejecucion del plan dejó incompleta una victoria inaugurada bajo los mas felices auspicios.

Mientras Alenzon y Orange reorganizaban su quebrantado ejército en Gante, Alejandro corrió en alas de su fortuna la frontera oriental de Flandes, recobró á Nínove y se hizo dueño de Cambre-

sis, Clusa y Giasbek. Durante el sitio de esta última plaza, el cruel azote del hambre llegó á afligir en lo mas vivo al ejército español. Tantos años de guerras y devastaciones habian esterilizado todos los gérmenes de subsistencias, y como si el cielo hubiese querido castigar el ciego furor de los hombres, la marcha irregular de las estaciones impidió se desarrollaran ó sazonaran los frutos que la tierra abrigaba en su seno. Para colmo de desgracia, el puerto de Dunkerque y algunas otras plazas marítimas se hallaban aun en poder del enemigo, y las comunicaciones de Flandes con España eran difíciles, lentas y muy peligrosas. Como prueba del estremo de miseria á que habia llegado el ejército, se refiere que, como entrara en la tienda del general el capitan Gonzalo Giron y dejara su caballo á la puerta, no halló al salir vestigio alguno del pobre animal, y sabiendo que habia sido muerto par los soldados, consiguió, no sin muchas instancias y amenazas, que le dieran parte de la carne. No obstante, el admirable poder de la disciplina y el hábito de la sobriedad galvanizaban el sér de aquellas tropas; aunque víctimas de una hambre horrible jamás rehusaban las fatigas y peligros; antes al considerar su ardiente celo por dar cima á las empresas mas arriesgadas, hubiera podido creerse que pretendian hallar en una compensacion de gloria, las satisfacciones que faltaban á su existencia material.

En estas tristes circunstancias, Rubaix con la caballería y los dos Mansfeld, padre é hijo, á la cabeza de algunos tercios de infantería, se apoderaron de varias plazas, cuya espugnacion habia intentado antes en vano el conde de Renneberg.

El enemigo, queriendo indemnizarse de estas pérdidas, atacó nuevamente algunos puntos en la Frisia y en el Bravante meridional; pero el valor y la industria de Verdugo le obligaron á desistir de su empeño y ceder á la valerosa obstinacion de los habitantes.

Atento Alejandro á impedir que se reorganizaran enérgicamente los confederados, apenas supo que el francés Biron se hallaba al frente de un buen cuerpo de tropas, marchó contra él sin la menor demora. Algunas de estas tropas eran las mismas que habian sido batidas en Gante, aumentadas con nuevas levas hasta el número de doce mil infantes y mil quinientos caballos.



Alejandro, que habia diseminado parte de sus fuerzas en las plazas recien conquistadas, contaba á lo mas con ocho mil hombres de todas armas.

El general francés estaba apoyado sobre las márgenes del Rosemval, una de las confluencias del Mosa, posicion que, cubierta con algunas bandas de arcabuceros y los fuegos de una artillería bien dirigida, hubiera sido de muy difícil acceso. Sin embargo, Biron, bien fuera porque desconfiase de su ejército, un tanto desmoralizado, bien porque temiese un furioso ataque de flanco que le hiciera perecer aconchado sobre los bordes del Mosa, levantó su campo y buscó abrigo en Esteemberg, pequeña plaza que ha desaparecido del mapa moderno, y estaba bañada por las aguas del Océano y mejor fortificada por la naturaleza que por el arte. Su castillo, bien artillado y muy eminente, dominaba como el brazo de un gigante una pendiente suave, que descendia al oeste de la poblacion hasta una laguna formada por la resaca del mar. Sobre esta pendiente colocó Biron sus tropas. Los mosqueteros flamencos y los piqueros escoceses apoyaron su retaguardia sobre la laguna, estendiendo el ala derecha por una lengua de tierra en que habia varios edificios, y enlazando la derecha con los franceses, que, inclinados hácia el Océano, estaban parapetados detrás de las dunas, cadenas de arena que el mar arroja de su fondo para que le sujeten en la superficie. Algunos diques artificiales, muy próximos á la plaza, completaban este estraño atrincheramiento. De este modo los galo-bravanzones, teniendo la retaguardia cubierta por las aguas del Océano y de la laguna, el flanco derecho defendido con caseríos y el frente izquierdo al amparo de las dunas y los diques, y hallándose ademas protegidos por el cañon de la fortaleza, podian oponer una resistencia fácil y formidable.

Alejandro descubrió al momento cuál era el punto mas vulnerable del enemigo; arrojó sobre los caseríos algunos caballos, que llevaban arcabuceros á la grupa, mandados por Sancho de Leiva y Meneses, valerosos capitanes españoles, y dispuso que Paz, Mansfeld y Mondragon, á la cabeza de las mejores tropas, cayeran con todo el ímpetu posible sobre el centro de los flamencos y escoceses, procurando precipitarles en la laguna. La carga fué al principio tan

vigorosa como feliz, siendo dirigida con mucha inteligencia.

El enemigo empezó á vacilar sobre el centro y la estremidad de su línea, y sintiéndose cada vez mas comprimido, se replegó en desórden sobre la orilla del Océano, en cuyas agitadas ondas se sumergieron muchos infelices, hallando una muerte segura por huir de otra probable.

En este instante los españoles, teniendo cierta la victoria, se abandonaron intempestivamente al pillage del campo enemigo, saliéndose unos de las filas, avanzando otros con demasiada celeridad y obrando todos con suma confusion. Biron, que desde los muros de Esteemberg observaba todas las fases de la batalla, y que la reputaba ya por perdida, cobra nuevo aliento al ver el desórden de los vencedores, y se lanza sobre ellos á la cabeza de un escuadron de corazas. La caballería de Mansfeld, que fué la primera en recibir este terrible choque, no pudo resistirle y huyó ignominiosamente. Los demas cuerpos realistas, desconcertados en el saqueo, hubieran podido ser fácilmente envueltos en la fuga sin la oportuna ocurrencia de Alejandro, quien lánzase en medio de los despavoridos ginetes, é hiriendo con su espada á los que huian, logra contenerlos y rehacerlos.

Llegaron entonces ligeros los cuerpos de reserva y acometieron con tanto ardor el flanco de la caballería francesa, que en breve la obligaron á retroceder, dejando cubierto de cadáveres aquel teatro de su efímero triunfo. En todo el resto de la línea se restableció el combate, y Biron fué bastante felíz para recoger las reliquias de su ejército y encerrarse con ellas en Esteemberg. Bien hubiera querido Alejandro perseguirlas hasta la puerta misma, y aun arrebatar la plaza por un golpe de mano, pero la proximidad de la noche, y sobre todo el aterrador fuego del castillo, le retrajeron de este pensamiento.

La batalla de Esteemberg costó á los franceses dos mil quinientos ó tres mil hombres, y ochocientos á los españoles, entre los cuales se halló al capitan Meneses, digno de ilustrar una existencia mas larga con sus sobresalientes cualidades. Al dia siguiente Biron, creyéndose espuesto en Esteemberg, se embarcó con sus tropas é hizo rumbo á Francia.



Pero Alejandro no pretendia invertir el tiempo en la estéril conquista de esta plaza; su plan era apoderarse de Dunkerque y asegurar por este medio las comunicaciones entre Flandes y España. Alenzon, que se hallaba en Dunkerque, noticioso de los proyectos del parmesano, salió de esta ciudad y se refugió en Francia, dejando en aquella quinientos hombres de guarnicion.

Mientras se realizaban estos sucesos en Flandes, ocurrieron en Portugal otros de alguna importancia.

No estaba sólidamente afianzada en este reino la autoridad de Felipe II. La fusion de dos naciones belicosas y rivales puede ser obra del tiempo, que con su poder analítico destruye todos los recuerdos, pero no podia ni debia esperarse de la fuerza del momento mas propia para exaltar las susceptibilidades irritadas, que para establecer sobre la homogeneidad de los sentimientos el benéfico imperio de la paz. Los nobles portugueses, agasajados y atendidos por los vencedores, aceptaban sin disgusto, acaso con placer, la idea de brillar en la córte mas poderosa del orbe cristiano, pero la masa del pueblo que vive, se alimenta y sostiene en los momentos de tribulacion con sus grandes tradiciones, rebozaba difícilmente su ira y su despecho. Era muy verosímil que si una mano atrevida prendia fuego á los combustibles aglomerados, aquel reino se abrasaría en el incendio de una nueva guerra.

D. Antonio, conociendo á fondo las intenciones de sus paisanos, no habia renunciado á la idea de sentarse en el trono. Manteníanse aun fieles á su nombre las islas Terceras ó Azores, escepto S. Miguel, lo que le proporcionaba un escelente punto de apoyo para intentar con éxito la reconquista de sus pretendidos dominios. Refugiado en Francia, estrechamente confederado con la reina madre, mujer en igual grado altiva, sagáz y emprendedora, logró organizar una escuadra respetable, consistente en mas de sesenta naves y montada por aquella nobleza francesa, ávida de gloria, de fortuna y de peligros, sin reparar en la justicia de la causa que abrazaba. Felipe Strozzi y Brissac, oficiales muy distinguidos, dirigieron la escuadra; Beaumont, tan esclarecido por su estirpe como por sus prendas militares, estaba destinado á mandar las tropas de desembarco.

La escuadra francesa, despues de una navegacion próspera ancló en la costa de San Miguel á mediados de julio de 1582. Antonio, que se habia quedado en Andra, capital de la Tercera, dispuso que se sometiera inmediatamente á S. Miguel con el oro ó con el hierro.

Habiendo desdeñado noblemente la guarnicion las mas lisonjeras ofertas, se tomaron todas las disposiciones para el ataque; pero el arribo de la armada española impidió realizarle.

Esta armada, que habia salido de las aguas del Tajo, tenia solamente treinta y ocho buques, no habiéndose incorporado aun con otra escuadra procedente de Andalucía. La disparidad de fuerzas era, como se vé, enorme, debiendo combatir cada nave española con dos enemigas; pero la sobresaliente pericia del marqués de Santa Cruz, que mandaba en jefe, el denuedo de los capitanes, el ardor de los soldados españoles, la mas sólida construccion de los buques, y su superior artillería podian neutralizar la desventaja numérica. Mas no estaban equilibradas del mismo modo las consecuencias que pudiera producir para cada uno de los beligerantes una batalla decisiva. Perdiéndola los españoles se esponian á perder el reino de Portugal, donde la fermentacion iba cada dia en aumento; por el contrario, los franceses solo arriesgaban, como dice perfectamente un ilustrado historiador (1), algunos buques y algunos hombres, si ya no se reputa por pérdida la del honor, que tiene tanto precio para corazones bien nacidos. No obstante, Santa Cruz y sus principales oficiales no vacilaron en brindar con el combate al enemigo, y se dirigieron contra él á vela tendida; pero una calma que sobrevino repentinamente paralizó este movimiento ofensivo. En los dos dias inmediatos ocurrieron diversos incidentes, que impidieron llegar á las manos; pero el 24 de agosto, desde que el sol brilló en el horizonte, acometió la armada española con mucha furia y con grande estrépito de artillería. El órden con que ambos combatientes entraron en accion, hacia ya presumir á qué lado se inclinaria la victoria. Santa Cruz llevó sus buques fuertemente unidos unos con otros, presentando el frente convexo de una especie de media luna. Su objeto era romper con todo el golpe de sus fuerzas el

(1) Mariana, continuacion de la Historia de España.



centro enemigo, obtenido lo cual, pensaba arrojarse sucesivamente sobre los costados. Los franceses, en vez de dividir su escuadra en pequeños grupos, lanzaron dos ó tres navíos al abordage de cada uno de los españoles, prolongaron imprudentemente la línea, pretendiendo envolver con sus álas á toda la armada de Santa Cruz. En disposicion tan singular como peligrosa pudo influir el desprecio que les inspiraba un enemigo superior, ó el deseo de aumentar con los despojos de la victoria el número de prisioneros; pero fué bien fatal para sus autores. Santa Cruz, empleando hábilmente su formidable artillería, abrió ancha brecha en el centro enemigo, y desde este instante los franceses, no teniendo ya pensamiento fijo y realizable, trataron menos de vencer que de vender cara la victoria. Pelearon, en efecto, intrépidamente durante muchas horas; pero su ciego valor sucumbió ante la sábia táctica de los españoles. Apoderóse Santa Cruz de la capitana, que montaba Strozzi, haciendo á este prisionero; mas afortunado Brissac, logró salvarse en una lancha, habiéndose sumergido el navío que dirigia. Beaumont pereció combatiendo hasta el último momento. Los capitanes españoles, alentados con el ejemplo de su jefe, hicieron prodigios de inteligencia y denuedo: Figueroa, Oquendo, Cardona, Villaviciosa, Benisia, Garugarza, Guevara, Viveros, Pardo y Bastida destruyeron ó echaron á pique los navíos que combatian. El viento que se levantó, contrario á los vencedores y favorable á los fugitivos franceses, impidió que fuese completo su esterminio. La pérdida de los vencidos ascendió á cerca de tres mil hombres; dos mil se sumergieron con los ocho navíos de mayor porte; trescientos quedaron prisioneros, y el resto pereció despues á causa de las heridas. En este número deben incluirse Felipe Strozzi y el conde de Vimioso, noble portugués: los vencedores tuvieron doscientos muertos y quinientos heridos, muchos de gravedad. Mostróse Santa Cruz implacable con los prisioneros, condenándoles á sufrir el infame suplicio de la horca. Horrorizáronse los españoles de que se tratara como á bandidos á unos hombres que habian peleado noble y esforzadamente; intercedieron por ellos cerca de su general, mas el marqués permaneció inflexible, alegando para justificar su riguroso proceder, que los prisioneros, habiéndose lanzado en esta espedicion contra el supremo

mandato del rey de Francia, debian considerarse como piratas é indignos por lo tanto de la salvaguardia que en otro caso les concedería el derecho de gentes.

Dueño del mar, Santa Cruz no se resolvió sin embargo á penetrar en la Tercera donde se hallaba D. Antonio, y el desenfreno militar quebrantaba todos los dulces vínculos de la justicia y conveniencia social. Reparados sus buques, el marqués dirigió el rumbo hácia la isla del Cuervo, para recibir un rico convoy procedente de la India, y ufano con esta ventaja se presentó en Lisboa, donde su presencia escitó en el mas alto grado el júbilo de los españoles y abatió las esperanzas que un tiempo abrigaran los descontentos portugueses.

Dunkerque, que en el penúltimo siglo hizo inútiles las redobladas tentativas de ejércitos poderosos, solo resistió seis dias á las hábiles disposiciones de Alejandro. El gobernador Camus tuvo permiso para retirarse con la guarnicion al punto que mejor le pareciera, y los españoles lanzaron gritos de inmenso júbilo al enseñorearse de un puerto que era uno de los principales de Europa, y que servia de llave á las comunicaciones recíprocas de la Flandes, la España, la Inglaterra y la Francia. Desde aquel momento cesaban sus crueles privaciones, y un nuevo horizonte de gloria se abria para ellos en el porvenir de aquella campaña.

El infatigable Alejandro no quiso descansar un instante á la sombra de sus laureles. Dejando á Dunkerque bien guarnecida, marchó contra Nieuport. Su pensamiento era el de afianzarse sólidamente en los territorios Este y Oeste de la Flandes para convergir despues hasta el mediodia, y hacer temblar á las plazas de Ambéres y Bruselas. Secundó la fortuna perfectamente este plan. Nieuport, situada en la confluencia del Iser con el mar del Norte, y cuyas inmediaciones podian ser inundadas levantando las esclusas del rio, capituló sin embargo á los siete dias de haberse entablado el sitio. Alentado el de Parma con un triunfo que por la brevedad escedia á sus esperanzas, embistió á Menin, recientemente fortificado, y capaz por su posicion de una defensa prolongada. Pero la fama del general y el activo valor de las tropas españolas, impusieron á los habi-

tantes en términos, que abrieron las puertas sin haber ensayado apenas sus grandes elementos de resistencia. Tambien se sometió Dixmude, Berg, Furnes y algunos otros pueblos de menos consideracion, por manera, que en toda la Flandes occidental solo quedaron en la devocion de los estados la fuerte Ipres y la importante Brujes. Pero estas plazas, privadas de sus principales comunicaciones, no debian sostenerse largo tiempo, y Alejandro, para hacer mas crítica su situacion, se apoderó de Eckelo y de Sas de Gante. El magnetismo de la victoria siempre es irresistible sobre las almas débiles ó vacilantes. El gobernador de Waes se declaró altamente por los españoles, y queriendo señalar su adhesion con un suceso importante, les entregó á Rupelmonde, en la Flandes oriental. La posicion de esta plaza era del mayor interés, porque Alejandro no tenia punto alguno de apoyo en aquel territorio, y le necesitaba absolutamente para realizar sus ulteriores proyectos. Asfel, Hulf y Midemburgo se sometieron al poderío español, sin que Alenzon ni Orange acudieran á contener sus rápidos progresos.

Pelearon los realistas con igual ventura en las fronteras del Haynaut y la Zelanda. El impetuoso Altipenni se dirigió contra Esteemberg, célebre ya por la derrota de Biron, y aunque careciera de artillería y de todos los medios necesarios para formalizar el sitio, pensó arrebatarla por asalto. La empresa, sin embargo, ofrecia sérias dificultades porque los muros de Esteemberg estaban rodeados por un foso ancho, profundo é inundado de agua. Pero la intrepidez de Altipenni superó estos obstáculos; como sus soldados rehusaran entrar en el foso, se lanzó él mismo con una escala en la mano, y andando con el agua al pecho, la aplicó al muro y empezó á trepar por ella. Los soldados, seducidos por tan heróico ejemplo, se arrojaron en pos de su denodado jefe, y secundándole con mucho ardor, tardaron pocos minutos en coronar la muralla. La plaza, abandonada á sus propias fuerzas, mostró breve oposicion, y los vencedores se indemnizaron con el saqueo, del peligro á que habian estado espuestos. El castillo se rindió á las pocas horas.

El flamenco Toures y el italiano Tasis, teniente de Verdugo, se cubrieron tambien de gloria. El primero derrotó cerca de Cambray un cuerpo de caballería, dejando tendidos sobre el campo mas

de cuatrocientos ginetes, y salvándose los demas en la fuga mas desconcertada. Tasis penetró por sorpresa en Zupten, capital de la provincia de este nombre, uno de los mejores baluartes de la Güeldres, y cuya espugnacion á viva fuerza hubiera costado un gran caudal de hombres, de tiempo y de dinero.

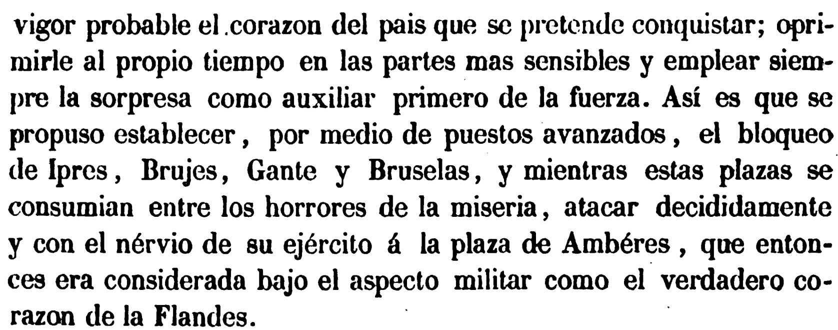
Al principiar este año llegaron nuevos refuerzos de España é Italia; pero Felipe II, que deseaba conservar su influencia política en todo el continente europeo, dispuso que parte de ellos marcharan al auxilio de Colonia, amenazada por su arzobispo apóstata Gerardo de Truches. Acaudillados por el conde de Aremberg y D. Juan Manrique, reportaron una victoria insigne cerca de Bona sobre el ejército de Truches; este prelado, juguete de la fortuna y de sus propias pasiones, buscó un asilo en Holanda cerca del príncipe de Orange.

Todas las fuerzas hábiles para las operaciones activas que tenia el parmesano, ascendian á diez mil infantes y dos mil caballos; sin embargo, el genio de este grande hombre concibió la idea de someter todo el territorio flamenco.

Al principiar el año de 1584, Alejandro desarrolló su vasto y poderoso sistema. La conquista parcial y sucesiva de las plazas, tan fuertes como Ipres, Gante, Malinas, Termonde, Brujes y Bruselas, hubiera exigido probablemente muchas campañas, prodigios redoblados de habilidad y valor y abundantes recursos de que carecia el ejército español. Esta guerra rutinaria y mezquina en resultados, daba márgen á las mas graves complicaciones; porque Alenzon muy desconceptuado entonces entre los flamencos por su loca tentativa contra la independencia de Ambéres, podia rehabilitarse y arrojar un ejército francés en la balanza de la fortuna; el activo príncipe de Orange, podia robustecerse y levantar el espíriu de sus tropas, muy abatido con los últimos reveses, y las provincias reconciliadas cansándose de una guerra lenta y tan poco lisonjera para su patriotismo, reincidir acaso en la pasada rebelion, con lo que se perdia enteramente el fruto de tantos y tan heróicos sacrificios.

Alejandro, como gran capitan, comprendió en buena hora que en las guerras de invasion es necesario herir pronto y con todo el





vigor probable el corazon del pais que se pretende conquistar; oprimirle al propio tiempo en las partes mas sensibles y emplear siempre la sorpresa como auxiliar primero de la fuerza. Así es que se propuso establecer, por medio de puestos avanzados, el bloqueo de Ipres, Brujes, Gante y Bruselas, y mientras estas plazas se consumian entre los horrores de la miseria, atacar decididamente y con el nérvio de su ejército á la plaza de Ambéres, que entonces era considerada bajo el aspecto militar como el verdadero corazon de la Flandes.

Sin embargo, era tan osado el pensamiento de atacar á Ambéres, estrechando simultáneamente á las primeras plazas de la Flandes, que los oficiales generales reunidos en consejo, procuraron combatirle con cuantas razones podian desprenderse de la situacion en que se hallaban las tropas realistas. Solo el español Mondragon cuya grande alma podia percibir sin estremecerse los mayores peligros y las empresas mas arriesgadas, y el italiano Capizzuchi que tenian una fé inmensa en el genio y los recursos de Alejandro, abrazaron su proyecto con calor y le hicieron prevalecer. Acordado el plan se puso en ejecucion con aquella actividad que sobresalia entre las prendas militares del parmesano.

Cuatro destacamentos apostados en Uterp, Eckelo, Lilló y Vetri pusieron en el mayor conflicto á Ipres, Gante, Brujes y Bruselas. Ipres se rindió humillado por la espada del hambre; Gante, acongojado del mismo mal, entabló negociaciones con el de Parma; pero habiendo entrado en esta plaza algunas compañías de orangistas, oprimieron á la parcialidad española, uno de cuyas cabezas, Juan Embisio, pagó con la existencia el haber tomado mal sus medidas. Perennoto Granvela fué arrojado en una prision. Pero la populosa Bruselas sufria en medio de convulsiones populares las últimas estremidades del bloqueo. Queriendo socorrerla los habitantes de Ambéres y Brujes, equiparon un convoy, cuyos víveres salieron de la primera de estas ciudades y la escolta de la segunda, y le dirigieron sobre la capital. Ya estaba muy inmediato, cuando cayó en una emboscada hábilmente tendida por el gobernador de Uterp. Los brujenses, sorprendidos, opusieron menguada resistencia; rodeáronles los españoles, y en pocos minutos dejaron cubierto el campo con

cuatrocientos cadáveres. Eran la flor de la juventud y el nérvio principal que para su defensa tenia Bruselas, y bajo el influjo de esta catástrofe, la ciudad acosada al propio tiempo por la miseria ofreció una capitulacion bajo decorosas condiciones. Aceptólas Alejandro, y de este modo en el breve término de un mes, y sin perder veinte soldados, sometió dos plazas, cuya situacion y vigorosas fortificaciones hubieran podido esterilizar los esfuerzos mas heróicos de un ejército respetable. Derribadas estas cabezas de la Flandes oriental y occidental, Gante y Ambéres debian sucumbir necesariamente, y su rendicion no era ya para Alejandro mas que una cuestion de tiempo. La Providencia, que impulsa con su dedo invisible el desarrollo del genio, parecia proteger al parmesano. En el mismo dia, próximamente á la misma hora, perecieron el duque de Alenzon y el príncipe de Orange; el primero devorado por el sentimiento de haber fracasado todos sus planes ambiciosos, el segundo á manos de un asesino, cuyo nombre no merece la celebridad histórica. La pérdida de Orange era irreparable en aquellas circunstancias. Su ingenio vivo, fecundo, tan propio para una intriga como para una combinacion militar, dominaba las mas espinosas dificultades y hallaba recursos en el fondo de las situaciones mas desesperadas; su carácter singularmente audaz, pero frio, reservado, tenia una consistencia que no se doblaba bajo los mas fuertes golpes de la fortuna; su ambicion, aunque ilimitada, nunca era superior á la prudencia, y rara vez hombre alguno ha subordinado mas al cálculo las pasiones mas violentas. Aquella guerra era su obra; á su soplo se habia levantado en Flandes y en Holanda la llama de la insurreccion; él habia sido el primero en arrostrar abiertamente el inmenso poder de Felipe II, y lo que era todavía mas honorífico para su talento, habia sostenido esta lucha por espacio de diez y seis años contra los primeros capitanes de su siglo. El conocia profundamente todos los resortes necesarios para levantar el espíritu público, todos los medios que encerraba aquel pueblo para continuar las hostilidades, todas las artes para entorpecer ó destruir los planes mejor combinados del enemigo. ¿Quién habia de reemplazarle en este conocimiento de los hombres y de las cosas? ¿quién reunia su prestigio, su ascendiente sobre la multitud? ¿quién podia ofrecer á los sublevados las mismas garantías

de fidelidad, garantías apoyadas en su ambicion, en su proscripcion y en su odio implacable á la causa española? Sucedióle en todos sus cargos y dignidades su hijo menor, Mauricio de Nassau, jóven que daba las mas brillantes erperanzas, pero que era muy inesperto todavía para pretender rivalizar con el gran caudillo que mandaba á los españoles.

Alejandro, que habia formado un plan de campaña viviendo el príncipe de Orange, creyó que la muerte de este podia favorecer á su principal proyecto, y se apresuró á establecer el sitio de Ambéres. Esta plaza, que en el dia goza de grande importancia militar, y cuya ciudadela es reputada por una de las primeras de Europa, tenia en la época á que nos referimos una poblacion de cien mil almas, educada en la escuela de la guerra, acostumbrada á luchar con enemigos internos y esteriores, y que sostenida por cuatro mil hombres de tropas regulares podia desplegar en la ocasion su índole belicosa. Ambéres, emporio á la sazon del comercio continental, y colocada en la entraña del fértil Bravante, tenia grandes almacenes de víveres y grandes medios para adquirirlos aun despues de establecido el asedio. Colocada en el centro de una circunferencia algo irregular, Ambéres se comunicaba por diferentes radios de agua con Gante, Termonde, Malinas y Bruselas, y aunque las mas de estas plazas se hallaban ya fatigadas con el bloqueo, encerraban en su recinto una juventud heróica y entusiasta que podia volar en último apuro al auxilio de los sitiados.

Pero todas estas ventajas eran muy inferiores á las que ofrecia Ambéres por su posicion topográfica. Tendida sobre el Scalda en forma de arco, cuya cuerda constituye la ribera de este gran rio, tiene por el lado que mira al Bravante un muro de grande elevacion y solidez, flanqueado por diez baluartes que se protegen mútuamente. Este lado, defendido ademas por la magnífica ciudadela, cuya parte esterior se conservaba intacta, es casi inespugnable, y por otra parte su ataque vendria á ser infructuoso quedando abierta la comunicacion con el Scalda. La proximidad de este rio daba á la ciudad de Ambéres una inmensa importancia mercantil y la de una plaza de primer órden. Desertando del territorio francés, el Scalda se arroja sobre el Haynaut, recorre esta provincia y la Flandes

oriental, recibe en su majestuoso curso muchas afluentes, entre las que son mas notables Dyle y el Sena que pasan por Louvayne, Malinas y Bruselas; baña á Tournay, Gante y Termonde, y deslizándose bajo el cañon de Ambéres, penetra en el territorio holandés donde confunde sus aguas con las del mar del norte. Cuando el Scalda se aproxima á los muros de Ambéres puede recibir en su ancho álveo escuadras poderosas formadas por buques del mayor porte. Así este rio ponia á los de Ambéres en relacion con las principales provincias y ciudades rebeldes, con la Francia donde bajo cenizas calientes ardia el fuego de la sedicion, con el partido protestante de la Alemania, con el luterano de Holanda, y en general, con cuantos elementos auxiliares podia tener la causa politico-religiosa de los bravanzones sobre la superficie de Europa. En la márgen izquierda del rio estaba el fuerte de Liefkenhoeck, que goza en el dia de mucha consideracion, y que protegia á la isla fortificada de Delf; en la derecha habia construido Mondragon, mientras los españoles dominaron en Ambéres, la fortaleza de Lilló, muy imponente en sí, y débilmente amparada por dos ó tres reductos. Los fuertes de Burch, Calloo, Ostervil y algunos otros que se hallan en frente de la ciudad, no eran susceptibles entonces de una defensa en regla.

La situacion moral de los habitantes era la mas idónea para obtener todo el partido posible de estos grandes medios materiales.

El ódio de los amberenses contra los españoles rayaba casi en frenesí: inflamábale la diferencia de religion y las imaginaciones se exaltaban con el recuerdo de los horrores de que habia sido teatro aquella ciudad infeliz. Gobernábala en calidad de cónsul Felipe Mauricio, señor de Santa Aldelgunda, hombre á quien un conjunto singular de malas pasiones y buenas cualidades hacian verdaderamente temible. Astuto hasta la perfidia, profundamente disimulado, impenetrable en sus designios, perseverante hasta la obstinacion en sus empresas, jamás hubiera retrocedido ante los crímenes mas vergonzosos que pudieran servir á su ambicion ardiente ó á su intrépido fanatismo; se cree que trató de quitar la vida con asechanzas, y aun que dió veneno á D. Juan de Austria, y si bien semejante imputacion no está purificada de toda duda, es por lo menos muy verosímil, atendido el carácter de Mauricio. Pero otras prendas

mas nobles cubrian con su brillantez estos feos lunares de su carácter. Tenia una inteligencia rara y feliz, una imaginacion singularmente fecunda, un valor heróico en los combates, una gran entereza de ánimo para resistir los mas rudos golpes de la fortuna, una gran flexibilidad de espíritu que le servia tanto para seguir las negociaciones diplomáticas, como para plegarse á las circunstancias mas difíciles, y una actividad infatigable. Su facundia, menos militar que religiosa, era propia de un misionero, pero convenia grandemente á aquel pueblo en que las ideas calvinistas se hallaban muy arraigadas y se profesaban con mas fervor que en ningun otro punto de Flandes. Mauricio habia sido íntimo amigo de Orange, con cuyo carácter presentaba el suyo muchos puntos de contacto, y muerto éste, era él el primer personaje de la insurreccion, cuya voz autorizada debia oirse con respeto desde los bordes del Mosa hasta los del Dollart. Apenas supo Aldegunda que el príncipe de Parma avanzaba sobre Ambéres, afectó despreciar una tentativa, que al decir suyo, seria infructuosa y ridícula; pero en el entretanto adoptó cuantas medidas eran necesarias para completar la defensa de la ciudad. Robusteció con nuevas obras las fortalezas de Lilló y Liefkenhoeck; mandó cortar el dique del Scalda por la parte de Staing, á fin de que las aguas, arrojándose con ímpetu sobre el territorio de Waes, impidieran la aproximacion de los españoles, dispuso que se hiciesen levas en algunos pueblos muy celosos por la reforma; y entonces á cubierto de los insultos del conquistador, dió órden á Trestong, almirante de la escuadra zelandesa, para que remontando el Scalda se colocara á la altura de Ambéres. Al propio tiempo se previno contra el rigor del bloqueo, aumentando las vituallas y municiones.

Alejandro, que habia partido de Tournay, siguió el curso del Scalda y llegó á la vista de Ambéres el dia 15 de julio. Desde luego renunció á toda idea de ataque por la parte del Mediodia, ya porque su ejército era insuficiente para cubrir una línea de circumbalacion tan estensa, ya porque las comunicaciones de Ambéres en aquella direccion estaban completamente interceptadas, poseyendo á Bolduc los españoles. Resuelto á enseñorearse del Scalda, distribuyó las fuerzas á la izquierda y derecha de este rio, ocupando él mismo el pago de Bourg, Rubaix el de Call, Mansfelt, la villa de



Berendrec, y Mondragon la de Estrabuc. Los tres primeros de estos puntos estaban vigorosamente enlazados entre sí, pero Mondragon no podia darse la mano con Alejandro y Rubaix sino por cima del Scalda, lo que hacia muy aventurada su situacion. Sin embargo, este defecto de continuidad en la línea, era capital si se habia de llevar á cabo el pensamiento principal y decisivo de cerrar el Scalda á los de Ambéres. Mondragon atrincheró fuertemente su campamento de Estrabuc, porque Alejandro, que daba grande y merecida importancia á este punto, pensaba fijar en él sus reales.

El parmesano rompió las operaciones ofensivas con el ataque simultáneo de Lilló y la isla de Delf. Ambos puntos dominan al Scalda por los lados opuestos de Flandes y el Bravante; su posicion se consideraba como de interés absoluto para los sitiadores. Mondragon debia espugnar el primero y Rubaix la segunda. Esta isla de Delf se eleva bastante sobre el nivel de las aguas, en términos que rechaza las mas fuertes avenidas del rio y el flujo del grande océano. Estendida en forma de cuadrilongo y en un diámetro de dos millas, tiene en cada uno de sus cuatro ángulos un fortin y en la estremidad inmediata á tierra firme la fortaleza de Liefkenshoeck. La guarnicion compuesta de mil y tantos hombres se hallaba confiada al coronel Petin, viejo aventurero, mas distinguido por su valor que por su pericia. Rubaix, á la cabeza del tercio de Paz, se arrojó impetuosamente sobre la isla. A su aspecto, las débiles guarniciones que defendian los fortines de San Anton y Torvent, se replegaron aceleradamente sobre Liefkenshoeck, y los vencedores avanzaron hasta el pié de esta fortaleza. La resistencia fué agria, seria y encarnizada; ochocientos veteranos defendieron á Liefkenshoeck con intrepidez heróica, y los robustos muros rechazaron durante dos dias el esfuerzo de una artillería poderosa. Al alborear el tercero apareció abierta y practicable una brecha; precipitáronse en ella los españoles con mucho ardor, pero fueron reciamente repelidos. No obstante, renovaron el asalto con éxito mas feliz, pues la guarnicion, estenuada con las anteriores pérdidas, fué arrollada é inmolada casi por completo á la ardiente ira de los vencedores. Rubaix mató por su propia mano á Petin, y apenas quedaron cien enemi-

gos que pudieran presenciar la terrible catástrofe de los suyos. Los fortines de Noort y Torna se sometieron sin resistencia; el marqués hizo cerrar el roto dique de Stranting y quitó á los sitiados todas sus comunicaciones con el Bravante y el territorio de Waes.

Entretanto combatia Mondragon con la misma intrepidez aunque con adversa fortuna. Es verdad que su empresa ofrecia mayores obstáculos, superiores sin duda á los medios que se empleaban en su realizacion. La fortaleza de Lilló habia sido construida recientemente por el mismo Mondragon sobre los bordes del Scalda, y tenia cuantos elementos de defensa habia podido suministrar el arte de las fortificaciones en su reciente y rápido desarrollo. El enemigo tenia mucho mas interés en conservar espeditas sus comunicaciones con el Bravante que con la Flandes oriental, y podia preverse con fundamento que no omitiria medio alguno posible para defenderle. Guarnecia á Lilló un regimiento francés mandado por Tilino, espíritu jóven y fanatizado y susceptible por consiguiente de incalculables esfuerzos. Adelantóse Mondragon con paso lento y firme; Tilino le salió al encuentro con la flor de sus tropas, y se trabó entre ambos un choque recio pero de incierto resultado; replegóse el flamenco á la fortaleza, y el español á quien los nuevos obstáculos que preveia le daban cada vez mas circunspeccion, buscó con mucho pulso un punto favorable para emprender el ataque del castillo. Pero en el entretanto Mauricio, que sacrificaba á la conservacion de Lilló cualquier otra conveniencia, sacó dos mil escoceses de la villa fortificada de Herentales, y los arrojó dentro de la fortaleza. Este refuerzo hacia su espugnacion casi imposible; pero sin embargo, el animoso Mondragon no desmayó, puso en pié sus baterías y se preparaba á fulminar contra Lilló un fuego terrible, cuando sobrevino un enemigo mucho mas temible que los mosquetes flamencos y las picas escocesas. Los sitiados abrieron la esclusa que habia dentro del castillo, y el Scalda, precipitándose por esta catarata artificial, inundó en pocos minutos el campo que ocupaban los españoles. Al propio tiempo una lluvia de balas y metralla cayó sobre sus cabezas, de modo que la muerte se presentaba bajo las formas mas diversas y mas aterradoras.

Entonces brilló en el mas alto punto el valor de esta heróica

milicia; con el agua al pecho y envueltos entre una nube de fuego, los soldados españoles arrastraban á brazo las piezas de artillería para colocarlas, si era posible, sobre el borde del rio y atacar por el flanco izquierdo de la fortaleza. En esta lucha colosal entre los hombres y los elementos perecieron muchos valientes; pero la historia solo nos ha legado los nombres de Luis de Toledo y Pedro Padilla, ilustres capitanes que terminaron su larga carrera con una muerte gloriosa. Pero ni la muerte de estos jefes, ni la disminucion de sus fuerzas, ni la subida siempre creciente de las aguas, ni la furiosa defensa de la guarnicion amenguan la resolucion de aquel invencible tercio; antes, revolviendo impetuosa y repentinamente sobre el dique del Scalda que protegia el castillo, se apodera de él, espugna con el mismo brio su reducto, y se arroja dentro del castillo con terror de sus defensores.

Mas de un corazon endurecido en los trances de las batallas palpitó con violencia, teniendo ya por segura la victoria. Pero el muro de agua era inespugnable, y cuantas tentativas se hicieran para salvarle debian producir un resultado funesto. Sin embargo, los españoles continuaban obstinándose en imposible demanda, y fué preciso una órden terminante de Alejandro para que emprendieran la retirada, la cual se hizo en el mejor órden y con la actitud mas fiera é imponente. El desenlace de este combate comprometia en el mas alto grado la situacion de los españoles, que perdian la esperanza de dominar el Scalda y aun de continuar el sitio, pues sin tener la llave del rio, jamás podian adquirir las de la ciudad.

Se ha dicho con mucha frecuencia, y siempre con razon, que el genio de un grande hombre necesita estar escitado por circustantancias estraordinarias y que sus creaciones como la electricidad atmosférica solo brillan despues de un fuerte sacudimiento. Alejandro devoraba en silencio el pesar que le habia producido un suceso, destructor de todos sus planes; pero de súbito su imaginacion se inflama, y tendiendo la vista por aquel gran rio, concibe la gigantesca idea de dominar su majestuoso curso con el obstáculo de un puente.

Este pensamiento eminentemente audáz era el único á propósito

para humillar á la soberbia Ambéres; realizándole, nò solo se compensaba la pérdida de Lilló, sí que tambien se anulaba la útilidad de esta fortaleza, y se llegaba por este medio á un fin que no hubiera podido obtenerse dominando en los dos opuestos castillos de Lilló y Liefkenshoeck. Porque en efecto, la madre del Scalda entre los dos fuertes era tan dilatada que no podia barrer bien sus aguas la artillería de ambos, ni el ojo avizor de sus defensores descubrir á todos los buques que con el intrépido celo de la codicia esperaban la ocasion en las altas horas de la noche para introducir refrescos en la plaza. Pero con el establecimiento del puente se cortaba el curso del rio, se impedia toda comunicacion, y el azote del hambre, único que podian emplear los sitiadores, abatiria á la soberbia ciudad. ¿Mas cómo establecer este puente sobre un rio que tenia cerca de tres mil pies de latitud sobre setenta de profundidad, careciendo Alejandro de barcas y de los medios de conducirlas á aquel punto?

Esta cuestion se resolvió entre Alejandro y los ingenieros Barroci y Plati, nombres ilustres en la historia de aquel siglo. Los primeros fundamentos del puente se arrojaron cerca de Calloo y Ordem ocupado por los españoles, entre Ambéres y las fortalezas de Lilló y Liefkenshoeck, y en un sitio donde el rio formaba un pequeño recodo. Circunstancia favorable fué que los navíos procedentes de las provincias marítimas no podian llegar hasta allí con toda la fuerza del ejército. El Scalda tenia en aquel punto dos mil cuatrocientos piés de ancho y setenta de profundo, los cuales se aumentaban con diez mas cuando recibia el reflujo del Océano. Sobre cada una de las cabezas del puente habian de levantarse dos castillos bastante capaces para contener entre ambos una guarnicion de cien hombres, y bastante sólidos para resistir al peso y al fuego de la artillería. Algunos reductos y obras subalternas debian construirse simultáneamente.

A medida que avanzaban los preparativos de esta colosal empresa, se creia menos en la posibilidad de llevarla á cabo. Los capitanes y soldados realistas, acostumbrados á obedecer ciegamente á su general, y teniendo una fé inmensa en su genio, trabajaban con infatigable ahinco; pero en Ambéres se creia que esta determina-

cion ó era consecuencia de una imaginacion delirante, ó un rasgo impotente del orgullo herido por el desastre de Lilló. Santa Aldegonda solia decir: «Que Alejandro al concebir semejante proyecto estaba embriagado por el vino de su fortuna.» Y en efecto, ¿dónde encontrar madera bastante larga para llegar al fondo del rio y sobresalir á flor de agua? ¿cómo trabarlas tan vigorosamente entre sí que resistieran á la gravitacion de los dos castillos, de los trenes y de los hombres? ¿cómo una obra precipitada y frágil por su naturaleza habia de resistir á la poderosa fuerza del océano, y á la inmensa de las avalanchas que cual rocas de hielo se arrojarian sobre ella no bien se encrudeciese un poco mas la estacion? ¿y aunque el establecimiento del puente fuera factible, ¿no era una idea á todas luces insensata emprenderla á boca de invierno y en uno de los paises mas frios de Europa?.

Sin embargo, este escepticismo mas fingido que verdadero, envolvia temores reales, pues aunque no se hallase ejemplo en los anales de la guerra (1) de un trabajo tan estraordinario, sabian bien los amberenses que el genio del general enemigo y la constancia de los soldados eran capaces de traspasar todos los límites de lo probable.

Mientras se trabajaba en el puente con pasmosa actividad, el príncipe de Parma pensó en apoderarse de Termonde por un golpe de mano. La empresa convenia á la heróica intrepidez de su espíritu, y era á la verdad de la mayor importancia, porque colocada entre Gante y Ambéres, servia de articulacion á estas dos plazas, y una vez dominadas por los españoles aquellas, y especialmente la primera, falta de todo apoyo y afligida por la miseria, sucumbiria dentro de breve tiempo. Pero Termonde, con una va-

(1) El erudito historiador Estrada, hace mencion del puente que César mandó arrojar sobre el Rhin para atacar á los bátavos; pero observa con mucho juicio que el proyecto del general español era muy superior al del romano, ya porque la obra de este no necesitaba la misma solidez, pues solo habia de servir para realizar una sola vez el paso y no tenia en contra suya ni la potencia del Océano, ni el terrible choque de las avalanchas, ya porque César contaba con la cooperacion de muchas provincias fieles, y ya finalmente porque no podia temer la resistencia del enemigo que huyó al admirar el pensamiento de aquel famoso caudillo. La sublime audacia de la concepcion, la grandeza de su ejecucion comparadas con las circunstancias, hacen que se considere la obra de Alejandro como un modelo en los fastos militares.

lerosa guarnicion, con un muro formidable, con baluartes imponentes sobre la puerta de Bruselas y con la proximidad del rio Tucer que cubria con sus aguas el ancho foso y que podia inundar fácilmente por medio de una esclusa el campo donde se situaran los agresores, debia ofrecer una resistencia briosa y prolongada.

Alejandro parte improvisadamente de sus reales á la cabeza del tercio de Paz, dejando á los principales cabos Rubaix, Mondragon y Mansfeld, las instrucciones necesarias para continuar con vigor el bloqueo de Ambéres. Precedíale con una fuerte vanguardia el español Gamboa, el cual tenia órden de apoderarse de la esclusa é impedir que el enemigo emplease el gran recurso de la inundacion.

Ejecutó Gamboa esta atrevida maniobra con tanta rapidez como fortuna; una pequeña fuerza que custodiaba la esclusa, quedó arrollada, y el vencedor se puso bajo el cañon de la plaza esperando la llegada del parmesano. Gozoso Alejandro con el éxito de la primera é importante tentativa, dictó las disposiciones mas enérgicas para reducir la plaza, y uniendo segun su costumbre la órden y el ejemplo, hacia fácil en la ejecucion lo que en precepto parecia casi imposible. El ataque mas fuerte se dirigió contra el baluarte de Bruselas, que sufrió durante ocho dias el fuego nutrido de tres baterías colocadas sobre su frente y flancos. Entretanto se perforaban los diques, se abrian minas para sacar el agua de los fosos, y se rellenaban estos con grandes cantidades de fagina. En esta operacion sobresalió estraordinariamente la intrepidez de un oficial español llamado Ripa, que ya en otras funciones marciales habia adquirido fama de gran soldado. Estaba dirigiendo y alentando á unos cuantos gastadores que llevaban al foso un carro cargado de escombros; estos infelices cayeron todos heridos ó muertos bajo una lluvia de balas que se desprendia del muro, pero el denodado Ripa, sin arredrarse, aparta los cadáveres, y haciendo un esfuerzo sobrehumano dá un fuerte impulso al carro y le precipita en el foso. Esta hazaña podia bastar para calificarle de temerario entre los valientes, mas no para satisfacer la ambicion de gloria que encerraba aquel heróico pecho. Con el hombro izquierdo traspasado por un balazo, con las piezas de su armadura rotas ó deslazadas, el Anteo español

descubre otro carro cuyos conductores habian huido ante el espantoso fuego que fulminaban los sitiados. El impasible Ripa se acerca á él, y desplegando su musculatura hercúlea logra llevarlo al punto á que estaba destinado. Tanto valor enciende la emulacion en los corazones mas tibios; los soldados españoles desprecian las descargas y consiguen rellenar el foso en diferentes sitios, poniéndole transitable para el asalto.

Alejandro, que poseia en sumo grado el arte de estimular á las grandes empresas, elogió la conducta de Ripa, y despues la premió de la manera mas honorífica.

La defensa del baluarte fué obstinada y los sitiadores esperimentaron pérdidas de consideracion, pero al fin desalojaron al enemigo en un asalto furioso, y se instalaron triunfalmente en aquella posicion de primer órden. Entre los que perecieron se contaba el maestre de campo Pedro de Paz, guerrero septuagenario que pertenecia tambien á la escuela de Cárlos y que por sus prendas habia adquirido en tales términos el afecto de los soldados, que estos le consideraban como su providencia (1), y el italiano Tasis, veedor general del ejército, capitan cuya pericia era envidiada y admirada por propios y estraños. Inflamado el denuedo de los españoles con el sentimiento de estas pérdidas, pedian á voces el asalto, y el hábil Alejandro no queriendo dejar que se resfriase su belicoso ardor, dió las órdenes oportunas para realizarle el dia 17 de agosto (1584). Pero los sitiados, que veian en poder del enemigo su principal baluarte, cegados sus fosos y aportilladas sus murallas, capitularon en el mismo dia con condiciones poco favorables. Alejandro regresó á sus reales donde escitó la admiracion de todos por haber terminado en once dias y con un solo tercio la conquista de aquella plaza que sobre sus buenas fortificaciones tenia una guarnicion igual en número, cuando no superior á los sitiadores. El heróico Ripa quedó por gobernador en Termonde, queriendo demostrar con esto el parmesano que el verdadero valor podia abrirse paso á los cargos mas importantes.

Bajo la penetrante vista de Alejandro los trabajos del puente tuvieron un rápido desarrollo. Plati y Barroci enlazaron tan diestra-

(1) Los soldados le llamaban Pedro Pan para espresar el solícito celo con que atendia á su subsistencia.

mente las maderas en el fondo del agua, que el mayor ímpetu y caudal de estas solo servia para hacer mas perenne y consistente la trabazon de aquellas. Los dos brazos del puente se alargaron hasta una distancia considerable; el que correspondia al Bravante tenia novecientos pies de longitud y doscientos el que principiaba sobre la ribera de Flandes; ambos ofrecian al paso una superficie de doce, pues estaban revestidos por los lados con fuertes tablas impenetrables al fuego del arcabuz y mosquete, y terminaban en los dos castillos de *Santa Maria* y *S. Felipe*, capaces cada uno de contener cincuenta hombres, y confiados respectivamente á Rubaix y Mondragon. Otros dos reductos protegian las cabezas del puente, y tres se habian erigido contra la fortaleza de Lilló. Por grande y sorprendente que fuera esta obra, no satisfacia ni los deseos de Alejandro ni las mas rigorosas condiciones del bloqueo, porque quedaba entre ambos brazos un espacio de mil doscientos pies, espacio que á riesgo de ser echados á pique, como sucedia con frecuencia, traspasaban alguna vez los buques mercantes que conducian víveres á la plaza.

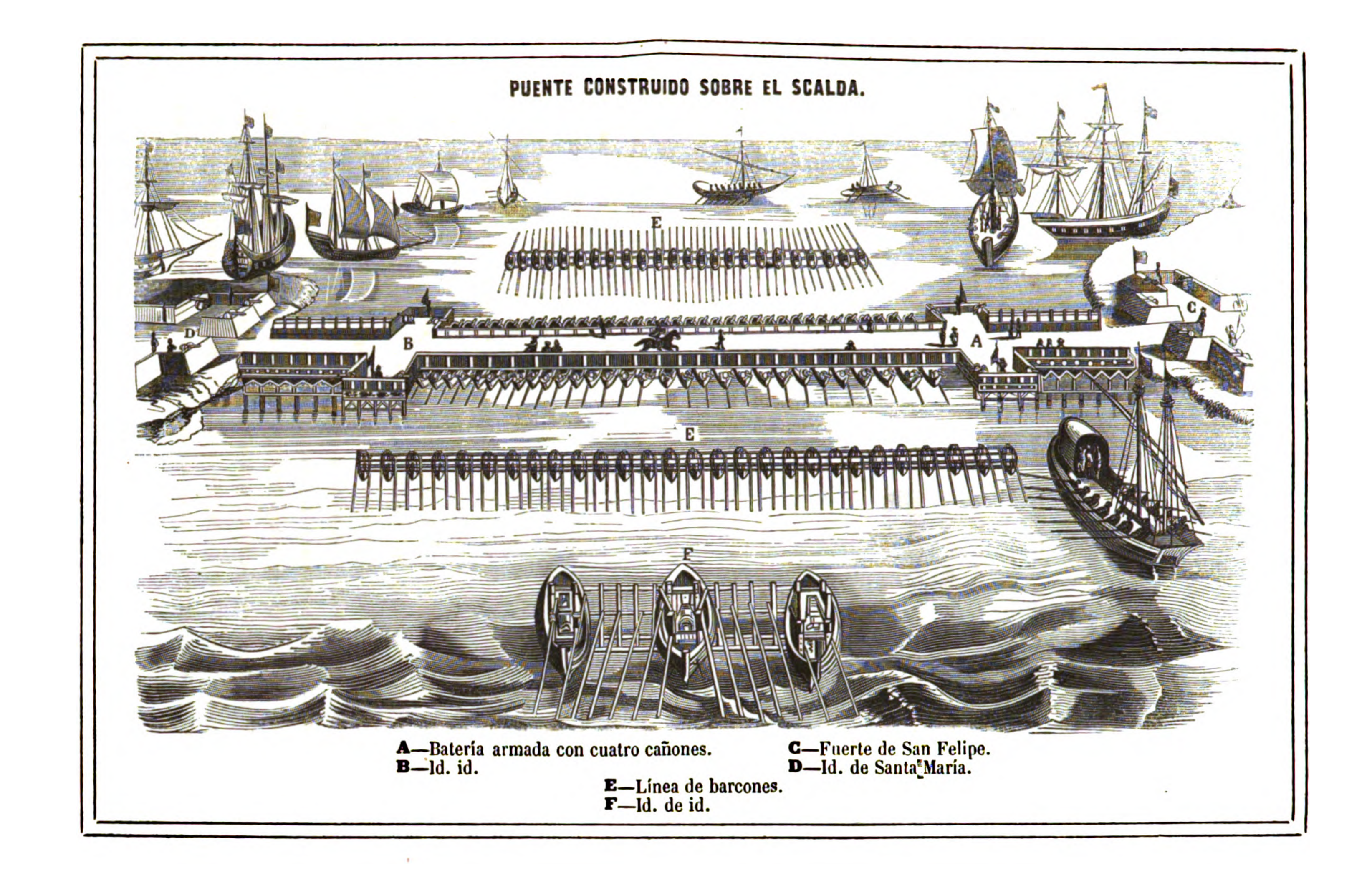
La rapidez de las corrientes que habian impedido adelantar mas la obra, era un obstáculo mas invencible á medida que se acercaba el rigor del invierno.

Meditaba Alejandro el medio de ocurrir á este grave inconveniente, cuando se presentaron en sus reales los diputados de Gante que venian á entregarle las llaves de esta ciudad. La conquista de Termonde y la estraordinaria actividad de Olivera y Varambon que estrechaban el bloqueo, redujeron á los ganteses á las últimas estremidades del hambre. De una madre se refiere que envenenó á un hijo por no verlo sufrir la cruel agonía de la miseria. Entonces imploraron la clemencia de Alejandro, quien les concedió condiciones equitativas temiendo escitar su desesperacion con un rigor intempestivo. La sumision de Gante fué considerada como uno de los acontecimientos mas notables de la campaña, y á la verdad debia lisonjear singularmente á los realistas el haberse apoderado sin derramar una gota de sangre, de aquella plaza defendida por dos mil doscientos hombres, plaza á la que el arte y la naturaleza habian hecho una de las mas respetables de Europa.

La toma de Gante tenia para los sitiadores una importancia estre-



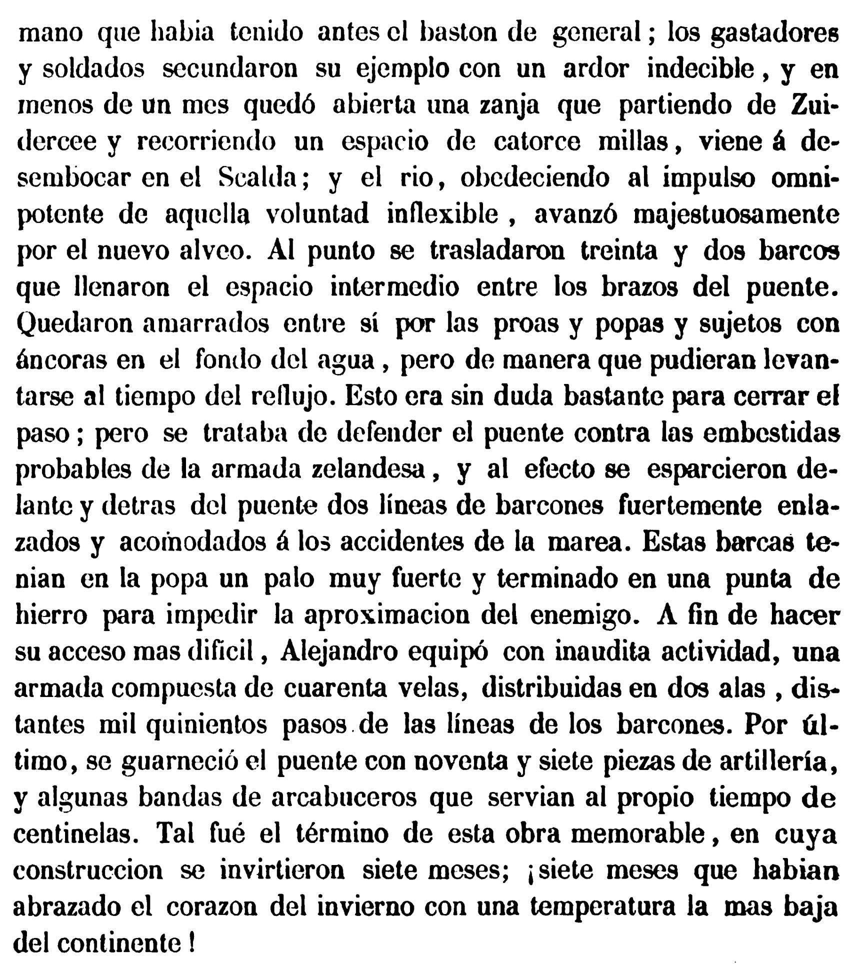
PUENTE CONSTRUIDO SOBRE EL SCALDA.



A—Batería armada con cuatro cañones.
B—Id. id.
C—Fuerte de San Felipe.
D—Id. de Santa María.
E—Línea de barcones.
F—Id. de id.

ma bajo la relacion de las operaciones. Gante estaba unido con Bruselas por un brazo de agua; perdido Gante, la magnífica capital de Flandes habia de sucumbir, y su caida rodear á los españoles con un prestigio inmenso. Gante y Malinas eran las dos únicas plazas auxiliares que conservaba Ambéres en toda la Flandes oriental, ¿y no era probable que humillada la primera, la segunda se viese reducida á la desesperacion ó á la impotencia? Y si esto se verificaba, ¿de dónde podria esperar y obtener sus recursos Ambéres? Del Bravante occidental ó de las provincias marítimas de Holanda y Zelanda; pero las comunicaciones con estos puntos estaban obstruidas con el formidable obstáculo del puente, é iban á estarlo mas tan luego como se concluyera esta obra gigantesca. Ademas, Gante encerraba en su seno muchas embarcaciones y muchos pertrechos para construir otras, y marineros muy hábiles para dirigirlas; es decir, todos los medios necesarios á la entera conclusion del puente. ¿Mas cómo conducir las naves desde Gante hasta Calloo? Hacíase preciso que fueran discurriendo por el Scalda, que pasaran á la vista de Ambéres, que sufrieran el horroroso fuego de esta plaza, y que medio devoradas por la artillería se sumergieran con sus tripulaciones en el fondo de aquel rio. Semejante tentativa era á todas luces tan temeraria, que nadie en el ejército español creyó que se pudiera acometer.

El genio audaz de Alejandro, que se elevaba siempre sobre los obstáculos, no debia permanecer inferior á este tan decisivo. Tendiendo la vista el parmesano por el caprichoso mapa que ofrece la Flandes oriental, descubrió pronto en el rio Moer un paso seguro para sus buques. El Moer baña con un caudal considerable de aguas el lado derecho de Gante; pero en vez de unirse al Scalda al pié de esta ciudad, se separa mas y mas; á la derecha describe un vasto semicírculo y rinde por fin su tributo en este gran rio un poco antes de llegar al frente de Ambéres. Alejandro se propuso abrir un nuevo lecho al Moer y arrojarle en el Scalda, no por cima sino por bajo de Ambéres, un poco mas arriba del sitio en que estaba construido el puente. Dió Alejandro principio á los trabajos empuñando la piqueta con la misma



mano que habia tenido antes el baston de general; los gastadores y soldados secundaron su ejemplo con un ardor indecible, y en menos de un mes quedó abierta una zanja que partiendo de Zuidercee y recorriendo un espacio de catorce millas, viene á desembocar en el Scalda; y el rio, obedeciendo al impulso omnipotente de aquella voluntad inflexible, avanzó majestuosamente por el nuevo alveo. Al punto se trasladaron treinta y dos barcos que llenaron el espacio intermedio entre los brazos del puente. Quedaron amarrados entre sí por las proas y popas y sujetos con áncoras en el fondo del agua, pero de manera que pudieran levantarse al tiempo del reflujo. Esto era sin duda bastante para cerrar el paso; pero se trataba de defender el puente contra las embestidas probables de la armada zelandesa, y al efecto se esparcieron delante y detras del puente dos líneas de barcones fuertemente enlazados y acomodados á los accidentes de la marea. Estas barcas tenian en la popa un palo muy fuerte y terminado en una punta de hierro para impedir la aproximacion del enemigo. A fin de hacer su acceso mas difícil, Alejandro equipó con inaudita actividad, una armada compuesta de cuarenta velas, distribuidas en dos alas, distantes mil quinientos pasos de las líneas de los barcones. Por último, se guarneció el puente con noventa y siete piezas de artillería, y algunas bandas de arcabuceros que servian al propio tiempo de centinelas. Tal fué el término de esta obra memorable, en cuya construccion se invirtieron siete meses; ¡siete meses que habian abrazado el corazon del invierno con una temperatura la mas baja del continente!

La vista de tan prodigioso resultado produjo un arranque de júbilo estraordinario en el que los soldados reclutas admiraron el genio de su general y le saludaron con fervientes aclamaciones; en la plaza la sorpresa se mezcló al terror que esperimentaron todos al ver concluida aquella fábrica que reputaban antes por lo imposible ridícula; el mismo Mauricio, cuya sangre fria era proverbial, confesó en lenguaje de soldado que la obra parecia superior á las fuerzas de la naturaleza humana. Por las principales capitales de Europa volaron planos de esta obra gigantesca, y en todas escitaron la admiracion y el aplauso.

La rendicion de Bruselas y la de Nimega, capital de la Güeldres, aumentaron el júbilo de los sitiadores y la consternacion de los sitiados. Hubo un motin en Ambéres en el que los sublevados pedian que se aplacase al irritado español y que se obtuviesen de él condiciones decorosas, antes de sentir las últimas é inútiles calamidades del bloqueo. Combatia Mauricio enérgicamente esta proposicion, pero todos sus artificios hubieran sido inútiles, dice oportunamente Estrada, si no hubiera venido en su auxilio la noticia del revés que sufrieran los realistas en Ostende.

El noble flamenco, Valentin Montmorency, señor de la Mothe, habia preparado esta empresa con tanto sigilo como habilidad. Acercándose en el silencio de la noche á los muros de la fuerte Ostende, logró tomar una puerta y enseñorearse con muy poca efusion de sangre, de toda la *Ciudad Vieja* (1).

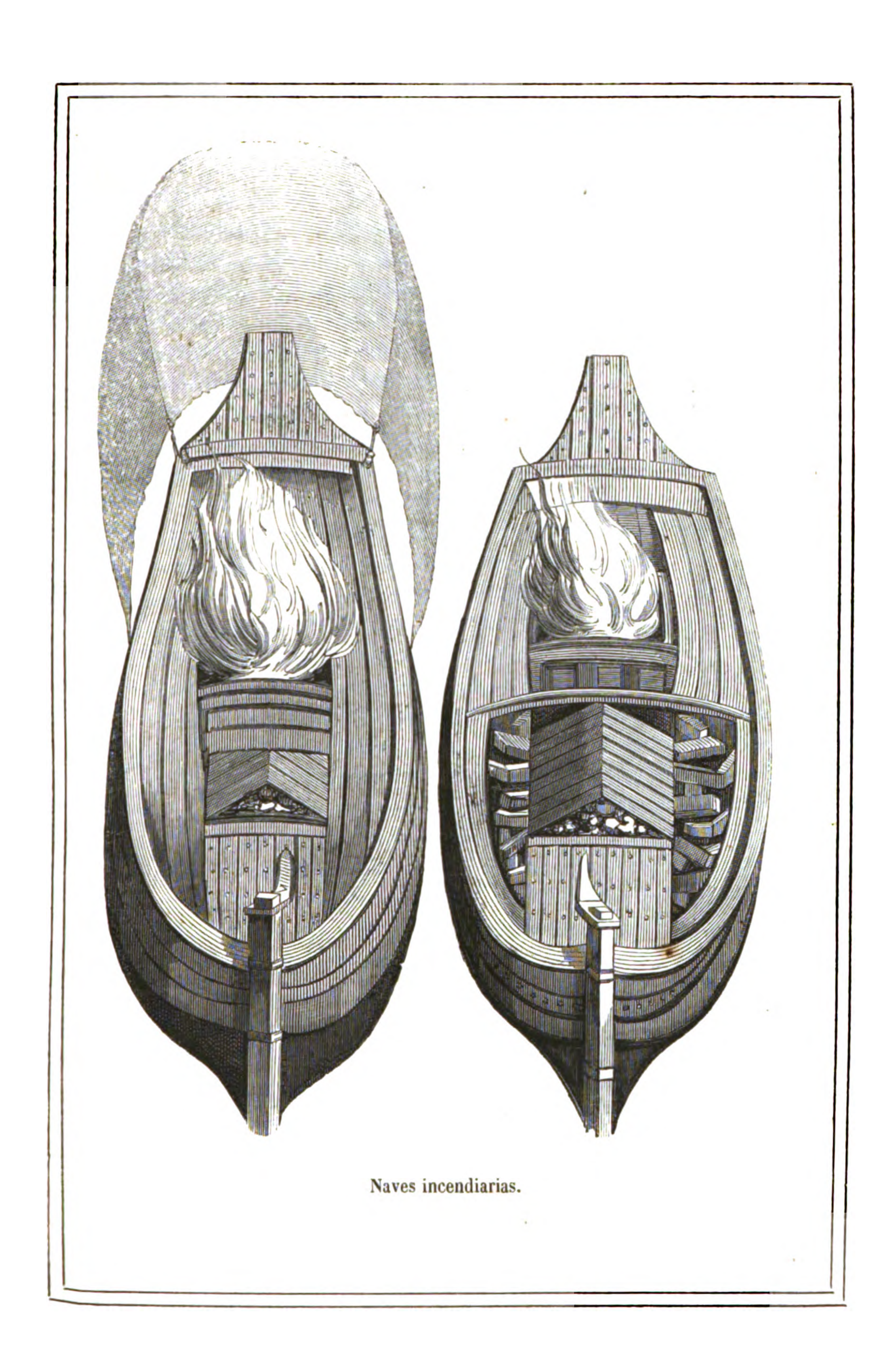
Los habitantes y la guarnicion se habian replegado sobre la *Ciudad Nueva*, mas bien con el azoramiento de la fuga que con el aire imponente de una retirada. Mothe, lisonjeándose con la esperanza de un triunfo completo, fué á dar las órdenes convenientes para la aproximacion de la artillería, pero en el entretanto sus soldados walones, rompiendo el freno de la disciplina, se abandonaron al pillaje, y la guarnicion de Ostende, repuesta un tanto de su primera sorpresa cayó impetuosamente sobre sus enemigos desanimados, y los arrolló con facilidad sobre la puerta que les sirviera para la entrada. En vano Mothe, acudiendo con un buen golpe de caballería, pretendió restablecer el combate y restaurar las perdidas ventajas, porque el valor de los sitiados se encendia por momentos, y Mothe debió reputarse feliz con haber verificado la retirada en buen órden y firme continente.

La gallarda defensa de Ostende infundió nuevo aliento en el atribulado pecho de los amberenses. Era un apoyo sólido en la Flandes occidental y una escala escelente para el comercio clandestino que pudieran hacer las provincias marítimas con la plaza asediada. Por otra parte la escuadra zelandesa tantas veces requerida,

(1) Ostende se divide en dos partes que se llaman la *Ciudad Vieja* y la *Ciudad Nueva*.

prometida al principio con tanta efusion, y retenida despues ó por peligros mas perentorios ó por mezquinas rivalidades entre los jefes, se hizo por fin á la vela, abandonó las aguas del grande Océano y remontó felizmente el Scalda. Acaudillábala Justino de Nassau, hijo del de Orange y que habia heredado de su padre el valor y la sagacidad. Justino llegó frente de Liensfeudook y atacó furiosamente esta fortaleza, que como el fortin de San Anton, se rindió al poco tiempo por la cobardia ó ineptitud de sus gobernadores. Justamente ofendido Alejandro, castigó á los dos jefes, imponiendo al uno la pena de destierro y al otro la capital; pero este rigor, bueno para impedir en lo sucesivo iguales defecciones, era impotente para remediar el mal causado por Nassau y para impedir que éste, apoyado en las dos márgenes del Scalda, se dispusiese á atacar el puente con todo el ímpetu posible. La armada llevaba un convoy considerable que debia introducirse en Ambéres tan luego como se lograra quebrantar la formidable valla del puente.

El memorable sitio de esta plaza resplandece con invenciones tan importantes y estraordinarias que harian el mas alto honor al ingenio humano si no tuvieran por objeto la destruccion de la humanidad. Alejandro, para abatir el orgullo de la poderosa Ambéres, habia ideado y consumado la obra casi épica del puente; la plaza, para aniquilar esta fábrica colosal y responder al arrogante desafio del parmesano, arrojó en el Scalda sus máquinas incendiarias. Fué el autor de estas máquinas Federico Jambelli, aventurero científico, brillante y fecundo, que cual otro Arquimedes pretendió libertar á la plaza con la fuerza de su ingenio, y alcanzar con ella resultados que las fuerzas materiales eran incapaces de producir. Antes de adherirse á los insurgentes, Jambelli habia pasado á España para ofrecer á Felipe II el fruto de sus profundas meditaciones é inmensos estudios en la química y náutica, pero habiendo sufrido desaires, el orgullo del sábio se rebeló contra el orgullo del monarca y la altaneria de sus cortesanos; dirigióse á la ciudad de Ambéres y empleó en su defensa los mismos medios que habia preparado quizá para combatirla. Jambelli dispuso cuatro naves cuya quilla era muy chata y contrastaba con la solidez y elevacion de los costados. El fondo de estas naves se hallaba revestido con una grue-



Naves incendiarias.

sa pared de cal y ladrillo, y el hueco relleno con gran cantidad de pólvora confeccionada de una manera especial. Sobre la cubierta de las naves se habian colocado piedras de enorme peso y tamaño, las cuales servian de cimiento á una alta bóveda formada tambien por piedras sepulcrales, y en cuya cúpula se habian aglomerado balas, cadenas, hojas de espada rotas y otros muchos proyectiles cortantes y contundentes. Las barcas tenian una capa esterior de cal y ladrillo que servia para sujetar y encubrir su terrible cargamento. Jambelli habia preparado dos medios para incendiarlas oportunamente; el primero, ya muy conocido, consistia en una cuerda embreada cuyo grueso y longitud estaban proporcionados al tiempo en que aquella tardaria en llegar á su destino; el segundo, completamente nuevo, era un reloj de estraño artificio, que en hora prevista debia mover un resorte y éste tocar un pedernal para producir chispas.

Actualmente que la química ha tenido un desarrollo tan portentoso, estos inventos no tienen sin duda un gran valor, pero entonces revelaban un esfuerzo poderoso del genio, y habian de producir una admiracion universal.

Hechos ya todos los aprestos, se concertó el plan de ataque entre los sitiados y los auxiliares zelandeses. Las naves incendiarias debian salir de la plaza, dirigirse contra el puente, destruirle con su omnipotente impulso, mientras que la armada, aprovechándose de estos momentos de confusion, de terror y de muerte, arrollaria las galeras españolas, salvaria el temido paso por entre las reliquias del puente, y se introduciria en Ambéres, llevando á su seno nuevos refuerzos, nuevas subsistencias y un júbilo inmenso.

La noche del 4 de abril fué la designada para realizar la atrevida maniobra. El cielo estaba encapotado y sombrío; la luna y los demas astros escondiéndose entre profundos celages, parecian negarse á presenciar las horribles escenas de que iba á ser teatro aquel pocos meses antes vehículo de la prosperidad y de la abundancia.

Á las ocho de la noche salieron por el canal de Ambéres trece naves, que barnizadas por todos sus lados con diferentes mistos, despedian llamas vivísimas. Asemejábanse á montañas de fuego flotando sobre la superficie de las aguas. Avanzaban de dos en dos y de tres en tres con tan perfecto órden y simetria, que encantaban



la vista sin quitar á la imaginacion sus aprensiones. Los marineros, montados en los nueve buques mas pequeños y medio envueltos entre los resplandores del fuego, guiaban esta marcha, procurando con mucho cuidado que las naves siguieran el hilo de la corriente.

Los sitiadores miraban aquellas embarcaciones sin poder adivinar su verdadero objeto. Alejandro creyó equivocadamente que los de Ambéres disponian una armada formidable para atacar el puente, y que habian lanzado estos buques con el objeto de divertir su atencion y empeñarle desde luego en un combate intempestivo. Dominado por esta fatal idea mandó que no se disparase un solo tiro contra los barcos inflamados, pero dió al propio tiempo las órdenes mas perentorias á fin de que se reforzase la guarnicion de ambos castillos, que se guarnecieran con mayor número de soldados los barcones del puente y que estuvieran á punto de jugar todas las piezas de artillería. El mismo se situó en el castillo de *Santa María*, acompañándole el marqués de Rubaix, el señor de Ville, el duque de Simoneta y el marqués del Vasto.

El poético Estrada describe con los mas vivos colores el singular espectáculo que ofrecia el Scalda en aquellos momentos. De un lado las trece embarcaciones que cual globos ígneos se deslizaban por el rio abajo; de otro la inmensa mole del puente destacándose como el cuerpo de un gigante del fondo de las aguas, y reflejándose en varias direcciones á favor de millares de luces. Las dos opuestas riberas estaban iluminadas y cuajadas de soldados, cuyas bruñidas armaduras despedian un brillo opaco y agradable. Todos con la vista fija en el rio seguian el curso de las naves incendiarias, y no faltaban rasgos del festivo humor militar que interrumpiesen esta contemplacion en sí muy imponente y algo aterradora.

Por fin los marineros abandonan las naves á merced del viento y de las olas y se salvan en esquifes que tenian preparados al efecto. Ya los nueve buques mas pequeños se detuvieron sin causar daño alguno ante la línea de barcones; de las cuatro naves incendiarias la primera se sumergió despidiendo una densa humareda; otras dos fueron arrojadas por una fuerte ráfaga de aire sobre la ribera de Flandes, donde encallaron; pero la cuarta, mas volumi-



nosa, mas fuerte y mejor dirigida, rompió la línea de barcones y fué á parar sobre el estribo izquierdo del puente que correspondia al castillo de S. Felipe.

Allí, consumiéndose los combustibles que traia sobre cubierta, pareció despedir sus últimos resplandores; los soldados, desvanecido el primer temor, y escitados por la curiosidad, se acercaron al terrible buque que cual otro *Palladium* llevaba en su seno la muerte; y procuraban descubrir con la punta de sus lanzas el secreto que envolvia aquel singular aparato.

Pero en este instante un estampido inmenso, semejante al eco de cien truenos, turba los aires, subleva las aguas y conmueve con irresistible furia las entrañas mismas de la tierra. El Scalda arroja sus olas ardientes como la lava de un volcan sobre las contrapuestas orillas.

Una formidable columna de humo se eleva hasta los cielos, y al través de ella se divisan esparcidos por la atmósfera miembros y cuerpos humanos destrozados, enormes peñascos, vigas, cascos de buques y otros muchos objetos revueltos y aglomerados en horrible confusion.

Habia estallado la nave incendiaria pegada al castillo de S. Felipe, arrebatando no solo este castillo, sí que tambien tres barcas del puente con cuantos hombres las guarnecian y las grandes piezas de batir destinadas á su defensa.

Hombres, cañones y buques habian volado al mismo tiempo por el aire, y cayeron sobre la tierra ó sobre el agua convertidos en menudos fragmentos. La conmocion fué tan violenta que se hizo sentir en el diámetro de nueve mil pasos. Piedras que pesaban centenares de arrobas fueron lanzadas á la distancia de mil pies y enclavadas hasta la profundidad de tres en el suelo. La empalizada correspondiente al castillo derruido, fué arrancada de cuajo no obstante la poderosa resistencia de las aguas en aquel punto. Es verdad que parte de este tremendo resultado se debió á una de las dos barcas encalladas en la ribera de Flandes, la que por una coincidencia fatal estalló al mismo tiempo que la de San Felipe.

En este espantoso conflicto se salvaron algunos por el juego mas singular de la naturaleza, ó mejor dicho, por el pensamiento inefable

de la Providencia. El vizconde de Gante, arrebatado de su nave, cayó en otra colocada á larga distancia sin esperimentar lesion alguna. Un capitan italiano voló con el castillo de S. Felipe, y descendiendo desde lo alto de la atmósfera al fondo del Scalda completamente armado, tuvo bastante habilidad ó fortuna para salvarse á nado en uno de los buques.

De un jóven que servia en las guardias de Alejandro se refiere que habiendo sido arrojado de una orilla por la violencia de la pólvora, llegó á la otra con la rapidez de una bala, sin recibir mas daño que el de una fuerte contusion.

Pero estos casos escepcionales fueron por desgracia raros, y el aspecto de las numerosas víctimas tendidas sobre las márgenes, clavadas en los maderos ó flotando sobre la superficie del rio, revelaba bien todo el horror y estension de aquella catástrofe. Ochocientos hombres perecieron en esta noche siniestra; y á mayor número ascendieron los heridos. Entre las pérdidas mas sensibles deben reputarse la de Roberto de Montmorency, marqués de Rubaix, noble flamenco, general de la caballería, que habia abrazado la causa española con un ardor y decision inapreciables, y que por sus talentos, su energia, su vasta pericia y su poderoso influjo sobre las provincias reconciliadas, era respetado, con razon, como la segunda persona del ejército, y la de Gaspar Robledo, señor de Ville, portugués, veterano de Cárlos V, en cuyo pecho, surcado de cicatrices, se hermanaban brillantes prendas militares con una prudencia esquisita para el gobierno civil.

El ejército, consternado, abatido y melancólico, contemplaba en silencio, á la moribunda luz de las fatídicas hogueras, el cruel destrozo ocurrido en tan breves momentos. No se conocian aun los límites de aquella calamidad, pero juzgando por las apariencias se la consideraba mayor de lo que realmente habia sido. Muchos rostros bronceados con el fuego de las batallas, se inundaron de lágrimas en presencia de este espectáculo. Para colmo de sentimiento, se ignoraba la suerte del parmesano, y aun se creia generalmente que hubiese perecido. Si él vivia, no se habia perdido todo; pero si su muerte era cierta, ¿cómo se salvaria aquella tropa desmoralizada, confusa, espuesta á los golpes simultáneos de la plaza y de



Efecto de las naves incendiarias.

la armada enemiga, faltándola el genio tutelar que constantemente la habia guiado á las victorias?

Alejandro se habia salvado casi milagrosamente. Hallábase en el fuerte de San Felipe con los principales cabos, cuando la fatal nave se apoyaba ya sobre su estribo. Conferenciaba con los demas jefes acerca de los medios que debian emplearse para alejar el peligro próximo, cuando el alférez español Vega entró precipitadamente en el castillo, arrojóse á los pies de Alejandro, y le suplicó con la mayor vehemencia que se alejase de aquel sitio funesto. Alejandro se resistia al principio; pero el alférez, uniendo la accion á la súplica, le cogió del brazo y le sacó fuera de San Felipe. El príncipe, sorprendido al oir las sentidas palabras y ver el resuelto ademan de aquel hombre, se dejó conducir, acompañándole el marqués del Vásto y el duque de Simoneta. Rubaix y otros permanecieron en su puesto y fueron, como hemos dicho, víctimas de la esplosion. Ocurrió ésta cuando el de Parma iba á entrar en el castillo de Santa María; y no obstante la distancia que le separaba del centro de la conmocion, fué arrebatado por la violencia del aire, y cayendo de cabeza, recibió un golpe tan fuerte que quedó privado de sentido. Cuando le hallaron, continuaba tendido en tierra con la espada en la mano derecha, y la cabeza apoyada sobre el hombro de un cadáver. A sus piés, tambien estaban inmóviles, el marqués del Vasto, y un poco mas lejos el duque de Simoneta, herido en el costado derecho. Inmediatamente se reunieron á su alrededor Mondragon, Olivera, y casi todos los jefes que se habian libertado de aquel inaudito peligro.

Vuelto en sí Alejandro, consagró desde luego su atencion á mejorar el estado de los infelices heridos y á infundir nuevo aliento en sus despavoridas tropas. Su voz y tierna solicitud, su grave y tranquilo continente, su indomable energía, la precision y regularidad de sus órdenes, inflamaron bien pronto el fuego bélico en el corazon de los veteranos. Favorecieron esta reaccion varios destacamentos que, colocados en la estremidad de la línea, volaron al sitio de la catástrofe, y la oportuna llegada de un tercio aleman, que dirigido por D. Manrique, y siguiendo las instrucciones del parmesano,

habia avanzado desde el fondo de la Güeldres. Con este conjunto de fuerzas se creyó Alejandro en disposicion de resistir los primeros golpes del enemigo, porque el peligro era inmenso. El albor de la mañana descubria á los vigilantes zelandeses que el puente estaba roto y que podia intentarse su paso con grandes probabilidades de buen éxito.

El prestigio del general y la actividad prodigiosa de las tropas españolas ocurrieron á este inconveniente. Al derramar la aurora del 5 de abril sus primeros rayos por el horizonte, se acercó al puente la armada enemiga, pero viéndole reparado se recogió otra vez bajo las baterías de Lilló y Liensfeudock. La obra, á la verdad, carecia de la solidez necesaria para resistir á un ataque en regla; mas se habia logrado el principal objeto; la ilusion del enemigo habia sido completa, y mientras este permanecia inmóvil con sus velas plegadas, miles de brazos encadenaban las ondas del rio y restituian toda su consistencia á la asombrosa mole del puente.

En la economía física, como la moral, á un esfuerzo estraordinario sucede la postracion; pero cuando el espíritu humano se halla electrizado por una grande idea ó un sentimiento de primer órden, el golpe mismo de la desgracia solo sirve para hacer resaltar mas y mas su energía. Los habitantes de Ambéres, inflamados por el ardiente amor de la libertad, no decayeron en vista del poco efecto que habian producido las máquinas incendiarias, gérmen para ellos de tan halagüeñas esperanzas. La elocuencia artificiosa y persuasiva de Aldegunda, hubiera sido suficiente para disipar cualquier temor. Por otra parte, tenia aun muchos y poderosos elementos de defensa. Si habia fracasado el primer ensayo de las máquinas, contaban con el talento y la implacable venganza de Jambelli; sus fuerzas se conservaban intactas y los víveres no escaseaban todavía; hablábase de una poderosa diversion intentada sobre la Flandes oriental por los ingleses y franceses, y aunque esta noticia fuese vaga, adquiria á los ojos del pueblo muchos grados de verosimilitud. Por último, la escuadra holandesa, mandada por Holach, acababa de reunirse á la zelandesa, formando entre ambas un total de ciento treinta galeras. Si esta armada, que tenia un séquito numeroso de buques de transporte con grandes cantidades de víveres,

lograba penetrar en la plaza, todo el genio de Alejandro, todos los heróicos sacrificios de su ejército, toda la gloria de España quedaban envueltos bajo el velo de la desgracia.

A facilitar este paso conspiraron con mayor ahinco la plaza y sus auxiliares. Sin creer posible la completa voladura del puente, pero sin renunciar á la idea de intentarla otra vez, se pensó en abrir nuevo cáuce al Scalda arrojando la masa de sus aguas sobre el lado del Bravante, y obligándole á que siguiera una línea recta en vez del semicírculo que describia antes de llegar á la plaza. Si este atrevido pensamiento se realizaba, la gran fábrica del puente vendria á ser inútil; mas para lograrlo hacíase preciso que el enemigo rompiera los dos diques de Lilló y Ordam, es decir, que arrojara el rio sobre la ribera del Bravante, y le diera entrada mas arriba del puente, en el cáuce primitivo que se comunica con la ciudad.

Noticioso Alejandro de este proyecto no omitió medio alguno para frustrarle. Por sus órdenes y á la vista de Mondragon se erigieron tres líneas de parapetos que, remontándose en forma de anfiteatro, enlazaban la aldea de Couvesten con la villa fortificada de Strabuc. La cabeza de cada uno de estos parapetos se apoyaba en un castillo que cubria con sus fuegos el dique amenazado. La custodia de estos tres castillos, denominados de Santa Cruz, San Jorge y la Palada, se confió á Mondragon, Camilo Mothe y Juan Gamboa, célebre ya por la conquista de Termonde. El conde Mansfeld, con un tercio de walones, se colocó entre San Jorge y la Palada para acudir donde el peligro fuera mas perentorio. Un centenar de soldados guarnecian el dique, y debian estar siempre alerta contra la doble y probable embestida de Ambéres y de la plaza. De este modo Alejandro, con una actividad de que solo han dado ejemplo los mas grandes capitanes, opuso al dique de Lilló el contradique de Couvesten, é hizo una sólida nave y de fácil sumersion, inaccesible á la violencia del Scalda. ¡Tan omnipotentes son las creaciones del genio en los instantes supremos!

Los auxiliares intentaron no obstante una sorpresa que se inauguró bajo los mas felices auspicios. Roto el dique de Lilló, precipitóse el Scalda con la furia y estrépito de una catarata por aquellos

campos que empezaban á engalanarse con los primeros dones de la naciente primavera. En las altas horas de la noche la mitad de la escuadra combinada, á las órdenes de Holach, se lanzó en el nuevo cáuce, mientras la otra mitad con Justino divertia por un falso ataque al puente la atencion de Alejandro. Holach avanzaba silenciosamente, y empleando una hábil maniobra, se colocó con su escuadra bajo el cañon de la Palada y á cubierto de sus fuegos mortíferos. En esta situacion, quinientos holandeses veteranos saltan de sus galeras, se arrojan intrépidamente al agua, y parte nadando y parte andando sobre un terreno inconstante, llegan sin ser apercibidos al dique de Ordam, le escalan con indecible audacia, degüellan ó dispersan á los soldados que le custodiaban, los cuales, estando medio dormidos, oponen una resistencia menguada. Los victoriosos holandeses iban á quedar dueños del dique, cuando vuelan á su encuentro los capitanes españoles Ortiz y Verdugo y el maestre de campo Gamboa. Estos esforzados varones reunen los soldados, les infunden nuevo aliento, se precipitan á su cabeza sobre el enemigo, y despues de un combate, mas obstinado que sangriento, arrollan á los holandeses y les persiguen hasta sus naves. Truena entonces el cañon de la Palada; Holach, viendo malograda su tentativa, quiere retirarse, pero no puede verificarlo sin que cuatro de sus buques se vengan á fondo con cuantos hombres les tripulaban. A cuatrocientos ascendió la pérdida de los holandeses, y á ciento la de los españoles, si bien estos alcanzaron la compensacion de haber convertido en victoria lo que era ya una derrota declarada y casi completa.

Este choque no alteró la fisonomía del asedio, y de una y otra parte se persistió en la idea de empeñar un combate decisivo. El dia destinado para esta operacion era el 26 de mayo. Mientras llegaba, la plaza reunió sus esfuerzos para destruir el puente, lanzando contra él nuevas naves incendiarias. Sin embargo, produjeron poco efecto, porque Alejandro habia dispuesto una fuerte vanguardia de buques que recorrian incesantemente el rio, y que provistos de harpones sujetaban á las máquinas y las hacian encallar en la orilla. Los españoles, familiarizados ya con este género de peligros, los desafiaban con la alegría pintada en el rostro y la confianza gravada en el corazon. Pero Jambelli fabricó otra nave que tenien-

do la vela debajo de la quilla, recibia su impulso del agua y no del aire, y habia por lo tanto de seguir la fuerza de la corriente. La nave llegó á su destino sin que fuesen bastantes á contenerla los buques de harpones, mas estalló con poca violencia habiéndose introducido el agua antes de tiempo en la masa de pólvora. Por último, la fama que todo lo exajera, anunció que se estaba construyendo en Ambéres un navío monstruoso, que por la confianza que inspiraba á los sitiados, habia recibido de ellos el imponente nombre de *El fin de la guerra*.

El 25 de mayo apareció sobre el Scalda este gigante marítimo. Era á la verdad un buque de formas colosales, guarnecido por ciento cincuenta cañones, y coronado por un castillo en que iban mil mosqueteros escogidos. Avanzaba lenta y majestuosamente rizando las espumosas ondas y perturbando con su grandioso aparato aun á las imaginaciones mas intrépidas. Habian anunciado los de Ambéres que se dirigiria contra el fuerte, mas no bien se halló á la altura de Ordam, cambió de rumbo y amenazó al dique de Couvesten. Por fortuna, esta variacion de rumbo inutilizó *El fin de la guerra*, pues aquella mole fiera, indócil á la vela y al timon, dió en un bajío de Ordam y se quedó encallada, sin que todos los esfuerzos de los marineros fuesen suficientes para arrancarla.

Por fin la aurora del 26 de mayo anunció el combate general. La plaza y la armada habian de atacar con todo su poder el dique de Couvesten, y no desistir hasta que establecieran la tan anhelada comunicacion. A fin de enmascarar sus verdaderas intenciones, los auxiliares enviaron contra el puente algunas galeras que prorumpieron intempestivamente en un fuego lento y estéril. Pero la verdadera fuerza, la fuerza efectiva que desplegaron Ambéres y las escuadras en esta funcion, consistian en doscientas velas, sin contar los numerosos barcos de transporte. A una señal convenida, el canal de Amberes y el dique de Lilló dieron paso á las embarcaciones. Holach mandaba en jefe las escuadras auxiliares, y se hallaba rodeado por un gran número de botes y balsas que conducian materiales para improvisar trincheras donde fuese necesario. Una estratagema bien dispuesta, le proporcionó el apoderarse del dique. Avanzó audazmente contra este punto objetivo, precediendo cuatro barcos

con fuegos de artificio. Los soldados que le guarnecian huyen llenos de terror creyendo que aquellas naves son incendiarias; los ágiles holandeses suben al dique; precipitan en el agua á unos pocos valientes que querian desafiar el último peligro, y protejen la subida de los gastadores. En vano Padilla y Gamboa acuden á la defensa con la flor de sus tropas, porque mientras combaten de frente con los holandeses, sienten su flanco derecho despedazado por la escuadra que dirigia Felipe Marnisi. Padilla cae mortalmente herido; Gamboa lo es tambien de gravedad, y los soldados se creen felices con poder conducir el moribundo cuerpo de su jefe al castillo de la Palada. Los gastadores holandeses y amberenses trabajan con increible ardor; el dique es porfiado en tres puntos; al fin se abre la comunicacion objeto de tantos afanes y sacrificios, y el intrépido Holach se lanza en una barquilla cargada de víveres, y lleva él mismo á Ambéres la noticia de esta victoria. El júbilo de los sitiados fué inmenso, porque ya sufrian el cruel azote del hambre y habian creido poco verosímil vencer el genio y la fortuna de Alejandro.

En tanto que los gastadores profundizaban las aberturas del dique, la armada auxiliar hacia rápidos progresos, ciñendo fuertemente el castillo de la Palada y amenazaba cortar su comunicacion con los de San Jorge y Santa Cruz. Este era el gran peligro del momento, y del que dependia la salvacion ó la pérdida de Ambéres. Si las tropas españolas podian venir desde las estremidades de su línea, aun se hallaban en el caso de recuperar el perdido dique; pero si el enemigo cortaba sus comunicaciones, quedaba absolutamente dueño de la plaza, de la victoria y de la campaña.

La inundacion le detiene ante los formidables parapetos sobre que está construido el castillo de la Palada. Los holandeses, comprendiendo que la posesion de este fuerte envolvia una importancia absoluta, saltan en tierra, arrebatan los primeros atrincheramientos, y oprimen los débiles restos de la guarnicion. La comunicacion entre la Palada y San Jorge iba á quedar interceptada sólidamente, cuando el conde Mansfeld se presenta con el tercio italiano de Capizzuchi. Pero el peligro era demasiado aterrador para desafiarle con tan escaso caudal de gente; la escuadra y los mosqueteros holandeses cubrian con sus fuegos todas las comunicaciones del castillo; ni una

sola cabeza podia descubrirse sin ser envuelta en esta lluvia de balas y metralla; y sin embargo, los realistas para dar fama á su plan debian mostrarse á la faz del enemigo, combatir y avanzar casi anegados entre las olas, escalar el dique, arrojar de allí á los holandeses y amberenses, espulsarlos de su trinchera, y precipitar los fugitivos en el fondo de sus buques. El intrépido Mansfeld vacilaba; los valientes veteranos decian en voz baja que seria mas cuerdo esperar á que la noche cubriera con sus sombras el teatro de la accion é impidiera la puntería del enemigo; mas Camilo Capizzuchi, alma de fuego, heróica y brillante, venció estas irresoluciones, solicitando el arriesgado honor de subir el primero al asalto del dique. En este momento llega con trescientos soldados de su nacion el maestre español Juan de Aguilar, guerrero invicto que en su larga carrera militar ni una sola vez se habia visto abandonado por la fortuna. Aguilar, guiado por el estampido del cañon, vino volando desde una distancia de tres millas. Concurrió al mismo tiempo el capitan Torralba con otros doscientos españoles y Mondragon mismo se disponia á dejar sus cuarteles para acudir á la voz del peligro mas urgente.

Una noble emulacion entre italianos y españoles suspende aun el momento definitivo del asalto.

Estos reclaman á su vez la honra de arrostrar los primeros el fuego enemigo; Mansfeld, que tenia suma confianza en la milicia española, parecia inclinarse á su demanda; sin embargo, se empezó un vivo altercado, pero el generoso Aguilar, asiendo de la mano á Capizzuchi, le dijo con acento inspirado por un valor magnánimo: «vamos, intrépido compañero, subamos los dos juntos al dique, que una misma bala penetre nuestros cuerpos, que el mismo rio nos dé sepultura y que nuestra muerte aumente la gloria de los dos pueblos hermanos á que pertenecemos.» Al punto se arrojan los dos al dique erizado de picas y mosquetes; sus soldados enardecidos les siguen y se traba el combate con indescriptible furia.

¿Mas qué hacia entretanto el parmesano? ¿Permanecia con los brazos cruzados dando tiempo á que el enemigo apremiara á sus fuerzas inconexas, aniquilara ó inutilizara sus colosales trabajos y



mancillara para siempre su gloria y su porvenir? Alejandro, sériamente preocupado con el ataque simultáneo contra el puente y parte de las galeras de Ambéres y Holanda, habia sido advertido muy tarde acerca de la verdadera existencia del peligro. El dique de Couvesten distaba tres leguas del puente, y los primeros mensajeros mandados por Gamboa, Mansfeld y Mondragon, habian caido en manos del enemigo. Mas no bien supo que el dique estaba roto, que Holach habia penetrado con una barca en Ambéres, que el castillo de la Palada, vigorosamente estrechado y conmovido por la artillería, se mantenia con suma dificultad, que era ya casi imposible la comunicacion entre este castillo y los demas, y que el enemigo estaba ya para ceñirse la corona de un triunfo inmortal, cuando estas fatales noticias traspasan é inflaman su gran corazon. Alejandro no se detiene mas que los minutos necesarios para garantir con oportunas prevenciones la seguridad del puente. Partiendo aceleradamente con el maestre de campo Velasco, recorre con maravillosa rapidez el trayecto que media entre Calloo y Couvesten, y se presentó á vista de este punto sin haber anunciado su venida. Allí vé al enemigo dueño del dique y á sus tropas sumergidas en la mas funesta incertidumbre.

Sus primeras disposiciones fueron prontas y ejecutivas: Mondragon y Mothe recibieron órden para volver á sus castillos y fulminar contra la escuadra holandesa el fuego de su artillería; algunas bandas de walones ciñeron los parapetos de San Jorge y Santa Cruz, y una fuerte retaguardia cubrió la villa de Estrabuc, verdadera base de operaciones en aquel memorable dia.

A la vez que abre el camino para una retirada probable, Alejandro se decide á tomar la ofensiva mas enérgica y mas desesperada.

Su valor, nunca desmentido, brilla en este árduo trance de una manera sublime.

Desnudando su victoriosa espada y revistiéndose con toda la autoridad que el genio, el prestigio y la fortuna dan á un grande hombre, esclama con voz vibrante: «quien ame al rey y á la religion, sígame.» Sus palabras y su noble actitud hacen palpitar todos los corazones y encienden con el fuego del entusiasmo los pechos

mas tibios ó mas atribulados; Manrique, Bentivollo, y los demas principales cabos se agrupan á su alrededor resueltos á sacrificar su vida en obsequio de tan bella causa y de tan noble jefe; todas las tropas poco antes intimidadas, quieren resistir al enemigo hasta derramar la última gota de sangre. Alejandro elige á sus fieles españoles, deja á los walones en reserva, y puesto al frente de un escuadron de piqueros, se precipita con la cabeza baja sobre el formidable dique.

La resistencia que esperimentó al principio fué terrible, mas por fortuna los holandeses y amberenses divididos en muchos puntos para protejer el trabajo de sus gastadores, no se hallaban en el caso de hacer sobre ninguno un esfuerzo decisivo. Merced á esta circunstancia, Alejandro arrolló los primeros puestos, mas acribillado por el fuego de las dos armadas y contenido por un enemigo que á medida que se reconcentraba, se iba haciendo mas poderoso, prosiguió sus progresos con mucha lentitud.

Peleábase con singular encarnizamiento, porque cinco mil hombres batiéndose sobre un dique que apenas tenia diez y siete piés de ancho, no debian perder un solo golpe. Sin embargo, esta misma circunstancia favorecia al parmesano, pues en un sitio tan estrecho el combate se habia de decidir por el valor respectivo de las cabezas de columna, y los viejos soldados españoles no reconocian en esta parte ventajas á ningun ejército del mundo.

Al cabo de una hora la victoria empezó á pronunciarse á su favor, y Alejandro, arrollando cuanto se oponia á su paso, llegó desde Santa Cruz al frente de San Jorge.

No combatian con menos brio y felicidad las tropas de Mansfeld. Desplegando inauditos esfuerzos, lograron espulsar al enemigo del dique, cubriendo al paso con los cadáveres las hendiduras mas profundas, y aun lograron por un prodigio de su intrepidez, penetrar en el castillo de la Palada y tender la mano á su desvalida guarnicion. Los soldados, admirando sus propios hechos, dieron á la Palada el título mas imponente de la Victoria. Pero el enemigo conservaba todavía una posicion casi inabordable en la trinchera esterior del castillo. Estaba en un sitio eminente, defen-

dido por dos ó tres mil hombres desesperados, guarnecido de arcabuces y protegido por el fuego de la armada. Dos veces intentaron el asalto los españoles é italianos con su acostumbrada impetuosidad, y otras tantas fueron rebatidos con pérdida considerable; pero sin desanimarse aquellos valerosos soldados, y creyéndose sostenidos por un poder sobrenatural (1), piden marchar por tercera vez contra la temible trinchera. Carecian de escalas, pero su denuedo suple este defecto, y subiéndose unos sobre los hombros de otros, logran por fin dominar la cima de aquella fortificacion. El capitan español Torralba fué el primero que puso el pié sobre ella, y á pocos instantes lo hicieron los heróicos Capizzuchi y Aguilar con buen golpe de sus fuerzas.

Los holandeses caen entonces de ánimo, y sintiéndose en sus espaldas la espada de Alejandro, piensan menos en defenderse que en salvarse en sus buques por medio de la fuga.

Holach, viendo á sus tropas derrotadas, perdido el dique y al enemigo reconcentrado en el punto mas vulnerable, quiso replegarse en buen órden sobre Lilló; pero Alejandro, que anhelaba convertir su retirada en derrota, hizo jugar la artillería de la Victoria con tan buen éxito, que echó cuatro naves á pique, perdiéndose con ellas sus tripulaciones.

Los valientes españoles se arrojan á nado con las espadas en la boca, y empeñan en medio de las aguas un nuevo género de combate. El enemigo, sorprendido, admirado al contemplar tanta intrepidez, se defiende flojamente; por último, el capitan Roman, perteneciente al tercio de Velasco, decide la lucha apoderándose de dos buques y precipitando en la fuga mas deshecha el ála izquierda de la armada. Probablemente habria perecido toda si el reflujo sobreviniendo oportunamente, no hubiera contenido el ímpetu de

(1) Casi todos los historiadores contemporáneos refieren un suceso que está muy en armonía con el piadoso espíritu de aquella época. Los soldados españoles, al atacar la trinchera, afirmaron que se les habia aparecido su antiguo maestre de campo Pedro Paz, é infundídoles un valor estraordinario. Se concibe perfectamente que en imaginaciones exaltadas por la idea del peligro y de la gloria, el recuerdo de aquel jefe tan querido y tan respetado, tuviera una influencia estraordinaria, y sin creer en las formas de la vision, se pudo creer en su esencia, porque el genio y aun el carácter de un grande hombre, no quedan envueltos en su tumba.

sus perseguidores, permitiendo á aquella remontar hasta la altura de Lilló y ocupar su primera posicion. Mas por rápida que fuera esta maniobra, todavía pudieron los españoles detener otros veinte y seis buques.

Mauricio, sintiéndose abandonado por los auxiliares, continuó no obstante combatiendo con valerosa tenacidad, pero envuelto en un círculo de fuego y á punto de caer postrado sobre el dique, hubo de refugiarse en sus naves y entrar con ellas en la ciudad, convertido en profunda tristeza el rayo de júbilo que habia brillado al principio.

Así terminó esta célebre batalla, que se llamó de Couvesten y que fué una de las mas sangrientas de aquella guerra. El enemigo perdió tres mil hombres, sin incluir en este número los ahogados, treinta y dos buques, noventa cañones y una cantidad muy considerable de vituallas.

El ejército realista tuvo setecientos muertos y quinientos heridos, la mayor parte españoles. Fenecida la funcion, las tropas trabajaron con ardor increible en rellenar las cortaduras del dique, y como faltaban fagina y piedras, formaron un nuevo muro con céspedes y los cadáveres enemigos.

Faltaba tomar el navío *Fin de la guerra*. Hallábase embarado este enorme buque en la ribera de Ordam, y aunque reducido á la impotencia, infundia respeto á cuantos le contemplaban de cerca. Abordáronle sin embargo resueltamente los españoles mandados por Mansfeld, y se apoderaron de él sin dificultad, aunque no sin desgracia del conde y algunos otros, pues habiéndose incendiado un barril de pólvora en la embarcacion que Mansfeld montaba, quedó éste muy maltratado, pereciendo ocho ó diez marineros.

Al eco de la victoria, Malinas, trabajada por la poblacion católica, abrió espontáneamente sus puertas, obteniendo del parmesano honrosas condiciones. Este suceso acabó de amilanar á los de Ambéres, ya muy sobrecogidos con la última derrota.

En vano Santa Aldegunda pretendia calmarlos con sus ordinarios artificios, ofreciendo como muy próxima la intervencion, ya de los franceses, ya de los ingleses; el furor popular estalló en

términos tan violentos; que Mauricio intimidado pasó á los reales españoles. Aquí se esforzó con nuevos subterfugios á prolongar las negociaciones, mas Alejandro supo desbaratar sus ocultos designios y ponerlos en evidencia. Por último, el 17 de agosto capituló Ambéres bajo condiciones muy decorosas para el vencedor y bastante suaves para los vencidos. Diez dias despues hizo Alejandro su entrada triunfal en medio de un numeroso gentío que aplaudia con sincero y ferviente entusiasmo al genio y la clemencia del jóven héroe. Mandó Alejandro reedificar la parte del castillo que mira á la ciudad, y le guarneció con un tercio de walones bajo la conducta de Verpii, confiando á Campigni el gobierno de la plaza; mas habiendo ocurrido una escision entre los walones por la distribucion de pagas, el parmesano, recelando mayores males, dispuso que la guarnicion walona fuera reemplazada por otra española, teniendo á Mondragon á su cabeza. El sitio de Ambéres, que duró catorce meses, fué considerado en Europa como una maravilla del talento y de la perseverancia, y en España produjo un júbilo mas estraordinario que las célebres victorias de San Quintin y Lepanto. Se creyó que la conquista de esta plaza traeria consigo la sumision de todos los Paises Bajos.

Al propio tiempo prosperaban las armas españolas en el territorio de Francia. Verdugo y Altipenni derrotaron al conde de Meurs, parcial de Orange, y le obligaron á replegarse sobre Zelanda con tanta pérdida como ignominia. Pero deseando el de Meurs acrisolar su mancillada fama, reorganizó su ejército, atrajo á Villers y Schench, que se habia adherido otra vez á los insurgentes, y brindó con una batalla campal á Tassis, teniente de Verdugo.

Las fuerzas eran próximamente iguales en número; las realistas eran mas prácticas y mejor disciplinadas, mas la posicion de Meurs llevaba ventajas á la de su enemigo. Balanceó por algun tiempo el éxito del combate; pero una hábil maniobra de Tassis, vino á decidirle, y arrebatando el flanco de los holandeses, imprudentemente descubierto, le arrojó sobre su centro é hizo general la derrota. Mil setecientos holandeses perecieron y los demas se salvaron en la fuga mas desordenada. Villers quedó prisionero, y

Meurs y Schench evitaron igual suerte por la velocidad de sus caballos.

Mas el esplendor de este triunfo hubiera podido quedar eclipsado por la astucia y presteza de Holach. Despues de conquistar á Ambéres, el parmesano señaló á sus tropas cuarteles de invierno donde pudieran descansar de sus fatigas y prepararse á recojer nuevos laureles. Habia en la isla de Bomel cinco mil españoles, el nervio del ejército, mandado por el maestre de campo Bobadilla, tipo glorioso de la constancia é hidalguía castellanas. Esta isla artificial arrancada al imperio del Mosa, se hallaba bajo el nivel del rio cuyas aguas se detenian mugiendo ante varios diques y esclusas. No desperdició Holach tan bella ocasion para destruir á los españoles, creyendo, con fundamento, que si lo lograba quedaria ámpliamente compensado de las numerosas derrotas que habia sufrido. Bajo el impulso de esta gran esperanza, Holach salió en su busca con cien barcos chatos y á propósito para evitar los peligros del bajo fondo. Remontando con singular rapidez el Mosa, llegó á la altura conveniente, y soltando entonces los diques, inundó la isla casi instantáneamente. Los españoles viendo avanzar las desenfrenadas olas, se retiraron con mucha precipitacion, cuidando mas de su artillería y municiones que de las vituallas, las cuales fueron en gran parte sumergidas. Por fin la aldea de Emplio, colocada sobre una eminencia, les ofreció un asilo seguro contra el furor de las aguas, pero muy espuesto al cruel azote del hambre. No obstante, los soldados, con su feliz imprevision, solo pensaron al principio en atrincherarse á fin de impedir que Holach les abrasase con el fuego de la artillería. El astuto holandés conocia demasiado el irresistible valor de aquellas tropas para que tratase de abordar su posicion á viva fuerza, y creyendo firmemente que se humillarian bajo la espada del hambre, se limitó á ceñir la colina con todo el esmero posible. Entonces les intimó que se rindiesen, ofreciéndoles la vida y algunas condiciones decorosas. La respuesta de Bobadilla fué digna de sus gloriosos precedentes. «Los españoles, dijo el noble veterano, han probado siempre que prefieren la muerte á la deshonra, y no he de ser yo quien les señale otro camino.» Pero su constancia iba á verse sujeta á las mas duras pruebas; á los cinco dias faltaron completa-

mente los víveres; la lluvia que caia muy abundante aumentó la masa de las aguas; ni uno solo de cuantos mensajeros despacharon al parmesano habia llegado á su destino, y una tentativa hecha por Altipenni para libertarlos, habia tenido el desenlace mas fatal. Aquellos valientes encerrados en un inmenso círculo de agua, rugian como leones sujetos á una cadena; no les arredraba la muerte, pero sentian verla venir á paso lento; sin gloria para sí mismos, sin utilidad para la gran nacion á que pertenecian.

Es en estos instantes de suprema amargura cuando el corazon se abre á todos los sentimientos religiosos, el espíritu humano burlado en la tierra, se eleva naturalmente al cielo y se refugia como en último asilo en la bondad inefable de la Providencia. Un soldado, cavando cerca de la iglesia de Emplio, se encontró una imágen de la Concepcion, tan bien conservada que parecia no haber sufrido nunca la injuria del tiempo y de las humedades. Gozoso con el feliz hallazgo, se lo enseñó á sus camaradas, los cuales imploraron su patrocinio y la condujeron á la iglesia con devota y militar solemnidad. Desde este momento un rayo de esperanza iluminó el fondo de aquellos corazones, y esta esperanza no quedó enteramente defraudada. El mismo dia en que la Iglesia celebra la festividad de la Concepcion, se levantó un fuerte viento que disipó las nubes, y calmándose en seguida sucedió un frio tan agudo que se conjelaron en pocas horas las aguas del Mosa. Holach, bramando de rabia, pero temiendo ser presa del hielo, se retiró aceleradamente: lanzáronse sobre sus barcas los soldados españoles y pudieron apoderarse de algunos víveres, los cuales bastaron á templar las terribles angustias del hambre. Tres dias despues sobrevino la blandura y permitió á Carlos Mansfeld conducirlos á Bolduc. Prodigáronles los habitantes los mas tiernos y esquisitos cuidados; mas no pudieron evitar que algunos de aquellos infelices fallecieran víctimas de sus pasadas privaciones, y muchos quedaban sin piés por la accion penetrante del frio.

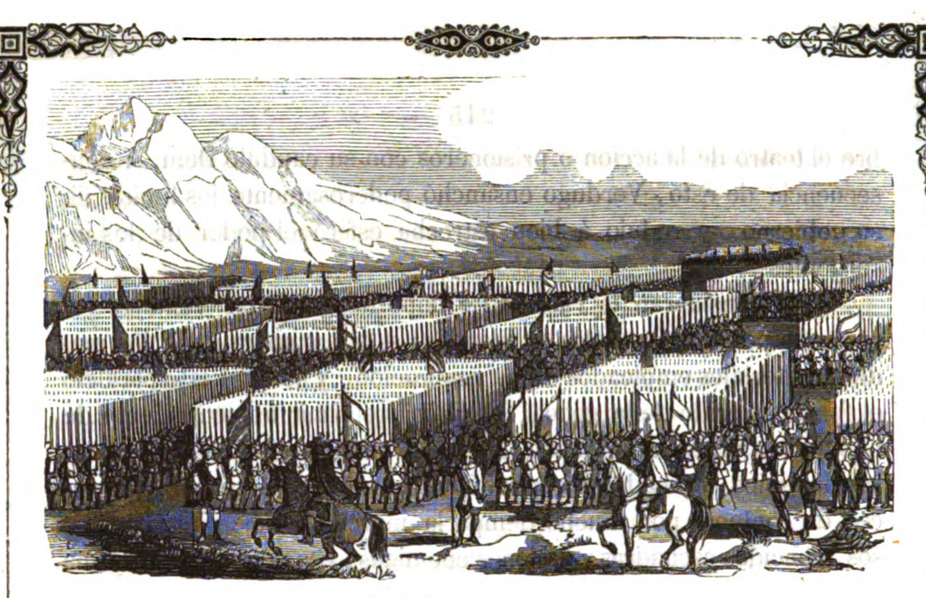
Esta campaña inmortal terminó con una célebre victoria obtenida en la frontera de Güeldres por el impetuoso Tassis, sobre Dem, teniente de Nasau. La derrota fué tan completa, que de dos mil hombres apenas se salvaron diez; los demas quedaron tendidos so-

bre el teatro de la accion ó prisioneros con su caudillo Dem. A consecuencia de esto, Verdugo ensanchó poderosamente los límites de su gobierno, y redujo á bien estrecha esfera el poder de los insurgentes.

Si se consideran la variedad é importancia de las ventajas reportadas por los españoles en Flandes; si se comparan con los medios materiales empleados en su realizacion, y se dá á este paralelo el fuerte colorido de la época, es difícil reprimir un sentimiento de noble y orgullosa admiracion. Sujeto el corazon de aquellos estensos dominios, domada su capital Bruselas, humilladas plazas capaces de contener por mucho tiempo la marcha de ejércitos poderosos, vencidas escuadras y legiones enemigas, vencida hasta la misma naturaleza en sus mas imponentes obstáculos, conquistada, en suma, Ambéres y sometidas catorce de las diez y siete provincias rebeldes, tal fué en suma el fruto de aquella inolvidable campaña. ¡Y todas estas empresas rematadas por el genio de un jóven príncipe, por un cuerpo de diez ó doce mil hombres, y por el valor y la constancia sin ejemplo de nuestros soldados!

Jamás la gloria de España llegó á tan alto punto; nunca se mostró mas aterrador é imponente el colosal poder de Felipe II ¿De qué no eran capaces cuarenta ó cincuenta mil veteranos españoles teniendo á su cabeza á un Alejandro Farnesio? Aquellos tiempos ya pasaron, y su esplendor ha desaparecido en parte bajo el velo de grandes desgracias; ¡pero cuán grato no es recordarlos para creer que lo que fuimos, eso mismo podremos ser todavía! (1) Un pueblo no se envilece hasta que pierde sus bellos recuerdos históricos.

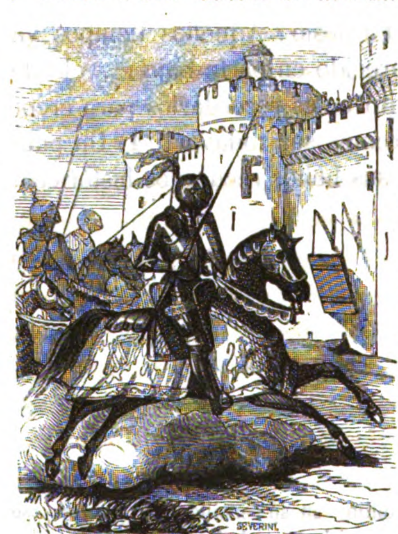
(1) La frase de la sagrada Escritura tan sublime en su sencillez «*lo que fué, eso será,*» citada oportunamente por Mariana (*Proemio á la Hist. de España*), encierra todo cuanto puede abrazar la filosofía social é histórica en sus mas magníficas elucubraciones.



CAPITULO XXII.

1586.--1598.

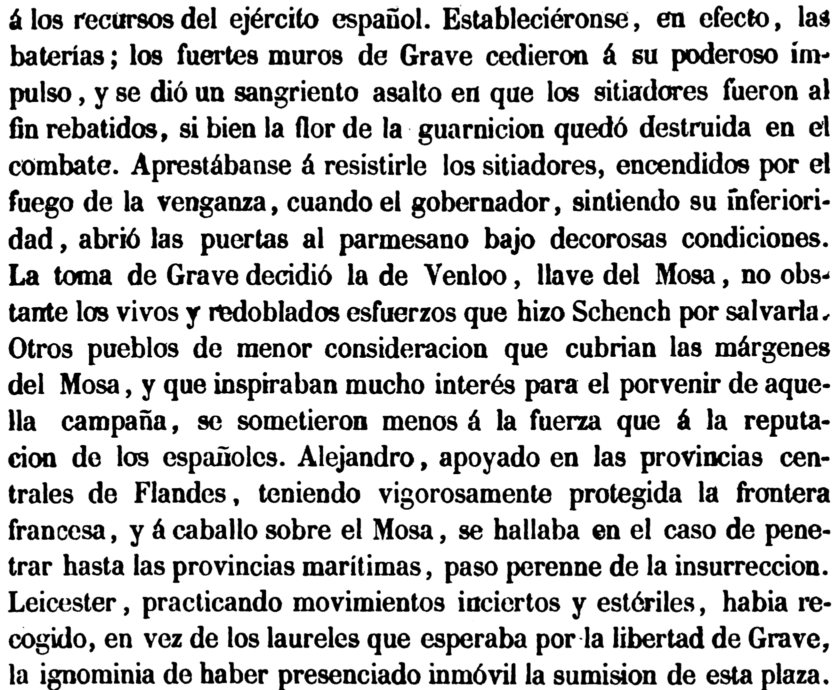
TOMA DE GRAVE.—ASALTO DE NIZA.—SITIO DE LA ESCLUSA.—APRESTOS CONTRA LAS ISLAS BRITÁNICAS.—DESASTRES DE LA ARMADA LLAMADA **INVENCIBLE**.—ESFUERZOS DE INGLATERRA PARA QUEBRANTAR EL PODERÍO DE FELIPE II.—SUCESOS DE PORTUGAL.—CAMPAÑA DE FRANCIA.—MUERTE DEL DUQUE DE PARMA.—CONTINÚA LA GUERRA EN FLANDES CON CALOR Y CON GLORIA DE LOS ESPAÑOLES.—MUERTE DE FELIPE II.



LANDES, antes de sucumbir completamente bajo el poderío español, prefirió arrojarse en brazos de Isabel, reina de Inglaterra, y la ofreció su soberanía. Isabel, por un rasgo de fina política, rechazó el principado; mas prometió á los insurgentes eficaces auxilios. Cinco mil infantes y mil caballos á las órdenes de Leicester, penetraron en el territorio flamenco y procuraron colocarse en buena ac-

titud para tender la mano al conde de Holach y á Mauricio de Nasau, quienes se esforzaban poderosamente á reorganizar y reclutar sus tropas. La fuerza principal de un beligerante la forma la opinion de su enemigo. Alejandro, sin afectarse por la venida del inglés, continuó tomando la ofensiva y encargó á Cárlos Mansfeld la espugnacion de Grave, plaza muy importante entonces en el Bravante septentrional, muy fortificada, defendida por una buena guarnicion y al alcance de los auxilios enemigos por su proximidad á la Holanda (1). El rio Mosa baña gran parte de sus muros y hace muy difícil su asedio. El jóven Mansfeld, educado en la escuela de Alejandro, siguió el mismo plan que éste en la conquista de Ambéres; arrojó un puente sobre el Mosa y privó á la ciudad de sus comunicaciones con las provincias sublevadas. Pero Holach, acostumbrado á suplir la debilidad de sus fuerzas con las fuerzas omnipotentes de la naturaleza, voló al socorro de Grave, y estraviando el curso del Mosa, inundó el campo á la izquierda de los sitiadores y logró introducir en la ciudad por medio de barcos chatos, abundantes víveres y refuerzos. Ensoberbecidos con esta ventaja los sitiados hicieron diversas salidas, en las que se derramó con poco fruto mucha sangre de una y otra parte. Leicester, alma de un brillo fugaz y de una ambicion mucho mas elevada que sólida, quiso distinguirse desde luego con algun hecho sobresaliente, y al impulso de esta idea emprendió una marcha muy rápida hácia Grave. Presentóse, en efecto, á la vista de esta plaza; hizo algunos ademanes sérios para molestar á los sitiadores, y acaso trataba de renovar con mejor éxito sus tentativas, cuando se detuvo ante la formidable espada de Alejandro. El príncipe de Parma, no queriendo dejar á los holandeses que saboreasen el pequeño triunfo que habian reportado, y obstinándose en la conquista de Grave, salió de Bruselas con un buen golpe de caballería y avanzó sobre la plaza á paso de gigante. Despues de avituallada, el bloqueo debia ser lento, penoso y espuesto á mil eventualidades; por otra parte, Grave no tenia la fortaleza de Ambéres, y un ataque á viva fuerza, no era superior ni al denuedo ni

(1) En el dia forma parte del territorio holandés y ha perdido algo de su importancia militar y mercantil por las vicisitudes de la guerra.



á los recursos del ejército español. Estableciéronse, en efecto, las baterías; los fuertes muros de Grave cedieron á su poderoso impulso, y se dió un sangriento asalto en que los sitiadores fueron al fin rebatidos, si bien la flor de la guarnicion quedó destruida en el combate. Aprestábanse á resistirle los sitiadores, encendidos por el fuego de la venganza, cuando el gobernador, sintiendo su inferioridad, abrió las puertas al parmesano bajo decorosas condiciones. La toma de Grave decidió la de Venloo, llave del Mosa, no obstante los vivos y redoblados esfuerzos que hizo Schench por salvarla. Otros pueblos de menor consideracion que cubrian las márgenes del Mosa, y que inspiraban mucho interés para el porvenir de aquella campaña, se sometieron menos á la fuerza que á la reputacion de los españoles. Alejandro, apoyado en las provincias centrales de Flandes, teniendo vigorosamente protegida la frontera francesa, y á caballo sobre el Mosa, se hallaba en el caso de penetrar hasta las provincias marítimas, paso perenne de la insurreccion. Leicester, practicando movimientos inciertos y estériles, habia recogido, en vez de los laureles que esperaba por la libertad de Grave, la ignominia de haber presenciado inmóvil la sumision de esta plaza.

Habia sin duda llegado el momento en que Alejandro hiciera sentir su superioridad á todos los enemigos, y enarbolara el victorioso estandarte español sobre los dunas de Holanda y Zelanda. Mas la vasta y complicada política de Felipe II detuvo en su concepcion este proyecto, y obligó al parmesano á dirigir la vista y el nervio de sus tropas hácia la vecina Alemania. No se habia estinguido por la fuga de Truches el fuego de la guerra encendido por la conducta de este prelado. Fomentábale con mayores medios y mejor fortuna un protestante fanático, quien logró introducirse en Niza, plaza la mas respetable que habia en el electorado de Colonia. El nuevo arzobispo Ernesto, imploró con reiteradas instancias el auxilio del parmesano, y éste que no queria fiar á nadie el buen éxito de una espedicion, cuya brevedad ó lentitud podian tener tanta influencia en sus planes sucesivos, la condujo en persona. Fingieron los habitantes de Niza que querian rendirse antes de arrostrar los últimos horrores de la guerra. Alejandro, que deseaba ardientemente economizar el tiempo y la sangre de su ejército, corrió hasta los muros de

Niza, dispuesto á ofrecer benévolas condiciones, mas fué recibido con una lluvia de balas y metralla y se salvó casi por milagro. Ciegos de ira entonces los soldados españoles é italianos, subieron al asalto cuando la brecha apenas estaba practicable; la guarnicion, compuesta de tres mil hombres aguerridos, se defendió tenazmente; pero nada pudo resistir el ímpetu de los sitiadores que, precipitándose desde el muro como un torrente de lava, arrollaron ó destruyeron cuanto se oponia á su encuentro, derramándose en seguida por las calles con la espada en la mano y la rabia en el corazon. Mas de cuatro mil personas fueron inexorablemente pasadas á cuchillo, y la piedad de los capitanes impidió que alcanzara igual desgracia á las mujeres, niños y ancianos. La crueldad del soldado cedió luego á su codicia, y un botin espléndido compensó los trabajos y riesgos de aquella breve y sangrienta guerra. Regresó el de Parma á Flandes, tomando al paso algunas medidas para asegurarse la línea del Rhin é impedir que el turbulento Schench renovase las mal fenecidas hostilidades.

Lleno de despecho y amargura Leicester por el triste papel que habia desempeñado en la última campaña, regresó á Inglaterra con su ejército, disminuido por las guarniciones que habia dejado en diferentes plazas. A la verdad esta precaucion, que podia honrar la prudencia del general inglés, fué al fin funesta para su gloria, pues Alejandro se hizo abrir las puertas de todas estas plazas empleando oportuna y alternativamente el oro y el hierro.

Alentado por estos sucesos é impaciente por allanar las fronteras de Holanda y Zelanda, resolvióse á poner sitio á la Esclusa, plaza de suma fortaleza y de grande importe, ó por servir de centro á las comunicaciones entre las dos ciudades enemigas Ostende y Flesinga. El plan de ataque fué muy semejante al que se desplegó contra Ambéres y Grave: Alejandro arrojó un puente sobre el canal que desde la Esclusa vá á desembocar en el océano, interceptó por este medio el arribo de víveres y refuerzos, plantó audazmente sus baterías sobre la falda de una colina, aterró con ellas las obras esteriores, lanzó en las brechas su valiente infantería y se apoderó uno por uno de los soberbios reductos en que los

sitiados tenian su principal confianza. El parmesano, sin darles tiempo para respirar y reponerse, asestó sus cañones contra la ciudad y estaba á punto de romper el fuego, cuando se divisaron á lo lejos sobre el mar algunas velas enemigas. Eran las de una nueva armada inglesa, que acaudillaba tambien Leicester, deseoso de lavar su pasada ignominia ó escitado á este breve retorno por las violentas sugestiones de los confederados. Acercóse á la playa al parecer con osada resolucion, desembarcó sus tropas y avanzó á su frente con buen órden hácia el campo de los sitiadores. Pero Alejandro, que como todos los caractéres privilegiados, jamás se retraia ante las situaciones mas complicadas, no quiso dejar al británico el ventajoso honor de la ofensiva, y arrancando de sus reales un buen cuerpo de tropas, marchó aceleradamente á brindar á Leicester con el combate. Rehusóle éste no obstante su primera y orgullosa actitud, y retrocediendo sobre los bordes del océano, buscó un asilo en su escuadra. Dos dias despues hizo rumbo hácia Ostende, con cuyo suceso y la malograda tentativa que hicieron contra el puente los de Flesinga, empleando sin éxito una nave incendiaria, se rindió la Esclusa (15 de agosto de 1587), obteniendo del parmesano benévolas condiciones. Quedó en ella una fuerte guarnicion española á las órdenes del valeroso Juan Ripa, gobernador que habia sido en Dermonde. Neutralizó en parte el placer ocasionado por esta conquista, la pérdida de Hengel, pueblo pequeño aunque muy fuerte, situado en una posicion escelente y que se podia considerar como el mejor escudo de Bolduc. Holach, que le conquistó para espresar el sentimiento que debia producir su pérdida en los españoles, sustituyó al nombre de Hengel el de Creve-cœur, que ha conservado hasta nuestros dias. Pocos dias antes falleció Altipenni á consecuencia de una herida que recibió en la garganta; era varon de esclarecida índole en quien no se sabia qué alabar mas, si su impetuoso valor para el trance crítico de una batalla, ó su prudencia consumada para dirigir las operaciones.

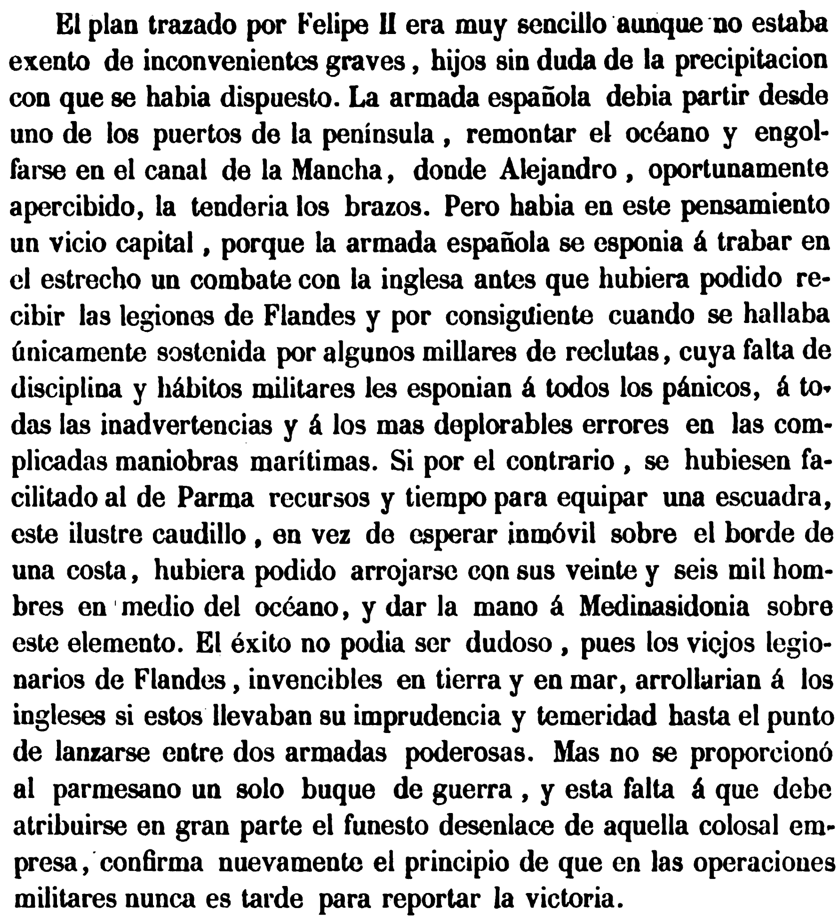
Al principiar el año de 1588, todas las costas de España, Italia y y Flandes, resonaban con el eco de formidables aprestos militares. Felipe II, justamente ofendido por la doble y artificiosa conducta de Isabel, la habia declarado la guerra. Se trataba nada menos que de conducir un ejército respetable al corazon de la Inglaterra,

á la vista misma de Lóndres, é imponer desde allí leyes á aquella soberana astuta que, con mengua de la religion de los tratados, protegia abiertamente á los flamencos y enviaba sus flotas mandadas por Drake, célebre marino de aquellos tiempos, á incendiar y saquear los puertos españoles. Isabel, sobrecogida al percibir la tempestad que le amenazaba, trató de conjurarla entablando capciosas negociaciones y prometiendo llevar á Flandes la oliva de la paz en vez de la tea de la discordia; mas Felipe no se dejó alucinar y redobló sus preparativos con toda la actividad de un príncipe absoluto y con toda la energía de un monarca injuriado.

El celo público secundó grandemente las miras de su soberano, desde la embocadura del Tajo hasta el océano occidental, desde la falda de los Alpes hasta las márgenes del Tronto; en Portugal, en Vizcaya, en Andalucía y en Italia, se disponian con presteza suma hombres y navíos para humillar la soberbia de la antigua Albion. La reputacion de los caudillos aumentaba la fama de esta estraordinaria empresa, porque el marqués de Santa Cruz debia dirigir la armada y Alejandro las tropas de desembarco. Por desgracia el marqués de Santa Cruz debia hacerse á la vela y se confió su elevado cargo al duque de Medinasidonia, espíritu altivo, belicoso é intrépido, pero que no estaba adornado con grandes conocimientos náuticos y militares, ni se hallaba iluminado por la luz del genio, que en muchos casos suple con ventaja á la ciencia.

No obstante, el esplendor de gloria que rodeaba al parmesano era tan grande, que de España y de Italia acudian jóvenes pertenecientes á la primera nobleza, enorgullecidos con la idea de servir á las órdenes de un general tan célebre. Distinguíanse entre estos D. Rodrigo de Silva, duque de Pastrana, D. Juan de Hinojosa, Juan de Médicis, hermano del duque de Florencia, Amadeo, que lo era del de Saboya, y otros muchos caballeros cuyo ilustre rango no era la principal de sus cualidades.

Todos estos nobles llevaban, segun costumbre, un séquito brillante de escuderos y criados, lo cual contribuia tanto á su ostentacion como á su seguridad. Alejandro recibió al mismo tiempo cuatro legiones veteranas mandadas por D. Antonio Zúñiga y D. Luis de Peralta, soldados ambos de grande y merecida reputacion.



El plan trazado por Felipe II era muy sencillo aunque no estaba exento de inconvenientes graves, hijos sin duda de la precipitacion con que se habia dispuesto. La armada española debia partir desde uno de los puertos de la península, remontar el océano y engolfarse en el canal de la Mancha, donde Alejandro, oportunamente apercibido, la tenderia los brazos. Pero habia en este pensamiento un vicio capital, porque la armada española se esponia á trabar en el estrecho un combate con la inglesa antes que hubiera podido recibir las legiones de Flandes y por consiguiente cuando se hallaba únicamente sostenida por algunos millares de reclutas, cuya falta de disciplina y hábitos militares les esponian á todos los pánicos, á todas las inadvertencias y á los mas deplorables errores en las complicadas maniobras marítimas. Si por el contrario, se hubiesen facilitado al de Parma recursos y tiempo para equipar una escuadra, este ilustre caudillo, en vez de esperar inmóvil sobre el borde de una costa, hubiera podido arrojarse con sus veinte y seis mil hombres en medio del océano, y dar la mano á Medinasidonia sobre este elemento. El éxito no podia ser dudoso, pues los viejos legionarios de Flandes, invencibles en tierra y en mar, arrollarian á los ingleses si estos llevaban su imprudencia y temeridad hasta el punto de lanzarse entre dos armadas poderosas. Mas no se proporcionó al parmesano un solo buque de guerra, y esta falta á que debe atribuirse en gran parte el funesto desenlace de aquella colosal empresa, confirma nuevamente el principio de que en las operaciones militares nunca es tarde para reportar la victoria.

La grande armada salió del puerto de Lisboa el dia 19 de junio entre los aplausos de una multitud que contemplaba con admiracion aquel armamento tan formidable, mudo, pero elocuente testimonio del inmenso poder de Felipe II. Componíase de ciento treinta galeras y galeazas; entre ellas habia algunas de estraordinaria magnitud, cuyo casco era prolongado, y que llevaban sobre cubierta una especie de castillo hábilmente dispuesto para el ataque y defensa. A estos enormes navíos que entonces oprimian por primera vez la rizada superficie de las aguas, se les dió el nombre sonoro y majestuoso de galeones. Todos iban armados en guerra, con una soberbia dotacion de artillería y municiones. Otros cuarenta vasos me-



nores estaban destinados á trasportar los víveres. Las tripulaciones y los equipajes eran españoles, porque apenas se dudaba acerca del éxito, y Felipe II, celoso de la gloria de España, quiso llevar la gloria consiguiente á una espedicion que formaria época en la historia del mundo. Iban á bordo veinte y ocho mil novecientos hombres; pero la verdadera fuerza, la fuerza positiva y capaz de entrar en combate, consistia en cinco tercios y algunos centenares de aventureros, formando un conjunto de veinte mil.

Medinasidonia mandaba en jefe con el carácter y título de capitan general, pero se fiaba mucho menos en su pericia que en los profundos conocimientos de D. Juan Martinez Recalde, vicealmirante ó teniente general, y en la luminosa esperiencia de Oquendo y Valdés, comandantes uno de la escuadra vizcaina y otro de la andaluza. Las tropas españolas, levantadas apresuradamente y en alas de su entusiasmo, no tenian aquella constancia, regularidad y aplomo que tan indispensables son en la guerra. Los jefes al contrario, se distinguian ó por una larga carrera militar fenecida en gloriosos hechos, ó por las mas raras y bellas cualidades. Eran maestres de campo Toledo, Pimentel, Leiva y otros no menos conocidos en las campañas de Flandes y Portugal; como veedor general del ejército iba el jóven Jorge Manrique, carácter elevado y heróico, alma espansiva y sensible capaz de las mas grandes y nobles pasiones, á quien se habia cometido aquel cargo eminente menos en consideracion á su ilustre cuna que á sus precoces talentos. Se creia que aquellos soldados bisoños, sostenidos por la voz y el ejemplo de estos capitanes, podria colocarse al nivel de una tropa veterana.

Las ciento setenta velas se desplegaron á la vez y con magnífico aparato sobre el ancho océano.

Por algun tiempo la navegacion fué feliz, pero al doblar la armada el cabo de Finisterre sobrevino una furiosa tormenta que la dispersó, entrando varios navíos muy averiados en el puerto de la Coruña. Los mas, impelidos por la violencia irresistible del viento y de las olas, tardaron bastantes dias en reunirse. Amansada la tempestad y reconstituida la escuadra, zarpó de las aguas de la Coruña y dirigió la proa hácia el canal de la Mancha. Al llegar á la altura de Plimouth supieron los españoles que la escuadra inglesa se

recogia bajo el cañon de este punto, temiendo trabar un choque con un enemigo muy superior en fuerza. La inglesa constaba de cien buques dirigidos por Cárlos Habard, duque de Norfortk, y el célebre pirata Drake.

Al observar la tímida actitud del enemigo, el animoso Recalde propuso que se marchara decididamente sobre él, y que se le oprimiera en Plimouth antes que pudiese ser socorrido. Esta maniobra audaz debia ser decisiva, porque destruyendo el gran núcleo de la armada inglesa y apoderándose de un puerto escelente, Medinasidonia contaba en lo sucesivo con un punto de apoyo para reorganizarse, caso de revés, y atraia sobre sí todo el calor de la guerra con lo que Alejandro podria descender tranquilamente á lo largo del canal de la Mancha y verificar su incorporacion bajo las alas de la victoria.

El duque de Medinasidonia era un soldado intrépido, y lo habia probado de la manera mas brillante en diversas ocasiones, mas carecia de esa audacia feliz que solo crea el verdadero genio, y era incapaz de arrostrar por sí la responsabilidad de una grande accion. Aunque encerrándose en las instrucciones que habia recibido, se obstinó en ir remontando el canal, y el bello pensamiento de Recalde fué de todo punto estéril en resultados. Desde este instante la fortuna, como si se complaciese en castigar á Medinasidonia por su falta de resolucion, empezó á mostrarse adversa á los españoles, y no cesó de perseguirlos hasta el funesto desenlace de aquella malhadada espedicion. Norfortk y Drake que esperaban temblando el ser acometidos, pues sus fuerzas no les infundian esperanza alguna de salir airosos en el empeño, cobraron aliento al ver que la escuadra española pasaba de largo y se propusieron darla caza con sus bajeles mas veleros. Medinasidonia, habiendo rehusado acometer á Plimouth, solo debió tener un interés muy vivo y muy acertado en evitar el combate. En efecto, avanzando con toda la velocidad posibile, prevenia á los holandeses é impedia que los ingleses le disputasen el paso con una nueva escuadra, y tendia la mano al parmesano que le aguardaba con marcada impaciencia en Dunkerque, y cuya incorporacion, fin objetivo de todas las operaciones, era al propio tiempo el medio mas seguro de salvar el porvenir de la campaña.



Alejandro Farnesio.

No obstante, el duque temió que su movimiento progresivamente rápido se esplicase por una retirada, é influido por esta idea de falso pundonor, mandó plegar velas y mostró al enemigo un continente firme. La armada española avanzaba en forma de media luna; la izquierda, con los buques andaluces, iba mandada por Valdés; la derecha, con los vizcainos, estaba á las órdenes de Oquendo y en el centro se hallaba Medinasidonia con D. Antonio Flores, hombre muy esperto en las cosas de mar. A alguna distancia, Recalde llevaba la retaguardia cubriendo con ella las alas que eran los puntos mas débiles, ya por el número de navíos, ya por su fuerza respectiva. Drake se precipitó sobre Recalde y le puso en el mayor peligro, pero acudieron en su auxilio el mismo duque con el galeon que montaba y algunos otros navíos, y lograron salvar al vicealmirante, alejando al osado pirata. Drake, vigorosamente reprimido, no se resolvia á tomar la iniciativa otra vez, cuando un desgraciado incidente vino á proporcionarle la ocasion de hacerlo con poco peligro y seguro fruto. Estalló de repente el fuego en el navío de Oquendo sin que se pudiera conocer al autor de esta calamidad. Acudió á su socorro Valdés, mas embarazado su buque con las reliquias del que estaba ardiendo, maniobró con mucha dificultad. Drake, protegido por la densa oscuridad de la noche, rodea velozmente á Valdés, y aunque este se defiende con el valor de la desesperacion, cae al fin prisionero, quedando su buque y la mayor parte de la tripulacion en poder del enemigo. Menos infeliz Oquendo, logró salvarse en otra galera, llevando á la misma una gran cantidad de dinero que habia en el buque incendiado, y abandonando éste á merced de los ingleses. Drake, temiendo verse estrechado entre la retaguardia y el cuerpo de la armada, no quiso proseguir sus ventajas, contentándose con las que habia reportado en tan breve tiempo y con ligera pérdida.

Este descalabro abrió los ojos al de Medinasidonia y le hizo comprender el grave error que habia cometido no atacando reciamente á Plimouth. Trató de repararle apoderándose de la isla de Wigt, mas ocurrió á su encuentro otra escuadra inglesa que habia descendido de Lóndres por el Támesis, y que combinaba sus movi-

mientos con los de Howard. Trabóse el combate, y por algun tiempo se sustuvo con mucho honor de los dos beligerantes; los españoles fiando en su intrepidez trataban de abordar los buques enemigos, mas la ligereza de estos hacia inútiles los mas redoblados esfuerzos de aquellos. El almirante inglés, descubriendo al primer golpe de vista la posicion y cualidades de la armada española, formó su plan de ataque perfectamente ideado. Lejos de retener sus buques en línea, los lanzó en grupos sobre cada uno de los españoles, y como estos se hallaban guarnecidos por escelentes bandas de arcabuceros, peleaban aquellos desde lejos jugando con destreza suma su artillería. El gran volúmen de los navíos españoles ofrecia un blanco fácil á las descargas mas destructoras, y su pesadez les impedia cubrirse por los flancos, á la vez que eran acometidos por frente y retaguardia. Los navíos ingleses, poco abultados de quilla y muy maniobreros, salvaban fácilmente los bajíos de que abunda aquel sitio; pero los españoles se esponian á cada paso á perecer encallados. No obstante estas circunstancias tan favorables al enemigo, la batalla se sostuvo indecisa durante muchas horas, hasta que el fúnebre velo de la noche vino á separar á los combatientes y á envolver aquella mar salpicada de sangre y cubierta de cadáveres. Los ingleses y los españoles estaban igualmente quebrantados; habíanse causado daños recíprocos muy considerables, y ninguno tenia interés en renovar el combate; pues Medinasidonia no habia perdido la esperanza de penetrar en la isla de Wigt, ni Norfotk la de destruir la armada española. Viró ésta ganando el viento hácia la rada de Calais, y llegó á este punto sin ser molestada por el enemigo. Resolvióse Medinasidonia á esperar al ancla que Alejandro viniera con sus tropas, determinacion intempestiva é irrealizable, no teniendo el parmesano disponible un solo buque armado en guerra (1).

(1) Las fuerzas marítimas de España en Flandes siempre fueron muy escasas, lo cual influyó grandemente en el desarrollo de la guerra, y mas todavía en su prolongacion. El inteligente celo de Alejandro no pudo retener en aquellas provincias nuestra marina, y cuando se proyectó la invasion de Inglaterra, no teníamos en los Paises Bajos mas que los buques indispensables para sostener las comunicaciones entre las plazas, sin que hubiera apenas ingreso en el mar del Norte, donde dominaban con poca contradiccion los holandeses y celandeses. Por lo demas, arrancar estos pocos buques de su línea para aventurarlos en una espedicion incierta, era lo mismo que en-

Esta falta tan deplorable, tan fecunda en infaustos resultados, comprometia poderosamente la situacion del ejército y de la armada. Veinte y seis mil infantes y mil caballos cubrian la costa desde Neuport á Dunkerque; de estos, catorce pasaron á bordo de algunas barcas de transporte reunidas en Neuport; los restantes debian embarcarse en Dunkerque llevando al parmesano á su cabeza. Los dos generales españoles tenian exigencias fundadas; pero desgraciadamente incompatibles. Instaba Medinasidonia para que Alejandro avanzase á su encuentro y le tendiera los brazos en la rada de Calais; el parmesano repuso que seria la última temeridad el arrojarse en medio de la escuadra holandesa que cerraba la boca de aquel estrecho con barcas de transporte, sin artilería y sin ningun medio para resistir á un ataque, y pidió á su vez que el duque se acercara hasta dar vista á Neuport. Obstinóse Medinasidonia en permanecer anclado, por no esponerse, decia, á los peligros del bajo fondo con sus buques de gran porte. De este modo, ambos generales retenidos por obstáculos al parecer invencibles, continuaban en su primera inmovilidad y dejaban transcurrir el tiempo que en las operaciones militares es siempre enemigo del que vacila.

En la noche del 16 de agosto ocurrió un suceso que hizo la incorporacion imposible, y fué principio de largos infortunios. Los ingleses, que se mantenian á una distancia respetuosa, evitando el fuego de nuestra formidable artillería, lanzaron sobre la escuadra española ocho brulotes dirigidos por los marineros mas intrépidos y esperimentados. La vista de estos barcos ardiendo y cuya siniestra luz se destacaba esplendorosamente en medio de las tinieblas, esparció la consternacion entre nuestros bisoños soldados; muchos que habian oido la narracion de las naves incendiarias empleadas contra el puente de Ambéres, se llenaron de terror creyéndose ya víctimas de una desgracia parecida, y en medio de los gritos é imprecaciones, se perdian las voces de mando y no se

tregar la Flandes al enemigo, y perder ricos territorios en el corazon de Europa por correr tras una esperanza mas ó menos ilusoria. Alejandro Farnesio ni Felipe II no podian abrigar una idea tan absurda, y así se esplica el que el primero careciese de navíos para incorporarse á Medinasidonia.

podia maniobrar. Hubo un momento de confusion indefinible; el mismo Medinasidonia, sériamente alarmado por esta escena tumultuosa, mandó levantar el áncora y salir al alta mar, donde se podria recibir con mas ventajas al enemigo, si estimulado por este desórden se decidia á ofrecer el combate.

Mas no bien dejó la armada el abrigo del puerto, sobrevino una de las mas terribles tempestades que suelen agitar á aquel proceloso océano. Los navíos, despedazadas sus velas y jarcias, indóciles al remo y al timon, chocaban unos contra otros como si estuviesen impelidos por un brazo invencible; algunos no obstante su estraordinaria solidez, se abrieron yéndose á pique; otros fueron lanzados por la furia del viento y de las olas á diferentes playas, donde encallaron. Apenas se amansaron los elementos, al alborear el siguiente dia, se precipitaron en el combate las escuadras inglesas. Por fortuna, y haciendo prodigios de intrepidez, se habian colocado en línea las dos terceras partes de la armada, las cuales recibieron al enemigo con una lluvia de fuego, que reprimió su inconsiderada audacia. Medinasidonia, Hugo de Moncada, Recalde y los maestres de campo Pimentel y Toledo, pelearon con una intrepidez digna de los mas bellos dias de su gloria; pero cuando acaso se lisonjeaban con la esperanza de reportar un triunfo, sobrevino otra tempestad mas violenta que la primera. Entonces ya todo fué desórden y confusion. La galeaza de Nápoles, una de las mayores que habia en la flota española, naufragó en la playa de Calais, pereciendo con la tripulacion y su comandante Moncada. El galeote de Toledo fué arrojado á las costas de Flesinga, donde fué acometido por la escuadra holandesa.

Defendióse por algun tiempo con un vigor estraordinario, hasta que hallándose desarbolada y acribillada á balazos, cayó en poder del enemigo; Toledo y la tripulacion se salvaron en esquifes. Pero la victoria fué bien funesta para los holandeses, pues habiéndose introducido estos inconsideramente en el galeon que hacia agua por todas partes, fueron arrebatados por una ola y sumergidos con el casco de aquel enorme buque. Pimentel sostuvo un combate gigantesco por espacio de seis horas, contra veinte y cinco navíos holandeses que le atacaban con furor redoblado, y solo se rindió cuando no quedaba

uno solo de los suyos en disposicion de manejar las armas, y él mismo estaba debilitado por una grave herida. Estos últimos destellos de valor iluminan algo la triste página que comprende aquella espedicion infausta y hacen sentir doblemente que la bizarría de nuestras tropas no hubiera podido fecundizarse bajo la influencia de un plan hábilmente concebido y ejecutado con feliz audacia.

Habiendo recogido Medinasidonia la mayor parte de su flota, juzgó que no debia apresurar su regreso á España. Ciertamente su permanencia en aquellas turbulentas aguas era ya, no solo inútil, si que tambien perjudicial, pues no pudiendo incorporarse con el parmesano, carecia ya la espedicion de medios y de porvenir. Mas rehusando arrostrar de nuevo los peligros del estrecho, Medinasidonia se propuso dar la vuelta por las Orcadas, describiendo un vasto semicírculo alrededor de Escocia é Inglaterra. Nuevas desgracias afligieron á los españoles en este largo y penoso trayecto ; diez navíos se fueron á pique á la altura de las Orcadas, sin que apenas pudiera salvarse un hombre de sus tripulaciones. Entre los que perecieron se cuentan al veterano Alonso de Leiva, digno de su nombre y de mas próspera fortuna, y al maestre de campo Luzon, oficial lleno de resolucion y conocimientos, que habia recogido brillantes laureles en Alemania, Italia y Flandes. Por último, la grande armada, miserable juguete de los vientos y de las olas, llegó á las costas de España dividida en tres trozos; Recalde tocó en la Coruña, donde falleció al poco tiempo devorado por la pesadumbre ; igual suerte tuvo Oquendo, que ancló en la rada de San Sebastian. Medinasidonia, con la fuerza principal, llegó al puerto de Santander. Las graves dolencias que habia contraido en esta espedicion infortunada y el sentimiento de su impopularidad, le obligaron á dimitir el mando, retirándose al seno de su familia.

Tal fué el término de la famosa armada llamada la *Invencible*, destinada á abatir la soberbia marítima de la Inglaterra, y acaso á poner en peligro su ser político y comercial. Dirigida bajo la luz de un pensamiento privilegiado esta inmensa flota, la mas fuerte que hubiera surcado los mares, podia en efecto haber descargado un golpe terrible en el corazon de la Gran Bretaña, y aun haber

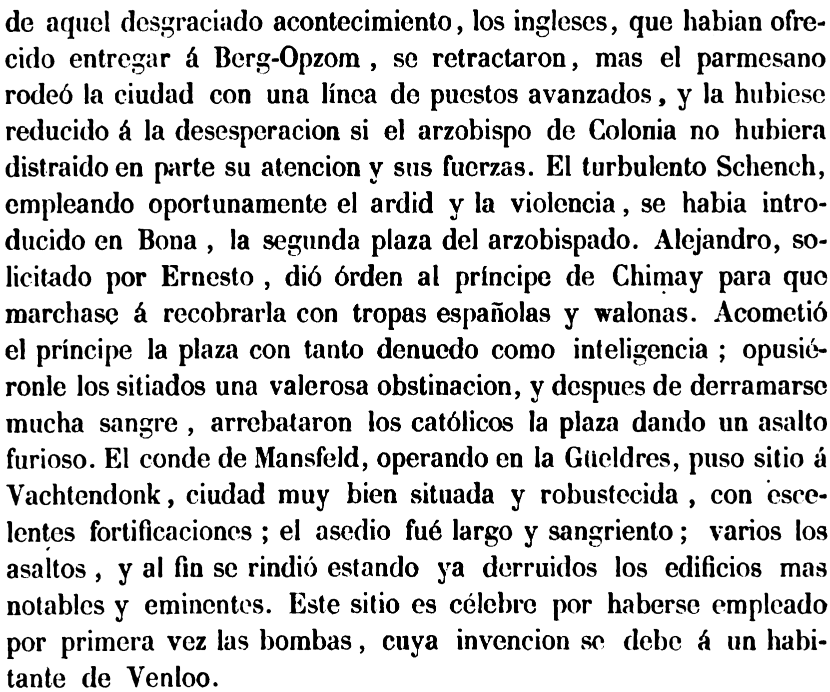
alterado la fisonomía de la Europa por espacio de algunos siglos. La completa conquista de Inglaterra es muy difícil, pero cuando se piensa en la posibilidad de haber arrojado en su seno cincuenta mil hombres, los mejores soldados del mundo, mandados por un general como Alejandro Farnesio, no se puede contener el cálculo en las consecuencias probables de un acontecimiento tan estraordinario.

Humillada la Inglaterra, la Holanda, abandonada á sus propias fuerzas, habria sucumbido bien pronto; la liga católica ofrecia al mismo tiempo á Felipe II el medio y la ocasion para acercarse á las gradas del trono carlovingio, y la España, haciendo hondo hincapié en el suelo italiano y flamenco, imponiendo á Francia é Inglaterra, apoyándose en sus inmensas colonias, hubiera podido comprimir entre sus colosales brazos el norte mismo de Europa.

Gran parte de esta brillante perspectiva desapareció con la grande armada; la Providencia, que marca con su dedo invisible el grado de poder á que pueden llegar los pueblos en su engrandecimiento, no permitió que la poderosa España obtuviera completamente el cetro político de la Europa.

Respecto á las pérdidas materiales que esperimentó la flota, varian mucho los historiadores; unos la reducen á treinta bajeles y diez mil hombres, otros la elevan á noventa buques y diez y ocho mil personas. Divergencia es esta que importa poco esclarecer, porque la pérdida principal de España consistia en el mal éxito de la espedicion, no en el mayor ó menor número de buques que hubiesen perecido, y como casi toda la pérdida se debia al vicio primitivo del plan y á la furia de los elementos, nuestros enemigos y los detractores de nuestras glorias, muestran una ambicion bien mezquina aumentando aquel guarismo, pues no pudieron con él tener la satisfaccion de aumentar las propias glorias.

Merced á los talentos y actividad de Alejandro, la reaccion de este desastre apenas fué sensible en los Paises Bajos. Derramando sus tropas en los convenientes cantones con la misma celeridad que desplegara al reunirlas en Neuport y Dunquerque, el príncipe de Parma evitó las osadas empresas que habian combinado el ardiente Holach y el impetuoso Mauricio. No obstante, bajo la influencia



de aquel desgraciado acontecimiento, los ingleses, que habian ofrecido entregar á Berg-Opzom, se retractaron, mas el parmesano rodeó la ciudad con una línea de puestos avanzados, y la hubiese reducido á la desesperacion si el arzobispo de Colonia no hubiera distraido en parte su atencion y sus fuerzas. El turbulento Schench, empleando oportunamente el ardid y la violencia, se habia introducido en Bona, la segunda plaza del arzobispado. Alejandro, solicitado por Ernesto, dió órden al príncipe de Chimay para que marchase á recobrarla con tropas españolas y walonas. Acometió el príncipe la plaza con tanto denuedo como inteligencia; opusiéronle los sitiados una valerosa obstinacion, y despues de derramarse mucha sangre, arrebataron los católicos la plaza dando un asalto furioso. El conde de Mansfeld, operando en la Güeldres, puso sitio á Vachtendonk, ciudad muy bien situada y robustecida, con escelentes fortificaciones; el asedio fué largo y sangriento; varios los asaltos, y al fin se rindió estando ya derruidos los edificios mas notables y eminentes. Este sitio es célebre por haberse empleado por primera vez las bombas, cuya invencion se debe á un habitante de Venloo.

Prosiguió la guerra en Flandes con inconstante fortuna. El conde de Egmont levantó el cerco de Goets (1589), desesperando vencer la pertinaz resistencia de sus habitantes. Este principio de la campaña hubiera podido ser funesto para los católicos, si Mauricio de Nasau, que asediaba á Gertruidemberg no hubiese desistido de su pensamiento al saber la aproximacion del parmesano. Balanceáronse en lo sucesivo del mismo modo las prosperidades y reveses. El marqués de Varambon, ganó cerca de Rimberg una victoria completa al audaz Schench, pero éste, rehaciéndose con brevedad, marchó al encuentro de Patton, quien acababa de adherirse á la causa española, y le derrotó en un combate furioso en que de ambas partes se derramó bastante sangre. Alentado con este triunfo aquel hombre dotado de una actividad febril, envistió á Nimega, mas fué rechazado con mucha pérdida é ignominia, y habiendo pretendido salvarse por el valor con las reliquias de sus tropas, se embarcó en un navío, el cual se abrió ocasionando la muerte á cuantos iban en él. No fué feliz Varambon en el sitio de Rimberg, pues

habiendo venido á las manos con el británico, sufrió un recio descalabro que le obligó á emprender la retirada.

Entretanto la reina de Inglaterra no perdonaba medio ni diligencia para quebrantar el poderío de Felipe II. Creyó obtener este fin fomentando los derechos supuestos ó verdaderos que D. Antonio, prior de Ocrato, tenia al trono de Portugal. A la verdad que la aspiracion mas constante, mas vigorosa y mas útil de la Inglaterra como potencia mercantil, es la de poner un pié sobre la península española, y esta aspiracion que podia haber emanado solo de la política, se hallaba entonces robustecida por el odio implacable de Isabel y por el temor que inspiraban á todos sus súbditos los nuevos aprestos marítimos de Felipe II.

Una armada compuesta de setenta navíos, con catorce mil hombres de desembarco, surcó las aguas del océano é hizo rumbo hácia la Coruña. Regíala Enrique Noris ó Norici, hombre sobresaliente por su espíritu intrépido y por una larga esperiencia militar. Iba á su bordo D. Antonio con algunos pocos portugueses que le habian permanecido fieles en medio de la adversidad.

El audaz Noris juzgó que antes de presentarse á la vista de Lisboa debia intentar una conquista importante en las costas de España, ya con el objeto de atraer sobre este punto un golpe considerable de fuerzas enemigas, debilitando al Portugal, ya con el de proporcionarse un apoyo sólido para sus ulteriores proyectos. Desembarcó el inglés sus tropas y dió principio al combate con mucha furia y grande estruendo de artillería. La guarnicion de la ciudad, aunque débil, resistió briosamente, infundiéndola aliento su gobernador marqués de Cerralbo. No obstante, aportillado el muro en diferentes partes, y redoblando los sitiadores su corage, se hallaba aquella á punto de sucumbir cuando se presentó en la brecha mas comprometida una mujer jóven y heróica, llamada María Pita, quien arrebatando su espada á un soldado, esclamó precipitándose en lo mas recio del combate; «Perezcamos, compañeros, antes que la gloria de España quede mancillada por ese enjambre de innobles piratas.» La voz, el ademan, el impetuoso ardimiento de María, electrizaron en tales términos á la guarnicion, que haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró arrojar otra vez á sus navíos á los intrépidos ingleses, ocasio-

nándoles la pérdida de mil quinientos hombres. María Pita fué dignamente recompensada por el rey.

Noris, volviendo la proa hácia las costas lusitanas, tomó y saqueó la villa de Peniche, y desde aquí se dirigió por tierra con su ejército sobre Lisboa. Estableció su campo ante esta populosa ciudad, y se mantuvo durante algunos dias en una actitud imponente, esperando que estallase dentro de Lisboa la sedicion, como habian lisonjeado á D. Antonio sus parciales. Pero la severa vigilancia del cardenal gobernador y la lealtad indeclinable de los nobles, comprimieron algunos gérmenes bastante débiles de un movimiento insurreccional. Por su parte el conde de Fuentes acosaba sin cesar al británico en sus reales, cortándole los víveres y mermando su gente con repetidas y ventajosas escaramuzas; una escuadra española, mandada por D. Alvaro Bazan, cerraba la boca del Tajo, y Noris obstinándose en conservar su situacion, podia perecer aconchado sobre las márgenes de este rio. Conoce el inglés oportunamente el peligro que le amenazaba, y para evitarle levantó su campo retirándose con celeridad y buen órden al puerto de Cascaes donde le esperaba su escuadra. Descargó Noris su cólera contra la fortaleza, destruyéndola hasta los cimientos, y satisfecho en cierto modo con haber estampado en el suelo portugués esta última huella de su desventura, se reembarcó con su ejército desmembrado y sus grandes esperanzas totalmente desvanecidas. El prior de Ocrato, tantas veces desairado por la fortuna, volvió á buscar un asilo en territorio estranjero, deplorando sin duda esta inútil tentativa que habia colocado sobre las gradas del patíbulo á sus mas ardientes partidarios.

No pelearon tan prósperamente los españoles en Italia, donde como auxiliares del saboyano, estrechaban el cerco de Ginebra. La heróica resistencia de la plaza, la llegada de los suizos fieles aliados de los ginebrinos, y mas que todo una epidemia que se declaró en el campo, sembrando el terror y la muerte entre los sitiadores, obligaron al duque de Saboya á desistir de su empresa, no sin haber invertido en ella abundante caudal de hombres, tiempo y dinero.

Ardia á la sazon la Francia envuelta en el fuego de las civiles discordias. El fanatismo religioso, que bajo el bello y fátuo nombre de

reforma, habia atormentado á la Alemania en la primera mitad de este siglo, puesto en combustion á la Flandes y alterado la fisonomía política de la Inglaterra, este fanatismo, ciego como todos los instrumentos hiperbólicos, habíase desarrollado en Francia con la peligrosa vehemencia inherente al espíritu nacional. Los protestantes, conocidos allí bajo el nombre de hugonotes, aspiraban aun por los medios mas violentos á conquistarse una posicion social, y á cubrir el ejercicio de su culto con el escudo de la ley, ambicion bien estraña en hombres que se llamaban *puritanos*, y bien agena á la humildad de la fé cristiana que vivió, creció y se desarrolló bajo la sombría bóveda de las catacumbas.

El principio católico, fuerte como toda creacion que tiene el apoyo de las costumbres y la sancion de los siglos; enérgico como toda verdad ofendida, y poderoso como un pensamiento universal, rechazó al principio vigorosamente y con buen éxito esta aspiracion del protestantismo. Mas como este tenia el brillo de la novedad, propicio para seducir á las masas, el espíritu de resistencia tan á propósito para reanimar el moribundo genio del feudalismo, y el carácter de insurreccion contra abusos inveterados y muy sensibles, debió hacer rápidos progresos. Tímido y suplicante en el reinado de Enrique, exigente en el de Francisco II, amenazador en el de Cárlos IX, mas irritado que postrado con la terrible matanza de San Bartolomé, mostróse turbulento y encendido en cólera bajo la débil y floja dominacion de Enrique III. Este príncipe, de quien se pudo decir lo que los romanos decian de Galba: que si nunca hubiera reinado se le hubiera creido siempre digno de reinar, este príncipe, pues, encenagado en los deleites, dejó que las facciones se desenvolvieran á su alrededor, y cuando quiso restaurar el brillo de su trono, vió que apenas le quedaba de monarca mas que el título, y éste disputado.

En efecto, el gran desarrollo de la parcialidad protestante y el temor de que recayera el cetro en Enrique de Bearne, príncipe de Borbon, rey de Navarra y acérrimo calvinista, dieron orígen á la famosa confederacion, conocida con el nombre de la Santa Liga. Fueron sus cabezas principales el duque de Guisa, ardiente campeon de la fé católica, y que descendia de una raza de héroes; el pontífice

Sisto V, y el rey de España. Su objeto claro y ostensible era el de impedir que la religion católica padeciese en Francia detrimento ni alteracion, si bien no faltaban algunos que atribuyesen á los confederados miras particulares, suposicion entonces bien absurda respecto á Felipe II, cuya política descansaba enteramente sobre el polo de la religion, y que ensalzando el catolicismo se aseguraba una influencia sin límites en Europa.

El gran prestigio que habia adquirido Guisa sobre los parisienses y el odio que estos profesaban á Enrique III, fueron causas suficientes para que este príncipe huyera de la capital despues de un tumulto espantoso en que la vida de Enrique corrió estremo peligro, y la debió sin duda á la generosidad del de Guisa. El rey, mas sensible á la afrenta que reconocido por el beneficio, logró con capciosos pretestos atraer al duque y al cardenal de Lorena á la ciudad de Blois, y allí, violando todos los compromisos que el honor, la justicia y la religion le imponian, hizo asesinar á los dos hermanos Guisas, entregó sus cuerpos á las llamas y encerró en una estrecha cárcel al cardenal de Borbon.

Al eco de esta maldad, palpitaron llenos de horror cuantos corazones nobles encerraba en su vasto seno la Francia. Ciudades enteras negaron abiertamente su obediencia á Enrique, proscribieron su nombre é hicieron una apoteosis magnífica de aquellas víctimas ilustres. En París, sobre todo, la indignacion llegó hasta el frenesí; sus habitantes juraron solemnemente perecer antes que tolerar la dominacion de un hombre manchado con tan torpe perfidia. Proclamaron rey al cardenal de Borbon, y como éste se hallaba todavía preso, eligieron por regente al duque de Mayena, hermano menor de Guisa. El papa añadió sus rayos espirituales á la cólera humana de los parisienses, por manera que Enrique, sobrecogido al golpe de tan terrible tempestad, no sabia hácia qué punto volver la vista, ni cómo distinguir sus amigos y enemigos. Pero prevaleciendo en su ánimo el deseo de conservar su vacilante corona sobre todas las demas consideraciones, se arrojó en brazos de los hugonotes y convidó al bearnés con la mas estrecha alianza. Aceptóla con marcada impaciencia el navarro, porque este pacto envolvia la esperanza de un

trono, y se puso en marcha con un cuerpo de tropas, menos respetable sin embargo por su número que por su valor y disciplina.

Ambos monarcas avanzaron sobre París, pensando, con fundamento, que abatida la cabeza, los miembros caerian por sí solos faltos de vigor. El bloqueo fué tan estrecho que los habitantes de aquella populosa capital esperimentaban ya los primeros horrores del hambre, y hubieran tenido que rendirse sin la audacia de un fanático que arriesgó su vida y existencia en obsequio de la combatida ciudad, y pereció inmolando antes al rey de Francia. Pero el puñal de Jacobo Clemente ni dejó el trono huérfano ni el ejército sitiador sin caudillo; el amor de las tropas, los derechos de sangre y la voluntad del último monarca, levantaron á Enrique IV sobre el pavés de Clodoveo.

La historia y la poesía han adornado con sus rasgos mas bellos la vida de Enrique IV, presentando á este príncipe como un político profundo, como un carácter noble y generoso, y como un capitan consumado. Enrique, educado desde su infancia en la escuela de la guerra, tenia ciertamente todas las cualidades que constituyen un general distinguido: grandes talentos, una constancia inflexible, un cuerpo robustecido en las mas rudas fatigas, y corazon impasible al aspecto de los mayores riesgos y de las situaciones mas estremadas. Su valor, que era la última y la mas peligrosa de sus cualidades, rayaba en temerario; pero le granjeaba el afecto de sus tropas hasta un grado difícil de comprender. No obstante, Enrique IV levantó el cerco porque se introdujo en el campo el espíritu de discordia, y muchos señores católicos le abandonaban temiendo verse contaminados con sus opiniones heréticas. Tal era el orígen, progresos y estado de la guerra en Francia, cuando acudieron en auxilio de la liga algunas fuerzas alemanas é italianas, destacadas de Flandes á las órdenes del conde de Egmont. Alentado Mayena con estos socorros, se resolvió á presentar la batalla. Admitióla sin vacilar Enrique, y en los campos de Juria pelearon encarnizadamente los dos ejércitos, balanceándose por muchas horas el éxito del combate, hasta que al fin cedieron los coligados, pereciendo Egmont y otros muchos nobles franceses y flamencos (1590).

La batalla de Juria postró las fuerzas de la liga y permitió á Enri-

que IV renovar el cerco de París. Mayena imploró ardientemente el auxilio del parmesano, quien rehusaba arrojarse con el nervio de su gente en una guerra sin porvenir, dejando espuestos y casi á merced del enemigo, los abundantes laureles que habia recogido en los Paises Bajos.

La situacion de Flandes justificaba toda la repugnancia de Alejandro. Este príncipe, con su genio, con su ínclita perseverancia, con su carácter conciliador y afable, con la marcial intrepidez de su ejército, habia logrado estender la dominacion española por quince de las diez y siete provincias. Solo quedaban en pié y sosteniendo el estandarte de la rebelion las dos de Holanda y Zelanda, mas privadas ya de fronteras y fuertemente comprimidas sobre las márgenes del Scalda y del Rhin, su posicion era muy precaria, y Alejandro podia abrigar la esperanza linsonjera de hacerlas sucumbir bajo el último golpe de su espada. Es verdad que Mauricio se habia apoderado de Breda por un ardid y por la cobardía de algunos regimientos italianos; mas el de Parma acudió inmediatamente á reparar el daño, se estableció sobre el Mosa, y hubiera reducido aquella importante plaza sin la órden imperiosa de Felipe II para que avanzara al punto hácia el corazon de Francia. Así, todas las consideraciones militares autorizaban la resistencia del general, pero las razones políticas impelian el ánimo del monarca, y la voluntad de éste era suprema é inflexible.

Alejandro, aun desaprobando esta guerra, mostró en los preparativos su actividad acostumbrada, cuando conoció que era inevitable. Su plan de invasion estaba profundamente combinado. El tercio español de Manrique y el italiano de Capizzuchi, compuestos ambos de soldados valerosos, la flor del ejército, penetraron en el territorio y se dirigieron á Guisa, donde debia tenderle la mano el duque de Mayena, apostado convenientemente en Condé. Despues debia avanzar el mismo Alejandro con un cuerpo mas numeroso, cerrando la marcha el señor de la Mothe con la retaguardia, los trenes y la artillería. Siguiendo este órden prudente, se reanimaba la moribunda esperanza de los parisienses, se conocian á fondo las intenciones y recursos de Mayena, y por último, se sacaba todo el partido posible del tiempo cuyo valor era inmenso en aquellas difíciles cir-

cunstáncias. Mayena, fiel á su palabra, salió de Condé, protegió la marcha de la vanguardia española hasta este punto, y se puso á cubierto de cualquier asechanza bajo el cañon de la plaza.

El 14 de agosto del espresado año de 1590, el príncipe de Parma, habiendo confiado préviamente el gobierno de Flandes al conde de Mansfeld, traspuso las lindes francesas y se incorporó á la vanguardia, sin romper en su largo trayecto una sola lanza con el enemigo. Las tropas españolas ascendian á diez y seis mil infantes y dos mil quinientos ginetes, veteranos los mas, distinguidos con hazañas inmortales y llenos de marcial ardimiento para acreditar en suelo estraño su irresistible intrepidez. El equipo y aspecto de estas tropas eran soberbios; llevaban sobre sus lucientes armaduras y bruñidos cascos, erguidos penachos de plumas y ricos aderezos de oro y plata; sobresalia entre ellos el tercio de Manrique dirigido despues de su insurreccion por Zúñiga, y al cual los franceses, sorprendidos de su lujoso aparato, llamaron el tercio de los señores. Mayena tenia á sus órdenes un cuerpo de caballería muy brillante, compuesto de la nobleza católica, y todo el ejército ascenderia á diez y ocho mil peones y tres mil buenos ginetes.

El voto unánime de los franceses fué que se avanzara sobre París con la mayor rapidez, y que, ó penetrando el cuerpo principal del ejército sitiador, ó dando la vuelta por la estremidad de sus alas, se introdujeran víveres en la atribulada capital. Los mismos soldados españoles, fiando imprudentemente en su valor, querian que se marchase sin demora contra el enemigo, y reputaban cualquier tardanza como mengua de su reputacion; mas Farnesio, impasible en medio de estas sugestiones, se negaba á penetrar en la entraña del reino mientras no llegase su retaguardia con la artillería de campaña y sitio.

En tanto que los confederados permanecian inmóviles, París sufria la mas horrorosa miseria. Asediaba la plaza con tanto esmero el rey Enrique IV, que las mas audaces tentativas del celo político y religioso como los ingeniosos ardides de la codicia, venian á estrellarse en su indeclinable vigilancia. Todos los historiadores presentan el cuadro mas lúgubre de la situacion en que se hallaba aquella infeliz y populosa ciudad. Mas de quinientas mil personas sufrian á la vez y



sin temperamento alguno, todos los horrores del hambre; los hombres de mas alta categoría por pundonor y para sostener con su ejemplo el espíritu de las masas, se alimentaban con los mismos inmundos manjares que servian de débil pasto á la multitud. Entre los hechos de abnegacion merece citarse el de las señoras de Guisa y Lorena, á quien Enrique IV por un rasgo de aquella galantería que le era tan característica, enviaba todos los dias desde su campo platos esquisitos y abundantes, y que ellas, sin probarlos, mandaban á los hospitales. Sin embargo, los males eran tan acerbos, tan intensos, tan rápidamente progresivos, que esto solo servia para exacerbarlos mas. Las sombrías descripciones que nos ha conservado la antigüedad del sitio de Jerusalen, apenas podrian suministrarnos una idea aproximada del estado de París. Los alimentos animales y vejetales, faltaban completamente; muchos hombres de complexion robusta y vigorosa, desfallecian bajo el peso de las armas; las mujeres, mas débiles, sucumbian mas pronto lanzando penetrantes gritos; de madres se refiere que devoraban el fruto de sus propias entrañas; de otras, que faltándoles la leche, se abrieron las venas y aplicaban á la herida los labios de sus tiernos hijos, queriendo darles dos veces la vida á riesgo de la suya propia.

Por último, el hambre redujo á los parisienses al horrible estremo de desenterrar los huesos de los cadáveres, de reducirlos á pasta y de sostenerse con este manjar, sobre todos, repugnante.

Acaso nunca el imperio de un sentimiento ha sido tan absoluto sobre las flaquezas inherentes á la humana condicion. Los parisienses, lejos de aturdirse bajo el golpe de tantas calamidades, persistian en su obstinacion heróica, y si alguno hablaba de rendirse era inmediatamente precipitado en el Sena. Este prodigio de perseverancia en una poblacion tan heterogénea, se debia en gran parte á la noble conducta del duque de Nemours, gobernador de la ciudad, y á los ínclitos esfuerzos del embajador de España D. Bernardino Mendoza, y del sumo pontífice el cardenal Cayetano. Pero el genio y la virtud son impotentes contra el último estremo de la necesidad, y el duque envió á decir á los generales de la liga: «Que si no era socorrido en el término de cuatro dias, París, el emporio del catolicismo, se someteria al monarca hugonote.»

Por fortuna la Mothe, á quien obstáculos invencibles habian impedido acelerar su movimiento, se incorporó al ejército con la vanguardia y un poderoso tren de artillería. Con este refuerzo formaron las tropas coligadas un número de veinte y cuatro mil infantes y cinco mil caballos. Enrique tenia en su campamento veinte de los primeros y siete mil ginetes, los mejores, los mas diestros y vigorosos que hubiera entonces en Europa. Así, pues, habria sido la última imprudencia acometer á este formidable enemigo dentro de sus trincheras, y era tambien muy arriesgado provocarle á una batalla en campo raso, porque su escelente y bajo todos conceptos superior caballería, podia envolver con facilidad al ejército confederado.

Alejandro apreciaba bien estos grandes inconvenientes y no se dejaba arrebatar de la irreflexible intrepidez de Mayena, pero el deplorable estado de París tenia una elocuencia muda que traspasaba todos los corazones; la libertad de esta plaza era el grande objeto de la campaña, y si se perdia por las vacilaciones de Farnesio, quedaban para siempre marchitados los laureles de este caudillo, desautorizada y perdida la liga, y rodeado con la fuerza de su prestigio inmenso el trono de Enrique IV. Era, pues, preciso moverse, arrancar al rey del sitio, avituallar la plaza, asegurarla contra otro asedio, evitando, si era posible, el trance de una batalla.

Alejandro supo realizar estos estremos dificiles por una combinacion que cubrió su nombre de gloria é hizo que se le considerase como el primer capitan de su siglo.

Envolviendo sus verdaderos designios en un velo impenetrable, el parmesano avanzó con su ejército hasta Meaux, al parecer con el objeto de arrojarse espada en mano sobre el campamento enemigo. Pero dos dias despues ordenó un movimiento oblícuo sobre los bordes del Marne, y llegó el 31 de agosto á las posiciones de Claye y Franey, resuelto á instalarse sólidamente en Chelles. Este movimiento estaba perfectamente calculado: si Enrique insistia en el cerco de París, debia temer por la suerte de Lignac, llave del Marne y de sus principales comunicaciones; dado este caso, dueños de Lignac los confederados podian fácilmente socorrer á París, y devolvian la miseria al campo de los sitiadores. Si por el contrario, el rey queria

prevenir los intentos de Alejandro, tenia que levantar el cerco, y entonces respiraba aquella atribulada ciudad. De cualquier modo París sentia el brazo de su poderoso protector; su ocupacion era casi imposible para el príncipe bearnés, y los destinos de la guerra debian depender en adelante de la habilidad de los generales y del valor de los ejércitos.

Enrique seriamente alarmado al saber que el enemigo se dirigia sobre Chelles, se apresuró á prevenirle, enviando á este punto un buen cuerpo de tropas bajo las órdenes de Biron.

En efecto, los franceses llegaron antes á la posicion indicada; mas Enrique se halló burlado en la mayor parte de su plan, porque los parisienses, estando ya desguarnecidos los arrabales, hallaron un medio de introducir en la plaza víveres para quince dias. Enrique comprendió entonces que todo su porvenir estaba enlazado al éxito de un combate decisivo, y levantó el cerco en la misma noche del 31 con tanta precipitacion, que quedaron en el campo inmensas cantidades de víveres con los cuales pudieron destruir su miseria los infelices parisienses.

Al alborear el dia 1.° de setiembre, los dos ejércitos enemigos se hallaban á dos millas de distancia. Los protestantes ocupaban, segun hemos dicho, el pueblo de Chelles, tendido sobre una vasta llanura, á propósito para las maniobras de caballería. Esta posicion se hallaba cubierta por dos colinas paralelas, sobre cuya falda opuesta al campamento francés, estan situadas las aldeas de Franey y Clave donde permanecian los católicos con el arma al brazo.

Enrique, temiendo mas que todo la circunspecta lentitud de Alejandro, porque no podia continuar en su posicion de Chelles, aquejándole ya la falta de subsistencias, ni mucho menos volver sobre París, le provocó caballerosamente á la batalla. El emisario se produjo en términos altivos y capaces de herir la delicada fibra del pundonor, y acabó diciendo que el monarca, su señor, habia recogido muchos laureles en campo abierto para dudar de la victoria, y que el parmesano aprenderia, muy á su despecho, la diferencia que habia entre combatir muros inertes como los de Ambéres y Maestrich, y pelear contra fortalezas de hierro sostenidas por el resorte del pun-

donor é inflamadas por el recuerdo de inmarcesibles glorias. Esta fanfarronada, verdaderamente gascona, encendió la ira en los pechos españoles, y aun puede asegurarse que en el ejército confederado no habia mas que un hombre insensible á semejante ultraje. Pero este hombre era Alejandro. Despreciando aquellas ligeras exhalaciones del orgullo ofendido, siguió impasible y sin descubrirse á nadie, su sábia combinacion. Esta insistencia del genio que avanza directamente hácia su objeto, sin plegarse ante obstáculos de ningun género, es sin duda el mas noble privilegio de los grandes hombres.

Por fin, el ejército confederado rompe su marcha en direccion á Chelles. Un rayo de esperanza brilla en el rostro de los guerreros católicos que creen llegado el momento de acreditar su valor á la vista de su arrogante enemigo. El marqués de Renchiac avanza con la vanguardia compuesta de seiscientas corazas flamencas, igual número de arcabuceros, y mil quinientas lanzas escogidas pertenecientes á diversas naciones. Este cuerpo encerraba la flor del ejército y debia subir á la cumbre de la segunda colina, descender por ella lentamente y no empeñar el choque, aunque fuera muy provocado, sin recibir para ello órden espresa del generalísimo Farnesio. Detras, sosteniéndole inmediatamente, iba el cuerpo de batalla conducido por el duque de Mayena, y formado por la vieja infantería española y alemana. Aquí residia la fuerza principal aumentada con veinte cañones de grueso calibre. La vanguardia, consistente en algunas coronelías de walones, quinientos caballos y la restante artillería, y dirigida por la Mothe, se situó en el declive de la segunda colina y en actitud de enlazarse vigorosamente con el cuerpo de batalla. Alejandro, con una escolta de cien ginetes, se estableció en un sitio culminante y á propósito para observar las maniobras de ambos ejércitos, pronto á volar donde su presencia fuera mas necesaria.

Renchiac, fiel á sus instrucciones, coronó con sus columnas la segunda colina, y lanzó algunos pequeños pelotones para que principiasen el descenso.

Lleno de júbilo Enrique, cree que su enemigo acepta la batalla, y confiando en añadir nuevos laureles á la brillante diadema de

Coutray y Jeria, se apresura á sacar sus tropas de los atrincheramientos y á ponerlas en órden de combatir. Todo el ejército protestante formaba una línea corta y profunda; su soberbia caballería cubria las alas, si bien la mayor parte estaba situada sobre el flanco derecho protegiendo el camino de Lignac. Alejandro observaba hasta los menores movimientos del francés, y se dice que, admirándose de la hábil colocacion de las tropas enemigas, se espresó en los términos mas lisonjeros para Enrique IV.

Los franceses contemplaban al principio con júbilo, despues con sorpresa, y últimamente con indignacion, las estrañas evoluciones de la vanguardia española, que unas veces descendiendo, otras replegándose, y manteniéndose siempre asida al collado, nunca bajaba á la llanura ni aceptaba con franqueza el combate. Tres horas invirtió Renchiac en estas difíciles maniobras, hasta que sintiendo el contacto del cuerpo de batalla, y á una señal de Alejandro, abandonó precipitadamente sus posiciones, retirándose sobre la izquierda en direccion á Lignac. Mayena, á quien Alejandro acababa de revelar sus proyectos, avanzó sobre la segunda colina, la coronó con sus cañones, y se puso en la actitud mas firme para rechazar desde aquella posicion eminente cualquier esfuerzo del enemigo. Mothe, siguiendo el general impulso, marchó sosteniendo á Mayena hasta la falda de la colina. Así, por esta combinacion singular, el cuerpo de batalla vino á quedar convertido en vanguardia, la retaguardia en vanguardia, y la vanguardia en retaguardia. Ésta prosiguió su marcha con una celeridad estraordinaria, y se acercó á Lignac cuando el sol lanzaba sus últimos rayos sobre el horizonte.

Entonces comprendió Enrique el gran pensamiento de su enemigo, y lleno de cólera por verse burlado, quiso ponerse él mismo á la cabeza de un trozo de caballería y perseguir á toda brida á Renchiac. Disuadiéronle de este arrojado propósito sus generales, y Biron con mil ginetes se precipitó al alcance de los españoles. Pero el hábil Alejandro habia previsto este peligro y el medio de evitarlo. Al efecto colocó en un bosque inmediato al camino que llevaba la vanguardia algunos centenares de arcabuceros españoles que acogieron con un fuego horrible á los caballos de Biron. Cuando estos

se hallaban ya muy conmovidos, cayó sobre ellos impetuosamente el italiano Basti, con mil lanzas, y les precisó á buscar el refugio de su campo, mas en aire de fuga que de retirada. Alejandro, atento siempre á la ocasion, aprovechó ésta tan favorable, y decampando llegó con todo su ejército á los muros de Lignac. Al primer ímpetu fueron tomados los arrabales, mas el rio Marne que divide estos de la ciudad, oponia á los sitiadores una barrera invencible, careciendo de barcos para realizar el paso. La guarnicion era numerosa y aguerrida, las murallas robustas y bien reparadas, y el gobernador Lafin, soldado de mucho crédito, reunia á una actividad suma un denuedo heróico. No podia, pues, esperarse que Lignac se rindiera al primer amago del peligro, y en esta persuasion el parmesano tomó las disposiciones convenientes para formalizar el sitio. Pero la mayor dificultad consistia en la aproximacion de Enrique y su interés por salvar la plaza.

A este inconveniente ocurrieron la industria de Alejandro y la pasmosa actividad de su ejército. Secundando generosamente las miras de su jefe, los soldados españoles principiaron á cavar la tierra, y en pocas horas construyeron un atrincheramiento casi inespugnable, coronado de cañones y protegido por la caballería.

Enrique se llenó de dolorosa sorpresa al ver aquellos baluartes improvisados, y se retiró á alguna distancia á la espectacion de una coyuntura propicia. Entretanto los sitiadores fulminaban un fuego devorador sobre la plaza, y aunque el rio debilitaba los efectos de la pólvora, lograron abrir una brecha practicable. La fortuna, compañera ordinaria del genio y del verdadero valor, les deparó seis barcas que los españoles apresaron arrojándose á nado con las espadas en la boca. Construyóse con ellas un puente; el ejército pasó á la orilla opuesta, y dando un asalto furioso, cuyo principal honor perteneció al tercio italiano, penetraron en la plaza, pereciendo ó rindiéndose sus defensores. En vano Enrique acudió á su socorro con un valeroso escuadron, cruzando el rio por el puente de Gornay, pues los españoles habian penetrado ya en Lignac, y él, traspasado de dolor, hubo de retirarse con la indignacion pintada en el semblante y el despecho grabado en el fondo del corazon.

La conquista de Lignac á vista del bearnés y su poderoso ejér-

cito, fué uno de los hechos que mas enaltecieron la fama de Alejandro. La Europa entera que contemplaba indecisa el resultado de esta lucha sostenida entre los dos mas grandes capitanes de la época, ofreció al parmesano un tributo de pura admiracion por su bella maniobra, desconocida hasta entonces en la táctica militar.

Por lo demas, esta maniobra era decisiva para el porvenir de la campaña. Dueños los confederados de Lignac, París se hallaba libre de los horrores de un nuevo bloqueo, y no podia temer un ataque á viva fuerza. El parmesano entró en aquella populosa capital, y fué recibido con ardientes aclamaciones de la entusiasta multitud que miraba y veneraba en él á un ser casi providencial.

Pero la grande alma de Enrique no debia doblarse bajo el golpe de la primera calamidad. Imitando el ejemplo de un general, que repelido de Cápua puso sitio á Roma, el príncipe bearnés rechazado en Lignac, emprendió una marcha atrevida entre las tinieblas de la noche; acercóse á los muros de París, aplicó las escalas y dió el asalto; mas los habitantes, noticiosos de su intento, acudieron en buen número, y le obligaron á retirarse con no menos pérdida que ignominia.

El animoso Enrique no se abatió con este segundo golpe; antes comprendiendo que el triunfo habria infundido en los parisienses una confianza intempestiva, avanzó de nuevo sobre la ciudad á paso de gigante, y renovó el asalto con doble impetuosidad. Ya iban sus intrépidos soldados á poner el pié sobre las murallas del arrabal, cuando fueron descubiertos por unos religiosos jesuitas que rondaban por aquella parte. Lanzando el formidable grito de «al arma, al enemigo», pusieron en conmocion toda la ciudad; mas como el peligro era mas perentorio y pronto que el socorro, los mismos jesuitas, apoderándose arrebatadamente de algunas picas, y favorecidos por cuatro ó seis ciudadanos, acometieron á los mas audaces de sus enemigos y les precipitaron al otro lado de la muralla. Atribúyese el lauro principal de esta hazaña al jesuita Juan Lorino, hombre no menos sobresaliente por su valor que por su mérito científico. Los nutridos escuadrones parisienses volaban entretanto al combate en alas de su entusiasmo, y Enrique se retiró otra vez vencido, pero no sin haber dado á los parisienses una prueba notable de su espíritu y del perseverante denuedo de sus soldados.



Estos reveses, su habitual penuria, y la conviccion de que no podria atraer á su cauteloso enemigo al trance de una batalla, fueron causas suficientes para que el rey licenciara sus tropas quedándose con una escolta brillante, que á la par diera esplendor á su persona, y sirviera como de núcleo á su nuevo ejército.

La ocasion era brillante para que los confederados, disponiendo de fuerzas respetables, exaltadas hasta el heroismo con sus últimas ventajas, y dirigidas por Alejandro Farnesio, tratasen de dar todo el calor posible á las operaciones, quebrantando uno por uno los grandes puntos de apoyo que aun conservaba el bearnés. Sin embargo, muchas circunstancias contribuian á que los coligados permanecieran inactivos ó solo hicieran débiles progresos. La nobleza católica, cansada de la guerra, ó creyendo haber realizado el fin de la campaña, se retiró á sus hogares, y faltó por consiguiente al ejército el nervio de la caballería; los españoles carecian de fondos, de pertrechos militares, y de casi todos los elementos necesarios para sostener el brillo de sus armas.

Mayena y los parisienses, en quienes prevalecia el amor nacional sobre todas las consideraciones de partido, estaban poco dispuestos á hacer nuevos sacrificios para realzar la gloria del parmesano; y este príncipe, no obstante su gran prestigio, no pudo recabar de Mayena una sola plaza donde sus tropas hallaran, caso de necesidad, un abrigo contra los inmediatos rigores del invierno. A este fin, el espíritu de discordia que se desenvuelve generalmente bajo el imperio de la desgracia, brotaba aquí en medio de las prosperidades, y aunque tuviera su orígen en un sentimiento muy noble, no por eso dejaba de ser menos funesto para el porvenir de la guerra.

No obstante, como Alejandro no debia, sin mengua de su reputacion, permanecer con la mano apoyada en el pomo de la espada, y como los parisienses querian que quedasen espeditas todas sus comunicaciones para evitar un nuevo bloqueo, se acordó de poner sitio á Corbeville, fortaleza situada sobre el Sena, y de la mayor importancia para dominar el curso de este gran rio.

El 24 de setiembre rompió el ejército español su marcha desde el campamento inmediato á Lignac, y dió vista á Corbeville. Esta



fortaleza, de forma triangular, está completamente ceñida por el Sena, pues la madre del rio que baña el frente de Corbeville, se comunica con las aguas del foso y con un vasto lago que se estiende á la izquierda. El vigor de una fortificacion romana, aumentado con los ulteriores progresos del arte, y unido á su ventajosa situacion topográfica, hacia de Corbeville una plaza de primer órden y casi inespugnable.

La guarnicion constaba de dos mil quinientos hombres, entre ellos setecientos nobles corazones que, estimulados por el pundonor, estaban resueltos á arrostrar la muerte antes que la ignominia del vencimiento. El gobernador Rigaud, militar encanecido en cien combates, conservaba bajo sus venerables canas todo el ardor de la juventud, y en su cuerpo gloriosamente mutilado, abrigaba una alma capaz de los sentimientos mas heróicos. El sitio de Corbeville duró un mes entero. Alejandro hizo plantar sus baterías contra un baluarte esterior que protegia el foso. Diez y seis horas estuvieron haciendo fuego veinte y cuatro piezas de grueso calibre. Al cabo de este tiempo apareció un poco quebrantado el muro, y Alejandro lanza sobre él al tercio de Manrique. Estos valerosos soldados se precipitan con la cabeza baja sobre una pequeña brecha, y aunque cae sobre ellos una nube de proyectiles, no retroceden un solo paso, é instalándose en el baluarte, le ciñen con una trinchera. Era tal el ardor de los españoles, que habiendo advertido Alejandro que uno de los soldados gravemente herido se apresuraba á llevar tierra para la trinchera, le mandó retirarse; pero el denodado español volviéndose hácia el general le dijo: «Señor, permitidme emplear las pocas horas que me quedan de vida en obsequio y servicio de mi rey, de mi patria y de mi religion.» Los historiadores que refieren este hecho omiten manifestarnos si aquel hombre heróico sobrevivió á sus heridas ó si murió para alcanzar inmortal vida en la memoria de las futuras generaciones.

Estos primeros y felices auspicios podian infundir la esperanza de terminar pronto el asedio, mas escasearon los víveres y municiones en términos que fué preciso comprar en Orleans á peso de oro, trescientas balas de hierro de grueso calibre. Mayena y los parisienses, que habian prometido aprovisionar el campo, lo hicieron

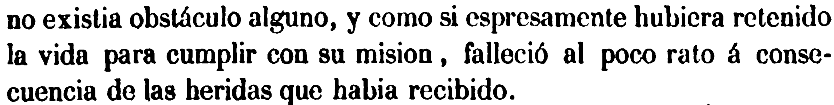
mezquinamente y siempre en la idea de impedir que Farnesio adquiriese demasiada preponderancia.

Entretanto transcurria el tiempo y las baterías fulminaban un fuego lento y estéril que no causaba daño alguno en las robustas murallas. El impaciente Alejandro recorria con la vista todas las inmediaciones de la fortaleza, cuando de repente brotó en su espíritu una idea feliz y que debia ser decisiva. La parte mas flaca del muro correspondia al gran lago que, como hemos dicho, se estiende á la derecha.

Farnesio pensó dirigir su principal ataque por este lado y establecer al efecto dos puentes que enlazaran el pié de la fortaleza con la márgen de la laguna que ocupaban los españoles; ¿mas cómo verificarlo bajo el ojo avizor de los mosqueteros enemigos, siendo ineficaz la proteccion de la artillería española por la vasta estension de la laguna? Para el vencedor de Ambéres esta dificultad no debia ser insuperable, y ciertamente Farnesio presentó á Barosi el plan de una máquina, que este hábil ingeniero se apresuró á construir.

Pero se necesitaba antes medir con exactitud la estension del lago para dotar á los dos puentes de la necesaria longitud. A realizar esta peligrosa operacion se ofrecieron el sargento Nieto y un soldado español; envueltos entre las tinieblas de la noche se arrojaron á nado, y por medio de una cuerda midieron la distancia, mas en el instante en que iban á retirarse, cayó sobre ellos una granizada de balas; Nieto, gravemente herido, fué hecho prisionero; el soldado, mas feliz, llegó con su cuerda á presencia de Alejandro.

Otro rasgo de temeraria intrepidez se refiere al describir el reconocimiento de la laguna. Deseaba averiguar el parmesano si los sitiados para precaverse de cualquier embestida por aquella parte habian clavado estacas en el fondo de las aguas. Dos españoles y dos italianos solicitaron el arriesgado honor de prácticar este reconocimiento, y engolfándose en el lago, discurrieron en varias direcciones aunque con infausta fortuna. De los cuatro, tres perecieron en la demanda; solo el italiano Hector Caballi, luchando penosamente con las olas, pudo salir á la orilla y declarar al general que



no existia obstáculo alguno, y como si espresamente hubiera retenido la vida para cumplir con su mision, falleció al poco rato á consecuencia de las heridas que habia recibido.

Hechos todos los preparativos, se botó al agua la esperada máquina (24 de octubre). Consistia en una especie de casa bastante aplanada, con muchas troneras para dar paso al fuego de los arcabuces. Tenia sobre la cubierta una materia blanda y esponjosa, en la cual debian cebarse las balas enemigas. En el interior iban ochenta arcabuceros, tiradores hábiles, con órden de aterrar al enemigo en el momento en que se presentase sobre los baluartes para hacer uso de sus medios de defensa. Colocóse la máquina sobre tres naves vigorosamente ligadas y precedidas por algunas barcas que conducian los materiales del puente. Tanto los marineros de las naves y de las barcas, como los gastadores y pontoneros, estaban protegidos por gruesas tablas de cedro colocadas en forma de escotilla.

En fin, la máquina avanzó lenta y majestuosamente rizando á su paso las tranquilas ondas del lago. Los sitiados hicieron desesperados esfuerzos para echarla á pique, arrojando sobre ella balas, metralla y piedras de enorme tamaño; pero era tanta su consistencia que no padeció el menor quebranto. Los arcabuceros españoles contestaron con tanto acierto y energía al fuego enemigo, que este se debilitó, y en tanto se establecieron sobre aquella márgen, con admirable rapidez, los fundamentos de ambos puentes. Cubiertos con la máquina como con una egida impenetrable, continuaron sus trabajos, y al cabo de poco tiempo pudo ya el ejército español cruzar al través de la dilatada laguna.

Apresuróse el parmesano á dictar sus últimas disposiciones para un ataque general. Los tercios españoles y walones debian dirigirse por los nuevos puentes y escalar la parte del muro, mientras los italianos espugnaban otro puente de piedra que une las dos orillas del Sena con la plaza. Las tropas marcharon con estraordinario ardimiento; pero la ambicion de gloria suscitó un vivo altercado entre los españoles y walones que se disputaban el paso; altercado que hubiera producido funestas consecuencias sin la intervencion del maestre de campo Zúñiga, el cual, precipitándose en medio de los dos

tercios rivales prontos á venir á las manos, les dijo, señalando con la punta de su espada la cumbre del baluarte enemigo: «Allí está la verdadera gloria, compañeros, y el que me siga se hará partícipe de ella, sea español ó walon.» Estas palabras penetraron como un dardo de fuego en el corazon de los soldados, y precipitándose en pos del generoso Zúñiga, acometen la fortaleza erizada con las picas y bocas de mosquete.

En pocos combates se desplegó un denuedo tan grande como en este de Corbeville. La noche veló con su fúnebre manto muchos y brillantes rasgos de heroismo; pero no pudo encubrir el del capitan español Iñigo Carrillo, quien derribado tres veces desde lo alto del muro, en brazos de sus soldados volvió á subir la cuarta y arrolló cuanto se presentaba delante.

Por último, despues de seis horas de una pelea terrible, las banderas españolas y walonas ondeaban sobre el baluarte, y su vista alentó á los italianos que, encendidos en noble emulacion, hicieron un esfuerzo heróico y se apoderaron del puente de piedra. Pero los franceses, aunque vencidos, no estaban derrotados, y continuaron defendiéndose en el interior de la plaza, regando con un torrente de sangre cada palmo de terreno.

Los setecientos nobles corazas perecieron todos sin volver el rostro al enemigo; solo su comandante Granji se declaró indigno de este honroso cargo, entregándose prisionero y aun estipulando su rescate. Rigaud, el intrépido Rigaud, herido gravemente en un muslo, continuó sosteniendo á los suyos con la voz y el ejemplo, hasta que acribillado á balazos cayó exánime sobre un monton de cadáveres.

De los dos mil quinientos hombres que componian la guarnicion, murieron los mas en el calor de la pelea, y los que intentaron salvarse saltando por la muralla, fueron víctimas de la caballería española. Los vencedores abusaron de su triunfo cebándose con encarnizamiento en los habitantes de Corbeville, si bien el piadoso celo de los capitanes preservó á las mujeres y niños del furor del soldado.

El terror que precedia á las armas españolas, hizo que abriesen sus puertas Ponst-Charenton y Saint-Maure, susceptibles de buena defensa; Meaux, que se mantenia aun en la devocion de Enrique IV, temblaba ya ante la espada de Alejandro, y la conquista de esta



plaza hubiera asegurado á París todas sus grandes comunicaciones.

La penuria, siempre en incremento de los españoles, y la suspicacia de Mayena que persistia en no conceder á Farnesio una plaza donde pudiera acuartelar sus tropas, impidieron segunda vez recoger los frutos de esta campaña. Por otra parte, la situacion de Flandes complicándose por momentos, exigia imperiosamente la presencia de Farnesio. Resolvióse éste á emprender la retirada, de lo que advertido el bearnés recogió el formidable cuerpo de su caballería, proponiéndose ostigar incesantemente á los españoles y aun empeñarles en un lance serio si la ocasion se le mostraba propicia.

Este movimiento retrógrado, verificado al principio de un invierno muy riguroso y bajo la vista perspicaz de un enemigo temible, elevó á su mayor altura la reputacion militar de Farnesio.

Caminaba el ejército español siempre en órden de batalla con sus flancos asegurados por un gran número de carros. El impetuoso Enrique deseaba turbar esta admirable marcha, pero le retraian sus mas viejos y esperimentados consejeros. Sin embargo, el ardor del jóven Biron prevaleció sobre todos los dictámenes de la prudencia, y recabó del rey permiso para caer con un buen golpe de caballería sobre la retaguardia española. Recibiéronle nuestros arcabuceros con un fuego mortífero, y encrespándose la accion acudieron á tomar parte en ella el de Renchiac y el príncipe de Chimai. El conflicto entonces se hizo muy grave; Biron, rodeado por los escuadrones católicos y muerto su caballo, se defendia con una obstinacion heróica. El rey que advirtió su peligro, envió de refuerzo al duque de Longueville, pero al propio tiempo se adelantaron con sus valerosos tercios Idiaquez y Cayetano. La accion hubiera tenido un desenlace muy funesto para los franceses, si la noche no hubiese venido á derimirla, protegiendo su desconcertada fuga. Biron logró salvarse por entre mil peligros, habiendo en cierto modo cubierto con su sobresaliente intrepidez, su falta de circunspeccion. Desde entonces, Enrique limitó todas sus hostilidades á pequeñas escaramuzas, y el ejército católico entró en Guisa con la imponente actitud de vencedor. Aquí dió Farnesio á Mayena cuatro mil hombres, y colocando

otros seis mil en la frontera, se dirigió con el resto de sus tropas hácia el interior del Bravante.

El estado de Flandes era á la verdad muy deplorable. El viejo Mansfeld, reducido á una defensiva estéril, no habia podido contener los progresos de Mauricio que, alentado por la reina Isabel, se apoderó de varias fortalezas, y que aunque rechazado de Dunkerque y Nimega, levantó un castillo en la orilla del Vahal y encadenó con él fatalmente á esta última plaza. Aumentaba el infortunio la sublevacion del tercio de Vega, que oprimido por la miseria, é irritado por la severidad de su maestre de campo, habia abandonado la frontera holandesa y replegádose al corazon de la Flandes. Así la indisciplina de las tropas fomentaba la audacia del enemigo, y éste se disponia sensiblemente á mayores y mas árduas empresas.

Atormentado por sus grandes dolencias, y con su ejército muy disminuido, no podia Alejandro recobrar en breve tiempo las perdidas fortalezas, y mucho menos aquel ascendiente casi omnímodo que ejercia el nombre español en Flandes antes de la guerra de Francia. No obstante, se propuso abatir el castillo levantado por Mauricio en las márgenes del Vahal, y lo hubiera conseguido á no recibir nuevas y perentorias órdenes de Felipe II para acudir otra vez en auxilio de la liga. Pasó nuestro ejército el Vahal á vista de los holandeses, y se acercó á la frontera francesa para recibir los refuerzos que llegaban por diversas partes.

Entretanto el infatigable Mauricio se apoderó de algunas fortalezas, y Nimega, que se habia obstinado en rechazar la guarnicion española hubo de someterse al holandés con condiciones honrosas, pero indignamente violadas por el vencedor.

El peligro de la liga era á la verdad inminente, porque Enrique IV, libre de su poderoso rival, habia reconquistado con feliz rapidez varias plazas, y amenazaba á otras de primer órden.

Salvóse Reims de un rigoroso asedio por la actividad de Mayena que acudió á protegerle con un buen cuerpo de tropas, mas no pudo impedir que Biron sitiase á la importante Ruan, ni que el bearnés se dispusiera á secundarle enérgicamente. Ruan, con puerto escelente, bellas fortificaciones y una poblacion numerosa y rica, estaba reputada por una de las primeras ciudades de Francia, la

fuerza moral que esta conquista ejerceria sobre el espíritu voluble de los franceses, debia ser inmensa. Enrique, levantándose de su momentánea postracion, y distinguiéndose con un hecho tan brillante, podia granjearse la opinion pública y tal vez en favor del héroe se perdonaria al monarca hugonote.

Para impedirlo reunieron sus fuerzas el rey de España, el pontífice Gregorio XIV, Mayena y los demas nobles campeones del catolicismo. El ejército entero, que subia á diez y ocho mil infantes y cuatro mil caballos, fué puesto á las órdenes de Alejandro, quien rompió su marcha en direccion á Ruan en los primeros dias de 1592.

El activo Enrique destacó al punto seis mil caballos de su linea, y avanzó resueltamente al encuentro de los españoles. Hubo un sangriento combate con la vanguardia, en el que Enrique IV fué herido y corrió inmediato peligro de caer prisionero; debió su libertad á la circunspeccion de Alejandro que marchaba cautelosamente sobre un terreno muy accidentado y poco conocido.

En tanto Biron, auxiliado por algunos tercios de ingleses y escoceses, lanzaba sobre la plaza millares de proyectiles, sin perdonar la accion lenta y mas segura de las minas.

El gobernador, marqués de Villars, noble francés, de tanta pericia como denuedo, apuraba los recursos de su ingenio, todos los medios del arte para suscitar nuevos obstáculos al enemigo, pero los progresos de éste eran muy sensibles y la fuerte Ruan se hallaba muy próxima á su ruina.

La vista de las banderas españolas infunde nuevo aliento á los sitiados. Habíase puesto Alejandro en actitud de introducir en la plaza un fuerte socorro, antes de aventurar la batalla, y la suprema habilidad de sus maniobras produjo aquí un resultado tan próspero como en Chelles. Mil quinientos hombres cruzando audazmente por entre las legiones inglesa y escocesa penetraron en la plaza. Villars concibe entonces la noble ambicion de hacer levantar el sitio por medio de una impetuosa salida. La fortuna favorece abiertamente su osado proyecto; todo huye ó se aterra á su paso, y sembrando el campo de cadáveres, lleva el incendio á las obras y el terror al corazon de los enemigos. Si el ejército auxiliar hubiera combinado

sus movimientos con la guarnicion, la derrota de los sitiadores era segura, y completa; Alejandro queria, atravesando rápidamente el Soma, arrojarse espada en mano sobre el campamento enemigo, pero Mayena, dominado siempre por un deplorable espíritu de rivalidad, se opuso á esta operacion que hubiera decidido la campaña. Villars, satisfecho con los laureles que acababa de alcanzar, y temiendo atraer sobre sus brazos todo el ejército protestante, se replegó á la plaza lleno de gloria y de botin. La oportuna ocurrencia de Enrique IV á sus reales, restableció la confianza en todos los corazones atribulados por el último revés; renováronse los ataques con redoblado furor, y Villars, no obstante su orgullo heróico, imploró el auxilio del parmesano.

Este hábil y noble caudillo, posponiendo todos sus resentimientos personales al interés de la causa comun, se puso inmediatamente en marcha, cruzó con el agua al pecho el rio Soma, á su embocadura con el océano, y se presentó á la vista de Enrique sin que este príncipe se hubiera apercibido de su movimiento. El sitio haciase desde aquel instante imposible, porque Alejandro, cubierto con el cañon de la plaza, podia pelear ventajosamente. Apresuróse el rey á levantar su campo, y Alejandro hizo su entrada en Ruan precedido por un pueblo inmenso que bendecia su nombre.

El general español no queria reposar á la sombra de sus laureles. Pensaba que la guerra se mantendria en pié y la fortuna fluctuante, mientras Enrique conservara bajo sus órdenes un cuerpo de tropas, y que ante todo debia perseguir vivamente á este príncipe, derrotarle y reducirle en alguna plaza ó fortaleza.

A la verdad todas las circunstancias autorizaban á tomar una ofensiva vigorosa; pero la oposicion de Mayena impidió llevar á cabo este proyecto tan audaz como acertado, y limitó las operaciones al sitio de Caudevec, fortaleza situada sobre los bordes del Sena. La espugnacion de Caudevec no fué larga ni dificil, pero hubiera podido ser muy funesta para los confederados, si la bala que hirió al parmesano en el brazo izquierdo, le hubiese arrebatado la vida. Conquistada la plaza, se debatió de nuevo y acaloradamente el partido que se debia tomar. Alejandro insistia en que se cruzara el Sena para no verse encerrados por el bearnés en el vértice del ángulo que

forma este rio al desembocar en el océano; el jóven duque de Guisa, alma ardiente, generosa y seducida por el genio de Alejandro, apoyaba esta opinion, mas prevaleció fatalmente la de su tio el duque de Mayena, quien rebozó diestramente sus intereses particulares con la necesidad de proteger á Ruan contra un nuevo asedio. Enrique, que habia aumentado considerablemente sus tropas, conociendo el desacierto de los confederados, se acercó á Caudevec y cubrió sólidamente los dos estremos del ángulo, mientras la escuadra holandesa descendia al Sena y amenazaba la retaguardia de Farnesio.

En esta terrible situacion, el ejército de la liga, falto de víveres y de comunicaciones, debia perecer aconchado sobre los bordes del Sena; Enrique lo creyó asi y aun se apresuró á comunicar esta lisonjera esperanza á las ciudades que seguian su voz. Mas el grande Alejandro halló medio para vencer obstáculos que en aquella época se consideraban insuperables, y por un prodigio de audacia y de genio cruzó el rio á la vista de su presuntuoso enemigo, sin perder un solo bagage y casi sin derramar una gota de sangre. Se dice que Enrique derramó lágrimas de desesperacion al ver que su enemigo se habia escapado. Farnesio taló en seguida todo el territorio que dejaba detras de sus pasos, redujo á cenizas á Neubia, pueblo muy adicto al de Bearne, y repasando el Sena cerca de París, entró en esta capital, donde todavía su presencia escitó transportes de entusiasmo. Robustecida la guarnicion de París con mil quinientos españoles, se puso en marcha para Chateau-Tierri, en cuyo punto concedió algun reposo á su ejército. A fin de hacer su retirada mas imponente, y retirarse con el brillo de la victoria, arrebató en el camino á Espernay, plaza de alguna consideracion.

Despues encomendó el ejército al italiano Apio Conti, y entrando en Flandes se dirigió á los baños de Spá, para buscar en la virtud de aquellas aguas, un remedio contra sus habituales dolencias, muy exacerbadas ya con la reciente herida. Pero los reveses que esperimentaron en Flandes las armas españolas, envenenaron sus males físicos, y enfermo de alma y de cuerpo, falleció en Arras, este hombre estraordinario, que por el número y variedad de sus hazañas, por la brillantez de su genio y por su consumada peri-

cia apenas tuvo rival en los tiempos modernos, y pudo entrar en parangon con los mas grandes capitanes que celebra la antigüedad, habiendo llevado con honra el gran nombre de Alejandro. Su muerte señaló el principio de nuestra decadencia, pues aunque nuestras tropas conservaran aquellas grandes cualidades que las hicieron tan temibles en todos los puntos de Europa, no tuvieron ya el consejo y la direccion de esos hombres eminentes que el dedo de la Providencia hace brotar como un metéoro para engrandecer é iluminar una época privilegiada.

La guerra de Francia, la escasez de recursos, y mas que todo la muerte de Alejandro, tornaron de próspera en adversa la campaña de Flandes. El octogenario conde de Mansfeld que quedó mandando las tropas católicas, ni tenia las estraordinarias cualidades del parmesano, ni aquel prestigio inmenso que habian dado á éste á la vez su gran carácter, su regia alcurnia, y sus inmortales hechos. Mansfeld, mal quisto de los españoles por su cualidad de estranjero, poco respetado de los nobles flamencos que se consideraban sus iguales, no podia realmente manejar con vigor el resorte de la autoridad. Sus fuerzas disponibles apenas bastaban para sostener la demanda en un diámetro de centenares de leguas, y en un pais en que los accidentes del terreno hacen muy dificil toda combinacion. Asi es que las operaciones fueron en sensible y progresiva decadencia, adquiriendo en la misma proporcion auge y vuelos la audacia del enemigo. En esta situacion el jóven Mauricio de Nassau puso la vista en Gertrudemberg, plaza respetable por su fortaleza. Acometióla con débil golpe de gente, y aunque Mansfeld tuvo tiempo para protegerla, no lo hizo sin embargo, con lo que Nassau robusteciendo su pequeño ejército y atrincherándose fuertemente, estableció un sitio en regla. Resistió la ciudad los horrores del hambre y del bombardeo, mas viéndose destituida de todo auxilio, hubo de entregarse al cabo de cuatro meses, saliendo libre la guarnicion.

Mansfeld fué repelido en una séria tentativa que hizo contra Creve-cœur, habiendo los holandeses inundado los reales españoles. Algo mas afortunado Barlemont, logró rechazar, no sin esfuerzo y gloria, á Felipe de Nassau que habia invadido el Luxembourgo, mientras su hermano Guillermo penetraba en la Frisia. Contra esta mar-

chó Verdugo resuelto á convidarle con la batalla, mas no le pudo arrancar de sus atrincheramientos y hubo de retirarse afligido por los rigores del invierno. Mondragon fué el único que sostuvo dignamente el honor de las armas españolas, arrollando al enemigo en la Vassée y precipitándole en sus naves, en cuyo combate se manifestó el denuedo de Alonso Idiaquez. Pero la sublevacion de las tropas que guarnecian el Haynaut y el Artois, debió reputarse como el mas deplorable de estos reveses y el mas dificil de reparar, careciendo Mansfeld del dinero necesario para ocurrir á las necesidades de la guerra.

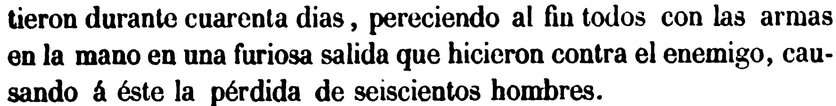
La de Francia despedia sus últimos resplandores. Sin embargo, el español Lizarza, auxiliado por D. Antonio Manrique, derrotó al francés Matignon, obligándole á levantar el sitio y á retirarse con pérdida de ochocientos cuarenta hombres.

Declinaba sensiblemente en Flandes la causa española, contribuyendo á ello en gran manera la indisciplina y contumacia de las tropas (1594). Habia sido nombrado gobernador de los Paises Bajos Ernesto, archiduque de Austria, mas no concurrian en este príncipe aquellas cualidades eminentes que descienden del general hasta el corazon del soldado, y que hacen que soporte sin murmurar los mas rudos trabajos y las mas fuertes privaciones. Por otra parte, las naciones como los individuos, tienen el acceso consiguiente á sus grandes prendas características; la milicia española, en la que el sentimiento del pundonor era capaz de producir los rasgos mas heróicos, se ofendia al creer que sus preclaros servicios se compensaban con la ingratitud, dejándola sumida en la penuria. Este orgullo tan noble, tan útil en ocasiones y tan pernicioso en otras, rompia fácilmente el vínculo de la subordinacion. Si todo el genio y la inmensa gloria de Alejandro no habian sido suficientes para imponer á aquellos altivos ánimos y reducirles á la estrecha esfera del deber militar, ¿cómo podia alcanzar este resultado un jefe que no tenia para ellos ningun título brillante, ni motivo alguno de esa íntima afeccion que solo se contrae en medio de poderosos peligros? Subleváronse, pues, altamente algunas tropas, y sin mas guia que sus pasiones irritadas, se abandonaron á deplorables escesos. El obispo de Liéja, amenazado de cerca por estas bandas indisciplinadas, pudo conjurar la tempes-

tad entregando la suma de quince mil escudos. Despues de haber empleado Ernesto inútilmente su autoridad y sus ruegos para reducir á los revoltosos, envió contra ellos un tercio de españoles mandados por D. Luis Velasco. Habíanse hecho fuertes los sediciosos en Sichen, y aquí se defendieron con estraordinaria pertinacia; mas no considerándose bastante seguros buscaron un asilo bajo el cañon de Breda, ofreciendo sus servicios á Nassau. Rehusólos éste, y aquellos desesperados pasaron á Francia para militar á las órdenes de Enrique IV.

La fatal situacion de las fuerzas católicas dió aliento al enemigo para acometer diferentes empresas. Frustrósele á Mauricio de Nassau la de penetrar en Utrech, habiendo descubierto y prevenido la guarnicion sus asechanzas; mas ganó, espada en mano, á la importante Groninga. Neutralizaron en parte el efecto moral, producido por esta desgracia, los Mansfeld padre é hijo, quienes formando un buen cuerpo de tropas, se arrojaron sobre los franceses y holandeses que invadian el Luxembourgo, logrando espulsarlos con mucha gloria propia y no pequeña pérdida del enemigo. Tambien Cárlos Mansfeld reportó un triunfo insigne en la frontera, apoderándose de la Chapelle, fortaleza muy interesante que cerraba el camino hasta el corazon de la Francia. Las mezquinas rivalidades existentes entre el duque de Mercoeur y los españoles, impidieron que estos alcanzaran en la Bretaña ventajas proporcionadas á su valor y esfuerzos. Dieron de ellos alta prueba en la defensa de un fuerte que se estaba construyendo cerca de Brest para cerrar el paso del océano á los buques ingleses y holandeses. Guarnecian el fuerte cuatrocientos españoles mandados por D. Tomás Pujadas, capitan que inmortalizó su nombre sucumbiendo en este honroso empeño. Acometiólos el francés con fuerzas muy respetables, y se precipitó en el asalto por las partes mas inaccesibles del muro que no estaba concluido. La vigorosa reputacion de Pujadas no alteró el estado de ambos beligerantes, porque Aumont continuaba robusteciéndose con el auxilio de la Inglaterra, al paso que Mercoeur permanecia á poca distancia sin sacar su espada ni disparar un arcabuz. El español Aguilar, falto de caballería, no pudo hacer mas que algunos amagos estériles, pero aunque destituidos de toda esperanza, se resis-





tieron durante cuarenta dias, pereciendo al fin todos con las armas en la mano en una furiosa salida que hicieron contra el enemigo, causando á éste la pérdida de seiscientos hombres.

Mas propicia nos fué la fortuna en el territorio saboyano. Asediaban los franceses á Viena, teniendo reducida la plaza á la última estremidad; pero habiendo acudido en su auxilio D. Jorge Manrique con un buen golpe de gente, ahuyentó al enemigo con poca efusion de sangre. Este feliz suceso alentó á los españoles para pasar de la defensiva á la ofensiva, é intentaron apoderarse de Briquerca que Lesdigueres habia fortificado esmeradamente y cubria con su espada. Concurrieron Padilla é Idiaquez con mil quinientos ginetes, obedeciendo sin embargo las superiores órdenes del duque de Saboya. El sitio fué estrecho y apretado; los franceses se defendieron con vigor, y en el primer asalto quedaron maltratadas las tropas hispano-saboyardas, pereciendo entre otros muchos D. Gabriel Manrique, jóven de prendas relevantes, cuyo brillo eclipsaba el de su ilustre cuna. Encendidos en cólera los sitiados, practicaron varias salidas, y en una de ellas hubiera quizá sido envuelto el ejército sitiador sin la intrepidez del duque que arrebató á su enemigo los laureles de la victoria que tenia por segura. Avanzó entretanto Lesdigueres á la cabeza de siete mil hombres y en ademan imponente; mas no se resolvió á venir á las manos, y los sitiados, destituidos de toda esperanza, capitularon bajo honrosas condiciones. Por último, los franceses, faltándoles puntos de apoyo, repasaron los Alpes con el semblante abatido y sus filas desmembradas.

Motivos mas bien de política interior, que consideraciones internacionales, movieron al rey de Francia á declarar la guerra al de España (1595). Pero esta guerra, anunciada con mucho estrépito y pompa, fué en un principio bien poco sangrienta, siendo teatro de ella la Borgoña. Defendia aquí los derechos de Felipe II, D. Juan de Velasco, hábil capitan y valeroso soldado, quien en un combate empeñado cerca de Dijon, derrotó á Biron y faltó poco para que hiciera prisionero á Enrique, que se habia lanzado en la pelea con mas calor que prudencia. Mas la infidelidad de Mayena hizo que Dijon cayera en poder de los franceses, y las hostilidades se prosiguieron

con inconstante fortuna, hasta que estinguido el fuego de la guerra en aquella provincia por la mediacion de los suizos, se retiró Velasco con sus tropas á Lombardía.

El cambio de general produjo otro favorable á la causa española en los Paises Bajos. Sucedió al archiduque Ernesto el conde de Fuentes, gran soldado, hombre de claro ingenio, de imaginacion fecunda y de una actividad verdaderamente estraordinaria. Fué su primer hecho de armas la reconquista de Huy, fortaleza muy importante y en cuya espugnacion brilló mucho la pericia militar de la Mothe. Al propio tiempo Verdugo arrojó del Luxembourgo á los franceses y holandeses que se obstinaban por afianzarse en este territorio tan á propósito para sus planes.

Una muerte temprana, porque los grandes hombres siempre mueren pronto, sobrecogió á Verdugo y privó á la causa española de uno de sus mas robustos pilares. El marqués de Varambon y el príncipe de Chimay, amenazaron débilmente á Dourlens y Cambray, pero mas venturoso ó con mayores medios el italiano duque de Pastrana, se apoderó de la fortaleza do Chatelet.

Fuentes, seducido por Gomeron, que habia ofrecido entregarle el castillo de Ham, se puso en marcha con poco caudal de gente; mas Gomeron, con una mala fé mas que púnica, se retractó con la esperanza de mayor lucro. Gomeron cayó en poder de los españoles y pagó con la cabeza su perfidia, mas no pudo Fuentes penetrar en el castillo, porque acudió é guarnecerle Serrabal con tropas de refresco.

Los sitios de Dourlens y de Cambray son los acontecimientos mas notables de esta campaña.

Estas dos plazas se protegian mútuamente, y ambas podian oponer una resistencia vigorosa. Acometió el conde de Fuentes á Dourlens con poca esperanza de penetrar en ella por un golpe de mano, y en efecto, la enérgica actitud de los sitiados le obligó á formalizar el asedio. En los primeros dias murió Valentin, señor de la Mothe, flamenco tan distinguido por su acendrada fidelidad á la causa española como por su intrepidez y vastos conocimientos militares, mas este funesto accidente no debilitó las operaciones. El francés Bullon, que comprendia la importancia de aquella plaza,

voló en su auxilio resuelto á salvarla aun al trance de una batalla. Empeñóse esta el dia 24 de agosto, y fué porfiada y sangrienta, pero la caballería francesa abandonó por fin el campo muy maltratada, faltándola el nervio de la infantería, que pereció completamente.

Sin embargo, continuaron defendiéndose los sitiados con valeroso teson; los impetuosos españoles, viendo la brecha abierta y practicable, se lanzaron al asalto acaudillándolos el capitan Tello Portocarrero. Nada fué capaz de resistir este choque terrible, y la guarnicion, arrollada en todas partes, fué sacrificada implacablemente por los vencedores.

Fenecida esta empresa, el conde de Fuentes, disfrazando sus designios con hábiles maniobras, se arrojó de repente sobre Cambray. Todas sus fuerzas disponibles consistian en diez mil hombres de tropas veteranas.

Era á la verdad árduo proyecto el de sitiar con tan corto ejército una ciudad que abrigaba en su recinto igual ó mayor número de defensores, y que tenia la reputacion de plaza muy respetable; mas el animoso conde, cerrando los oidos á las circunspectas consideraciones de sus oficiales, persistió en su idea y la llevó á cabo con mucha felicidad. La línea de circumbalacion de esta ciudad tan estensa, quedó débil en muchos puntos, y aprovechándose de esta circunstancia el capitan francés Vic, introdujo en la plaza un refuerzo de quinientos hombres.

No declinó un punto con este suceso la perseverancia del español; la ciudad se halló muy pronto combatida y afligida con los estragos de las minas y del cañon. Por fortuna los habitantes, que soportaban con mucha impaciencia el yugo francés, evitaron á los sitiadores los azares de un asalto, y ajustada la capitulacion, abrieron las puertas de su ciudad el dia 8 de octubre. Cuatro despues se entregó el castillo, donde con esperanza de mejor fortuna se habia refugiado la guarnicion francesa.

Prosiguióse la guerra en Flandes con estraordinario calor y gloria de los españoles. En vano Enrique IV y Mauricio de Nassau intentaron divertir sus fuerzas atacando el primero á la Fere (1596), y sitiando el segundo á Grol, pues el monarca francés consumia sus



talentos lentamente y el vigor de su ejército, y Mauricio, amenazado por Mondragon, hubo de replegarse sobre la frontera holandesa, pasando de la ofensiva á la defensiva; pero incitado de cerca por los españoles, el ejército holandés admitió la batalla. Maniobraron en ella los españoles con tanta habilidad, que envolviendo las dos alas de los holandeses y arrojándolas sobre el centro, produjeron en ellos una gran confusion. Mauricio debió su vida ó su libertad á la circunstancia, puramente fortuita, de no haberse hallado en esta funcion, pero sus dos hermanos Felipe y Enrique, quedaron el uno muerto y el otro prisionero. El júbilo consiguiente á esta victoria se aumentó con la noticia de haber reportado los españoles otra ventaja insigne contra Harenquier, gobernador de Breda, que intentó apoderarse por sorpresa de aquella plaza. Lograron en efecto, favorecidos por las tinieblas de la noche, penetrar en Liere los holandeses, mas rehaciéndose la débil guarnicion y volando á su auxilio los españoles de Ambéres y Malinas, se empeñó en las calles un combate furioso, del que solo sacaron los agresores mucha pérdida é ignominia.

La separacion de Fuentes y el fallecimiento de Mondragon, que terminó á los noventa y un años una existencia coronada de gloria, parece que debian haber detenido el vuelo de estas prosperidades, mas no fué así ciertamente. El cardenal Alberto, que reemplazó al conde de Fuentes en el gobierno de Flandes, ocultaba bajo el humilde vestido eclesiástico, un corazon de fuego y una alma capaz de los proyectos mas audaces. Su primer pensamiento fué el de socorrer á los españoles de la Fere, á quienes habia alcanzado ya la fria y penetrante espada del hambre. Realizóse esto felizmente, merced al celo é intrepidéz del italiano Jorge Basta, y entonces Alberto, queriendo señalar los principios de su gobierno con algun hecho sobresaliente, se resolvió á poner sitio á Calais.

A la cabeza de doce mil infantes y tres mil caballos rompió el cardenal su marcha desde Bruselas en los últimos dias de marzo. El misterio mas profundo envolvia el paso de esta espedicion. Creyóse generalmente que el cardenal avanzaba al auxilio de la Fere, y dando como cierto este plan, el diligente Enrique apercibió su ejército para el trance de una batalla. Mas Alberto, adelantándose

velozmente y arrebatando al paso á Risbane, precipitóse sobre Calais, batiendo la plaza con una violencia y actividad estraordinarias. No quisieron los sitiados, viendo la brecha practicable, correr las estremidades de un asalto, y así evacuaron la ciudad replegándose á la fortaleza.

Un movimiento rápido que hizo Enrique desde la Fere, infundió nuevo aliento á la guarnicion de la fortaleza; no obstante, habria capitulado sin un refuerzo poderoso introducido por el francés Compagnol. Redoblóse con la resistencia el furor de los españoles, y aunque repelidos en el primer asalto, le renovaron sin esperar la órden de sus jefes y aterraron cuanto se les presentó delante. Pero sucediendo felizmente la piedad á la cólera, cesó la matanza tan pronto como la pelea, salvando su vida á espensas de la libertad, muchos de los franceses. Evaluóse la pérdida de estos en setecientos hombres; la del vencedor, aunque mal determinada, debió ser considerable; la hizo muy sensible la muerte de Pacioti, sábio ingeniero, director de la artillería. Con la toma de Calais, los castillos de Ham y Guines, privados de sus comunicaciones recíprocas, apenas podian sostenerse, y en efecto, se entregaron á la primera intimacion.

El infatigable Alberto no bien se posesionó de Calais, cuando dispuso, dejando bien guarnecida esta plaza, arrojarse espada en mano sobre la de Ardres. Pero toda su presteza no pudo impedir el que se introdujeran en ella mil quinientos enemigos. Formalizóse el sitio; jugaron al mismo tiempo cuarenta y dos piezas de artillería, y á su terrible impulso se desplomó un gran lienzo correspondiente al muro de los arrabales. Una columna española, dirigida por el capitan Tejada, subió á la brecha con ejemplar denuedo, y abatiendo al enemigo, mas fuerte por su número que por su valor, se hizo dueño de los arrabales. Consternado con este suceso el gobernador Belin, se apresuró á entregar la plaza, obteniendo para sí y los suyos decorosas condiciones.

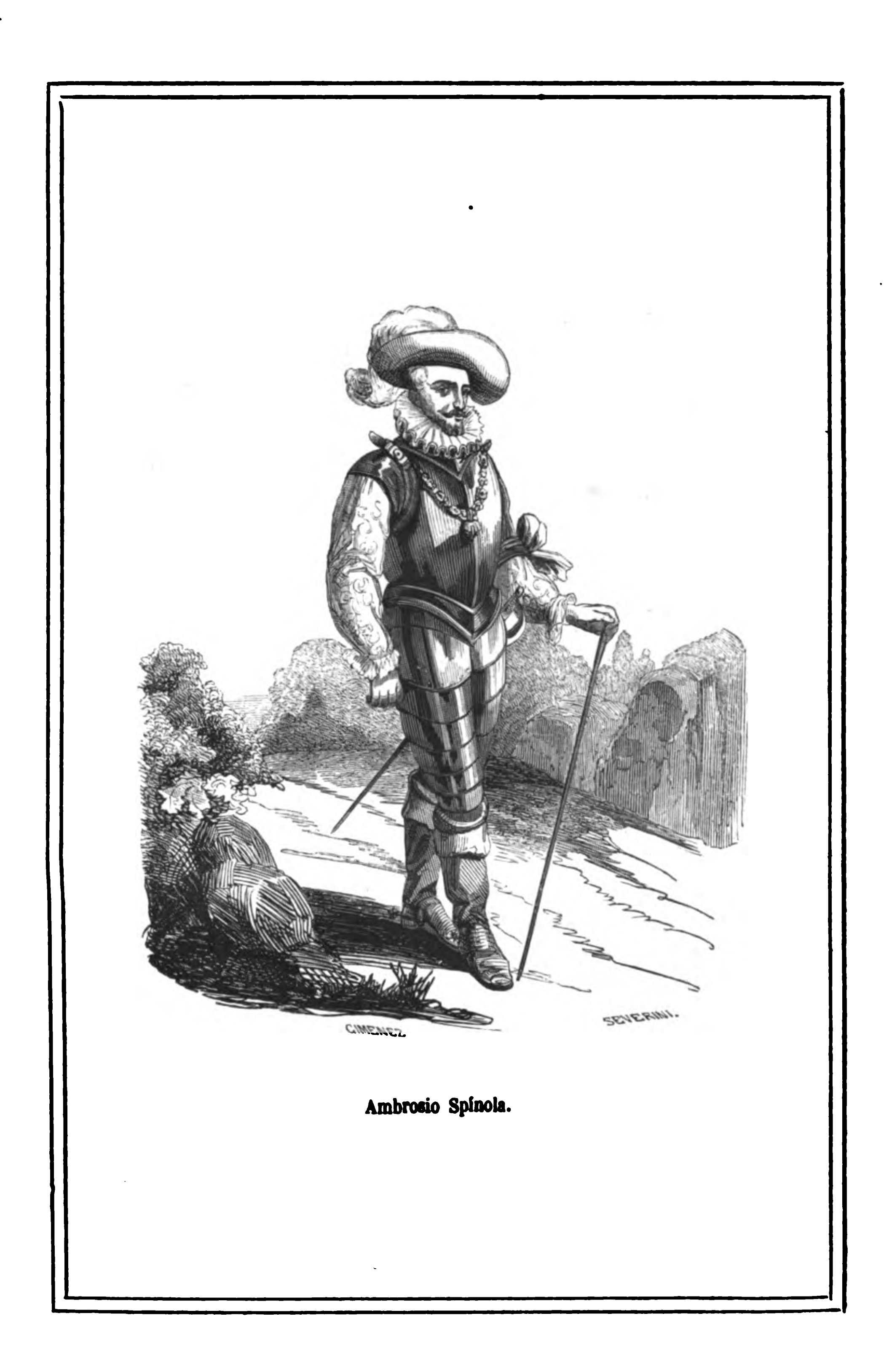
No pudieron los franceses compensar estas pérdidas con la reconquista de la Fere, donde la guarnicion española hizo durante siete meses prodigios de valor, cediendo, mas que á la fuerza enemiga, á los horrores de la miseria; pero cediendo noblemente,

pues salió de aquella fortaleza con todos los honores militares.

Reprimida la arrogancia francesa, el cardenal revolvió audazmente sobre los holandeses y puso sitio á Hulst, plaza muy fuerte en el corazon de Zelanda. Este sitio ofrece todas esas maravillas de constancia que tantas veces mostró en aquella época la nacion española. En medio del invierno, y casi siempre con el lodo á la rodilla, nuestros soldados trabajaron, combatieron de dia y de noche, y redujeron por último al enemigo á la desesperacion. Sin embargo, en medio de sus transportes de ira, sintió éste que le faltaban fuerzas para resistir al asalto, y cuando ya los españoles coronaban el muro, Jorge Everardo, gobernador de la plaza, envió al cardenal un parlamentario. Estipuláronse las condiciones con la rápida brevedad que el caso requeria, saliendo en su consecuencia de Hulst la guarnicion holandesa, desarmada y sin bagages.

Estos venturosos sucesos produjeron una reaccion terrible. Enrique IV, obstinándose en devolver con usura al rey de España cuantos males suponia haber recibido de él, hizo alianza con la reina Isabel, cuya profunda enemiga hácia los españoles no habia podido estinguir la mano analítica del tiempo. El primer fruto de esta alianza fué una armada inglesa, que fuerte de ciento cincuenta navíos y dirigida por el conde de Essex, hizo vela en direccion á Cádiz.

Cuando la sangre afluye con mucha precipitacion á los miembros, el corazon se queda sin el conveniente elemento de vida, y puede sucumbir en una ligera lucha. Así sucedia en España en esta ocasion. Mientras enviaba poderosas flotas á recorrer el océano y dominar lejanas regiones, las costas de la península se hallaban abandonadas y sin medios para resistir al poderoso armamento británico. Así es que Essex llegó sin obstáculo al puerto de Cádiz, apresó y derrotó una escuadra española compuesta en su mayor parte de buques mercantes, desembarcó sus tropas, acometió la ciudad, donde á la sazon ni habia jefes ni un solo cuerpo de tropas reglamentadas, y despues de un combate mas tumultuoso que sangriento, y arrollando al pueblo mal armado, se hizo dueño de la ciudad, donde la soldadesca desenfrenada cometió escesos de todo linage. Con un botin inmenso, y la esperanza de mayor fortuna, Essex abandona á Cádiz, presa del incendio, montó de nuevo en sus



Ambrosio Spínola.

buques, hizo algunos estragos en las costas de Portugal, y regresó á Inglaterra lleno de gloria y de riquezas.

Tambien los corsarios ingleses que infestaban el océano atlántico pretendieron cebarse en nuestras posesiones ultramarinas, mas fueron vigorosamente repelidos y casi aniquilada una de sus escuadras mas considerables.

Fué fecundo en calamidades para la causa española el año 1596, si bien nuestros soldados se mostraron dignos de sus mas bellos dias. Inauguróse con la funesta batalla de Tuerhol, en la que el conde de Warax, general católico, perdió en el campo su vida y la de dos mil hombres italianos y alemanes al sueldo de España. El vencedor Mauricio de Nassau, tomó inmediatamente la fortaleza de Tuerhol; y no queriendo, ó no pudiendo por falta de fondos, sacar mayor partido de su victoria, se retiró con el ejército á la Haya. Pero los hechos mas importantes de esta campaña fueron la conquista y pérdida de Amiens, ciudad muy floreciente bajo el aspecto mercantil y muy importante bajo el militar, pues era la llave del rio Soma. Penetró en la plaza Hernan Tello, valiéndose de un ardid ingenioso (1), y se propuso conservarla desplegando todas las raras cualidades de su carácter verdaderamente heróico.

Herido Enrique como de un rayo con la noticia de haberse perdido Amiens, reunió precipitadamente un ejército formidable, y juró reconquistarla aun á costa de los mas fuertes sacrificios. Alberto por su parte, pretendió robustecerla con oportunos refuerzos. Hubo bajo los muros de Amiens un choque sangriento, favorable á los españoles, despues del cual éstos, acaudillados por Guzman y penetrando el cuerpo del ejército francés, lograron introducirse en la plaza en número de mil doscientos hombres.

(1) Vistió de paisano á diez y seis soldados que hablaban bien el francés, y provisto de sacos de nueces y cestos de manzanas, se dirigieron estos soldados hácia la plaza, siguiéndoles un carro de heno en que iban escondidas sus armas. Al entrar los disfrazados por la puerta de Montreseul, uno de ellos dejó caer su saco, las nueces se esparraron por el suelo, y la guardia se echó sobre ellas. Al propio tiempo al ruido de un pistoletazo, que era la señal convenida, los fingidos nueceros cojen sus armas y se lanzan sobre los indefensos soldados. Se precipita tambien sobre la mencionada puerta una columna que estaba emboscada en las inmediaciones, y en pocos momentos se hace dueña de la plaza. De aquí el refran: *Mas es el ruido que las nueces.*



Proseguia Enrique el asedio con estremado rigor, mas no declinaba un punto la valerosa constancia de los sitiados. El heróico Portocarrero, indignándose de permanecer encerrado dentro de los muros, hizo frecuentes salidas, con tanto ímpetu y tan singular pericia, que Enrique necesitó todo su talento é intripidez para sostenerse. Estimulado Alberto por el peligro que corrian aquellos valientes españoles, resolvió socorrerlos marchando á la cabeza de un ejército. Constaba este de veinte mil infantes y cuatro mil ginetes, número muy inferior al de los franceses. No obstante, en el primer choque alcanzaron los españoles todo el honor y ventajas de la iniciativa, y si el cardenal hubiese secundado el estremado ardor de sus tropas, podian haber cambiado en un dia los destinos de la campaña. Mas Alberto no quiso comprometerse sériamente por una plaza cuya posesion en todo evento debia ser precaria, y así practicó un movimiento retrógrado para cubrir el corazon de Flandes que habia quedado desguarnecido.

Entretanto pereció el magnánimo Portocarrero, arrebatado por una bala enemiga, quien, como dice un escritor distinguido, encerraba en un cuerpo pequeño una alma de gran temple, y que llevó al sepulcro el sentimiento de los suyos y la admiracion de los estraños. Sucedióle el italiano, conde de Montenegro, capitan tambien de ánimo escelso é ilustrado con muchas hazañas. Destituido de todo socorro, siguió no obstante defendiéndose con suma constancia hasta que recibió órden de Alberto para salvar los restos de la guarnicion por medio de una capitulacion honrosa. Otorgósela fácilmente Enrique, satisfecho con haber recobrado á este precio una ciudad tan interesante.

No se limitaron á esto nuestros reveses. Mauricio tomó, parte por ardid, parte por fuerza, varias ciudades en la orilla izquierda del Rhin, asegurando de este modo sus comunicaciones con los protestantes alemanes, y poniéndose en disposicion de inquietar al arzobispo de Colonia. Para colmo de infortunios, una poderosa armada española que hizo rumbo á las costas de Irlanda, donde el católico conde de Teron combatia la dominacion inglesa, fué arrebatada por una tempestad y repelida con mucho quebranto hácia los puertos de Galicia. Atribuyóse este desastre á la imprudencia de haberse levantado



anclas en la tormentosa estacion del otoño, pero de cualquier modo contribuyó grandemente á que la Inglaterra retuviese el cetro de los mares.

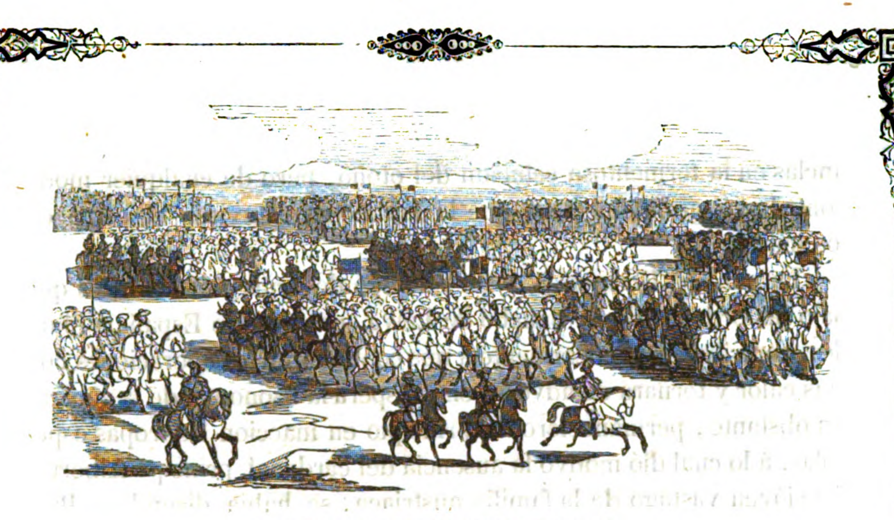
La paz con Enrique IV y un refuerzo de unos mil hombres que bajo las órdenes de D. Sancho de Leiva, pasaron de España á Flandes, contribuyeron eficazmente á que continuaran las operaciones con mas calor y tornara de adversa en próspera la fisonomia de la guerra. No obstante, permanecieron al principio en inaccion las tropas españolas, á lo cual dió motivo la ausencia del cardenal, príncipe Alberto. Este jóven vástago de la familia austriaca, se habia dirigido á Barcelona con el objeto de contraer nupcias con su prima la infanta doña Isabel, hija predilecta de Felipe II.

El anciano monarca, por un rasgo de amor paternal que sancionaba la política mas cuerda, cedió á doña Isàbel en dote los ducados de Borgoña y Charolais, y el condado de Flandes.

Entretanto el gobierno de los Paises Bajos quedó confiado al cardenal Andrés, hijo del César, y la direccion del ejército á don Juan Mendoza, jefe de esclarecidas prendas y digno de este alto honor. Apenas se puso á la cabeza de las tropas, que en todas formaban un cuerpo de veinte mil infantes y mil quinientos caballos, principiaron á recobrar cuantas posesiones habian perdido los españoles al otro lado del Rhin. Adelantóse rápida y felizmente; desde el fondo del Bravante impuso al de Orange con su presencia, y cruzando sin obstáculos los dos grandes rios Mosa y Rhin, tomó á Doesberg y otros muchos pueblos de menor importancia, dejándolos bien asegurados con fuertes guarniciones. Finalmente, para acreditar su superioridad, estableció sus cuarteles de invierno dentro de Alemania sin que los holandeses se atreviesen á molestarle. Habian sufrido estos considerable quebranto en el electorado de Colonia, donde el conde de Bondenberg obtuvo un triunfo completo, con el cual brilló de nuevo la causa católica, un tanto eclipsada en la campaña anterior.

Poco despues falleció en España el rey D. Felipe (13 de setiembre de 1598), príncipe de grandes y reconocidos talentos, pero que, en sus heróicas empresas hizo mas para su propia gloria que para la verdadera prosperidad de la nacion española.





CAPITULO XXIII (1).

1598.--1620.

ORDENANZA DE 1603.—RELAJACION DE LOS VÍNCULOS DE LA DISCIPLINA.—CAUSAS DE ESTA RELAJACION.—ORDENANZA DE 1611.—PRESUPUESTO DE UN TERCIO DE INFANTERÍA ESPAÑOLA Y DE UN REGIMIENTO DE INFANTERÍA WALONA.—NUEVA ORGANIZACION DE LOS CUERPOS WALONES.—TERCIOS QUE SE CREARON EN EL REINADO DE FELIPE III.—LOS QUE EXISTIAN A LA MUERTE DE ESTE MONARCA.—NOMBRAMIENTO DE LOS SARGENTOS MAYORES DE LAS MILICIAS PROVINCIALES.—INSTRUCCIONES QUE SE LES DIERON.



El laborioso é ilustrado rey D. Felipe II, dejó las bases de una nueva ordenanza, que en sus últimos dias, habia tratado de dar á sus ejércitos. El príncipe que le sucedió en el trono, sometió este trabajo á su consejo de la guerra, y en 8 de junio de 1603, le dió á luz con este preámbulo:

«Habiendo entendido que la buena disciplina militar que solia haber en la infantería española, se ha ido relajando y corrompi-

(1) Véanse los capítulos XIV del tomo II, pág. 259; XXV de id., pág. 515; VI del tomo III, pág. 135; X de id., pág. 521; XIV de id., pág. 425, y XX del tomo IV, página 154.

do en algunas cosas dignas de remedio, y deseando su conservacion y aumento, mandé que se platicase en el mi consejo de la guerra sobre ello y se me consultase lo que pareciese; y habiéndolo hecho con el acuerdo y consideracion que la calidad de la materia requeria, he resuelto lo que sigue (1).»

Esta ordenanza se circunscribe á las calidades personales y prendas morales, capacidad, instruccion y servicios de los maestres de campo, y á las de los capitanes, prescribiendo que con respecto á estos se considerase vigente el decreto de 1584, por el cual se mandaba que hubiesen militado 6 años de soldado y 3 de alférez, ó 10 de soldado aventajado con acciones muy distinguidas de guerra; y que los alféreces y sargentos fuesen nombrados entre personas idóneas con 6 años de servicio en la clase de soldado, y los cabos de escuadra entre los mas prácticos de cada compañía. Encarga á los maestres de campo que no se pierda la antigua costumbre de reducir á la tropa de los tercios á que vivan en *camarada*; y que los saquen al campo para perfeccionarlos en el manejo de las armas y en las maniobras; que hagan con ellos las veces de padre, exhortándolos á practicar las virtudes cristianas y propias de un buen soldado, obligándoles á presentarse en las funciones del servicio bien armados, y prohibiendo los ocupen sus capitanes en servicios particulares.

El número de compañías de los tercios podia ser segun esta ordenanza, de 15 ó 20 compañías, y la fuerza de cada una de 150 plazas en los destinados á la península, y de 100 en los que militaban en el estranjero, siendo la mitad de las plazas de coseletes ó piqueros, y la otra mitad de arcabuceros con el 10 por 100 de mosqueteros. En un tercio de 15 banderas podia haber 2 compañías de arcabuceros, y en el de 20, 3. Comprende tambien dicha ordenanza las leyes penales y varias otras reglas de reconocido interés.

El archiduque Alberto, á la sazon gobernador de Flandes, cuando llegó á sus manos este trabajo, escribió á S. M. diciéndole en 10 de diciembre desde Bruselas:

(1) Archivo general de Simancas, antigua secretaría de la Guerra, núm. 92.

«S. C. R. M.—Con la carta de V. M. de 31 de agosto recibí las ordenanzas militares que V. M. ha mandado enviarme, y aunque he pasado los ojos por ellas y quedo advertido de lo que contienen, con el embarazo de haber andado estos dias caminos, no he podido tomar resolucion en los puntos de las dichas ordenanzas que será bien poner acá en ejecucion. Porque algunas de ellas, será no solo muy dificiles de cumplirse, pero de inconveniente el ordenarlo, porque con la larga guerra, trabajos y calamidades de ella han salido de su camino ordinario muchas de aquellas costumbres antiguas en la milicia, que seria imposible ejecutarse acá en la era presente que estan las cosas en el estado que V. M. tiene entendido y con su mucha prudencia sabrá considerar. Pero iré mirando en lo que conforme á su Real voluntad se podrá establecer y ordenar, y á su tiempo daré cuenta á V. M. de lo que así mandare poner en ejecucion y las causas y respectos que hubiere y se ofrecieren para escusar lo demas, de manera que V. M. lo tenga entendido con la particularidad que es razon. Nuestro Señor guarde á V. M. con la salud y acrescentamiento de estados que yo deseo.»

Efectivamente, el espíritu militar habia sufrido grandes alteraciones en nuestros estados. Durante el mando del archiduque Alberto fueron teatro de escandalosos y repetidos motines, Diestc, Ardres, Carpen, Calais, Chapelle, Wert, Chatelet, Dourlens, Cambray, Esclusa, Hulst, Ambéres, Ostende, Creve-cœur, línea del Scalda y otros puntos. La muerte de Felipe II habia sido el preludio de graves desórdenes en las filas de nuestro ejército; parecia que con este monarca se habian sepultado aquellos grandes y poderosos principios de respeto, sumision y deferencia que tantos prodigios habian operado hasta entonces. Las rifas y el juego de dados y naipes se habian hecho muy comunes, llegando muchas veces la desmoralizacion y desenfreno del soldado hasta el estremo de jugar sus armas. Los oficiales y tropa en Italia y Flandes, contraian matrimonio con mujeres pobres y desvalidas, lo que contribuia á aumentar sus privaciones; y se toleraba y autorizaba por las oficinas del sueldo, que los hijos procedentes de estos perjudiciales matrimonios, ocupasen plazas supuestas antes de poderlas merecer. Por otro lado el núme-

ro escandaloso de aventajados, entretenidos y reformados, consumian las rentas del Estado; eran contínuas las disputas en los alojamientos por el recargo de tanta gente inútil; los ejércitos parecian aduares, y los campamentos aldeas llenas de mujeres y muchachos que embarazaban los movimientos é imposibilitaban las espediciones de la mayor importancia.

A los hijos de los que morian les asentaban plaza sin tener al efecto la edad precisa; en general todas las clases cometian fraudes y estafas para poder sustentar sus familias, sin que bastaran á contenerlas los incesantes clamores de las provincias. Los soldados perdieron la costumbre de vivir *arranchados* ó en *camaradas*, como se decia entonces, y se ocupaban menos en limpiar y cuidar sus armas que en dar *pantalia* ó cera á los zapatos y botas, en calentar hierros para alzar sus largos bigotes, en blanquear su dentadura con polvos de coral y harina de flor, y en rizar su cabello y bañarlo con aceite de espliego, á imitacion de los galanes de Gante y Bruselas. Ya no se contentaban con el sencillo jubon de angeo, el coleto de ante y el capotillo de dos haldas con las calzas de estambre; era preciso que se hicieran estas con pedorreras á la flamenca; que los jubones se cortaran á la walona é italiana y se guarnecieran de randas, ropillas largas y herreruelos de Holanda; los cuellos habian de estar perfectamente almidonados y escarolados con hierro candente. En fin, las tabernas, los figones, las mancebías y y las casas de juego eran las escuelas y campos de batalla á que concurrian las tropas perpetuadas en las guarniciones.

Si llegaba el caso de tener que efectuar alguna marcha, el desórden se presentaba bajo formas mas variadas y mas repugnantes. El soldado abandonaba sus filas con pasmosa facilidad y vagaba sin freno por el pais, cometiendo toda clase de exacciones y crímenes. Variaba á cada instante el pié de fuerza de los tercios. Creábanse con frecuencia cuerpos que á los pocos dias se disolvian, aumentándose de este modo considerablemente el número de jefes y oficiales, que imponian al erario un peso abrumador.

El mérito, sin apoyo, quedaba desatendido; el hombre honrado, que habia sacrificado su vida al servicio de su patria, no tenia



otra perspectiva que la del hambre y de la miseria con sus humillantes rigores.

La córte estaba inundada de reformados que pasaban su vida murmurando en la Puerta del Sol y en los Portales de Guadalajara, ó molestando por medio de patronos ó abogados las oficinas, donde se hacia un comercio tan lucrativo como inmoral y degradante.

Tal era el cuadro que en el reinado de Felipe III presentaba el ejército español, ese ejército que por su valor, su disciplina, su sufrimiento, su impasibilidad en medio de las situaciones mas críticas y mas violentas, habia sido la admiracion y el asombro del mundo entero.

Las causas que produjeron tan estraña revolucion en tan corto tiempo, son públicas y notorias. Por una parte, nuestras tropas estuvieron completamente desatendidas durante largos años; se pasaban muchos meses sin que se les abonara un solo cuarto de sus haberes, y especulando con su miseria los proveedores, asentistas y vivanderos, les arrebataban de las manos las escasas cantidades que se les distribuian; de suerte que para ponerse á cubierto de la espada del hambre, no les quedaba otro recurso que pedir limosna ó hacer uso de la fuerza. Por otra parte, el favoritismo alteraba todos los dias el órden natural de los ascensos. Los consejeros de la corona, los vireyes, gobernadores y capitanes generales, sobreponian su voluntad á los reglamentos vigentes, y esta culpable arbitrariedad encumbraba al intrigante y al adulador, dejando al mérito sumido en el olvido y el desprecio. Los enemigos del nombre español que no perdonaban medio alguno para oscurecer el brillo de nuestras armas y debilitar nuestro poderío, no dejaron de aprovechar tan favorable ocasion para conseguir su objeto. Encendieron y fomentaron el fuego de la rebelion en el corazon del soldado, y una vez roto el dique que mantenia á las tropas en la línea de sus deberes, perdieron su fuerza y su prestigio aquellos santos principios de subordinacion, de respeto y de órden en que estriba la fuerza y la vida de los ejércitos.

Y tan grave, tan terrible mal no existia solo en los Estados de Alemania. Habia cundido tambien en los demas dominios de España.

En una esposicion que desde Milan elevó D. Cárlos Coloma,



despues de manifestar la urgencia de organizar dos tercios españoles y veinte compañías montadas, de las cuales diez habian de ser de ordenanza, cuatro de corazas y seis de arcabuceros, constituyendo todas un total de mil quinientos caballos, y de encarecer la necesidad de que esta última fuerza se compusiera de estranjeros, porque en aquel Estado solo sentaba plaza el vendido ó cargado de deudas, ó el que por tener enemistades ganaba por este camino el poder traer armas prohibidas en poblado y fuera de él; ó criados de letrados y caballeros que en tiempo de paz no asistian con su estandarte sino el dia de muestra, y que en el de guerra volvian á sus casas al cuarto dia de trabajo, Cárlos Coloma, decimos, se espresaba en estos términos:

«Los cuatrocientos hombres de armas de este Estado, sí, que podemos decir con toda verdad, que han degenerado, pues gente de mas poco servicio que ella, no la encuentra V. M. en cuanta milicia tiene. El haberles querido hacer servir como caballos ligeros, es la primera causa, y la segunda, donde antes solian ser de la mas clara sangre de Lombardia, haberse dado las plazas á gente baja y sin obligaciones. El remedio es volver á la forma que antes estaba, restituyéndoles todas las franquicias é inmunidades de que gozaban cien años atrás, con la pension de traer las mismas armas y bardas que solian, dando este trozo de ejército á la ostentacion y apariencia, como otros se dan al peligro y al trabajo.»

Felipe III trató de restablecer la disciplina cortando de raiz el mal inoculado en las venas del ejército. Al efecto oyó el dictámen del consejo de Estado de Flandes, del colateral de Nápoles, del secreto de Milan, y del privado de Sicilia. Todas estas corporaciones contribuyeron con sus luces á ilustrar un asunto de cuya solucion pendia el porvenir de España. Mas el resultado de estas deliberaciones y el de las del consejo de la guerra, no fué el que naturalmente podia esperarse de la ilustracion y esperiencia de las personas que en ellas tomaron parte. Todo ello se redujo á la reproduccion de la ordenanza de 1603 con ligeras modificaciones (1). Data esta nueva

(1) Archivo de Simancas.—Registros de la secretaría de la guerra, núm. 111.



publicacion del 17 de abril de 1611, y consta de cincuenta y tres artículos precedidos del siguiente considerandum:

«Por cuanto, habiendo entendido, que sin embargo de las ornanzas militares que mandé despachar en ocho de julio del año pasado de mil seiscientos tres, para la conservacion y buena disciplina militar de la infantería española, se ha ido relajando y corrompiendo introduciendo algunos abusos, y deseando su conservacion y aumento, mandé que las dichas ordenanzas se revisasen en mi consejo pleno de guerra, y se platicase sobre ello y se me consultase lo que pareciese, y habiéndose hecho con el acuerdo y consideracion que requiere, he resuelto lo siguiente.»

Escusamos hablar de este reglamento; no es otro en su esencia y aun en sus formas, que el del año 1603, y de éste ya hemos dado en otra parte una ligera idea.

Los haberes de las diferentes clases sufrieron alguna variacion en el reinado que nos ocupa. En apoyo de esta aseveracion publicamos los presupuestos de un tercio de infantería española y de un regimiento walon de la misma arma, perteneciente al reglamento que se dió en el año de 1599 variando el de 1560; presupuestos que en comunicacion de 6 de marzo de 1602 remitió á S. M. el archiduque Alberto (1).

De lo que monta la paga de doce compañías de un regimiento de infantería walona conforme al pié que ha tenido hasta ahora y la del estado del coronel, nueve mil y novecientos noventa y nueve escudos de á diez reales y quince placas, en esta manera:

La paga de una compañía de doscientos hombres de la dicha nacion, monta ochocientos y doce escudos y 40 placas, y la de doce compañías nueve mil y setecientos y cincuenta y tres escudos y tres placas en esta manera:

UNA COMPAÑÍA.

La paga del capitan y paje.	38
La de su alférez.	15
La de dos sargentos á siete escudos. . . .	14

(1) Archivo de Simancas.—Papeles de Estado, núm. 620.

La del furrier, barbero y abanderado. . . .	9	
La del capellan.	4	
La de dos atambores y pífanos.	12	
La paga sencilla de ciento y ochenta y nueve soldados á tres escudos.	567	
La de la ventaja de cuarenta coseletes. . .	40	
La de treinta mosquetes.	60	
La del veinte por ciento.	37	40
La de ocho cabos descuadra..	16	
	812	40

Son cumplidos los dichos ochocientos y doce escudos y cuarenta placas que como dicho es, monta la paga de una compañía y la de doce compañias de un regimiento, nueve mil setecientos cincuenta y tres escudos y treinta placas.	9753	30
La paga del estado del coronel de un regimiento de la dicha nacion, monta quinientos y ochenta y cinco florines de á veinte y una placa que son ducientos y cuarenta y cinco escudos de á diez reales y treinta y cinco placas en esta manera:		
La paga del dicho coronel, trescientos florines ademas de la de capitan de una de las doce compañías de su regimiento. . . .	300	
La de ocho alabarderos.	20	
La de su teniente coronel.	100	
La del sargento mayor.	25	
La del furrier mayor.	30	
La de municioneros.	30	
La del atambor mayor.	5	
La del pífano mayor.	5	
La del proboste.	25	
La de su teniente.	5	
La de su escribano.	2	10
La de sus dos alabarderos.	5	
La de sus dos alguaciles.	10	
La de su capellan.	7	10
La del verdugo.	15	
Total. . . .	585 flors.	

Son cumplidos los dichos quinientos y ochenta y cinco florines de á veinte y una placas que hacen los dichos doscientos y cuarenta y cinco escudos de á diez reales y treinta y cinco placas.

Por manera que monta la paga de un regimiento de doce compañías de infantería walona y la del coronel y oficiales de su estado, nueve mil y novecientos y noventa y nueve escudos de á diez reales y quince placas.

Lo que monta la paga de un tercio de doce compañías de infantería española, diez de picas y dos de arcabuceros y la del maestre de campo y sus oficiales mayores.

La paga de una compañía de picas de ducientos soldados españoles monta novecientos y cuarenta escudos de á diez reales y un tercio, y la de doce compañías, once mil y cuatrocientos y siete escudos y un tercio, inclusos ciento veinte y tres escudos un tercio por la diferencia que hay de la paga de los arcabuceros y mosqueteros que tendrán las dos compañías de arcabuceros á las de picas en esta manera:

UNA COMPAÑÍA.	ESCUDOS.	
La paga de un capitan y paje.	44	
La de la ventaja del alférez..	12	
La del sargento.	5	
La del capellan, dos atambores y pífano. .	12	
La paga sencilla de ciento noventa y nueve soldados á tres escudos.	597	
La de la ventaja de sesenta coseletes á escudo.	60	
La de treinta mosquetes..	90	
La del tercio de arcabuceros.	66	1 2/3
La de treinta escudos ordinarios.	30	
La de ocho cabos de escuadra.	24	
	940	16 2/3

Monta la paga de la dicha compañía, como parece, novecientos y cuarenta escudos y

diez y seis placas y un tercio, y la de doce compañías once mil cuatrocientos y siete y un tercio, inclusos los dichos ciento veinte y tres escudos y un tercio de la dicha diferencia de las dos compañías de arcabuceros.	11407 esc. 1/3
Monta la paga de un maestre de campo y la de los oficiales mayores de un tercio, trescientos y setenta y dos escudos en esta manera.	
La paga del maestre de campo cuarenta escudos ademas de otros cuarenta como capitan de una de las doce compañías. . .	40
La de ocho alabarderos.	32
La de un sargento mayor. , ...	65
La de dos ayudantes, veinte y cinco escudos á cada uno.	50
La de un auditor treinta escudos y diez y ocho para un escribano y dos alguaciles. . . .	48
La de capitan de campaña, veinte y cinco escudos y veinte para cuatro hombres á caballo y un verdugo.	45
La del cirujano mayor.	15
La de un médico.	20
La de un capellan mayor.	15
La del furrier mayor.	15
La de un predicador.	15
La del atambor mayor.	12
	372 escudos.
Suma la paga del maestre de campo y la de los oficiales mayores de un tercio como parece, trescientos y setenta y dos escudos de á diez reales.	372

Por manera que monta la paga de un tercio de infantería española de doce compañías, diez de picas y dos de arcabuceros, y la del maestre de campo y oficiales mayores á cinco mil setecientos setenta y nueve escudos de á diez reales un tercio.

El archiduque, que como hemos dicho, gobernaba los Estados de Flandes, considerando oportuno el que la infantería walona se

organizara por tercios como la española é italiana, hizo una representacion en este sentido desde Newport el 6 de marzo de 1602. En apoyo de su peticion aducia, entre otras, las razones siguientes:

«En primer lugar (decia) se deja considerar que siendo costumbre que los coroneles provean las compañías y los demas oficiales mayores y menores de su regimiento, en que puede y suele haber tanta desigualdad y desórden, el útil que se sacará de que las dichas provisiones sean hechas por mí, es claro pues será en las personas mas aptas y beneméritas que hubiese de aquella nacion, sin dar lugar á otra cosa, llevando la mira á solo el servicio de V. M.

Lo segundo, dependiendo la administracion de la justicia en cada regimiento de la voluntad del coronel, segun el pié en que hasta aquí han estado, cuan conveniente será que en esto como en todo lo demas no tenga mas mano que la que un maestre de campo con su tercio, proveyéndose asimismo por mí el auditor y los demas oficiales necesarios para la dicha administracion de justicia, con que se hará con tanta mas rectitud y satisfaccion que son los dos puntos mas principales que me han obligado á hacer la dicha resolucion.»

El rey no aprobó el pensamiento del archiduque, y puso al márgen de la esposicion este decreto:

«Se podrá responder al Sr. Archiduque ó mandar á D. Juan de Zúñiga que se lo diga, que de la órden general que en esto ha dado, se representan notables inconvenientes, no tanto por la suma que se crece, cuanto por igualar aquella nacion con la española, por lo que conviene que ésta se conserve en la ventaja, punto y reputacion que siempre ha tenido y es justo que tenga, que con esta igualdad no solo irá en disminucion, pero se desdeñará y aflojará en el servicio: y asi holgara S. M. que antes de dar S. A. la órden, le avisara de ello, pues no habia peligro en la tardanza; y holgaria de que si esto se pudiese remediar, se hiciese, y que no se dé mas sueldo ordinario y estraordinario á los maestres de campo flamencos, que á los españoles, pues está claro que ha de ser consiguiente para que pretendan lo mismo como lo será tambien, los italianos, el dar á los walones los 30 escudos de las ventajas ordinarias que ellos no tienen.»

Esto no obstante, insistió el archiduque en su pretension, y cediendo al fin el monarca á la fuerza de las razones por él espuestas, decretó la reforma de dichos cuerpos, despachándose las nuevas patentes á los jefes y oficiales en 6 de abril.

Son muchos los cuerpos que en esta época llegaron á organizarse, si bien algunos existieron pocos dias. Al número de los creados en este tiempo pertenecen los que á continuacion se espresan.

TERCIOS ESPAÑOLES.

Nombres.	Años en que se crearon.
D. Juan de Rivas..	1601
D. Iñigo de Borja.	1603
D. Esteban de Lagorreta.	1603
D. Pedro Sarmiento.	1604
D. Juan Bravo de Lagunas.	1606
ALEMANES.	
Conde de Farnest.	1601
Conde de Emden.	1602
Mr. de Biglia.	1602
Mr. de Rottenaw.	1602
Baron de Mansfeld.	1604
Baron de Rimbergh.	1604
WALONES.	
Mr. de Tolly.	
Conde de Bouquoi.	1601
ITALIANOS.	
D. Juan Tomás Spina.	1601
Marqués de Bella.	1601
Teodoro, Conde de Trioulcio.	1601
Marqués de Spínola.	1602
D. Lucio Dentici.	1602
D. Lelio Branccacio.	1603

D. Francisco Colonna	
Príncipe Avellino	
D. Luis Gambacorta	1604
El Sr. Alconati	
Conde Guido de San Giorgio	
D. Alejandro delli Monti	
D. Juan Tomás de Spínola	1605
Marqués de Santa Agata	
Príncipe Avellino	1607
D. Cárlos Spinelli	
D. Tomás Caracciolo	1615
D. Alejandro de Sangro	

A la muerte de Felipe III existian los siguientes :

TERCIOS ESPAÑOLES.

D. Iñigo de Borja.
D. Diego Luis de Olivera.
D. Diego Mejia.
D. Gonzalo Fernandez de Córdova.
D. Juan Bravo de Lagunas.
D. Rodrigo Pimentel.
D. Ramon de Cardona.

ITALIANOS.

D. Marcelo de Judici.
D. Tito Brancaccio.
D. Pablo Báglion.
D. Tomás Caracciolo.
Marqués de Campo-Látaro.
D. Cárlos Spinelli.
Conde de Fontana.
D. Juan Bautista Pece.
D. Gerónimo de Roo.

D. Félix Brancaccio.
D. Juan de Médici.
D. Camilo delli Monti.
D. Juan Cervellone.

WALONES.

Monsieur de Fontaine.
Mr. de Bournonville.
Mr. de Gulsin.
Mr. d'Hoquies.
Príncipe de Bravanzon.
Mr. de Valanzon.
Baron de Beauvois.
Mr. de Chimai.
Conde de Bouquoi.
D. Guillermo Verdugo.
Mr. de Henin.

BORGOÑONES.

Mr. de Ville.
Marqués de Vateville.

IRLANDESES.

Conde de Tiron.
Conde de Argile.

REGIMIENTOS ALEMANES.

Mr. de Baur.
Conde de Emden.
Mr. de Haer.
Conde de Issembourgo.
Mr. de Focker.
Mr. de Turdingh.
Mr. de Harschot.
Conde de Schombergh.
Conde de Sultz.

Con la muerte de Felipe II, habia quedado paralizada la cuestion relativa á la organizacion de las milicias provinciales. Desde 1597 en que se nombraron, como hemos visto, los jefes de distrito ó *acompañados*, muy poco se habia hecho en favor de un pensamiento que tenia de su parte la razon y la ciencia. El consejo de la guerra á quien no podia ocultarse la importancia de su realizacion definitiva, presentó á S. M. el 3 de octubre de 1609 una relacion en que iban comprendidos cincuenta y dos capitanes, para que eligiera entre ellos los sargentos mayores que debian mandar las milicias en los distritos designados para su formacion, y el rey nombró á los individuos que siguen:

NOMBRES.	DISTRITOS.
D. Felipe del Castillo.	Búrgos. Santo Domingo de la Calzada.
D. Antonio del Corral.	Valladolid. Palencia. Becerril. Tordesillas. Ponferrada. Carrion. Sahagun.
D. Antonio de Quiñones. . . .	Leon. Lugares del órden de este partido.
D. Luis Portocarrero.	Salamanca. Ciudad Rodrigo.
D. Antonio de Sotomayor. . . .	Toro. Zamora.
D. Diego Enriquez.	Segovia. Aranda. Sepúlveda.
D. Miguel de Brieba.	Avila. Arévalo. Madrigal. Medina del Campo.

D. Felipe Arias.	Madrid.
D. Fernando de Guzman. . . .	Toledo. Illescas.
D. Alvaro de Espinosa.	Guadalajara. Ocaña. Velez. Almonacid. Zurita.
D. Gomez de Parada.	Cuenca. Huete. Molina. Atienza. Soria. Agreda.
D. Antonio del Castillo.	Ciudad Real. Almagro. Campo de Calatrava. Priorato de San Juan.
D. Francisco de Ayala.	Trujillo. Cáceres. Plasencia.
D. Juan Rivera Zambrano. . . .	Alcázar. Villanueva de los Infantes. Segura de la Sierra.
D. Alonso Vazquez.	Jaen. Andujar. Ubeda. Baeza. Martos. Cazorla. Quesada.
D. Alonso de Mesa Ludeño. . .	Córdoba. Ecija. Carmona. Bujalance.

D. Diego Mesia de Porras. . . .	Llerena. Badajoz. Jerez de Badajoz. Segura de Leon.
D. Bernardo de Vera y Monroy.	Mérida. Alcántara. La Broza. Montanches. Villanueva de la Serena. Hornachos. Almaden.
D. Pedro Vilches Rueda.	Gata. Valencia de Alcántara.
D Juan Sancho de Porras. . . .	Reino de Granada fuera de la tierra que se comprende en las doce leguas de la marina.
D. Luis Diaz de Navarra. . . .	Reino de Murcia fuera de las doce leguas que corresponden á la marina, las diez y siete villas y partido de Caravaca.

Algunos años despues se dió un reglamento en que se fijaron los deberes del sargento mayor. Preside en la redaccion de este documento un espíritu ilustrado y circunspecto que lo hace muy apreciable á nuestros ojos y que por lo mismo publicamos á continuacion:

Copia de la instruccion para los sargentos mayores (1).

La órden que vos. . . . . en quien he proveido la plaza de sargento mayor de la gente de milicia de. . . . . y de los lugares eximidos que se comprenden en sus jurisdicciones, habeis de guardar en el ejercicio y habilitacion de la dicha gente y en industriarla en el manejo de las armas es la siguiente:

1.° Primeramente se os advierte que llegado que seais á vuestro distrito habeis de presentar á los corregidores, gobernadores ó alcaldes mayores del

(1) Archivo general de Simancas, Guerra, Mar y Tierra.—Legajo núm. 455.

los despachos que llevais mios, y les dareis las cartas que se les escriben con aviso del ejercicio que vais hacer.

2.° Informareis muy particularmente del corregidor de cada distrito, el estado en que está el establecimiento de la milicia, y de los capitanes y oficiales que están nombrados, y qué número de soldados está alistado en cada ciudad, villa ó lugar de distrito del corregidor, y el que tuviere cada una de las compañías dél; y si no hubieren enviado las listas les acordaréis que lo hagan luego.

3.° Si estuviere por nombrar algun capitan ó faltare algun soldado de los que ha de haber, á razon de diez uno, acordaréis á la ciudad ó villa que proponga luego personas para capitan de la compañía que faltare por proveer; y si el número de soldados no estuviere cumplido, advertiréis al corregidor que se incha, y en caso que no lo hagan avisaréis dello al mi consejo de Guerra para que lo mande remediar; y si los capitanes trugeren algunos soldados voluntarios se asentarán en sus compañías, no excediendo del número que ha de haber en cada parte á razon de diez uno como está referido; y el voluntario que se asentare ha de ser natural y no de otra manera, y esto lo ha de hacer el corregidor, y donde no le hubiere lo haréis vos juntamente con la justicia de donde fuere.

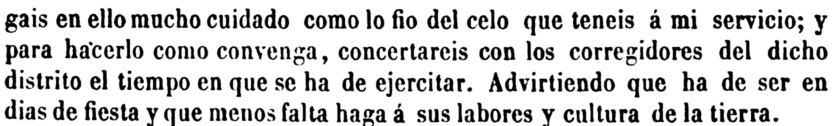
4.° En acabando de alistar la gente si estuvieren nombrados los capitanes, se les entregará la que han de tener en su compañía repartiéndolo á razon de doscientos hombres cada una, en lo cual se ha de guardar la instruccion que está dada á las justicias, de que se os entregará copia con esta; y donde hubiere compañías formadas, han de quedar como estan, salvo si les faltare número de gente porque en este caso se ha de dar de la que se alistare de nuevo.

5.° En habiendo alistado toda la gente del distrito y formado las compañías, se ha de hacer una lista de toda la que hubiere en él y se ha de dar una copia á cada uno de los corregidores gobernadores, ó alcaldes mayores de la que tocare en su jurisdiccion y otra ha de quedar en poder del escribano del ajuntamiento ó del que el dicho corregidor nombrare; y vos os habeis de quedar con otra copia de todas las que se hicieren en vuestro distrito, y las unas y las otras han de ser autorizadas del mismo escribano en cuya presencia se han de hacer los asientos declarando los nombres, señas, edad, filiacion y naturaleza.

6.° Y porque se presupone que el mayor número de gente ha de ser voluntario, se os advierte que el que una vez se asentare de su voluntad (que como se ha referido ha de ser natural de la misma parte) no se ha de poder borrar ni quitar de las listas, sin licencia por mi consejo de guerra.

7.° El fin principal para que se ha hecho eleccion de vuestra persona es, para que tengais ejercitada y habilitada la gente de vuestro distrito para cuando fuere menester servir dentro del Reyno. Y asi os encargo pon-





gais en ello mucho cuidado como lo fio del celo que teneis á mi servicio; y para hacerlo como convenga, concertareis con los corregidores del dicho distrito el tiempo en que se ha de ejercitar. Advirtiendo que ha de ser en dias de fiesta y que menos falta haga á sus labores y cultura de la tierra.

8.° Porque siendo el distrito tan largo no podrán con comodidad concurrir todos en una parte, se os advierte que no habeis de sacar ninguna compañía ni escuadra de la parte donde fuere natural, porque allí la habeis de ejercitar por vuestra persona y por las de los capitanes y sus oficiales y cabos.

9.° En la forma referida habeis de ir ejercitando toda la gente de vuestro distrito en el manejo de las armas. Y porque es bien que en algun dia señalado se junte y haga alarde general de la de cada corregimiento, advertireis á los dichos corregidores que señale cada uno en su distrito la parte donde mas cómodamente se puedan juntar, y para aquel dia os habeis de hallar en aquel puesto y tomar muestra y alarde á la dicha gente juntamente con el dicho corregidor, averiguando por mayor la gente que trae cada compañía y si tiene el número cumplido de doscientos hombres, poniéndola en escuadron en la forma que os pareciere convenir para que veais como está ejercitada, y si se ofrece la ocasion, sepa cada uno como ha de acudir á lo que le tocare, y avisareis al dicho mi consejo de guerra qué dia y dónde se ha de hacer, porque pueda antes dar la órden que convenga.

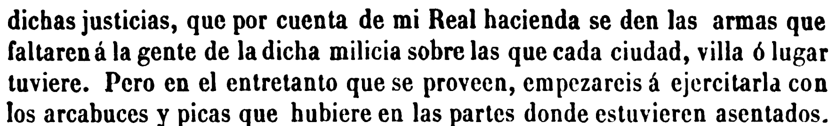
10. Presupuesto que en todo el tiempo del año habeis de gastar en el ejercicio de esta gente, concertareis con los dichos corregidores que caen en vuestro distrito, el que habeis de residir en cada uno en el cual y en los lugares á donde hubiéredes de hacerlo, pedireis á los dichos corregidores que os den posada, y vos no habeis de pedir con ella otra cosa alguna.

11. Para que la gente que se alistare en esta milicia sirva con mas voluntad, les he mandado conceder las exempciones que vereis por la copia que se os entregará con esta, y la mia es que á vos y á la dicha gente y no á otra ninguna persona se guarden, y que tengais cuidado de que se ejecute lo uno y lo otro y de avisar si se excediere dello.

12. Siendo justo escusar la vejacion que se seguiria á la dicha gente de haber cuerpos de guardia y los desasosiegos que causaria jugar en ellos, es mi voluntad que en ninguna parte de vuestro distrito haya cuerpo de guardia ordinario, ni se juegue en él ni en vuestra casa y que la bandera se guarde cogida y no se arbole sino el dia que se juntaren las compañías.

13. Y pues se os ha advertido cuanto se debe mirar por la conservacion de la gente de estos Reinos y escusarles molestias, os encargo que no solo por vuestra parte lo hagais, pero que procureis que los demas les hagan toda buena acogida y tratamiento por que será una cosa en que rescebiré de vos mas agradable servicio.

14. Yo he resuelto, como vereis por los despachos que se enviaron á las



dichas justicias, que por cuenta de mi Real hacienda se den las armas que faltaren á la gente de la dicha milicia sobre las que cada ciudad, villa ó lugar tuviere. Pero en el entretanto que se proveen, empezareis á ejercitarla con los arcabuces y picas que hubiere en las partes donde estuvieren asentados.

15. Por convenir así á mi servicio he acordado que esteis subordinado á los coregidores, gobernadores ó alcaldes mayores donde no hubiere corregidores el tiempo que estuviéredes en su jurisdiccion y me tendré por muy servido de toda la buena correspondencia que con ellos tuviéredes á los cuales se encarga que tengan la misma con vos.

16. Asi mismo os encargo que procureis llevaros bien con los capitanes de dicha gente de milicia, asistiéndoles con todo amor y cuidado y advirtiéndoles con mucha suavidad de lo que deben hacer para que sus soldados se ejerciten y vivan en buena disciplina, presupuesto que á quien meramente toca el ejercicio desta gente, es á los dichos capitanes ó cabos y á vos ver como cumple cada uno con su obligacion y advertirles en lo que faltare.

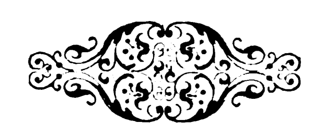
17. Todos los soldados que estuvieren alistados en la dicha milicia, han de tener cédula del corregidor, gobernador ó alcalde mayor en cuyo distrito cayeren de la forma en que se hubieren alistado, para que de noche en la ronda que se hiciere, sea conocido el que fuere soldado porque con esto se limpie la tierra de bagamundos y gente de mal vivir.

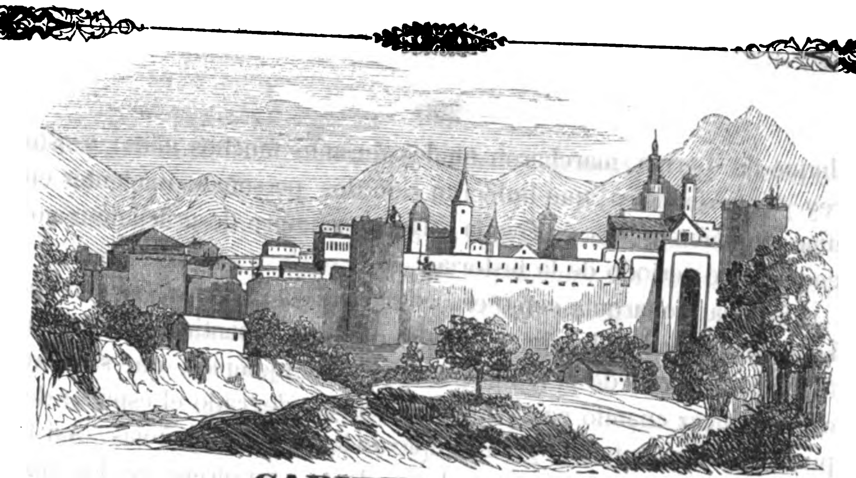
Y porque es mi voluntad y conviene á mi servicio que se guarde y cumpla lo contenido en esta mi instruccion en cuanto no se ordenare otra cosa, os mando la observeis, cumplais y ejecuteis puntual y precisamente, y que aviseis de todo lo que en cumplimiento della hiciéredes, y adelante de lo que os fuere ofreciendo.

Dado en Aranjuez á veinte y cinco de Enero de mil seiscientos veinte años.—Firmada de Su Magestad, refrendada de Bartolomé de Aguilar y Anaya, y señalada del conde de Salazar.

Como lo demuestra la simple lectura de este reglamento, las milicias en este reinado como en el anterior, fijaron sériamente la atencion del gobierno, y éste no omitió para fomentarlas, los medios que al efecto parecian mas eficaces. Encargó á los sargentos mayores que nombrasen á los capitanes y subalternos que aun no lo estuviesen, y cubrieran las bajas que hubiese de milicianos, con el uno por diez de los vecinos que tuvieren las calidades necesarias para este servicio. Las compañías debian constar de doscientas plazas efectivas, y quedó á cargo de los sargentos mayores la instruccion de éstas, debiendo recorrer con este objeto los dias feriados, las ciudades, villas y aldeas, y verificar oportunamente alardes

ó revistas en las cabezas de los corregimientos, á fin de asegurarse mejor del número y calidad de la gente, y hacer que se perfeccionara en el manejo de las armas y en las evoluciones. Todas estas disposiciones eran muy acertadas; debian ser fecundas en buenos resultados, y lo fueron en efecto, como lo prueban los gloriosos hechos que han señalado la existencia de estos cuerpos.





CAPITULO XXIV.

1599.--1620.

CARÁCTER DE FELIPE III.—DECLINACION DE NUESTRA GLORIA MILITAR.—LOS ALEMANES Y WALONES VENDEN EL FUERTE DE SAN ANDRES.—ENGREIDO CON ESTE SUCESO, EL ENEMIGO TOMA LA OFENSIVA.—LOS ESPAÑOLES VUELVEN POR SU HONOR.—MEMORABLE SITIO DE OSTENDE.—ASALTO Y TOMA DE ESTA PLAZA.—NUESTRAS ARMAS OBTIENEN TAMBIEN ALGUNAS VENTAJAS SOBRE EL MAR Y EN AFRICA.—ESPULSION DE LOS MORISCOS.—DESTRUCCION DE UNA ESCUADRA TURCA.—NUEVA DERROTA DE LA ARMADA TURCA EN LAS AGUAS DE MALTA.—CONQUISTA DE MÁMORA.—SUCESOS DE ITALIA.—MUERTE DE FELIPE III.



No hay duda que la declinacion de nuestra gloria militar, que tuvo su orígen en la muerte de Alejandro Farnesio, es mas sensible y rápida á medida que nos apartamos de Felipe II. Este monarca, que desde el fondo de su gabinete sostuvo una guerra constante en casi todas las regiones del orbe, y que siempre halló recursos en la actividad de su genio para vencer á la desgracia misma, fué reemplazado por su hijo Felipe III, príncipe indolente y flojo que renunció á la noble ambicion de gloria para entregar las riendas del gobierno en la inesperta mano de un favorito. Los nombres de Felipe III y del

duque de Lerma marcharon unidos durante muchos años, y este rey y este ministro, que hubieran sido dos personas escelentes en una condicion oscura y privada, figuran siempre desgraciadamente en un largo período de la historia.

En una monarquía como era entonces la de España, siendo débil ó desacertado el primer impulso, debian resentirse ó torcerse todos los resortes de la administracion, y el ejemplo, que siempre es mas eficaz cuando parte de arriba abajo, degradó el espíritu del pueblo, y disminuyó el gran temple de las armas españolas. Así la historia militar de esta época descendente, no ofrece ya los mismos atractivos ni aun la misma utilidad, porque si útil es la escuela de la desgracia, lo es solamente cuando la desgracia proviene de causas superiores á la voluntad humana.

Sin embargo, el valor, á pesar de los quebrantos de la disciplina, se conserva en nuestras tropas y ofrecen éstas señaladas pruebas de intrepidez, de abnegación y de heroismo; ¿pero de qué sirven las virtudes de las masas, cuando no estan dirigidas por la luz del genio, destello de la divinidad?

Bajo este concepto circunscribiremos á los mas precisos límites de la claridad la narracion de los sucesos militares, salvo la de aquellos que por su importancia ó trascendencia, ó por la aureola de gloria que les rodea nos hagan recordar que los españoles son todavía dignos descendientes de los vencedores en Lepanto, ó que sus caudillos conservan algo de aquel ingenio superior que hizo brillar á los Gonzalos, á los Pescara, á los Colonna, á los Juanes de Austria y á los Alejandros Farnesio.

Continuó Mendoza con mucho esfuerzo la guerra de Flandes. Arrojándose con un buen golpe de tropas sobre la isla de Bomel, se apoderó de Creve-cœur, pero le abandonó la fortuna al intentar la espugnacion de Bomel, capital de la isla (1599). No obstante, pelearon los españoles como en los mejores dias de su gloria, y mas bien al influjo de la estacion, que á la discrecion de Mauricio, se debe atribuir el desamparo de aquel cerco. El cardenal Andrés, conociendo la importancia de esta isla, quiso tener un medio seguro para reproducir con mas éxito los ataques, y al efecto construyó en la confluencia de los rios Vahal y Mosa, un fuerte que tomó su nombre, y



al que guarneció con ochocientos soldados escogidos bajo las órdenes del flamenco Castrui.

Tampoco decayeron nuestras armas en el ducado de Cleves. D. Ramiro Guzman, oficial de ilustre reputacion, gobernaba á Rees, plaza que fué acometida por veinte y cinco mil alemanes, mandados por el conde de Ripa. La guarnicion constaba de mil quinientos hombres, pero el valeroso D. Ramiro, queriendo terminar el sitio por un gran golpe de audacia, salió de Rees, precipitóse sobre el enemigo, y le humilló en tales términos que hubo de abandonar su empresa con tanta pérdida como ignominia.

Poco despues llegó á Bruselas el archiduque Alberto, donde fué jurado como conde propietario de Flandes, en virtud de la renuncia hecha por Felipe II.

El año 1600 fué fecundo en calamidades para las armas españolas. Los alemanes y walones que guarnecian el fuerte de San Andrés, le entregaron á Mauricio mediante una fuerte suma, y como si este acto de sórdida avaricia no llenase los deseos de aquella milicia mercenaria, ofreció sin ruborizarse sus servicios al enemigo.

Engreido el de Orange con este fácil triunfo, y libre de temores con respecto á Bomel, pasó de la defensiva á la ofensiva, emprendiendo el asedio de Neuport. Las circunstancias no podian ser mas favorables para el atrevido holandés, porque las tropas realistas, sordas á la voz del honor y á las súplicas de los jefes, permanecian inactivas, mientras no se les diesen sus estipendios. Mauricio, á la cabeza de quince mil infantes y dos mil quinientos caballos, arrolló algunos destacamentos esparcidos en las inmediaciones de la plaza y redujo á ésta al mayor apuro.

Ni las promesas mas lisonjeras de Alberto, ni el prestigio de sus capitanes pudieron vencer la pertinaz resistencia de las tropas walonas, pero los españoles, indignándose por la audacia del enemigo, y no queriendo mancillar su nombre con un borron eterno, marcharon en auxilio de Neuport. Sus primeros esfuerzos fueron felices, y dos mil holandeses que dirigia Ernesto de Nassau sufrieron una derrota completa, quedando los mas de ellos tendidos sobre el campo de la accion.



Esta ventaja creó una confianza funesta é infundió temerario aliento para provocar una batalla decisivá. Las fuerzas de ambos combatientes eran muy desproporcionadas; Mauricio tenia mas de diez y siete mil hombres; los infantes españoles apenas ascendian á doce mil con mil doscientos ginetes. No obstante, se peleó por ambas partes hasta los últimos límites de la desesperacion, y durante largo tiempo estuvo fluctuante la victoria.

Al fin los españoles, oprimidos por el número, abandonaron aquel horrible teatro de sangre y carnicería, dejando en él dos mil cuatrocientos cincuenta hombres, entre ellos doscientos cincuenta oficiales, ciento cinco banderas y cuatro estandartes, con toda la artillería; Alberto, herido en la cabeza, pudo llegar á Brujes, donde se recogieron los restos del ejército. Su imperturbable denuedo y atinadas disposiciones resucitaron la esperanza en los corazones mas atribulados, y muy luego las tropas reorganizadas no vacilaron en marchar á nuevos combates para buscar en ellos una gloriosa compensacion á sus últimos reveses.

La victoria de Neuport ó de las Dunas fué casi estéril para Mauricio. D. Luis de Velasco introdujo en la plaza nuevos socorros, y Orange levantó el cerco retirándose al fondo de Holanda. No descansó muchos dias á la sombra de sus laureles, pues robustecido su ejército, pasó el Rhin y amenazó á la fuerte Rimberg.

Alberto por su parte puso sitio á Ostende, proponiéndose al principio mas bien divertir la atencion del enemigo que penetrar en la plaza que era casi inespugnable. En la mar obtuvo algunos trofeos Ambrosio Spínola, que seguia con tanto fervor como gloria la causa de los españoles.

El sitio de Ostende (1601) es una de las mas grandes operaciones militares de que la historia haga mencion; proyecta un inmenso rayo de gloria sobre el reinado de Felipe III. Los soldados que combaten esta plaza son todavía españoles, y las virtudes que simboliza este nombre, la intrepidez heróica, la perseverancia invencible y la actividad arrolladora, se despliegan allí como en los mas bellos dias de nuestros pasados triunfos. Las cualidades del ejército hacen brotar el genio de su nuevo caudillo, y el nombre de Spínola resuena en los ecos de la fama como el de los mas ilustres capitanes.

Ostende, situada sobre los bordes del océano y en un terreno pantanoso, recibe su principal fortaleza de las aguas ; el mar baña toda la parte norte, y estiende sus brazos por dos canales para ceñir á la ciudad en todo su círculo. Otros muchos canales secundarios cortan el terreno en las inmediaciones de la plaza, y hacen su acceso estremadamente difícil. Estas tablas de agua se hallan separadas unas de otras por dunas ó montones de arenas, impotentes para resistir al soplo de los vientos pero bastantes para refrenar la furia del océano. La industria del hombre ha añadido todos sus recursos á las fuerzas de la naturaleza. Ostende, segun hemos indicado ya, se divide en dos partes; la ciudad vieja y la ciudad nueva. La ciudad vieja, que se levanta al norte, tiene para defenderse del océano y de sus enemigos marítimos dos órdenes de murallas paralelas, formadas con vigas muy gruesas y admirablemente entrelazadas. La ciudad nueva, mucho mas estensa y cuyas tres partes corresponden á la tierra, se hallaba dotada con soberbias fortificaciones, cubriendo los muros reductos ó rebellines colosales, en cuya corpulenta entraña podia cebarse sin peligro de la plaza el fuego mas violento. El recinto interior estaba fortificado con el mismo vigor y esmerada inteligencia. Habia ademas un camino cubierto protegido por terraplenes y cólocado en toda su longitud bajo el cañon de la plaza. Las aguas que inundaban el foso prestaban bastante consistencia y latitud para soportar el peso de las mayores embarcaciones. Así que Ostende, teniendo al océano por foso y con unas fortificaciones acaso las mas robustas y mejor construidas de Europa, era casi inespugnable, tratándose de un ataque á viva fuerza, é imposible de bloquear en regla á no emplear un fuerte ejército y una poderosa escuadra.

Sin embargo, Alberto la atacó solo al frente de su ejército, que al principio no pasaba de veinte mil hombres, los mejores soldados del mundo (1). La guarnicion ordinaria de Ostende consistia en dos mil,

(1) Componíase este ejército de los cuerpos siguientes :

Tercios de infanería española.

D. Gerónimo de Monroy.
D. Juan de Bracamonte.

á cuya cabeza se hallaba Cárlos Vandernot, oficial veterano, de ánimo resuelto, de gloriosa esperiencia, y de una impasibilidad inflexible bajo el golpe de los mayores peligros y de las mas acerbas calamidades. Pero los holandeses, dueños del mar y que tenian un interés de primer órden en conservar á Ostende, lograron introducir en esta plaza otros tres mil hombres de tropas escogidas, mandadas por Vere, capitan en quien concurrian felizmente una pericia, un denuedo, y una actividad ejemplares.

El único plan realizable que hubiera debido seguir Alberto, era el de abrir á todo trance una brecha al muro y lanzar sobre ella su valiente infantería. El asalto habria sido sin duda costoso, sangriento, tal vez repelido; pero contando con una tropa veterana en cuyo corazon los reveses, lejos de producir el abatimiento encendian el deseo de la venganza, hubiera sido fácil renovar la tentativa y

D. Diego Durango.

Walona.

Conde de Bouquoi.
Mr. de Grisen.
Mr. de Hachicourt.
Mr. de Latriche.
Mr. de Malaise.
Mr. de Arschot.

Italiana.

Conde Teodoro Trivulcio.
Marqués de Bella.
D. Tomás Spina.
D. Antonio Gambacorta.

Borgoñona.

Marqués de Barambon.

Regimientos de infanteria alemana.

Conde Federico de Barlemont.
Mr. de Lievergen.
Mr. de Luxembergh.



aun repetirla por tercera vez, hasta que el número superior de los sitiadores hubiera oprimido y anulado las mas desesperadas fuerzas de la guarnicion. Mas Alberto, imprudentemente avaro de la sangre del soldado, olvidó que en una guerra penosa destruye mas hombres la fatiga que la espada del enemigo, y prefirió combinar el ataque con un bloqueo imposible.

Fiel á este pensamiento, el archiduque estableció su campo al rededor de Ostende y lo fortificó de una manera imponente. La estensa línea de los españoles, describiendo un semicírculo, se apoyaba en varios fuertes colocados allí de antemano como centinelas avanzadas para impedir las escursiones de los holandeses en el interior del Bravante. El mas importante de estos castillos, erigido sobre el lado oriental de la plaza, era el de San Alberto, en que se enlazaba una de las estremidades de la línea y se habia establecido el cuartel general. El castillo de Bradené, colocado al occidente y tambien en el vértice de la línea, se hallaba separado de San Alberto por la latitud que allí presentaba el océano, pero se comunicaban por detras de los muros de Ostende, y con el auxilio de los fuertes denominados Santa Clara, Santa Isabel y San Miguel, competentemente guarnecidos por fuerzas walonas y alemanas. Alberto ocupaba el castillo de su nombre con los españoles é italianos, y el conde de Berghes se situó en Bradené con un buen cuerpo de alemanes. Esta línea tenia una vigorosa constitucion, pero se hallaba muy distante de la plaza, y aunque las baterías españolas fulminaban dia y noche un fuego devorador, apenas producia efecto alguno sobre los mazizos rebellines de Ostende. Ideóse establecer una paralela mas avanzada, pero se ofrecian grandes dificultades para la realizacion de este proyecto. El terreno formado por ligeras capas de arena, impedia por su instabilidad la construccion de nuevas baterías, y no podia darse un paso adelante sin ser envuelto en el fuego que desde las obras esteriores de Ostende vomitaban mas de cien bocas de artillería. Dos maestres de campo, cuyos nombres debe conservar eternamente la historia, el español Gerónimo de Monroy y el italiano Pedro Catif, se ofrecieron, sin embargo, á plantear el pensamiento del archiduque. Monroy sucumbió gloriosamente en su empeño; pero Catif, dignamente secundado por algunos centenares de valientes, llegó al

pié de una elevada duna, hizo cavar hasta que se halló terreno, y construyó, bajo una lluvia de metralla, la tan anhelada batería. Alentado por este próspero suceso, levantó otra á alguna distancia y las dos empezaron á lanzar numerosos proyectiles contra la plaza. Pero el valor de los sitiados no se entibió por esta circunstancia, antes inflamados por las exhortaciones y el ejemplo de Vere, hicieron impetuosas salidas, hasta que comprendiendo el gobernador que estos ataques solo producian la efusion inútil de una sangre preciosa, juzgó mas prudente reducir toda su energía á la defensa de los muros.

Durante los tres primeros meses, todos los grandes esfuerzos de los sitiadores se dirigieron contra las partes este y oeste de la ciudad que miraban á los castillos de San Alberto y Bradené. El lado del mediodia, amenazado por Santa Clara, no habia atraido al parecer la atencion ni de los españoles ni de los ostendenses. Es probable que el archiduque fingiera despreciar esta parte, que era sin duda alguna la mas débil, para arrojarse de improviso sobre ella; pero el cauteloso Vere le previno. Hizo levantar con una celeridad estraordinaria tres reductos formidables, que se denominaron *Poldros*, los coronó con artillería, y dispuso para protegerlos un recio cuerpo de tropas.

Alarmado el archiduque con estos preparativos, propúsose impedir los progresos del enemigo, y al efecto combinó un movimiento enérgico sobre este punto. El mismo archiduque desde San Alberto, y el conde de Berghes desde Bradené, siguiendo dos cuerdas paralelas del gran semicírculo, llevaron el nervio del ejército sobre el baluarte de Santa Clara. Berghes erigió frente de los Poldros otras tres fortalezas, distinguidas con los nombres de Santa María, San Miguel y Santa Ana; mas el archiduque, impelido por su pensamiento dominante, no quiso aventurar su reputacion en un ataque vigoroso contra los Poldros, y hubo de regresar á San Alberto para activar las operaciones del bloqueo.

Pero como éste era á todas luces imposible si no se impedia la introduccion de los buques holandeses en los canales, se pensó en construir dos cadenas de reductos que unieran los bordes del océano y de los canales con los fuertes de San Alberto y Bradené. La em-





Felipe III.

presa era estremadamente árdua, porque el fuego de la plaza envolvia el radio en que debian realizarse; pero el valor indomable de los sitiadores superó fácilmente este obstáculo, y su actividad prodigiosa dió en pocos dias cima á una obra que parecia imposible atendiendo á la constante movilidad del terreno. Mas apenas se habia dado en ella el último piquetazo, y cuando iban á armarse las baterías, ensoberbecióse el océano, y arrojando sobre las orillas sus espumosas ondas, envolvió en su seno casi todos los reductos enlazados con San Alberto, y en los que habia invertido largo caudal de sangre y de dinero. Renováronse, no obstante, los trabajos con una constancia increible, y el océano obedeciendo al poder del hombre, instrumento privilegiado de la Providencia, se circunscribió de nuevo á sus límites primitivos. El éxito no correspondió á la noble tenacidad de los sitiadores, porque el fuego de los nuevos reductos, debilitados por la desgracia, ofendian débilmente á los buques enemigos que muy luego se dispersaron vogando audazmente por las tranquilas aguas del canal.

Aunque Alberto siguiera un plan erróneo, no por eso dejaron de concebir los holandeses sérios temores por la salvacion de Ostende, y se propusieron hacer en obsequio de esta plaza todos los esfuerzos posibles. Desde entonces el calor de la guerra se reconcentró en este punto, y la Europa entera volvió hácia él sus ojos, admirando la intrepidez de los sitiadores y la constancia de los sitiados.

Arrojar un ejército sobre el campo de los españoles, hubiera sido el colmo de la imprudencia, porque los atrincheramientos de estos, singularmente sólidos, bien enlazados, y cubiertos con artillería y mosquetería, impedian el acceso aun á fuerzas muy superiores en número. Tampoco podia privárseles de sus comunicaciones, porque se hallaban garantidas y aseguradas por plazas fuertes que constituian escelentes bases de operaciones.

No les quedaba por consiguiente á los holandeses otro recurso que el de divertir la atencion del archiduque, atacando súbitamente alguna de aquellas menos guarnecida ó mas vulnerable. El activo Mauricio, avanzando desde las riberas del Rhin á paso de gigante, puso apretado sitio á Bois-le-Duc, y la combatió con todo el poder de

su artillería. Resistió briosamente la guarnicion y dió tiempo á que acudiera en su auxilio el conde de Berghes con un buen golpe de gente destacada del campamento. Temió el astuto holandés sucumbir envuelto entre dos fuegos, y levantó el cerco antes de cambiar una sola bala con el conde. Regresó Federico á las inmediaciones de Ostende y prosiguieron las operaciones con un vigor que no eran bastantes á debilitar ni la aproximacion del invierno que se anunciaba muy rigoroso, ni la intrépida é impasible serenidad de los sitiados. Es verdad que su situacion no era muy crítica por los defectos necesarios del bloqueo, y porque las paralelas mas inmediatas al muro no lo estaban tanto que se resintiera éste con los incesantes golpes de la artillería. El océano era siempre el auxiliar mas formidable de Ostende. Pero este inconstante elemento se sublevó agitado por el soplo de una recia tempestad, y arrancando con estraordinaria violencia la doble fortificacion de vigas y reductos que protegia la ciudad vieja, dejó á los sitiadores abierto y espedito un ancho portillo por donde podian penetrar hasta el corazon de la plaza. Por desgracia Alberto no conoció el poder de la ocasion, y deseando equivocadamente economizar la sangre de sus soldados, se dejó seducir por las proposiciones de capitulacion que le ofrecieron los sitiados. Mas como la idea de estos tendia á ganar tiempo para recibir un considerable refuerzo que esperaban, no bien lo lograron, rompieron las negociaciones y anunciaron altamente su resolucion de vencer ó envolverse en las ruinas de su ciudad. Al punto, con admirable rapidez, repararon las fortificaciones y añadieron otras nuevas. Un rayo de luz brotó entonces en la mente del archiduque, y abandonando su estéril plan de bloqueo, puso en juego todos sus recursos para dar un asalto vigoroso á la plaza. El fuego de nuestras baterías fué tan certero y eficaz, que derribaron un buen lienzo de la muralla cerca de la obra reconstruida. El ejército entero se puso en movimiento para dar el asalto á favor de las sombras de la noche. Dos fuertes columnas, una de españoles con el maestre de campo Durango, y otra de italianos llevando á su cabeza al marqués de Gambacorta, debian subir á la brecha atravesando el brazo de agua que baña el recinto esterior. El conde de Bouquoi con el resto de las tropas acantonadas en Bradené, habia de seguir este movimiento sos-

teniendo las alas de Gambacorta. El archiduque á su vez desde San Alberto habia de proteger á Durango, mientras el resto del ejército, estrechando el semicírculo y apoyándose en los puntos fortificados, inflamaria con su contacto á las columnas y las cubriria caso de retirada.

Apenas se estinguieron en el horizonte los últimos crepúsculos del dia, cuando el eco marcial de las trompetas y clarines resonó en toda la estension de la línea española. Alberto queria engañar al enemigo acerca del verdadero punto de ataque. Al propio tiempo rompieron un fuego terrible las baterías del campo, escepto las de San Alberto y Bradené, para que los de Ostende no pudieran percibir las columnas en marcha á la siniestra luz de los cañones. La plaza contestó con un vigor inaudito y el atronador estruendo de doscientas piezas, repitiéndose como los bramidos del huracan, ocultaba el ruido que hacian los sitiadores y favorecia sus designios.

Durango y Gambacorta avanzan por radios convergentes, pasan con feliz audacia el canal esterior y llegan al pié de la brecha. Aunque esta ofrecia aun bastantes dificultades, los españoles se precipitan en ella con una impetuosidad sin límites; los italianos les siguen encendidos por una noble emulacion, y ya iban á coronar el muro cuando se sienten detenidos por las puntas de las picas enemigas. Vere habia adivinado el verdadero pensamiento de los españoles, y sin dejarse fascinar por las falsas alarmas, habia reunido en aquel punto decisivo todo el nervio de su gente. La ciudad aparece iluminada como por encanto, y esta claridad fatídica que permite á los enemigos reconocerse, sirve tambien para que sus golpes sean mas certeros y el combate mas mortífero. Peléase allí con un encarnizamiento y furor que las pérdidas recíprocas aumentan en vez de debilitar. Los españoles, soldados viejos, sostienen gloriosamente su antigua reputacion, pero no pueden ganar un solo palmo de terreno; los sitiados á su valor tenaz y característico, reunen el deseo de conservar sus hogares, su existencia y la de sus familias, y permanecen inmovibles como un muro de diamante. El desenlace de aquella lucha terrible debia ser funesto para los agresores; el conde de Bouquoi, detenido por una fuerte marea, no habia podido realizar el

paso de los canales, y de este modo dos mil y tantos hombres se hallaban abandonados á sus propias fuerzas contra una guarnicion de diez ó doce mil. Sin embargo, siguieron combatiendo con un heroismo ejemplar, hasta que el archiduque dió la órden de retirada. Verificóse ésta con el aplomo y serenidad propios de tropas veteranas; mas cuando llegaron los españoles al borde del canal, los holandeses soltaron los diques y arrastraron á muchos valientes que habian perdonado el hierro y plomo enemigos. Pero el resto, con una constancia incomprensible, siguió retrocediendo con imponente actitud y se incorporó al grueso de las tropas. La pérdida de los sitiadores fué muy considerable y la hizo mas sensible la muerte de Gambacorta, noble italiano que en la flor de su edad perdió una gran fortuna y un inmenso porvenir de gloria. El español Durango quedó gravemente herido.

Las causas de este desastre eran bien fáciles de preveer. Ningun general que fia absolutamente en la imprudencia ú obcecacion del enemigo, puede tener seguro el éxito de la empresa mas probable. El archiduque concedió demasiada importancia á la diversion de los ostendenses, y habiendo penetrado estos sus intenciones, dejó comprometidas sus columnas de asalto muy débiles para resistir todo el poder de las fuerzas enemigas. Pero el yerro mayor y mas trascendental fué el de no haber asegurado antes sólidamente el paso de los canales.

Si se hubieran establecido uno ó dos puentes, ó rellenado el foso con fagina; si á la vez se hubieran abierto sangrías en el canal esterior para impedir el efecto de la inundacion por medio de las esclusas, el tercio de Bouquoi hubiera podido realizar el paso, el ejército entero le hubiese sostenido inmediatamente, y los holandeses, oprimidos por el número y no obstante su incontestable intrepidez, habrian sido probablemente arrollados hasta las últimas estremidades de la ciudad vieja. Aun en el caso poco verosímil de fracasar el asalto desplegando estos elementos, siempre se hubiera evitado el desastre de la retirada y la catástrofe de aquellos heróicos soldados. Mas Alberto, que se hallaba adornado con prendas de primer órden, no tenia aquella suma de conocimientos prácticos que solo pueden adquirirse con una educacion puramente militar.

Perdida la esperanza de tomar á Ostende por asalto, se volvió al combinado sistema de bloqueo y ataque. Para realizar el primero se principió á estender el ramal del contradique que partia desde Bradené hasta la boca del canal mayor, y para lanzar los fuegos sobre el centro de la plaza, se erigió frente al cuartel de San Alberto una plataforma colosal desde la que se empezó un horrible bombardeo. Las casas caian á impulsos de aquellos nuevos proyectiles, pero la constancia de los sitiados se elevaba con el peligro; las organizaciones mas débiles se robustecian con el magnetismo del ejemplo comun, y ni un solo corazon latia bajo la servil impresion del miedo.

Entretanto los sitiadores se escedian á sí mismos, trabajando y maniobrando dia y noche. Pero la fatiga y el fuego devoraban los hombres á centenares; el rigor de la estacion y la naturaleza del terreno hacian muy lentos los progresos, y algunos jefes de una constancia esperimentada aconsejaban que se levantase aquel sitio destructor. Pero el archiduque tenia una confianza sin límites en las virtudes de su ejército, y lejos de prestar oidos á esta proposicion, marchó á Gante para activar la venida al campo de nuevos y poderosos refuerzos.

Juan de Ripa, el heróico veterano de Termonde, quedó al frente de las tropas (1602). El nuevo general señaló su mando con un hecho sobresaliente; los tres reductos llamados Poldros ofendian gravemente á los sitiadores y ademas cubrian la parte mas á propósito para un asalto; Ripa los cañoneó furiosamente hasta enmudecer las mas de sus baterías, y colocándose á la cabeza de un tercio escogido, marchó contra ellos atravesando una nube de balas y metralla. Los holandeses, admirando una intrepidez tan estraordinaria, no se atrevieron á llegar á lo estrecho del combate y evacuaron los Poldros que Ripa destruyó hasta los cimientos.

La llegada del archiduque con las fuerzas auxiliares aumentó el calor de las operaciones hasta un grado imposible de definir. El gran dique de Bradené quedó concluido; pero esta obra jigantesca en cuya construccion perecieron millares de hombres con los maestres de campo Durango y Ceballos, resultó tambien insuficiente para cerrar la línea del bloqueo. Los hábiles marinos holandeses, envol-

viéndose en el manto de la noche, evitaban el fuego de las baterías del dique y llevaban al seno de la ciudad socorros y refrescos de todas clases. Un ingeniero que habia en el campo católico, llamado Pompeyo Tengon, ideó un medio para destruir las esperanzas de aquellos atrevidos náuticos.

Consistia éste en un castillo de madera, de forma cilíndrica, bastante fuerte para resistir á bala de cañon, y en cuyo cuerpo superior se colocaron seis piezas con la competente dotacion de artilleros. El castillo reposaba sobre algunas barcas ancladas en el fondo del canal, y dispuesto de modo que pudiera sostenerse contra las frecuentes tempestades del océano. No fué infecunda en resultados prósperos esta invencion; mas tampoco se logró cerrar completamente la línea de bloqueo.

El tiempo transcurria velozmente; las pérdidas de sitiados y sitiadores eran ya enormes, y aun no se podia adivinar el desenlace de aquel terrible drama; ni unos ni otros daban pruebas de tibieza ó cansancio. El honor de ambos beligerantes estaba vivamente empeñado en aquella lucha devoradora, y cuando un sentimiento noble desciende al corazon de las masas, el número de los héroes se cuenta por el de los hombres y es imposible decidir con el cálculo humano los límites de este heroismo general.

Sin embargo, para un observador imparcial los españoles llevaban la peor parte, pues en dos años de inauditos esfuerzos apenas habia adelantado algunos pasos su línea de circunvalacion, mientras que los holandeses conservaban todas sus obras esteriores, escepto los Poldros, y las aumentaban de dia en dia hasta hacer las casi inespugnables. El ingenio, la pericia, el celo de los jefes mas distinguidos que habia en el campo, se habian gastado inútilmente, y los planes mas audaces, como sometidos á un pensamiento erróneo, ó no producian efecto alguno, ó los producian mezquinos, insuficientes, y en modo alguno proporcionados al gran dispendio de sangre y tesoros que acarreaba su realizacion.

En esta ocasion llegó al campo Ambrosio de Spínola, noble genovés, y una de las fisonomías militares mas brillantes que presenta este período de decadencia. Era una de esas organizaciones poderosas que separadas de su verdadero camino por afecciones ó intereses

privados, se lanzan al fin hácia su centro de accion, y solo puede separarlas de él la invencible mano de la muerte. Spínola, jóven aun, y habiendo pasado las dos terceras partes de su vida en una esfera tranquila y halagüeña, no habia podido distinguirse con grandes hechos de armas; pero el genio se revela en sus primeras creaciones, y el archiduque Alberto fué bastante afortunado para descubrir en el noble aventurero el carácter y prendas de un buen general. Spínola era un nombre nuevo para la mayor parte de los soldados españoles; pero bien pronto logró captarse su voluntad. Una penetracion esquisita para descubrir el fondo de las situaciones mas complicadas; un ingenio audaz y fecundo para concebir los planes mas atrevidos, y un criterio escelente para distinguir las apariencias de la realidad, constituian las dotes principales de su entendimiento; por lo demas, intrépido, afable, cortés, dueño de una fortuna inmensa, poseia el raro arte de distribuir beneficios sin procurarse ingratos, y de atraer los corazones, mas con el encanto de sus maneras, que con el precio de sus liberalidades. Así es que al poco tiempo se hizo el ídolo del ejército, y admirando él mismo el valeroso denuedo y la perseverancia de estas tropas, se propuso acometer á su frente las mas árduas empresas.

El marqués descubrió al primer golpe de vista el erróneo sistema que habia presidido en las operaciones.

La imposibilidad del bloqueo y la necesidad de una espugnacion vigorosa fueron las dos ideas que se gravaron en su imaginacion. En su consecuencia dictó las mas enérgicas disposiciones para acometer un asalto general. Debian cegarse los dos canales en diferentes puntos, acortar el radio de las baterías, aumentar el número de estas y robustecer en toda la línea el frente de los atrincheramientos. Aquellos soldados, modelos de disciplina, que deploraban en voz baja el que se les dejara consumirse lentamente, sin gloria y sin brillo, saludaron con gritos de júbilo el pensamiento del nuevo jefe, y le secundaron con un celo mas fácil de concebir, atendiendo á la exaltacion de los espíritus, que de esplicar, al través del frio velo de los años. El sentimiento de la emulacion dió aun nuevas fuerzas á las tropas de las diferentes naciones, y aquel profundo cáuce que recibia del océano tan copioso tributo de agua,

presentó en varios sitios una superficie sólida y bastante dilatada para que pudieran avanzar los cuerpos sin perder su formacion. Nuevos reductos se levantaron sobre las márgenes del canal, y sus cimas coronadas de cañones, anunciaban bien que se trataba de un ataque decisivo.

El 15 de noviembre, terminados los preparativos, se puso el ejército en órden para acometer la terrible espugnacion. Spínola quiso empeñar en este lance el nervio de las tropas, dejando solo en los fuertes las indispensables para su guarnicion.

Semejante idea era muy acertada, porque un ataque parcial solo conduciria á debilitar el ejército, y por otra parte la solidez de las trincheras les ponia á cubierto de cualquier golpe de mano.

Llegado el instante crítico todos los cuerpos avanzan rápida y simultáneamente. Mas de doscientas bocas de artillería lanzan al mismo tiempo un diluvio de balas sobre Ostende. La plaza guarda un silencio aterrador; ni una voz, ni una detonacion se perciben en aquel recinto que estaba sin embargo cuajado de hombres y erizado de cañones. Pero en el momento de poner el pié los españoles sobre las estrechas fajas de tierra que interrumpian la continuacion de las aguas, un horroroso estampido semejante al eco de cien truenos, turba los aires, envuelve los brillantes rayos del sol en una densa capa de humo, y derriba las cabezas de las columnas españolas. A una señal dada habian disparado las baterías de la plaza, y el muro apareció coronado por un enjambre de guerreros. Pero los sitiadores siguen avanzando sin recejar, al través de una nube de fuego; los huecos que resultan en las primeras filas se rellenan inmediatamente por otros hombres ávidos de gloria y de peligros.

Spínola, para neutralizar algo los efectos del fuego enemigo, habia dispuesto que cada soldado llevase sobre la cabeza una fagina; pero los sitiados, que advirtieron esta precaucion, bajaron la puntería y multiplicaron las víctimas. Muchos valientes perecieron en el paso de los canales, entre los que se contaban el maestre de campo español Ortiz, digno de mas larga vida y de muerte mas gloriosa; pero aquella operacion, que se reputaba temeraria, se habia realizado; los españoles estaban sobre la márgen



opuesta, y los holandeses empezaban á dudar que fuera posible resistir á unos hombres vencedores de tantos elementos de destruccion.

Los sitiadores se rehacen bajo el fuego enemigo; nutren de nuevo sus desmembradas columnas y se precipitan con la cabeza baja sobre los formidables reductos de Ostende. Nada es bastante á contener su furia arrolladora; los mas intrépidos holandeses se hacen matar en los puestos que ocupan, pero las terribles columnas marchando sobre montones de cadáveres propios y estraños, se enseñorean al fin de todo el recinto esterior.

Bien hubiera querido Spínola avanzar en álas de la victoria y completarla con la conquista de la ciudad, pero sus heróicas tropas habian sufrido pérdidas enormes; se hallaban estenuadas de fatiga, y la prudencia aconsejaba que tomaran aliento antes de lanzarse en otra lucha mortífera.

Por lo demas, las ventajas reportadas eran muy considerables; la fisonomia del asedio habia cambiado completamente, y aunque Ostende no hubiera sucumbido del todo, podia decirse que estaba encadenado y su suerte decidida. En efecto, aquel canal esterior sobre cuyos bordes se habian estrellado los mas audáces planes y las tentativas mas vigorosas de los sitiadores, no era ya un obstáculo para el porvenir de las operaciones; aquellos jigantescos reductos contra los cuales era impotente el lejano fuego de nuestras baterías, no constituia ya el impenetrable escudo de Ostende; el bloqueo, antes imposible, era ya muy realizable, y Spínola á caballo sobre el recinto y tendiendo su espada hácia el corazon de la plaza, podia emplear contra el recinto interior la zapa, la mina y y el fuego combinado de la artillería, y reducir á sus defensores á la última desesperacion.

Mas los rigores del invierno paralizaron las operaciones, y Mauricio, que no perdonaba medio alguno para libertar á Ostende, se arrojó á la cabeza de un ejército florido sobre la importante Esclusa. La conquista de esta plaza habia formado uno de los mas gloriosos triunfos de Alejandro Farnesio, pero á la sazon se hallaba débilmente guarnecida con pocos bastimentos. El hábil Nassau tomó

tan bien sus medidas y cerró con tanta diligencia la línea de bloqueo, que la escasa guarnicion capituló afligida por el azote del hambre. Sabiendo Spínola la estremidad en que se hallaba, voló á su auxilio con un buen golpe de gente; mas le sorprendió en el camino la noticia de haberse entregado (1603), y regresando aceleradamente sobre Ostende procuró indemnizarse con la pronta conquista de esta plaza.

Nuevos prodigios de actividad reemplazaron á la inaccion forzada en que durante los crueles meses de invierno habia estado el ejército; se cegó el segundo foso con la misma fortuna y mayor rapidez que el primero; los fuertes bastiones que formaban el recinto interior, volaron por el aire por el impulso de las minas, y varias brechas practicables brindaban á los sitiadores con la posibilidad de un segundo asalto.

Dióse este al rayar el alba del dia 15 de setiembre de dicho año. Los holandeses sostuvieron dignamente su reputacion; pero arrollados con indescriptible ímpetu sobre los escombros de las fortificaciones, perdieron estas y con ellas todo el segundo recinto. Los victoriosos españoles iban á precipitarse con espada en mano sobre el centro de la ciudad, cuando se vieron detenidos por otra trinchera imponente cubierta de artillería. Mas este obstáculo, aunque aparentemente formidable, no debia infundir sérios recelos; el baluarte mas poderoso era el valor de los ostendenses, y se hallaba vencido y desmoralizado por sus derrotas. Asi es, que al disponerse los sitiadores para arrebatar aquel nuevo elemento de resistencia, llegó una diputacion proponiendo entregar la plaza bajo decorosas condiciones. Aceptólas el marqués, y á la cabeza de su victorioso ejército, entró en aquella plaza, cuya inaudita perseverancia apenas tiene ejemplo en la historia. El fuego de los sitiadores habia devorado los mas hermosos edificios, y la soberbia Ostende no conservaba de su pasado esplendor mas que el imperecedero rayo de gloria alcanzado con su heróica defensa. Cuando se rindió esta plaza todavía abrigaba en su seno una guarnicion de diez mil hombres hábiles para las mas penosas faenas militares; sus vastos almacenes se hallaban casi llenos de víveres, lo cual probaba bien elocuentemente la ineficacia y el error del sistema de bloqueo.



Un dato último revela la importancia de este sitio digno de la edad heróica. Durante los tres años que duró perecieron mas de cien mil personas entre sitiados y sitiadores,. y se hicieron gastos tan considerables que acaso hubieran sido suficientes para la conquista de un reino. Cuando se apaga la voz de la humanidad y de la política, que deplora este inmenso sacrificio de hombres, de tesoros y de tiempo, y solo se fija la vista en la fase militar de aquel gran acontecimiento, es preciso convenir en que jamás ejército alguno dió pruebas de una constancia tan heróica, y en que pocas veces fué tan digna de la fama la gloria de nuestras armas. Al observar las virtudes de aquellos veteranos, modelados en la escuela de Alejandro Farnesio, se creeria que nuestra España se hallaba en su mayor apogeo, y sin embargo iba declinando sensiblemente, pero los ejércitos son los últimos y mas fieles depositarios del honor nacional.

Obtuvo Mauricio débil compensacion de esta pérdida con la toma de Rimberg, donde los españoles lograron, con heróico aliento, sostenerse durante diez meses, no obstante que la plaza tenia condiciones bien poco ventajosas de defensa.

Mientras la guerra ardia con tanta violencia en los Paises Bajos, brotaban algunas centellas en Irlanda y el territorio italiano. El conde Tiron, noble católico, se habia levantado en la primera contra la reina Isabel, ardiente corifeo del protestantismo, y la corte de España, fiel á la política de Felipe II, habia enviado en su auxilio un cuerpo de seis mil hombres á las órdenes de D. Juan de Aguila. Sus primeras operaciones fueron felices; mas no tardó en volverles el rostro la fortuna, pues oprimido por fuerzas muy superiores, sin comunicaciones ni víveres, Aguila se vió en la dura alternativa de perecer ó proponer una capitulacion honrosa que salvara su libertad y la de sus soldados. Optó como cuerdo por este último partido, y en su consecuencia fueron trasladados los españoles á su patria sobre naves inglesas á principios de enero de 1602. Menos venturoso fué Ocampo, quien habiendo acudido con un refuerzo de dos mil hombres, quedó derrotado y prisionero salvándose pocos de los que le acompañaban. Neutralizó estos infortunios la breve y brillante

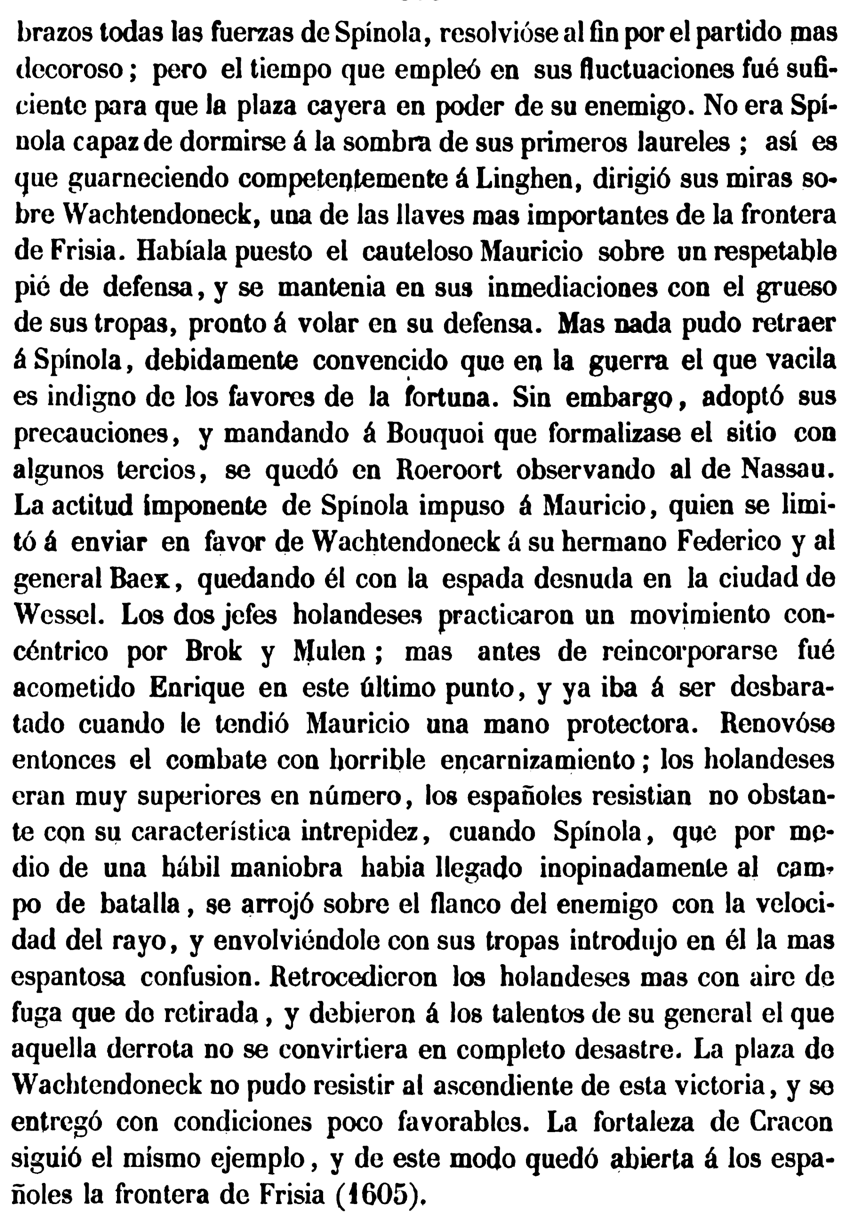


campaña que el conde de Fuentes, gobernador del milanés, hizo en el marquesado del Final. Los españoles arrollaron en todas partes á los destacamentos piamonteses, y se enseñorearon de todo aquel rico territorio. Nuestra flota, mandada por el marqués de Santa Cruz, recorrió con aire de triunfo los mares de levante, y se apoderó de algunos puntos importantes.

Las hostilidades en los Paises Bajos esperimentaron la reaccion consiguiente á una actividad estraordinaria. Las fuerzas católicas se reorganizaban en sus cuarteles, y Mauricio, debilitado tambien, circunscribia todas sus operaciones al recobro de algunas pequeñas fortalezas.

Pero al principiar el año de 1605 ambos beligerantes salieron de su postracion para lanzarse golpes de muerte. Esta campaña fué una cadena de prosperidades para las armas españolas. Nuestras tropas conservaron una superioridad decidida contra Nassau, y ni los incontestables talentos de este caudillo, ni el ardor inestinguible de sus tropas, ni la rapidez de sus maniobras, pudieron inclinar un momento á su lado la balanza de la fortuna. Anhelaba Mauricio sentar el pié en el Bravante, ya con el objeto de recoger los frutos de la ofensiva, ya con los de disminuir los recursos del enemigo, ya en fin, y principalmente con el de granjearse un punto de apoyo que pudiera suplir á la pérdida de Ostende. Todas sus tentativas habian sido hasta entonces infructuosas; mas un alma de gran temple como la suya, no se dobla bajo los primeros golpes de la desgracia. Equipó una poderosa escuadra, y desembarcando bajo el cañon de la Esclusa, pretendió adelantarse hácia Ambéres seguido de un respetable ejército. Acudió rápidamente á su encuentro el marqués de Spínola, y supo tomar medidas tan precisas y enérgicas, que el holandés, sin resolverse á cruzar las armas, hubo de reembarcarse perdiendo algunos prisioneros, los gastos de la espedicion y gran parte de su prestigio militar. Alentado con este triunfo el animoso marqués, penetró en el territorio de Cleves, aliado con la Holanda, se apoderó de Oldenzeel, plaza de bastante consideracion, y amenazó de cerca á la de Linghen, ciudad bien fortificada y de mucho interés estratégico. Punzábale á Mauricio el deseo de acudir al socorro de Linghen, mas retrayéndole por otro lado el temor de atraer sobre sus





brazos todas las fuerzas de Spínola, resolvióse al fin por el partido mas decoroso; pero el tiempo que empleó en sus fluctuaciones fué suficiente para que la plaza cayera en poder de su enemigo. No era Spínola capaz de dormirse á la sombra de sus primeros laureles; así es que guarneciendo competentemente á Linghen, dirigió sus miras sobre Wachtendoneck, una de las llaves mas importantes de la frontera de Frisia. Habíala puesto el cauteloso Mauricio sobre un respetable pié de defensa, y se mantenia en sus inmediaciones con el grueso de sus tropas, pronto á volar en su defensa. Mas nada pudo retraer á Spínola, debidamente convencido que en la guerra el que vacila es indigno de los favores de la fortuna. Sin embargo, adoptó sus precauciones, y mandando á Bouquoi que formalizase el sitio con algunos tercios, se quedó en Roeroort observando al de Nassau. La actitud imponente de Spínola impuso á Mauricio, quien se limitó á enviar en favor de Wachtendoneck á su hermano Federico y al general Baex, quedando él con la espada desnuda en la ciudad de Wessel. Los dos jefes holandeses practicaron un movimiento concéntrico por Brok y Mulen; mas antes de reincorporarse fué acometido Enrique en este último punto, y ya iba á ser desbaratado cuando le tendió Mauricio una mano protectora. Renovóse entonces el combate con horrible encarnizamiento; los holandeses eran muy superiores en número, los españoles resistian no obstante con su característica intrepidez, cuando Spínola, que por medio de una hábil maniobra habia llegado inopinadamente al campo de batalla, se arrojó sobre el flanco del enemigo con la velocidad del rayo, y envolviéndole con sus tropas introdujo en él la mas espantosa confusion. Retrocedieron los holandeses mas con aire de fuga que de retirada, y debieron á los talentos de su general el que aquella derrota no se convirtiera en completo desastre. La plaza de Wachtendoneck no pudo resistir al ascendiente de esta victoria, y se entregó con condiciones poco favorables. La fortaleza de Cracon siguió el mismo ejemplo, y de este modo quedó abierta á los españoles la frontera de Frisia (1605).

Tambien obtuvieron algunos lauros las armas españolas sobre el mar, y sobre las ardientes arenas del Africa, y los nombres de don Nuño Mendoza, D. Luis Fajardo y D. Pedro de Toledo, se ilustraron



este año con algunos hechos distinguidos. Batió el primero á un ejército árabe que intentaba asediar á Tanger; Toledo, al frente de una pequeña flota, apresó en el estrecho de Gibraltar once navíos de corsarios turcos, y Tejada, con una armada poco considerable, incendió y echó á pique diez y nueve navíos holandeses.

Por todas partes llevaban estos lo peor. La estrella de Mauricio de Nassau se habia eclipsado ante la aureola de Spínola, y los mas atrevidos designios de éste llegaban á cima y completa sazon á espensas de la reputacion de aquel. Proyectó Spínola atacar la importante plaza de Utreck para enseñorearse despues de la Zelanda, y aunque los accidentes de aquel territorio y la inclemencia de la estacion le impidieron realizar este pensamiento, no por eso dejó de recoger ópimos frutos de la campaña. La Zelanda era el punto privilegiado de su plan, y ciertamente que dominada por completo esta provincia, la Holanda hubiera tenido que sucumbir. Las causas que hemos espuesto imposibilitaban el asedio de Utreck; mas Spínola creyó llegar al mismo objeto rompiendo por otra parte la frontera, y se dirigió asíduamente contra Lobin, plaza respetable en la provincia de Zutfen. No pudo resistir largo tiempo Lobin al bien combinado ataque de los españoles, y Spínola casi sin tomar aliento marchó contra Groll (1606). Precedia al marqués su reputacion, y cediendo á ella los grollenses, no supieron desplegar sus grandes elementos de defensa. Rimberg se rindió tambien antes de arrostrar las terribles estremidades de un asalto, y los españoles podian adelantarse con paso victorioso hasta la capital de aquella provincia. En vano Mauricio intentó socorrer á Rimberg, porque sus designios fueron descubiertos con destreza y frustrados con mucho vigor. Pero Mauricio, deseoso de restaurar su deslumbrada fama, no bien supo que Spínola se habia retirado á cuarteles de invierno, se precipitó obrse Groll combatiéndole con intrépida tenacidad. Habia tomado tan bien sus precauciones para impedir el acceso de Spínola, que se lisonjeaba ya con la esperanza de un próximo triunfo. Mas el general español, dominando parte con su genio y parte con el valor de sus tropas, obstáculos que parecian insuperables, hizo una marcha casi prodigiosa y se presentó de repente ante los muros de Groll. Sobresaltóse Nassau al aspecto de su temible rival, y no juzgó pru-

dente empeñarse en un ataque que pudiera tener para él deplorables consecuencias. Asi es, que levantando el cerco, se retiró con celeridad á sus naves que condujeron su ejército hasta las playas de Holanda.

La guerra de los Paises Bajos considerada militarmente, ofrecia el porvenir mas lisonjero á las armas españolas. Su preponderancia era tal y tan reconocida, que Mauricio rehusaba un compromiso formal, ateniéndose á una defensiva estéril. Spínola, dueño de Ostende, absoluto en el Bravante, teniendo paso abierto hasta el corazon de las provincias unidas, á la cabeza de un ejército heróico con un gran prestigio, y con un ingenio verdaderamente privilegiado, podia aspirar, sin ser temerario, al título de conquistador de Holanda. Mas la política vino tambien entonces á detener el vuelo de nuestros triunfos, y el generoso Spínola fué el primero en sostener que una paz ventajosa era el mejor premio de la victoria. Otorgóse, en efecto, en la Haya una tregua de doce años, siendo mediadoras y garantes la Francia, la Inglaterra y Dinamarca (1607).

Las flotas españolas sostuvieron dignamente la gloria de su pabellon. D. Luis Fajardo salió del puerto de Cádiz con doce navíos, y barriendo el Mediterráneo con sus fuegos, obligó á los corsarios á refugiarse en la Goleta (1609). Pero ni aun aquí hallaron asilo contra el animoso español, quien atacándole con tanta pericia como intrepidez, aniquiló su armada que ascendia á mas de cuarenta velas, é hizo en los turcos considerable mortandad.

Fenecida esta empresa, regresó á Cádiz sin haber hallado un solo buque enemigo que se atreviera á ponerse á su vista. ¡Tal y tan profundo era el terror que les inspiraba! Poco despues un cuerpo de tropas dirigido por D. Pedro de Leiva y el duque de San German, penetró en territorio marroquí, y arrebató la plaza de Larache, obteniendo una buena escala para nuestro comercio y un escelente medio para reprimir la audacia de los corsarios berberiscos. Estos reiterados triunfos de nuestras armadas probaban que aunque dificilmente, sosteníamos todavia el cetro de los mares.

Por este tiempo brotaban algunos aunque fugaces destellos de una guerra intestina. Tuvieron su orígen en la espulsion de los moriscos, decretada por Felipe III y ejecutada con terrible exactitud.



Los moriscos valencianos antes de romper todos los vínculos y afecciones que unen al hombre con la tierra en que ha recibido el ser, quisieron apelar á las armas y en efecto se sublevaron en los valles de Ayora y Alhamar, acaudillándoles dos jefes llamados Turiji y Milini. Al principio, protegidos por las asperezas del terreno, causaron daños de bastante consideracion, pero no pudieron resistir á los aguerridos tercios que la córte de Madrid envió contra ellos, y hubieron de aceptar la ley que salvaba su existencia.

Apenas el continente europeo empezaba á disfrutar las dulzuras de la paz, cuando estallaron sobre su entraña los primeros rayos de una nueva tormenta. La posesion de los ducados de Cleves y Juliers, vacantes por la muerte de Guillermo, fué en estas circunstancias la manzana de la discordia (1610). Dos príncipes protestantes reclamaron con las armas en la mano esta rica herencia.

La España, el Austria y la Francia, mostraron opiniones muy encontradas; Enrique IV arrojó el guante; el emperador y Felipe III le recogieron sin vacilar, pero la violenta muerte del monarca francés, impidió una conflagracion terrible cuyas consecuencias eran difíciles de preveer. Sin embargo, los gérmenes de esta guerra permanecieron por algun tiempo como fuego latente para romper mas adelante en fuertes llamaradas.

Tambien en Italia se advertian algunos síntomas precursores de largas y sangrientas hostilidades (1611). Cárlos Manuel, duque de Saboya, hombre de una ambicion ardiente y turbulenta, se atrevia á hacer frente al poderío español que las demas potencias italianas contemplaban aun con respeto. Mas no bien hubo sacado la espada cuando sintió la debilidad de sus fuerzas, y creyéndose amenazado de una ruina próxima, quiso evitarla implorando humildemente la clemencia de Felipe III. Pero bastante hábil para plegarse bajo el ascendiente de las circunstancias, el duque Cárlos era incapaz de sufrir un ultraje hecho á su orgullo, y mientras se esforzaba en seducir á nuestra córte con fingidas muestras de sumision, requeria todos sus elementos para obtener una satisfaccion ámplia y brillante.

El océano y el mediterráneo fueron todavía testigos de nuestras glorias. Fajardo, Silva, y Lara, reportaron señaladas ventajas so-

bre los corsarios turcos y los mismos protestantes; pero mas sobresalientes fueron los triunfos obtenidos por el marqués de Santa Cruz y el duque de Osuna.

Enderezó el marqués su rumbo hácia la Goleta (1612), y atacando briosamente á una escuadra turca que reposaba bajo el cañon de esta fortaleza, logró destruirla entregando al fuego sus dispersas reliquias. No limitó á esto sus proezas. La isla de Kerkeni, plantel fecundo de piratas, llamó desde luego su atencion, y penetrando en ella á fuego y sangre, recogió un botin inmenso y quebrantó en gran manera el poder de los insolentes africanos. Por su parte el duque embistió la plaza de Cireti, guarnecida por ochocientos turcos. Defendiéronse estos con su proverbial obstinacion, y perecieron todos gloriosamente con las armas en la mano. Al punto volvió á montar Osuna sobre sus buques, y dando caza á algunos corsarios, les obligó á guarecerse en el seno de sus puertos mas respetables.

El conde palatino de Neoburgo y el elector de Brandemburgo que se habian repartido el territorio de Juliers, se desavinieron formalmente, aspirando uno y otro á la posesion esclusiva de aquellos paises (1614). El conde abjuró el protestantismo y se arrojó en brazos de las potencias católicas; el elector, por el contrario, reclamó el auxilio de los príncipes protestantes. Prestóselo eficaz, aunque poco desinteresado, Mauricio de Nassau, quien se arrojó en la abierta lid con un formidable ejército. Neoburgo, impotente para resistir á esta liga, iba á sucumbir cuando sintió la aproximacion de los españoles, dirigidos por Ambrosio de Spínola. Los primeros pasos del marqués fueron señalados con otros tantos triunfos; los alemanes de Brandemburgo quedaron arrollados en diversas partes, y un golpe de su espada sometió la importante isla de Wesel, haciéndose dueño de la capital que lleva el mismo nombre. Tan rápidas ventajas dejaban entrever un porvenir brillante; pero se interpusieron la Francia y la Inglaterra, y bajo sus auspicios se ajustó la paz y una nueva division de aquellos Estados. No obstante la España obtuvo algun fruto de sus conquistas, pues conservó la plaza de Wesel muy á propósito para cerrar la frontera de Flandes por aquella parte.

Una nueva derrota que sufrió la escuadra turca en las aguas de



Malta por la intrepidez y pericia de D. Octavio de Aragon, y la conquista de Mámora en las inmediaciones de Tanger, debida á los esfuerzos de Tejada, fueron los hechos que acreditaron principalmente este año nuestra prepotencia marítima.

No descansaba entretanto el inquieto duque de Saboya, y empleando capciosos pretestos, se apoderó del Monferrato con mengua de la dignidad española. El marqués de Hinojosa, gobernador de Milan, seducido por los artificios del duque, permaneció en una inaccion deplorable, y cuando quiso mostrar su energía, ya el saboyano, robustecido con algunos refuerzos franceses y con la alianza de Mauricio, constante en su ódio contra los españoles, habia arrojado la máscara y anunciado altamente sus pretensiones. En vano Hinojosa quiso divertir la atencion del duque penetrando en el Piamonte; Cárlos Manuel opuso una invasion á otra, y entró en el Milanés á la cabeza de un lucido ejército. Revolvió Hinojosa á la defensa de los dominios españoles; pero no pudo atraer al duque á una batalla decisiva que hubiera comprometido su situacion de una manera muy grave. Así esta guerra que carecia de brillantez, no dejaba de causarnos pérdidas considerables, porque el infatigable Cárlos no perdonaba medio ni ocasion alguna para desmembrar nuestras tropas. Fué sin embargo muy sensible al duque la pérdida de Oneglia, espugnada valerosamente por el marqués de Santa Cruz; pero procuró indemnizarse poniendo apretado cerco á la plaza de Bestagno (1615). Presentóse en su auxilo el general español, y Cárlos se replegó sucesivamente sobre Conelli y Asti; mas alentado en este punto con las grandes ventajas de su posicion y con algunos refuerzos que habia recibido, se resolvió á hacer frente á Hinojosa. Combatieron ambos beligerantes con noble intrepidez, y la victoria estuvo por largo tiempo indecisa, pero al fin se resolvió por la incontestable superioridad de la infantería española.

La retirada de Cárlos fué difícil y en estremo laboriosa, y hubiera podido convertirse en una fuga de vastas consecuencias, si el marqués, menos circunspecto, no se hubiera condenado á sí mismo á una inaccion de mes y medio. Robusteciése en tanto el saboyano, mas desconfiando de sus fuerzas, y trocando la espada por el caduceo de negociador, ofreció al de Hinojosa una paz que este acogió

con avidez. Pero Hinojosa, cuya lentitud y tergiversaciones ofendian al gobierno español, fué separado del de Milan y sustituido por el marqués de Villafranca, espíritu flexible que comprendia tan bien las sinuosidades de la diplomacia como las complicadas combinaciones de la guerra, y de cuyo enérgico carácter se esperaban los resultados mas lisonjeros para la dignidad española.

Sus primeros actos justificaron estas esperanzas y aun las hicieron concebir mas elevadas. Rompió bruscamente el tratado de paz concluido con el saboyano, requirió á este con una nueva guerra, y se preparó á desplegar en las operaciones todo el vigor posible. El plan de Villafranca era apoderarse de Vercelli, plaza la mas importante de Saboya, y envolver al duque en las gargantas de los Alpes; mas la vigilancia de Cárlos inutilizó este proyecto, y saltando otra vez las fronteras del Monferrato, llevó allí el fuego de las hostilidades. Villafranca á su vez se arrojó sobre el Piamonte (1616), talando y saqueando los pueblos; mas esta manera analítica de hacer la guerra, no hubiera conducido en mucho tiempo á su desenlace si el marqués, comprendiendo mejor sus intereses y su situacion, no hubiera vuelto á su primer pensamiento atacando decididamente la plaza de San German que cubria el camino de Vercelli. Acudió el duque en su auxilio, y ambos ejércitos vinieron á las manos con estraordinario ardor. Cárlos apoyaba sus álas en un bosque inmediato y se batia en la vanguardia animado por las probabilidades del triunfo; pero saliendo súbitamente del bosque un cuerpo formidable de infantería española, le envolvió arrojándole muy maltratado sobre los brazos de Villafranca. Cárlos debió su libertad y su vida á la oscuridad de la noche; su ejército quedó hecho pedazos; San German sucumbió destituido de esperanza, y la victoria de Apértola concedió á Villafranca todo el honor y el fruto de esta campaña.

Por este tiempo (1616) presenció el mediterráneo uno de los sucesos mas gloriosos para nuestras armas. D. Francisco Rivera, que recorria los mares con los galeones bien equipados, avistó en el cabo de Cefalonia á la escuadra turca, fuerte de cincuenta y cuatro buques y tripulada por mas de quince mil hombres. La desproporcion de las

fuerzas era como se ve inmensa; cualquier pensamiento de lucha podia parecer temerario; mas el heróico Rivera, confiando en el valor de sus gentes y en la habilidad de sus maniobras, no vaciló en brindar á los enemigos con el combate. Duró este tres dias, y ambos beligerantes mostraron una tenacidad casi inconcebible; los turcos se batian con la esperanza que infunde el número; los españoles con aquel ardimiento sublime que escita el sentimiento del honor en las almas de buen temple; cien veces intentaron aquellos el abordage; cien veces fueron eludidos ó rechazados; la noche suspendia el brazo mortífero de los combatientes, y el mar, agitando sus ondas, envolvia los cadáveres y las reliquias de los navíos destrozados. Al cabo de los tres dias, 14, 15 y 16 de julio, los turcos, viéndose horriblemente maltratados, emprendieron la retirada refugiándose bajo el cañon de los puertos mas próximos. Habian perdido tres mil doscientos hombres, la galera capitana y otras treinta y cinco mas. Los españoles esperimentaron la baja de setenta y un muertos con mayor número de heridos, pero salvaron sus seis buques y entraron con ellos en la rada de Nápoles en medio de las aclamaciones de un pueblo que aplaudia y admiraba tan estraordinario heroismo. Nosotros, en presencia de un hecho tal vez el único en la historia, hemos detenido la pluma y el pensamiento para comprender que en la primera declinacion de los pueblos como en la de un gigante, hay algunos esfuerzos superiores á todo cálculo humano. Felipe III concedió á Rivera el hábito de Santiago, débil premio si se considera la grandeza del mérito, pero suficiente teniendo en cuenta que aquel hábito era el símbolo de la gloria suprema, aspiracion de los hombres privilegiados.

Tambien fué célebre el combate que sostuvo en el océano la nave de San Julian, asaltada por cuatro buques corsarios; peleó durante dos dias con singular encarnizamiento, y reportó la victoria haciendo huir á sus enemigos.

Aunque quebrantado el duque de Saboya no se hallaba sin recursos. Habíaselos ofrecido muy eficaces el general francés Lesdiguieres, quien se apresuró á salvar los Alpes para tender á Cárlos una mano protectora. Fiado en esta promesa, el saboyano sacó un nuevo ejército á campaña, encomendándoselo á su hijo Victor Ama-



deo, jóven de brillantes esperanzas. Victor, no obstante, se abstuvo de salir al encuentro de Villafranca, y desviándose de la primera línea de operaciones, atacó furiosamente á Crevaleore, y logró penetrar en esta plaza con mas pérdida de sangre que de tiempo. Pero nada pudo divertir al marqués de su proyecto, y obstinóse en el sitio de Vercelli.

Atacó esta plaza con diez y seis mil hombres, cuatro mil caballos y treinta piezas; dió órden al gobernador de Alejandría que con parte de la guarnicion amenazara á Berna; destacó al conde Francisco de Adda con una columna volante de diez y seis compañías á pié y once de ginetes para entretener al enemigo en el Monferrato, y sabiendo que el duque de Saboya enviaba socorro y municiones á los sitiados, pasa él mismo el Sesia y ataca el destacamento que convoyaba haciendo una espantosa carnicería, aumentada con la esplosion de los sacos de pólvora que la caballería saboyana llevaba á la grupa. A consecuencia de esta matanza, Vercelli desesperó de ser socorrida.

El 25 de julio Villafranca mandó dar el cuarto asalto y dirigió personalmente á los tercios españoles, yendo el marqués de Montenegro con los regimientos alemanes, el príncipe Vicente Gonzaga con los cuerpos italianos, y D. Alonso Pimentel con los walones. Los españoles (dice el abate Fossati) (1), mostraron tanto corage y valentía que hubieran tomado desde luego la plaza sitiada si despues de entrar dentro de ella no los hubiera hecho retroceder una voz que gritó: *guarda la mina*; pero repentinamente volvieron á su natural ardimiento, y solos, en medio de los enemigos, penetraron en la plaza espada en mano, llegando á tomar la iglesia de S. Andrés.

Aturdidos los defensores y dispersas las tropas piamontesas, el gobernador se apresuró á capitular, saliendo cuatro mil ciento nueve hombres con los honores de la guerra, el dia 26.

Solari, Felizzano y Anona, llaves importantes del Tanaro, cayeron sucesivamente en su poder, y hubiera llevado el calor de las conquistas hasta las estremidades de Saboya, á no sentir sobre su retaguardia á los franceses que descendian de los Alpes á paso

(1) Memorie historiche delle guerre d'Italia. Milan 1640, dedicada á D. Antonio Sarmiento.

de gigante. El número de las tropas españolas era impotente para resistir á esta nube de enemigos, y el marqués se replegó en buen órden sobre el Milanés, dejando muy comprometidas las guarniciones de las plazas que bordeaban el Tanaro. En efecto, penetró en ellas el francés, pasando á filo de su espada á cuantos la defendian, si bien Vercelli, San German y Solari permanecieron en poder de los españoles.

La guerra iba tomando estraordinarias proporciones; pero Cárlos Manuel que queria un auxiliar y no un protector interesado, y que observaba con celos la ambicion de Lesdiguieres, se apresuró á terminarla, cimentando la paz sobre las mismas condiciones que habia propuesto al marqués de la Hinojosa.

En principios de este año (1620) temblaba la casa de Austria al aspecto de una nueva tempestad. Apenas habia sentado Fernando II el pié en el sólio de los Césares, cuando se vió acometido por numerosos enemigos, algunos de los cuales obraban bajo el resorte del fanatismo religioso, y otros bajo el móvil de su ambicion. Los bohemios protestantes rehusaron someterse á su autoridad, y brindaron con la corona al elector palatino Federico, quien deslumbrado por su brillo, la aceptó y se preparó fuertemente á sostenerla. Bethelem Gaber, Vayvoda de Transilvania, aspiró al trono de Hungría, y todos los príncipes protestantes mas ó menos embozadamente, secundaron los proyectos de estos dos príncipes. Fué preciso recurrir á las armas; Fernando, sintiéndose débil, imploró el auxilio del monarca español, y nuestros valerosos tercios marcharon aceleradamente desde los bordes del Scalda hasta los del Danubio. El conde de Bouquoi, general formado en la escuela de Farnesio y Spínola, recibió bajo sus órdenes ocho mil españoles; Spínola mismo con un cuerpo mas considerable, habia de arrojarse sobre el palatino, y D. Luis Velasco bordeó con sus soldados las orillas del Rhin.

Todo el honor de las primeras operaciones perteneció al marqués de Spínola. Este hábil general trató de establecerse sobre el punto eminentemente estratégico de Oppenhein, pero le cubria Hansback con veinte y cuatro mil hombres alemanes, ingleses y holandeses. Spínola rompió su movimiento, al parecer decisivo, para ame-

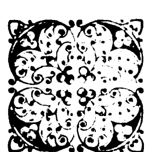
nazar á Francfort; Hansback creyendo sériamente comprometida esta plaza, se adelantó á protejerla con el grueso de sus tropas. Entonces Spínola maniobrando rápidamente de flanco, vino á caer sobre Oppenhein y se situó con la mayor solidez en esta protegida posicion que mandaba todas las grandes comunicaciones militares del palatinado. Hansback y Essex comprendiendo tarde su imprudencia, hicieron inútilmente las mas vigorosas tentativas para recobrar á Oppenhein; el general español, firme como una roca, no solo frustró todos sus proyectos, si que tambien les causó un considerable quebranto.

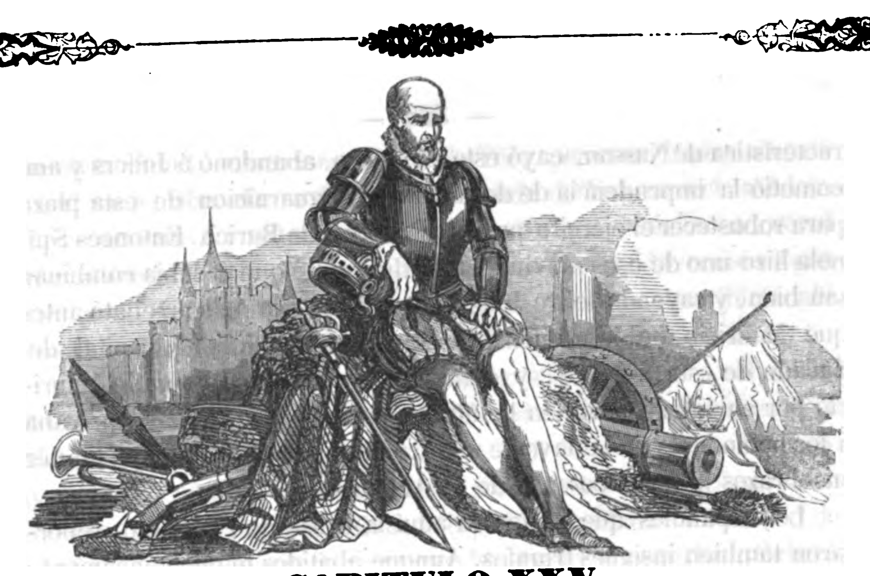
Nuestras tropas conservaron su superioridad táctica sobre la áspera entraña de la Bohemia. Los electores de Baviera y Sajonia, despues de haber obtenido notables triunfos en la Lusacia y la Austria Baja, se dieron la mano con Bouquoi, resueltos á emprender el sitio de Praga, capital de aquel reino. El marqués de Anlhat, general bohemio, les esperaba con un ejército respetable y en un campo bien atrincherado á media legua de la ciudad. El primer choque fué funesto á los imperiales; el conde Tully hubo de retirarse con poco órden y mucha precipitacion; los demas cuerpos sajones y bávaros temian abordar aquellos terribles parapetos; el desaliento iba haciendo progresos sensibles, cuando el intrépido Bouquoi salta del lecho en que le retenia una grave herida, monta á caballo, habla á sus tropas, las enciende en el deseo de vengar el último ultraje y se precipita á su cabeza sobre las trincheras enemigas. Todo cede al principio á este impetuoso torrente; los cadáveres de dos mil bohemios cubrian el campo; pero los demas se rehacen pasada la primera impresion, envuelven con sus álas la retaguardia de los imperiales, y destacándola del grueso del ejército, la colaca en una situacion desesperada. Podia temerse que el heroismo de Bouquoi solo fuera útil para su gloria; pero en este momento el español Guillermo Verdugo, avanzando con los tercios procedentes de Flandes, se apoderó del reducto principal y estrechó á los bohemios entre su pica y la espada de Bouquoi. Entonces la derrota se hizo general; casi todos los enemigos perecieron ó quedaron prisioneros, participando de esta suerte los generales marqués de Anlhat y conde de Slich. Esta victoria aseguró la dinastía de Fernando II y la faz política de



la Alemania se presentó igualmente bajo un nuevo punto de vista.

A principios de este año (1621) falleció Felipe III, príncipe que hubiera podido aumentar la prepotencia de la nacion española, si sus prendas de hombre hubiesen sido las de un rey, y aun si no hubiese eclipsado aquellas con una indolencia invencible.

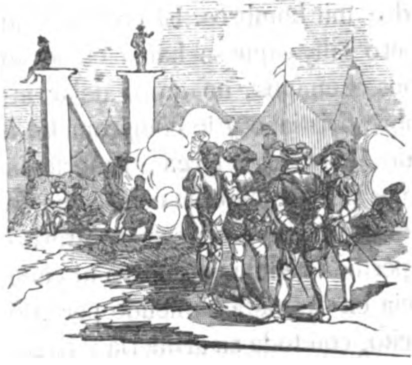




CAPITULO XXV.

1621.--1664.

COMBATE DE STATLÓT.—DERROTA DE UNA ESCUADRA AFRICANA.—CUESTION DE WALTELINA.—VARIAS POTENCIAS SE LIGAN CONTRA ESPAÑA.—SITIO DE BREDA.—INVASION EN FRANCIA POR LOS PIRINEOS.—SUCESOS DE ITALIA.—HERÓICA DEFENSA DE FUENTERRABÍA.—EL FRANCÉS SE PRECIPITA SOBRE EL ROSELLON.—GENEROSO OFRECIMIENTO DE LOS CATALANES.—ENCUENTRO DE UNA ESCUADRA ESPAÑOLA CON LA HOLANDESA.—PERFIDIA DE LA INGLESA.—SUBLEVACION DE CATALUÑA.—LA CAUSA ESPAÑOLA CAMINA Á SU RUINA EN ITALIA Y EN FLANDES.—REBELION DE PORTUGAL.—MUERTE DE FELIPE IV.



No nos abandonó la fortuna durante esta campaña (1622). Habiéndose espirado la tregua concluida con los holandeses, se renovaron las hostilidades; y Spínola, tomando desde luego una gloriosa ofensiva, arranca al holandés las plazas de Gennap y Meurs. Adelantóse despues hasta dar vista á Burich, y pareció resuelto á atacarla. Sin embargo, su verdadero objeto era el de divertir á Mauricio que cubria á Juliers con un cuerpo respetable. No obstante la perspicacia ca



racterística de Nassau, cayó este en el lazo, abandonó á Juliers y aun cometió la imprudencia de desmembrar la guarnicion de esta plaza para robustecer el ejército que iba en apoyo de Burich. Entonces Spínola hizo uno de esos movimientos admirables que él sabia combinar tan bien, y cayendo sobre Juliers, espada en mano, la arrebató antes que Mauricio hubiese vuelto de su sorpresa. Juliers, capital del ducado de este nombre, y ópimo fruto que habia obtenido Mauricio por su intervencion en la última guerra de este pais, privaba á los holandeses de la llave de una frontera por la que podian tender sus brazos hasta el corazon de la Alemania.

Los españoles que sostenian aquí la causa de Fernando, reportaron tambien insignes triunfos. Aunque abatidos momentáneamente los adversarios del emperador con la derrota de Praga, no estaban aniquilados, y reorganizando rápidamente sus recursos, se presentaron en actitud de medir las armas con sus vencedores. Eran sus principales caudillos Cristiano de Brunswick y el conde de Mansfeld, hijo natural del que fué gobernador de Flandes, é irritado contra la casa de Austria por consideraciones de ambicion privada. Ambos proyectaron reunir sus fuerzas y caer sobre el conde de Tilly que habia sucedido á Bouquoi, muerto heróicamente en una accion. Tilly, que tenia á sus órdenes las tropas españolas mandadas inmediatamente por Gonzalo de Córdova, trató de prevenirlas, y arrojándose súbitamente sobre la retaguardia de Mansfeld, la hizo pedazos causándole una pérdida de dos mil hombres. El proyecto de incorporacion estaba frustrado; pero Tilly, que se habia colocado oportunamente entre los dos cuerpos enemigos, no quiso dejar incompleto su triunfo; abalanzóse sobre Cristiano y le comprometió á admitir la batalla en los campos de Hoes. Fué larga, sangrienta y decisiva; los imperiales y españoles pelearon con la conciencia de su superioridad demostrada en otros combates; sus contrarios querian á todo trance recobrar su perdida reputacion; pero al cabo de seis horas, Cristiano se pronuncia en retirada habiendo perdido seis mil hombres, la flor de su ejército, con toda su artillería y bagages. Estas derrotas, unidas á la que padecieron en Hasldron, consternaron á los enemigos en tales términos, que no contemplándose seguros en el territorio aleman, y viendo en todas partes adonde di-

rigian la vista la vencedora espada de Tilly, pensaron buscar un asilo en Francia. Mas allí se les opuso el conde de Nevers rechazándoles vigorosamente, y entonces, en la mas espantosa confusion, revolvieron sobre la frontera de Holanda. Gonzalo, rápido como el pensamiento, les habia prevenido, y maltratándoles horriblemente, arrojó sus estenuadas reliquias sobre los brazos de Mauricio.

Pudo, no obstante, reparar Cristiano sus pérdidas y volvió á la Alemania (1623) para probar y recibir de nuevo los desaires de la fortuna. Cerca de Statlót vino á las manos con el conde de Tilly, quien envolviéndole hábilmente le privó de diez mil hombres entre muertos y prisioneros. La division española combatió allí con un denuedo y pericia admirados aun por los mismos vencidos. Ochenta banderas y diez cornetas ó estandartes, casi toda la artillería y bagages, fueron los trofeos de esta jornada. El mismo Brunswich fué del número de los prisioneros con los duques de Weymar y Atemburgo.

Aunque poco fecundo en operaciones activas, tampoco nos fué adverso este año en la guerra de los Paises Bajos. El audaz Mauricio intentó sorprender á la fuerte Ambéres, mas hubo de desistir contrariado en su empresa hasta por los mismos elementos.

Entretanto Rivera llevó triunfante nuestro pabellon á lo largo del Mediterráneo, derrotando á una escuadra africana que se dirigia contra nuestras costas. La misma suerte esperimentó otra flota turca que invadió los mares de Sicilia; el almirante español Doria, marino esperimentado y digno de su ilustre nombre, corrió á su encuentro á vela desplegada, y atacándola impetuosamente, la lanzó considerablemente mutilada en los golfos de levante.

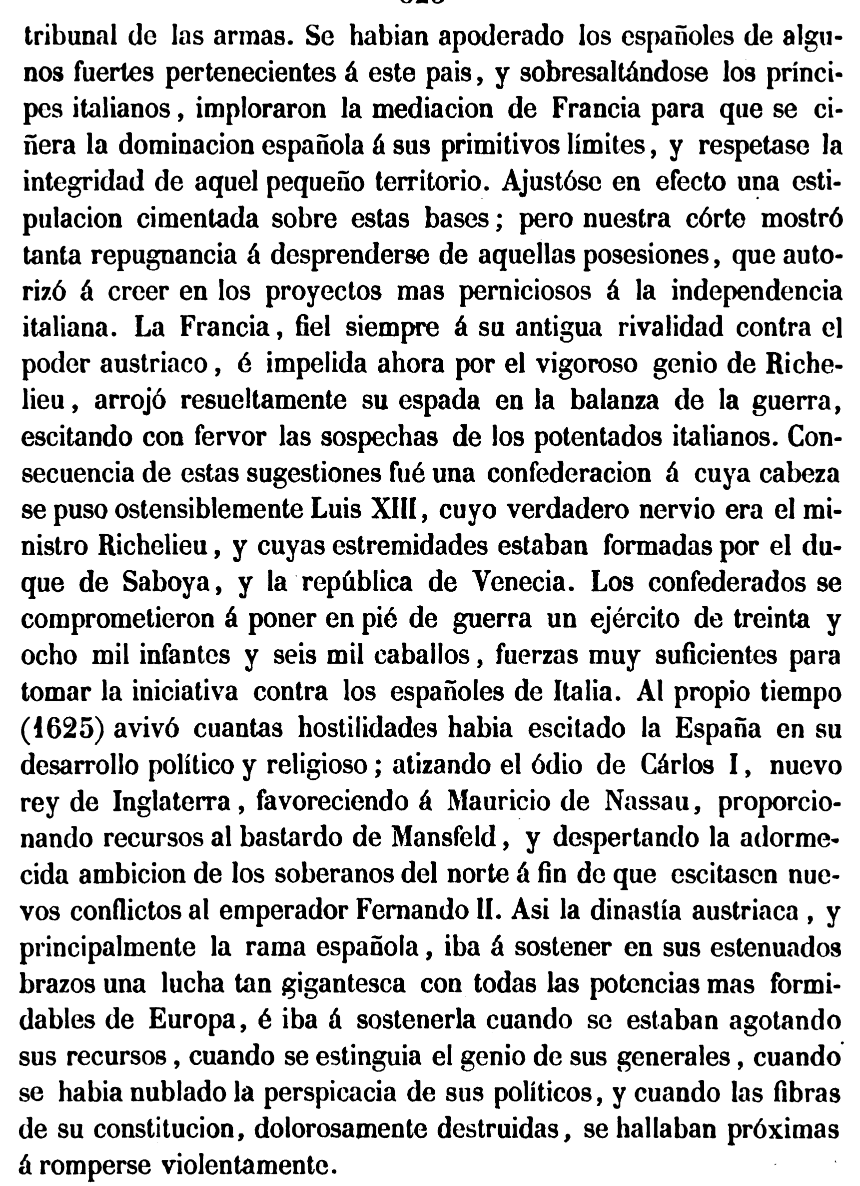
Hasta aquí (1624) la posicion militar de España era todavía digna de su alta fama y de su pasada grandeza. En los Paises Bajos habia conservado íntegro el territorio que la legara Alejandro Farnesio. La energía, el ingenio, la actividad sorprendente, todas las grandes prendas políticas y militares de Mauricio de Nassau, se habian estrellado ante la constancia española como las olas del mar ante las demas que le circuyen. Las pocas ventajas que lograron en un principio, habian tenido por nuestra parte una compensacion ámplia; la conquista de Ostende y de Juliers, inclinaba poderosamente la ba-



lanza de la guerra en favor de nuestras armas. Asi en todo el territorio comprendido entre el canal de la Mancha y los brazos mas occidentales del Rhin, se sostenia, al menos aparentemente, nuestra prepotencia militar. En Italia los triunfos de los españoles no habian sido tan ruidosos; pero su ascendiente estaba tambien reconocido, y el turbulento duque de Saboya aun contando con los grandes auxilios de Lesdiguieres, habia aceptado la paz de Asti, paz humillante como todas las que se proponen al siguiente dia de una derrota y como escudo para evitar los golpes de un adversario temible. En Alemania las águilas imperiales, oprimidas, estrechadas por una nube de enemigos, iba á sucumbir cuando acudió á sostenerlas el leon de Castilla, y desde aquel momento la victoria siguió fielmente las banderas de Fernando II. En la inmensa longitud de los mares flotaba majestuosamente nuestro pabellon; desde la punta de Gades hasta la embocadura del Tajo; de la embocadura del Tajo á los Dardanelos, y de los Dardanelos hasta los bordes del Ganges y el Misauri, nuestras flotas prevalecian contra un enjambre de enemigos, holandeses, franceses, indios, turcos, árabes y africanos. Pero esta gloria aparente ocultaba un vacío terrible: la España, asemejándose al Briareo de la fábula, conservaba todas sus fuerzas en las estremidades, aun cuando se iba estinguiendo el calor de la vida en el corazon. Entre sus enemigos y la España victoriosa habia diferencia notable; aquellos en el fermento de su regeneracion, se desarrollaban bajo los mas rudos golpes de la desgracia, y éste, en la declinacion de su grandeza, no podia hacer un solo esfuerzo sin estenuarse sensiblemente, siéndole funesta hasta la victoria misma, pues representaba una convulsion.

Desde este punto de la historia la degradacion de España es rápidamente progresiva: la gran nacion de Cárlos V y Felipe II, el soberbio monumento de Felipe III, llega á ser en tiempo de Felipe IV el juguete de la política europea. Felipe IV, á quien la baja lisonja de un favorito dió el título de *Grande*, lo fué ciertamente por sus infortunios, y la ciega ambicion de este favorito que se empeñó en producir una guerra continental que fué la fuente de tantas desventuras.

Tuvo origen la guerra en la cuestion de Waltelina, debatida largo tiempo en los círculos diplomáticos; pero no resuelta todavía por el



tribunal de las armas. Se habian apoderado los españoles de algunos fuertes pertenecientes á este pais, y sobresaltándose los príncipes italianos, imploraron la mediacion de Francia para que se ciñera la dominacion española á sus primitivos límites, y respetase la integridad de aquel pequeño territorio. Ajustóse en efecto una estipulacion cimentada sobre estas bases; pero nuestra córte mostró tanta repugnancia á desprenderse de aquellas posesiones, que autorizó á creer en los proyectos mas perniciosos á la independencia italiana. La Francia, fiel siempre á su antigua rivalidad contra el poder austriaco, é impelida ahora por el vigoroso genio de Richelieu, arrojó resueltamente su espada en la balanza de la guerra, escitando con fervor las sospechas de los potentados italianos. Consecuencia de estas sugestiones fué una confederacion á cuya cabeza se puso ostensiblemente Luis XIII, cuyo verdadero nervio era el ministro Richelieu, y cuyas estremidades estaban formadas por el duque de Saboya, y la república de Venecia. Los confederados se comprometieron á poner en pié de guerra un ejército de treinta y ocho mil infantes y seis mil caballos, fuerzas muy suficientes para tomar la iniciativa contra los españoles de Italia. Al propio tiempo (1625) avivó cuantas hostilidades habia escitado la España en su desarrollo político y religioso; atizando el ódio de Cárlos I, nuevo rey de Inglaterra, favoreciendo á Mauricio de Nassau, proporcionando recursos al bastardo de Mansfeld, y despertando la adormecida ambicion de los soberanos del norte á fin de que escitasen nuevos conflictos al emperador Fernando II. Asi la dinastía austriaca, y principalmente la rama española, iba á sostener en sus estenuados brazos una lucha tan gigantesca con todas las potencias mas formidables de Europa, é iba á sostenerla cuando se estaban agotando sus recursos, cuando se estinguia el genio de sus generales, cuando se habia nublado la perspicacia de sus políticos, y cuando las fibras de su constitucion, dolorosamente destruidas, se hallaban próximas á romperse violentamente.

El ministro español procuró neutralizar los efectos de la alianza francesa, formando otra con los duques de Parma, Toscana y Módena, y las repúblicas de Luca y Génova. Pero este pensamiento tardío fué impotente para resistir los primeros esfuerzos de los con-

federados. El ejército franco saboyano, dirigido por los generales Lesdiguieres y Crequi, soldados ambos de mucha reputacion, despues de lanzar á los españoles de cuantos fuertes ocupaban en la Waltelina, penetró en el territorio de Génova, sometiendo en breves dias las plazas de Gavi y Novi. Ufano con estos triunfos puso sitio á Saona; mas la escuadra española que al mando del marqués de Santa Cruz cubrió con sus fuegos el campo de los sitiadores, y una activa diversion efectuada por el duque de Feria en el Monferrato, salvaron la plaza y aun el porvenir inmediato de la campaña; porque Gavi y Novi volvieron al poder de los genoveses.

El rey de Inglaterra envió una poderosa flota para invadir la península, y ochenta velas se desplegaron á la vez sobre las aguas de Cádiz. Por fortuna, la actividad y energía del duque de Medinasidonia lograron humillar al enemigo que habia empezado el ataque de la ciudad con diez mil hombres y prósperos auspicios. Los ingleses, reciamente repelidos, abandonaron la demanda no sin pérdida de su reputacion y con un material muy considerable.

De este modo, aunque violento el estallido de la guerra, habiamos conservado ó recobrado nuestra superioridad, pues los ingleses huian derrotados de Cádiz; y el ejército de la liga en Italia, despues de sus primeros triunfos, habia perdido su impetuosidad de torrente en las playas de Saona, y se veia obligado á verificar falsas maniobras, ya para amenazar al Milanés ya para cubrir al Monferrato.

Pero la atencion principal de Europa se fijaba en el sitio de Breda, emprendido por Spínola, sitio cuya gloriosa importancia merece una narracion detallada.

Mientras que Spínola suplia con sus talentos la tenuidad de sus recursos materiales, la córte española, dominada siempre por la presuntuosa ambicion del conde-duque de Olivares, fijó los ojos en la plaza de Breda, y reputó su conquista de la mas perentoria importancia. Este último estremo era exacto porque la ciudad de Breda, llavo militar del Bravante septentrional, ofrecia un interés de primer órden para el beligerante que aspirare á ser dueño de Flandes. Pero se equivocaba respecto de los medios de accion que poseia Spínola, y á la proporcion que estos guardaban con la magnitud y dificultades de la empresa. Ciertamente Breda, desde que cayó por sorpresa

en poder del príncipe de Orange, se habia robustecido con cuantos elementos puede suministrar el arte, empleados con toda la solicitud que podia escitar su importancia, y con aquel esmero prolijo que crea el ingenio sostenido por el orgullo, pues era ciudad patrimonial de los Nassaus, y el honor de esta altiva familia debia intentarlo todo antes de perderla. Su escelente situacion topográfica, sus formidables reductos, y una guarnicion de ocho mil hombres mandada por Justino Nassau, hermano de Mauricio, la hacian considerar como inespugnable. Mas nuestro gobierno no participó de esta opinion general, y Felipe IV envió á Spínola esta órden tan lacónica y terminante: «Marqués, tomad á Breda.» «Yo el rey.»

Por mas que conociera Spínola la inmensa diferencia que habia entre dictar una conquista con la pluma, en el fondo de un gabinete, y darla cima con la espada en medio del campo y bajo el rigor de las estaciones, no obstante se apresuró á obedecer el régio mandato, desplegando todos los resortes de su poderosa actividad. Acaso la confianza que se ponia en sus talentos, le alentó hasta el punto de creerse superior á los obstáculos de aquel sitio.

Las maniobras de Spínola, aunque sagazmente combinadas, no engañaron al astuto Mauricio, quien adivinó desde luego el punto sobre que se dirigia el golpe principal de las fuerzas españolas. Bajo el influjo de esta conviccion avitualló abundantemente á Breda, reparó las fortificaciones que habian sufrido algun deterioro, puso la guarnicion en un respetable pié de defensa, é imploró los auxilios de Francia é Inglatera.

Desde este instante, los dos generales enemigos, el holandés y el español, practicaron una série de hábiles movimientos para impedir la realizacion de sus recíprocos designios. Orange procuró inquietar al marqués, infundiéndole sérias sospechas acerca de la seguridad de las plazas fuertes que los españoles tenian en el Bravante; Spínola á su vez fingió un ataque sobre Grave, á fin de atraer á Mauricio y empeñarle en una batalla. Pero ambos se conocian profundamente y ninguno cayó en el lazo que su adversario le preparaba. Spínola entonces, presentando á la luz del dia sus intenciones, procuró robustecerse y llamar á sí varios cuerpos alemanes que elevaron su ejército al imponente número de treinta y ocho mil

hombres. El 24 de julio rompió su marcha desde Ambéres, seguido de un respetable tren de artillería y un inmenso convoy con víveres, materiales é instrumentos para las obras. Cuando estuvo á la vista de Breda, comprendió que era imposible tomarla por asalto, y entonces apeló al medio mas lento y mas seguro del bloqueo. Emprendiéronse con este objeto trabajos asombrosos; los soldados manejaban alternativamente y con el mismo ardor la espada y la piqueta, y en el término de dos meses quedó ceñida la circunferencia de Breda por una red de puntos fortificados. Estos baluartes eran en número de sesenta; treinta y ocho de los cuales tenian una consistencia tal, que podian resistir no solo á un vigoroso golpe de mano, si que tambien á un ataque en regla. Los treinta y ocho mil hombres que componian el ejército español estaban distribuidos en estas fortificaciones y enlazados por medio de columnas volantes.

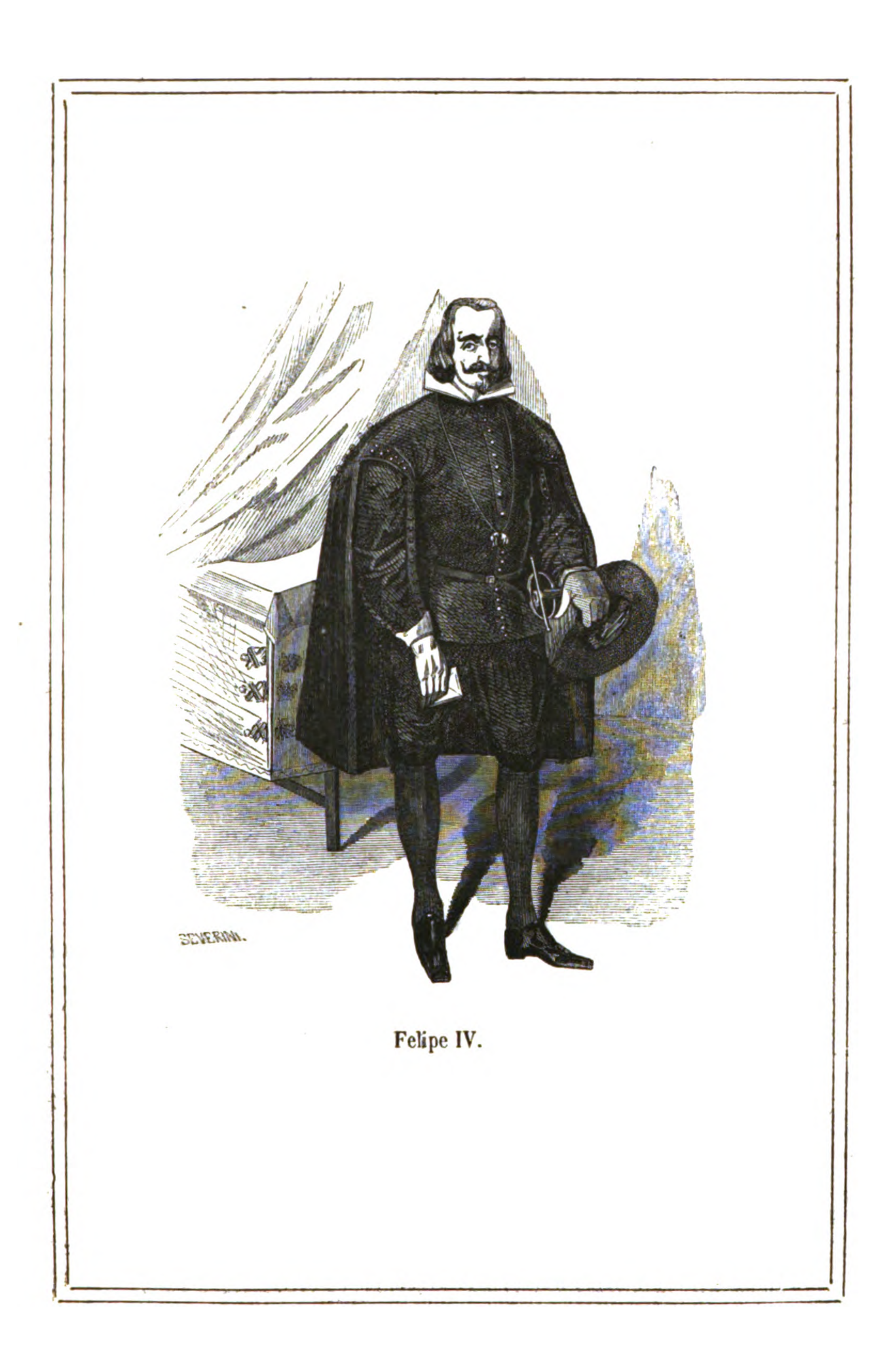
Aunque los sitiados comprendiesen la inmensa dificultad de penetrar en las trincheras españolas, no por eso se resolvieron á permanecer inactivos esperando con la pica al brazo la llegada del hambre, auxiliar poderoso de sus enemigos.

Resueltos, por el contrario, á vender cara su existencia, hicieron muchas salidas con un valor tan heróico, tan brillante, que el mismo velo de la desgracia no podria oscurecer. Rechazados siempre, volvian, no obstante, á la carga con una intrepidez que rayaba en frenesí, hasta que viéndose considerablemente desmembrados, y no queriendo perecer en esta lucha temeraria, se circunscribieron á la defensa de los muros, esperando el socorro que les habia prometido el príncipe de Orange.

Mauricio era demasiado hábil para lanzarse imprudentemente sobre la línea española; pero su fecunda imaginacion le sugirió un medio, que aunque no nuevo, tenia el inestimable valor de la oportunidad, y que le hubiera cubierto de gloria á haber sido coronado por la fortuna.

A boca de noche se presentó ante el castillo de Ambéres. Sobre el fondo de las banderas campeaba la cruz de Borgoña, y los oficiales llevaban la banda encarnada, signo distintivo de los españoles. Creyeron estos al principio que era un convoy de víveres destinado al sitio de Breda, y no tomaron las precauciones convenientes para





Felipe IV.

asegurarse de la verdad. Mauricio avanzaba con calculada lentitud; la noche oscura y tempestuosa parecia favorecer sus designios; reinaba en el castillo una tranquilidad profunda, y la voz de los centinelas se perdia entre el áspero silbido del viento, y el monótono ruido de la lluvia. Los holandeses hicieron alto á poca distancia del castillo, prepararon los puentes que traian á prevencion, y los arrojaron sobre el foso de aquella formidable fortaleza. Un centenar de hombres escogidos, apoyados inmediatamente por todos los demas, cruzó un puente, penetró en el glasis, y ya iba á poner el pié sobre el revestimiento de la cortina interior, cuando la detonacion del mosquete disparado por el centinela que se hallaba en aquel punto, esparce la alarma entre todos los defensores del castillo. Soldados viejos los españoles, y acostumbrados á desafiar las situaciones mas críticas, se forman en columna con estraordinaria rapidez, y marchan al encuentro de su audaz enemigo. Hubo un choque que no fué largo ni sangriento; porque Orange, fiando á la sorpresa el éxito de su plan, y habiéndose desvanecido aquella, no quiso arriesgar sus valientes tropas en un combate temerario, y se retiró protegido por las últimas ráfagas de la tempestad.

Despues de este revés, la guarnicion de Breda no podia conservar esperanza alguna probable de socorro. La peste, por otra parte, penetró en la ciudad, y este terrible azote hizo numerosas víctimas, entre las cuales la mas ilustre y sentida fué el gobernador Justino de Nassau. No obstante, la tenacidad de los bredenses subsistió en medio de estas crueles calamidades. Procuró sostenerla Mauricio, anunciándoles la aproximacion de los auxiliares ingleses y franceses. A la verdad, dos cuerpos de tropas pertenecientes á estas naciones, penetraron en el territorio flamenco; pero recibidos vigorosamente por los españoles, hubieron de abandonar su demanda con grave pérdida de fuerzas y reputacion. Para colmo de infortunios, el mismo Mauricio cuyo enérgico talento y fecunda ambicion habian sostenido hasta entonces la causa holandesa en las circunstancias mas apuradas, falleció oprimido por la fatiga y devorado por el sentimiento de no poder salvar á Breda. Por último, esta plaza en que ya escaseaban los víveres, admitió las bases de una capitulacion bas-

tante dura que la propuso Spínola el dia 16 de junio de 1625.

Las discordias intestinas obligaron á Richelieu á desistir de la guerra esterior, por lo cual propuso paces tan favorables á Felipe IV, que este monarca no vaciló un momento en aceptarlas. Pero podia dudarse fundadamente de su solidez, y los mejores políticos preveían que entre las tibias cenizas de aquella guerra se ocultaban los destellos de otra conflagracion.

Entretanto los españoles adquirian nuevos laureles en la frontera norte de Alemania, y el rey de Dinamarca, completamente batido por Tilly, hubo de refugiarse en el Holstein, resuelto á seguir el movimiento retrógrado hasta la entraña de sus Estados.

No tardó esto en verificarse; nuevos refuerzos españoles volaron al norte de Alemania, y el dinamarqués lanzado de derrota en derrota, pidió casi de rodillas una paz que garantizase la integridad de su territorio.

Pero el implacable Richelieu que abrigaba en el fondo de su pecho un ódio formidable contra los españoles, apenas terminó el famoso sitio de la Rochela, salió á su encuentro para disputarles su creciente influencia en Italia (1628). En efecto, nuestra córte se habia arrojado con mucho ardor en la conquista del Monferrato, combatiendo al conde de Nevers, cuyas fuerzas materiales no estaban al nivel de sus derechos. El conde imploró la asistencia de los franceses, y el mismo Luis XIII puesto á la cabeza de un florido ejército, traspasó la barrera de los Alpes (1629). No obstante, el versatil saboyano inclinado entonces á nuestros intereses, intentó cerrarle las gargantas del Piamonte; pero Luis las abrió á cañonazos y avanzó en la idea de tender su mano protectora á la guarnicion de Casal, cuya fuerte plaza estrechaban los españoles.

Luis logró completamente su objeto; nuestras tropas inferiores en número, abandonaron el cerco retirándose al Milanés, y el ejército francés regresó á su patria dejando un cuerpo de tres mil infantes y cuatrocientos ginetes al mando del general Toiras.

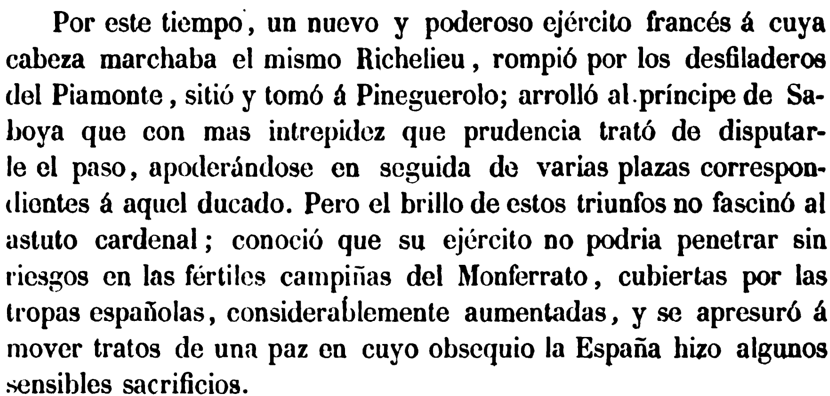
La guerra de los Paises Bajos ofreció este año lamentables reveses. Nuestro gobierno cometió la imprudencia de trasladar á Italia al marqués de Spínola con el nervio de las tropas veteranas, olvidando que la Flandes era el verdadero teatro de nuestras armas, y



que perdiendo aquí la superioridad no la podríamos recobrar en ningun otro punto del continente. El conde de Bergh, sucesor de Spínola, ni tenia los grandes talentos que este jefe, ni su poderoso ascendiente, ni aun el caudal de fuerzas necesario para imponer á sus enemigos. Alentados estos y acaudillados por Federico de Nassau, hermano de Mauricio, arrebataron las plazas de Wessel y Boix-le-Duc, cabeza esta última del Bravante septentrional, y de una importancia inmensa bajo sus relaciones militares. El conde de Bergh practicó movimientos inciertos y meticulosos, y se envolvió despues en una inaccion deplorable.

En tanto Spínola sostenia su reputacion con mucha brillantez sobre los bordes del Tesino, apoderándose de Niza de la Palla, Ponzone, Vignal, Pontdestura y Rosignano (1630), y se adelantó sobre Casal resuelto á no levantar el sitio hasta rendirla. Pero la muerte le sorprendió cuando ya se hallaban los trabajos muy adelantados, y cuando el general Toiras habia sufrido un recio descalabro y podia abrigar la esperanza de aumentar una hoja mas de laurel á la esplendente corona de sus triunfos (1). Sucedióle en el mando y en la direccion de las operaciones contra Casal el marqués de Santa Cruz, buen oficial y celoso español, pero cuyos talentos ilustrados con muchas acciones gloriosas sobre la superficie de los mares, carecian de aquella suma de pericia tan necesaria en las guerras terrestres tan diversas de las marítimas. En ciertas épocas privilegiadas brotan los genios, cuyo dominio nunca es universal; mas nada prueba tanto la decadencia de un pais como la eleccion que se hace de algunos hombres para diferentes y aun opuestas funciones, porque esta eleccion revela ó la falta de ingenios especiales ó la indiferencia con que se mira á los hombres y á los cargos públicos.

(1) El marqués de Spínola nació en Génova corriendo el año de 1596. Sus progenitores habian desempeñado un papel muy importante en las oscilaciones políticas que sufrió aquella república; pero restablecida la calma bajo la proteccion española, los Spínolas, así como otros muchos patricios, habian vuelto su atencion hácia el comercio y erigido una fortuna considerable. Ambrosio pasó tambien los primeros años de su juventud en especulaciones mercantiles: mas no así su hermano mayor Federico, quien impelido por un sentimiento mas elevado, equipó una pequeña escuadra y ofreció sus servicios á Felipe III.



Por este tiempo, un nuevo y poderoso ejército francés á cuya cabeza marchaba el mismo Richelieu, rompió por los desfiladeros del Piamonte, sitió y tomó á Pineguerolo; arrolló al príncipe de Saboya que con mas intrepidez que prudencia trató de disputarle el paso, apoderándose en seguida de varias plazas correspondientes á aquel ducado. Pero el brillo de estos triunfos no fascinó al astuto cardenal; conoció que su ejército no podria penetrar sin riesgos en las fértiles campiñas del Monferrato, cubiertas por las tropas españolas, considerablemente aumentadas, y se apresuró á mover tratos de una paz en cuyo obsequio la España hizo algunos sensibles sacrificios.

La fatal inaccion de los españoles en los Paises Bajos, dió aliento á sus enemigos para acometer nuevas empresas (1631). No obstante, bien porque sus ejércitos fueran débiles, bien porque comprendieran así por instinto como por cálculo y esperiencia, que el dueño del océano lo seria siempre de unos paises casi sumergidos en el fondo de las aguas, trataron de robustecer su ya prepotente marina, y su celo en esta parte no fué infecundo en resultados. Una escuadra holandesa compuesta de cien velas, avistó á la española, que llevaba noventa, y la acometió con inesplicable furia. La ventaja del número y aun la de las maniobras, daba á los holandeses grandes probabilidades de triunfo; sin embargo, los españoles se batieron con heróica perseverancia, y no abandonaron aquel teatro de horrores hasta que perdieron setenta y seis de sus noventa buques, pereciendo tambien sus tripulaciones. Y no solo en Europa nos hicieron sentir los holandeses su superioridad marítima; en la India y en Africa, en toda la estension de nuestras inmensas colonias, nos hicieron esperimentar repetidos quebrantos, menos sensibles sin embargo por las pérdidas materiales que por el ascendiente moral que procuraba al enemigo. Tambien la venturosa estrella de Fernando II se eclipsaba en Alemania; Gustavo Adolfo, héroe sueco, desprendiéndose como una avalancha del polo, y tomando mayor auge con los obstáculos que encontraba, se precipitó sobre los dominios imperiales, y en los campos de Leypsik y Lutzen (1632), humilló á los mas célebres generales de Fernando. Su muerte, acaecida en Lutzen y en medio del júbilo de la victoria, no es-

tinguió la guerra, pero permitió al emperador pensar en los medios de una vigorosa resistencia.

La situacion de Flandes tomó este año un aspecto completamente desfavorable. La cesion que la archiduquesa viuda Isabel hizo de estos dominios en favor de su sobrino Felipe IV, escitó enérgicamente en algunos flamencos el sentimiento de su independencia ó de su ambicion, y aun el conde de Bergh deslució sus laureles haciéndose el corifeo de una conjuracion que tendia á convertir la Flandes en república. Tal vez se lisonjeaba con desempeñar un papel análogo y tan brillante como el de los condes de Nassau; pero la conspiracion abortó porque no estaba bien encarnada en el espíritu de las masas populares; pues entonces no se habria cubierto con el feo velo del misterio sino que hubiera estallado á la faz del dia, tomando el imponente nombre de revolucion. Mas este suceso brindaba á los holandeses con una ocasion demasiado propicia para alcanzar nuevas ventajas: en efecto, Federico acometió y sometió las plazas de Venló y Ruremunde, y enardeciéndose con su fácil conquista puso sitio á la fuerte Maestrich. En vano intentó oponerse con veinte mil hombres el aleman conde de Panhemen; en vano atacó denodadamente los reales holandeses, porque fué repelido, y Maestrich destituida de toda esperanza y sintiendo inmediato el azote del hambre, hubo de aceptar las decorosas condiciones que propuso el vencedor. Limburgo, Orsoy y Vere, siguieron el ejemplo de Maestrich, pero sin esperimentar los rigores de un sitio; por manera que á los españoles, no les quedaba el consuelo de perder con heroismo lo mismo que habian ganado haciendo prodigios de intrepidez.

Continuando sus progresos el príncipe de Orange, espugnó á Rimbergh (1634), plaza de mucha importancia porque cubria las márgenes del Rhin, y permitia á los holandeses recibir todos los auxilios que desearan por parte de los protestantes alemanes.

Pero la España, indignándose por esta audacia de sus enemigos, puso en pié un ejército de quince mil infantes y tres mil caballos, y le dirigió hácia Flandes. Acaudillábale D. Fernando de Austria, hijo de Felipe III, cardenal y arzobispo de Toledo, y conocido en la historia bajo el título del cardenal Infante. Este régio jóven era uno de esos hombres verdaderamente estraordinarios en la época en que



empezó á brillar; una de esas reliquias de nuestra pasada grandeza, que se habia sostenido enérgicamente en medio de la corrupcion cortesana. Aunque educado en un género de vida poco análogo á la profesion militar, D. Fernando mostró desde luego grandes talentos para la guerra, y su parecer, oido pocas veces en una córte dominada por un favorito, fué siempre escuchado con admiracion y aplauso de sus mismos émulos. El poder de las circunstancias coloca al genio en su verdadera órbita, y los hombres distinguidos brillan como meteoros en medio de las grandes tempestades. El gobierno español, puesto ya en el caso de sostener una lucha colosal, y habiendo perdido al célebre Spínola, fijó la vista en aquel jóven, que bajo la púrpura cardenalicia sentia latir el corazon de un héroe.

D. Fernando fué elegido gobernador de los Paises Bajos; precedíale la fama de sus sobresalientes prendas, y el emperador, acosado incesantemente por sus implacables enemigos, le pidió que sin detenerse en el territorio belga, avanzara rápidamente sobre la Alemania.

Accedió el cardenal Infante á sus deseos, porque la causa del emperador era solidaria con la de España; incorporó su ejército, que ascendia á quince mil infantes y tres mil caballos con el imperial que asediaba vigorosamente á Norlinga. Las enérgicas disposiciones del Infante hubieran producido la rendicion inmediata de esta ciudad, á no presentarse en su auxilio el ejército sueco, dirigido por el duque de Weymar, discípulo del gran Gustavo, y uno de los mayores capitanes de su tiempo. Dos ejércitos fuertes, cada uno de cuarenta á cincuenta mil hombres, acaudillados el uno por un jefe dotado de una esperiencia gloriosa, y dirigido el confederado por un jóven lleno de talento y de noble audacia, iba á decidir allí tal vez la suerte del imperio. Los soldados, como si comprendieran la importancia de aquella batalla, pelearon con un ardor sin límites, haciendo en momentos críticos prodigios de intrepidez. Despues de haber combatido un dia entero, ambos ejércitos se replegaron sobre sus posiciones respectivas, dejando indecisa la victoria. La caballería imperial estaba quebrantada, pero la infantería española conservaba toda su intrepidez y anhelo por alcanzar el triunfo.

Apenas la aurora del siguiente dia proyectó sus rayos sobre el horizonte, se renovó la batalla con creciente furia y mayor encarnizamiento; pero esta vez los valerosos suecos, fueron sorprendidos por una diestra maniobra que dispuso el cardenal Infante, quien separando sus álas del centro, se arrojó sobre este y le despedazó completamente. Weymar efectuó una penosa retirada, dejando el camino cubierto de heridos y moribundos. A ocho mil muertos, cuatro mil prisioneros, ochenta piezas de artillería con sus municiones y trenes, subió la pérdida del enemigo; la nuestra consistió solo en dos mil hombres. No solo Norlinga, si que tambien casi todas las plazas de la Baviera, abrieron sus puertas al eco de esta victoria, una de las mas ilustres que se hubieran reportado largo tiempo atrás en la Alemania.

Hasta aquí, desde la paz de Casal, la diplomacia francesa habia puesto en juego todos los resortes mas violentos que pudo hallar en la superficie de la Europa, contra el poder de la casa de Austria. Mas Luis XIII, imbuido siempre por su ministro Richelieu, no se habia resuelto á cortar con su espada el vínculo de un tratado, y esperaba con impaciencia un pretesto para enunciar sus intenciones hostiles. Proporcionóselo la invasion de los españoles en el electorado de Tréveris, y aquel hombre de grandes pasiones, desplegó al punto una actividad estraordinaria para imponer ó aterrar á sus enemigos.

Dos ejércitos respetables partieron al mismo tiempo de Francia dirigiéndose á los dominios españoles y alemanes. Uno, bajo las órdenes del mariscal de la Force, habia de cubrir la Lorena y la Alsacia, enlazándose oportunamente con el duque de Rohan; y otro, compuesto de veinte y seis mil hombres, la quinta parte de los cuales era de caballería, estaba destinado á fomentar el calor de la guerra en los Paises Bajos. Este último cuerpo, dirigido por los mariscales Brece y Chatillon, avanzó por el Luxemburgo, y arrebatando sobre su marcha varias fortalezas, se puso en actitud de tender la mano al príncipe de Orange. Para esto era preciso penetrar al ejército español tendido en Avein. Mandábale el príncipe Tomás, y ascendia á diez mil infantes y tres mil caballos, la mitad menos que el ejército francés. Brece y Chatillon, fiando en su gran

superioridad numérica, se dirigieron sobre nuestras tropas halagados con la esperanza de la victoria. No obstante, permaneció largo tiempo indecisa; nuestra artillería, manejada con mucha habilidad, hizo un estrago horrible en los ginetes franceses; la infantería española se mostró digna de su fama, pero oprimida por el número, se vió precisada á ceder, dejando en el campo tres mil cadáveres y mil ochocientos prisioneros en poder del enemigo. La pérdida de éste fué tambien considerable, especialmente en caballería (1635).

Pero el pensamiento culminante de la campaña estaba realizado; Brece y Chatillon se incorporaron con Federico, y estos tres generales juntos podian arrojar una masa de treinta mil hombres sobre el cardenal Infante. Entonces brillaron todas las dotes militares de este distinguido guerrero. En vez de amilanarse ante el aspecto de sus victoriosos enemigos y buscar un refugio en el seno de las plazas fuertes, se propuso sostener la campaña á la cabeza de diez ó doce mil hombres, molestando incesantemente á los franco-holandeses, espiando con mirada de águila sus menores inadvertencias, aprovechándose de ellas oportunamente, cortándoles los víveres y obligándoles á perecer sobre sus mismos laureles. Este plan tan sábio fué seguido con una perseverancia inimitable y coronado por el éxito mas feliz.

Sorprende ciertamente que los mariscales franceses y el emprendedor Federico luego que se verificó su reunion, no hubieran marchado asíduamente al alcance de D. Fernando, que estaba acampado cerca de Maestrik, comprometiéndole á una batalla ú obligándole á encerrarse en las plazas. Mas esta idea, al parecer tan sencilla y lógica en aquel estado de cosas, no dejaba de ofrecer graves inconvenientes en su realizacion. Los franceses y holandeses no tenian bases sólidas de operaciones en el corazon del Bravante, y se esponian, emprendiendo una marcha temeraria, á verse reducidos á la miseria y á la desesperacion. Por otra parte, el cardenal Infante, estratégico mas de genio que de ciencia, podia ampararse tras de una de las muchas líneas que ofrece la accidentada superficie de los Paises Bajos y hacerse en ella inaccesible. La sangrienta prueba que habian hecho los franceses de la intrepidez española en

la batalla de Avein, les retraia de empeñar un nuevo y mortífero combate con las desventajas de posicion. Asi es que se limitaron á poner sitio á Tirlemont, plaza de mediano interés, débilmente guarnecida, aunque gobernada por D. Francisco Vargas, soldado de buena reputacion. Confirmóla en este lance rechazando valerosa. mente las intimaciones de Brece, mas no pudo impedir que los franceses entraran por asalto en la plaza abandonándose á escesos y crueldades del peor linaje. Desde aquí el ejército confederado rompió su marcha en direccion á Louvaine. La heróica resistencia de esta plaza, diestra y vigorosamente sostenida por el cardenal Infante, hizo inútiles los mas recios esfuerzos de los franco-holandeses; los cuales, despues de invertir en el sitio un largo caudal de tiempo y de sangre, abandonaron la empresa con grave mengua de su reputacion.

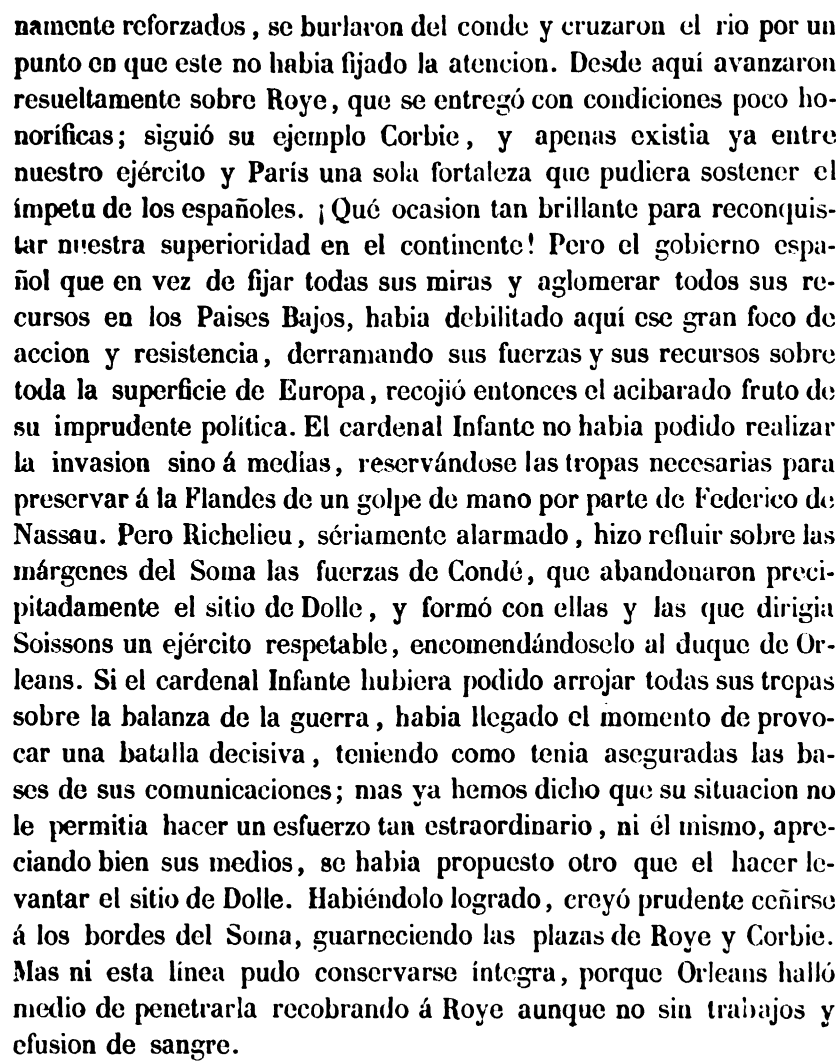
Desde este momento, aquel ejército tan brillante fué consumiéndose lentamente bajo el deletéreo influjo del hambre y de las enfermedades; débil, estenuado ya, no podia volver la vista hácia ningun punto sin descubrir la espada del cardenal Infante que le cerraba tenazmente todas las comunicaciones; reducido al número de ocho mil hombres, buscó un asilo en el corazon de la Holanda, dejando toda la gloria de la campaña al cardenal Infante, quien procuró compensar la pérdida de Tirlemont, espugnando denodadamente á Schenck.

Tambien les fué infausta la suerte en Alemania, cuyo territorio evacuaron perdiendo en la retirada seis mil hombres con todos sus trenes y equipos. Solo el duque de Rohan sostuvo en la Alsacia el honor de las armas francesas. Atrayendo algunos cuerpos grisones adictos á su causa, el duque logró apoderarse de los valles de Chavenne y Worms, manzana de la discordia hacía mucho tiempo, y si bien el austriaco Fernamont y el gobernador de Milan, conde de Cervellon, intentaron atajar sus proyectos, solo obtuvieron como amargo fruto de esta mal combinada tentativa, considerables pérdidas y la ignominia del vencimiento.

Al mismo tiempo, una pequeña flota española mandada por el marqués de Santa Cruz, recibió órden para barrer con sus fuegos las costas de Provenza; pero este ligero amago, imprudente como

todos los que tienen por único objeto despertar la atencion del enemigo, no produjo otro resultado que la conquista precaria y en sí poco importante de las islas de San Honorato y Santa Margarita.

Richelieu, siempre fecundo en espedientes para alimentar su ambicion á costa de los españoles, fijó la vista en el Franco-Condado, pais que esencialmente era neutral, aunque por sus afecciones perteneciera á la España (1636). Un ejército de veinte y seis mil hombres, dirigido por el príncipe de Condé y provisto de todo lo conveniente para una guerra de conquista, penetró en aquel territorio, amenazando á Dolle, plaza que podia considerarse como la llave militar de esta provincia. Sin embargo, el triunfo de los franceses no era fácil ni probable. Dolle, abundantemente avituallado y con una guarnicion de cinco mil hombres escogidos, se hallaba en estado de esperar los movimientos protectores del ejército español. El cardenal Infante con aquel espíritu de justa penetracion que le caracterizaba, no pensó en adelantarse directamente hácia Dolle, lo cual le hubiera espuesto á dificultades casi invencibles; pensó solo en contestar á una agresion con otra, llevando el fuego de la guerra hasta el seno de la Francia. Este pensamiento que parecia irrealizable, se llevó no obstante á cabo con tanto denuedo como rapidez. Un cuerpo español, fuerte de diez y seis mil hombres y al mando del príncipe Tomás, rompió audazmente la frontera de Picardía, y embistiendo las fortalezas de Buchein y la Chapelle, logró humillarlas, peleando á su favor la sorpresa que produjo en los franceses una invasion tan impetuosa y bien concertada. Estos primeros triunfos descubrian una perspectiva magnífica, capaz de tentar á la ambicion mas modesta. Los españoles, dueños de dos fortalezas respetables, tenian á su vista la línea del Soma, línea importante que cubre casi toda la parte norte de París, y que se apoya en plazas tan respetables como San Quintin, Amiens y Perome. Si lograba penetrarla podia hacer temblar á la misma capital de Francia y restaurar las perdidas y casi olvidadas glorias de Alejandro Farnesio. Richelieu inquieto, azorado, concedia una importancia inmensa, aunque merecida, al paso del Soma, y envió al conde de Soissons para que guarneciese los bordes de este rio con numerosas tropas. Pero estas precauciones fueron ineficaces; los españoles, oportu-



namente reforzados, se burlaron del conde y cruzaron el rio por un punto en que este no habia fijado la atencion. Desde aquí avanzaron resueltamente sobre Roye, que se entregó con condiciones poco honoríficas; siguió su ejemplo Corbie, y apenas existia ya entre nuestro ejército y Paris una sola fortaleza que pudiera sostener el ímpetu de los españoles. ¡Qué ocasion tan brillante para reconquistar nuestra superioridad en el continente! Pero el gobierno español que en vez de fijar todas sus miras y aglomerar todos sus recursos en los Paises Bajos, habia debilitado aquí ese gran foco de accion y resistencia, derramando sus fuerzas y sus recursos sobre toda la superficie de Europa, recojió entonces el acibarado fruto de su imprudente política. El cardenal Infante no habia podido realizar la invasion sino á medias, reservándose las tropas necesarias para preservar á la Flandes de un golpe de mano por parte de Federico de Nassau. Pero Richelieu, sériamente alarmado, hizo refluir sobre las márgenes del Soma las fuerzas de Condé, que abandonaron precipitadamente el sitio de Dolle, y formó con ellas y las que dirigia Soissons un ejército respetable, encomendándoselo al duque de Orleans. Si el cardenal Infante hubiera podido arrojar todas sus tropas sobre la balanza de la guerra, habia llegado el momento de provocar una batalla decisiva, teniendo como tenia aseguradas las bases de sus comunicaciones; mas ya hemos dicho que su situacion no le permitia hacer un esfuerzo tan estraordinario, ni él mismo, apreciando bien sus medios, se habia propuesto otro que el hacer levantar el sitio de Dolle. Habiéndolo logrado, creyó prudente ceñirse á los bordes del Soma, guarneciendo las plazas de Roye y Corbie. Mas ni esta línea pudo conservarse íntegra, porque Orleans halló medio de penetrarla recobrando á Roye aunque no sin trabajos y efusion de sangre.

Nuestro gobierno, fiel al falso principio de que solo se puede vencer á un enemigo poderoso, hiriéndole en diferentes puntos, habia intentado otra invasion en Francia por los Pirineos, lado el menos vulnerable que tiene esta nacion. Dos cuerpos de ejército traspasaron la frontera; el primero, dirigido por el marqués de Valparaiso, virey de Navarra, se debilitó con estériles esfuerzos ante



San Juan de Pie del Puerto, y viniendo despues á las manos con el marqués de Poyane en las inmediaciones de Roncesvalles, sufrió una sangrienta derrota. Mas feliz el almirante de Castilla, cruzó atrevidamente el Vidasoa, se hizo dueño de Siboure, Socoa y San Juan de Luz, batió al duque de la Valette, y amenazó con la punta de su espada á la ciudad de Bayona, si bien no llegó el caso de intentar el sitio.

En Italia nuestro ejército sostuvo la campaña con mucha gloria, aunque la fortuna no coronó completamente su heróico denuedo. Intentaba el duque de Rohan tender la mano al mariscal de Crequi que iba remontando el Tesino, mas se lo impidieron las hábiles maniobras del marqués de Leganés. Lograron los españoles colocarse entre los dos ejércitos franceses, y se hallaban en actitud de descargar sobre uno y otro golpes mortales. Lanzáronse en efecto sobre Crequi que se habia adelantado hasta Buffarola; peleóse por ambas partes con singular ardimiento; pero los españoles, dirigidos por D. Martin de Aragon, obtuvieron señaladas ventajas, y su enemigo empezó á plegarse sobre la retaguardia resuelto á buscar su salvacion en la retirada. Por desgracia, el duque de Saboya cayó inopinadamente en el campo de batalla, é infundió nuevo aliento á los despavoridos franceses. La prudencia parece aconsejaba abandonar el empeño contra un enemigo cuyas fuerzas eran superiores en la mitad del número; mas el intrépido Aragon y sus animosos compañeros no vacilaron en renovar el combate con condiciones tan desventajosas. Duró todavía muchas horas y ni el frio manto de la noche pudo entibiar el ardor de los beligerantes; mas los españoles, estenuados por la fatiga y sintiendo precipitarse sobre ellos nuevas tropas de refresco, se replegaron los primeros, si bien con aire tan imponente que sus enemigos no se atrevieron á molestarles. A la verdad, estos se hallaban tan quebrantados que hubieron de atrincherarse durante la noche, y cuando la luz del dia alumbró sus pasos, los dirigieron hácia el Piamonte. De este modo, aunque la batalla del Tesino quedara indecisa, sus resultados morales y marciales correspondieron á los españoles, ya porque con grande inferioridad numérica sostuvieron dignamente todo el golpe de sus enemigos, ya porque estos abandonaron la campaña con pérdidas de mucha consideracion.

El orgulloso Richelieu y sus confederados comprendieron al fin que el poderío francés no podia arraigarse en el corazon de la Italia. Asi es que mientras los grisones concertaban una paz con la casa de Austria para poner término á la ruidosa cuestion de la Waltelina, el cardenal dejaba languidecer la guerra en el Milanesado, permitiendo al marqués de Leganés que se apoderase de Niza de la Palla (1637), comprometiendo al parmesano para que volviendo el rostro á la Francia se declarase aliado de los españoles.

La guerra continental no habia correspondido á las esperanzas ni á los esfuerzos de la nacion francesa. Despues de debilitarse con estraordinarios sacrificios; despues de regar con su sangre los campos de batalla en Italia y Flandes, no conservaba un palmo de terreno en estos paises, y por el contrario habia perdido algunas plazas enclavadas en su territorio, tanto por la parte de la Picardia como de la Guyenne, y habia en cierto modo abandonado á aliados sinceros, que débiles por sí para sostener el peso de las hostilidades, obtuvieron la paz á trueque de sensibles concesiones. Pero estos golpes no eran suficientes á doblar el altivo espíritu del cardenal francés, ni el orgullo de la nacion que dirigia. La Francia en todas épocas ha realizado la fábula de Anteo, levantándose con mas energía en el momento en que se la creia próxima á su postracion. Cuatro nuevos ejércitos salieron de su seno dirigiéndose á diferentes puntos. Uno marchó á Alemania para incorporarse con el duque de Wesmal, que heredero del ódio y de los talentos del gran Gustavo, hacia al emperador una guerra implacable; otros dos, acaudillados por el mariscal de Chatillon y el cardenal de Lavalette, habian de caer sobre los Paises Bajos, penetrando aquel por el Luxemburgo y este por la Picardía. Al mismo tiempo el duque de Longueville avanzaria con otro cuerpo hácia él Franco-Condado, mientras una poderosa escuadra, á cuya cabeza iba el duque, se esforzase á recobrar las islas de Lerens.

Richelieu, que era siempre el alma del gobierno francés, habia descubierto el verdadero lado vulnerable en que debia atacarse á los españoles, mientras Felipe IV y su favorito parecian obstinarse en reconocerlo. Asi es que mientras el primero lanzaba sobre los Paises Bajos dos ejércitos que unidos al príncipe de Orange podian

formar una masa de sesenta ó setenta mil hombres, se dejaba al cardenal Infante reducido á trece mil infantes y cinco mil caballos, llenos de ardor y de pericia, pero desprovistos aun de las cosas necesarias para su subsistencia. ¡Qué genio hubiera tenido el privilegio de sostener con gloria la campaña con condiciones tan desventajosas!

Ciertamente el cardenal Infante podia colocarse bajo el cañon de una plaza fuerte y atraer hácia sí todo el calor de la guerra; pero dudaba con algun motivo de la lealtad de los flamencos y temia mas á las asechanzas de Federico, diestro en el arte de tenderlas, que á la ardiente pero franca impetuosidad de los franceses. Asi es que reproduciendo el pensamiento que habia tenido un éxito tan brillante en la campaña del 33, se limitó á entorpecer las comunicaciones al enemigo, á introducir los socorros posibles en las plazas amenazadas, y descargar algunos golpes vigorosos, espiando en tanto la ocasion propicia de batir en detall á todos sus enemigos.

Cometieron estos el mismo desacierto que en 1633. En lugar de tender enérgicamente á reunirse, avanzando despues con el conjunto de sus fuerzas hasta que lograsen anular las del cardenal Infante, se cebaron en la guerra de sitios, asediando simultáneamente el príncipe de Orange y el cardenal de Lavalette á Breda y Landresy. La primera de estas plazas resistió con una firmeza digna de su reputacion; pero Landresy tuvo que capitular si bien alcanzó condiciones muy honrosas. En seguida Lavalette revolvió contra la Chapelle en vez de seguir su marcha victoriosa por las fronteras del Haynaut. El cardenal Infante viendo que sus enemigos se obstinaban imprudentemente en permanecer separados sobre líneas dislocadas é inconexas, no perdió la esperanza de arrebatarles la victoria. Quiso desde luego imponerles con un rasgo enérgico, y espugnó en breves dias las plazas de Venlóo y Ruremonde; pasó despues el Sambra, y lanzó sobre el cardenal un cuerpo de ocho mil hombres, dirigidos por Juan de Viveros. Divirtió, en efecto, la atencion de Lavalette, que levantando sus reales fué á poner sitio á Maubege, plaza débil y cuya resistencia fué menguada. Ufano con esta conquista el activo francés, acometió á Barlemont, penetrando en ella con no leves sacrificios. Inútiles fueron estos, porque Barlemont cayó de nuevo

ante una hábil maniobra del cardenal Infante. Pero el genio de este hombre distinguido no precedia en todos los teatros de la guerra para contener los progresos de nuestros encarnizados enemigos. Hízolos muy rápidos el mariscal de Chatillon en el Luxemburgo, apoderándose fácilmente de la línea de plazas que hay desde Villain hasta Ivoi. No obstante, los españoles, aunque impotentes por su número para mantener abierta la campaña, escarmentaron al orgulloso Chatillon con algunos golpes de mano, destruyendo un cuerpo de caballería y recobrando con incomparable audacia la plaza de Ivoi, la mas importante de cuantas hubiera conquistado el mariscal.

La guerra de sitios siempre es funesta para el beligerante menos numeroso. Obligado á repartir sus fuerzas en muchos puntos, cuando el enemigo puede dirigir las suyas sobre uno solo, ó ha de permanecer espectador pasivo de los adelantos que este haga, ó ha de precipitarse en lances temerarios cuyas consecuencias son por lo regular deplorables. Tal era la situacion de los españoles en la lucha que sostenian entonces. Teniendo que cubrir una línea inmensa cuajada de plazas mas ó menos fuertes, á las cuales era preciso guarnecer por un falso principio de pundonor, no podian conservar mas que cuerpos protectores, débiles, estenuados por las fatigas, é incapaces de sostener un choque empeñado con el enemigo. Asi es que este, volando de sitio en sitio, arrojándose con todo el golpe de su poder sobre las guarniciones españolas, y no pudiendo ser sériamente molestado por nuestros ejércitos activos, humillaba á aquellas é iba mutilando nuestras fuerzas con golpes parciales pero sucesivos.

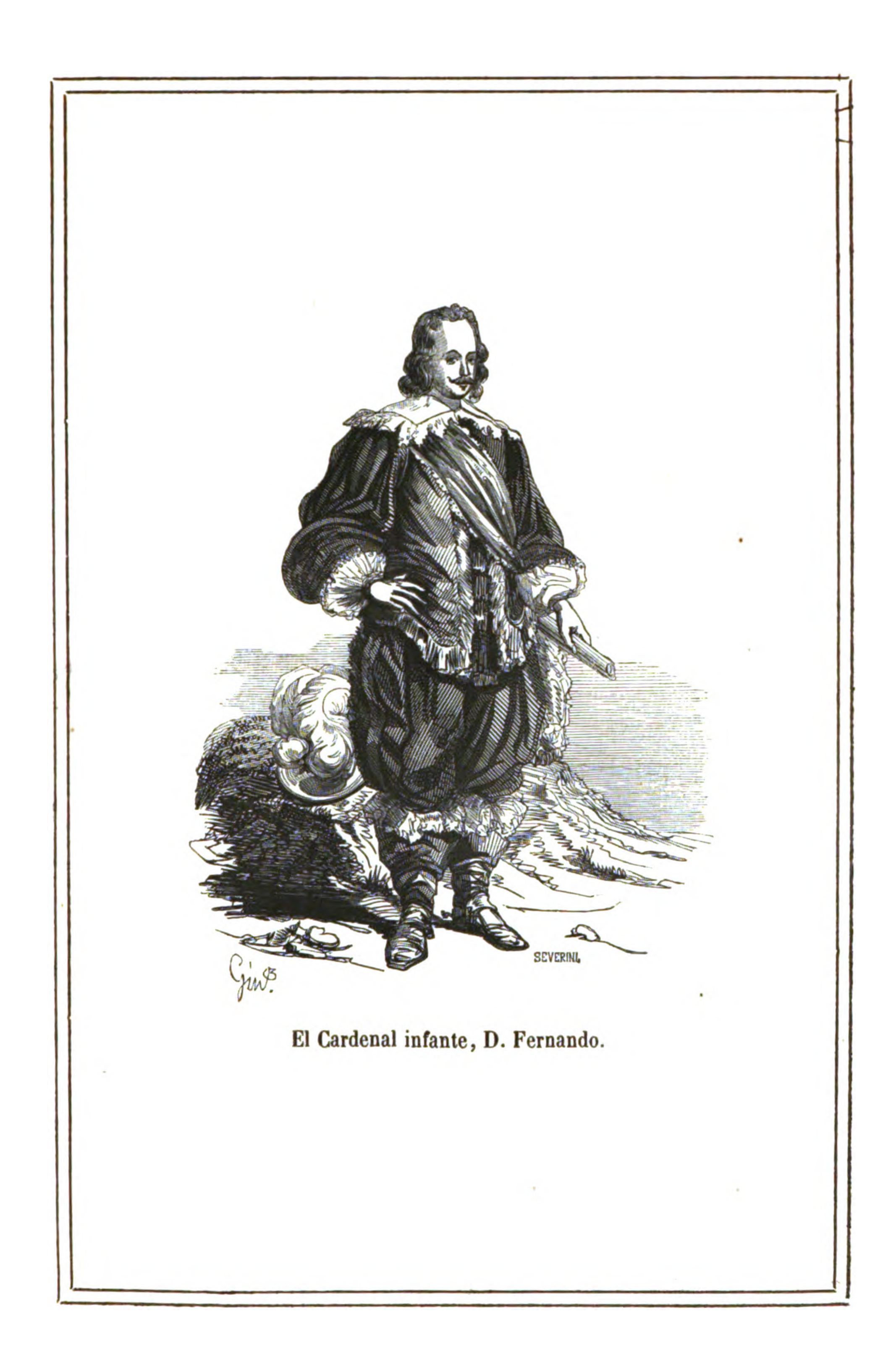
Esta era la verdadera causa de las pérdidas que acabábamos de esperimentar en los Paises Bajos, y no reconocian otra los reveses que por el mismo tiempo sufrimos en el Franco-Condado y en las fronteras de Alemania. El duque de Longueville y el de Wesmal nos atacaron sobre estos dos puntos, y penetrando en diferentes plazas se retiraron cargados de botin sus cuarteles de invierno. Wesmal fué mas feliz, pues que derrotó á Cárlos de Lorena que acudia en auxilio de los españoles, y cubrió despues cuidadosamente las márgenes del Rhin en la idea de cerrarnos el paso de este rio. Sin embargo, no pudo impedir que lo realizara Juan Berg

con un escogido cuerpo de españoles y walones, y restableciera nuestra interesante comunicacion con Alemania.

La esperiencia pasaba en valde para nuestro gobierno, y los reveses no habian podido hacerle abandonar su funesto sistema de consumir las fuerzas en diversiones estériles en vez de reconcentrarlas sobre el gran teatro de las operaciones. La idea de una ofensiva recíproca que hubiera podido ser muy fecunda en resultados, haciéndola con medios competentes, se volvia mezquina, deplorable é importuna, intentándola al frente de un pequeño cuerpo de once mil infantes y dos mil caballos, que á las órdenes del duque de Carmona y conde de Cervellon, penetró en el Languedoc oriental. El sitio de Leucate fué la primera y única empresa, la que tuvo un desenlace fatal, pues habiéndose presentado para proteger la plaza un cuerpo de ejército, vino éste á las manos con los españoles y los derrotó causándoles considerable pérdida.

Mitigados los rigores del invierno (1638), volvieron los ejércitos enemigos á emprender sus operaciones. Inaugurólas el cardenal Infante con bien faustos auspicios, pues acometiendo al de Orange que se obstinaba en el sitio de Breda con mas pasion que prudencia, le desbarató obligándole á refugiarse en el seno de la Holanda. Rehízose, no obstante, Federico en pocos dias, y avanzó á paso de gigante sobre el general español, peleando con estraordinario ardimiento para arrancarle los perdidos laureles. No correspondió la fortuna al denuedo de Orange; hábilmente envuelto por las tropas españolas, con sus álas quebrantadas y á punto de perder el centro, tuvo que retirarse con mas celeridad que buen órden, quedando muy debilitado y en la imposibilidad de sostener la campaña. Privados de un auxiliar tan poderoso, los ejércitos franceses empezaron á temblar sobre las posiciones demasiado avanzadas que tenian, y ciertamente que á haber podido disponer el cardenal Infante de fuerzas suficientes, hubiera coronado dignamente su reputacion cortando la retirada á los ejércitos franceses y aconchándolos sobre las márgenes del Mosa ó del Scalda. Pero Chatillon que desde muy temprano habia acometido á Saint Omer, continuaba desplegando todos sus recursos en el asedio de esta plaza.

La actividad intrépida del príncipe Tomás que rompiendo vale-



El Cardenal infante, D. Fernando.

rosamente la línea enemiga logró introducir abundantes víveres en Saint Omer, hizo concebir á Chatillon la idea de levantar el cerco, y se confirmó en ella al saber los reveses sufridos por el príncipe de Orange. Repleglóse el mariscal sobre el centro de la Picardía, procurando espugnar á Chatelet. La pequeña guarnicion de esta fortaleza hizo una resistencia briosa y vendió cara á los franceses la posesion de este punto que era por otra parte insostenible.

Estos triunfos de nuestras armas en Flandes, tuvieron una compensacion bien dolorosa en la Alsacia. Allí el duque de Wesmal batió á Juan de Bergh, que impelido por su ardor guerrero y con un escaso caudal de gente empeñó la batalla. Berg combatia con una intrepidez digna de la victoria; mas viendo que esta se inclinaba al enemigo, se precipitó con la cabeza baja en lo mas recio de la accion, y obtuvo una muerte honrosa. Casi todos los soldados imitaron su noble ejemplo, y los restantes quedaron prisioneros y en poder de Wesmal, con su artillería y bagages. La funesta batalla de Rhinfeld, fué seguida de la capitulacion de esta plaza. La de Friburgo resistió poco, abatido el espíritu de la guarnicion con el último desastre; pero Brisac detuvo por muchos dias al ejército victorioso, y no capituló hasta que habia apurado el último elemento de defensa.

Los franceses, sugeridos por su orgullo, persistian en su erróneo pensamiento, y continuaban pugnando por establecer las bases de su poderío sobre el centro de la Italia. Es verdad que teniendo en su mano la llave militar del Piamonte, su posicion era muy ventajosa; pero la conquista del Milanesado era imposible en aquellas circunstancias, y se iba á combatir por la posesion de estériles rocas ó de líneas insostenibles. Los Alpes serán siempre el escudo de la Italia contra los golpes de la Francia, y todos los esfuerzos que haga esta nacion en contrario sentido, solo servirán para disminuir la energía de su ser político. El marqués de Leganés tomó una ofensiva gloriosa, y puso sitio á Bremo, ciudad principal de la Saboya. La empresa era ciertamente audaz y llamó la atencion de Crequi, quien desde Turin se puso en marcha para socorrer á Bremo. Avistó á los españoles en un campo bien atrincherado, y al practicar un reconocimiento, fué arrebatado por una bala de cañon. El ejército

francés, viéndose sin jefe, retrocedió aceleradamente; y en tanto el marqués, poniendo en juego cuantos recursos pudo sugerirle su ingenio y el arte militar, logró someter la plaza. Llegó oportunamente el cardenal Lavalette, sucesor de Crequi, para presenciar el triunfo de los españoles, quienes habiendo guarnecido á Bremo, se adelantaron sobre Vercelli. Lavalette, con fuerzas inferiores y muy desprendido de su base, no se atrevió á permanecer en esta posicion tan delicada, y regresó al Piamonte sin haber disparado un mosquete. La fuerte Vercelli, hábilmente combatida y no teniendo confianza en las ambiguas promesas de los franceses, capituló con favorables condiciones. Una enfermedad que sorprendió al marqués, cortó la brillante carrera de sus triunfos; pero las tropas españolas, conducidas por D. Francisco de Melo, finalizaron dignamente la campaña penetrando en la respetable fortaleza de Pomara.

No alcanzaron mejor fortuna los franceses que á las órdenes del príncipe de Condé invadieron nuestras provincias del norte. El príncipe puso desde luego estrecho cerco á la plaza de Fuenterrabía, cerrando cuidadosamente todas sus comunicaciones por parte de tierra. Al propio tiempo, una escuadra francesa mandada por el arzobispo de Burdeos, barrió con sus fuegos el océano é interceptó los débiles auxilios que la plaza recibia de San Sebastian. El valor desesperado de la guarnicion hizo inútiles los mas sérios esfuerzos de Condé; pero los hombres que arrostran impávidos el hierro y el plomo enemigos, sucumben siempre bajo la fria y penetrante espada del hambre, y esta se dejaba sentir ya en Fuenterrabía. En vano los españoles equiparon arrebatadamente una escuadra y marcharon al encuentro del arzobispo almirante, porque éste obtuvo en la rada de Guetaria un triunfo completo. Las almas vulgares se doblan ó se quebrantan bajo el golpe de los infortunios; pero los corazones elevados por un sentimiento noble, se enaltecen con la gravedad del peligro y convierten en heroismo la intrepidez. Los sitiados al saber el desastre de nuestra escuadra, redoblaron sus esfuerzos y repelieron con mucha gloria un asalto furioso que dieron los sitiadores. Su denodada constancia salvó á Fuentarrabía. El almirante de Castilla pudo juntar un ejército y se presentó á la vista de Condé, que fiado en sus trincheras, aceptó intrépido la batalla. Fué, aunque

breve, impetuosa y sangrienta. Un cuerpo español, mandado por el duque de Mortara, se arrojó con imponderable ardimiento sobre el principal reducto enemigo, y habiéndole dominado, pasó á otros dos que formaban la cabeza del campamento francés. Aquí se renovó la carnicería; los franceses, recibiendo incesantemente tropas de refresco que venian de la escuadra, se sostuvieron todo el tiempo que convenia á su reputacion militar, mas no el suficiente para arrancarnos la palma de la victoria. Declaróse ésta abiertamente en favor de los españoles; el enemigo, con sus álas arrolladas, con su centro despedazado, se vió en la precision de recurrir á la fuga, y debió considerar como un beneficio de la fortuna el poder hallar un seguro asilo en sus embarcaciones. Pero la artillería, banderas, bagages, todo cuanto puede enaltecer un triunfo y lisonjear el orgullo de los vencedores, cayó en poder de nuestras tropas, regocijadas ademas con la idea de haber libertado á sus valientes hermanos de Fuentarrabía (1638).

El éxito de esta espedicion probaba que el gobierno francés como el nuestro desconocian su situacion, porqué ninguno de ellos era bastante poderoso para hacer un profundo hincapié en los dominios patrimoniales de su enemigo. Así es, que estas operaciones desconocidas, deslizadas del sistema general, solo podian producir una efusion de sangre, sensible aun cuando se derrama en aras de una causa justa y gloriosa, é inmensamente deplorable cuando solo conduce á satisfacer la funesta pasion de la venganza.

La campaña de 1639 fué singularmente fecunda en vicisitudes. Picolomini atacó cerca de Tionville al mariscal Feuquieres, batiéndole tan completamente que la mayor parte de su ejército quedó hecho pedazos y el mismo Feuquieres prisionero. Pero no correspondió el éxito de las demas operaciones á esta primera y brillante ventaja. Habiéndose reunido Picolomini con el cardenal Infante, marcharon ambos al socorro de Hesdin que sitiaba el rey de Francia en persona. Inútil fué esta diligencia, porque antes de avistarse los ejércitos enemigos, la guarnicion de Hesdin, muy debilitada, hubo de entregar la plaza bajo condiciones honoríficas. La conquista de Hesdin, llave militar del Artois, indemnizó á los franceses de sus an-

teriores pérdidas, y aun obtuvieron compensacion mas ámplia con la derrota de un cuerpo español en Saint Venant. Satisfecho Luis XIII con los laureles que habia recogido, se retiró á París, y el cardenal Infante tomando cuarteles de invierno procuró robustecerse para sostener con nuevo calor la guerra.

Abrióse esta en el Piamonte (1640) bajo los auspicios mas lisonjeros para los españoles. La duquesa viuda de Saboya sustentaba en este pais la causa de los franceses; mas los pueblos, bien porque conocieran la poca aptitud de esta princesa, bien porque desearan sacudir el ominoso yugo estranjero, volvieron los ojos al príncipe Tomás, que militaba en el ejército español, y le brindaron con la regencia. La marcha del príncipe fué una verdadera ovacion; los habitantes salian á recibirle colmándole de bendiciones; las plazas fuertes le abrian espontáneamente las puertas, y las guarniciones francesas, cediendo á esta esplosion del entusiasmo público, fueron replegándose hácia la estremidad norte del Piamonte, donde dominaban todavía. Así el ejército español, que dirigido por Leganés acompañó al príncipe hasta las inmediaciones de Turin, parecia servir mas bien para dar ostentacion á su marcha, que para arrollar los obstáculos que surgieran en ella. No obstante los franceses conservaban á Turin; pero habiendo entrado el príncipe por sorpresa en esta ciudad, tuvieron que retirarse al castillo. El cardenal Lavalette, queriendo contener este torrente, se arrojó de improviso sobre Chivas, oprimiéndole con mucho vigor. Una tentativa desgraciada que hizo Leganés para socorrerla, sirvió solo para apresurar su pérdida, que en efecto se consumó al cabo de breves dias. Este fué el último triunfo de Lavalette, quien falleció al poco tiempo, dejando la reputacion de guerrero hábil y afortunado, mas digno de la espada y la cota que de la sagrada púrpura. Reemplazóle el duque de Harcourt, quien quiso distinguirse desde luego acometiendo á Quier, plaza en sí de poco interés pero que cerraba las principales comunicaciones con Chivas. Al verle cebado en esta empresa, concibieron el marqués y el príncipe Tomás el atrevido proyecto de rodearle en su campo, haciéndole rendir las armas. El plan, aunque dificil, era realizable, y á tener un éxito feliz, ni una sola lanza francesa hubiera quedado levantada sobre el territorrio

piamontés. El marqués y el príncipe establecieron sólidamente sus tropas en las inmediaciones del enemigo, pero dejaron débilmente guarnecidos los bordes del Route, rio estrecho y profundo, que admite sin grandes dificultades la dominacion de un puente. Harcourt, inquieto, azorado, viéndose comprimido entre los muros de una plaza y una nube de enemigos, revolvia en su imaginacion los pensamientos mas encontrados, hasta que felizmente fijó la vista sobre las márgenes del Route. La ejecucion fué mas rápida que la idea, y el órden con que se verificó este arriesgado paso, es digno ciertamente de elogio. Los españoles, tendidos sobre una línea muy estensa, no comprendieron las intenciones de su enemigo hasta que éste hubo arrojado el puente, y cuando quisieron reconcentrarse sobre el sitio amenazado, ya se hallaban los franceses en la otra orilla del rio.

Impaciente Richelieu por vengar el ultraje recibido en Fuenterrabía, equipó un nuevo ejército y le precipitó sobre el Rosellon. Su jefe era el mismo príncipe de Condé, mas interesado que otro alguno en restaurar el lustre de su honra. Veinte y tres mil franceses, tres mil de los cuales eran de caballería, estimulados por su orgullo ofendido, constituian una fuerza tan imponente, que los españoles acantonados en aquella línea, en número de cuatro mil hombres, tuvieron que cederles el paso sin quemar el cebo de un mosquete. Embistió Condé el castillo de Salsas, plaza mas fuerte que bien guarnecida, y la cual se rindió á los pocos dias de trinchera abierta (1639).

La noticia de haberse perdido Salsas, cruzó como un rayo todo el ámbito de la Península, y despertó á nuestra córte del fatal letargo en que le habian sumergido sus triunfos del año anterior. Equipóse brevemente un ejército y se puso á las órdenes de Felipe de Spínola, marqués de los Balbases, jóven guerrero educado en la escuela militar de su padre Ambrosio, y que sin tener en el mismo grado sus grandes talentos, habia heredado en gran parte su esquisita pericia y luminosa esperiencia.

Pero Spínola, no obstante sus incontestables cualidades, se hubiera visto en mayor apuro para lanzar á los franceses arrebatándoles su última presa, sin el oportuno auxilio que le ofreciera Cataluña. Este pueblo altivo y belicoso hallábase combatido por dos

sentimientos opuestos, pero que venian á convergir en un mismo punto, como dos olas levantadas á impulsos de contrarios vientos. Irritábase por un lado al ver la audacia de los estranjeros que se atrevian á hollar su territorio, y del otro miraba con ojeriza á las tropas castellanas, protectoras de su tranquilidad interior. Asi es, que los catalanes solicitaron del gobierno el permiso para defenderse á sí propios sin intervencion de otras provincias; pero Felipe IV y su ministro el conde-duque, falsamente prevenidos contra ellos, vieron en este hidalgo ofrecimiento menos un rasgo de pundonor que el sentimiento mal rebozado de su independencia, y ni aun supieron dar á su repulsa la forma mas favorable al orgullo de aquel principado. Sin embargo, cuando llegó la hora del peligro; cuando los franceses, dueños de Salsas, podian derramarse por todo el Rosellon, nuestra córte comprendió su indiscreta ligereza, y queriendo dar á los catalanes una prueba honrosa de confianza, dispuso que el virey de Cataluña D. Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, marchara como segundo de Balbases con las milicias del pais.

Los generosos catalanes no hallaron mejor medio para satisfacer sus pasados resentimientos que demostrar de cuanto eran susceptibles su lealtad y belicoso genio; hicieron, pues, un esfuerzo prodigioso, organizando, equipando y manteniendo durante siete meses un ejército de treinta mil hombres, imbuidos del espíritu general, y capaces por consiguiente de las proezas mas heróicas. Si se supieran manejar las fibras delicadas y activas que hay en el corazon de los pueblos, podria quizás borrarse de todos los códigos políticos la palabra *castigo*.

Condé que ya habia esperimentado bastante pérdida en la guerra de emboscadas que sostenia con los naturales, regresó de nuevo á Francia con la idea de robustecerse y humillar por segunda vez á sus tenaces enemigos. Quedó la plaza á cargo de M. Espenan, soldado de reputacion y esperiencia, y que tenia una cualidad muy apreciable en aquella situacion, la de enardecer con hábiles discursos el ánimo de sus tropas, haciéndolas soportar los mas sensibles conflictos.

Los franceses, que estaban resueltos á conservar su conquista, habian mejorado considerablemente las fortificaciones de Salsas; de

modo que ya por esta circunstancia unida á sus escelentes condiciones topográficas; ya por el denuedo y número de la guarnicion; ya por la pericia del comandante, y finalmente, por la proximidad de Condé, toda idea de espugnacion parecia irrealizable y muy difícil un bloqueo completo.

Mas no arredraron estos obstáculos á Spínola, quien se presentó ante la plaza á la cabeza de cuarenta mil hombres, los mas de ellos noveles, pero llenos de generoso ardimiento. El español y el francés apuraron todos los recursos del arte para el ataque y defensa; sin embargo, Espenan, cada dia mas estrechado, habria tenido que sucumbir á no percibir en lontananza la protectora espada de Condé. El príncipe, en efecto, se arrojó ardiendo en ira sobre el campo de los españoles, y se trabó un combate furioso en que ambos enemigos hicieron prodigios de valor, incitados unos por su pundonorosa altivez y sostenidos otros por el resorte siempre eficaz de su independencia. Sucumbieron por último los franceses, pero sucumbieron con honra y despues de haber padecido y causado pérdidas considerables. Retiróse Condé á paso lento y como quien camina bajo el peso de la desdicha, pero el prudente Spínola no quiso perseguirle para no dar á los sitiados un desahogo que pudiera ser funesto. Abandonado, destituido de toda esperanza probable, no quiso Espenan llevar su defensa hasta los límites de la temeridad, y la rendicion de Salsas coronó felizmente esta campaña (1640).

Un nuevo infortunio vino á turbar la alegría escitada por estos prósperos sucesos. La flota francesa mandada por el arzobispo de Burdeos, desplegó sus velas á vista de la Coruña, bajo cuyo cañon se habia colocado la escuadra española que dirigia D. Lope de Hoces. Eran los nuestros muy inferiores al enemigo, tanto en el número de los buques como en la calidad de las tripulaciones, y no hubiera podido resistir á un ataque en regla; pero el arzobispo almirante vaciló mas tiempo del que convenia á su fama, y levantándose entretanto una tempestad furiosa, dispersó la armada francesa por la vasta estension del océano. Logró el arzobispo recoger sus naves, y con mas ira que altos pensamientos abordó á las costas de Vizcaya, incendió á Laredo, y causó algunos estragos en el astillero de Santander. A este tiempo supo que venia á su alcance la flota de don

Antonio de Oquendo, y no resolviéndose á esperarle hizo rumbo á Francia, poniendo término á su deslucida pero cruel espedicion.

Esta escuadra de Oquendo revolvió sobre el canal de la Mancha para atender desde cerca á la guerra de Flandes. Ocurrió á su encuentro el almirante holandés Tromp, y se empeñó el combate con un furor de que los anales marítimos ofrecen pocos ejemplos. Sostuviéronse al principio unos y otros con rara y denodada constancia; los holandeses, algo superiores en la habilidad de las maniobras, nos cedian ventajas respecto del número y aun casi del valor de las tripulaciones. Al cabo de tres horas, el ála derecha de Tromp, empezó á turbarse y parecia llegado el instante en que Oquendo, redoblando su intrepidez, asegurase la ensangrentada palma del triunfo; mas entonces apareció sobre la escena un nuevo enemigo tanto mas temible cuanto era mas insidioso. Los ingleses que cubrian aquella costa afectando el papel de neutrales, pero con perfidia mas que púnica, hicieron un fuego terrible sobre nuestra escuadra, disparando sin bala contra la holandesa. Embestido por su frente, acribillado por un flanco, Oquendo no podia evitar la derrota, y le faltó la fortuna para inmolarse en aquel momento en aras de su reputacion. Pero la flota española quedó completamente deshecha, y la pérdida de catorce mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, probaba bien toda la furia del combate. Esta funesta batalla nos arrebató por completo nuestra ya vacilante supremacía marítima, y dió á los holandeses mas aliento que cuantas ventajas habian obtenido desde el principio de su prolongada lucha. Nuestras colonias, nuestras posesiones de Italia y de Flandes, temblaron, y y con fundamento, porque la España, sin una marina prepotente, era como un tronco mutilado que no puede comunicar la savia de la vida á miembros distantes é inconexos. Otra derrota que sufrió una escuadra en el océano transatlántico, y que abrió á los holandeses las puertas del Brasil, acreditó la idea que iba tomando consistencia en el espíritu de la diplomacia europea, que los vencedores de Lepanto habian perdido para muchos siglos el cetro de los mares.

La debilidad de nuestras tropas en los Paises Bajos nos espuso á nuevos y terribles desaires. La córte de Francia hizo otro esfuerzo gigantesto para oprimir al cardenal Infante, y si bien la laudable

pericia de este caudillo neutralizó las hábiles maniobras que verificaron sobre el Mosa los mariscales Meilleraye y Chatillon, no alcanzó á cubrir oportunamente la plaza de Arras, capital del Artois, contra la que el enemigo dirigia el golpe principal de sus fuerzas. No obstante su gran superioridad numérica, temian los franceses que D. Fernando les molestara fuertemente en la prosecucion del sitio; para evitarlo, dispusieron que Orange detuviera con la punta de su espada al Infante cardenal, obligándole á plegarse sobre los bordes del Mosa. Un plan tan sencillo y tan realizable con los numerosos medios de ejecucion que tenian los confederados, debia producir un resultado infalible. En efecto, ni las mas vigorosas tentativas del duque de Lorena, ni las bellas maniobras del cardenal, pudieron arrancar á los franceses del cerco, en el que persistieron hasta que la plaza capituló con honrosas condiciones.

Tambien en Italia se marchitaron los efímeros laureles alcanzados por nuestras tropas en las anteriores campañas. Queriendo Leganés atajar los progresos que hacia el conde de Harcourt, asedió la plaza de Casal, esperando atraer al conde sobre sus brazos y batirle apoyado en su campamento. Realizó Harcourt en parte los proyectos de su enemigo, pero con grande honra y utilidad propia; á la vista de Casal los dos ejércitos vinieron á las manos con insólito ardimiento; venció la superior pericia del francés, no el corage aunque sobresaliente de sus tropas. Las españolas quedaron desmembradas en seis mil hombres, y en precision de levantar el sitio con menos órden que celeridad.

Ensorberbecido el francés, plantó sus reales delante de Turin, donde se hallaba el príncipe Tomás con una buena guarnicion española. Noticioso de este atrevido paso, Leganés quiso volver por su mancillada fama acometiendo al de Harcourt dentro de sus trincheras. El deseo era noble y animoso; la idea imprudente; el resultado en los términos mas ámplios de la verosimilitud, debia ser funesto, porque un ejército desmoralizado por su reciente derrota, necesitaba rehacerse antes de empeñarse en empresa tan arriesgada. Embistió el marqués con imponderable arrojo; pero fué repelido con pérdida de cuatro mil hombres, y comprendió, aunque tarde, que en la

guerra la cabeza siempre debe mandar al corazon, dejando á merced de la fortuna solo aquella parte que sea inaccesible al cálculo humano. Cayó Turin, postrada mas bien por el influjo de esta derrota que por la accion de las fuerzas enemigas; el príncipe Tomás se retiró á Ivrea, defendido todavía por el escudo del amor popular; la guarnicion española se incorporó á Leganés, quien fuě replegándose lentamente sobre el Monferrato, no pudiendo soportar la vista de los franceses en el Piamonte.

Sucede al cuerpo de las naciones lo que al de los individuos; para hacer esfuerzos violentos y prolongados necésitan tender enérgicamente todos sus músculos y fibras; pero cuando la tension es muy violenta, los músculos se debilitan, las fibras saltan, rómpense las articulaciones, y quedan separados los miembros del co- corazon. Este hecho constante como toda ley general, ha puestó en relieve la ruina de las grandes dominaciones que han asombrado y oprimido al mundo; la península española, aunque sea por la naturaleza uno de los pueblos mas homogéneos, mal regida, mal administrada, estenuada por una lucha de gigantes sostenida en el espacio de dos siglos, perdió al fin la integridad de su territorio, saltando en pedazos el temido cetro de Felipe II.

La primera llamarada de la guerra civil brotó en el seno de Cataluña (1640). No es de nuestra incumbencia esponer al pormenor las causas que produjeron estas conmociones; pluma mas digna y autorizada se ha ocupado de este asunto con no pequeño auge de la literatura histórica. Atormentados con las contínuas exacciones; llenos de ira al ver que las tropas castellanas hollaban su pais; encendido en cólera su pecho al saber que sus heróicos sacrificios en la última campaña se habian pagado con el frio desden de la ingratitud, y no pudiendo sufrir que el ejército real se mantuviese á su costa, los fieros catalanes rompieron el frágil vínculo de la obediencia declarándose en plena rebelion. La ola del furor popular arrastró cuantos obstáculos se oponian á su impetuoso curso; el virey Santa Coloma que se obstinó en contenerle, fué deplorable víctima de su generosa imprudencia. Las tropas reales derramadas en todo el ámbito del principado, perecieron unas y se salvaron otras bien en las fronteras, bien bajo el cañon de Perpiñan.



Resuelto el gobierno español á revindicar sus perdidos derechos sobre el principado, equipó brevemente un ejército en el que entraron como nervio principal los vencedores de Salsas y algunos veteranos de Flandes é Italia. Pero se trataba de elegir caudillo y en este punto surjian las mayores dificultades. Quien podia presentar mas títulos para este peligroso honor, era Felipe Spínola, marqués de los Balbases; mas los catalanes aborrecian en tal estremo su nombre y pasada conducta, que este nombramiento hubiera sido un nuevo combustible arrojado en la hoguera de la discordia. El condestable de Castilla, general feliz y esperimentado, tenia un nombre demasiado grande para no ofuscar al valido, conceptuándose tambien poco admisibles las circunstancias que concurrieran en el conde de Monterrey.

Finalmente, el marqués de los Velez entró en el mando por la puerta del favoritismo; fatal entrada para seguir un camino tan áspero y arriesgado. Sin embargo, el marqués reunia prendas bien apreciables en coyuntura menos delicada. Afable, humano, generoso, amante fiel de la disciplina, sabia insinuarse en el corazon de los estraños y templar el rigor de las ordenanzas con la estimacion de sus tropas. Por otra parte, su feudo de Martorell, podia hacerle agradable á los catalanes, tan celosos de su nacionalidad, y permitirle emplear alternativa y oportunamente la espada del enemigo y el caduceo del negociador. Pero no se hallaba asistido de aquel grado de energía que vence, desplegándose en las situaciones estremas; no tenia aquel espíritu emprendedor y osado, capaz de imponer á una rebelion vacilante, ni la actividad necesaria para hacer las operaciones decisivas, ni el conocimiento exacto de aquel pais, en el que, tratándose de una guerra irregular, habian de pelear mas los accidentes de la naturaleza que el brazo de los hombres.

No estaban ociosos en tanto los catalanes porque para ellos el tiempo tenia un valor infinito. Reunieron levas, prepararon armas y se propusieron guarnecer y fortificar los sitios mas amenazados. En medio de su febril agitacion, sobresaltábales la idea de arrostrar ellos solos el poder todavía formidable del rey católico; pero trataron de buscar un escudo á su debilidad, implorando el auxilio de

Francia. Luis XIII y Richelieu acogieron con calor esta demanda; prometieron breves y eficaces socorros; y en efecto, la division de Espenan, acordonada en la frontera, recibió órden para internarse en Cataluña.

Organizábase lentamente el ejército católico sobre el territorio aragonés. Su número se habia elevado con algunos tercios procedentes de la Cantabria é ilustrados ya en la defensa de Fuenterrabía; pero se hallaba falto de víveres, municiones, trenes, en fin, de casi todas las cosas necesarias para hacer la guerra con vigor.

El absurdo plan que se impuso al de Velez, dejaba concebir los mas sérios temores acerca del porvenir de esta. Cuando se lucha contra un enemigo que teme nuestra superioridad, es necesario hacérsela sentir ostensiblemente descargando sobre él golpes violentos y redoblados, sin dejarle respirar un instante, postrándole con el terror antes de aniquilarle con la fuerza.

D. Juan de Garay, soldado de fortuna y muy digno de ella, gobernador del Rosellon, propuso uno que tendia á este objeto esencial, imponer á los catalanes dudosos de sus recursos y temerosos del enemigo. Segun Garay, el ejército debia reunirse en el Rosellon, y emprender desde allí una marcha arrolladora, dejando en pié las fortalezas y plazas difíciles de espugnar, y presentarse con la plenitud de sus fuerzas y con el ascendiente de su prestigio ante los muros de Barcelona. Esta concepcion atrevida y feliz hubiera producido los resultados mas rápidos y favorables, y la rendicion de Barcelona, cabeza y foco de aquella guerra, habria acarreado la de las demas ciudades y pueblos. El gobierno rechazó el plan de Garay, y adoptó con toda la rara tenacidad de la ignorancia orgullosa, otro diametralmente opuesto. Consistia en una invasion sucesiva por tres puntos sobre el Ebro, combinada con el movimiento que harian las fuerzas del Rosellon para acercarse á la entraña del principado.

De este modo, los cuerpos del ejército católico que no podian ser bastante fuertes para vencer separados todas las dificultades, se esponian á sufrir los primeros reveses, cuyo influjo es inapreciable en guerra en que la fuerza moral predomina sobre la fuerza física. Por otra parte no colocando el grueso de las tropas sobre el Rosellon y sí sobre las márgenes del Ebro, donde nada podia temerse, se dejaba



aquella importante frontera casi abierta á los franceses, que precipitándose desde lo alto del Pirineo, debian tender una mano protectora á los catalanes.

Garay, que habia previsto los inconvenientes de este plan, fué el primero en esperimentarlos. Avanzando con una corta division para abrirse el camino de Barcelona, se vió detenido ante Illa, pueblo pequeño, con antiguas y no bien reparadas fortificaciones, pero diestramente defendidas por los consejos del francés Aubigni. Volvió Garay á la misma empresa, reforzado en Perpiñan y con un buen tren de artillería, mas tambien hubo de retroceder reconocidas las primeras dificultades, y no queriendo arriesgar su reputacion tan á los principios de la campaña.

Movióse tambien el de los Velez en los primeros dias de octubre, y cruzando felizmente el Ebro dió vista á Tortosa. Fué fortuna el que esta ciudad permaneciese en la obediencia del rey católico, porque siendo la llave militar del Ebro, garantiza las comunicaciones de los castellanos con Aragon, y les ofrecia un punto escelente de retirada caso necesario.

Los inespertos catalanes se propusieron fortificar y guarnecer los principales pasos, lisonjeándose con la idea de cortar sus comunicaciones al enemigo, pero los perdieron con poco esfuerzo de los castellanos, no obstante que algunos fueron perdidos, recuperados y vueltos á perder, mostrando ya las bisoñas tropas del principado aquella obstinacion que les es tan característica y que sin duda forma el fondo de sus prendas militares.

Velez, apoyado sólidamente en Tortosa, rompió las grandes operaciones á la cabeza de su ejército. Constaba éste cuando salió de aquella ciudad, de veinte y tres mil infantes, tres mil caballos y veinte y cuatro piezas de artillería, fuerzas insuficientes á realizar el gran pensamiento de aquella guerra, y mas propias para asediar á una plaza que para abatir bajo el golpe de sus armas á cuatro provincias populosas. Al mismo tiempo, una division penetraba en la provincia de Lérida, otra se detenia aterrorizada en las horribles gargantas del Portus, y dos ó tres permanecian en Aragon formando lo que se llamaba ejército real, por creerse que el rey se iba á poner á su frente. Felipe IV no pensaba en realidad abandonar su

palacio de Madrid; pero quiso que se hiciesen los preparativos de su marcha, bastante pronto para destruir el conjunto de las tropas invasoras, pero muy tarde para sentir y comprender que su presencia hubiera traido la paz sobre aquel teatro de la guerra, tal vez sin disparar un mosquete.

Enderezó Velez su marcha hácia el Coll de Balaguer, posicion imponente donde el enemigo habia levantado algunas obras de mas apariencia que solidez. Embistiéronlas los castellanos con mucho ánimo y no escasa pericia; algunos escuadrones fueron ciñendo el pié de la montaña por el lado del mar; un cuerpo escogido, con varias piezas de artillería, se lanzó en la boca de aquella formidable garganta; los dos mil catalanes que la defendian por medio de una trinchera y de algunos reductos mal enlazados, huyeron bajo el fuego de la artillería castellana; pero como el terror es pernicioso enemigo de la seguridad, muchos cayeron en poder de los escuadrones que iban faldeando la eminencia y sufrieron breve y miserable muerte. No opuso mayor resistencia el Hospitalet, edificio fuerte construido en la márgen del mar, dedicado antes á usos benéficos y convertido entonces en teatro de inhumanas escenas. Batiéronse los catalanes durante un dia con mucho furor; pero una mano tímida ó parcial abrió una puerta, y la guarnicion obtuvo la vida no obstante el furor que animaba á los sitiadores.

Dueño el marqués de estos importantes pasos, marchó sobre Cambrils, plaza de armas donde se hallaba el nervio de los catalanes con el baron de Rocafort á su frente. Se dijo que ascendia á quince mil hombres la guarnicion de Cambrils, y si bien este número parece exagerado, no hay duda en que existia el suficiente para detener por largo tiempo los progresos de los realistas. Pero gente bisoña ó inesperta no supo resistir á las hábiles maniobras de unas tropas veteranas. Aturdidos mas con el estrépito que con el estrago de la artillería, los catalanes estipularon una capitulacion que garantia su existencia, y entregaron la plaza á los tres dias de un formal asedio. El ciego frenesí de las guerras civiles rompe todos los escudos con que la humanidad afligida intenta cubrirse; los soldados castellanos inmolaron implacablemente á muchos infelices que salian bajo la fé del tratado; la intervencion de los jefes, como dice un

escritor distinguido, si fué bastante oportuna para su honra; no lo fué para evitar el estrago, pues cuando se logró restablecer el órden ya habian perecido setecientos hombres.

La pérdida del Coll de Balaguer, que los catalanes reputaban inespugnable, y el desastre de Cambrils, hizo en ellos honda y dolorosa impresion. Desesperando resistir con sus solas fuerzas á su victorioso enemigo, imploraron de nuevo el socorro de Francia, demandando en los términos mas perentorios la venida de Espenan. Introdújose éste con su division en Cataluña, derramó parte de sus fuerzas en algunas plazas interiores, y se encerró con las restantes en la ciudad de Tarragona, punto amenazado de cerca por el de los Velez.

Ciertamente este general se hallaba en una situacion tan crítica que debia considerar el ataque de Tarragona, por peligroso que apareciese, como una medida absolutamente salvadora. Su ejército estaba á punto de sufrir las últimas estremidades de la miseria en un pais árido, estéril, devastado en su retaguardia y ocupado el frente por numerosas bandas de miqueletes enemigos. La escuadra, que debia conducir bastimentos, no habia podido seguir la marcha de las tropas, y el merodeo era tan arriesgado como poco productivo. Hacíase pues indispensable al de los Velez entrar en una poblacion de primer órden dotada de una campiña fértil y de estensas comunicaciones tanto terrestres como marítimas. El marqués se puso sobre Tarragona, fiando pronto el éxito de sus operaciones al espíritu de los habitantes y á la falta de subsistencias que habia en la ciudad. No salieron fallidas sus esperanzas; Espenan, bien porque comprendiera que los tarraconenses favorecian sin mucho rebozo la causa del rey, bien porque no quisiera empeñarse en un sitio careciendo de vituallas, ó ya porque obedeciendo á la profunda y pérfida política de Richelieu, deseara que los catalanes, viéndose en el último apuro se arrojaran completamente en brazos de la Francia, lo cierto es que capituló antes de ensayar sus elementos de resistencia, pactando su traslacion y la de las tropas francesas á su propio territorio. La ocupacion de Tarragona era de grande importancia, pero su efecto quedó neutralizado en parte por los reveses que esperimentaron los realistas en la provincia de Lérida, y mas principalmente por la sublevacion de Portugal.

Este reino, que habia permanecido sesenta años vinculado á la corona española por la voluntad casi omnipotente de Felipe II y por el gobierno suave y templado de Felipe III, no pudo soportar la débil arrogancia del favorito que dirigia á Felipe IV, y lanzó un grito de independencia que halló eco en el corazon de todos los portugueses. El duque de Braganza subió al trono en brazos de sus entusiasmados súbditos, consumándose esta revolucion sobre todo el territorio lusitano en el término de nueve dias. Aquel movimiento fué fatal para los portugueses y para los castellanos; para ambos pueblos se habian quebrantado las leyes de la naturaleza, los dos debian renunciar al elevado rango que les pertenecia en las grandes nacionalidades, pero los primeros cedian al sentimiento de la independencia, noble hasta en sus estravios, y los segundos esperimentaban el dolor de haber perdido la integridad de la península y presentian nuevos sacrificios para recobrarle.

La campaña de los Paises Bajos (1641) se abrió con una actividad que no podia esperarse atendida la situacion de Spínola. Es verdad que las fortalezas de Siliers, Lens, la Basse, Bopaume y Ayre cedieron á la furia francesa, pero el cardenal Infante, desplegando las mas diestras maniobras arrancó al enemigo de sus trincheras; instalóse en ellas y embistió con tanto vigor á Lens, que pudo revindicar esta plaza al cabo de breves dias.

Este triunfo hubiera sido precursor de otros varios si la muerte, sorprendiendo al cardenal Infante, no nos hubiera privado de un guerrero y de un hombre distinguido por las prendas de su entendimiento y corazon. Murió en buena hora para su gloria, pero en fatal para su patria que necesitaba los talentos de este general para sostener con cierto brillo la guerra en aquella region. Los hombres eminentes estan en contradiccion con una época degradada, y la Providencia es admirablemente lógica en todas sus creaciones.

La guerra en Italia ofreció sucesos poco notables. La ciudad de Montcalvo cayó en poder de los franceses que en álas de esta primera ventaja, volaron sobre Yvrea, plaza de consideracion. Intentó conservarla el príncipe Tomás, cayendo espada en mano sobre el campamento enemigo, mas fué repelido con alguna pérdida. No fué esta

bastante sensible para hacerle variar de resolucion, si bien siguió diferente camino para llevarla á cabo, atravesando con sus tropas el Pó y amenazando á Chivas de cerca. Debilitáronse los franceses por cubrir á esta plaza, y entonces el príncipe, haciendo un movimiento rápido y bien concertado, introdujo en Ivrea los auxilios que necesitaban. Los españoles á su vez acometieron á Moncalvo, recobrándola con mayor industria que efusion de sangre.

El marqués de los Velez continuó su marcha invasora por el principado bajo muy faustos auspicios. Sometióse espontáneamente Villafranca de Panadés; el pequeño pueblo de Santa Coloma, susceptible de una buena defensa, opuso una floja y menguada, y el ejército realista, si bien molestado en sus flancos, pudo llegar sin peligro hasta dar vista á Martorell. Aquí parece que los catalanes se proponian hacer un esfuerzo desesperado; á esta poblacion habian acudido algunas levas y los dispersos de las pasadas derrotas. La guarnicion constaba de doce ó catorce mil hombres, inflamados por la idea del peligro, cada vez mayor, que amenazaba á su patria, y sostenidos por el denodado Tamarit, catalan ardiente, de gran reputacion entre los suyos, y pocas veces desairado por la fortuna en las hostilidades que habia sostenido en el Ampurdan.

Embistieron los realistas con fingido ardor el frente y el costado izquierdo de la plaza; tronó la artillería, y miles de pechos catalanes aparecieron sosteniendo los reductos que se conmovian bajo el golpe de las balas. En el primer dia no lograron los sitiadores ganar un palmo de terreno, antes fueron repelidos con creciente denuedo; verdad es que ellos cedian para atraer á los incautos catalanes é impedir que descubriesen la nube que iba á precipitarse con horrible estrépito sobre sus espaldas.

El marqués de Torrecusa, maestre de campo general, estaba encargado del verdadero ataque, para lo que se dirigió con el nervio de la infantería española á dar la vuelta á un collado que defendia la plaza por la parte del oeste. El rodeo era largo, áspero, y no exento de defensa. Torrecusa invirtió muchas horas en allanar los obstáculos que se presentaban á su paso, pero en el momento de lanzarse sobre el muro, los catalanes sorprendidos caye-



ron de ánimo, y pensaron únicamente en hallar su salvacion por medio de una pronta retirada. Verificóse ésta bajo la proteccion de la artillería de la plaza, que manejaron con mucho acierto los franceses Senesé y Bealon; mas los castellanos, arrojándose dentro de Martorell con la furia de un torrente que rompe sus diques, hicieron sangriento estrago en la retaguardia catalana. Dos mil armados perecieron, y el desenfreno de la soldadesca hizo mayor número de víctimas inermes.

Conquistada Martorell, el ejército realista podia avanzar hasta las inmediaciones de Barcelona. Todos sus cálculos resultarian estériles ó perniciosos si no lograba humillar esta plaza, cabeza del principado y centro de la insurreccion. La solucion de aquel sangriento problema dependia esencialmente de la conquista de Barcelona, y así puede decirse que la guerra se abria ante los muros de esta populosa capital.

Los elementos de defensa que encerraba en su seno, aunque no bien organizados, eran fecundos, y capaces de elevar el valor al difícil grado del heroismo. Un pueblo altivo, numeroso, naturalmente pertinaz, se enardecia de hora en hora bajo el juego de dos resortes poderosos; el amor á sus libertades, y el temor á la cólera de los castellanos. Algunas fuerzas francesas bien regimentadas y dirigidas por capitanes esperimentados, servian de núcleo á la multitud informe pero llena de marcial ardimiento. Las murallas de la ciudad se habian mejorado considerablemente robusteciéndolas con reductos, caballeros, bastiones, y cuanto prescribiera el arte para la fortificacion de una plaza. Los catalanes tenian libres sus comunicaciones marítimas, y se hallaban bajo la proteccion de Monjuich, no tan formidable como en nuestros dias, pero entonces ya muy imponente. Para impedir que la discordia debilitara ó entibiara el espíritu de resistencia, los catalanes, á vista del enemigo, abjuraron solemnemente la soberanía del rey católico, y proclamaron al de Francia conde de Barcelona. Este rasgo de audaz é imprudente política, tenia ademas por objeto el cerrar la puerta á todas las negociaciones, y colocar al pueblo en la terrible alternativa de vencer ó morir.

No era verosimil que el ejército castellano lograse abatir resolucion



tan desesperada sostenida por mas de cincuenta mil hombres armados y vigorosos. El número de los realistas, disminuido, bien en los diferentes choques con los catalanes, bien con las guarniciones de Martorell, Tarragona y otros puntos, carecian de víveres, y se hallaban estenuados por su pasada penuria y prolongadas fatigas; sus comunicaciones terrestres estaban amenazadas á cada momento por una nube de enemigos; las del mar pertenecian á los catalanes; la calidad de las tropas tampoco era segura garantia del éxito, porque esceptuando algunos tercios aguerridos procedentes del Rosellon y la Cantabria, los demas se hallaban formados por gente levadiza, mas propia para ensañarse en un enemigo vencido, que para abatir otro fuerte y poderoso. Hasta la rivalidad de los jefes era un grave y acaso el mayor obstáculo para el feliz resultado de las operaciones; Torrecusa estaba celoso de Garay, llevando su antagonismo hasta el deplorable estremo de una enemistad profunda; los demas cabos seguian con mas ó menos rebozo estas parcialidades, aficionados á Garay los españoles, y siguiendo el partido de su padre con el ímpetu irreflexivo de la juventud, el duque de San Jorge, brillante y heróico guerrero, cuyas sobresalientes prendas iban á quedar marchitas por una muerte prematura. Vaciló el marqués de los Velez en circunstancias tan difíciles; pero las órdenes terminantes del gobierno, vencieron su irresolucion y espidió las suyas para emprender el asalto.

Dispúsose el ejército de modo que pudiera acometer al mismo tiempo el castillo de Monjuich y hacer frente á la ciudad, desacierto grande, y acaso principal orígen de las desgracias que sobrevinieron despues, porque dudándose de la suficiencia del ejército, se debió pensar ante todo en atrincherarle de una manera inaccesible á los barceloneses, y lanzar desde un punto seguro las fuerzas competentes á la espugnacion del castillo. Dos columnas, mandadas por el maestre de campo D. Fernando de Rivera, soldado animoso y perito capitan, y el conde de Tiron, irlandés intrépido, debian subir por opuestos lados la eminencia sobre que está situado Monjuich; estas tropas se hallaban inmediatamente sostenidas por ocho mil infantes escalonados sobre el cuerpo de la eminencia;

el resto de la infantería, con el jóven duque de San Jorge, cubria el llano estendido entre la falda de Monjuich y los muros de la ciudad, y la caballería, apostada en un pequeño valle inmediato, debia volar sobre los auxiliares que la plaza enviara al castillo.

En Barcelona, desvanecida la primera impresion del temor, desplegaron actividad y acierto en la defensa. Los reductos y bastiones mas al alcance de los castellanos, se hallaban guarnecidos por viejos soldados franceses, bajo las órdenes de sus capitanes Plesis y Serman. Detras del muro se habian dispuesto en regular formacion los voluntarios catalanes, porque al abrigo de una tapia, el valor ardiente aunque indisciplinado, suele ser tan poderoso como la intrepidez apoyada en el nervio de la disciplina.

Pero su primer conato se habia dirigido á Monjuich, punto el mas vulnerable é importante. No era entonces Monjuich mas que una torre de forma cuadrada, con cuatro medios baluartes coronados de cañones. Los barceloneses colocaron en la torre y en los baluartes gran copia de soldados, noveles los mas, pero sostenidos por trescientos veteranos franceses y dirigidos por Aubigny, hombre de pericia consumada. Cortaron tambien la eminencia con varias zanjas y algunas empalizadas, que si bien groseramente construidas, dificultaban en gran manera el acceso ya de por sí ágrio y peligroso. Al alborear el dia 26 de enero de 1641, resuenan en el campo católico los marciales instrumentos, el ejército rompe su marcha en buen órden. El valiente conde de Tiron se precipita con la cabeza baja sobre el primer parapeto enemigo; los catalanes que le protegian hacen caer una lluvia de balas; Tiron, no obstante, sigue avanzando y animando á los suyos mas con el ejemplo que con la voz; pero cae atravesado el pecho por dos mosquetazos; la muerte de este ilustre jefe desalienta á su tercio que pierde en pocos instantes el terreno que acaba de ganar con tanto heroismo. Por fortuna corrió al punto del peligro el maestre de campo Mascareñas, quien dignamente secundado por el sargento mayor Cárdenas, embistió con redoblada furia, ciñendo con el fuego de sus mosquetes el frente y los costados de la trinchera enemiga; los catalanes se defendieron al principio con intrepidez inesperada, mas temiendo perecer allí envueltos, fueron replegándose con lentitud hácia Mon-



juich. Reportaron los castellanos esta primer ventaja á costa de una pérdida considerable; Cárdenas quedó mortalmente herido; Mascareñas lo fué tambien de gravedad, y otros muchos soldados en quienes la oscuridad del nombre impide que la historia les rinda el debido homenage.

Mayores, mas rápidos y menos costosos fueron los progresos que hizo D. Fernando Rivera á la cabeza de su columna. Cubriéndose con los accidentes del terreno, se mostró de improviso en lo alto de la colina. Al propio tiempo, otro escuadron realista acometió denodadamente las trincheras de Santa Madrona, logrando desalojar á los catalanes y adelantándose con paso audáz hácia el castillo.

Parecia llegado el instante de emprender el asalto, y los castellanos se lisonjeaban con la esperanza de la victoria. A la verdad, habian vencido los mayores inconvenientes, y una débil tapia sin foso interior ni esterior, no debia imponer á aquellos mismos hombres que acababan de arrostrar á pecho descubierto el fuego horrible de la mosquetería y artillería catalana. Mas por un descuido que apenas puede concebirse, no comprendiendo bien la funesta precipitacion con que se hicieron los preparativos, faltaron las escalas y fué necesario pedírselas al marqués de Xeli que mandaba la artillería en puntos distantes. Entre tanto aquellas bizarras tropas permanecian descubiertas siendo el blanco de los fuegos enemigos; si avanzaban recibian la muerte por boca de los arcabuces; si retrocedian esperimentaban la furia de los cañones: en estas ondulaciones, semejantes á las que forma el océano agitado por una tempestad, solo veian el naufragio de su vida y de su reputacion.

No estaban tampoco ociosas las armas en el llano frente á Barcelona. El duque de San Jorge, incomodado por el vivo fuego que le hacian los catalanes desde algunas obras avanzadas, quiso desalojarlos de aquel punto; consiguiólo en breve, y se instaló en él con mas valor que prudencia. Sintió muy luego que allí le despedazaban las baterías de la plaza, y bien porque anhelara salir de esta posicion dificil, bien porque no quisiera tolerar la insolencia del francés Aux, que con una banda de caballos hostigaba incensantemente los flancos de San Jorge, lo cierto es que este denodado jóven arre-

metió al francés con imponderable furia, siguiéndole pocos de los suyos. Aux, replegándose con mucha habilidad, atrajo al inesperto duque á una emboscada, donde San Jorge, envuelto por todas partes, concibió la desesperada resolucion de entrar con el enemigo en la plaza; pero le sorprendió la muerte en medio de los mas heróicos esfuerzos. Quedaron tendidos á su lado varios capitanes ilustres y los soldados mas valerosos; algunos otros que pudieron salvarse, renovaron la pelea estimulándoles el pundonoroso deseo de rescatar el cuerpo de su caudillo; protegióles la fortuna en esta noble empresa, pues no obstante las recias cargas de caballería y el fuego nutrido de mosquetes y cañones, lograron sacar al San Jorge y recoger su último suspiro. Pero aquellos tercios faltos de cabeza y heridos por el sentimiento de la derrota, se desbandaron unos, replegándose los mas sobre posiciones mas encubiertas, y perdieron todos el brio necesario para frustrar los intentos del enemigo.

Este momento era precioso; la línea intermedia que separa la eminencia de Monjuich de la plaza, y que cubria antes con tanto vigor el malogrado conde de San Jorge, habia quedado en parte abandonada, y en otras muy débil; no habia por consiguiente ningun obstáculo sério que impidiera la marcha de los auxiliares, reclamada con vivas instancias por la guarnicion del castillo; y en efecto, se dispuso con la celeridad conveniente. Era tan vivo y profundo el belicoso ardor de los barceloneses, que todos solicitaban el peligroso honor de socorrer á Monjuich, y necesitaron los capitanes desplegar su prestigio para poner un límite á la noble ambicion de gloria que inflamaba á la multitud. Eligiéronse, pues, dos mil mosqueteros que avanzaron impetuosamente por el camino cubierto que desde la ciudad conduce á la fortaleza.

Entretanto Torrecusa, viendo el admirable valor que sus tropas habian mostrado en la espugnacion de la eminencia, reputaba por suya ésta, y contaba por los latidos de su corazon los minutos que tardaba Xeli en remitirle las escalas. Pero aquellas tropas espuestas á un fuego horrible durante horas enteras, se hallaban desmoralizadas y á punto de romper el lazo de la disciplina. Sin embargo, las exhortaciones, las órdenes y el ejemplo de Torrecusa,

el primero en los mas fuertes trances del peligro, infundieron nuevo aliento á las tropas y las empeñaron en continuar su movimiento progresivo. Los catalanes, viendo que el enemigo tenia ya cercados todos los costados del fuerte, se llenaron de consternacion; algunos opinaban porque propusieran las bases de una capitulacion decorosa; otros, mas animosos, querian que se ganase la plaza por el camino cubierto, y ninguno fundaba ya su esperanza en la defensa de aquel castillo de cuya suerte pendia la de Barcelona. Pero la vista del anhelado socorro cambió completamente esta escena. Renovóse el combate; la situacion de los castellanos se hizo por momentos mas crítica; los que se acercaban al castillo, caian atravesados á balazos; los que estaban en la falda de la montaña y procuraban sostener á sus compañeros, eran despedazados por la metralla de la plaza, y ninguno podia dar un paso sin hallarse amenazado por mil muertes. Los soldados, comprendiendo la imprudencia de sus jefes, exhalaban en imprecaciones el furor de que se hallaban poseidos, y en estas circunstancias un ligero incidente bastó para que se olvidase toda idea de subordinacion.

Un sargento catalan, presintiendo sin duda que los castellanos despues de sufrir á pecho descubierto un fuego horrible durante siete horas, debian haber perdido su admirable intrepidez, trató de aumentar su terror arrojándose desde el muro y aclamando la victoria. Otros cuarenta ó cincuenta hombres siguieron su ejemplo prorumpiendo en los mismos gritos de anticipado triunfo.

No penetra el rayo con tanta violencia en el corazon de una roca, como estas voces en el atribulado espíritu de los castellanos. Creyendo que tenian sobre sus brazos toda la guarnicion del castillo, las primeras fuerzas, como impelidas por el brazo de un coloso, se precipitaron hácia el pié de la eminencia en el desórden mas espantoso. Nada pudo detener la fuerza de este torrente; los mas intrépidos ó mas pundonorosos sucumbian envueltos por la multitud que se engrosaba prodigiosamente de minuto en minuto, y se arrojaba sobre ellos con indecible furor. Las voces de los jefes se perdian entre el clamoreo de los fugitivos, entre el ruido producido por las armas al chocar unas con otras, y entre los ayes lastimeros de los moribundos. En este aciago momento recibió Torre-

cusa la noticia de haber muerto su hijo, y el infeliz, herido en todas sus afecciones á la vez, no pudo mostrarse superior á su sentimiento; arrojó en el suelo su baston de mando y se retiró anegado en llanto, sin querer recibir mas consuelo que el del tiempo cuya accion lenta cierra los dolores mas acerbos. Sin embargo, no puede atribuirse el desórden á la ausencia de Torrecusa, porque como dice un escritor sobresaliente: «no faltaba allí quien mandase sino quien obedeciese (1).»

Ausente Torrecusa, recayó el mando inmediato de la infantería en Garay, quien desplegando una actividad admirable, logró oponer un dique á la desbordada ola de la muchedumbre, distribuyendo aquellas informes masas en sus respectivos escuadrones. Salvóse el ejército castellano de una ruina total por la desprevencion de los catalanes, que presenciando aquel espectáculo tan nuevo y tan inesperado para ellos, apenas podian dar crédito á sus ojos ni la oportuna energía á sus brazos.

El marqués de los Velez contemplaba con sombrío aspecto el estrago de sus tropas, la ruina de sus esperanzas y la mengua de su reputacion.

¿De qué le servian sus pasados laureles sino para hacer mas sensible la calamidad presente, como lo son todas las que vienen á interrumpir una série de prosperidades? Bien hubiera querido redoblar todavia sus esfuerzos, y arrancar á los catalanes la palma de la victoria, pero graves consideraciones le retrajeron de este proyecto mas animoso que prudente.

Su ejército se hallaba desmoralizado, quebrantado, roto; mermadas las fuerzas materiales y enteramente perdida la moral; habian perecido muchos jefes de prestigio cuya pérdida al par que su amarga suerte deploraban las tropas; era muy verosímil que las comunicaciones, desde el principio dificultosas, quedasen ahora interceptadas, porque los catalanes, por una reaccion tan fácil como natural en espíritus no acostumbrados á las vicisitudes de la guerra, tenian una confianza tan alta en su poder como profundo habia sido

(1) Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV, escrita por D. Francisco Manuel de Melo. Nueva edicion corregida. París MDCCCXXVI.



su desaliento, y podian lanzar desde el seno de Barcelona bandas de guerreros que comprimiesen la retaguardia del ejército realista.

Dispuso la retirada á Tarragona y se hizo con órden aunque con mucha celeridad, recorriendo el vencido ejército en dos dias el mismo terreno que antes habia andado en veinte y con aire de triunfo. En Tarragona el marqués de los Velez renunció su cargo, sustituyéndole el condestable de Nápoles, Federico Colonna, virey á la sazon de Valencia.

Tal fué el desenlace de la primera campaña en Cataluña. Nos hemos detenido en detallarla, porque aquella guerra funesta fué sin duda una de las principales causas de nuestra decadencia política y militar. Mientras la España conservó íntegro su territorio y vigorosamente enlazadas sus partes constitutivas, se hallaba siempre en actitud de hacer respetar su nombre en las regiones mas apartadas; pero no debia suceder así desde el momento en que estalló el fuego de las discordias civiles. Los golpes que se dirigen contra miembros distantes, pueden conmoverlos mas ó menos profundamente; pero los que caen sobre el corazon son siempre mortales.

Las causas que produgeron esta catástrofe resaltan á la vista de los mismos acontecimientos. Desde luego el plan de invasion sucesiva no era acertado; pero todavía el marqués de los Velez tenia bastantes recursos para dar la ley á los inespertos catalanes. Perdióle la intempestiva confianza que él y los demas cabos tenian en las tropas y el desprecio que prodigaban al enemigo. Consecuencia de esto fué la precipitacion con que se procedió al asalto de Barcelona, sin atrincherarse, sin tomar precauciones de ningun género, y hasta olvidando proveer á las columnas de las escalas necesarias para asaltar el castillo. Grave fué la falta; su espiacion terrible, y este ejemplo hace apreciar mas la máxima de los grandes capitanes, que en la guerra siempre debe considerarse al enemigo mas poderoso y hábil de lo que sea realmente. Para colmo de desdichas el príncipe de Condé atacó la plaza de Elna en el Rosellon, y se apoderó de ella sin emplear grandes esfuerzos.

Los Paises Bajos eran siempre la gran palestra en que se disputaban la supremacía europea los franceses y españoles. Creyeron

aquellos que con la muerte del cardenal Infante mejorarian sus cosas, tornándose propicia la adversa faz que les mostró la fortuna á fines de la última campaña; pero resultaron fallidas sus esperanzas. D. Francisco de Melo, sobre quien habia recaido el mando en jefe del ejército español, atacó denodadamente la plaza de Lens y la tomó (1642); marchó seguidamente sobre la Basse, cuya resistencia, mas briosa, solo sirvió para dar nuevo brillo al triunfo de los españoles. Alentado con estos felices sucesos, Melo se adelantó hasta la línea francesa que cubrian sólidamente los mariscales Harcourt y Guiche, dándose la mano con el príncipe de Orange. Los beligerantes conocian la necesidad de empeñarse en una batalla; mas el español la diferia, tanto porque tenia menos caudal de gente, cuanto porque se inclinaba poco á resoluciones aventuradas.

Era D. Francisco de Melo un militar encanecido en medio de los combates, adornado con envidiables y no escasos laureles. Un talento mas sólido que brillante, nutrido con todas las nociones militares de su época, le ponia en disposicion de rivalizar en pericia con los mas diestros generales contemporáneos; pero hombre de principios y reglas fijas, era igualmente incapaz de violar aquellos y traspasar estas para lanzarse en esas atrevidas concepciones que el genio concede á seres privilegiados. Su valor personal sobresaliente le habia merecido muchas y elevadas distinciones; mas estando siempre dispuesto á arriesgar su vida, era incapaz de comprometer la de un solo soldado en contradiccion con las mas estrictas prescripciones militares.

Melo, sériamente comprometido en su movimiento de avance, no pudo rehusar la batalla que le ofrecieron los mariscales franceses Harcourt y Guiche. Se dió esta cerca de Honnecourt, y Melo maniobró con tal habilidad, que envolviendo entre sus fuegos á la infantería francesa, la obligó á caer postrada sin que apenas pudiera salvarse un solo hombre. Harcourt y Guiche huyeron con la caballería que tomó poca parte en la accion. Esperábase que Melo, alentado por este triunfo, se arrojaria sobre el príncipe de Orange que se hallaba inmediato; mas permaneció inactivo hasta que recibió órden del gobierno para trasladarse á Westfalia.

Nuestras tropas sufrieron algunos reveses en Italia, faltándolas

enteramente el apoyo de los piamonteses. El príncipe Tomás, reconciliado con la duquesa viuda de Saboya, se puso á la cabeza del ejército francés, y queriendo acreditar su celo en obsequio de la nueva causa, espulsó á nuestras guarniciones de Niza y Crescentino y puso sitio á Tortona. Gallarda fué la defensa de esta plaza, y mas que gallarda heróica la de su castillo; pero algunos centenares de españoles abandonados á sus propios esfuerzos y comprimidos por el poderoso ejército franco-piamontés, sucumbieron noblemente y como quien cede al fallo irrevocable de la fortuna. Mostrósenos esta muy propicia al abrirse la campaña en el Rosellon. El marqués de Mortara, tendiendo oportunamente su brazo al de Torrecusa que avanzaba desde el fondo de Cataluña, logró atraerlo hácia sí y juntos ambos ofrecieron la batalla al mariscal Bressé. Aceptóla el francés que era superior en fuerzas, si bien no en posiciones; lidióse largo tiempo con valerosa obstinacion; mas una hábil maniobra de flanco practicada por Torrecusa, introdujo el desórden en la ála izquierda del enemigo, sin que los inauditos esfuerzos que este hizo en el centro y en la derecha fueran bastantes á restablecer la accion. Pudo Bressé impedir que la retirada se convirtiese en tumultuosa fuga, mas quedó tan debilitado que hubo de refugiarse en la frontera evacuando completamente el Rosellon.

El brillo de esta victoria fué breve y fugaz como el rayo del sol que penetra al través de una tormentosa nube. Heridos en su orgullo y estimulados por el deséo de conquistar la Cataluña, los franceses se arrojaron en ella de nuevo y al parecer con ímpetu irresistible. Logró contenerles un momento el marqués de Povar, jóven de un valor irreflexivo, penetrando el cuerpo de la Mothe de Houdaucourt y avanzando osadamente hácia Barcelona. Pero esta marcha temeraria emprendida con seis mil infantes y mil doscientos caballos, bisoños los mas, tuvo el resultado que podia esperarse. Povar, detenido en las gargantas del Coll, se vió precisado á replegarse sobre Villafranca del Panadés. Cercóle aquí apretadamente Houdaucourt, restablecido ya y engrosado con numerosos somatenes, y tomó tan bien sus medidas que redujo á los castellanos á la situacion mas desesperada. El intrépido Povar intentó varias ve-

ces abrirse paso con el puño de su espada: ¡vanos aunque nobles esfuerzos! Repelido siempre con pérdida, acosado por el hambre, y sin esperanza de socorro, aquel altivo jóven tuvo que humillarse, comprendiendo acaso por la vez primera que el valor es impotente ó funesto cuando no está iluminado por la prudencia. El marqués quedó prisionero con toda su division (1642). Este golpe postró á los castellanos y abrió el camino de largas desdichas; las tropas francesas se desbordaron sobre el Rosellon, y en poco tiempo quedaron dueñas de este importante condado, sin que los españoles en el espacio de tres siglos hayan podido intentar con fruto su revindicacion. Y no pararon aquí nuestros infortunios, pues el activo Houdaucourt, rechazado de Tortosa, revolvió sobre el de Leganés que habia sucedido al de Hinojosa en el mando del ejército realista; avistóle en los campos de Monzon, y arrebatándole uno de los laureles que aquel general habia alcanzado en Italia, puso á la ciudad en la precision de rendirse bajo decorosas condiciones.

Tambien espiamos cruelmente las ventajas reportadas en Flandes durante la anterior campaña. Al inaugurarse ésta, el ejército español, sosteniendo la ofensiva, puso sitio á Rocroy, plaza considerable en la frontera francesa (1643). Voló en su auxilio Luis de Borbon, duque de Enghien, héroe de veinte y dos años, admirado en la corte y en los ejércitos. Acometió Enghien á los españoles con imponderable furia y derrotó fácilmente la caballería; pero aquella infantería veterana, honor de tantos siglos, opuso una resistencia verdaderamente heróica. Con su frente y flancos desguarnecidos, sufrió durante muchas horas el fuego horrible de la artillería francesa, colocada con superior habilidad. Envuelta entre una nube de ginetes enemigos, batiéndose en un círculo de acero y sufriendo las violentas embestidas de los regimientos contrarios, permanecia sin embargo inmóvil como una columna de bronce clavada en un suelo de granito. El conde de Fuentes, puesto á su cabeza, esperaba no una victoria imposible, sino una muerte que le evitase la ignominia del vencimiento.

Solo cuando perdieron á su caudillo y las dos cuartas partes de su fuerza, se retiraron los formidables tercios, pero se retiraron como un leon herido, con marcial continente é imponiendo á sus

vencedores. Aquel dia (19 de mayo), uno de los primeros para su gloria, fué el último para la existencia de nuestra vieja infantería. Perdimos ocho mil hombres, veinte y cuatro cañones, doscientas banderas y sesenta estandartes. Dos mil franceses quedaron tambien tendidos sobre el campo de batalla, leve quebranto si se equipara con el incontrastable ascendiente que les proporcionó esta ruidosa victoria.

Sin reposar un momento á la sombra de sus laureles, marchó Enghien contra Thionville y formalizó el sitio. La guarnicion cumplió lealmente sus deberes, y causó á los sitiadores pérdidas de mucha consideracion, pero se rindió amenazada por la miseria y falta de todo auxilio.

La única operacion importante que emprendieron los españoles en este año (1643) fué el sitio de Tortosa, plaza que cayó en su poder despues de cuatro meses de trinchera abierta. El príncipe Tomás por su parte espugnó á Trino, Pontestura y Asti, reportando la fortuna con mano igual sus favores y desdenes á los beligerantes.

Continuaba el mar siendo tambien teatro de estas sangrientas y prolongadas querellas. El duque de Bressé se presentó con una armada francesa á vista de Cartagena; atacó con singular audacia á varias naves guarecidas en aquel puerto, y logró arrebatarnos cuatro con poca pérdida propia, ascendiendo la de los españoles á quinientos hombres.

El duque de Orleans, á quien se habia confiado la direccion de los ejércitos franceses en Flandes, quiso desde luego distinguirse con algun hecho sobresaliente, y puso los ojos en Gravelinghe, plaza notable bajo muchos conceptos (1644). El sitio fué largo y sangriento, mas la pertinacia del duque triunfó al fin de la tenacidad de los sitiados. El orgulloso oriflama de Francia reemplazó sobre las almenas de Valenciennes al abatido leon de Castilla. Tambien los holandeses espugnaron á Sas de Gante, sin que nuestro ejército de operaciones, tan profundamente quebrantado en Rocroy, diera muestra alguna de energía.

La guerra de Portugal que durante tres años se habia reducido á hostilidades y devastaciones, recuperó y tomó mayor cuerpo y mas grave carácter. Mandaba las tropas españolas el marqués de



Torrecusa, inferior sin duda á tan elevado y difícil cargo; el ejército portugués obedecia al duque de Albuquerque. Ambos generales abrazaron tibiamente la ofensiva recíproca; Torrecusa acometió á Onguelha, y Albuquerque plantó sus reales ante la vista de la villa fortificada de Montijo. El español abandonó su proyecto por reputarle sin duda estéril, y se adelantó en busca de su enemigo, no ufano con la fácil conquista de Montijo. Despues de algunas maniobras mas arriesgadas que hábiles, los dos ejércitos vinieron á las manos; los portugueses tenian grande superioridad numérica; mas nuestras tropas pelearon con tan briosa obstinacion, que sin ceder un palmo de terreno se atribuyeron los honores de una victoria realmente incierta.

Mas preclara la obtuvieron en Cataluña á las órdenes de D. Felipe de Silva, contra el francés la Mothe. Pretendió éste auxiliar á Lérida, rigurosamente cercada por los castellanos; trabóse el combate con mucho encarnizamiento, pero los franceses se esforzaron inútilmente por conservar la superioridad, viéndose por último en la precision de retirarse con veloz paso. Fruto ópimo de la victoria fué la rendicion de Lérida. Pretendió la Mothe borrar la mancilla de esta derrota acometiendo á Tarragona, pero la valerosa resistencia de esta ciudad le precisó á levantar el cerco, dejando en él tres mil cadáveres.

Los triunfos del ejército francés en la Bélgica fueron rápidos y brillantes. Bourbourg y Menin abrieron sucesivamente sus puertas al duque de Orleans; los mariscales Gasion y Ranzau, entraron espada en mano en Likers, Saint Venant, Armentiéres, Linck y Dringuen, y la Mothe, reputada casi por inespugnable, cayó no obstante en poder de Villeroy. Es verdad que la mayor parte de estas plazas ni merecian el nombre de tales ni mucho menos los sacrificios que se hacian para conquistarlas, pero su pérdida aumentaba estraordinariamente la moral del enemigo, y daba de nuestro ejército la idea mas desconsoladora. Cárlos, duque de Lorena, que á la sazon le dirigia, se opuso con mucha habilidad á una invasion que los holandeses hicieron en el Bravante, recobrando en seguida los puntos fortificados de Casel y Mardik, pero no pudo llevar á mas alto término sus débiles progresos.

Tambien en Italia nos perseguia implacablemente la desgracia. Apoderóse el príncipe Tomás de la Rocca, de Vigevano, y se disponia á empresas de mayor entidad, cuando procuró detenerle con la punta de su espada D. Anselmo Cantelmo, general de los españoles. Trabóse el combate sobre las márgenes del rio Mora, y fué fatal para nuestras tropas, que abandonaron aquel terreno salpicado con la sangre de dos mil muertos y bastantes heridos.

Ni en Portugal ni en Cataluña se rompió la cadena de nuestros infortunios. Leganés, que dirigia entonces la guerra en el primero de estos paises, puso inútilmente sitio á Olivenza, levantándole despues con alguna pérdida de su gente y mayor de su fama militar.

En Cataluña los reveses fueron mas sensibles. El conde Duplesy-Praslin embistió á Rosas y la ganó sin grandes esfuerzos, estendiendo mas y redondeando su definiva conquista del Rosellon. El infatigable Harcourt pasó el Segre á vista de los castellanos; quisieron estos castigar la audácia del enemigo y combatieron acérrimamente en Llorens; mas solo lograron aumentar su propia pérdida, dejando á los franceses vencedores en disposicion de tomar á Balaguer.

La causa española en Flandes iba caminando á su total ruina (1646). Un ejército débil, trabajado por la desgracia, desprovisto de todo, sin confianza en sus fuerzas, sin fé en las cualidades de su caúdillo, ¿cómo habia de resistir á los aguerridos y numerosos batallones que partian al propio tiempo de la Francia y de la Holanda, dotados de todos los recursos y capitaneados por jefes que llegaron á ocupar un rango distinguido entre los grandes capitanes del siglo XVII? Nuestras tropas quedaron pues sumergidas en una inaccion completa, y entretanto los enemigos nos arrancaban á cañonazos las mejores posiciones de aquel territorio, teatro un tiempo de nuestras esplendentes glorias.

Cada uno de los generales franceses señaló sus operaciones con otras tantas ventajas. El mariscal Gasion cayó sobre un cuerpo de tropas españolas entre Brujes y Dunkerque, y le hizo pedazos, arrojando sus reliquias al seno del Bravante. Sometiéronse Longey, Courtray y Berghop-zom al duque de Orleans, quien movió en seguida su ejército contra Mardik. Esta pequeña plaza, conmovida por el arte de los sitios, tenia una guarnicion breve en el número, pero

considerable en el denuedo. Durante diez y seis dias resistió á toda la furia del cañon enemigo y á todas las ardientes tentativas de aquel vencedor ejército dirigido por sus caudillos mas célebres. Pereció en este sitio la flor de la nobleza francesa; entre los heridos se contaban al duque de Nemours y otros caballeros de elevada gerarquía.

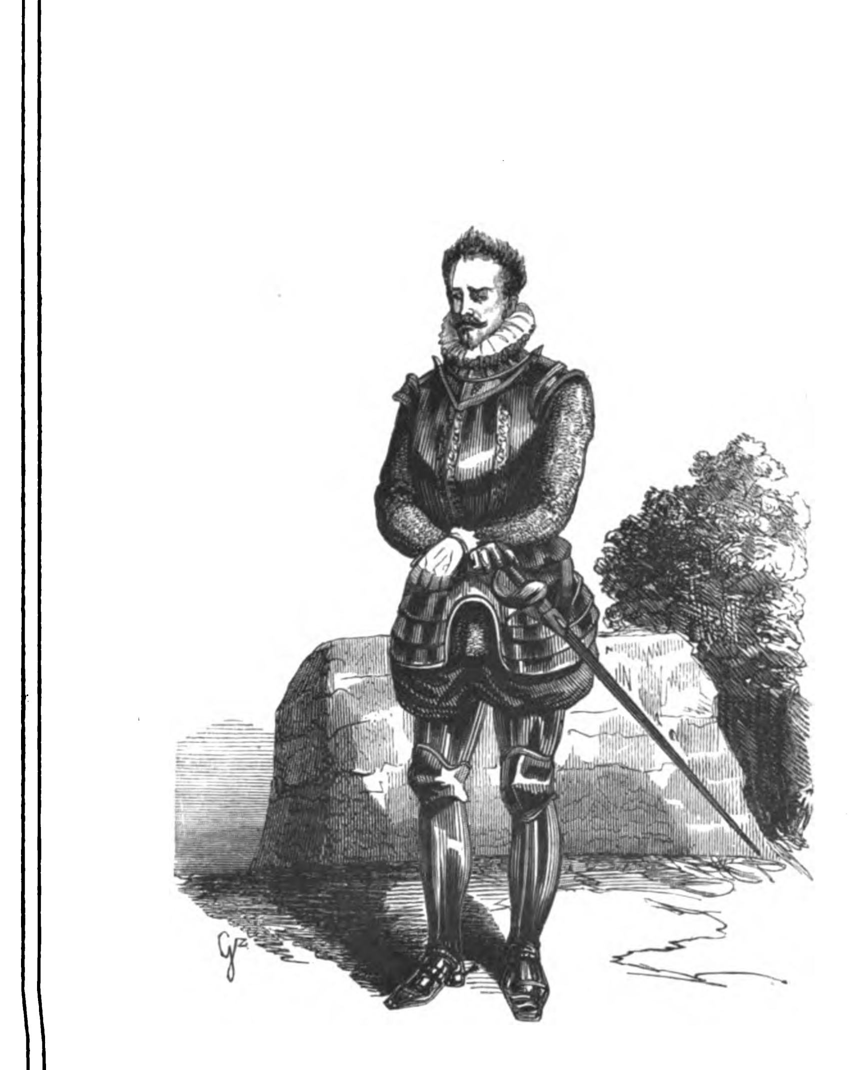
Rindióse por último Mardik y el duque de Orleans abandonó el ejército llevándose el ensangrentado laurel de su último triunfo.

Reemplazóle el brillante vencedor de Rocroy, quien despues de tomar fácilmente á Tournay, puso sitio á Dunkerque. Aunque esta plaza fuera una de las mas importantes que poseyera la España en los Paises Bajos, ni tenia uua guarnicion competente ni bien reparadas sus fortificaciones, ni los bastimentos necesarios para hacer frente á un bloqueo rigoroso. Sin embargo, se defendió con denuedo, y el duque de Enghien tuvo que desplegar todos sus grandes talentos par sujetarla al cabo de diez y ocho dias.

Un rayo de esperanza brilló para nosotros en Italia, aunque fué efímero como los esfuerzos de la agonía. El príncipe Tomás se presentó ante Orbitello á la cabeza de un poderoso ejército, mientras el almirante francés duque de Bressé, cerró la mar con una escuadra respetable. Defendióse heróicamente el gobernador D. Cárlos de la Gatta, mas su situacion era en estremo crítica, y hubiera sucumbido ó bajo el acero de los franceses ó bajo la espada del hambre, á no haber ocurrido á su socorro el marqués de Pimentel con la escuadra española. Intentó Bressé cerrarle el paso y se empeñó un combate horrible en que ambas partes hicieron prodigios de valor, pero la muerte de Bressé puso á los suyos en la precision de retirarse con grave quebranto. Los victoriosos españoles introdujeron en la plaza abundantes víveres y refrescos, y el príncipe Tomás, que habia sufrido ya sensibles pérdidas, se replegó sobre la entraña del Piamonte.

Compensaron en parte este revés los franceses con la conquista de Piombino y Portolongone, mas sufrieron otro desaire de la fortuna al reunirse con el duque de Mántua. Este príncipe, que como todos los pequeños potentados de Italia, solo podia sostenerse cubriéndose con el escudo de una de las dos grandes naciones rivales,





D. Pedro Enriquez, Conde de Fuentes.

rompió repentinamente la alianza de España y se confederó en términos muy íntimos con la Francia. Quiso castigar su defeccion el condestable de Castilla gobernador de Milán, y marchó aceleradamente contra él, mas toda su diligencia no fué bastante para impedir que el duque se incorporase á los auxiliares franceses.

Aceptó entonces el modenés la batalla, que fué en estremo reñida, cubriéndose el campo de cadáveres. Reportaron por último los españoles la victoria, y el duque derramó las reliquias de su ejército en las plazas fronterizas de sus estados.

Tambien en Cataluña llevaron los franceses la peor parte. Obstinóse. Harcourt en el sitio de Lérida, y durante tres meses afligió á esta plaza con todo género de calamidades. Por fortuna, el marqués de Leganés, nuevo virey del principado, llegó con un buen golpe de gente á tiempo que el enemigo agotaba los esfuerzos de la desesperacion para vencer la heróica resistencia de los sitiados. Presentarse, acometer y derrotar á los franceses, fué obra de pocas horas. Dejó Harcourt tendidos ante los muros de aquella plaza cerca de nueve mil hombres, y debió á su envidiable pericia el salvar el resto al través de mil obstáculos.

Neutralizáronse en Flandes los reveses y las prosperidades el año de 1647. Perdimos á Dixmude, Basse y Lens, pero el archiduque Leopoldo que habia reemplazado á Cárlos de Lorena en la direccion de las tropas españolas, sujetó á Armentieres, espugnó á Landrecy y reconquistó á Dixmude. Es verdad que ambos beligerantes desconocian el género de guerra que debia practicarse, y consumian en sitios muchos recursos y preciosas existencias que hubieran sido bastantes para sostener con brillantez las campañas; pero la imprudencia mayor estaba de parte de los agresores, y nuestro ejército hubiera podido hacerles espiar su falta de una manera terrible, si otros hubieran sido sus elementos, mas robusta su constitucion y mas elevado el genio de los caudillos.

Las operaciones en Italia se redujeron á la conquista de Niza por el condestable de Castilla, habiendo invertido veinte y dos dias en este asedio menos útil que ruidoso. El condestable hizo demoler las fortificaciones hasta los cimientos, y si bien se privó por este

medio de una llave importante para penetrar en el Monferrato, evitaba estender su atencion sobre una línea muy dilatada. Pero entonces, ¿por qué emplear un tesoro de tiempo, sangre y dinero en una operacion sin porvenir? Este funesto sistema de golpes parciales y sucesivos, acaso el mas funesto para la humanidad, que haya concebido el genio de la guerra, prolongaba ésta indefinidamente, y atormentaba cruelmente todos los miembros de un estado antes de afectar á una sola fibra del corazon.

Del fuego de las discordias civiles encendido en Cataluña y Portugal, brotaron chispas que prendieron fácilmente en Nápoles y Sicilia. Subleváronse los napolitanos, y aunque sus primeros caudillos sacados de la hez de la plebe perecieron miserablemente, el movimiento adquirió cierto grado de consistencia, y para fomentarle se arrojó el duque de Guisa en la capital. Erigióse aquel reino en república, y el de Guisa se adornó con el título de *dux*; pero le duró poco esta dignidad porque el populacho ciego y sin disciplina, no pudo resistir á las tropas regladas con que se presentaron el duque de Arcos y D. Juan de Austria. Rindióse Nápoles y se calmó con pocas dificultades el delirio demagógico; el duque de Guisa dotado de un carácter romancesco y de una ambicion mas estensa que sólida, quedó prisionero; una escuadra francesa que avanzaba en auxilio de los insurgentes, fué detenida por D. Juan de Austria, y obligada á retirarse con todas sus ilusiones desvanecidas y con algunos buques bastante averiados. En Sicilia la ola popular volvió por su verdadero alveo, si bien causó algunos estragos que la espada de la ley castigó pero no remedió completamente.

La gloria del gran Condé se eclipsó en el sitio de Lérida. Creyendo el gobierno de Francia reparar su pasado desastre con la eleccion de otro general, separó al conde de Harcourt y confió sus tropas al célebre duque de Enghien, ya príncipe de Condé. Renovó este jefe el sitio de Lérida; pero ni sus grandes talentos, ni el valor prodigioso de sus entusiastas tropas, ni el noble empeño de conservar inmancillada su reputacion, la mas brillante que hubiera entonces en Europa, fueron suficientes á sujetar la indomable energía de los sitiados. Dirigíales el gobernador D. Antonio Brito, portugés leal á la causa española, y una de esas organizaciones es-



traordinarias que no se doblegan al aspecto de los mayores peligros. Practicó Brito tantas y tan vigorosas salidas, y quebrantó en tales términos la furia del enemigo, que levantó éste el sitio temiendo que su ejército pereciera completamente.

Apoderóse despues de Ager, é hizo que los españoles abandonaran el asedio de Constanti, pero estas ligeras ventajas eran muy débiles compensaciones de su primer descalabro.

Mayores se las preparaba la fortuna en los Paises Bajos (1648). Acometió á Ipres, plaza considerable, y la tomó en el término de quince dias. Alentado por este propicio suceso, se dispuso á marchar al encuentro de los españoles, los cuales, despues de haber reconquistado á Courtray y Fournes, estrechaban con singular ahinco la plaza de Lens. Fué la diligencia de Condé inútil para libertarla, pues habia caido en poder de los sitiadores. El archiduque Leopoldo, que mandaba en este dia las tropas españolas, podia, apoyándose en la plaza, recibir al enemigo en actitud muy ventajosa; pero se dejó fascinar por una maniobra de Condé y tomó imprudentemente la ofensiva. Pelearon nuestros soldados con el mismo ardimiento que en Rocroy, y alcanzaron igual infausta suerte. Envueltos, despedazados, aglomerados en estrecho círculo, tuvieron mas valor para morir que fortuna para vencer. Sin embargo, los honores del triunfo les pertenecieron en parte, pues hicieron y conservaron un número de prisioneros enemigos casi igual al que de los nuestros retuvieron los franceses. Pero nuestra pérdida fué muy superior, pues ascendió á siete mil hombres, mientras que la de Condé subió apenas á mil.

Coincidió fatalmente esta derrota con la que sufrieron en Italia las tropas españolas. Dirigidas por el marqués de Caracena, hicieron un movimiento falso sobre Cremona, donde quedaron como en el aire, faltándoles todo punto de apoyo. Aprovechó diestramente la coyuntura el francés Duplesis Praslin, y arrojándoles, para que se cebasen, una pequeña division mandada por el marqués de Noailles; atacó él mismo nuestra retaguardia con el grueso de su ejército, y pudo romperla con facilidad ayudándole grandemente la sorpresa. Dejó Caracena dos mil hombres tendidos en el campo, y mil pri-

sioneros, y se replegó en buen órden sobre el centro del Milanés. Aunque menos numerosa fué tambien considerable la pérdida de los vencedores, y la hizo mas sensible la prematura muerte del duque de Choiseul, hijo del mariscal Duplesis Praslin.

En Cataluña se entibió el ardor de las hostilidades. Nuestras tropas permanecieron en la defensiva, y el mariscal Schombergh, sucesor de Condé, hubo de limitarse á la espugnacion de Tortosa, donde los españoles se defendieron hasta la última estremidad.

La paz de Westfalia hizo caer las armas de las manos al emperador, al rey de Suecia, á la república de Holanda, y á los príncipes protestantes de Alemania; pero la España, gravemente ofendida en su dignidad é intereses, se dispuso á sostener sobre sus débiles hombros el peso de la guerra con los portugueses, los catalanes y los franceses. Unicamente la Holanda dejó de ser nuestra enemiga, habiendo obtenido de nuestro gobierno el reconocimiento de su ser nacional.

En la situacion mas crítica de un pueblo altivo y poderoso, en su historia hay siempre un fondo de energía que se desarrolla al contacto de circunstancias estraordinarias, y que sorprende é impone á sus confiados enemigos. Parece que la España esperaba verse sola en esta lid gigantesca para dar nueva espansion á su comprimido, pero no apagado ardor belicoso, y atraer los favores de la inconstante fortuna. Flandes é Italia, teatro por tantos años de nuestros reveses, volvieron ahora á resonar con el eco de nuestros triunfos (1649). El archiduque Leopoldo, reorganizando su ejército abatido en Lens, tomando una iniciativa gloriosa, penetró en la Flandes occidental, tomó la importante plaza de Ipres, y adelantándose rápidamente, espugnó á St. Venant, y enarboló el pabellon de Castilla sobre la Mothe aux Boix.

El conde de Harcourt, general del ejército francés en los Paises Bajos, intentó en mal hora para su fama, divertir la atencion del archiduque, poniendo sitio á Cambray; los españoles volaron al auxilio de esta plaza, arrollaron la línea enemiga, robustecieron á Cambray con nuevos elementos de defensa, y pusieron al de Harcourt en la precision de retirarse. Conquistaron mas adelante los franceses á Condé, plaza de imponente situacion topográfica, pero



desmantelada y casi completamente desguarnecida; mas esta fácil ventaja ni pudo devolverles su prestigio, ni alteró en un solo rasgo la fisonomía de la campaña.

En Italia el marqués de Caracena, aprovechando hábilmente la debilidad de los franceses producida por sus discordias civiles, tomó á Castelnuovo, Gualtieri y Popanasco, y obligó al inconstante Modenés á que admitiera la alianza de España y una fuerte guarnicion de nuestras tropas en la plaza de Correggio.

Cayó en poder del ejército castellano que operaba en Cataluña, la plaza de Constanti, cuya escelente situacion suplia á los defectos que el arte habia dejado en sus fortificaciones.

Estos felices auspicios fueron la señal de nuevas prosperidades. El archiduque Leopoldo, ayudado por el mariscal Turena, guerrero célebre, á quien las convulsiones políticas habian arrojado fuera de su patria, pasó la frontera francesa y se apoderó de Chatelet, de la Chapelle y Mousson.

El marqués de Caracena continuando sus progresos, recuperó á Piombino y Portolongone (1650), invirtiendo cuarenta y siete dias en el sitio de esta última plaza.

La causa de los catalanes iba decayendo de dia en dia, no obstante la viva solicitud de sus poderosos auxiliares. El marqués de Mortara, general este año del ejército católico, estrechó fuertemente á Tortosa, auxiliándole el duque de Albuquerque. Resistió la guarnicion todo el tiempo conveniente para su honra, mas viendo que los refuerzos conducidos por el duque de Ligny habian caido en poder de Albuquerque, y no esperando otros, capituló bajo condiciones equitativas. El general francés con desigual trueque se apoderó con breve y poco sangriento esfuerzo de la pequeña plaza de Salsas.

En el territorio belga é italiano, los ejércitos beligerantes consumieron el tiempo en estériles maniobras (1651).

No sucedió así en Cataluña, donde el ejército castellano teniendo sólidamente establecidas sus comunicaciones, puso sitio á Barcelona. De la conquista de esta plaza pendia el éxito de aquella guerra, y preciso es confesar que en esta ocasion los castellanos, aleccionados por una amarga esperiencia, no omitieron medio alguno para

salir airosos con su empeño. El duque de Mortara ciñó la plaza con once mil hombres bien atrincherados, y D. Juan de Austria cerró el mar con una escuadra respetable. Pero Barcelona, con grande poblacion, con sus inmensos recursos, con el valor obstinado de sus habitantes, centro y último refugio de todos los hombres comprometidos en primera línea, y que, ó no esperaba perdon del rey ó le demandaba como una ofensa á su altivo carácter, Barcelona, pues, con estos elementos de defensa, podia hacer frente á todo el poder castellano. El gobernador de la plaza era don José Margarit, hombre activo, intrépido, avezado á la dura vida de guerrillero, y que sin tener vastos conocimientos militares, se hallaba dotado de una imaginacion singularmente fecunda en ardides y asechanzas, y gozaba de gran prestigio entre sus compatriotas. Asi es que en los primeros meses los sitiadores no lograron hacer progreso alguno sensible, y esperaron que el hambre abatiese aquellos ánimos exaltados por el peligro.

El ejército español con una audacia de que no se le hubiera creido susceptible un año antes, atacó la fuerte é importante plaza de Gravelinghe (1652). Duró el asedio setenta y nueve dias, y sitiados y sitiadores hicieron proezas verdaderamente heróicas, las cuales solo sirvieron para enaltecer la victoria de los nuestros que entraron en Gravelinghe, quedando prisionera de guerra su guarnicion.

El archiduque Leopoldo sin tener el genio ni la pericia privilegiada, tenia el carácter de los grandes capitanes y sabia suplir perfectamente con la fuerza moral la falta de recursos materiales. Viendo á sus tropas inflamadas por las últimas prosperidades, puso el pensamiento en empresa muy alta: en la reconquista de Dunkerque, gloria y orgullo del gran Condé. Embistióla, en efecto, y tomó con tal prudencia sus medidas, que la guarnicion, falta ya de todos los medios de resistencia, capituló á los treinta y nueve dias de trinchera abierta.

El mismo príncipe de Condé, el héroe de la Francia, acosado por sus enemigos domésticos, ofreció tambien sus servicios al rey de España, y le prestó desde luego uno apreciable, reconquistando á Retel.

Por su parte el marqués de Caracena puso sitio á Casal. Parecia

que esta fuerte plaza tenia algo de funesto para los españoles, pues en las diferentes veces que la habian asediado, habian tenido que renunciar á sus intentos con mengua de su honra y no pequeña efusion de sangre. Mas el marqués se condujo con habilidad tan vigorosa, que logró destruir el aparente fallo de la fortuna; y sujetando á Casal, la puso á disposicion de su nuevo aliado el duque de Módena. Guarneciόla éste con esmero reparando las fortificaciones deterioradas por el cañon de los españoles.

La atencion principal de las potencias beligerantes se fijaba en el sitio de Barcelona. El mariscal francés la Mothe habia recibido de su gobierno órden para introducir á toda costa en la plaza los socorros que demandaba en los mas estrechos términos de la necesidad. Pero era mas fácil dictar que cumplir esta órden atrevida. La línea española era tan sólida y apoyada en puntos tan formidables, que para penetrar en Barcelona hubiera sido necesario empeñar una batalla con un ejército cuya fuerza era superior á la del francés. La Mothe anduvo rondando meses enteros alrededor del campo católico, y pudo por un rasgo feliz de ingenio y de osadía lanzar dentro de la plaza doscientos hombres; pero este fué el único fruto de sus desvelos y constante actividad. D. Juan de Austria, que dirigia las operaciones de nuestro ejército por tierra y mar, tomó medidas tan acertadas y vigorosas, que la Mothe perdió toda esperanza de socorrer á la ciudad, y ésta de sostenerse por mas tiempo contra sus pertinaces enemigos.

El 23 de abril entraron las tropas castellanas en la capital de Cataluña, despues de un sitio que habia durado quince meses. Los vencedores fueron bastante prudentes para respetar las franquicias é inmunidades de aquel pueblo altivo, y para cubrir con el velo de la amnistía delitos cuya investigacion hubiera sido tan difícil como peligroso su castigo. Solo los jefes y principales fautores de la insurreccion quedaron escluidos del perdon general, pero se salvaron por medio de la fuga, logrando ser de este número don José Margarit, el intrépido gobernador de Barcelona. Con esta política hábil y sensata, se cicatrizaron bien pronto las profundas llagas abiertas por la discordia civil, y los catalanes que habian sido desleales á su rey, por no ser perjuros á sus leyes, vol-

vieron de todo corazon bajo la obediencia del monarca católico.

La guerra de Flandes en 1652 no ofreció suceso alguno digno de referirse. Los ejércitos enemigos practicaron algunos movimientos equívocos mas bien en la idea de conservar su imponente y recíproca actitud que con la de empeñarse en un compromiso de graves consecuencias.

En Italia se dió la sangrienta batalla de la Roquetta el 26 de setiembre. El marqués de Caracena mandaba á los españoles, y el mariscal Graney á los franco-piamonteses. La pérdida de ambos combatientes fué muy considerable, y los franceses pretendieron apropiarse la gloria de esta accion; pero todo induce á creer que esta pertenece á los españoles, pues aquellos tuvieron que abandonar el campo para replegarse á la Saboya, y Caracena salió de él con aire de triunfo y con el fin de espugnar la plaza de Verrua. Mas la briosa defensa que opuso la guarnicion y un movimiento amenazador de los franceses que ya se habian reparado, pusieron al marqués en el caso de renunciar á su propósto, limitándose otra vez á la defensiva.

No renunciaban los franceses á la esperanza de inflamar el pecho de los catalanes con el ardor de las guerras civiles que creian mal estinguido. Para lograrlo dispusieron un ejército que invadió rápidamente el Conflanc, dirigiéndole el mariscal Hoquincourt, acompañado por D. José Margarit. Pero ni la sobresaliente pericia de aquel, ni el prestigio que antes tenia éste en el pais, fueron suficientes á perturbar las intenciones pacíficas de los catalanes. Pero Hoquincourt, que queria dar mayor auge á su fama con algun hecho notable, plantó su campo delante de Gerona y la combatió durante sesenta y nueve dias con obstinado furor. Esta poblacion, dechado de heroismo, no dió la menor muestra de flaqueza ó de vacilacion. Hoquincourt temió estenuarse demasiado y no poder recibir sobre sus brazos al ejército castellano que avanzaba precipitadamente, y se retiró hácia el Rosellon. Hubo sin embargo en Ripoll un combate, que los franceses enaltecieron con la pomposa calificacion de batalla. Es verdad que ellos llevaron la mejor parte; pero toda nuestra pérdida se redujo á trescientos muertos con igual número de prisioneros.

En los Paises Bajos el ejército francés tomó la iniciativa asediando vigorosamente á Stenay (1654). Los españoles, acaudillados por el príncipe de Condé y el conde de Fuensaldaña, atacaron denodadamente á la ciudad de Arras, capital del Artois. Tuvo este sitio funesto desenlace. Los mariscales Turena, la Teste, y Hoquincourt, volaron al auxilio de la plaza, y embistiendo con ímpetu formidable las líneas españolas, lograron forzarlas, mermando á nuestro ejército en cerca de cuatro mil hombres. Condé hizo una retirada digna de su genio militar, y dejó al enemigo dueño de Stenay y de la campaña.

Consecuencia de este desastre fueron la rendicion de Quesnoy y la pérdida de Clermont y del fuerte de Gravelinghe.

En Cataluña tampoco nos fué propicia la fortuna. Nuestras tropas emprendieron recuperar á Rosas; mas se lo impidió la presencia del príncipe de Conti, sucesor de Hoquincourt, quien avanzando en álas de esta primera ventaja, tomó sucesivamente á Villafranca, Puig-Cerdá, Urgel y Ripoll.

Mayores infortunios nos esparaban en el siguiente año de 1655. Landrecy, Condé y San Gullain, plazas apreciables de la Bélgica, cayeron en poder de los franceses. El príncipe de Condé, al frente de los españoles, intentó compensar estas pérdidas atacando intempestivamente á Quesnoy, mas hubo de renunciar á este pensamiento, no sin algun quebranto por la habilidad de su digno competidor el mariscal Turena, reconciliado con la córte de Francia.

No estuvo ocioso en Italia el marqués de Caracena. Habiendo el inconstante duque de Módena arrojádose en brazos de la Francia, marchó contra él Caracena á paso de gigante, y logró arrebatarle á Reggio y Correggio, las dos primeras plazas de sus estados, antes que los franceses hubieran podido socorrerle. El príncipe Tomás que los mandaba, amenazó sériamente á Pavía, pero el marqués se situó con tanto tino sobre los bordes del Pó, que puso al saboyano en la necesidad de levantar el cerco con su ejército muy disminuido por el hambre y las fatigas.

En Cataluña se compensaron las prosperidades con los reveses. D. Juan de Austria recobró á Solsona y Berga, mientras Conti es-

pugnaba á Castelló, Cabo de Quiers y otros puntos, consiguiendo cada dia nuevos triunfos sobre el enemigo.

Por este tiempo un nuevo enemigo, temible por su prepotencia marítima, se levantó contra la combatida España. El protector de Inglaterra Cronwel, cometió la imprudencia de aliarse estrechamente con el rey de Francia Luis XIV, sosteniendo con sus manos al coloso cuyo poder hizo temblar á la Inglaterra y á toda la Europa algunos años despues.

D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, fué nombrado gobernador de Flandes (1656) en sustitucion del archiduque Leopoldo. Este regio jóven no tenia sin duda aquel genio brillante y fecundo que colocó al vencedor de Lepanto entre los primeros capitanes; mas por su carácter, por su actividad viva y perseverante, por su denuedo heróico, y por los laureles que ya habia obtenido tanto al frente de nuestras armadas como á la cabeza de nuestros ejércitos, no parecia indigno de aquel nombre tan glorioso. Inauguró su gobierno con una victoria sobresaliente. Los mariscales Turena y la Teste sitiaban á Valenciennes, donde se defendia con grande aliento el duque de Bournonville. Resuelto á libertar una plaza de tanto interés, D. Juan, secundado por el príncipe de Condé y el conde de Fuensaldaña, marchó audazmente hácia Valenciennes. Tomó con tal precision sus medidas, que los hábiles mariscales franceses no se apercibieron de su marcha hasta que cayó sobre ellos envuelto entre las sombras de la noche. La hora y el ímpetu del ataque, consternaron á los enemigos que mordieron el polvo en considerable número. Al mismo tiempo el duque de Bournonville, oportunamente prevenido, levantó las esclusas, y el agua precipitándose á torrentes, interceptó toda comunicacion entre el cuerpo de la Teste y el que mandaba Turena. Cebáronse los españoles sobre el ejército del primero y le destrozaron completamente, anegándose los ginetes é infantes franceses en las encrespadas olas, y salvándose únicamente cuatro mil hombres que con la Teste á la cabeza se constituyeron prisioneros.

Turena, pasivo espectador de esta derrota, emprendió su retirada con buen órden y en imponente actitud. Fruto fué de la victoria de Valenciennes, la conquista de Condé debida al príncipe de este

título. Turena por su parte arrebató la pequeña plaza de la Chapelle. ¡Débil compensacion de tan tremendo desastre!

La desercion que empezó á cundir entre los españoles de Italia, hizo que los enemigos asediaran las plazas de Valencia del Pó y Alejandría; mas la briosa resistencia de las guarniciones y la proximidad de Fuensaldaña, nuevo gobernador del Milanés, inutilizaron estas tentativas.

La victoria de Valenciennes fué la última que obtuvimos en los Paises Bajos. Parecia que la fortuna se habia complacido en halagarnos con su esplendor para hacer mas sensibles los futuros desastres. Los victoriosos españoles humillaron su erguida cabeza delante de Dunkerque (1658), y no por falta de valor pues combatieron allí como leones, sino por imprevision de sus jefes que dejaron descubierto su flanco derecho; lo cual, advertido por el hábil Turena, lanzó sobre ellos todo el nervio de su caballería y los envolvió, propagándose la derrota al resto de nuestra línea. Alli perdimos la flor de nuestro ejército, y lo que era mas sensible, la esperanza de recobrar nuestra superioridad en aquel antiguo teatro de las inmarcesibles glorias españolas. Dunkerque, Menin, Iprés, Oudenarde, Dixmude y otras plazas fueron presa del enemigo, quien podia, dando un paso mas, colocarse sobre el corazon del Bravante.

Tambien en Italia sufrimos recios descalabros. Fuensaldaña huyó ante el duque de Módena, quien penetró en Mons, y Mortara, obligando á los españoles á levantar el cerco de Valencia del Pó, que estos habian emprendido con mas denuedo que recursos materiales.

La paz de los Pirineos (1659) puso término á esta guerra sangrienta y desoladora; pero la España quedó mutilada perdiendo las provincias del Rosellon, y el Conflant, y las ciudades de Dunkerque, Bercelli y Juliers.

Antes de ajustarse la paz de los Pirineos y apenas fenecida la guerra de Cataluña, nuestro gobierno pensó en fomentar la de Portugal, reducida hasta aquí á insignificantes refriegas ó á operaciones dislocadas. El duque de San German cruzó la frontera (1657) al frente de un cuerpo de tropas; tomó á Mouraon, y hubiera des-



baratado al ejército portugués, que dirigia el duque de San Lorenzo, si mas activo ó mas emprendedor no se hubiera contentado con estos fáciles laureles.

La irresolucion de San German dió aliento á los enemigos, los cuales, mandados ahora por el vizconde de Vasconcelos, pasaron de la defensiva á la ofensiva mas audaz, y recobrando á Mouraon pusieron sitio á la plaza de Badajoz. Estremecióse nuestra corte con la noticia de un hecho tan inesperado, y el ministro D. Luis de Haro, sobrino y sucesor de Olivares, se puso á la cabeza de un ejército para reprimir la osadía de los portugueses. No quiso Vasconcelos fiar al trance de una accion el éxito de la campaña, y acaso la suerte del vacilante trono lusitano, y recogiendo sus tropas bajo el cañon de Elvas, dejó á las nuestras que se derramasen como torrente sin dique por el Alentejo.

Al mismo tiempo el marqués de Viana, que operaba en las márgenes del Miño, derrotó otro cuerpo portugués y se hizo dueño de Lampelha y recobró á Mouraon.

Estas primeras prosperidades ocultaban un desastre terrible. El portugués Castañeda, que habia sustituido á Vasconcelos, atacó (1659) al ejército español, empeñándose obstinado en el asedio de Elvas, y si bien la victoria se mostró fluctuante por espacio de muchas horas, al fin la muerte de San German, que combatia con denuedo heróico, se la adjudicó á los portugueses.

Neutralizó en parte el marqués de Viana el efecto de esta derrota, imponiendo al enemigo y apoderándose de Salvatierra y Portelha.

Desembarazado de enemigos estraños por la paz de los Pirineos, Felipe IV pretendió hacer un esfuerzo estraordinario á fin de sujetar en su corona aquella brillante joya en aciago momento desprendida. La Francia y la Inglaterra no vieron sin viva inquietud estos formidables preparativos del monarca español. Resueltas á impedir que nuestra nacion adquiriese la verdadera integridad de su territorio, y violando la fé de los tratados con indignos subterfugios, suministraron á los portugueses embozados auxilios mas peligrosos que una guerra franca, abierta y leal. La córte de París envió á la de Lisboa al mariscal Schomberg, uno de los mas ilustres generales de este siglo, para que dirigiera las operaciones, y el gabinete

de San James, permitió que se levantara en su territorio un ejército á sueldo de Portugal y se equipase una armada para defender sus costas.

Sin embargo, la España hubiera podido oprimir á sus insidiosos enemigos si una voluntad inteligente y poderosa hubiera vigorizado los flojos resortes de la administracion pública.

Las intrigas hormigueaban en la córte; á su sombra crecian los celos mas mezquinos y el antagonismo mas vergonzoso; la reina aborrecia á D. Juan de Austria; el ministro Haro, rival de aquella señora en el afecto del rey, participaba de sus prevenciones en órden al austriaco, y estos dos grandes poderes devorados muchas veces para detener el vuelo á útiles disposiciones, se concertaron ahora para labrar la desdicha de nuestra patria.

El plan de operaciones que se dispuso, adolecia de los mismos defectos que el que precedió á la primera campaña de Cataluña, y produjo los mismos amargos frutos. En vez de lanzar una masa de treinta ó cuarenta mil hombres sobre el corazon de Portugal, se dividió el ejército en tres cuerpos que habian de invadir el territorio lusitano por el Miño, La Beyra y el Alentejo. D. Juan de Austria, encargado del ataque principal, solo tenia á sus órdenes doce mil hombres. Esta fuerza, suficiente cuando mas para sostener con decoro la defensiva, debia adelantarse hasta los muros de Lisboa, proyecto descabellado y en que iba envuelta la deplorable idea de sacrificar la reputacion de este caudillo á la baja envidia de los cortesanos. Suponiendo, ó aparentando suponer, que el austriaco llenaria cumplidamente su irrealizable mision, se habia mandado que una escuadra respetable, dirigida por el duque de Veragua, se presentase á la vista de Lisboa y favoreciese los imposibles progresos del ejército destinado á sitiarla.

El austriaco sentia la debilidad de sus fuerzas, pero pretendió suplirla con su activa é intrépida resolucion, y avanzando audazmente, tomó las plazas de Arronches, Alconcher (1661), Veyros, Verato, Fronteyra, Onguelha, Monforte y Aminer (1662), sin que la misma Evora, capital del Alentejo, pudiera resistir á su asedio dirigido con mucho vigor y ejecutado con inalterable intrepidez (1663). Entretanto el duque de Osuna penetró en Albergaria y Es-

calona, al propio tiempo que el arzobispo de Santiago, D. Pedro Ainsa, se enseñoreaba de las riberas del Miño, ocupando á Portelha y Castelindoro.

Pero los portugueses no se aturdieron con estos golpes, antes comprendiendo que D. Juan no habia podido obtener sus últimos triunfos sin debilitarse estremadamente, acordaron presentarle la batalla en bastante número para que el resultado no fuera dudoso. El austriaco apreciando bien su posicion aventurada quiso replegarse sobre los muros de Badajoz, pero el enemigo le cerró el camino con su espada cerca de Ameixal. El ejército español, muy disminuido con las guarniciones que habia dejado en el Alentejo, estaba tambien desmoralizado por la retirada; los portugueses, al contrario, llenos de brio y de confianza en sus generales el conde de Villaflor y el mariscal Schomberg, anhelaban el momento del combate. Mostraron nuestras tropas mayor ardimiento del que podia esperarse atendida su poco lisonjera situacion; mas las hábiles maniobras de Schomberg decidieron en contra de los españoles aquella sangrienta lid (6 junio). No obstante, D. Juan permaneció en el campo de batalla hasta muy entrada la noche, y se retiró sin que el enemigo le disparase un cañonazo. Verdad es que este habia quedado tan quebrantado que no pudo recoger mas por único fruto de su victoria que la plaza de Villaflor. El triunfo reportado en Valdemula por el duque de Osuna sobre un cuerpo de doce mil portugueses, atenuó poderosamente la derrota de Ameixal, y aun esta no hubiera sido un obstáculo para proseguir la campaña si el denuedo de las tropas fuera suficiente para estinguir los vicios de un plan.

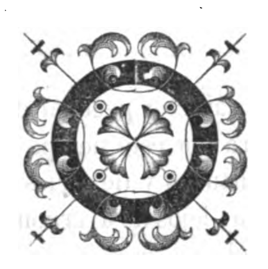
Cobrando mayores brios el portugués con la ausencia del austriaco, puso sitio á Valencia de Alcántara, plaza débil pero heróicamente defendida por D. Juan de Ayala, que capituló sin embargo reducida á la última estremidad (1664). Tambien Osuna tuvo que abandonar el sitio de Castel Rodrigo, con pérdida de dos mil hombres, artillería y municiones.

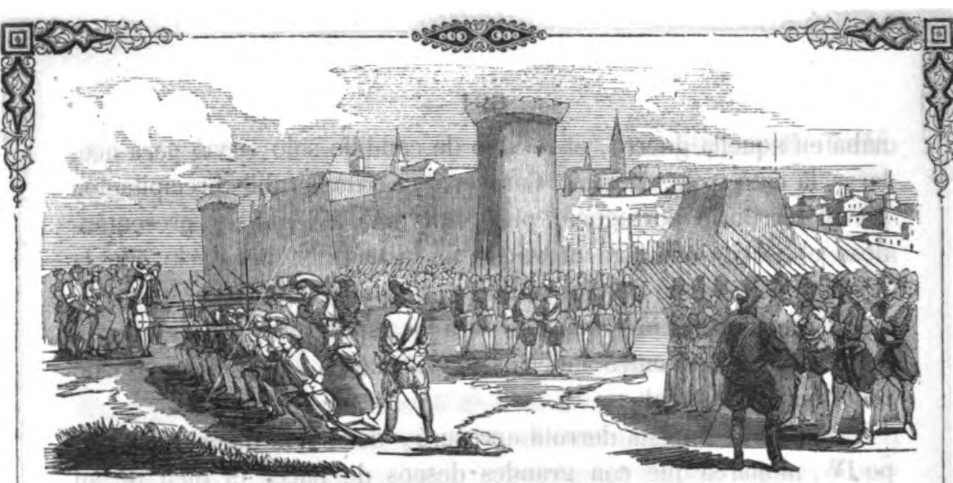
D. Juan y el duque hicieron dimision de su mando creyéndose, y con razon, juguete de innobles pasiones, y Felipe IV nombró en sustitucion del primero, al marqués de Caracena (1665). Pero como la córte permanecia ciega acerca del absurdo pensamiento que domi-



naba en aquella guerra, el cambio de caudillo solo sirvió para acelerar la catástrofe. Rompió Caracena con deplorable precipitacion por el territorio portugués; puso sitio á Villaviciosa; y presentándose el jército enemigo no vaciló un instante en brindarle con la batalla en el campo de Montesclaros (17 junio). Fué larga, encarnizada, y una de las mas funestas para los españoles, pues perdieron ocho mil hombres entre muertos y prisioneros, y la esperanza de recobrar á Portugal.

La noticia de esta derrota apresuró, dicen, la muerte de Felipe IV, monarca que con grandes deseos de hacer el bien de su reino, careció siempre de la necesaria energia para labrarla y se abandonó en manos de odiosos favoritos.





CAPITULO XXVI (1).

1621.--1664.

CARÁCTER DEL SOLDADO ESPAÑOL.—INFORMES ACERCA DEL ESTADO DEL EJÉRCITO.—ORDENANZA DE 1632.—VESTUARIO Y EQUIPO DEL SOLDADO.—HABERES DE LAS RESPECTIVAS CLASES.—ADMINISTRACION.—FORMACION DE DIEZ Y SEIS REGIMIENTOS EN LA PENÍNSULA.—LOS REEMPLAZAN SEIS TERCIOS DE VETERANOS.—MILICIAS PROVINCIALES.—FORMACION DE TERCIOS DE ESTA ARMA.—CUERPOS FORALES.—PREEMINENCIAS DE LOS MILICIANOS.—SUELDOS.—CREACION DE NUEVOS TERCIOS PERMANENTES.—TERCIOS DE LA ARMADA.



EL carácter peculiar de los soldados españoles era por este tiempo un singular conjunto de virtudes y de vicios. La pobreza no les abatia; lejos de avergonzarse de los andrajos que cubrian sus miembros, llevaban muy erguida la cabeza. Cuando sonaba la hora del combate, sabian cumplir con su deber; se batian como leones. Pero fuera del campo de batalla, la obediencia se les hacia pesada; quebrantaban con facilidad los vínculos de la disciplina y desconocian sus deberes. En la primera época de las guerras de Flandes, el soldado vi-

(1) Véanse los capitulos XIV del tomo II, pág. 25; XXV de idem, pág. 515; VI del tomo III, pág. 135; X de id., pág. 521; XIV de id., pág. 425; XX del tomo IV, pág. 154; XXIII de id., pág. 268.

via constantemente en los campamentos, y este género de vida que se concibe y esplica muy bien por la permanente y encarnizada lucha que habia de sostener contra el pais, hacia que sus necesidades fuesen mas cortas; por lo mismo, siempre que no le faltase lo mas preciso para su subsistencia, podia llevar con menos dificultad el peso de una guerra que traia en pos de sí tantas privaciones, tanta fatiga y sufrimiento. Mas andando el tiempo, la victoria puso á los españoles en íntimas relaciones con los naturales; los unió á ellos con los vínculos de la sangre, y la galantería, que por lo regular no cuenta al lujo por el último de sus auxiliares, abrió las puertas á abusos que lastimaron grandemente los buenos principios.

El gobierno, lejos de apresurarse á corregir el mal en su orígen, le dió mas impulso dictando en su imprevision disposiciones que seguramente no tenian de su parte la razon. De ello es una evidente prueba la Real órden de 16 de enero de 1624, por la cual se autorizó ó permitió al soldado el uso escandaloso de *galas*, cuando á nadie interesaba tanto como á él su prohibicion. Esta condescendencia sembró en el ejército una semilla funesta. El robo, el juego, y la mala fé fueron sus naturales é inmediatas consecuencias.

Al fin la gravedad del mal hizo abrir los ojos al gobierno, y se envió una comision á Flandes para enterarse del estado moral de los cuerpos. Esta comision la compusieron los contadores del Tribunal mayor de cuentas D. Juan Nuñez de Escobar y D. Felipe de Porras (1).

Por mas apreciables que fuesen las cualidades personales de estos comisionados, se echa de ver fácilmente que no podian reunir las circunstancias que requeria el buen desempeño de su cometido. Necesitábanse al efecto hombres que sin ser estraños al estudio de la ciencia y del corazon humano, comprendiesen perfectamente los principios constitutivos de esas masas en cuya organizacion y vida hay algo de misterioso y de grande.

Continuaron los abusos, continuaron el desórden y el descrédito del nombre español. Si el valor hacia aun algun prodigio

(1) Biblioteca nacional.—Est. Q.—Cod. 133.



en nuestros ejércitos, debíase únicamente esta circunstancia al carácter noble y orgulloso del soldado, al pundonor de jefes que no pudiendo olvidar lo que debian á su cuna y á su nombre, se esforzaban por salvar de un completo naufragio aquellos grandes principios en que descansan la fuerza y la vida de las naciones.

El marqués de Aytona, á quien despues de la pérdida de Wesel y Bois-le-Duc, mandó S. M. que pasase de Viena á Bruselas para que se informara del estado de aquel ejército, decia á su soberano, entre otras cosas, el 24 de diciembre de 1627:

«V. M. tiene estos estados sin que haya plaza proveida medianamente; porque españoles hay poco mas de mil, italianos no llegan á dos mil, alemanes es cosa perdida, porque vale mas un regimiento de la liga católica ó del emperador, que once de V. M. Los borgoñones estan todos deshechos; los walones son pocos, porque los mejores soldados se van á servir á otros príncipes, siendo imposible sustentarse en el servicio de V. M. Ademas de esto, no hay pólvora, ni balas, ni cuerda, ni palas, ni zapas. Los ministros inferiores unos se quejan de otros; y ocupados en hacerse cargos, que seria razon de dejarse para otro tiempo, se olvidan de tratar de lo sustancial de V. M.»

En papel remitido al gobierno desde Bruselas en 30 de enero de 1630, se pinta aun con mas negros colores el cuadro que á la sazon presentaban nuestras tropas en los dominios del norte. En este documento se da una idea exacta de los males que las aquejaban, al propio tiempo que se indican los remedios con que podian evitarse. Por lo mismo conceptuamos que tiene bastante importancia para fijar la atencion de nuestros lectores:

«Los ejércitos (dice) há años que se sustentan en la dicha cantidad invierno y verano, y su paga importa tanto respecto de las primeras planas, que no han bastado las provisiones de España (aun cuando eran mas cuantiosas) y las ayudas del pais, á poder dar media paga á la infantería y la entera á la caballería, sino de tres en tres, cuatro y cinco meses, escepto las pocas compañías de caballos que mes por mes son pagados por finanzas, las cuales tambien ahora padecen retardamento en sus pagas.

Y ultra que de estos malos pagamentos se suele engendrar la



peste de los motines; resulta tambien desamparar sus banderas los soldados, y no parecer indurar cuando los ha menester el servicio de S. M., tan mal logrado y desesperado por esta causa como vemos y tocamos con las manos.

El remedio único y cierto es reducir la cosa á lo que conviene y se puede sustentar ordinaria y estraordinariamente en invierno y en verano como se trata en papel aparte.

Y en ejecutar lo que en otro papel se trata de cómo se obviarán los fraudes y robos de las plazas.

Y haciéndose, será pagado á la gente enteramente su sueldo mes por mes ó de cuarenta en cuarenta dias á lo mas largo, con menos de lo que á lo mas corto se ha proveido de España, con tal empero, que las provisiones vengan ciertas y puntuales y que los pagamentos se hagan en tabla y mano propia á los soldados.

Habrá ejércitos enteros de gente contenta y bien pagada con que hacer la guerra por diferentes partes y ver glorioso fin de ella en breves años.

Obviaránse los daños é inconvenientes tan grandes y notables que ha padecido hasta hoy el servicio y hacienda de S. M. que son los siguientes:

El de faltar la gente y no durar cuando es menester y el de venir de mala gana.

El de los motines por cuanto asentado y ejecutado el entero y puntual pagamento de la gente, á pocos meses que lo gocen, olvidarán lo pasado, efecto ordinario, cierto é indudable de la soldadesca.

Las anticipaciones, polilla muy grande y perniciosa de la Hacienda.

Los fraudes de las plazas que han sido por su esceso otra polilla muy grande y perniciosa, porque como lo grueso de ambos ejércitos, ha sido de gente de estos paises y de sus contornos, casi se han de entender los regimientos alemanes por serlo solamente en el nombre y tambien la caballería toda por serlo sola en el nombre la que se llama española italiana, por estar en ella muy apuradas ambas naciones; donde quiera que han estado de asiento (mientras no

se campeaban) se han ayudado luego los capitanes que los han cometido de los naturales de aquellas partes y sus contornos, alquilándolos para que se presenten en las muestras y se asentasen en las listas sin obligacion de servir y ha sido su mayor interés el pan de municion por pagarle el rey al asentista mes por mes y ellos como no lo habian menester para comer, lo han cobrado en dinero de los comisarios que lo proveen, concertándose por las dos tercias partes ó como mejor han podido.

El mismo inconveniente ha resultado por via del pais en los alojamientos y asistencias que han dado á la gente de guerra, por haber sido sus pagamentos tan de tarde en tarde redundando muchas veces en perjuicio de S. M. por descontárselo de las ayudas ordinarias con que le sirven.

Los daños é insolencias que ejecutan en el villanage los soldados que por ocasion de los malos pagamentos, les han permitido sus capitanes vayan á buscar su remedio en partidas y otramente fuera de sus guarniciones, aprovechándose ellos del pan de municion los dias que se ocupan en esto y participando de los pillajes que hacen.

El peligro de los caminos procedido de este desórden y la carestía general de muchas cosas.

El encabalgarse tan tarde los que se apean en la caballería por los malos pagamentos y lo podrán hacer muy en breve con el buen pagamento, porque sus cajas les podrán ayudar mejor, siendo bien administradas.

Los abusos que los capitanes usan en las pagas de sus soldados, cuando no se las dan en tabla y mano propia.

Los gastos de las levas y recrutas que han sido muy grandes cada vez que se han hecho infructuosos y perdidos, como la esperiencia ha mostrado, porque donde se padece mal pagamento, nadie viene de gana, ni ha de permanecer á servir; y es cosa sabida haberse hecho las dichas levas y recrutas de la gente vieja que se trasiega de una compañía á otra para gozar del cuartel y contribucion que se les dan mientras se hacen y de la primera paga cuando se reciben al sueldo, volviéndose despues á sus compañías y haciéndose aclarar las plazas los que lo han menester con algun achaque, ayudado de los capitanes que interesan en ello el gozar sus plazas

(mientras estan vivas) en el pan de municion, pagamentos, socorros y asistencias y no solo destos, sino tambien de los nuevos que duran poco y el Rey (demas de lo que le defraudan en lo dicho) pierde las armas que se les entregan cuando se reciben al sueldo las dichas levas y recrutas.

La omision de los ministros de justicia en castigar los que delinquen en dichos fraudes y escesos escusándola con el mal pagamento.

El estar varadas las escuadras de nuestros bajeles pudriéndose por no tener con que salir y huyéndose los marineros de pura necesidad y mal pagamento; y para que el servicio de ellas se logre y haga como tan importante conviene, se escuse el consumir en mercedes y ayudas de costa lo que pertenece á S. M. de las presas que hacen sin que se empleen en la conservacion y aprestos de los dichos bajeles y de los que sirven en ellos y repartiendo luego su parte de las presas á los que las hacen.

Y por conclusion, el notorio menosprecio y poco caso que por nuestra desórden propia, hacen nuestros enemigos y fingidos amigos de las armas de S. M.»

Indicábase en esta consulta que la fuerza de las compañías de infantería española no bajase de 200 hombres, proponiendo que á ninguna de ellas se declarase jamás de *guarnicion ordinaria de asiento*, sino que alternativamente se sacasen á campear dejando en su lugar otras estraordinarias, y de todos modos que cada año las guarniciones hiciesen parte de la campaña para «que participando (dice) de los méritos y premios de la guerra, no se despechen de estar perpetuamente encerrados en ellos (los fuertes) los soldados briosos y de pensamientos relevados, á quienes la obediencia dió por suerte el haber de militar en dichos castillos: y en los unos y en los otros, se obviaria de esta manera la ocasion de *casarse* muy perniciosa á la soldadesca y servicio.....

Cuando suceda (añade) vacar tercios, sargentías mayores, compañías y otros puestos de la gente ordinaria de estos paises asi de infantería como de caballería, se deban proveerse en los mas beneméritos que ocuparen semejantes puestos en la gente estraordinaria y los que ellos dejaren; en los oficiales de la gente ordinaria de esta



nacion que mas los merecieren, y de esta manera los unos y los otros, ciertos de bien esperar, pondrán toda industria, cuidado y trabajo en bien merecer.

Haciéndose las pagas generalmente de 40 en 40 dias (que bastará) se ahorran en un año tres mesadas que pasan de 400,000 escudos en lo que toca á S. M., y en lo que toca al pais son 432,000 escudos con que poder suplir los demas gastos que puedan ofrecerse por grandes que sean de los contenidos en el cálculo.

Y por cuanto se ha de sacar de las pagas el pan de municion, se puede regular cada pagamento á razon de dos tercios de paga en dinero y beneficiará con que hacer y dar vestidos de municion enteros..... á las naciones que se acostumbran.»

No han faltado personas de algun crédito que al considerar la decadencia de nuestras armas en el tiempo que nos ocupa, hayan puesto en el número de las principales causas de nuestros desastres, el escasear los jefes de capacidad y esperiencia para mandar los ejércitos y gobernar las provincias. Mas no conceptuamos sea fundada esta opinion. Creemos con el marqués de Aytona (1) que Felipe IV tenia hombres inteligentes, encanecidos en los combates, de quien echar mano; pues aun sonaban en nuestro ejército nombres muy queridos de la victoria.

(1) El marqués de Aytona escribia al rey desde Bruselas en 28 de diciembre de 1630:

«Tambien se me ofrece representar á V. M. el descrédito que causa el publicarse que S. M. en estos estados no tiene sugetos de quien echar mano para cargos grandes, habiéndolos tantos y tan buenos que cualquier Príncipe de Europa holgara de tener cualquiera de ellos para encargarle sus armas. De los que no son españoles tiene V. M. al conde Juan de Nasau, al de la Moteria, á Pablo Vaghon, á Valanson y al conde de Fontana, que cualquiera de ellos es bastante á gobernar un ejército. De los españoles está D. Cárlos Coloma, Juan Brabo (el poco tiempo que durare), Gaspar de Valdés, Santander, D. Luis de Benavides y Alonso Ladron, con que á V. M. le sobran sugetos para cualquier cosa en que los quiera emplear. Hay muy buenos Maestres de Campo, muy buenos Coroneles y Capitanes, cada uno en su ocupacion; porque se estan muriendo de hambre y padeciendo lo que no se puede creer y sirven bien; pero la forma de hacer guerra ya en estos tiempos y particularmente esta que se lleva con los rebeldes está reducida á un género de trato y mercancía que el que se halla con mas dinero, es el que vence, y asi ni el valor ni la industria de los que sirven á V. M. serán de provecho sin dinero que es á lo que se reduce el remedio de estos estados y de la Monarquía de V. M.»



Para esplicar las desgracias que iban oscureciendo el brillo de nuestras armas, basta la falta de recursos pecuniarios.

No es fácil que un ejército hambriento y destituido respete los fueros de la disciplina, y cuando llega á desconocer esos altos principios de obediencia y respeto que constituyen el patrimonio y la vida del soldado, carece de toda fuerza y se hace indigno de los favores de la fortuna.

Al fin tantas reclamaciones como recibia diariamente de todos sus dominios, indujeron á Felipe IV á mejorar el estado económino y moral del soldado. La reforma de la ordenanza fué decretada y el consejo de la guerra á quien encargó este trabajo, dió cuenta de su cometido el 28 de junio de 1632. Segun este Código las propuestas de maestres de campo debian hacerse en personas de calidad, esperiencia y práctica en el arte de la guerra, valientes, de honrado y cristiano proceder, temerosos de Dios, celosos por el servicio, obedientes, libres de codicia, que no fuesen muy viejos, enfermos ni demasiado mozos por carecer la juventud de la prudencia necesaria y de la representacion y autoridad indispensables para el mando.

Debian elegirse de la clase de capitanes de infantería española los que hubiesen servido á lo menos ocho años en este empleo ó en la caballería, pero á las personas ilustres en quienes concurrieran aquellas circunstancias les bastaba haber servido en la guerra ocho años efectivos, entendiéndose por ilustres, entre los españoles, aquellos cuyo padre ó abuelo por línea de varon fuese hijo ó nieto de casas grandes ó títulos ó de las que juran al príncipe y pagan lanzas, y entre los estranjeros, aquellos cuyo padre, abuelo ó hermano, hubiera recibido del Rey la merced de nobleza.

Quedó abolido el dar patente de maestre de campo *ad honorem* y la plaza de gobernador de tercio en ausencia de los jefes propietarios, en cuyo caso debian mandarlos los sargentos mayores y en su defecto los capitanes mas antiguos sin nuevo título, sueldo ni patente.

Para el ascenso á sargento mayor era indispensable el informe del maestre de campo, de los capitanes idóneos y aptos para semejante empleo, prefiriendo los mas antiguos y de calidades aven-



tajadas, y lo mismo los nombramientos de capitanes debian recaer en sugetos que hubiesen servido seis años efectivos de soldados y tres de alféreces, ó en su lugar diez en la primera clase descontando de este tiempo el que hubiesen estado con licencia; pero á los caballeros de ilustre nacimiento en quien concurrieran virtud, ánimo y prudencia, se les admitia con tal de haber servido seis años efectivos en la guerra.

Se declaró en el art. 18 que debia entenderse por servicio de guerra el que se prestara en los tercios españoles ó compañías formadas para las guarniciones de los buques y en que se aprendiese el ejercicio y disciplina que al efecto se requieren.

Todos los capitanes elegidos habian de ser españoles, prohibiendo la propuesta de este empleo en soldados entretenidos, sino aventajados, sin mas escepcion que los capitanes reformados de infantería á quienes ínterin volvian á ser destinados, se les consideraba como entretenidos.

No podian ser maestres de campo castellanos, ni capitanes, los que no sirviesen con ventajas ganadas por méritos militares.

Se ordenó que se pidiesen á los capitanes generales, á principio de cada año, relaciones de los capitanes reformados y entretenidos que hubiere en los ejércitos; de los aventureros y demas personas particulares capaces y beneméritas para ser ascendidas á esta clase, anotando los servicios y cargos de cada uno. La relacion de Flandes debia comprender veinte individuos de los prevenidos, parte de capitanes entretenidos y parte de los demas; la de Italia quince, cinco de Milán, cinco de Nápoles y cinco de Sicilia, y todas ellas habian de remitirse al consejo de la guerra, para que siempre que se tuviese que proveer las compañías de levas que se hicieren para el reemplazo de los ejércitos, se pudieran escoger los de mayores servicios, prefiriendo los capitanes reformados pero sin desechar las demas clases á juicio del consejo, para no privarlas de la honrosa carrera de las armas.

Las compañías que se reformaran en España con destino á servir en los ejércitos de Flandes é Italia, no debian proveerse en capitanes que viniesen á la córte, socolor de solicitar empleos, desamparando sus puestos con daño del servicio.



Cuando de las guarniciones de la península se sacase tropa para reforzar los cuerpos que se hallasen fuera de ella, no habian de ir con ella los capitanes; solo cuando de Italia pasaban banderas á Flandes, podia marchar de los presidios de España igual número de compañías conservándoles á los capitanes el puesto, porque con nuevos reclutas se habia de reemplazar la gente veterana que saliera de las espresadas guarniciones.

Se ordenó que para los destinos de gobernadores, castellanos y otros oficios militares, se propusieran los que hubiesen sido capitanes de infantería ó de caballos, y para los de mayor representacion, oficiales aventajados con esclusion de todo entretenido.

La eleccion de alférez debia recaer en persona de partes relevantes: si era de cuna ilustre, tenia que haber servido dos años bajo bandera, y los demas que se propusiesen, cuatro en guerra viva ó seis efectivos.

Para sargentos se requerian los mismos años de servicio, con la circunstancia de ser diligentes y ágiles para el gobierno ordinario de sus compañías: estas dos plazas eran de provision del capitan con aprobacion del maestro de campo del tercio y estaba en su facultad dar el empleo de alférez al sargento y la gineta de éste al cabo de escuadra mas antiguo si tenia para ello aptitud.

Prohibióse la creacion de nuevos tercios que en Flandes é Italia se habian comenzado á levantar, mandando que no se admitiera en los libros del sueldo por maestro de campo de infantería española el que no tuviese patente del Rey, de la infanta doña Isabel su tia ó de otra persona real.

Cada uno de los tercios que se crease en España habia de ser de doce compañías, y cada una de estas de doscientos cincuenta infantes inclusa la primera plana, esto es, capitan, paje, alférez, abanderado, sargento, dos tambores, un pífano, furriel, barbero y capellan.

Se fijó en tres el número de tercios españoles que debian quedar en pié en los ejércitos de Flandes, y los reclutas ó veteranos que llegasen á aquellos estados debian incorporarse en ellos, quedando solo un tercio lombardo y otro napolitano, refundiéndo-

se en estos dos los maestros de campo que fueren reformados.

Se prescribió que cada tercio de los que servian fuera de la península constase de quince compañías de á doscientos infantes, prohibiendo á los capitanes generales el aumentar este número y mandando que siempre que llegasen de España nuevas banderas, se refundiesen en las quince, quedando cada compañía reducida á sesenta coseletes, noventa arcabuceros y cuarenta mosqueteros. Con este motivo se estinguieron las compañías de arcabuceros que habian existido desde la creacion de los tercios.

Reservóse S. M. determinar el número de tercios que habia de quedar de tropas estranjeras que servian al sueldo del rey, y dispuso que la infantería española de los estados de la Italia en caso de guerra, fuese constantemente mandada por sus maestros de campo y los demas oficiales mayores, sin permitir que se quedasen en sus respectivos cuarteles, á no ser que circunstancias estraordinarias lo exigiesen, en cuyo caso el capitan mas antiguo con título de *cabo*, pero sin mayor sueldo ni patente, mandaria los destacamentos; y si el destino de estos era para Flandes, debian repartirse las compañías en los tres tercios españoles de aquel ejército.

Cuando un oficial ó soldado hubiese hecho un servicio muy señalado en la guerra, tal como ser el primero ó segundo que entrase en tierra ó navío enemigo, ganase bandera, la clavase en el mismo, peleando cuerpo á cuerpo, tomase ó defendiese un puesto de importancia, fuese causa de una victoria señalada, se distinguiese en el reconocimiento de baterías ó puestos de infantería á satisfaccion del general, se le concedian ventajas á juicio de éste, segun la importancia del servicio, no escediendo la mayor cantidad de diez ducados, supuesto que se concedian mas por honor que por utilidad: esta gratificacion era vitalicia y la podian disfrutar con cualquier sueldo aun despues de reformados, pero para obtenerla debian tener los soldados tres años de servicio, y cuando escediesen de este tiempo podia dárseles una bandera y si eran alféreces una compañía.

Cuando éstos habian sido elegidos con las calidades que van declaradas y hubieran servido con la bandera por lo menos tres años, se les daban ventajas de ocho escudos y diez en Flandes.

Previnose que siendo la bandera la principal insignia de los ejércitos, se eligiesen para alféreces personas decentes, de buen porte, que pudieran ir montadas, traer espada ceñida, aumentándoseles algo mas el sueldo por estas consideraciones.

A los sargentos que lo hubiesen sido con estas circunstancias y servido con la gineta otros tres años, se les daba tambien ventaja de seis escudos y ocho en Flandes, aunque legítimamente quedaran despues reformados.

A los capitanes y demas oficiales se les mandó que anduviesen siempre con sus insignias, y tanto estos como los entretenidos y aventajados en la infantería, debian guardar la buena costumbre de entrar de guardia armados y dormir sin desnudarse ni quitarse las armas, sopena de un mes de privacion de sueldo por la primera vez, y por la segunda, privacion del empleo el capitan, y los demas del entretenimiento y ventajas.

Cuando las tropas estuviesen alojadas, debian salir al campo frecuentemente para escuadronar, escaramuzar, y practicar los demas ejercicios de agilidad.

Con motivo del abuso que se habia introducido de ir mal armados, servir muchos sin armas y con picas cortas, hacer el servicio con pereza y mala disciplina, se ordenó á los capitanes que exigiesen que los coseletes, á quienes se daban sus ventajas, se armasen cumplidamente, y á los sargentos mayores, sus ayudantes, y sargentos de compañía, que en las hileras de los escuadrones antepusieran siempre á los soldados que estuviesen mejor aparejados y tuviesen picas de veinte palmos arriba. Y para que se atendiese á este servicio, habia de pasarse muestra á los tercios y repartirse doscientos escudos á los que se hallasen con los arneses completos.

El soldado que desertase una vez, no podia ser nombrado cabo de escuadra, ni el que no hubiese servido diez y seis años efectivos, habia de ser consultado para ventajas á título de continuacion de servicios; pero los que hubieren servido este tiempo, podian ser propuestos para cuatro escudos particulares, y si lo hubieren hecho sin interrupcion de tiempo, para seis. Los que hubiesen servido en



la ármada ó en la *guerra rota* diez años, tenian opcion á ventajas de seis á ocho escudos.

Para los soldados heridos se preceptuó á los capitanes generales les librasen algunas pagas, siendo este abono gratuito, si no tenian alcances.

Cuando hiciesen un servicio tan distinguido que no estuviese prevenido en las ordenanzas, se les premiaba con cadenas de oro del valor de cincuenta hasta doscientos escudos, con una cédula que espresaba el motivo, y cuando el soldado hubiere servido veinte años contínuos en guerra viva, se le abonaban trescientos ducados por una sola vez, ademas de cualquiera otra merced que se le hiciere por sus méritos.

Para los inválidos se crearon en los lugares marítimos sesenta plazas de dotacion, las veinte de doce ducados mensuales, otras veinte de á ocho y otras tantas de á cinco, con la precisa condicion de proveerse en individuos honrados, de cristiano proceder y tuvieran de sesenta años para arriba.

Se prohibió el goce de doble sueldo en las personas no marcadas en estas ordenanzas, esceptuándose los maestros de campo que tenian cuarenta escudos por este empleo y cuarenta como capitanes, y el sargento mayor que percibia cuarenta como capitan y veinte y cinco por su empleo.

Se encargó á los vireyes y capitanes generales tuviesen particular esmero en saber la vida y costumbres de los jefes, oficiales y tropa, y diesen conocimiento de la menor novedad que advirtieran en un negocio de tanta trascendencia.

Los capitanes debian conocer á sus soldados y honrarlos haciendo las veces de padre, singularmente con todos aquellos que sirviesen virtuosa y honradamente, cuidando de inspirarles el santo temor de Dios y el mayor celo por el servicio del rey, enseñándoles á sufrir con paciencia los trabajos y molestias de tan honrosa carrera.

Se les prohibió el que los ocupasen en servicio particular suyo; que fuesen condenados á pena afrentosa por ningun delito, salvo el hurto ó traicion, y se les diese licencia para la córte á no ser por un caso justo, en cuyo caso debian esperar la real aprobacion; pero



Pl 11



Gimenez del — Imp. Lemercier, Paris. — J. Gaildrau lith.

si pedian licencia para sus casas por motivos urgentes y honestos, les era concedida por seis meses.

Se nombró un procurador protector en la córte, que cuidase de las pretensiones de los soldados que pasaran á ella con real permiso, y se fijó en cada compañía una plaza de capellan con el sueldo de doce escudos, creándose otra de capellan mayor teólogo y orador con veinte y cinco por cada tercio.

Quedó determinado que la vanguardia la llevase siempre la tropa española, y en la línea de batalla ocupase el cuerno derecho, prefiriéndosela á cualquiera otra para todo servicio de peligro.

Los demas artículos hacen relacion á los varios ramos de disciplina, fuero de guerra, administracion de justicia, testamentos y contabilidad.

Aunque en la ordenanza que acabamos de estractar no se hace mencion de las prendas de vestuario, consta no obstante por disposiciones [illegible] en la misma época, que el traje sufrió tambien alguna reforma.

Se suprimió el uso de las calzas acuchilladas, sustituyéndolas con los gregüescos ó calzones anchos, con medias calzas de estambre rojo y zapato de becerro ó vaca, con cintas; el cuerpo lo ajustaban con un jubon de faldetas, introduciéndose el uso del sombrero de fieltro blanco á la walona con el ala terciada ó levantada por un costado, sostenida con la toquilla ceñida en derredor de la copa y adornada con una ó dos plumas rojas de avestruz.

Véase la adjunta lámina 11.

El número 1 y 3 (1) representan un tambor y un pífano. Encima del jubon llevan un capotillo de dos aldas con mangas perdidas.

El número 2 es un alférez; lleva, como se vé, medias calzas, zapato, gregüescos, sombrero en la forma que mas arriba hemos indicado, jubon, coleto de ante, faja roja, peto y espaldar. No tiene mas arma que la espada; la bandera era de damasco encarnado con la imágen de la Vírgen bordada en el centro.

Los piqueros quedaron con el coselete completo de celeda borgoñota, gola, peto, espaldar, faldon, guardabrazos, hombreras,

(1) Estan tomados de una pintura del siglo XVII que pertenece á la casa y patrimonio del general D. Pedro Alcántara Musso, en la ciudad de Lorca.



cañones, guardas y manoplas, y ademas de la pica llevaban una espada recta de cazoleta y gavilanes.

Los mosqueteros y arcabuceros ceñian la misma espada, pendiente del talabarte, y llevaban una sarta de cargas de hoja de lata con un rollo de cuerda-mecha y polvorin, aseguradas en la correa ceñidera, y pendíales del cuello una bolsa de cuero en que llevaban las balas. Al hacer la puntería, apoyaban el mosquete en una horquilla compuesta del conto, posador é hinca-romero, como en otra parte lo hemos indicado. En una alforja de cordellate llevaban de repuesto una camisa, un par de calcetas, avios de costura, lezna y cerote, y un esquero para encender lumbre. El soldado tenia el pelo cortado en redondo con tufos y copete, y llevaba pera con bigote alzado.

Véase la lámina número 12.

El número 1 y 3 (1) representan un mosquetero y un arcabucero con su sarta de cargas, polvorin y frasco, mosquete, espada, horquilla y saquillo para las balas y tacos.

El número 2 es un piquero con el traje y armamento de que hemos ya hecho mérito.

En real resolucion de 30 de abril de 1633, se fijó el pié y sueldo de las compañías de infantería española del modo siguiente:

	Escudos de vellon al mes.
Por sueldo de capitan y paje, 44 escudos. . . .	44
Alférez y abanderado, 18 escudos.	18
Al sargento, 8 escudos.	8
Furriel y barbero, 6 escudos.	6
Dos atambores y pífano, 18 escudos.	18
Capellan, 12 escudos	12
Por las ventajas de 10 cabos de escuadra, 30 escudos.	30
Por la paga sencilla de 239 plazas á 3 escudos, 717 escudos.	717
Por la ventaja de 90 coseletes, 90 escudos. . .	90
Por la de 60 mosqueteros á 3 escudos, 180 escudos.	180

(1) Estos tipos estan tomados del mismo cuadro que los de la lámina 11.

Por la de 89 arcabuceros, 89 escudos.	89
Por los 30 escudos de las ventajas ordinarias. .	30
Por las ventajas de 4 soldados particulares que hubiesen servido 12 años efectivos aunque fuese interpoladamente ú 8 contínuos á 6 escudos cada uno.	24
Por las de 4 soldados á 4 escudos cada uno, 16 escudos.	16
Por la de 2 alféreces reformados á 8 escudos, 16 escudos.	16
Por la de 2 sargentos reformados á 6 escudos, 12 escudos.	12
Monta el sueldo de un mes en la forma referida. . .	1310

Al anterior arreglo acompañaron las disposiciones siguientes:

«Conforme á este pié de lista manda S. M. se socorra á esta gente con dos tercios de paga cada mes, de manera que se podrá dar un tercio cada quince dias; y á la que actualmente saliere á campaña de tierra ó mar, se le dé una paga entera, y el otro tercio se reserva por la paga de hospital, pólvora, cuerda, vestidos de municion y armas cuando se haga el remate. No se ha de acrecentar el número de estas ventajas ni haber mas aventajados en cada compañía; pero como fueren vacando, se ha de entrar á ellas por opcion, guardando la antigüedad de las mercedes á los que las tienen ó tuvieren de ventajas; y los que adelante las pretendieren han de entrar por la misma via de opcion, concurriendo en ellos las calidades y servicios referidos.

Cuando no hubiere el número que aquí se dice de aventajados y hubiere reformados, esta misma cantidad que S. M. señala para aventajados y reformados se ha de ratear entre ellos y al contrario.

Este pié se ha de guardar precisa é indispensablemente sin que se esceda de él en manera alguna, pagándose primero y ante todas cosas, lo que se contiene en él del dinero que se proveyere. Y si por no tener las compañías el número de gente que aqui se dice, hubiere bajas, se han de satisfacer las demas ventajas que estan dadas, que no se comprenden en este pié de lista, pagándolas por sus antigüedades; pero en caso que no haya aventajados ni reformados á quien toque toda la porcion del socorro que S. M. señala, se ha de poner en las arcas reales.

De este dinero no se ha de pagar ningun entretenido, ni otra cosa alguna de esta asignacion aunque sobre, porque todo lo de este género ha de quedar en las arcas ó cajas, sin sacarlo para otro efecto, distribuyéndose por cuenta aparte sin que con él se pueda acudir á lo atrasado, para que

de esta manera la paga de las compañías sea puntual de aquí adelante, en lo cual no ha de poder dispensar el capitan general, gobernador, ni otra persona á cuya distribucion estuviere en todo ú en parte, ni proveer ventaja aunque vaque.

Las compañías de españoles (fuera de España) y las de italianos (fuera de Italia), han de ser de 200 hombres con las mismas personas particulares, habiéndolos con las calidades que pidan para ellas; y si no las hubiere, mientras llega á haberlas, vaque para la Hacienda Real lo que esto monta, y si hubiere mas no hayan de ser pagados ni socorridos de él las ventajas particulares ú de reformacion, sino cuando entraren en las vacantes.

De borgoñones é irlandeses han de ser las compañías por lo menos de 200 hombres como las referidas, guardándoles el mismo pié que han tenido, y este socorro de las dos tercias partes, sin que se pueda desordenar por ningun accidente.

Y se advierte que siempre que á la infantería se le hubiere de dar pan de municion en cualquiera parte, el socorro se reduzca á media paga y el pan de municion.

Si los capitanes, oficiales y demas personas contenidas en este pié de compañía, tuviesen por costumbre de las partes donde sirven, menos sueldo, se han de guardar al pié que estuviere introducido sin alterarle, socorriéndolos á este respecto en la forma referida.

Y porque aunque se han hecho tan grandes provisiones en todas partes, los soldados ordinarios han padecido graves necesidades, y esto ha sido causa que se hayan huido y enfermado muchos y que la gente se haya deshecho por la poca satisfaccion que en materia de pagamentos se ha dado al soldado, y si la mala paga continúa durarán los mismos inconvenientes y aun mayores, sabiendo cuanto importa prevenir el remedio de daños tan grandes, estando como estan las compañías con mucha costa de las primeras planas, ha resuelto y manda S. M. que de las provisiones que se remitieren en manera alguna ni por alguna consideracion, se pague por cuenta de los sueldos atrasados; y que el soldado sea pagado en tabla y mano propia comenzando por él la paga: de manera que si viniese á faltar, sea á las cabezas que tendrán modo para socorrer sus necesidades. La cual se ha de ejecutar sopena de la vida y confiscacion de bienes; y que no hacerlo se tenga por caso de traicion irremisible é indispensable; y al pagador no se le admita en cuenta partida alguna que pagare en contrario. Y manda S. M. que esto se imprima y entregue con las ordenanzas militares y se envie á todas partes para que puntualmente se observe, quedando anulado el pié del socorro que se habia enviado antes.»

En 1632, habiéndose puesto el conde de Bergh, al frente de una conspiracion que tenia por objeto erigir en república nuestras





1 2 3

Gimenez del. Imp. Lemercier, Paris J. Gaildrau lith.

posesiones de Flandes, se temió que á favor del descontento general que habian producido las exacciones del conde duque de Olivares, encontrasen imitadores en la península los rebeldes del norte, y tanto para la seguridad del pais como para abatir la insurreccion, se espuso á las Córtes, reunidas en el monasterio de San Gerónimo del Prado, la necesidad de organizar un ejército de operaciones de 20,000 infantes y 1,000 caballos. Las Córtes aprobaron esta medida y á los pocos dias se formaron once cuerpos con la denominacion de *regimientos* (1), cuyo mando se dió á los grandes de España que á continuacion se espresan:

1.° Conde duque de Olivares.
2.° Almirante de Castilla.
3.° Condestable de Castilla.
4.° Duque de Medinaceli.
5.° Duque del Infantado.
6.° Duque de Nágera.
7.° Duque de Osuna.
8.° Condestable de Navarra.
9.° Conde de Niebla.
10. Duque de Escalona.
11. Duque de Medina de las Torres.

A cada uno de ellos remitió S. M. el título de *coronel* con la asignacion de doscientos escudos de sueldo al mes, con cincuenta y cuatro mas para diez y ocho alabarderos. Concedióles al propio tiempo una guardia personal de treinta hombres mandados por un sargento, y la prerogativa de preceder á los maestros de campo.

El rey se reservó la eleccion de los sargentos mayores entre los tres que al efecto debia proponerle cada coronel, dejando al arbitrio de los primeros jefes la de los tenientes coroneles, capitanes y oficiales de sus coronelías. Los propuestos para sargentos mayores debian tener diez y seis años de servicio, y los elegidos gozaban sesenta y cinco escudos de sueldo.

Cada uno de los once regimientos constaba de 1375 plazas, inclusa la plana mayor.

En el reglamento que hemos publicado mas arriba, se prescribió, como se ha visto, que se abonaran al soldado los dos tercios de su paga; mas en febrero de 1634 se dictó una providencia mas beneficiosa aun para esta clase. Quiso el gobierno que el socorro

(1) Archivo de Simancas.—Guerra.—Mar y tierra.—Legajo núm. 1099.



diario del soldado no bajase de un real, y al efecto dispuso que en las clases en que los dos tercios no producian dicha cantidad, se aumentara lo que para completarla faltase. El esceso que esta medida produjera, debia cubrirse rebajando el número de plazas de las guarniciones.

En el referido año de 1634, habiendo fundados motivos para creer que los franceses invadieran nuestro territorio, se consultó al consejo de la guerra sobre los medios de poner la frontera á cubierto de la temida invasion, y aprobando el rey el dictámen por él emitido, decretó la creacion de cinco regimientos de infantería de nueva leva, y nombró coroneles de estos cuerpos á los individuos siguientes:

12. Duque de Alburquerque.
13. Duque de Sesa.
14. Duque de Pastrana.
15. Conde de Lemos.
16. Conde de Oropesa.

Al propio tiempo se estendieron otros despachos de coronel á favor de personas de alta clase, por si conviniese aumentar aun el número de los regimientos.

Mas el tiempo no confirmó las esperanzas que se concibieran al formar estos cuerpos. Componíanse de reclutas enganchados por nuestros próceres, y no presidiendo en su admision todo el tacto que requeria su importancia, los elementos que debian constituir su vida y su fuerza, debian ser mas á propósito para oscurecer el brillo de nuestras armas, que para defender el pais contra las agresiones estranjeras. En vista de esto, el gobierno debió pensar en proporcionarse fuerzas mas eficaces para la seguridad interior y defensa de las fronteras, y como existiera casi en todos los pueblos de la península un gran número de veteranos, ya con licencia temporal, ya con la absoluta, creyó deber echar mano de toda esta gente para formar con ella seis tercios, cuyo mando fué confiado á los maestros de campo D. Pedro Giron, D. Sebastian Granero, D. Francisco Megía, D. Cristóbal Bocanegra, marqués de la Hinojosa, y D. Francisco Manuel. Pusiéronse tambien sobre las armas al propio tiempo los cuerpos vascongados y catalanes con arreglo á los fueros de estas provincias, y penetrado el rey de la nulidad de los regimientos le-



vantados por los grandes, mandó que fuesen disueltos, llevándose inmediatamente á efecto esta disposicion.

Pero tampoco esta vez obtuvo el soberano el resultado que se prometia. Los cuerpos forales de las provincias exentas, aunque compuestos de gente robusta y valiente, no constituian una fuerza permanente, porque cumplido el contrato estipulado, se retiraban á sus hogares, y los tercios ofrecian en su organizacion un inconveniente de mucha trascendencia, pues el sistema admitido para constituirlos, inducia, y aun autorizaba á la tropa de los ejércitos esteriores, á abandonar sus banderas para venir á servir á la península. En presencia de resultados tan poco halagüeños, fué preciso buscar un medio de sostener cierto número de cuerpos de infantería que evitasen los conflictos en que á cada instante se veian envueltos el honor del gabinete y la seguridad del estado. Al efecto, á fines del año 1637, del personal de milicias correspondiente á la corona de Castilla, se sacaron seis mil cincuenta y cinco hombres, número que equivalia á las dos quintas partes del de los alistados, y con esta fuerza se formaron cinco tercios denominados *provinciales*. Constaba cada uno de ellos de mil doscientas once plazas, distribuidas en doce campañías, y se dió su mando á los mastres de campo don Pedro Giron, D. Domingo de Eguía, D. Andrés Pacheco, D. Diego Caballero de Illescas y D. Francisco del Castillo. Esta division, sobre la cual se pretendia basar nuestra infantería peninsular, se sometió al consejo de Cantabria, y su secretario comunicó desde Vitoria, con fecha de noviembre de 1638, al veedor general don Diego de Anaya, la órden en virtud de la cual debian reformarse los que existian á cargo de D. Francisco Megía, marqués de Mortara, D. Cristóbal Bocanegra y D. Sebastian Granero, levantados en ágosto de 1634. Al propio tiempo se le previno que á estos cinco tercios se les proveyese de los oficiales que les faltaran, echando mano de los reformados existentes en Alava y Rioja, y de los demas que pudieran ser á propósito para adiestrar la gente en el manejo de las armas (1). Estos cuerpos debian mantenerse de los fondos que facilitara al gobierno la junta de milicias.

(1) Archivo de Simancas.—Contaduría de sueldos.—Série 2.ª—Legajo núm. 71.

Este sistema de organizacion no fué infecundo en buenos resultados, y esto contribuyó á que se crearan otros tercios provinciales que en las campañas de 1637 y 1639, constituyeron el nervio de los ejércitos peninsulares.

Sin embrargo, no eran ya nuestras instituciones militares lo que habian sido en épocas no muy lejanas, en que jugaban con la fortuna erigiéndola en patrimonio del soldado español. El espíritu militar habia decaido considerablemente; ya no llevaba á las tropas al combate aquella noble ambicion que con razon se recomienda por los mas sábios legisladores, porque es el alma de los ejércitos, el principio y móvil de todas las acciones grandes. Preciso era, pues, despertar el amortiguado espíritu del soldado, y con este fin, D. Gregorio de Contreras, sargento mayor de la milicia del partido de los Prioratos de San Juan, ciudad de Alcaráz y Campo de Montiel, escribió en 1639 una memoria en que despues de lamentarse de los males que hemos puesto en relieve, indicaba los medios que para destruir su accion, cada vez mas perniciosa, aconsejaban la razon y las circunstancias. Segun este entendido militar, el gobierno debia dictar las disposiciones siguientes:

1.ª Inhabilitar para la pretension de hábitos á los que no fuesen soldados.

2.ª Prohibir el que los caballeros que tuviesen hábitos sin haber servido á S. M., pudiesen aspirar á encomiendas, á no ser que fueran á servir diez años en la guerra.

3.ª Enviar á las partes donde estuviesen mas los ejércitos en el manejo de las armas, alguna cantidad de hábitos y encomiendas para que los generales honraran los soldados de puesto, de valor singular y de muchos servicios, prescribiendo que si algunos que los tuvieren superiores no se hallaran con la nobleza heredada, no les embarazase al recibir tal honra, que no habia de ser menester se volviera á perder y restaurar un reino para criar nobles.

4.ª Emplear siempre en los caballeros de hábito, soldados de partes, las pensiones que echasen y estuviesen en los obispados.

5.ª Tener gran cuidado en hacer las provisiones militares en personas de calidad, servicios y partes como convenia para que en los ejércitos no hubiese quejosos, y que cualquiera soldado que



por su virtud y valor llegare al puesto de capitan de caballos ó infantería, si no tuviera heredada nobleza, quedase capaz en ella para tener hábito y su patente fuese ejecutoria para sí y para sus descendientes.

6.ª Dar el fuero de hijosdalgo á cualquiera soldado que por sus servicios llegase al puesto de alférez, y con buenos papeles volviese á la tierra.

7.ª No imponer la media annata ni otro género de carga al nombre militar.

8.ª Luego que por suspension de armas ó paces se quedase en alguna quietud, no descuidar la teórica militar, fortificando y acomodando las plazas de lo necesario.

9.ª Observar en los alistamientos las reglas prescritas por Felipe III en el año de 1609.

10. Cumplir religiosamente lo mandado por S. M. para sentar las plazas de alférez y sargento.

11. Aunque la milicia no estuviese en servicio activo tenerla bien armada, pues por esta causa serian mas los alardes y con gusto de los soldados, y aun de los pueblos, siéndoles parte de fiesta el verlos instruir en las armas.

De la realizacion de estas disposiciones se prometia el ilustrado autor de este escrito, sacar á la milicia del estado de abyeccion y descrédito en que iba cayendo, devolverle el lustre y alta consideracion de que habia gozado por largos años, y ver reproducirse los heróicos hechos que en épocas no remotas habian inmortalizado el nombre español (1).

Mas el gobierno, sin dejar de conocer quizás lo que habia de racional y de justo en el fondo de su pensamiento, no llegó á realizarle, al menos en toda su estension.

Otros jefes, no menos celosos é ilustrados, unieron su voz á la de Contreras, pidiendo que al menos se cumpliese á los milicianos, la cédula de preeminencias, y hay que confesar que en esta ocasion se hizo justicia á la clase de que se trata, como lo prueba el siguiente escrito: ....

(1) Biblioteca real.—Estant. Cc.—Cód. 88.



«Al Corregidor de la ciudad de Salamanca y demas Corregidores, Jueces y Justicias de ella y su tierra, por parte del Capitan D. Diego de Salaya Cruzerio mi Sargento mayor de la gente de milicia de esa Ciudad, se me ha hecho relacion no guardais las preeminencias y esenciones que tengo concedidas á la gente de Milicia, así á los Capitanes y Oficiales como á los soldados, desarmándolos de noche y aunque no vayan en cuadrilla sino á uno solo, y los prendeis por deudas contraidas despues que se sentaron por soldados, y no los quereis soltar de la cárcel sin que primero paguen y les molestais, vendiéndoles las armas, caballos y bestias suyos y de sus mugeres con lo cual no hay ninguno que quiera alistarse, y las compañías estan muy faltas de gente por esta causa y por prenderlos para enviarlos á los presidios, siendo contra mis órdenes, diciendo son mal entretenidos por cuya causa se ausentan de esa Ciudad y partido, de que resultan gran daño y perjuicio á mi real servicio, por no estar las compañías llenas de la gente necesaria para cuando sea necesario salgan á servirme, como lo hicieron en el año pasado de 1638 al Ejército que se juntó en Badajoz, y que les repartis dinero para llevar las tropas de soldados que de esa Ciudad embiais á los presidios, habiendo muchos ciudadanos ricos que lo pueden pagar que no son soldados, y asimismo los repartis dinero por fuerza y contra su voluntad para cumplimiento del empréstito de los ocho mil ducados con que me sirve esa Ciudad, debiendo hacer el repartimiento esceptuando á la gente de Milicia, y que apremiais á los Capitanes y demas Oficiales para que junten los soldados para que ronden con vos cuando se os ofrece alguna pesadumbre con los estudiantes de esa universidad, llevándolos con arcabuces y otras armas de que pueden resultar grandes inconvenientes y muchas de una parte y otra, y me ha suplicado le haga merced de mandaros á vos y á las demas justicias de esa Ciudad y partido les guardeis las cédulas que estan despachadas á su favor y que no contravengais á ellas, guardándoles las preeminencias, y que no les hagais, ni consintais les hagan á los dichos Capitanes y demas Oficiales y soldados ningunos repartimientos de dinero por ninguna causa ni ocasion que haya, ni apremieis á los soldados á que ronden con vos ni otro ministro de justicia por convenir así á mi servicio y á la quietud de la republica por el escándalo y alboroto que de ello se sigue; y que asimismo no les encargueis oficios concejiles contra su voluntad, ni tutorias y curadorias, ni los apremieis, ni los prendais para embiarlos á los presidios por cuanto estan prontos para salir á servirme, cuando se les ordene; y habiéndose visto en el mi Consejo de Guerra, ha parecido despachar la presente en virtud de la cual os ordeno y mando, que sin réplica ni escusa alguna guardeis y hagais guardar á los Oficiales y soldados de las compañías de Milicia de esa Ciudad y su partido las preeminencias y esenciones que tengo concedidas á la gente de Milicia, sin hacerles molestias ni estorsiones algunas en la forma que se declara y

en las cédulas que estan despachadas en su favor, guardando en todo mis órdenes, que asi es mi voluntad, y mando á cualquier mi escribano notifique la presente en las partes que convenga y se dé testimonio de lo que le fuese pedido pena de cincuenta mil maravedises para gastos de guerra. Dada en Madrid á 15 de Octubre de 1639.=Yo el Rey.=Por mandato del Rey nuestro Señor, D. Fernando Ruiz de Contreras (1).»

Entrado el año de 1640, cuando la revolucion de Portugal vino á aumentar el conflicto ocasionado por la de Cataluña, se hicieron grandes levas, no faltando quien se ofreciera á servir voluntariamente la causa de su monarca (2). Distribuyéronse diez mil armas de fuego que se trajeron de los almacenes de Dunkerque; contratáronse siete mil mulas en Lisboa, Sevilla, Barcelona y Madrid, para llevar la infantería donde fuese menester (3), y en febrero de 1642 salieron de Madrid, despues de recibir las competentes instrucciones, todos los sargentos mayores de los partidos para poner las milicias sobre las armas y llevarlas á reforzar la infantería de línea que habia venido del esterior.

En este tiempo nombró el rey comisario general de esta arma, con trescientos escudos de sueldo mensual, al baron de Auchy, creándose tambien los tenientes reales que debian mandar á los tenientes de maestros de campo general, y estos á los ayudantes de los primeros, asi como los ayudantes de los tenientes reales habian de mandar á los ayudantes de los tenientes de maestros de campo general.

Auchy propuso desde luego algunas innovaciones en la organizacion de la infantería. Quiso que cada compañía se compusiese de cien plazas, y fuese mandada por un capitan, teniente y alférez. Como se habia introducido la costumbre de que en las funciones de guerra solo se llevase la bandera del maestre de campo, fué de parecer que se suprimiesen todas las demas, variando el color de aquella. Las escuadras debian reducirse al número de diez á veinte y cinco, repartiéndose sus soldados en *camaradas*. Ultimamente propuso que en los tercios no bajara de quince, ni pasara de veinte el número de

(1) Biblioteca real.—Estante Cc. Cód. 88.
(2) Archivo de Simancas.—Contaduría del sueldo.—Série 2.ª—Legajo 20 y 76.
(3) Valladares.—Semanar. erudito.

compañías; que en cada una de ellas hubiese un furriel, un capitan de armas y un tambor, y un capellan por cada quinientos soldados, conservándose en la plana mayor de cada tercio el furriel mayor, el prevoste, y el barrechel ó capitan de campaña.

Para evitar las disputas que ocurrian acerca de la antigüedad entre los maestres de campo, debian numerarse los tercios así como las compañías. Estas medidas podian reportar alguna utilidad; tenian en su favor consideraciones que no eran de despreciar; pero no atacaban el mal en su orígen, y por lo mismo no bastaban para destruirle.

En el año 1648 se buscó el remedio en la creacion de los sargentos generales de batalla, con trescientos escudos de sueldo al mes, creacion que en 1663 tuvo tambien lugar en el ejército de la península, si bien en sus funciones se introdujo alguna variacion; pues al verificar el nombramiento de los que debian ser elevados á esta categoria en este último tiempo, dice el rey: «que manden la infantería por trozos y que quede establecido el pié de este puesto para adelante.......... advirtiendo (añade) que con él no habeis de tener tercio, ni regimiento, ni habeis de hacer las funciones que competen á los tenientes de maestres de campo general, como sucedió en Flandes, porque es mi voluntad que se escluyan estas dos cosas, y que en todo lo demas tengais el mismo empleo que en aquellos estados han tenido los sargentos generales de batalla, y que podais mandar y mandeis.»

El sargento general de batalla era lo que es hoy el mariscal de campo; por consiguiente mas que el maestro de campo y menos que el maestro de campo general, desempeñando las funciones de general de division y á veces de jefe de estado mayor general. La creacion de este empleo podia considerarse como un paso en la carrera de la perfeccion; pero no era tampoco el remedio que se buscaba.

En 1652 se uniformó la infantería peninsular contratando el vestuario del modo siguiente (1):

	Reales.
Una camisa de lienzo Bravante......	11
Un jubon de lo mismo..........	15

(1) Archivo de Simancas.—Guerra.—Legajos 2079 y 2080.





Una hungarina de paño pardo catorceno. .	18
Unos calzones de lo mismo.	15
Unas medias de paño con piés de lo mismo.	4 1/2
Un par de zapatos de cordoban.	13
Coleto de badana.	8
Sombrero de color.	6
Pañuelo para walona.	2
Espada y tahalí	12
	104

Cuando en Italia y los Paises Bajos sosteníamos una obstinada lucha, al paso que la Francia precipitaba numerosas huestes sobre Cataluña, y que los anglo-portugueses atacaban simultáneamente á Galicia, Castilla y Estremadura, nuestra infantería iba decayendo considerablemente. El número de soldados era harto reducido y la calidad no era muy á propósito para inspirar confianza.

Hé aquí la fuerza que constituia en los diferentes teatros de la guerra (1).

PROVINCIAS.	GENERALES.	FUERZAS.
Paises Bajos. .	D. Juan de Austria, el príncipe de Condé y el marqués de Caracena. .	19000
Italia.	El conde de Fuensaldaña.	16000
Cataluña. . . .	D. Francisco Orozco, marqués de Mortara y D. Rodrigo de Illescas. . . .	4000
Estremadura. .	El duque de San German y el duque de Osuna.	16000
Galicia.	D. Vicente Gomaya y el marqués de Peñalba.	11000
Castilla.	D. Fernando Miguel de Tejada. . . .	11000
	Total.	77000

(1) Biblioteca nacional.—Est. H.—Cód. 87.

Es fácil comprender que con esta fuerza no podia conservar España su independencia y su honor.

El 28 de enero de 1657 llegó á Badajoz desde Madrid el duque de San German con órdenes muy terminantes para el alistamiento de los milicianos y veteranos licenciados, haciéndose la distribucion en esta forma:

Castilla la Vieja.	2000
Mancha.	2000
Estremadura.	2500
Granada.	1000
Jaen.	1000
Sevilla.	4000
Galicia.	6000
Veteranos licenciados. . . .	3000
	21500

Con esta gente se crearon los tercios siguientes:

PROVINCIAS.	TERCIOS.
Galicia.	Tercio de D. Francisco Valladares. Id. de D. Francisco Orbieto. Id. de D. José Martinez.
Sevilla.	Id. de D. Juan Tello de Portugal. Id. de D. Francisco de Guzman. Id. de D. Juan Fernandez de Henestrosa. Id. del Conde de Arenales. Id. de D. Nicolás Fernandez de Córdoba y Moscoso.

Estremadura. . .	Id. de D. Simon de Castañizas. Id. de D. Juan de Zúñiga. Id. de D. Alvaro de Luna Portocarrero. Id. de D. Pedro de Viedma. Id. de D. Martin Sanchez Pardo.
Granada.	D. Sebastian Granero y Alarcon.
Diferentes puntos.	Id. de D. Agustin de Mugica. Id. del Conde de Torrejon. Id. de D. Rodrigo Giron. Id. de D. Pedro Macedo. Id. del Conde de Escalante. Id. de D. Pedro Alvarez de Toledo. Id. de D. Gonzalo Chacon. Id. de D. José de Escovedo. Id. de D. Antonio Varillas.

Ademas se hicieron concurrir del departamento de Cádiz dos tercios de pié fijo correspondientes á la armada naval del mar océano, que mandaban los maestres de campo D. Melchor de la Cueva y el marqués de Lanzarote.

En el siguiente año de 1658, vino otro tercio de milicianos granadinos, al cargo del maestre de campo D. Gerónimo de Quiñones, y bajo la misma planta se creó en la provincia de Toledo en el de 1661, otro tercio que se dió á mandar á D. Diego Fernandez de Vera: en Estremadura formóse tambien el del conde de Torres-Vedras.

Redújose á tercio ordinario de infantería el regimiento de la guardia real en 1662, confiriéndoselo S. M. al maestre de campo D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, y dandose órden de que el departamental de Portugal que militaba en Cataluña, pasase á Estremadura bajo el cargo de su maestre de campo D. Lope Gomez de Abreu: por último, vino del archipiélago canario otro tercio de naturales de aquellas islas al cargo de D. Diego Alvarado Grimon y Bracamonte.

Tantos cuerpos debian, al parecer, constituir un ejército respeta-

ble. Pero hay que tener en cuenta que estos cuerpos eran *temporarios*, es decir, que terminada la campaña que habia motivado su formacion y reunion, marchaban á sus casas los individuos que los componian; de suerte que la dignidad del trono y de la nacion no contaba con un escudo permanente y sólido que la pusiera á cubierto de los insultos del estranjero. Ademas, la forma en que se reclutaba la gente era muy viciosa. No ingresaban en las filas mas que los desvalidos, ó los que las autoridades tenian empeño en echar de las poblaciones (1), resultando de aquí el que la desercion mermase diariamente la fuerza de los cuerpos hasta el estremo de dejarlos casi en cuadro.

En vista de un mal de tanta trascendencia, el sargento mayor de provinciales, D. Lope de los Rios, elevó á S. M. un escrito lleno de razones, cuya fuerza no era posible desconocer, y que provocó una reforma importante.

Hé aquí en los términos en que se espresó el entendido jefe á que nos referimos:

«Desde el año 1637 que en España se empezaron los primeros movimientos para la guerra que se tuvo por conveniente hacer á franceses por la frontera della para divertirse las facciones de Italia y Flandes, como los empeños han ido cargando conforme los sucesos, ha sido preciso valerse de lo mas pronto para reparo de los accidentes que hasta ahora se han ofrecido, obligando la necesidad á platicar los medios segun la urgencia de las ocasiones, sin poder elegir lo mejor sino lo que se ha podido, conforme el estado de las cosas y formalidad en que se hallan; pero reconociendo que las asistencias de gente que los Reynos de Castilla han dado para los ejércitos con tan continuas reclutas no se han logrado como se debiera asi por la violencia con que se ha tratado esta materia como por otras consideraciones, se ha pensado en otros medios para poderlo conseguir con mayor fruto porque aunque al principio paresca que tendrán dificultad, es sin duda que llegado á usar dellos se conocerán tales efectos en el servicio de V. M. y bien universal de los naturales, que con brevedad se esperimentará el logro de lo que se pretende y se dará regla á los escesos y desperdicios que

(1) En un escrito de este tiempo, titulado, *Avisos*, se habla del personal del ejército en estos términos:

«Casi todos los soldados que se alistan son muchachos que es lástima y compasion de verlos con las espadas arrastrando; y lo mismo son poco mas ó menos los oficiales. ¡Mire V. qué gentiles soldados y como pelearán!»

Biblioteca nacional.—Est. H.—Cod.—100.



se han visto por lo pasado: las reclutas que vienen de Castilla todos los años se hacen conforme la gente que se retira á los cuarteles y las empresas que se han de tener la campaña siguiente; para esto se dan las órdenes á los Ministros del Consejo que asisten en Madrid, para que cada uno en el partido que le toca cuide de tener pronto la gente para poder marchar al tiempo que se le señala y aunque su atencion y á lo en el servicio de V. M. los solicita, como no pueden asistir por sus personas se valen de otras, y de los Sargentos mayores de sus distritos de quienes se han hallado innumerables quejas que algunas dellas han llegado á los oidos de V. M., porque ó llevados del interés ú de la pasion ponen en suerte los hombres mas desvalidos de la república, que son gente mísera y de ningun provecho en la guerra, porque tirándoles el cariño de sus mugeres y hijos que los dejan sin remedio, se vuelven de los caminos y los que llegan al ejército vienen de calidad que no son de provecho y como gente cuytada y desvalida se amandrian y no sirven sino de desconsolar á los demas y de llenar los hospitales de enfermos y gastar las dietas y medicinas; otros con temor de los quintos andan bagando por los montes sin atreverse á volver á sus casas por la pena de los bandos y de las Justicias de sus lugares que con las relaciones que se envian de los que se han huido, se echan sobre sus haciendas de que nace el despoblarse los lugares y dejar los naturales tan aterridos que en todas partes no se oyen sino violencias y clamores de las opresiones que padecen, sin que esta forma de sacar gente sea de mas utilidad que de destruir los Reynos por la mala administracion de las personas que tratan dellas, pues por sus intereses particulares en los quintos que se hacen debiendo conforme á razon y á las órdenes que V. M. tiene dadas hacerlos con igualdad y sin esceptuar personas que sus impedimentos no fuesen tan conocidos que totalmente le imposibilitasen del manejo de las armas, meten los pobres inútiles y de ningun servicio, que no saben ni han tratado otra facultad que la agricultura de sus tierras y dejan fuera los magnates de las repúblicas, sus parientes y amigos, y cuando por cumplir en alguna parte con su comision llega á tocar la suerte á alguno dellos, les admiten sostitutos ó bien de los mismos lugares ú de otros soldados *Tornilleros* que tienen por oficio el venderse y huirse desde los caminos, y á su imitacion é insistidos dellos, el mayor número de los que vienen en las tropas; porque siempre que estos vuelven á los lugares, son admitidos para suplir faltas, y aun se sabe que los mismos que los envian les dicen que en llegando al ejército que puedan cumplir con la obligacion de presentarse en él y quedar el principado libre de lo que tuvo de enviarle, les piden que se vengan para volver á cumplir por otros sin que por los ministros principales que tienen la superintendencia, se pueda remediar ni prevenir mas de lo que los hacen dando las órdenes con toda precision en conformidad de las que tienen de V. M.

De aquí nacen tantos inconvenientes que observados por menor, se conoce con evidencia que estos son la total perdicion y carcoma del ejército; lo primero porque los sostitutos que se dan, vienen á ser gran parte de las reclutas y no persisten en las banderas, antes llegando al ejército pasa la palabra entre los demas de que aquel soldado que se huyó y viene con buen vestido remediado de sus necesidades; y ellos mismos entre sus camaradas lo publican y los van levantando el ánimo á seguir aquella derrota; y como los soldados de plaza sencilla que por inclinacion no la asentaron, no respiran á mas premio que á comer y tener dinero, y ven el ejemplar en los tornilleros, los siguen con grandísima facilidad, y se van á ser vendidos: de forma que cuando se piensa que el ejército está reclutado, se hallan los tercios sin gente y sin deciplina y los soldados que pudieran ser de provecho y que ya estaban algo enseñados á las inclemencias del tiempo, y á las balas, reducidos á vaanados, aumentando las tropas de los tornilleros, vendiéndose por los lugares y otros salteando por los caminos y los que salen con las reclutas enseñando á los visoños el modo de escaparse, de que se sigue el ser necesario para asegurarse de las fugas, traerlos maniatados como malhechores por esos caminos, llegando en aquella forma á la última desesperacion de matar las guardias y querer mas verse en una horca ó ser arcabuceados que ir á la guerra como ha pocos dias que se vió en esta ciudad. Síguese tambien que por los lugares donde pasan, viéndoles de aquella manera, los que esperan ser sorteados entran en la desconfianza y terror que manifiesta la consideracion de que otro dia han de padecer lo mismo, con que desde luego buscan modos para no llegar aquel lance y se van de los lugares, dejando las pobres mugeres y los hijuelos á la misericordia.

Síguese tambien que faltando los vecinos, falta la agricultura de los campos que estan, y estos sin que haya quien los cultive, encarécense los mantenimientos y suben á escesivos precios (que se reconoce bien en las provisiones que se hacen para los ejércitos) menguan las rentas reales, los diezmos de los eclesiásticos, rentas de Iglesias, colegios, doctes de monjas, huérfanas y otras obras pias que estan fundadas en lo procedido de las cosechas, tierras arrendatarias y frutos que en lo general y particufar se cogen en las Provincias.

Si todos estos daños fuesen parte para escusar otros mayores y con ellos se acudiese como se debe á la causa universal de la Monarquía, no hay duda que los vasallos de V. M. que con tanta resignacion y obediencia los padecen, dieran por bien empleadas sus ruinas y descomodidades, y que desearan padecer otras asi por la inclinacion natural que tienen á V. M. como por juzgar que estas desdichas se habian de acabar y llegar con los buenos sucesos de sus Reales armas al puerto de la paz y tranquilidad que gozaron tantos años, hasta que la guerra se introdujo en España; pero no hay labrador por mas rústico que sea, que no discurra en sus conveniencias



y en los aciertos y desaciertos de la guerra ocasionados de la necesidad que es maestra y los enseña á prevenir lo futuro y tambien en la forma con que se administra la justicia viéndose á un mismo tiempo combatidos de infinidad de jueces y ministros que cada uno por su camino los persigue, aflije y apremia, unos por la saca de los soldados para los presidios, otros para la primera recluta, otros para la segunda, tercera y cuarta como se pide, otros por los gremios, otros del uno por ciento, otros por los quintos y otros por los fugitivos, otros por carros, otros por los granos, sin infinitos jueces del Consejo de Hacienda de que no se habla porque no tienen número ni es del intento deste papel, y con que todo se reduce á confusion, á despoblar los lugares, á defraudar las Rentas Reales, las de los vasallos y á gastarse el tiempo y el dinero inútilmente. Para que vayan al ejército 2000 hombres que no son de provecho, se inquietan todos los reynos y se consume en esto el dinero que pudiera ser bastante para hacer la guerra con un ejército muy lucido toda una campaña, quedando solo el beneficio á los que tienen trato destas comisiones y sacas de gente que por libertar á unos y condenar á otros roban el mundo sin que haya castigo para ellos, y se hacen cada dia mas menesterosos interponiendo noticias y celo para ser empleados dejando el servicio de V. M. y su corona aventurada, enviando gente inútil y destruyendo las Provincias, y cuanto quiera que llegasen los dos mil hombres (que pocas veces se han visto mas de semejantes reclutas) la forma de encaminarlos es tan dilatada y tan lentamente que si la órden se dá para primeros de Marzo muchos á fin de Julio no han acabado de venir, que siendo las tropas que remiten tan cortas y en tiempos tan diferentes que no sirven para hacer cuerpo de ejército ni aun para suplir los que se van, porque lo que entra por una parte se desliza por la otra y así no hay fuerzas para poder obrar cuando lo ofrece la ocasion, ni medios para gozar della quedando frustradas las esperanzas, malogrados los sucesos, perdido el tiempo y el trabajo y cada dia en mayores empeños y desconsuelos y á los principios de todo, como si no se hubiera hecho nada sin que baste la atencion y desvelo de los ministros que V. M. tiene á su lado, á remediar tantos inconvenientes por ser fuerza fiar la ejecucion destas cosas á otros que las han de poner en plática.

Bien se considera que esta materia se halla en tal estado y las fuerzas de los vasallos tan postradas, que no será fácil el remedio para levantarlas al estado que se quisiera, pero habiéndose discurrido muy por menor en las circunstancias dellas y pesado en la balanza de la consideracion lo que hoy estan padeciendo los sugetos de Castilla en el modo que se ha observado de sacar las reclutas con la forma que aquí se referirá, ha parecido poner todas las consideraciones dichas, para que se vea lo que padecen los lugares y cuan menos sensible y gravoso será á los vasallos y mas suave y de mayor fruto y gran servicio de V. M., bien y aumento de los ejércitos y mejor deciplina dellos.

El intento desta proposicion y lo que se tiene por blanco principal della es, que se escusen los quintos generales que se hacen todos los años para estas reclutas y se halle S. M. con las que se consideraren de Castilla pocas ó muchas, promptas y dispuestas en la plaza de armas que les señalare para incorporarse en el ejército con todo el grueso que se hubiere de tener para guerra ofensiva ó defensiva, de suerte que si conviniere, desde luego se pueda obrar segun los accidentes y ocasiones lo pidiesen y que esto sea con tal forma, buena órden y deciplina, que no sea menor valerse de los apremios y reguridades de que hasta aquí se ha usado, sino que conociendo la obligacion y la conveniencia universal, el premio y el castigo, se mantengan y subsistan en sus banderas haciéndose hábiles y capaces del manejo de las armas.

La disposicion que para esto se considera es la siguiente:

Que S. M. se sirva mandar que en las Provincias de Castilla, segun la capacidad de cada una, se formen tercios de infantería española de la gente natural, que estos tengan sus sargentos mayores y todos los demas oficiales, y salgan enteros de las dichas Provincias; y acabada la campaña como habian de ir á alojar á otras partes, vuelvan á invernar y acuartelarse á sus lugares con el dicho Maestro de Campo y oficiales, y que este teniendo lista de los soldados que se le entregaren, los pueda pedir siempre que le faltare, el consejo á las justicias de los dichos lugares, las cuales con obligacion de mantener aquel tercio enteramente como se formare, sin que sea necesario andar quintando sino que los mismos lugares á su modo le recluten y tengan en pié como mejor les estuviere, sin que por ningun caso se les pueda permitir que sienten en ellos soldados viejos, sino aquellos naturales que en la primera suerte los tocare alistarse en el dicho tercio, si bien por esta primera vez se les podria conceder que echasen bandos que todos los que quisiesen sentar en estos tercios de los que andan descarriados fuera de sus casas, serán perdonados y absueltos de la pena que han cometido.

Tambien parece que á estos soldados que sentasen plazas, se les podrian conceder algunas preeminencias mas de las que estan concedidas á la gente de milicia, las que fuesen mas conformes á ponerlos en aliento, y sirviendo algunos años, hidalguías y otros honores que no cuestan dinero y se estiman en el comun.

Que el tiempo que estuviesen sirviendo, no pudiesen ser molestados por deudas ni repartimientos concejiles y otras cargas, si en esto no se hallasen (mirado muy por menor por los jurisconsultos) inconvenientes grandes en daño de tercero, que en tal caso debia S. M. suplirlo de sus Rentas Reales.

Estos lugares y Provincias que tuviesen en alojamiento los tercios, no habrian de quedar en cuanto á esto con otra obligacion mas que de alojarlos á los que no tuviesen sus casas en ellas, pues los cuales las tuvieren, volverán á las suyas; y mantener en pié efectivo el número que señalare, para



que de esta manera se alentasen por el beneficio que se les sigue á cumplir aquella obligacion por escusarse de las vejaciones y cargas que por lo pasado han padecido, y cuando llegase el tiempo de la campaña si se pudiese encaminar que hasta la raya socorriesen los tercios, se juzga que vendrian en ello y si no como se asegurase el tener la gente pagándose desde la raya hasta el ejército por cuenta de V. M., tambien habria forma para lo demas que no será tanto que pase de ocho ó diez mil escudos.

La introduccion y formalidad destos tercios se habria de hacer acabada la campaña, licenciando las milicias y enviando ministros de grande autoridad, conciencia y celo del servicio de V. M., á tratarlo con las cabezas de partido y á darles á entender los motivos que obligan á esta resolucion y las conveniencias que se les siguen en que no hay duda reconocerán beneficio y alivio de lo que hasta ahora han padecido, y despues de haber asentado esta negociacion en la forma que se dice, elegiria V. M. Maestros de Campo de aquellas milicias y los oficiales que sean sugetos de prendas, estimacion y séquito en las mismas Provincias ó valiéndose de algunos señores que sin sangrar los vasallos ni molestarlos todo el tiempo de la invernada, esten velando en el aumento y conservacion de sus tercios para tenerlos prontos para cuando hayan de salir; y si para ellos nombrare V. M. soldados de *fortuna*, se les prevenga y entregue el gobierno dellos llamándolos primero y proponiendo las causas que han movido á esta determinacion, y que si por algun camino se averiguare algun esceso suyo ú de sus oficios, han de ser castigados con severa demostracion sin que haya recurso para tolerar insolencias que cada dia cometan, que con estas condiciones se les dá aquel cargo que miren bien si la aceptan con ellas, porque despues no digan que no se les advirtió; que si al contrario, procediere como debe, S. M. les premiará y adelantará, y en las dos cosas se ha de proceder igualmente porque cualquiera que falte descuaderna el buen gobierno.

Si en señores se proveyesen algunos de su sangre y obligaciones, no se puede prometer sino que harán lo que conviniere al servicio de S. M.; pero bien será que S. M. les dé á entender el que recibirá de que miren por lo que les encarga.

Cada uno destos tercios se considera por conveniente que á la retirada de campaña lleve consigo un oficial del sueldo de los ordinarios de la veeduría y contaduría del ejército, que pues han de comer su sueldo paseándose en Zaragoza ó en otra parte, le rindan mereciéndole, adonde sean de provecho; este oficial ha de llevar todas las listas de aquel tercio que se le señalare, para que en llegando á su alojamiento pueda sacar relacion de los que por muertos, prisioneros, huidos ú otro accidente faltaren á la retirada, para dársela al maestro de campo, que asimismo tendrá otra de los lugares de que se compone su gente, para que conforme á ella se vea de

donde son los que faltaren, y el maestro de campo la envie á las justicias de la cabeza de partido que tuvieren obligacion de dar otros en su lugar.

Tambien servirá este oficial de notar las altas y bajas, y cuando haya de marchar el tercio, ajustar los socorros y ver que se les den en mano propia y acusar siempre al maestro de campo de los que faltan, segun las muestras, para que de donde quiera se puedan pedir otros, y asimismo de conocer si el maestro de campo ú los oficiales del tercio tienen omision en ello, si hacen escesos ó por interés suplen algunas plazas, dándoles instruccion para todo, segun pareciere al veedor general, con reconocimiento deste papel.

Y porque si en lugares y cabezas de partido hubiere alguna omision en remitir al tercio el soldado que faltare, no es bien permitir al maestro de campo ni á sus oficiales el apremio, porque con esto se introducirian nuevos abusos y cohechos, andando cada dia en comisiones de lugar en lugar, y para tener esta ocasion formarian quimeras y otras disposiciones á su modo, parece que á los ministros togados que hoy tienen la superintendencia de las milicias no se les quite, sino que antes queden con ella y á su cuidado el corresponderse con los maestros de campo en todos los casos y cosas que tocaren á los tercios que se formen del distrito de cada uno, para quellos con la noticia que ya tienen de los partidos y con la mano de ministros del consejo, escriban á las justicias la forma en que han de proceder y asistir á la conservacion de los tercios, para que no haya nuevos quintos ni se les ocasionen gastos para enviar por los soldados que faltaren, si prontamente no ejecutaren el cumplimiento, conforme la obligacion en que quedaren.

Tambien se podria ordenar al oficial del sueldo, comunicase con el consejero que tuviere á su cargo el partido de que llevase la cuenta y razon, y se la diese de todo lo que se le ofreciese, para que conforme las noticias que le enviare, obrase su solicitud y correspondencia con las justicias, y de todo pudiese dar cuenta á S. M. cuando conviniere pedirla y saber el estado de los tercios.

El rey no pudo menos de tomar en cuenta estas consideraciones, y pasó la memoria de D. Lope de los Rios, al consejo de la Guerra, quien espuso sóbre ella en 20 de agosto el dictámen que sigue (1):

Señor:—El consejo ha visto lo que D. Lope de los Rios y Guzman, presidente de la Chancilleria de Granada, representa en carta de 31 del pasado, que se pone en Reales manos de V. M., dando las razones en que funda el inconveniente que tiene valerse para la guerra de Portugal de la

(1) Simancas.—Guerra.—Marina y Tierra.—Leg. núm. 2029.

gente que comunmente se saca de levas en todas partes, por ser la mas de ella fugitiva de los ejércitos, que hace grangeria en sentar plaza, tomar los socorros y vestidos que se les dá y despues no persistir en el servicio, con que se tiene un gasto grande, sin fruto, proponiendo el presidente por único medio, para que se tenga infanteria segura, que se formen tercios en cada provincia, de los naturales de los mismos lugares, disponiéndolo, y el gasto que ha de tener en la forma que advierte.

El consejo reconoce, que movido el presidente de su buen celo y de lo que le ha enseñado la esperiencia en la saca de las milicias de Granada y de la costa, que V. M. tuvo por bien encargarle este año, hace esta proposicion á V. M., que sin duda es muy acertada, y merece por ello muy particulares gracias. Y el consejo estima por muy conveniente que se trate de lo que toca á la formacion de los tercios, siendo fijos y no para mudarse la gente dellos cada año, persuadiendo á las cabezas de provincias á la disposicion de este servicio con las razones mas eficaces, y en la mejor forma que sea menester. Y lo mismo parece se podrá practicar en Sevilla, formando allí un tercio, otro de Córdoba y Jaen, que son reinos conjuntos, otro del reynado de Toledo, y en Castilla la Vieja otros dos tercios, uno en Leon y el otro en Valladolid, Segovia y otras partes, los cuales se podrán aplicar á la defensa de Ciudad-Rodrigo, por ser la parte mas inmediata á los mismos partidos. Y considera el consejo tambien, que si esto llegase á ejecucion se sacaria de conveniencia de los que han de ir á Estremadura, el escusar algunos alojamientos, porque los soldados destos tercios que no tocase la suerte de quedar en las plazas, se podrian enviar á sus casas á invernar, cuidando de darles su socorro, y que los lugares estuviesen en obligacion de poner en el ejército á lo mas largo en todo marzo cualquier soldado que faltare. Pero para que esta materia se resuelva con mayor exámen, parece conveniente que V. M. mande se remita al señor D. Juan para que diga su sentir en ella. Madrid 20 de agosto de 1663. Tiene tres rúbricas (1).

Felipe IV abundó en las ideas de su consejo de la Guerra. Oido el dictamen de D. Juan, dispuso que inmediatamente se formasen cuatro tercios fijos de á mil hombres, que debian nombrarse el uno de Madrid, otro de Toledo, otro de Sevilla y otro de Andalucía, siendo su ánimo que fuesen pagados por dichas provincias. Por el mismo tiempo mandó á los vireyes de Italia y de la corona de Aragon, procurasen que aquellos reinos á imitacion de los ya citados, mantuvieran cada uno un tercio (2).

(1) Simancas.—Guerra.—Parte de tierra.—Leg. núm. 2046.
(2) Archivo de Simancas.—Guerra.—Mar y Tierra.—Leg. 2029.

Para llevar á cabo esta resolucion, se enviaron á los puntos en que debian formarse los cuatro tercios, personas de alta capacidad, dándoles instrucciones que les debian servir de norte. Publicamos á continuacion las que recibió el duque de San Lucar, encargado de la formacion del tercio de Madrid, y que son iguales á las que se dieron á los demas comisionados (1).

La importancia de esta negociacion no necesita de ponderacion de palabras, pues se encamina á que la nacion española sea restituida y mantenga su antigua reputacion, procurando que los tercios que de ella hubiere en el ejército de Estremadura, sean fijos y numerosos, y que perseverando en el servicio los soldados, se consiga tener un cuerpo considerable de veteranos, con lo cual en las operaciones militares de las futuras campañas se consigan los buenos sucesos que tanto es menester, y por este medio se debe confiar que se logren y que la nacion procederá con el valor, crédito y constancia que lo ha hecho en todas ocasiones.

Sobre este presupuesto habeis de dar á entender á esta villa la conveniencia de poner en ejecucion este punto generalmente, y que siendo ella la que entre todas las provincias del reino se ha señalado con particularidad en mi servicio, he resuelto que con su nombre haya en el ejército un tercio, cuya recruta y sustento ha de correr por su cuenta; y ademas del motivo principal que queda apuntado, de que por este medio se espera tener españoles veteranos y fijos en el ejército, habeis de dar á entender tambien que no solo se mira en esto al interés de mi servicio, sino al que tendrán los pueblos, porque no pudiéndose escusar por la misma razon la saca de gentes de las provincias, les viene á ser muy gravoso en general y en particular, asi en la subsistencia como en las circunstancias que intervienen y mudanza de la gente que no toma por profesion y de asiento el oficio de soldado, con que vienen á ser de menos esperiencia y provecho en las facciones que se ofrecen, y con la fuga que es mas ordinaria en los visoños, y con el castigo que tomen de desamparar sus banderas, tambien se ausentan de venir á sus tierras, casas y familia, y los lugares se van despoblando y reciben mucho daño y perjuicio en la saca de gente que es forzoso hacerse cada año mientras está viva esta guerra: por cuyo beneficio y reputacion de la nacion conviene y se ha estimado por de buenos efectos y consecuencias, y como se practica en otras partes, que haya tercios de pié fijo de españoles pagados mes por mes, con el dinero que han de dar las mismas provincias y lugares, cada uno lo que le tocare en proporcion, enviando persona que con efecto pague cada tercio puntualmente, asi para el sustento dél como para las recrutas que se han de hacer cada año.

(1) Eran estos D. Diego Sarmiento, el marqués de Aguilafuente y el de Trocifal.

Esta diligencia y negociacion la habeis de comenzar luego que recibais este despacho; proponiendo, como queda apuntado, en esta villa, la cual cuidará de reparar lo que les tocare á la parte de su provincia, como que por ser pocos y pequeños, parece mas propia; si no es que tuvieredes por conveniente el hacerlo por vos, porque en este caso lo ejecutareis haciéndoles entender la negociacion: lo primero á la cabeza de provincia, y derivándose por las demas ciudades y lugares della como materia que toca en particular á los que por quinto ó por otro género de milicias ó repartimiento se los hubiere de cargar, saliendo á servir en persona en esta guerra; y asi se les ha de escusar de lo dicho, eximiéndolos desde luego de toda saca de milicias, y asimismo de la paga de los treinta ducados con que últimamente he resuelto sirvan en general todos los lugares por la redencion de cada soldado de las milicias, que le está repartido, cuyo ofrecimiento hareis luego á los lugares á quien tocare el acudir al servicio y sustento del dicho tercio, para que con este alivio tengan tanto mas disposicion para no faltar á su conservacion, y se les escusará tambien de quintos, sostitutos y todo género de levas forzadas, y que en las voluntarias no se arbolarán banderas ni tocarán cajas, ni se hará ningun género de costa ni molestia á los lugares.

Que debajo destos alivios y los demas que propusieren Madrid y su provincia (en que se verá lo que se pudiere conceder), han de tomar á su cargo y cuenta el sustento y recruta del dicho tercio, entregando el dinero al pagador que nombraren que corresponda á la costa del tercio, que es la que se contiene en el cómputo que se os entregará en papel aparte con esta instruccion; y les advertireis que por cualquiera cosa en que se faltare á lo que se propone, han de cesar las exenciones y alivios que se hubieren concedido por esta causa.

La dicha dotacion y costa del tercio en dinero (que es lo que se pide) se ha de componer, juntar y negociar entre todas las ciudades, villas y lugares del reino, donde se ha de formar el gasto del dicho tercio, con que será menor el peso entre todos, igualándose con la proporcion de cada uno á que será menester atender con particular cuidado.

Y aunque este negocio tiene las utilidades que se refieren, y conviene que dure la dotacion de dicho tercio mientras estuviere en pié la guerra de Portugal, parece que hasta establecerle y que los mismos vasallos y lugares esperimenten sus conveniencias, y no se les haga muy pesada la carga, se trate, proponga y negocie solo por un año, pues despues será mas fácil irse prorogando, pareciendo necesario como se fueren sintiendo las consecuencias ó inconvenientes.

Entiéndese que para la formacion de los cuatro tercios que se suponen que han de quedar en Estremadura con sus maestros de campo y oficiales habrá algun pié de soldados aunque faltarán de seiscientos á setecientos



para que tenga cada tercio el número de 1000 hombres, y asi por esta primera vez, se habrá de añadir al gasto lo que importare en dinero, la leva ó recruta de 600 á 700 hombres para cada tercio de los cuatro; advirtiendo que esta leva en cuanto á la gente en especie, si toda no se pudiese juntar y rehacer en el mismo ejército, habiendo allí el dinero de contado con su pagador que envie Madrid y su provincia para su tercio, habrán de ir oficiales dél á levantarle y recrutarle hasta el número de los 600 ó 700 soldados, y por ellos no se ha de pedir ni cargar mas dinero que el que fuere necesario para hacer la dicha recruta, de que se habrá de hacer un cálculo entregándolo en Badajoz por todo el mes de diciembre, segun la recruta que se hubiere de hacer en aquella parte del ejército.

Que la mesada de la paga del tercio ha de estar corriente y depositada al principio de cada mes en manos del pagador general del ejército, en caso que, como queda dicho, no quiera enviarle particular y propio suyo Madrid y su provincia, con cuya intervencion se distribuirá y pagará la gente.

Este servicio se ha de comenzar á practicar desde el mes de enero próximo que viene de 664, y de aqui allá hacerse la recruta referida para que el dicho tercio se componga de 1000 hombres, inclusos los que hoy hubiere en el ejército de Estremadura, fuera de los cinco tercios provinciales de los mismos naturales.

Debajo deste intento y presupuestos hechos sobre el tratado y proposicion desta materia en lo principal, se ha de procurar facilitar y suavizar por todos los medios y caminos posibles, advirtiendo que demas de la cabeza de la provincia que se encarga, hay otras ciudades, villas y partidos con quien de la misma manera se ha de introducir el tratado, correspondencia y negociacion, para la cual será menester valerse de los corregidores ó personas de inteligencia ó satisfaccion de quien mejor se pueda fiar, lo cual se habrá de gobernar para conseguir el fin debajo de presupuesto, que esta provincia no se hace general y en comun á todo Madrid, sino singular y particularmente á cada lugar de su provincia por sí mismo y á todo el reynado, provincias, ciudades y lugares, sino singular y particularmente á cada una de ellas por sí misma y por la conveniencia de sus vecinos, que son los que reciben el beneficio y alivio de quedar libres de todo género de milicias, quintos y repartimientos de gente, y que son por el consiguiente los que logran el provecho que se refiere, y á quienes se hará otra cualquiera comodidad que propusieren y fuere posible concederse: y asi será menester oir las relaciones y pedimentos que se hicieren, y darme cuenta dello para que resuelva y se responda con brevedad lo que conviniere, pues estando el tiempo tan adelante, es menester ganar las horas.

En papel que se os entregará aparte, va hecho tanteo de la costa que tendrá el tercio mes por mes, y lo que montará en un año, que habiendo de salir de todos los contribuyentes que han de pagar la dotacion y recruta del



tercio, inclusa la primera plana, y los vestidos de municion, vendrá á ser mas llevadera la carga deste servicio, principalmente dándose la equivalencia por el camino que pareciere, y sin gravámen considerable de nuevas contribuciones generales, que no es mi real ánimo imponerlas por este camino.

Y porque en el discurso deste negocio pueden ofrecerse embarazos, dificultades y puntos que hayan menester su inspeccion y decision, se me irá dando cuenta de todo lo que ocurriere, con vuestro parecer, poniendo las cartas y papeles pertenecientes á esta materia en manos de D. Diego de la Torre, mi secretario del consejo de la Guerra, para que se tome y corra el espediente que se debiere en aquellas cosas que sustancialmente les hubieren menester; pues en lo ordinatorio y en el discurso destos tratados y diligencias se previene en esta instruccion la sustancia y el intento de sustentar fijo y recrutado el dicho tercio; y espero que dispondreis de manera las cosas y dareis tal curso en ellas, que se escuse el recurrir á mí, si no fuere en aquello que precisamente necesitare de nueva conferencia y deliberacion, remitiéndola por ahora segun la inteligencia desta instruccion á vuestro arbitrio y direccion, pues sabreis con modo y prudencia aplicar todos los medios que conduzcan á conseguir mejor y mas brevemente el fin que se lleva y se desea. Y os permito que podais valeros en Jaen del corregidor ó de otro cualquier ministro qne esté en aquellas partes á negocios de mi servicio ó de quien mas quisiéreis, para lo que en razon de esta negociacion se ha de obrar en aquel reyno. Y si para vuestra ayuda necesitáreis de algun ministro de esa audiencia para enviar fuera, os podreis valer del que os pareciere, que por la parte donde toca he mandado se le ordene y lo ejecute.

Cómputo de lo que importará el socorro por entero, cada mes y en un año, de un tercio de españoles de diez y seis compañías y mil soldados inclusos en ellos ciento y cincuenta reformados.

	AL MES.	AL AÑO.
El sueldo del maestro de campo. . . .	116 esc.	1392
El del sargento mayor.	65	780
El de dos ayudantes á 20 escudos cada uno.	40	480
El de capellan mayor.	25	300
El de capitan de campaña.	25	300
El de furriel mayor.	15	180
El de tambor mayor..	12	144
El de quince capitanes, porque se ha de escluir la compañía del maestro de campo, á 44 escudos cada uno con los pages.	660	1920
El de diez y seis alféreces con los abanderados, á 18 escudos cada uno.. . .	288	3456
El de diez y seis sargentos á 8 escudos		

cada uno..	128	1536
El de treinta y dos atambores á 6 escudos cada uno..	192	2304
De los mil soldados bajando los ciento cincuenta reformados que se suponen, quedan ochocientos cincuenta, á razon de 4 escudos.	3400	40800
El de ciento cincuenta reformados, computados uno con otro á 20 escudos. .	3000	36000
El precio de ochocientos cincuenta vestidos para estos soldados, con espadas y demas piezas, á razon de 14 escudos cada uno, asciende á.	991	11892
Supónese que para mantener siempre el tercio en este número de gente será necesario que las provincias ó ciudades que le tuvieron á cargo, hayan de recrutar al principio de la campaña trescientos soldados, cuyo gasto computado á ocho meses, á razon de dos tercios y repartido en los doce sale.	800	9600
Otros treinta vestidos de la gente de recruta, á la razon dicha, montan á. .	350	4200
	10107	121284

Con las disposiciones que acabamos de ver, la fuerza pública debia mejorar visiblemente en su organizacion. Con ellas cesaban las arbitrariedades é injusticias á que daban lugar las levas; con ellas se desterraban de las filas los tornilleros, que tan poderosamente habian contribuido á relajar los vínculos de la disciplina; con ellas se conseguia el que las armas no estuviesen constantemente en manos de soldados visoños, y que se pusiera coto á ese funesto sistema de licenciamiento anual, que reducia los cuerpos á la nulidad, habiendo llegado el caso de que entre catorce tercios no contasen mas que mil quinientos cincuenta y tres hombres (1).

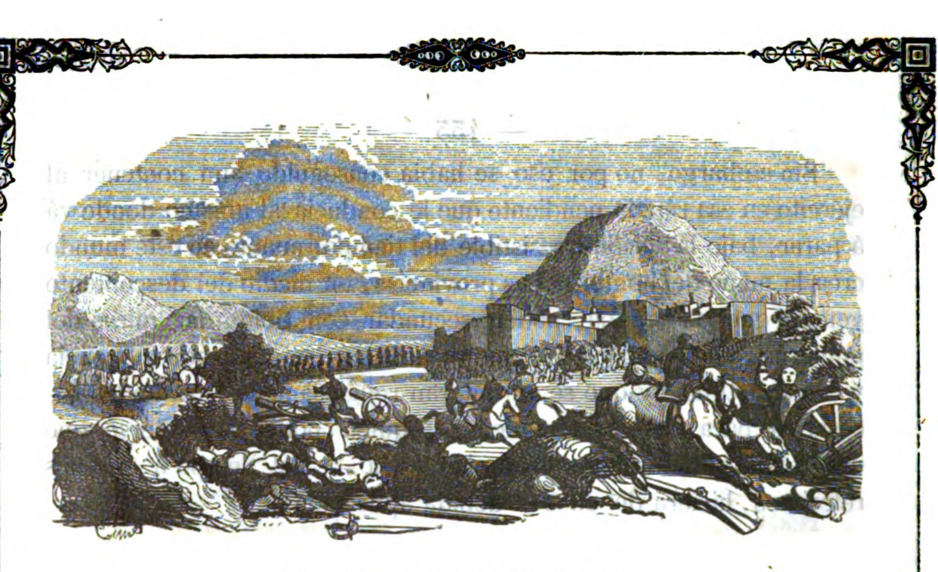
(1) Segun las relaciones que dieron juradas los maestros de campo, el ejército de Estremadura en 1664, tenia la gente siguiente:

Tercio de D. Simon de Castañizas. . . . . . . 493 hombres.
Id. de D. Juan de Zúñiga. 434

Sin embargo, no por eso se habia conseguido aun contener al ejército en esa rápida pendiente que le conducia al abismo donde vá á parar, bajo la accion irresistible del tiempo, cuanto en este mundo crea la mano del hombre. Las provincias, en medio del descontento general que las agitaba, podian secundar con tibieza las miras del gobierno; y aun suponiendo que se reclutara la gente con diligencia y con exactitud, y que se aprontaran religiosamente los fondos necesarios para su entretenimiento, ¿quién podia prometerse que una administracion tan corrompida como la del tiempo á que nos referimos, hiciera de ellos la debida aplicacion?

Id. de D. Alvaro de Luna.	258
Id. de D. Pedro de Viedma.	98
Id. de D. Rodrigo de Mugica.	13
Id. del Conde de Escalante.	7
Id. de D. Francisco Alarcon.	34
Id. de D. Fray Enriquez.	71
Id. de D. Baltasar de Urbina.	4
Id. de D. Francisco Tello.	9
Id. de D. Francisco de Araujo.	19
Id. de D. Alonso Feijóo.	13
Id. de D. Antonio Paniagua.	46
Id. de D. Francisco de Guzman.	54
Total.	1553

Archivo de Simancas.—Guerra.—Mar y tierra.—Legajo 1958.



CAPITULO XXVII.

1665.--1700.

TRISTE PERSPECTIVA DEL REINADO DE CÁRLOS II.—RESULTADO DE LA GUERRA DE PORTUGAL.—LA FRANCIA INVADE NUESTRAS POSESIONES DE FLANDES.—TRIPLE ALIANZA.—SE HACEN LAS PACES.—NUEVA GUERRA ENTRE LA FRANCIA Y ESPAÑA.—BATALLA DE SAY.—COMBATE NAVAL.—PAZ DE NIMEGA.—ENCIÉNDESE DE NUEVO LA GUERRA.—TRIUNFOS DE LAS ARMAS FRANCESAS.—LIGA DE AUSBURGO.—COMBATES ENCARNIZADOS.—DESASTRES DE NUESTROS EJÉRCITOS.

A Felipe IV sucedió Cárlos II, cuyo reinado principió bajo muy tristes auspicios (1665).

Un príncipe de cuatro años y una regencia compuesta de varios sugetos en cuya eleccion se habia tenido mas en cuenta su categoría social ó política que sus especiales luces y merecimientos, representaban la autoridad suprema en nuestra nacion; autoridad débil, heterogénea, espuesta á todas las repercusiones del amor propio, á todos los conflictos de la ambicion, ó á toda la apatía del egoismo. La única persona que hubiera podido servir de centro de unidad, de

resorte poderoso para el bien, y de rémora para contener el vuelo de las intrigas palaciegas, era la reina viuda doña Mariana de Austria, princesa bella, afable, pero frívola, inconsecuente, dotada de una ambicion enteramente personal, y aun ésta poco elevada, que necesitaba desarrollarse á la sombra de un favorito. Para mayor desgracia, este favorito era estranjero; el padre Everardo Nitard, de triste aunque imperecedera reputacion.

¡Qué porvenir podia esperar la España regida por manos tan inespertas, cuando salia de las de Felipe IV mutilada en el esterior, enflaquecida en el interior, con su grandeza convertida en un recuerdo histórico, y su prosperidad en fastuoso y frágil aparato! Así es que la España en el reinado de Cárlos II vino al último estremo de decadencia, y si no desapareció del mapa de las naciones, á ejemplo de otros grandes estados de la antigüedad, fué porque su constitucion era felizmente muy homogénea, y el golpe de la fortuna no pudo separar lo que estaba indisolublemente unido por la naturaleza.

Vamos á recorrer este infáusto período con la mayor celeridad posible. En la declinacion de un arte ó de una ciencia, poco hay que aprender, poco hay que admirar; el pensamiento pasa sobre los hechos como la vista del viajero por un campo erial y desierto, sin poderse fijar en parte alguna. La historia militar tiene por fin el presentar ejemplos y poner en relieve los principios; si aquellos faltan y estos se infringen, ¿no carece de mision, ó por lo menos no la cumple articulando simplemente los acontecimientos sobre la escala de los años?

Los pasados desastres y la flojedad del presente gobierno, debilitaron la guerra de Portugal hasta el punto de reducirla á escaramuzas y devastaciones tan fecundas en desgracias para los pueblos como estériles para la gloria de las dos potencias beligerantes. Mas como la España, como todo poder agresor, perdia no avanzando y sus progresos eran entonces imposibles, hubo por fin que reconocer la soberanía de Portugal, contentándose con la plaza de Ceuta, única reliquia que nos quedó de aquellos ricos y estensos dominios.

Pero antes de dar este paso, sentia ya el rugido de una nueva

tempestad mas temible que cuantas hasta aquí habian amenazado su existencia. Luis XIV, ofuscado con los humos de la mocedad y ensoberbecido con el grado de prosperidad á que se habia levantado la Francia, quiso ensanchar indefinidamente sus fronteras por el lado de la Flandes. Los derechos que alegaba á estos paises, eran sin duda muy infundados y no hubieran podido prevalecer ante el tribunal de la razon; pero tenia para ponerlos en planta ejércitos numerosos, mandados por los mas hábiles generales de aquel tiempo.

Luis, á la cabeza de treinta y cinco mil hombres perfectamente armados, organizados y dirigidos por el vizconde de Turena, rompió vigorosamente por los lindes de la Picardía (1667). Al propio tiempo el mariscal de Aumont y el marqués de Crequi, invadieron la Flandes por otros dos puntos al frente de cuerpos respetables.

Cada uno de estos caudillos recogió fáciles laureles. Apoderóse Luis XIV de Charleroi, Ath, Tournay y Douais; Berghe, Saint Venant y Fournes, se sometieron al mariscal de Aumont; y el marqués de Crequi se hizo dueño de Oudenarde. Estas conquistas fueron tan rápidas que apenas detuvieron la marcha victoriosa de los ejércitos franceses; Lila se atrevió á hacer una resistencia formal y el rey estableció el sitio en regla. Acudió al socorro de la combatida plaza el conde Marsin que mandaba las tropas, mas hubo de retirarse despues de un violento choque en que la pérdida de los franceses fué sin embargo mayor que la de los españoles. Lila, destituida de toda esperanza, abrió sus puertas á Luis XIV.

La Inglaterra y la Holanda sobresaltadas con los progresos del monarca francés, se armaron precipitadamente (1668), y atrayendo á la Suecia, formaron una confederacion conocida bajo el título de la triple alianza. Su objeto era el de sostener á la España en su decadencia, y exigieron que Luis pusiera un término á sus hostilidades. Sin embargo, el rey de Francia dictó las condiciones de la paz, que firmada en Aix-la Chapelle, nos privó para siempre de las plazas de Oudenarde, Tournay y Lila.

Pero Luis fué bastante hábil para romper la triple alianza (1670), grangeándose la amistad de Cárlos II, rey de Inglaterra, y obteniendo de la Suecia una neutralidad armada. La Holanda entonces se

arrojó en brazos del Austria, y en el vasto ámbito de la Europa resonó el eco de los preparativos militares.

Luis tomó la iniciativa (1672) con su impetuosidad y con un caudal de tropas muy superior á todos los temores y esperanzas. Ciento setenta mil combatientes, á cuya cabeza marchaba el mismo rey, llevando á su lado á los generales mas sobresalientes de Francia, y quizá de Europa, se precipitaron sobre la Holanda, convulsa á la sazon, desgarrada por las facciones, y en la situacion mas deplorable. Este estraordinario ejército, obraba en combinacion con una flota anglo-francesa, compuesta de ciento cuarenta velas y tripulada por mas de cuarenta mil hombres. Esta formidable invasion tuvo al principio el resultado que podia preveerse; las plazas caian á los piés del monarca francés; las grandes líneas de agua que la naturaleza ha concedido á la Holanda para preservarle de sus enemigos, eran impotentes, tratándose de uno que contaba con numerosos materiales, con hábiles ingenieros para humillar la soberbia de los rios, y con una escuadra numerosa para bordear las costas y asegurar el imperio del océano. La Holanda iba á tocar el último límite de su ruina, cuando se presentó á salvarla el almirante Ruyter, nombre inmortal en los anales marítimos. Mandaba Ruyter la escuadra holandesa, y con ella embistió á la combinada en las aguas de Flesinga. Duró la batalla todo el dia, y ambos combatientes se atribuyeron la victoria; pero lo cierto es que la flota anglo-francesa perdió tres de sus mejores navíos y abandonó las costas de Holanda.

Un cuerpo de doce mil españoles que partiendo de la Flandes se unió al príncipe de Orange, puso á éste en disposicion de debilitar la marcha de los franceses, los cuales comprendieron, aunque tarde, la imprudencia de haber arrojado parte de sus fuerzas sobre la otra márgen del Rhin, precisamente en momento en que debian estar mas reconcentradas para hacer sus golpes decisivos.

Luis XIV, reputando imposible entonces la conquista definitiva de Holanda, volvió la vista hácia la Flandes, y penetró en ella á la cabeza de cincuenta mil hombres. Su primera operacion fué el asedio de Maestrick, peleando en favor de los franceses su prestigio y la inferioridad del ejército español. Perdieron los sitiadores

tres mil hombres, pero la ciudad capituló á los catorce dias de trinchera abierta, cayendo con ella uno de los baluartes mas respetables de la Bélgica.

Pretendió el príncipe de Orange menguar el júbilo que la conquista de Maestrick produjo en sus enemigos, y lo logró recuperando á Naerden en nueve dias de riguroso sitio. La division española que operaba á las órdenes del príncipe, se distinguió aquí por sobresalientes rasgos de esa intrepidez que nunca faltó á nuestras tropas ni aun en los dias de mayor infortunio.

La viva oposicion del parlamento inglés á la imprudente política de Cárlos II, hizo que este príncipe abandonara la alianza francesa, ciñéndose á los límites de la mas estricta neutralidad (1674). Luis XIV quedó por consiguiente solo para sostener los esfuerzos de la casa de Austria y de la Holanda; mas no modificó por esto su sistema de política agresiva. Cuando la pasion de la gloria se convierte en genio de las conquistas, solo puede detenerse en la humillacion y en la desgracia.

Luis, eligiendo un nuevo teatro para sus operaciones, se precipitó sobre el Franco-Condado ó condado de Borgoña. La victoria precedia sus pasos; las plazas mal guarnecidas ó mal avitualladas, se rendian antes de arrostrar la cólera del vencedor; y si en algunas la intrepidez de los sitiados era superior á su prudencia, solo conseguia producir desastres y una inútil efusion de sangre. Pero ¿cómo habian de resistir estas plazas privadas de sus comunicaciones recíprocas, y no teniendo un ejército que pudiera restablecerlas, bien empleando la fuerza, bien desplegando imponentes maniobras? Consideradas bajo este aspecto, las rápidas conquistas de Luis XIV pierden mucho de su esplendor, y parecen mas bien que producto feliz del genio, obra fatal de las circunstancias dominantes.

Es necesario no olvidar que en medio de su aislamiento, los soldados españoles dieron pruebas de su denuedo y brillantez, mostrándose superiores á la versátil fortuna. Las tropas que guarnecian á Besanzon fueron tratadas por los franceses como prisioneras de guerra, interpretando violentamente uno de los artículos de la capitulacion. No quisieron los valientes españoles sobrevivir á esta indignidad, y se arrojaron espada en mano sobre la parte del campo



enemigo que dirigia el marqués de Resnel. Su primer ímpetu fué terrible y muchos franceses mordieron el polvo; pero acudiendo otros muchos, rodearon á los españoles que perecieron todos envueltos entre una nube de fuego, sin lanzar un solo grito, sin implorar por un instante la clemencia del vencedor. Su muerte heróica les libertó de la ignominia; los estragos que hicieron en los enemigos grabaron en el corazon de estos la conviccion de que no se ultraja impunemente la altivez de un pueblo, aunque desgraciado, grande todavía por sus sentimientos.

Poco despues, los franceses evacuaron varias plazas reuniéndose las guarniciones al príncipe de Condé, cuyo ejército ascendió entonces á cincuenta mil hombres. El hispano-holandés, á las órdenes del príncipe de Orange y conde de Monterey, constaba de sesenta mil combatientes, la tercera parte de los cuales era de caballería. Este ejército hizo un movimiento retrógrado para cubrir las fronteras de la Flandes francesa. El gran Condé que esperaba con la espada desnuda sus menores maniobras, dejó pasar la vanguardia y el centro, y se precipitó sobre la retaguardia que formaban los españoles de Monterey. Resistieron nuestras tropas con singular bizarría; mas viéndose rodeados por el grueso de los enemigos, se fueron replegando en buen órden desde Senef hasta Say, donde se habia acampado ventajosamente el príncipe de Orange. Allí se empeñó la accion con un encarnizamiento de que la historia ofrece pocos ejemplares. Ni la fatiga, ni las pérdidas que recíprocamente esperimentaban, ni el advenimiento de la noche pudieron templar el furor de los beligerantes; la sangre corria á torrentes; el campo estaba cubierto de cadáveres; la pequeña aldea de Say, envuelta entre columnas de humo y fuego, habia sido tomada y reconquistada diferentes veces. A las once de la noche (11 de agosto), los dos ejércitos se sintieron tan estenuados que no podian manejar las armas. La imposibilidad física de proseguir la batalla, les separó, dejando todavía inflamado el corazon de las tropas con el deseo de fijar en sus banderas la vacilante corona del triunfo. Condé y Orange abandonaron casi al mismo tiempo aquel horrible teatro de tan sangrientas escenas. La pérdida de ambos ejércitos fué la misma con corta diferencia, y ascendió á veinte y cinco mil hombres.

En ambos campos se cantó el *Te Deum* para dar gracias á la Providencia por la victoria; pero como dice oportunamente un historiador de aquel tiempo (1), «ni en uno ni en otro habia mucho por qué cantar.»

Sin embargo, el príncipe de Orange dió una prueba de su superioridad, sitiando inmediatamente á Oudenarde. Apenas tuvo noticia de esta audaz operacion Condé, retrocedió sobre la frontera, reforzóse allí con la division de Humieres, y avanzando de nuevo amenazó al de Orange con interceptarle todas sus comunicaciones. El holandés levantó el sitio, pero compensó ventajosamente el mal resultado de esta tentativa apoderándose de Grave, no obstante la vigorosa defensa de su gobernador que se sostuvo en ella durante tres meses. La revindicacion de Huy por el ejército combinado, dió cima á esta campaña que los franceses habian emprendido bajo los mas prósperos auspicios y que se terminó con mengua de su fama militar.

No fué así en Alemania, donde Turena hizo prodigios de habilidad, conservando un ascendiente decidido sobre el ejército imperial muy superior en número.

Pero en el Rosellon nos fué tambien un tanto favorable la fortuna. Conquistaron nuestras tropas el fuerte castillo de Bellegarde, derrotaron al general Bret que mandaba una linda division, é impusieron en tales términos al conde de Schomberg, que este célebre jefe no se atrevió á hacer el menor movimiento progresivo.

Pero estas efímeras prosperidades se trocaron en reveses al principiar el año de 1675. Los franceses recobraron á Huy, se apoderaron de Limbourgo, Dinant, y la ciudadela de Lieja, y aun habrian llevado mas adelante sus progresos, si la noticia de los reveses esperimentados en Alemania no hubiera detenido su brazo.

En efecto, el gran Turena, despues de distinguirse con otras acciones brillantes, murió ante los muros de Saltzbac, derribado por una bala de cañon; y esta desgracia, afectando poderosamente el espíritu de su ejército, proporcionó al imperial Montecuculi, ventajas de gran consideracion.

(1) Memorias del conde de Chavanal. Este oficial quedó peligrosamente herido en la batalla de Say, y su testimonio es apreciable por el espíritu de imparcialidad que reina en su obra.



Cárlos II.

Mejoró Schomberg notablemente su situacion en los Pirineos, arrebatándonos con un solo golpe de su espada, las entonces pequeñas plazas de Figueras, Báscara y la ciudadela de Bellegarde.

Luis XIV se puso á la cabeza del ejércitofrancés que operaba en Flandes (1676), y embistiendo resueltamente á la ciudad de Condé, se apoderó de ella con mas efusion de sangre que pérdida de tiempo. Bouchain se rindió al hermano del rey, y Ayre al mariscal de Humieres, y habiendo pretendido Orange y Villahermosa recuperar á Maestrick, tuvieron que renunciar á su propósito viéndose amenazados por todo el ejército francés.

Tambien el mar servia de teatro á bien disputadas lides. La flota francesa y la hispano-holandesa se disputaban el dominio del mediterráneo, impelida aquella por la idea de proteger á Mesina, y estimulada ésta por el deseo de recuperar la plaza. Mesina se habia levantado contra el gobierno español é implorado el patrocinio de Luis XIV, que se le concedió en los términos mas ámplios, seducido por la esperanza de afianzar su pie sobre el corazon de Sicilia.

Ruyter, almirante de la escuadra combinada, bloqueaba la ciudad, mientras el conde de Buquoy al frente de una division española formaba el sitio por el lado de tierra. Esta empresa tuvo un desenlace funesto. Buquoy, atacado por el mariscal de Vivonne, pereció noblemente, y el cuerpo de tropas españolas sufrió pérdidas de grave entidad.

Al mismo tiempo el almirante francés Duquesne penetró nuestra armada é introdujo en Mesina un gran convoy de víveres. Pero el intrépido Ruyter, ardiendo en deseos de castigar la audácia del francés, le presentó batalla en el golfo de Catánea.

Las fuerzas eran próximamente iguales; la habilidad de ambos almirantes consumada y vivo el ardor marcial de sus tripulaciones.

Al principio llevaron la ventaja los hispano-holandeses, pero se cambió el viento y toda la pericia de Ruyter y el denuedo de sus marinos fueron impotentes para destruir el ascendiente que la naturaleza concedia á sus enemigos. No obstante, el combate siguió con sorprendente tenacidad; Ruyter, mutilado por una bala de cañon y sentado sobre la popa del almiranta, continuaba dando sus



órdenes con una serenidad inconcebible. La muerte de este grande hombre y la ocurrencia de la noche pusieron límites á la batalla; las galeras españolas, que habian hecho prodigios de intrepidez, remolcaron cuatro navíos holandeses enteramente desarbolados, sin permitir que el enemigo se quedara con un solo trofeo de aquella obstinada lucha. Dudaban no obstante los franceses de la victoria, y se hallaban tan quebrantados que no hubieran podido renovar el combate. Así es que su júbilo fué inmenso cuando al brillar la aurora del siguiente dia 22 de mayo, percibieron en lontananza á la escuadra combinada que se retiraba á vela tendida.

Este desastre produjo otro todavia mas fatal para nuestra marina. La armada española, separada de la holandesa, se habia refugiado en el puerto de Palermo, esperando coyuntura propicia para levar el ancla.

Reforzado Duquesne con varios buques, se propuso embestir á la armada española, que era muy inferior, numéricamente considerada. Realizó su pensamiento el dia 2 de junio, logrando incendiar cuatro de nuestros mejores buques de guerra, y destruyendo otros muchos mercantes que se hallaban al abrigo de la flota. Una de las pérdidas mas sensibles fué la del navío denominado *Victoria*, el mejor sin duda que cruzara los mares en aquel tiempo.

El infatigable Luis abandonó los placeres de su voluptuosa córte y fué á poner sitio á Valenciennes, reputada por una de las plazas mas fuertes de Europa. Pero los franceses dirigieron sus ataques con tanto acierto que penetraron en ella por asalto á los siete dias de haberse abierto la trinchera. Un triunfo tan brillante y obtenido con tanta facilidad, encendió en el espíritu del rey de Francia nueva y mas poderosa ambicion, impeliéndole á marchar contra Cambray. La plaza capituló á los nueve dias, pero la ciudadela cuyo comandante era el español D. Pedro Zabala, opuso una desesperada resistencia. Gravemente herido y rodeado de escombros el heróico Zabala continuó defendiéndose hasta que sus soldados consumieron la última racion de pan y el último grano de pólvora. Luis XIV tenia el alma demasiado elevada para no honrar un mérito tan estraordinario, y en efecto rindió un tributo de admiracion mas lisonjero para él que la victoria misma.



Casi simultáneamente cercó á Saint Omer el duque de Orleans. Acudió á su socorro el príncipe de Orange en mal hora para su fama, pues tuvo que retirarse despues de un violento choque y con su ejército mermado en mas de tres mil hombres. Este revés precedió inmediatamente á la capitulacion de la plaza. Saint Gulain se sometió al marqués de Humieres, y el poder francés parecia ya incontrastable en los Paises Bajos.

El conde de Monterey pudo destruir el ejército francés de los Pirineos que al mando del mariscal de Noailles se replegaba trabajosamente sobre el Ampurdam. Mas el conde empleó el funesto sistema de ataques parciales é incoherentes, y permitió al francés que, reconcentrándose, pudiera repelerle con no escasa pérdida de ambas partes.

Luis XIV abrió la campaña de 1678 en los Paises Bajos, precedido por la victoria de Gantes é Iprés, que cayeron sucesivamente en su poder, y se disponia á mayores empresas cuando le detuvo la noticia de haberse ratificado por el rey de España la paz de Nimega. Esta paz nos fué mas calamitosa que la misma guerra, porque nos privaba de todo el Franco-condado, de las plazas de Valenciennes, Cambray, Iprés, Arras, Saint-Omer, y dejaba al monarca francés en disposicion de arrancarnos la entraña del Bravante, si con la natural inconstancia de un conquistador, buscaba mas adelante pretestos para romper las hostilidades.

Encendióse de nuevo la guerra al principiar el año de 1683. Luis XIV, rebozando mal sus ambiciosas miras, exigió á nuestra córte que le cediese el condado de Alost y algunos otros territorios en Flandes. Cárlos II que habia hecho ya el sacrificio de Chimay en aras de la paz, resistió esta injusta demanda, y sobre su repulsa, que el francés esperaba con la espada desnuda y sobre la frontera de los Paises Bajos, lanzó sus ejércitos al seno de estas provincias. Courtray, vigorosamente combatida por el mariscal de Humieres, cedió con honrosas condiciones; Dexmude, desguarnecida y sin vituallas, abrió sus puertas á la primera intimacion, y el marqués de Crequi, con el nervio de las tropas francesas, sitió la formidable plaza de Luxemburgo. El rey protegia



las operaciones con un ejército de cuarenta mil hombres. Aunque el Luxemburgo era un punto de la mayor importancia, tenia una guarnicion muy débil, carecia de víveres, y no podia esperar socorros de ningun género. El gobernador, príncipe de Chimay, opuso una resistencia digna del mas alto elogio, y en las varias y afortunadas salidas que practicó, hizo á los enemigos daños considerables. Luis XIV, admirando la intrepidez del príncipe, le concedió una capitulacion honrosa, cuando la absoluta falta de recursos hubiera precisado á éste á rendirse á discrecion ó á enterrarse entre los escombros de la plaza.

No combatimos con tan infausta estrella en Cataluña. El mariscal Bellfonde, precipitándose desde la cima del Pirineo, pasó audazmente el Ter, arrollando al duque de Bournonville, que pretendia detenerle con la punta de su espada. Enorgullecido Bellfonde con esta ventaja, se presentó ante Gerona. No habia en esta ciudad mas que algunos débiles destacamentos, recogidos aceleradamente en los últimos instantes del peligro; sin embargo, sus habitantes, siempre heróicos, siempre inflamados por el ódio á la dominacion estranjera, estaban resueltos á perecer mas bien que consentirla.

Dieron los franceses un asalto furioso, y lograron penetrar hasta la plaza mayor; mas cuando se lisonjeaban ya con la brillante perspectiva del triunfo, se hallaron envueltos entre una nube de enemigos que les acosaba por todas partes. Renovóse entonces la pelea; los denodados gerundenses combatieron con la constancia de tropas regladas y el ardor de altivos y pundonorosos pechos; las calles quedaron salpicadas con la sangre de los agresores, y éstos se reputaron felices por hallar una mano amiga que les abrió las puertas y facilitó su desordenada fuga. Pero habian sufrido tan grave quebranto, que se decidieron á levantar el cerco sumergiéndose en la mas profunda inaccion durante los últimos meses de este año.

El heroismo de este pueblo no pudo enaltecer el abatido espíritu de nuestra córte, que amilanada por los reveses sufridos en los Paises Bajos, aceptó la tregua que le impuso el monarca francés, cediéndole la provincia de Luxemburgo, y las plazas de Courtray y Dexmude. De este modo, cada guerra nos costaba nuevos sacrificios en hombres y en dinero, y cada paz nuevas desmembraciones

de nuestros dominios, sin que se pudiera preveer el término de estas exigencias fomentadas por la fortuna, y de estas concesiones otorgadas mas bien por la debilidad de nuestro gobierno, que por la desgracia de nuestros ejércitos.

El abatimiento de España y el colosal poderío de Luis XIV, sobresaltaron á las demas potencias europeas. No pudieron estas consentir que el orgulloso conquistador violase una por una las cláusulas de la paz de Nimega, y se armaron secretamente para arrancarle sus injustas adquisiciones. Esta confederacion, conocida en la historia bajo el nombre de Liga de Ausburgo, fué formada al principio por el emperador, el rey de España, y el elector de Brandembourg; pero mas adelante se agregaron el duque de Saboya, la república de Venecia, y el príncipe de Orange que subió al trono de Italia derribando á Jacobo V que le ocupaba con mejor derecho y prudente política.

Luis previno á todos sus enemigos, y con una arrogancia de que solo puede ser susceptible un conquistador afortunado, declaró la guerra en el mismo año (1689) al imperio, á la España, á los potentados italianos y alemanes, y en el siguiente á la Inglaterra. Al punto traspusieron las lindes francesas aquellos formidables ejércitos, que dirigidos por grandes capitanes, casi contaban sus triunfos por el número de sus lides. El electorado de Maguncia, los Paises Bajos y el Rosellon, fueron el primer teatro de la nueva lucha; pero aunque los franceses la emprendieron con su natural ardor exaltado con la perspectiva de mayores glorias, sufrieron reveses á que estaban poco acostumbrados. Maguncia y Bona, defendidas con noble resolucion por las guarniciones francesas, cayeron en poder del ejército aleman que podia, avanzando, darse la mano por cima del Rhin con el que mandaba el príncipe Valdeek en los Paises Bajos. Hallábase este ejército sólidamente establecido en la línea fronteriza del Bravante, apoyando con energía su centro en la aldea de Valcourt. Quiso penetrarle el francés Humieres (27 de agosto), y con efecto, atacó con inusitada intrepidez; mas viendo converger las álas enemigas sobre su retaguardia, y temiendo mayor desastre, se retiró con dos mil hombres menos, entre los que se contaban muchos oficiales de distincion.

Tampoco el mariscal Noailles fué feliz en la campaña del Pirineo. Apoderóse desde luego de Camprodon, escasamente guarnecida; pero se obstinó en recuperarla el duque de Villahermosa, virey de Cataluña, y lo logró no obstante los desesperados esfuerzos que hizo Noailles para cubrirla.

La pericia del mariscal de Luxemburgo restauró en los Paises Bajos el brillo de las armas francesas (1690). Cruzando audazmente el rio Sambra un cuerpo que mandaba el conde de Berlo, se apoderó á cañonazos de una garganta escabrosa que los confederados habian bordeado con algunos regimientos, y se presentó en el valle de Fleurus, á la vista de Valdeek. La imponente actitud del ejército combinado contuvo su ardor guerrero, obligándole á diferir el ataque que tenia proyectado. El príncipe de Valdeek habia elegido una posicion al parecer inabordable. Su frente estaba ceñida por dos rios estrechos, profundos y escarpados, inaccesibles á los ginetes enemigos; sus álas se apoyaban en dos eminencias coronadas de cañones y con los flancos protegidos por una caballería numerosa que podia maniobrar desahogadamente en los llanos que parten desde el pié de estas eminencias.

Luxemburgo se paró admirado delante de esta formidable línea; pero una feliz inspiracion iluminó su entendimiento, haciendo posible la victoria. Propúsose arrancar al príncipe de sus posiciones obligándole á perder la ventaja del terreno. Para esto mandó desfilar sus parques en direccion del Sambra, disponiendo sus tropas en ademan de proteger la retirada. Valdeek cayó en el lazo con una precipitacion que apenas puede concebirse atendida su singular prudencia en otras ocasiones. Abalanzóse sobre el ejército francés con las columnas que formaban su frente, obstinándose en empeñar la batalla porque atribuia á debilidad del enemigo lo que solo era efecto de sus sábias combinaciones. Luxemburgo, sin comprometerse, fué atrayendo sus diferentes tropas, y dando un gran rodeo se colocó sobre los flancos del ejército combinado. Entonces tuvo éste que hacer un movimiento de conversion, maniobra muy arriesgada en aquella circunstancia, pero que se efectuó con el mejor órden aunque perdiendo todas las ventajas del terreno. En aquel instante se generalizó la accion. Los franceses atacaron con imponderable furia las

álas del ejército combinado; pero su terrible impetuosidad vino á estrellarse contra la fria constancia de los españoles que formaban la derecha. Tres veces renovaron el ataque, y otras tantas fueron rechazados, y en la última con mucho desórden, habiendo muerto M. de Gournay que les mandaba. Por desgracia la izquierda, acometida por el mismo duque de Luxemburgo á la cabeza de sus mejores tropas, no se mantuvo con tanta firmeza; replegada violentamente sobre el centro, produjo en este una conmocion profunda, al mismo tiempo que las tropas fugitivas de Gournay, rehaciéndose brevemente, acometian otra vez la derecha cebándose en ella con un encarnizamiento indescriptible. Por fin, la caballería de los confederados se desbandó completamente; pero el príncipe de Valdeek, conservando su serenidad en este trance terrible, formó con la infantería un cuadro, se colocó en medio, y se dispuso á sucumbir de una manera heróica. Asaltáronle los franceses diferentes veces sin que pudieran hacerle perder una pulgada de terreno; por el contrario, el terrible fuego que partia de aquella ciudadela humana, derribó columnas enteras del ejército enemigo.

Solo la pertinacia de Luxemburgo que se propuso sacrificar la mayor parte de su ejército á trueque de obtener la estéril palma del triunfo, pudo, no vencer, sino destruir la resistencia de aquellos valientes. Retiróse el príncipe con las reliquias de sus tropas, pero todavía en actitud tan fiera é imponente, que los enemigos no se atrevieron á perseguirle.

Conservó el mariscal enemigo el honor de su bella maniobra y el de permanecer sobre el campo de batalla; pero su pérdida entre muertos y heridos subió al estraordinario número de catorce mil hombres. La de los confederados fué casi igual si bien en ella se incluian ocho mil prisioneros. El elector de Bramdemburgo reemplazó al príncipe de Valdeek, y Luxemburgo, cuyo sangriento triunfo se asemejaba á la victoria de Pirro contra los romanos, se halló en la imposibilidad de emprender nuevas operaciones durante la campaña.

Con el mismo furor se combatia en Italia. El general francés Catinat, arrebatando vigorosamente la pequeña plaza de Cahours, avanzó hasta la abadía de Stafarda (18 de agosto), donde el duque de Saboya le esperaba á la cabeza de sus tropas y de una division



española. Los dos ejércitos hicieron digno alarde de una intrepidez estraordinaria; pero las hábiles maniobras de Catinat pusieron al saboyano en la precision de abandonar el campo de batalla, dejando sobre él tentidos cerca de cuatro mil hombres, y mil doscientos en poder del afortunado vencedor. La pérdida de estos no pasó de mil quinientos combatientes.

Engreido Catinat con el triunfo, puso apretado cerco á Saluces, y si bien el duque de Saboya, reforzado con cuatro mil españoles y siete mil alemanes, se esforzó á contrariar los intentos del francés, no pudo impedir que este penetrara en la plaza, ni el que sometiera mas adelante el fuerte de Taraffa y la villa de Susa con su respetable castillo.

Simultáneamente M. de Saint-Rut rompió por la Saboya, y recorriendo victoriosamente este pais solo se detuvo ante las murallas de Montbeliard.

Esta cadena de desastres no se cortó en Cataluña. Aquí, el mariscal Noailles, se hizo dueño de San Juan de las Abadesas, Ripoll y otros puntos menos interesantes, sin que el duque de Villahermosa se atreviera á hacer en su auxilio mas que una demostracion débil y completamente inútil.

Luis XIV se propuso afianzar sólidamente el pié en la frontera de Flandes (1691), para hacer mas fácil la conquista definitiva de este tan disputado paso. Con este objeto puso sitio á Mons, plaza de la mayor reputacion en Europa, llave militar del Haynaut, y que cerraba el camino de Bruselas.

Gobernábala el conde de Bergh, buen oficial, lleno de resolucion y recursos; la guarnicion, aunque escasa, era aguerrida é intrépida, y podia prolongar la defensa hasta que acudiese en su auxilio el ejército combinado. Este ejército heterogéneo, compuesto de españoles, alemanes, ingleses y holandeses, á las órdenes del rey de Inglaterra, se habia situado en un ángulo comprendido entre el Mosa y el Scalda, posicion escelente que le aseguraba las comunicaciones de Bélgica y de las Provincias-Unidas.

Luis, sin retraerse al aspecto de estos peligros, circumbaló la plaza, abrió la trinchera y dejó al duque de Luxemburgo en observacion de los confederados.

Emprendióse el ataque con una energía sin límites, desplegando el monarca francés cuantos recursos podia suministrarle el arte, cuantos esfuerzos podia producir su insaciable ambicion, y cuantos medios podia crear el genio de sus generales y ejecutar el inflamado valor de sus tropas. Las murallas cayeron en muchos puntos al golpe de las balas enemigas; los sitiadores dieron dos asaltos con una impetuosidad admirable, pero fueron rebatidos, y la pequeña guarnicion tuvo bastante audacia para practicar varias salidas con éxito venturoso. Mas los víveres y municiones se habian agotado; la ardiente perseverancia de los sitiadores se aumentaba con los refuerzos que recibian del ejército de observacion, y éste de la frontera; el conde de Bergh solicitaba en los términos mas estrechos la cooperacion de las fuerzas combinadas, mas el rey de Inglaterra permanecia inmóvil, no queriendo aventurarse en obsequio de una plaza cuya pérdida equivalía sin embargo á la de una gran batalla.

Privada de todo socorro estraño y de todos sus elementos interiores, Mons capituló á los veinte y cinco dias bajo decorosas condiciones. El rey de Francia se volvió á sus estados, y el mariscal de Luxemburgo se apoderó de Ham, que Guillermo III habia fortificado esmeradamente para impedir al enemigo el paso de Bruselas.

En Italia, Catinat, plantó sus reales ante la fuerte plaza de Niza, y la combatió con una violencia indescriptible. Una circunstancia favoreció á los sitiadores. Tres bombas que arrojaron estos sobre el castillo, prendieron fuego al almacen de municiones produciendo una esplosion horrorosa. Quinientos hombres perecieron entre los escombros de la fortaleza que se voló casi toda, y las piedras lanzadas por cima del muro cual ligeros proyectiles, mataron á cuarenta franceses. El terror, consecuencia de este suceso, y principalmente la falta de municiones, hicieron fácil y breve la conquista de Niza, plaza tenida en algun tiempo por inespugnable.

Prosiguió Catinat su brillante carrera, recogiendo numerosos laureles. Rindióse Veillane al primer requerimiento; Carmañola bien guarnecida y susceptible de una defensa briosa, capituló á los dos dias de abierta la trinchera; pero Montbeliard resistió treinta y tres dias, y su valiente guarnicion obtuvo condiciones muy favorables.

El ejército hispano-saboyano solo dió una muestra de vigor, protegiendo eficazmente á Coni contra los insultos del francés.

Noailles en Cataluña espugnó á la Seo de Urgel, mientras Villahermosa ó débil ó irresoluto, practicaba movimientos equívocos, mas propios para fatigar sus tropas que para imponer al enemigo. Al propio tiempo, una escuadra francesa mandada por el conde de Estrees, bombardeó á Barcelona y Alicante, causando en esta última plaza daños de consideracion.

Luis XIV, que conocia bien la situacion militar de Europa, continuó dirigiendo sus principales conatos contra Flandes (1692). La entraña de este pais habia quedado descubierta con la pérdida de Mons y de Huy, y el monarca francés, avanzando con su actividad ordinaria, se puso á la vista de Namur. El castillo de esta ciudad pasaba por uno de los mas fuertes de Bélgica, y sostuvo dignamente esta alta reputacion. Necesitó Luis todos sus talentos, todo su prestigio sobre el espíritu de las tropas, para conservarla ante los muros de Namur. El fuego devorador que hacian los sitiados, diezmaba las filas francesas; las frecuentes é impetuosas salidas de aquellos, producian en el campo incesantes alarmas, y una enfermedad contagiosa abatia con contacto frio y envenenado á los que perdonaban el acero y la metralla de los españoles. En la situacion en que se hallaban los franceses, si el rey de Inglaterra acampado á corta distancia con un ejército de cien mil hombres, hubiera sido menos circunspecto, podia haber oscurecido la gloria hasta aquí inmaculada del monarca francés; pero permaneció inmóvil, y los sitiados, despues de haber hecho en veinte y dos dias prodigios de intrepidez, aceptaron (5 de junio) una capitulacion honrosa. Perdieron los franceses en el sitio, de siete á ocho mil hombres, pérdida inmensa que no podia compensarse con la efímera posesion de aquella plaza.

El príncipe de Orange, dotado de grandes talentos y de una pericia consumada, era avaro de la sangre de sus soldados, en el mismo grado que los generales franceses pródigos de la de los suyos. Como todos los espíritus sólidos y sistemáticos, Guillermo III jamás se dejaba seducir por la perspectiva de una ocasion brillante; tenia una confianza mas profunda en sus frias combinaciones que en

el número y ardor de sus tropas, y pocas veces venia á las manos con el enemigo antes de haberle vencido en su gabinete. Una alma de este temple, era sin duda la mas á propósito para abatir la ardiente impetuosidad de los franceses; pero Guillermo, cual todos los hombres distinguidos, tenia sus defectos correspondientes á sus grandes cualidades, y su luminosa circunspeccion degeneraba en una falta de audacia que le privó frecuentemente de grandes y merecidos lauros. Guillermo daba poca importancia á las conquistas del enemigo, y con razon, porque sabia que estos triunfos sangrientos podian desvanecerse en un dia de batalla; pero conoció al propio tiempo la necesidad de poner un límite á los progresos del francés para sostener la moral un tanto abatida de sus propias tropas.

El rey de Francia habia regresado á San German despues de la conquista de Namur. El duque de Luxemburgo quedó al frente del ejército francés y se preparaba á penetrar en el centro del Bravante. Guillermo concibió entonces la idea de dividir las fuerzas del enemigo, amenazando alternativamente á Namur y Dunkerque. Luxemburgo, con ser una de las mayores reputaciones militares de aquel tiempo, no conoció al pronto el designio de su adversario, y cometió la imprudencia de fraccionarse para proteger las dos plazas amagadas, si bien dió órden al cuerpo destacado, que procurara alejarse lentamente, manteniéndose todo lo posible al alcance de su mano. Guillermo rompió su movimiento con mucha celeridad y avistó á su enemigo en el arroyo de Steint-Kerke (4 de agosto). Inmediatamente se dió principio á la accion. Los generales enemigos desplegaron su estraordinaria pericia y las tropas un ardor sin límites; al principio llevaba el francés grandes desventajas y le faltó poco para ser envuelto; pero logró atraer en buen hora al cuerpo destacado y restableció con brevedad el combate. Sin embargo, el campo estaba cubierto de cadáveres franceses; la pérdida de los confederados era menos considerable. Guillermo podia haber aspirado á una victoria gloriosa si hubiera permanecido mas tiempo en sus posiciones; mas temió comprometerse demasiado, y esponiéndose á una derrota dejar enteramente descubiertos los Paises Bajos. Dominado por este sentimiento, emprendió la retirada en buen órden aunque no pudo



arrancar al enemigo algunos prisioneros hechos en el primer instante de su marcha retrógrada. Los franceses se proclamaron vencedores; mas su pérdida pasó de nueve mil hombres, y la de los confederados, aun contando los prisioneros, no pasó de seis mil. Luxemburgo, fuertemente quebrantado, se retiró á cuarteles de invierno, siguiendo su ejemplo el rey de Inglaterra.

En Italia ocurrieron sucesos de poca importancia. El duque de Saboya, tomando la ofensiva, penetró en el Delfinado, ganó la pequeña plaza de Guillaume, redujo á Embrun, y arrebató á Gap, incendiándola despues. Pero sus mas sérias tentativas, contra Casal y Susa, se frustraron por las hábiles maniobras de Catinat, que si bien inferior en fuerzas, apoyado sobre la falda de los Alpes, supo contener al saboyano interceptándole las comunicaciones. El nuevo virey de Cataluña invadió el Rosellon; mas viendo próximo á caer sobre sus brazos al duque de Noailles, desistió de su inútil tentativa, que ejecutada con mas vigor y destreza, hubiera llevado el fuego de la guerra á la cima del Pirineo, y puesto á los franceses en la necesidad de desguarnecer las plazas que habian conquistado en Cataluña. Cobrando brios el mariscal francés por el movimiento retrógrado de nuestro ejército, le fué persiguiendo un dia entero y causándole algunas pérdidas.

Abrió el mariscal Bouflers la campaña en los Paises Bajos (1693) con la conquista de Turnay y Dixmude, alentando con estos sucesos al marqués de Villeroy para que penetrase en Huy con la espada en la mano.

Pero la atencion de los beligerantes y aun de la Europa entera, se fijaba en las evoluciones de los dos grandes ejércitos mandados por el duque de Luxemburgo y el rey de Inglaterra. Pretendió Guillermo invadir el Artois; mas se detuvo al saber que su enemigo practicaba en la misma direccion un movimiento rápido de flanco. Atrincheróse el inglés sobre una línea de pequeñas alturas, apoyando su cabeza en el pueblo de Nerwinde; la celeridad de los franceses le impidió asegurar su posicion, comprometiéndole á combatir (29 de agosto). Asaltó Luxemburgo las líneas de los confederados con un ardimiento igual á la constancia que estos opusieron. En el primer choque fueron rebatidos los franceses; pero redoblan-



do sus esfuerzos hasta el heroismo, arrebataron la pequeña aldea de Nerwinde. No se aturdió Guillermo con esta ventaja; reconcentró sus tropas y las lanzó con vigor inesplicable sobre Nerwinde. De nuevo recobraron esta posicion, y otras dos veces fué perdida y recuperada; pero cuando los confederados se disponian á establecerse sólidamente en ella, sintieron el cañon de Harcourt que tronaba sobre su retaguardia. Este general, que se hallaba cerca de Huy, conociendo por el estrépito de la artillería, que se habia empezado la batalla, voló al socorro de Luxemburgo con trece ó catorce mil hombres escogidos. La espada de Harcourt arrojada en la balanza de la victoria, decidió ésta á favor de los franceses; pero la retirada de Guillermo fué una obra maestra del arte militar, y el valor de sus tropas rayó en el mas alto punto. Sobre todo los españoles que constituian la derecha, resistieron impávidos las mas furiosas cargas del enemigo que admiró un valor tan estraordinario, que no se debilitaba ni aun al frio contacto de la desgracia. Estos soldados, con un sistema de guerra acomodado á su carácter, hubieran sido todavía dignos de Gonzalo y de Pescara, y habrian conservado su supremacía europea. Los franceses perdieron de seis á siete mil hombres, y seis mil los confederados.

A consecuencia de esta batalla penetraron los enemigos en Charleroy, habiendo dirigido el sitio Mr. de Vauban, uno de los ingenieros mas hábiles que haya tenido la Francia.

El principio de las operaciones en Italia fué desfavorable á los franceses. El duque de Saboya, relegando á Catinat sobre el Delfinado, recobró la mayor parte del Piamonte, presentándose á la vista de Pignerolo con ánimo de espugnar esta plaza. Al propio tiempo el marqués de Leganés circumbalaba á Casal, desplegando los mayores recursos posibles para conquistarla. La fortaleza de Santa Brígida que cubre á Pignerolo como un escudo de bronce, resistió durante quince dias las mas sérias demostraciones del duque; mas cuando éste se preparaba á avanzar sobre Pignerolo, supo que Catinat, completamente reforzado, avanzaba desde Fumbrella á paso de gigante. El saboyano quiso replegarse sobre Turin, pero ya era tarde; Catinat habia cerrado cuidadosamente esta comunicacion, y le era imposible recuperarla sin penetrar todo el cuerpo de los

franceses. Los dos ejércitos vinieron á las manos en la vasta llanura de Marsalla (3 de octubre). Cometió el duque desde el principio dos errores graves que al fin fueron decisivos de la batalla; primero el de escoger una posicion despejada donde los franceses podian desplegar su caballeria en que eran muy superiores; y segundo, el de intercalar los cuerpos de infantería y caballería, privando á cada una de estas armas de la homogeneidad necesaria en momentos supremos, y embarazando las maniobras de su escelente infantería. Catinat, dotado de un gran golpe de vista, descubrió al punto las falsas disposiciones de su enemigo, y se aprovechó de este descubrimiento con la actividad enérgica de un caudillo consumado. Despues de cambiar algunas balas de cañon, una formidable columna de granaderos franceses, se precipitó con la cabeza baja y la bayoneta calada sobre la línea de piamonteses. No pudo resistir la caballeria á esta terrible carga, y replegándose sobre la retaguardia de la infantería, dejó á los cuerpos de ésta que formaban en la izquierda y centro, aislados y en la impotencia de resistir á aquella masa de enemigos que se engrosaba por instantes con considerables refuerzos. No sucedió así en el flanco derecho formado por la infantería española. Resistió ésta enérgicamente el ataque de la izquierda enemiga, y ni los talentos del duque de Vendome que la mandaba, ni la violenta cólera que escitó en los franceses aquella humillacion, hubieran sido, quizás, suficientes para restablecer el combate, si el grueso del ejército, vencedor en los demas puntos de la línea, no hubiera cargado sobre éste y oprimido á nuestros intrépidos soldados. El duque de Saboya retiró sus quebrantadas tropas de aquel campo empapado en sangre humana, recogiéndose bajo los muros de Moncallier. Se evaluó la pérdida de los confederados en seis mil hombres, y en siete mil la de los franceses (1); pero estos retuvieron como trofeos de la victoria, dos mil prisioneros, treinta y

(1) El espíritu de nacionalidad ciega á los historiadores franceses, españoles é italianos hasta el punto de violentar la índole de los hechos, presentando la fase mas favorable al interés ó al orgullo de sus respectivos paises. Esta divergencia es mas notable tratándose de fijar la pérdida que los beligerantes opuestos sufrian en las batallas; de modo que el historiador imparcial se halla en la precision de tomar un temperamento entre las encontradas aserciones, y de aceptar como verosímil lo que carece del supuesto grado de exactitud.

cuatro piezas de artillería, y ciento diez banderas y estandartes.

La derrota de Marsalla impidió á Leganés proseguir el sitio de Casal, y así hubo de levantarle retirándose al Milanesado.

En Cataluña, el ejército de Noailles y la escuadra de Estrees, combinaron sus movimientos para embestir á Rosas. Privada esta plaza de todas sus comunicaciones, sin vituallas, y con una guarnicion débil, tuvo que capitular á los ocho dias, esperando en este tiempo inútilmente el auxilio de los españoles. El duque de Medinasidonia que los mandaba, conservó su actitud inofensiva dejando al enemigo que se retirase ufano con su último triunfo. Dió mayor impulso á nuestras desgracias, la que sufrió la escuadra combinada á vista de Smirna, el dia 27 de junio.

El rey de Inglaterra proyectó caer sobre Dunkerque, obrando en combinacion con la armada (1694); pero el duque de Luxemburgo, su rival en pericia y muy superior en fortuna, le previno oportunamente haciendo una marcha admirable y cubriendo con todo su ejército el puente de Espieres. Guillermo, que ya habia visto su movimiento progresivo, hubo de retroceder lanzando algunos destacamentos sobre Huy y Dixmude, y apoderándose de estas dos plazas sin grandes dificultades. En Italia, el saboyano, robustecido con varios cuerpos auxiliares, hubiera podido cambiar la fisonomía de la guerra, oprimiendo á Catinat que se hallaba muy debilitado; mas faltóle en esta ocasion la necesaria energía y se limitó á proteger el centro del Piamonte.

Todo el ardor de las hostilidades se reconcentró este año en Cataluña. Reforzado Noailles con veinte mil hombres, cruzó intrépidamente el Ter, arrolló al duque de Escalona que pretendia disputarle el paso, penetró en Palamós, se hizo dueño de Gerona sorprendida y desguarnecida, y siguiendo su victorioso curso, sometió al dominio francés las fortalezas de Hostalrich y Castellfollit. La misma capital del principado temió que el intrépido francés se presentara ante sus muros; y en efecto, podia hacerlo teniendo el apoyo de una escuadra á las órdenes del mariscal Tourville, célebre marino; mas si Noailles concibió esta idea, tuvo que abandonarla al aspecto de la flota combinada que desplegó sus velas bajo el cañon de Barcelona.

Mostróse la suerte mas propicia á los confederados durante la campaña de 1695. El duque de Luxemburgo habia muerto, y este gran general habia sido reemplazado por Villeroy, oficial distinguido, pero que ni tenia el genio creador del duque, ni aquella noble perseverancia que le hacia triunfar en las situaciones mas difíciles.

Libre Guillermo de su poderoso adversario, tomó una iniciativa poderosa, plantando sus reales ante Namur, plaza, que como llave militar del Bravante, habia obtenido de los franceses estraordinaria predileccion. Las murallas y las obras esteriores, se hallaban en un estado soberbio; la guarnicion comprendia doce ó catorce mil hombres, la flor de los ejércitos franceses, teniendo á su cabeza al gobernador Guichard, hombre denodado y de un carácter estóico. Pero el mariscal Bouflers, sintiendo la importancia de Namur, se arrojó dentro de sus muros con un pequeño cuerpo de tropas escelentes, víveres, municiones, y cuanto puede contribuir á la subsistencia de la plaza se habia aglomerado allí con afan prolijo, de modo que Namur no podia temer en muchos meses el cruel azote del hambre.

Guillermo se condujo en este sitio difícil con esquisita prudencia. Aceptando el sistema de los Farnesios y Spínolas, erigió una línea de atrincheramientos que al ojo del guerrero mas intrépido parecian inespugnables. De este modo, abrigado contra cualquier ataque del ejército enemigo, rompió el suyo contra la plaza con un ardor inusitado.

Doscientos cañones vomitaron al propio tiempo el fuego y la muerte en el seno de aquella ciudad infeliz.

Los sitiados se defendieron con una constancia heróica. La ciudad se sostuvo casi un mes, desde el dia 11 de julio al 4 de agosto, y los sitiadores penetraron en ella sobre los cadáveres de sus propias tropas y de las francesas, que obstruian las calles y bordeaban las murallas. La valiente guarnicion se replegó al castillo, donde la resistencia fué todavía mas tenaz y encarnizada. Cuando la brecha estuvo practicable, Guillermo lanzó al asalto sus columnas en número de quince á diez y seis mil hombres; pero los sitiados, cubriendo intrépidamente con sus pechos el portillo del muro, lograron rebatir el asalto despues de cuatro horas de un combate horri-



ble en que perecieron de ambas partes seis ó siete mil hombres. Pero este fué el último esfuerzo de los franceses. Reducidos á dos mil trescientos hombres, estenuados de fatiga, y medio envueltos entre los escombros del castillo, ni aun podian aspirar á la honrosa pretension de vender caras sus vidas. Bouflers y Guichard, desesperando obtener socorro alguno del ejército de observacion, capitularon el dia 4 de setiembre. El sitio de Namur y su castillo habia durado cincuenta y siete dias. La guarnicion habia perdido tres cuartas partes de sus individuos, y los sitiadores cerca de quince mil hombres. Pero el valor de esta conquista era inapreciable, porque salvaba la existencia de los Paises Bajos, sin que pudieran eclipsar su brillantez ni el ligero revés que sufrió el príncipe Vandemant, ni la pérdida de Dixmude y Deinse, ni el inútil é inhumano bombardeo de Bruselas que efectuó Villeroy por órden espresa de su gobierno.

En Italia, la plaza de Casal tantas veces asediada en vano, se rindió por fin al duque de Saboya, sin que Catinat se resolviera á protegerla con sus tropas, entonces muy menguadas. El general español Gastañaga quiso recobrar enérgicamente la ofensiva en Cataluña, poniendo estrecho cerco á Castelfollit. Mas Vendoma, robusteciendo su ejército con las guarniciones de algunos puntos fuertes que destruyó, avanzó rápidamente sobre los sitiadores, y les obligó á desistir de su empeño con mas pérdida moral que material.

Las operaciones en el año 1696, se redugeron á estériles maniobras y algunas devastaciones. En Italia, el duque de Saboya aceptó una tregua que le propuso Catinat, siguiendo poco despues su ejemplo los demas potentados italianos. En Cataluña hubo un choque sobre las márgenes del rio Arenis entre las fuerzas de Vendoma y los españoles que dirigia el príncipe de Hesse d'Armstad. Las pérdidas recíprocas fueron casi iguales, si bien los españoles se recogieron á lo interior de sus líneas. Otro cuerpo francés se derramó por el valle de Bórida, haciéndose con leve esfuerzo dueño del castillo de Aristot.

Catinat, operando en los Paises Bajos al frente de cuarenta mil hombres, estrechó la plaza de Ath, pequeña, pero construida con mucha regularidad y susceptible de larga defensa. No obstante, el

francés supo combinar tan bien sus ataques y mantener en tal respeto á las fuerzas auxiliares, que logró dominarla al cabo de catorce dias y sin mucha efusion de sangre. Obtenida esta ventaja, se redujo espontáneamente á la inaccion.

No sucedia así en Cataluña donde la guerra tomó un vuelo muy levantado. Luis XIV queria apoderarse de Barcelona y aterrar con este golpe al gobierno español. La empresa era árdua sin embargo, y los elementos de defensa que tenian los españoles, manejados con habilidad y vigor, hubieran sido suficientes á frustrar las mas sérias tentativas del enemigo. Encerraba Barcelona en su seno diez mil hombres de infantería reglada, mil quinientos caballos, y cuatro mil habitantes que habian tomado las armas en el primer movimiento de general entusiasmo.

Otro cuerpo de tropas mandado por el virey, conde de Velasco, se situó en San Feliú para reforzarse con las bandas de miqueletes que se desprendieran de las montañas.

El duque de Vendoma y el conde de Estrees, emprendieron el sitio á principios de junio; el primero por tierra con un ejército de cuarenta mil soldados aguerridos, y el segundo por mar con una escuadra de cincuenta velas.

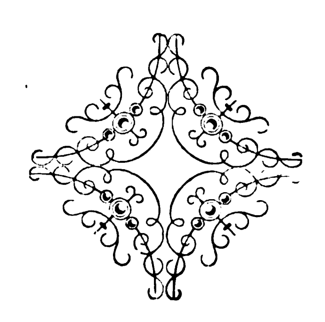
El primer cuidado de Vendoma fué destruir nuestro ejército de observacion. Arrancando del suyo una columna de cuatro ó cinco mil hombres, avanza sobre San Feliú, envuelto entre las tinieblas de la noche, sorprende al virey Velasco que apenas tuvo tiempo para salvarse medio desnudo, á uña de caballo, y derramando el terror y la muerte por nuestras desordenadas filas, nos arrebata tres mil hombres, el nervio de aquel pequeño ejército. Esto era sin duda lo mas importante, porque la plaza, cuya línea de circumbalacion era siempre defectuosa, no recibiendo auxilios, habia de sucumbir tarde ó temprano.

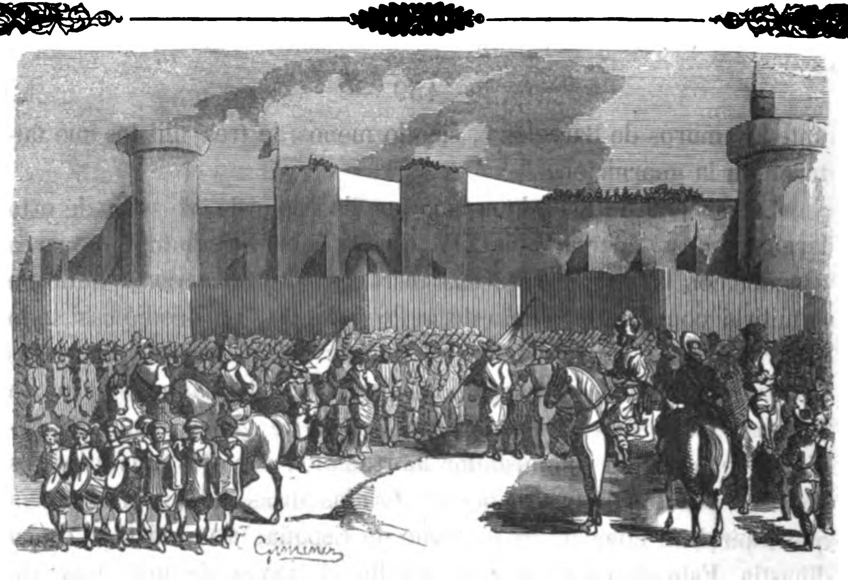
El príncipe Darmstadt, gobernador de la ciudad, se cubrió de gloria sosteniendo durante cincuenta y dos dias los desesperados ataques de los sitiadores, y capituló menos por falta de brios que de víveres y municiones. Los franceses compraron este triunfo con la sangre de sus mejores soldados; catorce mil hombres perecieron



ante los muros de Barcelona, siendo menos de tres mil los que faltaron en la guarnicion.

La pérdida de Barcelona fué, por decirlo así, el sello de esta larga y funesta guerra. Luis XIV, que ya habia brindado al monarca español con la paz, reiteró sus ofertas, y nuestra córte hubo de admitirla como un beneficio de la Providencia. Luis cedió casi todo el territorio de que se habia apoderado en los Paises Bajos y las plazas de Cataluña, sin exigir compensaciones de ningun género. La Europa entera vió con asombro este rasgo de generosidad, concebible apenas en un conquistador afortunado; pero los mas diestros políticos penetraron pronto las interesadas miras del rey de Francia que aspiraba á colocar en el trono de España, á un vástago de su dinastía. Este deseo se realizó por fin al través de una nube de opuesta intriga. Cárlos II, al borde del sepulcro, otorgó testamento (1700) nombrando por su sucesor al duque de Anjou, nieto de Luis XIV, y murió el 1.° de noviembre del mismo año. Así acabó entre nosotros la casa de Austria que durante tres siglos habia regido el cetro de nuestra monarquía. Cuando Cárlos V hacia temblar á la Europa bajo la punta de su espada, no podia presumir que otro Cárlos viera el corazon de sus dominios sériamente amenazado por un monarca francés.





CAPITULO XXVIII (1).

1621.--1700.

VARIACIONES EN LA CABALLERÍA.--COMPAÑÍAS CARABINAS.—ORGANIZACION POR TERCIOS.—SUELDOS DE LAS DIFERENTES CLASES.—NUEVA REFORMA. —TROZOS DE Á DOCE COMPAÑIAS.—FUERZA DEL ARMA EN 1662.—DIVISION POR BRIGADAS.—CUERPOS EXISTENTES EN EL EJÉRCITO DE LOS PAISES BAJOS.—CAPITANES DE LA GUARDIA.—VARIACION EN LOS SUELDOS.—REFORMA DE 1698.—DRAGONES.—SU ORÍGEN.—SU ORGANIZACION.—SU FUERZA.



on Felipe III, por real cédula de 13 de noviembre de 1603, instituyó en la caballería peninsular, el comisariato general con un secretario, y creó una compañía de arcabuceros de sesenta plazas, destinada á la guardia personal del capitan general del arma. El traje y armamento de este cuerpo los espresa con exactitud la adjunta lámina.

(1) Véanse los capítulos XIV del tomo II, pág. 259; XXV de id., pág. 515; VI del tomo III, pág. 135; X de id., pág. 521; XIV de id., pág. 425; XX del tomo IV, página 154; XXIII de id., pág. 268; XXVI de id., pág. 392.



1 2

Gimenez del. Imp Lemercier, Paris. V Adam lith.

El núm. 1 es un arcabucero ecuestre, ataviado de jubon encarnado, cota heráldica con mangas perdidas de paño amarillo, brahones y cruz roja de borgoña en pecho y espalda, calzas acuchilladas de color morado con afollados azules, botas ginetas y bacinete borgoñon.

El núm. 2 es un hombre de armas con la misma cota ó sobrevesta de paño morado, con sayuelo interior amarillo, y armado de punta en blanco con peto, espaldar, gola, grevas, botas herradas, manoplas y celada con babera.

Felipe IV espidió en 11 de julio de 1632 un reglamento, por el cual se variaron el armamento y traje anterior que databan del reinado de Felipe II, y previno en uno de sus artículos (42) que cada hombre de armas llevase en lo sucesivo dos pistolas-tercerolas en lugar del lanzon de armas, que por lo pasado usaban, y una los caballos ligeros: acabóse de despojar al soldado de su pesado arnés, dejándole solo el coleto de ante, peto, espaldar, celada borgoñota, botas con espuelas, y espada de gavilanes; y se mandó que á los que no se presentasen en esta forma en las muestras ó revistas, no se les admitiese al sueldo, sopena de diez mil maravedís de multa. Igual disposicion se tomó con la division peninsular que conservaba todavía el honroso título de guardias viejas de Castilla, y los vireyes y gobernadores generales, en cumplimiento de este reglamento, libraron á la caballería pesada de sus respectivos estados de la gabela de mantener el caballo dobladura, reduciéndola al nuevo pié de corazas, y arreglando sus compañías á sesenta plazas. Esta medida, que se estendió á las cinco divisiones, redujo su fuerza á cinco mil quinientos cuarenta caballos.

El baron D'Auchi, en su arte militar (1), nos dice con este motivo, que por este tiempo las lanzas de armas estaban casi olvidadas, y aun cuando se conservaban algunas, se iban desechando por pesadas; que se dieron á los caballos-corazas los martillos de armas, y que á los arcabuceros á caballo se les quitó esta arma de fuego, que fué destinada á los dragones, dándoles en su lugar la *carabina*. Por este motivo aquellos tomaron el nombre de *compañías carabinas*.

(1) Edicion de Zaragoza, 1644.

En las maniobras de la caballería al frente del enemigo, los «carabinas, segun esplica el rey D. Cárlos II en su real despacho de 18 de julio de 1690 (2), llevaban la vanguardia para poder abrir y hacer brecha, y las corazas, con sus armas y espadas, obraban luego, teniendo esto muy buenos sucesos, llevando siempre los comisarios generales la vanguardia.»

Ordenóse en 11 de mayo de 1633, que las compañías de línea de la division peninsular, se redugeran á diez y nueve, y que el abono de los haberes, en lugar de ajustarse por maravedises se hiciera por escudos, dándose diez pagas al año.

Para que las compañías de caballería que aun se mantenian sueltas é independientes, si bien bajo la inspeccion de los comisarios generales de los departamentos, despues de verificada la reforma de 1.° de enero de 1635, pudieran obrar en la guerra con mas unidad y armonía, dispuso el gobernador general de los Paises Bajos, cardenal infante, que se eligieran por el general de esta arma un número de capitanes que tuviese por hábiles y esperimentados, y que á cada uno de ellos se diese el mando de cierto número de compañías, con la denominacion de *trozos*, sin que se atendiese de ningun modo á la antigüedad de sus reales despachos, y sí solo á sus méritos. A estos nuevos jefes, se les espidió cierta patente con el título de *cabos*, por el término de seis meses, y en virtud de este nombramiento, no solo los capitanes de su tropa, sino tambien los de las demas, les estaban subordinados aun cuando fuesen mas antiguos. Este sistema se reproducia todos los años al comenzar la campaña.

Al finar el año de 1648, se comunicaron las órdenes correspondientes al gobernador general de los Paises Bajos, para dar nueva forma á la division de caballería de aquel estado, con objeto de cortar las contínuas disputas y reclamaciones de los capitanes, cuando eran nombrados por las fechas de sus reales despachos jefes de los trozos en las campañas, y se toleró al mismo tiempo que los caballos corazas usaran de lanza gineta: abrióse la mano á los reclutas y enganches con el objeto de aumentar el poder de esta arma.

En 7 de marzo de 1649, se la organizó por *tercios*, constando

(1) Bibliot. real. Est. H. cód. 101, fól. 165.

cada uno de los veinte y cuatro en que se dividió, de seis compañías en la forma siguiente:

PLANA MAYOR.	Sueldos al mes por escudos de 50 placas. Escudos.	Placas.
Capitan general.	901	25
Teniente general	310	»
Comisario general.	210	»
Ayudante de idem.	50	»
Furriel mayor . . . . . . , . .	19	10
Ayudante de idem.	15	»
Cirujano mayor.	20	»
Auditor y sus oficiales.	60	»
Capitan barrichel de campaña. . .	26	20
Seis hombres del capitan barrichel á nueve escudos treinta placas. . .	9	30
Capellan mayor.	60	»
PLANA MAYOR DE UN TERCIO.		
Maestre de campo.	160	»
Sargento mayor.	135	»
Ayudante de idem.	25	»
Auditor.	48	»
Capitan barrichel de campaña . . .	45	»
Capellan mayor.	25	»
Cirujano mayor.	15	»
COMPAÑÍA.		
Capitan de corazas-lanzas.	110	»
Capitan de arcabuceros . , . . .	90	»
Teniente de corazas-lanzas. . . .	50	»
Teniente de arcabuceros. . . ; .	48	»
Alférez de corazas-lanzas.	38	»
Dos trompetas, furriel y herrador. .	31	10
Capellan.	15	»
Ochenta y ocho soldados inclusos cinco cabos de escuadra y cinco entretenidos á una plaza diaria.	660	»

FORRAGES DE 15 DIAS.

Capitan, siete raciones.	105
Teniente, á cuatro raciones.	60
Alférez, á tres raciones.	45
Capellan, á dos raciones.	30
Trompeta, furriel y herrador, á una racion. . . . . :	45
Ochenta y ocho soldados, cabos y entretenidos.	1320

El acrecentamiento de nuestra caballería en los Paises Bajos al número de siete mil cuatrocientos cuarenta hombres montados, la

hizo subir en las cinco divisiones á once mil quinientos, sin tomar en cuenta los siete regimientos de caballería alemana.

Por la reforma de 19 de setiembre de este mismo año, la caballería peninsular se redujo al pié de setenta caballos por compañía, sin contar las primeras planas, y el estado mayor de la division quedó bajo el mando de un teniente general, dos comisarios generales, dos ayudantes de comisario, y un furriel mayor.

En 15 de setiembre de 1656, se previno á los vireyes y gobernadores generales de España, Italia y Paises Bajos, la reforma de la caballería, constituyéndola en *trozos* de á doce compañías, y estas de cincuenta plazas. Esta organizacion que no alteraba el armamento y el equipo del soldado en sus diferentes institutos, dejaba solo las carabinas para el uso de la compañía del comisario general del trozo; las demas eran simplemente de corazas. Dedúcese esto de la esplicacion que hacia el virey de Cataluña á S. M. en las observaciones sobre su real despacho de 18 de abril de 1689 (1).

Para reemplazar la caballería en sus bajas, cada cuerpo establecia su bandera de recluta en la provincia donde mas posibilidad tenia de hallar hombres aptos, y á esta disposicion se daba el nombre de *arbolar estandartes*.

Cuando en los Paises Bajos iba á prescribirse la observacion del reglamento orgánico de 15 de setiembre de 1656, se mandó suspender la realizacion de esta medida en 19 de febrero del siguiente año de 1657, pero se puso en práctica en la península y en la alta y baja Italia por disposicion de 2 de febrero de 1659. En España se organizaron catorce trozos que se dieron á mandar á los comisarios generales siguientes:

1.° D. Pedro Diaz del Quintanal.
2.° D. José Daza.
3.° D. Juan Cortés de Liñan.
4.° D. Antonio Montenegro.
5.° D. Francisco Aguiar.
6.° D. Miguel Ramona.
7.° D. Luis Sey.
8.° D. José de Larreategui.
9.° D. Juan Jacome de Mazacan.
10.° D. Diego de Zúñiga.
11.° D. Juan de Novales Rojas.
12.° D. N. Bustamante.
13.° D. Diego Alvarez.
14.° D. Juan de Rivera.

Su organizacion era como sigue:

(1) Biblioteca real. Est. H. Cód. 101, fól. 417.

PLANA MAYOR.	Escudos al mes.	Raciones.
Comisario general con compañía. .	150	6
Como capitan.	80	
Dos ayudantes.	50	3
Capellan mayor.	25	1
Furriel mayor.	25	1
Ayudante de furriel.	15	1
Cirujano.	15	1
Capitan barrichel de campaña. . .	80	4
COMPAÑÍA.		
Capitan.	80	4
Teniente.	50	3
Alférez.	38	2
Furriel.	á 3 1/2 rs.	1
Herrador.		
Trompeta.		
Soldado coraza.		

Cada racion de cebada era de celemin y medio; el total de un trozo ascendia á seiscientos caballos, los cuales no siempre reunian las condiciones que requeria su servicio. El uso frecuente del garañon en las yeguas de buena raza, y el escandaloso tráfico que se hacia de caballos enteros por las fronteras de Portugal y de Francia, habian perjudicado considerablemente á la cria caballar.

Tal llegó á ser la escasez de caballos para la guerra, que para remontar la caballería del ejército de Portugal antes de la campaña de 1660, se vió el gobierno en la precision de apelar á una requisicion forzosa con el objeto de poner los trozos al pié de reglamento, verificando lo propio en el siguiente año para el reemplazo de mil quientos treinta y tres caballos que se habian inutilizado.

Para hacerse una idea exacta del estado de esta arma, practicóse una revista general en el de 1662, resultando de esta inspeccion el número y fuerza que se anotan en los diez y nueve cuerpos que permanecian en pié.



EJERCITO DE GALICIA.

	NOMBRES.	PLAZAS MONTADAS.
Tercios ..	D. Diego de Azcona.	580
	Conde de Basigny.	464
	Conde Felipe de Horns.	443

EJERCITO DE ESTREMADURA.

Trozos...	Guardias de D. Juan de Austria.	280
	Guardias del Duque de San German.	344
	Compañías del general y teniente general de caballería.	216
	D. Alejandro Moreda.	313
	D. Luis de Sey.	429
	D. Juan Cortés de Liñan.	214
	D. Juan Angel Valador.	321
	D. Juan Jacome Mazacan	404
	D. Miguel Ramona.	302
	D. Juan de Rivera.	464
	D. José de Larreategui.	399
	D. Antonio Montenegro.	313
	D. Juan de Novales Rojas.	326
	D. Antonio Guindazo.	600

EJERCITO DE CASTILLA.

Trozo.....	D. Juan de Robles.	700

Dedúcese de aquí, que debiendo tener los tres tercios procedentes de Flandes, que militaban en Galicia, la fuerza total de mil quinientos ochenta y cuatro caballos, con arreglo al pié del reglamento de 7 de marzo de 1649; los once trozos de Estremadura y Castilla, á razon de seiscientas plazas, bajo el pié del de 15 de setiembre de 1656, la de seis mil seiscientos caballos; un regimiento francés reclutado con aventureros, la de quinientos; los guardias de D. Juan de Austria, trescientos; los del general en jefe, duque de San German, doscientos cincuenta; y las compañías de los generales de

la caballería, ciento veinte cada una, ascendia el estado general de la caballería en España á nueve mil cuatrocientos setenta y cuatro caballos : por manera que faltaban para su completo dos mil doscientos ochenta y nueve.

Felipe IV, que habia tenido que sostener grandes luchas con la Francia, Inglaterra, Portugal y la Cataluña, supo organizar la caballería de un modo sencillo y cual convenia para la guerra, dejando á su fallecimiento cuarenta tercios y trozos, que al completo de los reglamentos vigentes podian presentar en campaña la suma de veinte y tres mil setecientos cincuenta y dos caballos, sin incluir las compañías sueltas ni los regimientos alemanes auxiliares.

Al terminar la guerra de Portugal en 1668, por reclamacion de los respectivos dueños, hubo que devolver el ganado requisado, y en su defecto el valor en dinero, reduciéndose la caballería peninsular á siete trozos, con esclusion de las compañías sueltas de los generales del arma.

Hecha ya una reseña exacta de las variaciones que sufrieron en su organizacion los cuerpos peninsulares, vamos á ocuparnos de las que tuvieron los del ejército de los Paises Bajos.

Por el último reglamento de que hemos hecho mérito, aplicado á la caballería de Flandes, quedaron en pié los que se espresan á continuacion.

TERCIOS ESPAÑOLES.

1.° Baron de San Juan.
2.° D. Eugenio de Ulloa.
3.° D. Antonio Pimentel.
4.° D. Antonio de Leyba.
5.° D. Francisco Cardona.
6.° D. Antonio Javier.
7.° D. N. Sarmiento.
8.° D. Antonio del Valle.

TERCIOS WALONES.

1.° Baron de Boulers.
2.° Baron de Courriers.
3.° Conde de Baudemont.
4.° Conde de Chimay.
5.° Conde de Reux.
6.° Conde de la Motterie.
7.° Conde de Romré.
8.° D. Mario Gayaffa.
9.° Caballero de Donnetiers.
10.° Caballero de Gavelins.
11.° Caballero de Merode.
12.° Caballero de Desfeaux.
13.° Caballero de Huby.







REGIMIENTOS ALEMANES AUXILIARES.

1.° Principe Salm.
2.° Duque de Holstein.
3.° Conde de Waldemburgo.
4.° Conde de Egmond.
5.° Marqués de Morbeck.
6.° Caballero Baudemont.
7.° Caballero de Horisbeck.

Por primera vez se dividió en este tiempo nuestra caballería por brigadas, en el ejército de los Paises Bajos, á propuesta del maestre de campo general gobernador general conde de Monterey, siendo nueve las que se formaron, y creándose el empleo de brigadier para los jefes que debian mandarlas, para lo cual se espidió á cada uno un brevete ó despacho por seis meses, en que se les daba una categoría superior á todos los maestres de campo que no fuesen brigadieres, aun cuando tuvieran mayor antigüedad.

Los tercios de Wesmael, Donnetiers, Pimentel, conde de Reux, y el regimento aleman Horisbeck, con dos compañías del tercio de Cardona, y otras dos de dragones, se destinaron á guarnecer las plazas al principio de esta campaña; el resto se organizó del modo siguiente:

Compañías.	BRIGADAS.	Escuadrones.
	1.ª *brigada de Gavelins.*	
6....	Tercio de Gavelins.	4
6....	Tercio de San Juan.	
	2.ª *brigada de Gayaffa.*	
6....	Tercio de Gayaffa.	4
2....	Tercio de Boulers.	
4....	Tercio de Ulloa..	
	3.ª *brigada de Javier.*	
5....	Tercio de Javier..	4
4....	Tercio del Valle.	
2....	Agregadas.	

	4.ª brigada de Romré.	
5....	Tercio de Romré	4
4....	Tercio de Lietberg	
3....	Tercio de Leyba	
	5.ª brigada de Courriers.	
4....	Tercio de Courriers	4
4....	Tercio de Baudemont	
4....	Tercio de Merode	
	6.ª brigada de Desfeaux.	
5....	Tercio de Desfeaux	4
6....	Tercio de Sarmiento	
1....	Agregada	
	7.ª brigada de Chimay.	
4....	Tercio de Chimay	4
4....	Tercio de Huby	
4....	Tercio de Motterie	
	8.ª brigada de Waldemburg.	
4....	Regimiento de Waldemburg	5
6....	Regimiento de Egmond	
5....	Regimiento de Salm	
	9.ª brigada de Holstein.	
7....	Regimiento de Holstein	6
6....	Regimiento de Baudemont	
6....	Regimiento de Morbeck	
Totales.... 118		59

Por real órden comunicada al gobernador general de los Paises Bajos para inspeccionar las tropas de caballería de aquel ejército, se formó en 1.º de setiembre de 1677, en Bruselas, un estado demostrativo de los cuerpos de las tres naciones que constituian la division de caballería. Hé aquí este estado:

NOMBRES.

TROZOS ESPAÑOLES.	TOTAL DE CABALLOS.
1.° D. Diego Freyre.	
2.° D. Eugenio de Ulloa.	
3.° D. Antonio Pimentel.	
4.° D. Antonio de Leyba.	1182
5.° D. Francisco Cardona.	
6.° D. Sebastian de Amézaga.	
7.° D. Domingo Isasi.	
8.° D. Antonio del Valle.	
TERCIOS WALONES.	
1.° Baron de Boulers.	
2.° Baron de Courriers.	
3.° D. Nicolás Dupuy.	
4.° Baron de Marraux.	
5.° Baron de Liebergh.	
6.° Conde de la Motterie.	
7.° Conde de Romré.	
8.° D. Mario Gayaffa.	1976
9.° Vizconde de Hodrigny.	
10. Caballero Bethencourt.	
11. Caballero Baudemont.	
12. Caballero de Harmencourt.	
13. Caballero de Haut-pont.	
14. Caballero de Huby.	
15. Conde de Mastin.	
REGIMIENTOS ALEMANES.	
1.° Príncipe Cárlos de Lorena.	
2.° Duque de Holstein.	
3.° Caballero de Lucart.	
4.° Cárlos de Fiennes.	
5.° Marqués de Morbeck.	1324
6.° Príncipe de Gaure.	
7.° Baron de Florisberck	
8.° Baron de Tossy.	
9.° Croatos.	
TOTAL.	4482

Hasta el año 1689 no se dieron á los trozos peninsulares los estandartes reales, estableciéndolos entonces, de órden de S. M., el marqués de Caracena, y dando uno por compañía. Por decreto de 12 de setiembre se redujeron los trozos que servian en España, al tenor de seis compañías; mas por una nueva disposicion de 4 de noviembre, se pusieron á siete, con setenta hombres montados y ocho desmontados las de los comisarios generales; y cuarenta. y cinco montados y cinco desmontados, las sencillas.

Para la guerra contra la Francia, algunos de los trozos obtuvieron nombre fijo, y los de Ordenes, Milán, Rosellon, Estremadura y Badajoz, marcharon á reforzar con un walon y un regimiento aleman, el ejército del Rosellon en el año de 1692.

Estos cuerpos se pusieron al pié de ocho compañías de cincuenta hombres; de forma que el total de la caballería de este ejército ascendia á dos mil ochocientos caballos, sin incluir los dragones ni las compañías de guardias del general en jefe, del gobernador de las armas del ejército y las de los generales de la caballería. Pero no bastando esta fuerza, se dispuso que de las guardias viejas de Castilla se sacase un nuevo trozo, que pasó revista el 7 de enero de 1693.

Estas á la sazon formaban diez y nueve compañías, á las cuales se pasó en la casa de campo una revista general de inspeccion en los dias 7 y 8 de enero de 1694. Constaba cada una de ellas de capitan, teniente y alférez con cien guardias. Los capitanes eran:

Duque del Infantado.
Conde de Monterey.
Duque de Camiña.
Marqués de Leganés.
Conde de Fuensalida.
Conde de Altamira.
Duque de Hijar.
Conde de Benavente.
D. Antonio Portocarrero.
Marqués de Casasola.
Marqués del Prado.
Duque de Medinasidonia.
Conde de Gondomar.
Duque de Nágera.
Duque de Alba.
Marqués de Valparaiso
Marqués de Távara.
Conde de Aguilar.
Conde de Torresvedras.

La esperiencia hizo palpar la necesidad de aumentar los trozos, y en real resolucion de 16 de febrero, se pusieron al pié de diez compañías, y éstas con la fuerza de cincuenta caballos.



Por el reglamento de 12 de agosto de 1697, se varió el sueldo de la caballería en esta forma:

PLANA MAYOR DE UN TROZO.

CLASES.	Reales de plata al mes.	
Comisario general	1500	
Ayudante	500	
Capellan mayor	250	
Furriel mayor	250	
Ayudante de Furriel mayor.	75	
Cirujano mayor	75	
Capitan barrichel de campaña	125	

COMPAÑIA.

Capitan vivo de caballos	550	
Capitan de infantería que servia en la caballería	55	1/3
Teniente vivo de caballería	240	
Alferez idem	190	
Trompeta	26	7
Furriel	26	7
Herrador	26	7
Soldado montado	26	7

REFORMADOS.

Capitan de caballería que gozaba ochenta escudos	222	2/3
Capitan idem que gozaba sesenta escudos	200	
Ayudante de caballería	100	
Teniente idem	66	2/3
Alferez idem	50	
Alferez de infantería que servia en idem	40	

Por el mes de noviembre del referido año, se crearon dos nuevos trozos con la fuerza que vino de los Países Bajos, dándoseles los nombres siguientes:

Flandes........	D. Luis de Saá.
Bravante......	D. Diego de Cárdenas.

La guerra con la Francia terminó por fin con la paz de Riswich, ajustada en el año de 1698; y á consecuencia de este suceso se procedió á la reforma de la caballería, quedando solo nueve trozos de á ocho compañías, con la misma fuerza de cincuenta caballos. Los cuerpos que quedaron en pié fueron los siguientes:

EN LA PENINSULA.

NOMBRES.	COMISARIOS GENERALES.	CREACION.		
Rosellon viejo.	D. Luis Fernandez de Córdoba. . .	11	Marzo	1640.
Ordenes viejo.	D. Frey Francisco Manuel Gutierrez	17	Agosto	1642.
Estremadura..	D. Bonifacio Manrique.	2	Febrero	1659.
Badajoz........	D. Manuel Silvela Becerra.	2	Febrero	1659.
Millan..........	D. Fabricio Ruffo.	4	Julio	1661.
Bravante......	D. Diego de Cárdenas.	5	Noviembre	1695.
Flandes........	D. Luis de Saá.	25	Noviembre	1695.
Regimiento de la guardia....	D. Pedro Ronquillo.	27	Diciembre	1697.
Cuantiosos de Andalucía.....	Marqués de Villadarias.	27	Diciembre	1697.

PAISES BAJOS.

Fourneau......	D. Ignacio Fourneau.	7	Marzo	1649.
Cecile..........	D. Alejandro Cecili.	19	Febrero	1656.
Moirnon.......	Baron de Moirnon.	17	Octubre	1670.
Ribeaucourt..	Conde de Ribeaucourt.	10	Enero	1689.
Beaumont.....	Conde de Beaumont.	10	Enero	1680.

LOMBARDIA.

Est. de Milan.	El príncipe Tribulcio.
Valdefuentes.	Marqués de Valdefuentes.
Surco..........	Marqués del Surco.

Réstanos decir algo acerca de la denominacion y circunstancias de un cuerpo que sin ser nuevo en España pasó como tal para al-

gunos en el siglo XVII.. Hablamos de los *dragones*, cuyo instituto existe aun hoy dia en varias naciones. La palabra *dragon*, parece tiene su orígen, dice Mr. Menage, de los *draconarios* romanos, por traer en sus lanzas la figura de esta fiera fabulosa.

Pero el P. Daniel, en su *Milicia francesa*, advierte que los draconarios romanos eran ciertos oficiales que no transmitian su nombre á la tropa que mandaban. En su concepto pudo ser esta palabra una calificacion injuriosa dada á una parte de la caballería francesa por los puebles que invadia, porque arrollaba y destruia cuanto sobre su paso encontrara. Tambien consideraba posible el que los mismos franceses se la hubiesen aplicado por hacerse mas formidables y temidos á imitacion de Constantino Paleólogo.

Por otra parte, el autor del Diccionario francés, dedicado al príncipe de Turena, dice ser Cárlos de Cosse, mariscal de Brissac, el que ideó y creó el cuerpo de dragones en el año de 1554, siendo por lo tanto suyo el mérito de la formacion y denominacion de un instituto á que deben los anales de la mayor parte de las naciones mas de una página de gloria.

En cuanto á la denominacion, no se la disputaremos al mariscal de Brissac; esta es cuestion de suyo harto indiferente para nosotros. Pero en lo que concierne á la creacion, no creemos sea muy fundadá la opinion que nos ocupa. Si por la palabra *dragon* se califica un cuerpo que tan pronto pelea á caballo, tan pronto á pié, puede decirse que este instituto ha nacido con los españoles, supuesto que en sus primitivos tiempos se batian estos en ambas formas. Hablando del modo de combatir de los españoles, Polibio (1) y Julio César (2), dicen que saltaban de sus caballos, hincaban en el suelo las estacas, á que los ataban con las riendas, y que despues de pelear á pié se retiraban con suma ligereza para montarlos cuando les convenia hacerlo. Los romanos tomaron de nosotros este modo de pelear, y ejercitándose su caballería en combatir á pié, lo emplearon contra los samnitas, vólscos, sabinos, hérnicos, toscanos y etruscos.

(1) Fragment., tít. 3, cap. 2.
(2) In Hispan., cap. 2.

El cardenal Cisneros, en su espedicion contra Orán, llevaba tropas de esta clase, con el nombre de escopeteros á caballo, como lo tenemos dicho en otra parte, llamándoseles así porque estaban armados de *scopietta* y espada de dos manos.

Mas tarde el duque de Alba, siendo gobernador de nuestros estados de Italia (1554), formó tambien compañías de á caballo, armadas de espada y arcabuz á mecha, que combatian en el órden abierto y hacian fuego avanzando y en retirada, del mismo modo que lo practican actualmente nuestros cazadores. Cuando estos arcabuceros se veian cargados por la caballería, soltaban los arcabuces que quedaban colgados de una correa, y tirando de la espada hacian frente al agresor.

Que estos arcabuceros eran en su esencia iguales á los modernos dragones, es cosa que no se puede poner en tela de duda. Su armamento difiere poco; en su modo de combatir no hay diferencia, y su objeto es uno mismo. Podemos tambien aducir en apoyo de nuestra aseveracion hechos que confirman nuestra opinion. En una relacion del triunfo que obtuvieron los austriacos sobre los suecos el 11 de octubre de 1633, se lee lo siguiente:

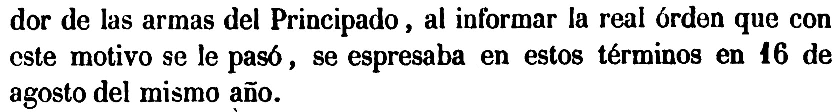
«Dispuso el baron de Chalfstcot, que mandaba su caballería (la de los austriacos), que con setenta compañías de caballos y otras cuarenta de *dragones* que son *mosqueteros de á caballo*, pasasen con diligencia el rio Oder (1).

El baron d'Auchi, hablando de la emulacion y la rivalidad existentes entre los capitanes de infantería y los del arma en cuestion, dice (2):

« De esta diferencia de procederes ha nacido estimar *algunas naciones* menos un *capitan de arcabuceros, ó mosqueteros á caballo, que algunos llaman dragones, que uno de infantería.* »

En 1690, habiéndose elevado al rey una queja acerca del órden de formacion y marcha que se habia prescrito á los cuerpos de caballería del ejército de Cataluña, y en el cual se decia invertido el que estaba mandado observar, el marqués de Conflancs, goberna-

(1) Biblioteca nac.—Est. H.—Cód. 66.—Fol. 397.
(2) Arte militar.—Págs. 168, 181, 2200, etc.



dor de las armas del Principado, al informar la real órden que con este motivo se le pasó, se espresaba en estos términos en 16 de agosto del mismo año.

« Habiendo formado pié de dragones en este ejército como lo hay en todos los demas, por las utilidades que se reconocen en este género de milicias, no es introducir novedad alguna, sino consiguiente á la órden de V. M., que los dragones ocupen el punto que tenian *los que antiguamente se llamaban arcabuceros*. . . .

. . . .

pues los dragones son los que hoy militan de este género, y van armados como tales, y en esta forma tienen las patentes los capitanes, siendo sin distincion corazas las otras compañías de caballería, y armadas con carabinas, y si las de los comisarios generales solas fuesen de arcabuceros, como lo pretenden, se dará en el inconveniente de que no habiendo en cada trozo mas que la compañía de comisario general, seria muy corto el cuerpo de arcabuceros respecto de los corazas, lo cual se repara hoy con los dragones que son verdaderamente los que militan de *arcabuceros*, de que se infiere el poco fundamento con que se hace esta queja (1). »

A los testimonios que acabamos de presentar en apoyo de nuestro aserto, podríamos añadir muchos otros no menos esplícitos y respetables; pero los consideramos mas que suficientes para desvanecer toda duda acerca de la identidad del carácter, objeto y servicio del dragon y arcabucero á caballo.

El primer cuerpo conocido entre nosotros con esta nueva determinacion, fué el que por mandato de su soberano formó D. Pedro de La Puente, en Inspruck, el año de 1635. Constaba este regimiento de ochocientas plazas.

Véase la adjunta lámina 6, la cual representa dos tipos de la caballería de este tiempo.

El número 1 es un caballo coraza; lleva el ginete vestido de jubon con brahones y calzas acuchilladas, coselete sencillo de peto y espaldar y borgoñota; sus armas ofensivas son la espada de cazoleta, y el arcabuz corto con sarta de cargas, frasco, polvorin y esquero.

(3) Bibliot. real.—Est. H.—Cod. 101.—Fol. 165.

Pl 6.



1 2

del. Imp Lemercier, Paris. V. Adam lith

El número 2 es un dragon ataviado tambien de jubon con brahones, calzas acuchilladas con afollados y ribetes encarnados; sombrero chambergo de fieltro blanco con pluma roja, coleto y bota de becerro blanco y guante de manopla; sus armas son igualmente la espada de cazoleta y el arcabuz corto; lleva ademas un mazo y piquete para amarrar el caballo.

En 1638, que es uno de los períodos en que se hicieron mayores esfuerzos para mejorar las bases de la organizacion del ejército, se dispuso que en Vitoria se formasen tres compañías de dragones, adoptándose esclusivamente esta denominacion, y confirióse el título de gobernador general del ar[illegible]nista á D. Pedro de Santa Cecilia, quien marchó con dichas compañías á Cataluña, donde prestó muchos y muy relevantes servicios.

En el Milanés, á que fué destinado el regimiento del coronel La Puente, se creó otro de igual fuerza por el coronel Bataglia en el año de 1640.

Tan ventajosos eran los resultados que iban dando nuestros dragones, que á principios de dicho año fué llamado Santa Cecilia á Madrid, con objeto de aumentar los de la península hasta mil plazas y de formar con ellas un tercio ó coronelía, y llevóse á cabo esta idea armando á los ginetes de arcabuz, pedreñal con piquete y mazo en el arzon.

En nuestros ejércitos de los Paises Bajos no se conocieron los dragones hasta 1673. En este tiempo el conde de Monterey, gobernador de estos estados, hizo un ensayo de esta institucion, de órden de su soberano, formando una compañía de *arcabuceros dragones*. El resultado de este ensayo no pudo ser mas lisonjero. La nueva compañía prestó grandes servicios en la campaña del propio año, distinguiéndose sobre todo en la accion que tuvo lugar entre Brujes y Bruselas. Así que, S. M. informado favorablemente por el conde de Monterey, ordenó inmediatamente la formacion de un tercio de mil y cien plazas que se verificó en Bruselas en marzo de 1674, bajo la direccion del maestre de campo baron de Verlóo. En 1676 fue organizado otro en Bruselas por el maestre de campo D. Nicolás Hartmand.

En España continuó tambien fijando la atencion del gobierno el



arma de que se trata. En febrero de 1677 se autorizó á D. Manuel de Villareal para la formacion de un nuevo tercio en Barcelona, y á la muerte del rey D. Carlos II, contaba con una fuerza bastante respetable, distribuida en esta forma:

En la Península.	3 tercios.
En el Milanés.	3
En los Paises Bajos.	3
Total.	9

Véanse en la adjunta lámina 7 los uniformes de la caballería en este tiempo.

El número 1 es un dragon con justa-cor ó casaca chamberga y gregüescos de paño amarillo, sombrero de fieltro blanco, guante de manopla y bota de campana, lleva arcabuz largo y pistolas con mazo y piquete.

El número 2 es un timbalero de caballos corazas con igual vestuario. La tropa de esta arma llevaba espada, dos pistolas, peto y espaldar, borgoñota y arcabuz corto en el arzon de la silla.

Cada tres años al principio, y á los seis despues, se relevaban los oficiales de las compañias, y con especialidad los subalternos.

El número de compañias de un tercio varió de ocho á veinte y dos, y en estas las plazas, de cincuenta á ciento.

En cada tercio habia un auditor, un superintendente y un pagador. Se solian hacer á la tropa algunos descuentos, que sin ser autorizados por reales órdenes ó reglamentos, llegaron á erigirse en regla fija y obligatoria, tales eran el *veintésimo y capilla.*

Los comisarios á su vez exigian tambien otros con el nombre de *recesion*, *mediannata*, *mes de paga*, y *derecho de espada.*

FIN DEL TOMO CUARTO.

1

2

Gimenez del

Imp Lemercier, Paris.

V Adam lith



INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

LIBRO II.

SUCESOS QUE TUVIERON LUGAR EN EL REINADO DE LA CASA DE AUSTRIA.

CAPITULO XVI.

1558.—1568.

CAPITULO XVII.

1568.—1571.

CAPITULO XVIII.

1572.—1576.

CAPITULO XIX.

1576.—1580.

CAPITULO XX.

1556.—1598.

CAPITULO XXI.

1581.—1585.

CAPITULO XXII.

1586.—1598.



CAPITULO XXIII.

1598.—1620.

CAPITULO XXIV.

1599.—1620.

CAPITULO XXV.

1621.—1664.

CAPITULO XXVI.

1621.—1664.





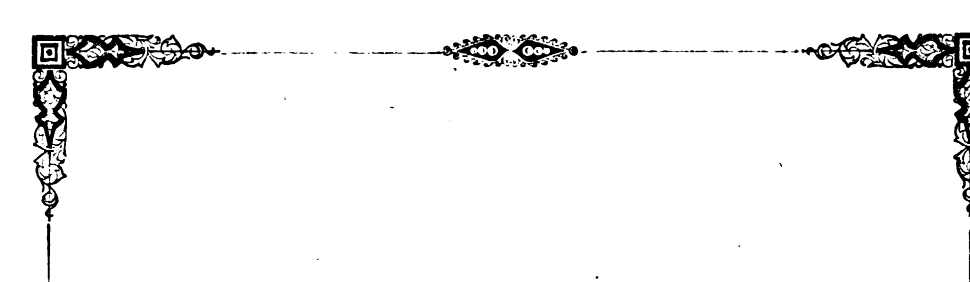


CAPITULO XXVII.

1665.—1700.

CAPITULO XXVIII.

1621.—1700.



LÁMINAS.

